

MICHAEL FLYNN

Prémio Robert A. Heinlein 2003

EL NAUFRAGIO DE «EL RÍO DE LAS ESTRELLAS»

«No puedo pensar en nadie que sea un mejor sucesor de Heinlein
y que, al mismo tiempo, no sea un imitador de Heinlein.»

Stanley Schmidt, editor de *ANALOG*

The book cover features a dark, star-filled space background. In the center, a large, glowing blue sphere is partially obscured by a complex, multi-layered structure of concentric circles and radial lines, resembling a futuristic or alien technology. To the left, several smaller, irregularly shaped objects, possibly asteroids or debris, are scattered. The overall aesthetic is one of mystery and advanced science fiction.

Lectulandia

«El río de las estrellas» es un viejo velero estelar que hace la ruta entre Júpiter y el cinturón de asteroides. Su tecnología de navegación a vela magnética ha quedado obsoleta con el desarrollo del nuevo motor de fusión Farnsworth, cuya incorporación lo ha convertido en un extraño híbrido tecnológico con una curiosa tripulación de desarraigados.

Cuando una avería inutiliza los nuevos motores Farnsworth, la tripulación se enfrenta a un problema nuevo que ningún navegante de la Tierra afrontó antes: el puerto que les aguarda no les va a esperar. Si «El río de las estrellas» no llega a tiempo, Júpiter se encontrará en cualquier otro lugar de su enorme órbita. Lo que significa que el averiado navío escapará del sistema solar y navegará para siempre a la deriva entre las estrellas.

La única esperanza de la tripulación parece ser la vieja navegación a vela. Pero recrear una sofisticada tecnología ya olvidada no es el único problema que preocupa a la tripulación. Para sobrevivir, deben lograr algo incluso más difícil: superar los más intrincados y complejos temores, odios, enfrentamientos de poder y desastres románticos en un grupo de condenados a muerte.

El naufragio de «El río de las estrellas» es una maravillosa, interesante y emotiva aventura de la más clásica *space opera* contada de una nueva manera. Una especie de *space opera* crepuscular, en sentido parecido al llamado *western* crepuscular, como *Sin perdón* de Clint Eastwood. Una sorprendente novela de ciencia ficción *hard* basada no tanto en la tecnología como en los personajes y sus complejas interacciones.

Lectulandia

Michael F. Flynn

El naufragio de «El río de las estrellas»

ePub r1.0

Pesas5802 10.01.2017

Título original: *The Wreck of the River of Stars*

Michael F. Flynn, 2003

Traducción: Pedro Jorge Romero

Editor digital: Pesas5802

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

Dentro del amplio campo de la ciencia ficción, existe una variante sumamente conocida que trata de las narraciones de aventuras que transcurren en torno al viaje espacial. En 1941, Wilson Tucker (famoso aficionado y autor) propuso por primera vez el término «*space opera*» («opera espacial») para identificarlas. Se trata de una denominación irónica que alude a los entonces llamados «*soap opera*», los seriales radiofónicos patrocinados por marcas de detergentes («*soap*»).

Con esa denominación, Tucker seguramente pretendía destacar el carácter de cliché y de fórmula que la mayoría de esas narraciones comportaban: aventura, divulgación del entonces hipotético viaje por el espacio, exploración de los posibles problemas humanos y técnicos de ese tipo de viajes y, en definitiva, distracción sin cuento y divertimento para todos.

Yo mismo, en la primera edición de mi *CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA* (1990), comparaba ese cliché tan típico de la ciencia ficción con otro sumamente característico tanto en la literatura como, sobre todo, en el cine: el *western*.

Decía entonces, refiriéndome a la *space opera*. «El término fue acuñado en tono crítico, para destacar la ingenuidad literaria y el carácter de cliché de ciertas narraciones muy habituales en la ciencia ficción en sus primeros años de existencia reconocida. Tiene su correlato con la ya muy tradicional novela de aventuras del oeste («*horse opera*»), en la que se ha sustituido el caballo por la nave espacial, el revólver por la pistola de rayos láser y las anchas llanuras del oeste norteamericano por el espacio interestelar sin fin».

Si me dejan seguir con este paralelismo entre la *space opera* y el *western*, lo cierto es que, en el caso del *western* (cinematográfico o no) ha decaído en el interés popular: parece que la *space opera* ya no está tan de moda como antes. Los clichés se gastan, envejecen y agotan.

Pero todos sabemos que, tras los grandes éxitos del *western* tradicional y tras un período de escaso predicamento del género, Hollywood ha sido capaz (en contados pero excelentes casos) de «resucitar» el *western* con una visión más centrada en los personajes y en sus motivaciones que en la simple aventura que era antes su aliciente principal.

De obras maestras clásicas casi incuestionables como *La diligencia* (1939 —John Ford), *Centauros del desierto* (1956— John Ford) , *Río Bravo* (1959 —Howards Hawks) o *Los profesionales* (1966— Richard Brooks), se ha pasado a otro tipo de películas. Algunos lo han llamado incluso «*western crepuscular*» y, por citar solo un par de posibles ejemplos, recordaré aquí títulos prácticamente imprescindibles como *Muerde la bala* (1975 —Richard Brooks) o la sin par *Sin perdón* (1992— Clint Eastwood). Por si hiciera falta la aclaración, respecto de los títulos citados conviene decir, como es obligado, que son todos los que están pero, evidentemente, no están

todos los que son...

La *space opera* ha llegado también al cine y, ayudada de espectaculares efectos especiales, ha cosechado grandes éxitos de taquilla . *STAR WARS* podría ser el ejemplo más característico.

Pero, al mismo tiempo, eso ha mostrado el alcance limitado de la *space opera* al menos en el sentido intelectual. Para muchos, ese subgénero de la ciencia ficción de aventuras espaciales queda ahora como un divertimento menor para adolescentes (y para esos adultos inteligentes que, afortunadamente, se resisten a perder su alma de niño...), pero sin interés específico al haber sido ya muy trillados la mayoría de (por no decir todos) sus caminos.

A la *space opera* le era imprescindible una operación de cambio y remozado, algo parecido a lo que, por ejemplo, hizo *Sin perdón* por el *western* hace poco más de una década: mantener el tradicional interés por el aspecto aventurero pero, sobre todo, hacer descansar el valor de una obra en el tratamiento de los personajes. La vieja historia de los «perdedores» ha dado siempre mucho juego en la narrativa tradicional y el *western* crepuscular no iba a ser una excepción. La *space opera* tampoco lo va a ser como demuestra *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS*.

Como era de esperar, esa nueva *space opera*, esa que tal vez podríamos llamar «*space opera* crepuscular» ha llegado también. De momento a la literatura. Y el mejor ejemplo que conozco es esta impresionante novela que hoy me enorgullezco en presentarles : *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS*, publicada en el año 2003 por Michael Flynn.

EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS es una maravillosa, interesante y emotiva aventura de la más clásica *space opera* contada de una nueva manera. Una sorprendente novela de ciencia ficción *hard* basada no tanto en la tecnología como en los personajes y sus complejas interacciones.

El río de las estrellas es un viejo velero estelar que hace la ruta entre Júpiter y el cinturón de asteroides. Su tecnología de navegación a vela magnética ha quedado obsoleta con el desarrollo del nuevo motor de fusión Farnsworth, cuya incorporación lo ha convertido en un extraño híbrido tecnológico con una curiosa tripulación de desarraigados.

Cuando una avería inutiliza los nuevos motores Farnsworth, la tripulación se enfrenta a un problema nuevo que ningún navegante de la Tierra afrontó antes: el puerto que les aguarda no les va a esperar. Si *El río de las estrellas* no llega a tiempo, Júpiter se encontrará en cualquier otro lugar de su enorme órbita. Lo que significa que el averiado navío va a escapar del sistema solar y navegará para siempre a la deriva entre las estrellas.

La única esperanza de la tripulación parece ser la vieja navegación a vela. Pero recrear una sofisticada tecnología ya olvidada no es el único problema al que se enfrenta la tripulación. Para sobrevivir, deben lograr algo incluso más difícil que los trabajos de Hércules: superar los más intrincados y complejos temores, odios,

enfrentamientos de poder y desastres románticos en un grupo de potenciales condenados a muerte.

Si la ciencia ficción (o al menos una parte importante de la misma...), en la tradicional formulación de Isaac Asimov, es «la rama de la literatura que estudia la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología», es precisamente un cambio tecnológico (el paso de las velas magnéticas a los motores de fusión Farnsworth en la propulsión espacial) el centro que dinamiza esta novela. Y, lo más importante, lo que más interesa no es el cambio tecnológico en sí, sino lo que ello representa para los tripulantes de *El río de las estrellas*. Son sus personalidades, sus historias pasadas, sus encuentros y desencuentros lo que desencadena toda la trama de esta novela sorprendente, de esta impresionante *space opera* de nuevo cuño, la más moderna *space opera* crepuscular centrada en la historia de unos personajes inolvidables, tal vez unos perdedores...

Los lectores asiduos a NOVA conocen ya a Michael Flynn. Su primera novela *EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS* (1990 —NOVA número 167) obtuvo un gran éxito y los premios LOCUS y Compton Crook a la mejor primera novela del año, junto al premio Prometheus. Imagina que, en el siglo XIX, una sociedad secreta de matemáticos construye realmente el ordenador diseñado por Charles Babbage y, con la ayuda de la cliología (la ciencia estadística de la historia), controla en cierta forma el devenir de la historia humana.

Tras el éxito de *EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS*, la gran fama que hoy tiene Flynn entre los lectores de ciencia ficción de todo el mundo se cimienta, sobre todo, en una magna obra del más espectacular estilo «heinleniano»: la serie iniciada con *FIRESTAR* (1996) que incluye ya tres títulos más : *ROGUE STAR* (1998) , *LODESTAR* (1998) y *FALLING STARS* (2001). Se trata de una magna y épica saga del futuro cercano, una nueva «historia del futuro» al estilo de Heinlein.

Para un editor como yo y una colección como NOVA, el problema con esta serie de Flynn es la monumental extensión del primer libro de la serie: casi mil páginas que, evidentemente, habrán de crecer en la traducción al español.

Por eso me he decidido por mostrarles antes la riqueza narrativa de Michael Flynn en otras de sus novelas, ambas destacables y merecedoras de atención. De la reacción de ustedes ante *EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS* y *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS* depende que me anime o no a la locura «editorial» de empezar la traducción española de *FIRESTAR*.

Mientras tanto, disfruten de la que algunos críticos han considerado la quinta parte de esa magna serie iniciada con *FIRESTAR*, aunque yo tenga mis dudas . *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS* es una novela autosuficiente y, creo yo, del todo independiente de *FIRESTAR*. Comprendo que, en Estados Unidos y ante el gran éxito de *FIRESTAR* y sus secuelas, algunos hayan querido presentar esta última obra de Flynn como perteneciente a la serie. También le ocurrió algo parecido a Robert A. Heinlein, cuya conocida «historia del futuro» es más una construcción a

posteriori de editores y críticos que un diseño explícito del autor.

Y, hablando de Robert A. Heinlein, bueno será recordar que, con el permiso de mi amigo Carlo Frabetti (quien, con justa razón, le ha llamado facha repetidas veces...), sigue siendo el autor de ciencia ficción más apreciado en el mundo. Sí, ya sé que todos hablan ahora, y mucho, de Philip K. Dick, ese escritor tan desafortunado al que muchos conocen no precisamente por sus escritos, sino por las versiones cinematográficas (a veces tan poco respetuosas con el texto original, como la famosa *Blade Runner...*) hechas, tras su muerte, a partir de una novela y de cinco de sus relatos cortos. Heinlein tiene la ventaja de que los que le aprecian conocen realmente su obra como escritor, algo que no siempre puede decirse de Dick y sus devotos.

Frabetti se encargó de dejar claro en España el liberalismo extremo de Heinlein, su individualismo atroz y su ideología tan sumamente de derechas para el gusto europeo. Pero eso, siendo cierto, no hace menos cierta su gran habilidad como narrador.

Arnold Hauser y Georg Lukacs nos enseñaron, hace ya décadas, hasta qué punto resulta difícil separar ideología y arte, pero a veces puede hacerse. Hay ejemplos emblemáticos y el que ahora viene a mi memoria es el del médico y escritor antisemita Louis-Ferdinand Céline (1864-1961), cuya ideología no comparto en absoluto aunque eso no me impide reconocer que su novela *VIAJE AL FIN DE LA NOCHE* (1952) es un hito indiscutible en la literatura europea del siglo xx.

Algo parecido ocurre con Heinlein (salvando las distancias), cuya ideología no comparto tampoco pero cuya habilidad narrativa admiro.

Viene todo eso a cuento por el excepcional galardón que recibió Michael Flynn pocos meses después de que apareciera en Estados Unidos *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS*: el primer Robert A. Heinlein Award que otorgó la Heinlein Society.

En el año 2000, se creó la Heinlein Society con la voluntad expresa de hacer perdurar la obra de un autor que una gran mayoría de estadounidenses lectores de ciencia ficción consideran el maestro indiscutible del género: le etiquetan como «*the leading Science Fiction writer of all time*» (el mejor escritor de ciencia ficción de todos los tiempos).

Además de la actividad promotora de la obra de su autor favorito, la Heinlein Society decidió, a partir de 2003, otorgar el llamado Robert A. Heinlein Award por «la más destacada obra ya publicada de ciencia ficción *hard* o a los escritos técnicos que inspiran la exploración humana del espacio». Para información general, y tal vez para romper un tanto la imagen exageradamente esquemática que suele hacerse en España de Heinlein y sus lectores, conviene tal vez recordar que el Board of Directors de la Heinlein Society, formado por cinco personas, incluye personajes como el escritor Joe Haldeman o el editor de LOCUS, Charles N. Brown.

En 2003, el primer Robert A. Heinlein Award se concedió, póstumamente, como homenaje a Virginia Heinlein, la esposa de Heinlein. Junto a ese premio, el primer

Robert A. Heinlein Award a un escritor de ciencia ficción se concedió a Michael Flynn, con toda seguridad por la serie iniciada con *FIRESTAR* y, sobre todo, por su más reciente novela *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS*.

Si les digo ahora que el siguiente Robert A. Heinlein Award, el de 2004, recayó en Sir Arthur Clarke y el más reciente, el de 2005, en el dúo formado por Larry Niven y Jerry Pournelle, tal vez resulte patente que, el haber elegido a Michael Flynn para la primera entrega del premio (por delante de autores como Clarke, Niven, Pournelle y otros...), dice bastante respecto del valor de la obra de Flynn y de la consideración en que se le tiene en Estados Unidos.

En la entrega del primer Robert A. Heinlein Award, Stanley Schmidt, el conocido editor de *ANALOG Science Fiction/Science Fact* alabó a Flynn con el siguiente comentario: «No puedo pensar en nadie que sea un mejor sucesor de Heinlein y que, al mismo tiempo, no sea un imitador de Heinlein».

Es fácil estar de acuerdo.

Cincuenta años después de las obras que hicieron famoso a Heinlein, tal vez sea Michael Flynn quien tome su relevo en el imaginario popular estadounidense como el «escritor de ciencia ficción» por antonomasia. El tiempo lo dirá, pero novelas como esta, con su riqueza de personajes, con su habilidad narrativa, con su interés intrínseco y con la novedad que aporta al viejo subgénero de la *space opera*, parecen decir que Michael Flynn está en el buen camino.

Disfruten de *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS*. Es mucho más de lo que uno suele esperar de una buena *space opera*. Esta es una inmejorable *space opera* crepuscular, repleta sí de tecnología pero, y sobre todo, de interesantes personajes y de problemas humanos. Solo por encontrar de vez en cuando novelas como esta y poder divulgarlas me siento satisfecho de editar ciencia ficción en España.

Tras leer *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS* tendrán ustedes un ejemplo más para rebatir a esos lectores escasamente informados que pretenden seguir pensando que la ciencia ficción es una literatura menor. Ellos se lo pierden...

MIQUEL BARCELÓ

Reconocimientos

Cuando se trata de un libro de este tipo, hay mucha gente que intenta enroscar en su sitio la cabeza del autor. No siempre pudieron, pero agradezco los giros. Entre los quiroprácticos:

Mariesa Julien me dio a conocer las escalas de personalidad de Meyers-Briggs, que en cierta forma fueron la simiente de esta historia. Tom Ligon me explicó las jaulas Farnsworth. No pueden hacer lo que hacen en esta historia, pero la NASA financia investigaciones sobre esos dispositivos por lo que ¿quién sabe? Robert Zubrin fue el primero en imaginar la vela magnética, pero ahora en la web hay todo un grupo de gente trabajando en la idea. Charles Sheffield me aconsejó en algunos detalles de astrofísica, fusión nuclear y aceleración constante, así como en la trama. El ensayo de Jerry Pournelle, «Those Pesky Belters and Their Torchships». (*A Step Farther Out*, Ace [1980]), me resultó especialmente valioso. Basheer Alawamleh y Saraji Umma Zaid me aconsejaron en las prácticas musulmanas, hadith adecuada y el kalima shahada. Paul Berman me ofreció útiles consejos sobre radares.

Además, Nancy Kress, Maureen McHugh, Eleanor Wood, Moshe Feder, David Hartwell y Jerry Pournelle ofrecieron valiosos comentarios sobre la trama, personajes, trasfondo y/o narrativa.

Gracias a todos.

La tripulación

Evan Dodge Hand —*capitán*

Stepan Gorgas —*primer oficial*

'Abd al-Aziz Corrigan —*segundo oficial*

Eugenie Satterwaithe —*tercera oficial y oficial de vela*

El fallecido Enver Bey Koch —*ingeniero*

Ramakrishnan Bhatlerji —*ingeniero*

Mikoyan Hidei —*ayudante del ingeniero*

La Joya de Loto —*sysop y contadora*

Eaton Grubb —*biosistemas/soporte vital/cocinero*

Dra. Franziska Wong —*doctora de la nave*

Timothy «Moth». Ratline —*jefe de carga*

Nkieruke Okoye —*primera peón*

Raphael «Rave». Evermore —*segundo peón*

Veinticuatro deCant —*tercera peón*

Ivar Akhaturian —*último peón*

Bigelow Fife —*pasajero*

Preludio: la nave

La bautizaron *El río de las estrellas* y en 2051 extendió sus velas superconductoras frente al viento solar. Debió de ser un espectáculo glorioso: el fuselaje nuevo y reluciente, las velas rielando bajo una aurora multicolor, la tripulación ataviada con guantes blancos y uniformes negros y plateados, sus pasajeros personas ricas y deliciosamente decadentes. Había estrellas morfi y matriarcas enjoyadas, héroes del deporte y prostitutas, gánsteres, informáticos y realeza supuesta. Eran los años del *glamour*, cuando las velas magnéticas controlaban los cielos, y *El río de las estrellas* era la mayor y más impresionante nave de esa flota hermosa.

Pero los años de gloria pasaron. Coltraine seguía siendo el capitán cuando el mercado del lujo se agotó y la multitud de ricos y famosos pasó de ser un torrente a convertirse en un hilillo, e incluso aquellos que ansiaban la experiencia percibían claramente que ya no estaba de moda. Pero como le dijo a Toledo cuando le cedió el mando, el mercado del lujo había estado condenado desde el comienzo. Era más seguro buscar sexo, vicio y decadencia en la Tierra. Había caminos más honorables —aunque más convencionales— para una nave con sus alas.

En esa época Marte era el lugar de la movida. Aventureros, reyes de la arena, desgraciados, terraformadores, hijos segundos, chicas groseras, y pilotos de zepelín... Marte los absorbía, rompía a algunos y a otros los escupía. Incluso algunos de los miembros de la tripulación cobraban sus cheques nada más llegar a Marte y se dirigían inmediatamente a buscar las llamativas tentaciones de puerto Rosario. «Algunos se hacían ricos» decía la vieja tonada.

*Y a algunos Marte los mataba
y algunos se presentaban en la oficina de empleo
rogando que les diesen sus antiguos trabajos.*

Toledo y, más tarde, Johnson y Fu-hsi llevaban hacia allá las esperanzas y traían de vuelta los sueños rotos. En la época se apreciaba una energía salvaje que la Tierra no había visto desde la conquista de LEO durante los Terribles Diez, y *El río* se enorgullecía más de hacer avanzar esa frontera que cuando se vendía a los ricos y famosos.

Fue el motor Farnsworth el que finalmente la hizo caer. Fu-hsi lo vio venir y dimitió, el único capitán en hacerlo; por lo que fue Terranova el encargado de ver humillada a la que fuese una nave orgullosa. Las velas magnéticas habían controlado el espacio durante cuarenta años, y *El río de las estrellas* durante casi veinte, pero los motores Farnsworth convirtieron a las lunas de Júpiter en la nueva frontera. La carrera Luna-Ganímedes pasó a la historia, y la vela magnética dejó paso al impulsor de fusión. Terranova no debería haber aceptado la apuesta; pero era una cuestión de honor, y el orgullo prefiere perder antes que rendirse.

Durante un tiempo, flotando sobre la magnetosfera de Júpiter, *El río* mantuvo un comercio precario recogiendo hidrógeno de la atmósfera superior del gigante gaseoso. Durante las largas horas sufriendo el quejido enloquecedor del compresor, los tripulantes de *El río* se repetían unos a otros lo importantes que eran.

*El Farnsworth no puede volar
sin la «H» que le proporcionamos.*

Pero en sus corazones sabían que eran poco más que aguadores para los motores nucleares.

En 2083, Centaurus Corporation compró la MSS^[1]*El río de las estrellas* y la equipó con un cuarteto de cajas Farnsworth en un astillero de Deimos. Para la tripulación se trataba de la humillación final. «Sacrilégio», gritaron algunos de los más viejos mientras renunciaban a sus puestos; y el ingeniero y su compañero recibieron una bienvenida menos que amistosa por parte del resto. Conservó las velas y los aparejos —por cuestiones de flexibilidad, dijo Administración— y su designación MS. Oficialmente, era una nave «híbrida», extraoficialmente era un bastardo. El oficial de vela meditó la situación y, a cuatro días de Deimos, atravesó la esclusa para dar el Largo Paseo, dejando al ingeniero con un cuchillo clavado en el corazón.

Fue el escándalo del momento. La Junta de Investigación causó sensación, la predisposición fue inevitable. Centaurus dejó a *El río de las estrellas* en dique seco sin permitirle volar de nuevo.

«¡Salvad *El río!*», gritaban; y los entusiastas de la vela, rebosando de nostalgia por los días de elegancia y romance, lo dieron todo —aunque para entonces quedaba muy poca elegancia y romance que salvar—. La tripulación sumó sus extras y pagas de peligrosidad. El propio Coltraine, en su lecho de muerte, añadió un generoso codicilo a su testamento. El consorcio la compró, la desnudó, y la preparó para carga. Los módulos lujosos hacía tiempo que habían desaparecido, el Club de los Tres Delfines, el Casino del Cielo Negro. Ahora quedaba reducida al único disco ancho de las viejas cubiertas primarias y grandes zonas del espacio interior habían sido abandonadas en algunos puntos. Solo el largo y fantasioso mástil de aerogel recordaba los días de navegación de antaño, pero el mástil era puramente ornamental. La rentabilidad mandaba y, después de un último y demasiado breve vuelo con vela, los aros superconductores pasaron al almacén.

Y así fue como, en el año 2084 de la era común, la MSS *El río de las estrellas* partió convertida en carguero de alquiler, empujando carga por el sistema medio.

Y después de eso, su suerte cambió a peor.

El capitán

Evan Dodge Hand, capitán de la nave irregular *El río de las estrellas*, suspiró y miró al conducto de ventilación que atravesaba el techo de su camarote. Ahora el dolor le parecía algo ocasional y lejano, algo no del todo real, como si le pasase a otro. Su cuerpo no era más que una cáscara, algo sin importancia. Sentía que él —el «él» que era él mismo— había empezado a flotar sobre el cuerpo, dejándolo atrás.

—Señor Gorgas —le dijo al primer oficial, sentado un poco alejado inmerso en un ordenador—. Señor Gorgas, siento como si flotase.

El primer oficial, Stepan Gorgas, apenas levantó la vista del portátil.

—Claro que está flotando. Los motores están apagados. No estamos sufriendo aceleración. —Se preguntó de pasada por qué Corrigan no había informado de la razón.

—Apúntelo en el registro, señor Gorgas: cuando un hombre se está muriendo, su alma sale flotando. Puede que la observación sea profunda. Asegúrese de que aparece.

Gorgas suspiró.

—Queda registrado —dijo mientras desplazaba su infantería austríaca para acercarla a Austerlitz. Los pequeños cuadrados de regimientos ondularon por el mapa de la pantalla. Esta noche le había tocado quedarse con el capitán durante la guardia de vigilancia, pero eso no significaba que disfrutase de ello o que le exigiese toda su atención. Ya tenía muy poco de entretenido el ver cómo moría un hombre. Gorgas había servido con Hand durante ocho años, más que nadie en la tripulación excepto Satterwaithe y Ratline, y de todo ese tiempo había detestado a Hand durante noventa y cinco meses.

El capitán quedó absorto en el estudio de la rejilla de ventilación. Había muchos cuadraditos en la rejilla, pensó Hand. Quizá fuesen incontables. Una idea estúpida, claro. Eran discretos, y por tanto contables. El total parecía un dato muy importante, así que Hand empezó a enumerarlos. Hacía frío en el camarote y quería subirse las mantas, pero no podía mover el brazo. Era como si ya no tuviese brazo.

—Vaya, esto sí que es curioso —dijo.

Gorgas no prestaba mucha atención, pero unos minutos después se le ocurrió que Hand no había explicado qué le resultaba tan curioso. Mirando al otro lado de la habitación, apareció la expresión relajada del rostro del capitán, los ojos que miraban al vacío. Gorgas suspiró irritado.

—Nave —dijo, con bastante brusquedad, como si la inteligencia artificial hubiese desatendido una obligación.

—A la espera —respondió Nave.

—Mensaje. Para: Dra. Wong. Texto: Hand ha muerto. Enviar.

—Aceptado.

Gorgas guardó la pantalla con los franceses en mitad del movimiento y se soltó

del asiento para flotar por el camarote. Los Farnsworths empujaban a un poco por encima de cuatro miligés, apenas aceleración suficiente para ofrecer a la habitación una idea vaga de arriba y abajo, pero Bhattherji había apagado los motores y Gorgas flotó como un ángel y quedó sobre el camastro del capitán.

Me he alzado sobre el capitán, pensó. Una afirmación tan a menudo cierta metafórica e intelectualmente, ahora también lo era literalmente. Gorgas no tocó el cuerpo ni arregló la ropa ni siquiera le cerró los ojos, pero miró al rostro relajado y en paz y apreció que los ojos parecían fijos en un punto distante. *¿A qué miraba Hand?*, se preguntó. *¿Y por qué sonrío?*

Probablemente ante la idea de ceder el mando. Consumido por la risa de dejar a Gorgas con el cajón de sastre que había recolectado como tripulación por todos los puertos del Sistema Medio.

Franziska Wong, doctora en medicina, el añadido más reciente al cajón de sastre, parecía estar fabricada con palos y cuerdas, como si un apretón de manos intenso fuese más de lo que sus ligamentos pudiesen resistir. Sus antebrazos y piernas eran largos y delgados, sus pechos escasos. Tal era la maldición de los nacidos en el espacio, los astronatos: que la carne empleada en alargar los miembros desaparecía de otra parte del cuerpo. En ocasiones, cuando contemplaba las imágenes de bellezas emitidas desde la Tierra o Marte, le afectaba.

Wong había recibido su titulación de medicina por la Universidad Leo en Ciudad Goddard, Órbita Baja de la Tierra, especializándose (por necesidad) en las enfermedades de microgravedad. Había pasado dos años en la clínica Goddard y otros dos en Alto Nairobi, soñando con la aventura y con ver lugares lejanos y exóticos. Luego la *FS*^[2] *Ned DuBois* había llegado a puerto con un puesto para un médico y ella aprovechó la oportunidad.

Pero el interior de una nave se parecía asombrosamente al interior de un hábitat orbital y, como descubrió pronto, al interior de las conejeras bajo la superficie de Luna y Marte. Habitaciones pequeñas y pasillos apretados; aire reciclado y agua reciclada, y después de un tiempo, ideas recicladas. Poco a poco, con el paso de los años, había renunciado a los lejanos lugares exóticos, aunque jamás renunció del todo a la esperanza de que existiesen.

El cuerpo del capitán la recriminó. No había podido salvarle; ni siquiera había podido diagnosticarle. Con cuidado, le enderezó los miembros, le cerró los ojos y le cubrió el rostro. Ese hombre querido parecía tan frágil una vez muerto: de alguna forma más pequeño, como si faltase algo dentro. Independientemente de adónde dijese la imaginación que se había ido el capitán, Evan Hand había abandonado *El río de las estrellas*.

El primer oficial Gorgas, inclinado muy concentrado sobre su ordenador, apenas advirtió su entrada, y Wong supuso que estaba enfrascado en alguna tarea administrativa producto de la muerte del capitán. Registró la hora en el registro médico de la nave e introdujo su confirmación. Legalmente, el capitán murió en ese

momento; y le conmocionó el que de una forma arcana y burocrática le acababa de matar.

—Supongo —dijo, mientras fijaba las sábanas alrededor del cuerpo para evitar que saliese volando mientras se iba a buscar una bolsa al almacén— que ahora la nave ya no se dirigirá con el estilo de Evan Hand^[3].

El primer oficial apartó la vista del ordenador.

—¿Qué es eso? —dijo—. ¿Qué es eso? ¿Es un chiste? ¿El capitán acaba de morir y ya está burlándose de su nombre?

Wong agachó la cabeza ante la reprimenda. El chiste había sido una de las frases favoritas de Evan. Él mismo la había empleado a menudo, y ella la había repetido como forma de preservar parte de su humor travieso. No había pretendido burlarse; pero Gorgas, que durante muchos años había volado con el capitán, debía estar tomándose su muerte especialmente mal, manteniendo el dolor en su interior, como hacían tan a menudo los hombres, precisando, sin embargo, una palabra amable.

—La nave le echará de menos.

Ella misma le echaría de menos, eso seguro. Evan era alegre, siempre con una sonrisa, siempre preparado con un chiste o un gesto de cortesía. El primer oficial le parecía serio, pero con todos los vicios y ninguna de las virtudes de la seriedad. Sin embargo, llevaba muy poco tiempo a bordo de *El río* y el aire solemne de Gorgas, su brusquedad, podría no ser más que una máscara que ocultase la tristeza que sentía ante la muerte de su viejo amigo.

Gorgas, por su parte, se concentró una vez más en la simulación de Austerlitz. La inteligencia del juego había desplazado las fuerzas francesas de forma muy inesperada. ¿Un fallo en el entrenamiento de la red neuronal? ¿Un movimiento sutil cuyas implicaciones no conseguía apreciar? Intentó concentrarse en los contadores en miniatura, pero el comentario de la doctora le asaltaba continuamente. ¿Qué había pretendido con semejante chiste? ¿Desprecio oculto? La presencia de Wong le había confundido desde que Hand la subiese a bordo en Aquiles. Tenía cara de caballo y disposición de oveja; pero Hand había traído una sonrisa tan amplia que Gorgas se preguntó si ella le habría entregado algo más que sus credenciales. Las Actas exigían que cualquier tránsito de más de tres meses llevase un doctor en medicina en los Artículos de la nave, pero Hand no había buscado mucho para llenar el puesto. Un golpe de suerte, había dicho. Una doctora cuya nave anterior la había dejado atrás cuando durmió de más y perdió la salida. Sin embargo, a Gorgas le parecía que, dado el reducido tamaño de Aquiles, la tripulación de la *Krasnarov* no había puesto demasiado empeño en encontrar a su doctora perdida.

En las entrañas de las cubiertas inferiores, en los confines oscuros e iluminados de rojo de la sala de control de motores, rodeados de olores acres y eléctricos y gemidos de gaita, Ramakrishnan Bhatteji miraba la pantalla de diagnóstico de la misma forma que otro hombre podría mirar a su amante de mucho tiempo que de pronto —y sin razón aparente— se hubiese negado a ir a la cama; o para ser más

precisos, que estaba tendida en la cama rígida y fría, sin responder a sus caricias.

—No hay fusión —dijo, medio conmocionado y medio resentido—. No hay potencia de ningún tipo.

—Puede que la sincronización esté mal —comentó su ayudante.

—Sí... —El ingeniero golpeó la palma con el equipo de prueba mientras consideraba esa posibilidad—. La sincronización lo es todo —dijo—, tanto en los motores Farnsworth como en el amor. Todo debe suceder en el momento justo: la inserción, el agarre, el pulso rápido, y la emisión excesivamente breve de energía —se dio cuenta de que las jóvenes y suaves mejillas del ayudante se oscurecían. El enrojecimiento le llegaba hasta el pelo, por lo que los pelos muy rubios también parecían enrojecidos. Bhattejri sonrió, pero no dejó que su mente se extraviase en deleites futuros. Era digno de encomio que existiese tal inocencia; había que lamentar que pronto se perdiese; pero que fuese a perderse ante Ramakrishnan Bhattejri había que anticiparlo y saborearlo. Dejó descansar la mano sobre el hombro grácil y ágil de Miko—. A los motores hay que engatusarlos —dijo—. Hay que obligarlos a cumplir. —Apretó y sintió la firmeza de la carne bajo el mono que la ocultaba.

Mikoyan Hidei había firmado los Artículos de la nave en Amaltea y llevaba a bordo poco más de cien días, y cada uno de esos días había sido una agonía exquisita para el ingeniero, porque su ayudante poseía agilidad, flexibilidad y hermosura —el ejemplo de juventud más hermoso que hubiese visto en muchos años, sin excluir a Rave Evermore—. Figuras menos hermosas adornaban los templos de Majapour, donde habían preservado en piedra todas las posturas del amor. La edad de Miko registrada en los Artículos era de diecisiete, pero con seguridad se trataba de una hipérbole. Un caso de huida, muy probablemente; aburrída de la minería de oxígeno o simplemente de aguantar la autoridad paterna, ahora buscaba horizontes lejanos.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos en encegado? —exigió una voz de bajo entrometida. Era una voz angular, finamente cortada por consonantes claras, cada palabra emitida con precisión, con el final de una concluida por completo antes de que la siguiente se atreviese a levantar la cabeza, dotando a un simple saludo de las cualidades de un pronunciamiento y a una simple pregunta con las de una exigencia. Bhattejri, que pasaba de las exigencias, plantó una sonrisa frente a los dientes y se giró para saludar al intruso.

El segundo oficial 'Abd al-Aziz Corrigan era un hombre totalmente achicharrado, al que habían mantenido sobre el fuego durante demasiado tiempo. En parte, se debía al sol eterno del vacío sin cielo; en parte se debía al artificio de las micromáquinas melánicas que le protegían la piel de la lluvia continua de radiación cósmica. Su piel parecía cuero: dura, pero flexible y con cierto olor leve y acre, como si lo hubiesen fabricado a partir de pieles sin curtir. Al igual que la doctora de la nave, poseía el cuerpo largo y delgado de los astronatos, aunque él era un hombre de los asteroides, no de LEO. Bhattejri se lo imaginaba como una serpiente, una imagen reforzada por los ojos reptilianos hundidos y por la forma en que la lengua se disparaba de entre los

labios húmedos. El término *serpiente* era muy común para referirse a los astronatos, pero la gente educada lo evitaba; al menos cuando había serpientes presentes.

—No hemos localizado la fuente de la mala —dijo Bhatteerji. Una admisión a regañadientes, extraída lentamente de entre los dientes.

Los ojos de Corrigan pasaron de Bhatteerji a Miko. Despreciaba la suciedad y mugre de la sala de máquinas. Incluso cuando todo estaba en su sitio parecía un lugar atestado y desordenado. El propio Bhatteerji era un tipo bajito: feo, de dedos romos y una nariz rota una vez durante una pelea y que habían reparado con indiferencia. Corrigan no lo consideraba muy alejado de los motores brutos que controlaba.

No podía decirse lo mismo de Miko. De rasgos élficos, piel cetrina, Mikoyan Hidei se encontraba en la antípoda estética del ingeniero: exhibía gracilidad, dulzura, con una sonrisa que a Corrigan le resultaba inquietantemente atractiva, y una personalidad aún más misteriosa porque rara vez se le veía cuando no estaba de servicio. El segundo oficial siguió a Miko con los ojos, incluso mientras se dirigía al ingeniero.

—El vuelo inercial extenderá el tiempo del viaje. Nos alejamos del rumbo por efecto de la corriente, así que cuanto antes lo repare, mejor.

Bhatteerji, que no había considerado la idea de que el retraso fuese positivo, se tomó mal que el oficial comentase lo evidente. Si había algo que Bhatteerji no supiese sobre la nave, no era nada que Corrigan pudiese decirle.

—Los arreglaré —gruñó. Tampoco le gustaba cómo el hombre salpicaba sus frases con términos anticuados de la navegación a vela. Ya nadie llamaba «corriente» a la gravedad. Los antiguos de la navegación a vela no parecían darse cuenta de que la historia les había adelantado.

—Podría ser una mala física —dijo Miko—. ¿Y si algo ha dañado el proyector? Si el proyector no estuviese bien alienado, ¿no afectaría eso a la sincronización?

Bhatteerji meditó la sugerencia.

—Sí, podría ser. Hay varias posibilidades. *Software. Hardware.* —Agitó la cabeza—. Es difícil saberlo.

—Está malgastando mi tiempo —gruñó Corrigan—. No me importa *cuál* es la mala. Quiero que la *reparen*. —No era estar «encegeado», en cero g, lo que molestaba a Corrigan. Al haber nacido en el espacio, le resultaba más natural que el peso. Lo que le molestaba era que las cosas estuviesen desordenadas.

—Necesito más datos —insistió Bhatteerji.

—Entonces búsquelos. —A Corrigan le resultaban frustrantes los continuos titubeos del ingeniero. Hacerle actuar era como empujar un cable.

—Podría ir fuera —le dijo Miko a Bhatteerji—, y comprobar el *hardware* mientras tú ejecutas los diagnósticos internos...

Bhatteerji no respondió de inmediato, porque el Abismo le aterraba sin medida. Estaba la radiación ionizante de las llamaradas solares, y si no era eso, el frío interminable del vacío infinito o, simplemente, la eternidad en sí. Pierde el contacto

con la nave, pierde la orientación, y un hombre podría caer por siempre jamás — como Enver Koch dando tumbos en la oscuridad—. En ocasiones, antes de que el sueño se apoderase de él, Bhattejri podía oír la voz de su predecesor surgiendo cada vez más débilmente del intercomunicador.

Pero si la idea de salir al Exterior le aterraba, también le excitaba. Bhattejri comenzó a estremecerse.

—Yo mismo comprobaré las jaulas —oyó como decía formalmente su propia voz desde muy lejos.

Corrigan se dio la vuelta para irse, habiendo logrado lo que había venido a buscar; pero se detuvo un momento en la vía de acceso que llevaba hasta la cubierta principal y se volvió.

—Casi lo olvido. El capitán Hand murió hace media hora; así que pueden borrar sus turnos de vigilancia.

Bhattejri gruñó como si le hubiesen golpeado en el vientre. La noticia le inquietó, al llegar tan cerca de la mala del motor. Un mal presagio el que algunas partes de la nave, humanas y mecánicas, se fuesen apagando unas tras otras. Rechazó el presentimiento y se volvió para mirar el panel de control.

—Recupérate —le dijo a Miko—. Tenemos trabajo.

Miko se mordió el nudillo de un pulgar y se abrazó con ambos brazos, con aspecto mareado.

—No puedo evitarlo. Era bueno conmigo. Me aceptó cuando no tenía adónde ir.

Un dolor breve, y un humor más breve aún, atravesaron el corazón de Ram.

—En esta nave esa historia es de lo más común. Recuerdo cuando... —pero se trataba de un recuerdo privado, no apto para compartir. El capitán había convertido en un hábito el ir recogiendo a los desechos y abandonados de otras naves, siendo Ramakrishnan Bhattejri uno de ellos.

Con la nave encegeada, «Moth». Ratline reunió sus peones y los llevó a la bahía de carga sobre la cubierta principal para un poco de enderezamiento oportunista. Los peones estaban acostumbrados a sus continuas bullas.

—Un lugar para todo —le gustaba decir—, y todo en su lugar. —Excepto, según apreciaban los peones, que nada parecía estar nunca exactamente en su sitio. Rave Evermore había seguido los progresos de un contenedor en particular de recipiente en recipiente dentro de la bodega y declaró que había acumulado varios miles de kilómetros adicionales por encima del viaje interplanetario nominal.

—Pero es el funeral del capitán —dijo Nkieruke Okoye, primera peón—. ¿No deberíamos asistir en señal de respeto? —Los otros la habían empujado, menos por amor hacia el fallecido capitán Hand que por desprecio al trabajo duro.

Pero Ratline no se inmutó. Sabía por experiencia que la primera meta en la vida de los peones era evitar el trabajo; de la misma forma que la suya consistía en proteger a sus jóvenes protegidos de las tentaciones de la ociosidad. Sonrió de una forma que consideraba amistosa —aunque en la mente de los peones el esfuerzo no

fue muy convincente— y dijo:

—He visto a un capitán.

Y efectivamente, capitanes en este mundo había veinte debajo de cada piedra. Él los había visto a todos, desde Coltraine a Hand. Los había visto ascender, retirarse, dimitir y ser despedidos. Ahora había visto cómo moría uno. No se le ocurría ninguna otra forma más de abandonar el puente, así que había alcanzado cierto hito.

Ratline era el miembro más antiguo de la tripulación, y el único que se encontraba en los Artículos de la nave desde el comienzo. En aquella época había sido mozo de camarotes, muy orgulloso embutido en aquel uniforme elaborado. Ahora era todo tendones y tejidos cicatrizados, y si los monos gastados y deslucidos que vestía se consideraban un uniforme, se debía simplemente a que la nomenclatura no era lo suficientemente precisa. Evermore y los demás peones jamás lo habrían creído —el universo que habitaban estaba limitado exclusivamente por el presente— pero Ratline había sido un chico apuesto. La mitad de su apostura provenía del uniforme —bordes rojos y charreteras, relucientes botones de cobre, tela MEMS que se agitaba con patrones cambiantes ante las órdenes susurradas— pero el resto se hallaba en sus rasgos, y en su voz, y en su carrocería, que podía (y lo hacía a menudo) causar admiración cuando retiraba todo el uniforme.

Una vida dura, se dirían los peones unos a otros cuando lo consideraban, lo que pasaba muy rara vez, o cuando consideraban la época de juventud de su amo, lo que no sucedía jamás. Sin embargo, había sido dura, y en formas que jamás podría serlo la vida de peón. Los contenedores de carga y los cables de sujeción habían arrancado dedos de la mano izquierda de Ratline y en una ocasión una grúa había dejado una depresión en su cráneo —la masa permanece incluso cuando el peso ha desaparecido—, pero otros deberes dejaban otras cicatrices. Había habido tareas para mozos jóvenes y hermosos en los años decadentes de los cincuenta que los posteriores más apolíneos jamás aprobarían. Ratline jamás hablaba de ello. Puede que la sociedad guiñase el ojo, diese un golpecito con el codo y mirase con lascivia, pero había sido el pequeño Timmy Ratline el que había tenido que poner el culo, y solo había sonreído esperando la propina.

—Nunca parece feliz —dijo Ivar Akhaturian después de que los peones regresasen agotados a sus camarotes. Esperaba que el comentario no sonase como una crítica al jefe de carga (en caso de que los demás le tuviesen reverencia) ni tampoco demasiado compasivo (en caso de que los demás le despreciasen). Ivar era el más novato de los peones, deseoso de causar buena impresión, y sin conocer la mejor forma de lograrlo. Era un niño abandonado. Su madre lo había vendido a la nave «para unos años de maduración» cuando *El río* hizo escala en Calisto. Él recibía alojamiento, comida y educación; su madre recibía su paga. Okoye se sujetó a una silla de sujeción en la sala común de peones y prestó atención a la charla de los otros tres. Como primera peón, había pasado buena parte de los últimos tres años moviendo carga bajo la supervisión atenta de Ratline, y por tanto poseía una visión más amplia

de esos asuntos. Es más, a menudo se consideraba jefa de carga en funciones, ya que Ratline tenía seis años más que Satanás y era dado a pasar largos y solitarios retiros en su camarote. *No, nunca parece feliz*, pensó, y se preguntó si habría alguna antigua herida descomponiéndose bajo su piel, esperando a reventar como una pústula y envenenarlos a todos.

Lo que más angustió al capitán en funciones Stepan Gorgas sobre el funeral de Hand fue los pocos miembros de la tripulación que asistieron. Además de él mismo, solo estaban el ingeniero, su ayudante y el tercer oficial, los cuatro dispuestos en diversas aproximaciones del duelo fúnebre alrededor del salón central. Bhatteji parecía adecuadamente solemne, pero su ayudante parecía en trance, como una vaca tras recibir el golpe del matadero. Eugenie Satterwaithe, la tercera oficial, apareció justo antes del comienzo de la ceremonia y se situó cerca de una de las entradas, como si preparase una huida rápida. ¡Apenas una guardia de honor! No es que Gorgas hubiese tenido muy buena opinión de Hand, pero el oficial merecía un respeto.

El salón central era una sala circular dispuesta (convenientemente) en el centro de la cubierta más baja. En días más elevados había sido zona de recepción y la gran escalera había ascendido desde los módulos más lujosos situados abajo. Ahora la vieja escalera estaba sellada y solo pasillos estrechos llevaban a los túneles de mantenimiento y la esclusa externa en la sección media de la nave a través de la cual Hand, vaporizado, pronto realizaría su salida sublimada.

Satterwaithe conocía a Hand desde la llegada del capitán a bordo, así que Gorgas consideró adecuado que estuviese presente cuando lo eyectasen. De una forma indefinible la simetría le agradaba. Sin embargo, Ratline, el otro antiguo, no apareció. Ni siquiera la doctora, lo que a Gorgas le resultó más que asombroso. Parecía una bofetada, como si Wong ya no tuviese ningún uso para el hombre. De todos los pecados en el libro de Gorgas (y los había a montones) el peor era la ingratitud.

Cuando llegó el momento anunciado para el funeral, Gorgas abrió la conexión.

—Nave —dijo solemnemente, llamando la atención del resto de los asistentes—. Ceremonia de funeral. Evan Dodge Hand. Comienza.

—Queridos amigos —dijo la IA de la Nave con tonos adecuadamente dolientes—, nos hemos reunido hoy aquí para rendir nuestros respetos finales a nuestro querido capitán, Evan Dodge Hand, decimosexto capitán de la nave de vela magnética *El río de las estrellas*.

Asombrado, Gorgas sacó su ordenador del bolsillo de su túnica formal y apuntó unas notas rápidas. En una sola frase la IA había cometido tres errores.

Primero, a pesar de la designación oficial y el supercargo enrollado inútilmente en el armario de la cubierta superior, *El río de las estrellas* ya no era una nave de vela magnética.

Segundo, a juzgar por la cantidad de lágrimas derramadas, Hand no había sido muy «querido», excepto por Miko Hidei, que parecía al borde de las mismas.

Y tercero, «nos» no se había reunido, ya que la mayoría de la tripulación estaba

ausente.

Ni siquiera estaba completamente seguro del «decimosexto». Dependía de cómo contase uno a los capitanes asignados que supervisaron la nave durante su servicio joviano.

Tales meteduras de pata podrían indicar una mala en la red neuronal. Gorgas envió la lista a la atención de La Joya de Loto.

Miró alrededor del salón por si el sysop había entrado mientras él estaba ocupado con el ordenador. De todos los miembros de la tripulación, La Joya de Loto era el más agradable a la vista. Alegre, intensa, buena jugadora de equipo a juicio de Gorgas. Se sintió decepcionado, aunque no sorprendido, al comprobar que seguía ausente. Como otros muchos de su raza del sobremundo, sin duda estaría flotando en su camarote con la cabeza metida en el culo.

Gorgas no había acertado del todo con respecto a La Joya de Loto, al menos en donde estaba metida su cabeza. Se encontraba en el centro de comunicaciones, junto al puente. Tenía abierto el panel principal del transmisor y los cierres y otros objetos variados flotaban a su alrededor, por lo que la consola parecía haber quedado congelada en medio de una explosión. Tenía las manos muy metidas en la unidad, como un cirujano en busca de un bazo; y si bien no tenía la cabeza dentro, el rostro estaba muy cerca y exhibía una expresión de profunda concentración.

Pasando por allí (y no era por casualidad), Corrigan miró al interior del centro de comunicaciones y vio el desorden. A Corrigan no le gustaban los revoltijos. Sin embargo, no manifestó la reprimenda, porque sí le gustaba La Joya de Loto. Le gustaba su cara (era delicada y ancha, de altas mejillas y ojos de un azul muy especial) y le gustaba su porte, que siempre le había parecido grácil, como si fuese muy consciente de dónde se encontraba cada parte de su cuerpo con respecto al resto. Le gustaba su culo, que en estos momentos estaba orientado en su dirección y por tanto exigía su atención. Y ciertamente le gustaba su carácter generoso y amoroso, ya que él era el principal beneficiado.

Le agradaba que la criatura más exquisita de la nave fuese la amante de 'Abd al-Aziz Corrigan, un hombre cuyo semblante hacía palidecer el rostro de tantos humanos poceros. Sabía intelectualmente que las posibilidades carnales a bordo de *El río* tendían a lo limitado. Gorgas era demasiado pomposo, Grubb demasiado virginal, Ratline demasiado viejo, los peones demasiado jóvenes, y Bhatteji demasiado eso que fuese Bhatteji, por lo que La Joya de Loto no tenía mucho donde elegir. Corrigan no era tan ingenuo como para suponer que no eran posibles otros emparejamientos, o que en los confines limitados de la nave muchas de esas combinaciones no acabarían produciéndose. Sin embargo a él venía esa licenciosa delicada y de piel dorada.

Bien, los astronatos podían ser tan gráciles y (a su modo) tan hermosos como cualquier pocero. Ellos eran las filigranas; eran las hojas retorcidas y complejas de las ilustraciones medievales. Los que habían nacido en las profundidades de los pozos

gravitatorios de la Tierra o Marte —e incluso Luna— parecían grumosos en comparación. Por derecho, debería haber sido la doctora la que hubiese enamorado al segundo. Eran de la misma clase. Pero a Corrigan los de su clase le parecían desgarrados y feos, y perseguía la belleza de otra época y otro lugar.

(Además, Corrigan era un hombre de los asteroides mientras que Wong había crecido en órbita terrestre baja y puede que ni siquiera se considerasen como «iguales». Protegida dentro del campo magnético terrestre, Wong jamás había considerado necesario los potenciadores de la piel. Sin embargo, gente como Bhattejji o Gorgas, e incluso la por otra parte perceptiva Joya de Loto, no percibían esas distinciones precisas. Una serpiente era una serpiente. No es que eso tuviese nada de malo).

Finalmente, cuando estaba tan borracho de verla que su corazón apenas podía soportarlo, Corrigan comprobó las arrugas del mono, limpió un detritus imaginario y entró en el centro de comunicaciones.

El centro de comunicaciones estaba compuesto por varias habitaciones y en su época había sido una *suite* reservada para *amigos especiales* de los propietarios originales. Desde entonces la habían desmontado, y el utilitarismo había sustituido al lujo. Donde antes habían colgado obras de arte ahora relucían los paneles de ordenador. Los zumbidos eléctricos habían reemplazado la música de moda. Esto último bien podría haber sido una mejora.

Evidentemente, los procesadores de la nave estaban físicamente dispersos. Ningún diseñador era tan estúpido como para situar todo el neurosistema de una nave en un único lugar —las subunidades estaban dispersas como huevos de pascua por toda la nave—, pero el centro de comunicaciones (y su estación esclava en el puente) era el nexo primario. La Joya de Loto podía hablar con cualquier avatar de la IA de la nave. Conectada, podía ver a través de los ojos de la nave, oír con sus oídos, hablar con sus labios. Si no era el cerebro de la nave —una imagen risible para más de un miembro de la tripulación— era al menos su columna vertebral.

—¿Cuál es el problema? —dijo Corrigan.

La Joya de Loto se concentró un momento más en su ordenador de mano y descargó los datos al núcleo susurrando una orden. Hacía varios minutos que era consciente de la mirada de Corrigan y, sin perder la concentración en la tarea, se había exhibido para su deleite. La Joya de Loto disfrutaba de la vida más de lo que su propia vida podía contener, y una parte del disfrute siempre se desbordaba a la de otros. Le agradaba hacer feliz a la gente. En ocasiones no implicaba más que reír un chiste o realizar un pequeño favor. En ocasiones implicaba una palabra agradable o una mirada agradable. En ocasiones, como en el caso de Corrigan, implicaba una noche agradable.

—El superbucle sigue dando energía —le dijo La Joya de Loto—, pero no estoy transmitiendo —*esta noche*, le dijo a Corrigan con una postura.

El encaprichamiento no era todo cosa del segundo oficial. La Joya de Loto

disfrutaba de su compañía y su discurso literario y el disfrute extraño y erótico del tacto de su piel correosa. Era como tocar un objeto: una cosa que vivía más que una cosa viva.

—¿Es grave la mala? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza (y fue solo en su imaginación que Corrigan vio largos bucles dorados agitándose en el aire. Ella tenía el cráneo completamente rapado y contenía los conectores para los interfaces, un exotismo que a Corrigan le resultaba extrañamente atractivo).

—No hasta que llegemos a Dinwoody Poke —dijo—, para dejar al pasajero. Los radares y sensores funcionan. La recepción es intermitente. Volveré a poder transmitir antes de necesitar al práctico del puerto.

Corrigan puso cara larga.

—¿Alguna relación con la mala del motor?

—No veo cómo. Los sistemas son diferentes. Comunicaciones, motores, navegación... No hay cruces, excepto a través de Nave.

—¿Y los externos...? La ayuda de Bhatteji sugirió un fallo de *hardware*.

—Mi equipo está montado en varios cuadrantes del borde. Es solo una coincidencia, 'Zizzy. La nave es vieja. ¿Cuándo fue el último viaje en que no hubo que realizar reparaciones?

Corrigan hizo una mueca.

—La familia todavía tiene la tienda de mi tatarabuelo. Solo reemplazamos las cuerdas tres veces, las barras dos y remendamos hasta la última pulgada cuadrada de tejido...

—Pero sigue siendo la original —concluyó ella por él. La historia venía acompañada de cierto subtexto. No solo en el brillo de sus ojos y la promesa de sus labios, sino también en que pudiese terminar los chistes por él.

—Bien —dijo Corrigan—, mantenme informado.

Una petición que para el ingeniero hubiese sido insultante, para La Joya de Loto no fue más que supertexto de las verdaderas necesidades de Corrigan.

—Te entregaré un informe personal —fue lo que respondió, pero hizo que Corrigan se fuese sonriendo. Durante toda la noche estaría aguardando su visita y, ya que ella sufría de retraso crónico para las citas, el placer de la anticipación sería todavía más prolongado.

Solo cuando Corrigan se iba La Joya de Loto miró la hora.

—¡Oh, no! ¡El funeral del capitán! ¡Casi ha terminado!

—Nadie estará presente —predijo Corrigan—. Solo la doctora Wong. A nadie más le *caía bien* el capitán.

—A mí —dijo La Joya de Loto—. Me ayudó cuando más lo necesitaba.

—Esa no es razón para que alguien te caiga bien.

La falta de sensibilidad de Corrigan superaba a la de su piel inflexible. Pero no la de La Joya de Loto. Le observó irse con una sensación incómoda en el corazón, como

si por un momento hubiese entrevistado a un extraño.

La doctora

Cuando la nave *El río de las estrellas* fue reconfigurada como carguero irregular, gran parte de la cubierta principal se convirtió en superflua, pero los montadores y ajustadores de los astilleros odiaban tanto el cortar a través de paredes de presión y estructuras de cargas o conductores vitales de energía o de soporte vital que habían dejado el disco intacto. El cruel sentimiento de los románticos insistía que no se podían alterar las encantadoras líneas, y muy probablemente esa alteración hubiese destruido su integridad en ambos sentidos de la palabra. Y fue así como opulentos camarotes que en su época habían cobijado a ricos mimados (y, más tarde y de forma menos espléndida, a cohortes de inmigrantes) se convirtieron en depósito y zonas de almacén que solo cobijaban inanimados contenedores de carga, o simplemente se cerraron y abandonaron.

Fue menos problemático de lo que podría parecer, porque la nave en gran parte estaba construida de humo sólido —es decir, aerogel— y su masa no era más que una fracción de lo que sugería su tamaño; pero la masa seguía siendo un problema en el margen, donde la nave obtenía beneficios o no. Si su sustancia no hubiese sido un material valioso, *El río* no habría durado tanto. Como una puta, vendía trozos y fragmentos de su ser en cada puerto para compensar la diferencia, y por tanto cada año era cada vez menos lo que había sido. En consecuencia, pasar por la cubierta principal a menudo llevaba a regiones oscuras y desiertas, siguiendo pasillos que no conducían a ningún lado, dejando atrás habitaciones vacías y abandonadas.

En este día, cuando se vaporizó la concha de Evan Hand y sus iones se extendieron por el vacío, Franziska Wong buscó refugio entre las sombras y recuerdos olvidados del anillo G. Buscó una habitación muy lejos del núcleo central y allí se emborrachó muy mucho. En esa misma habitación, decía la leyenda, el magnate Gowery Bend había desflorado al presidente americano durante aquella famosa fuga. Pero eso había pasado durante los años lujosos, cuando toda esta habitación había estado dedicada a consentir a un único pasajero y muy pocos, entre los presidentes, colocaban el deber por encima del placer. Ya no quedaba nada de esa era. Solo había una reliquia de los tiempos más austeros posteriores: un bastidor esquelético donde habían llevado a hombres y mujeres desesperados que soñaban con Marte. Quizás ellos también estuviesen buscando grandes aventuras y la visión de lugares exóticos y lejanos. Si fue así, pensó la doctora, también habían sido unos tontos.

Pasó una larga pierna alrededor de la barra de apoyo del bastidor y se plegó sobre sí misma para formar medio loto. Luego abrió el mono hasta la mitad y sacó el inhalador fijado entre los pechos por una cinta. Retiró la tapa del inhalador y envió un aerosol puro a sus pulmones ansiosos: una combinación de drogas y sustancias químicas que ella misma había inventado, una mezcla que ofrecía sueños, que ofrecía olvido, que ofrecía alivio.

La neblina —no le había dado nombre; un nombre la haría demasiado real— golpeó su sangre como un tsunami. Fue arrastrada por su furia: golpeada, ahogada, alzada, glorificada, sin encontrarse ya tristemente refugiada en el almacén abandonado de una nave horterá, sino volando a través de la noche eterna, transportada en su cresta de espuma. Era tan alta como Alicia, de hecho, mayor que *El río de las estrellas*, y podía evaluar esa nave envejecida y torpe desde una altitud divina. Un chasquido de sus dedos podía mandarla, con su infección de gente, girando como un disco a través del sistema solar. Y sin embargo, no lo hizo, porque los amaba a todos y ansiaba calmar sus dolores.

Lo haría, algún día; los salvaría a todos. Se produciría un desastre —no estaba segura de qué, pero sus ojos veían una explosión distante o una colisión— y ella los guiaría a todos hasta la seguridad. O quizá fuese una epidemia. Quizá regresase la misma enfermedad que se había cobrado al capitán Hand, más virulenta, para acabar el trabajo. Y Wong tendría que esforzarse durante muchas noches sin dormir para encontrar una cura, preparando remedios —compuestos y simples— y programando microbots, y con su último aliento inyectaría la medicina salvadora en cada uno de los miembros enfermos de la tripulación, y en la muerte la querrían más de lo que jamás la quisieron en vida.

Ingeniosos compuestos químicos imitaron caricias fantasmales, el calor de besos espectrales, el masaje de dedos invisibles. Se le puso carne de gallina mientras las enzimas saltaban de sus escondites. La calidez la rodeó; la humedad se escapó a través de las paredes de su cuerpo. Lloró por caricias no concedidas, por entradas no buscadas. Roces ligeros, roces rápidos, roces en lo más profundo de su ser. ¡Oh, qué gran viaje tendría, de haberse limitado a cabalgar!

Estaba aquel chico de la escuela en Goddard, larguirucho y torpe con miembros que salían como chorros y una voz rota. Manos agarradas, besos incómodamente intercambiados, promesas esperadas pero jamás recibidas. ¿Dónde estaba ahora? Desde su alto punto de vista del cosmos, Wong creyó que casi podía verle, allá a lo lejos, escapando.

Y su primer profesor, con su aguda inteligencia: brillante, cínico, y, oh, tan de mundo. Robando preciosos momentos juntos hasta que, inevitablemente, habían robado uno de más y él, enfrentado a un ultimátum, escogió el socaire de su esposa.

Ahora estaba atrapada en la resaca, la oleada química alejada por las escobas de los contraagentes. Un remolino giratorio la anegó con abandono y soledad. La morriña atenazó su garganta y espizó Ciudad Goddard parpadeando frente al sol mientras giraba alrededor de la Tierra. Hacía años que no iba allí. Con sus tristes ahorros no podía permitirse el billete; y por tanto saltaba de nave en nave, esperando que algún día atracase una vez más en casa. Pero, con frustración perversa, el movimiento browniano la mantenía en el sistema medio. Podía ver aquella luz, el pequeño piso de una habitación en el radio Gama-3 donde había vivido con su padre y su madre. Recordaba la tremenda inmensidad de la Tierra girando en el exterior de

las portillas, todo azules, blancos, verdes y marrones; colores tan desgarradores que lloró al recordarlos.

Ahora Hand era polvo. Vapor expulsado, sus átomos haciendo que el vacío fuese algo menos vacío. Él la había rescatado, en el Bar de los Buenos Amigos, rescatado de la alegría a medias que había respirado una y otra vez en sus pobres pulmones; la acompañó mientras sudaba el veneno que tenía en la sangre; la sostuvo durante la tristeza subsiguiente. Un hombre jovial, campechano, enamorado de la vida; afectuoso, parlanchín, que irradiaba armonía. ¿Había estado esperando una invitación que ella no había tenido valor de ofrecer?

Entonces lágrimas amargas, porque la felicidad potencial ya no se convertiría jamás en la variedad cinética.

La verdadera felicidad, le había dicho Evan Hand a la mujer temblorosa en el Buenos Amigos, jamás tiene precio. Es tan gratuita e inesperada como una flor.

Y, como habían demostrado los acontecimientos, igual de pasajera.

Fransziska Wong volvió a plegarse abatida en un jergón de emigrante en un almacén abandonado. Estaba oscuro. Hacía años que no había luces y la electrostática había tejido el polvo para elaborar complejas y alocadas telas de araña. Se estremeció incontrolablemente mientras las toxinas abandonaban su cuerpo.

No había realizado la autopsia de Hand. No podía soportar la idea de tratar al gran hombre como si fuese un trozo de carne. Pero una exploración del cadáver podría haber descubierto a su asesino. Algo exótico, algo nuevo e inesperado. Alguna razón para que su muerte le resultase tan misteriosa.

—Nave —dijo, preguntándose si ya sería demasiado tarde para detener el funeral.

No hubo respuesta, y comprendió que era imposible que incluso la IA hubiese olvidado que esta porción de la nave existía.

Luchó para salir de la confusión de vigas y regresó al pasillo del anillo. Se curvaba alejándose en ambas direcciones, muy mal iluminado por unas pocas luces rojas autónomas que todavía no se habían estropeado. Un pasillo muy desconcertante. Uno parecía perpetuamente a punto de girar una esquina, pero jamás lo hacía.

—Nave —volvió a llamar; y una vez más no hubo respuesta.

No todos los micrófonos podían haber fallado en este pasillo. Caminó en dirección de las agujas del reloj, con las largas piernas delgadas moviéndose como unas tijeras, haciéndola saltar de pared a mamparo como un extraño y enorme insecto. Un observador podría haberse sorprendido de lo grácil que se volvía, con brazos y piernas empujando y agarrando y girando con movimientos medio conscientes. Es más, Bigelow Fife, observando entre las sombras, se maravilló de la belleza inesperada. La espacial se movía a través de la caída libre con la gracia de los cisnes en vuelo.

La siguiente llamada de Wong a Nave tuvo como respuesta un siseo lejano mientras Nave intentaba vanamente oír y responder. Wong suspiró como una flauta de caña y sus manos y pies se extendieron para encontrar agarres invisibles para los

que no habían nacido como ella. Aparentemente se detuvo súbitamente en mitad del vuelo. Ahora ya sería demasiado tarde. Hand era menos que polvo.

Bigelow Fife habló:

—¿Puedo ayudar?

Franziska Wong se volvió para ver a un extraño. Era una forma oscura en el pasillo tenebroso y durante un momento pensó que al hombre también lo habían abandonado cuando sellaron el anillo G, un último emigrante marciano que había olvidado desembarcar...

—Usted debe de ser el pasajero —dijo. *El río* transportaba de vez en cuando a un pasajero. Siempre estaban los demasiado impacientes para esperar al siguiente crucero.

La frente pequeña del hombre era simultáneamente cortés, amable y altanera, como si el encuentro le resultase secretamente gracioso.

—Bigelow Fife, a su servicio. —No dijo qué servicios ofrecía. La boca era pequeña y los ojos menudos y grises, pero esos ojos se movían como pájaros de presa, sin perder nada, arrancando el significado de las cosas si el significado se atrevía a asomar la cabeza. Esos ojos parecían ser dos cosas vivas, posadas en dos nichos gemelos del cráneo—. He oído que el capitán ha muerto. Ha venido aquí para estar sola y recordarle.

Wong se pasó un brazo sobre el rostro.

—No le conocí durante mucho tiempo.

—Oh, no importa el tiempo, sino la profundidad.

El comentario la sorprendió y le dedicó al hombre una mirada más cuidadosa. Fornido, pero de alguna forma etéreo, como si sus huesos estuviesen forjados de aerogel. Sus pantaloncillos cortos ajustados reconocían la existencia de la modestia y le daban un golpe en la cara; por lo demás: sandalias y una cinta en la cabeza para contener el pelo largo completaban el vestuario. Su piel blanca era de esas para las que el sol jamás había sido otra cosa que un enemigo. Evidentemente, un selenita.

—Era un buen hombre —se oyó decir Wong—. Un buen capitán.

—No le conocí. —Y así era la verdad simplemente cruel. Los ojos rápidos percibieron el estremecimiento de Wong y, reconsiderando sus palabras, Fife dijo—: Perdóneme. Le vi solo una vez cuando me ofreció pasaje en esta encantadora nave, pero como ser humano, naturalmente su muerte me entristece. Asumo que fue inesperada.

—El inicio, sí; pero aguantó varios días. —¿Podía encontrar en esa brevedad una razón para su fracaso? Un inicio más lento, algunos días más. Sí, podría haberle diagnosticado, encontrar un tratamiento entre sus ungüentos y códigos seminales; pero se le había escapado como agua entre los dedos. Volvió a frotarse los ojos.

Fife observó de cerca a la mujer. Emitía un ligero olor, simultáneamente carnoso y metálico, y círculos húmedos le habían oscurecido el mono bajo los brazos, alrededor del cuello y en la parte baja de la espalda. Su pecho, visible a través de la

abertura, relucía con gotitas de sudor. ¿Había una cámara de sudar a bordo?, se preguntó. Un extraño lujo para una nave irregular, más aún si la tripulación no venía de Luna.

—Si necesita llorar, yo puedo escucharla. —Dejó que la sugerencia flotase entre ellos. Una mujer afligida era una oportunidad abierta, si se cultivaba adecuadamente... el pesar y la pérdida a menudo eran padres del deseo. Pero su compasión era tan genuina como calculada. Si uno espera comprar, solo un tonto ofrece latón.

—Yo... preferiría que no —dijo. ¿Pero había vacilación en su voz?

Él creó una sonrisa para ella.

—El pesar, embotellado, se vuelve tan rancio como el vinagre; pero decantado, limpia.

—¿Es usted un consejero?

Él rio ante la incongruencia.

—Supongo que lo soy, de una forma muy extraña. Asesoro a Las Montañas de Mahoma. Cuando alguna de nuestras tripulaciones no puede colocar a su asteroide en la órbita de captura adecuada, me envían a mí para resolver el problema.

—¿Y Mo-Ma no puede pagar un billete de pasajero?

—Su capitán Hand iba a hacer escala en Dinwoody Poke en las Islas Vírgenes y desde allí puedo dar palos al jefe de equipo antes de que se le cierre la ventana de lanzamiento. Solo que... —un fruncimiento breve atravesó sus pálidos rasgos— si seguimos en vuelo inercial, mi atajo puede acabar convertido en un tajo muy largo. —Se encogió de hombros. La mala suerte era un hecho de la vida y uno la aceptaba o no.

Por otra parte, la buena suerte era algo que uno creaba. Extendió una mano.

—No me importaría saber cosas de su capitán. Parece que usted le conocía. Busquemos un lugar privado donde podamos hablar.

Él pudo ver el cambio en sus ojos y supo que ella comprendía sus metas y objetivos. El problema era: ¿estaba ella de acuerdo? ¿Se podía llegar a un consenso o había malinterpretado el mono abierto?

—Quizás en alguna otra ocasión —dijo Wong.

Fife intentó analizar las connotaciones de su voz y fracasó. Bien, había sido la casualidad no la belleza la que lo había atraído —eso y la gracia momentánea de sus movimientos—. En un modo más reflexivo y con más opciones entre las que escoger, puede que no le hubiese dedicado atención a esta mujer. Su aspecto se acercaba a la frontera de lo normal, y desde el lado incorrecto de la frontera. Vamos, mandíbulas como esas podían cortar cables; y una nariz tan grande podía oler el desayuno de mañana. Sin embargo, al principio al cisne lo habían considerado una especie de patito casero. Había más bellezas que las percibidas por los ojos. Otros sentidos reunían sus propios placeres. Había oído muchas historias sobre los astronatos y su dominio del sexo en caída libre. Solo creía la mitad de las historias, pero se trataba de

la mitad más interesante.

—Entonces «quizá» —dijo con más aspereza de lo que pretendía, porque no le gustaba quemar puentes que podría querer cruzar algún día— no debería dejar la puerta abierta, si no quiere que entren visitantes.

Wong siguió su gesto, vio que estaba expuesta y agarró la cremallera. Pero sus dedos vacilaron sin cerrarla. Le miró a los ojos y Fife supo que la fortuna efectivamente prefería a los audaces.

—¿Me encuentra atractiva? —preguntó Wong. Había un desafío evidente en su voz, como si exigiese mentiras, pero se negase a aceptarlas.

Fife era un devoto de la verdad y de permitir que las cartas cayesen, pero no desestimaba la prudencia.

—Creo que tiene un corazón hermoso —respondió, lo que pese a ser insensible, era la verdad. La mujer había estado llorando abiertamente, una muestra de sensibilidad que no se encontraba a menudo en los túneles de Luna—. Y sus movimientos son tan gráciles como los de cualquier *ballet*. —Normalmente hubiese concluido diciendo que en la oscuridad todos los gatos son pardos, porque sentía pasión por los aforismos y los clichés. En su lugar, hizo un gesto hacia su propio cuerpo lustrosamente perlífero—. Y un sapo como yo no podría censurar a nadie.

Wong sonrió ante la transparencia de la oferta. No era el tipo de intimidad que ansiaba su soledad. Era solo uso. Pero si uno no podía ser amado, ser útil no era nada despreciable.

—¿Alguna vez ha besado a un sapo? —le preguntó, sabiendo qué residuos permanecían en su sudor, en las gotas de transpiración que cubrían sus labios y frente—. Dicen que lamer un sapo produce visiones de alegría.

Solo una pequeña alegría atenuada, nada comparable a la neblina potente que había inhalado; pero la sacudida inesperada que su sudor le causaría sería una reprimenda adecuada para su frío oportunismo. No el estado de alegría que sentiría tras saborearla por primera vez, sino el afilado y oscuro abatimiento que le perseguiría una vez que se separasen.

El diario de a bordo

Sab. 12, a 40 días de Aquiles. La ruta se ha establecido sobre la gran secante. Las coordenadas sobre J-2100 no se han fijado debido al fallo del transmisor consignado antes. Se han tomado medidas manuales sobre Júpiter y el Sol. El Sol en Aqr.; Jup^t. En Gem. Posición estimada 4,47 UA hacia las estrellas por 41°30' este del meridiano de Júpiter sobre la eclíptica solar. La velocidad constante a 152 k/s. Los motores parados para su reparación. El tiempo estable; viento del Este-Sol-Este; no se aprecian llamaradas solares. Partió de esta vida E. D. Hand, antiguo capitán de este navío. Sysop informa de problema en el transmisor, recepción intermitente. La gente está ocupada en diversas tareas.

Ya solo quedaban tres, ahora que Hand había muerto; pero Gorgas había ocupado la silla del capitán tan pronto como los oficiales de cubierta entraron en la cámara de oficiales. A los otros les pareció indecoroso: a Corrigan, porque estaba acostumbrado al viejo orden y los cambios siempre le resultaban súbitos, y a Satterwaithe, porque tenía otras ideas sobre quién debía sentarse allí.

Gorgas tenía planes, claro. Y también Satterwaithe.

La cámara de oficiales se había diseñado para una tripulación más numerosa en una nave mayor. La gente de Coltraine la había ocupado por completo. Solo el departamento del contador había dispuesto de cuatro oficiales de alto rango más cuatro de menor rango, y el piloto había dirigido un personal de docenas de miembros. Ahora casi no quedaba nada en la cámara; en parte por efecto del reacondicionamiento original, en parte por la venta, descarte o canibalización durante los años. Quedaba una única mesa, rodeada por media docena de sillas de sujeción, iluminada por una única luz. El resto de la sala permanecía desnudo y oscuro, como si estuviese disolviéndose lentamente.

(Incluso a máxima aceleración, una mesa y sillas apenas eran útiles; en caída libre eran totalmente imaginarias. Sin embargo, los diseñadores habían tenido ideas muy claras sobre lo que era decoroso, y la imagen de oficiales bien uniformados flotando en el aire como detritus era demasiado ridícula para considerarla).

Puede que los fantasmas de Coltraine, Toledo, Johnson y Fu-hsi todavía rondasen la sala, observando desde las sombras, con miradas de desaprobación, en qué se había convertido su legado. Recientemente, Corrigan había sentido sus ojos sobre su cuerpo; había oído ruidos en la oscuridad, sombras en una nave que se había convertido ella misma en sombra. Gorgas se burlaba de esas ideas. No daba crédito a fantasmas de ningún tipo, ni siquiera al de Hand, quien era el único de los antiguos capitanes en tener razones para quedarse. Había golpes, estruendos y vibraciones, indicando ventiladores desequilibrados o agua golpeando las cañerías. Una nave lo suficientemente vieja podía ofrecer una versión muy creíble de fantasmas.

—Señor Corrigan —anunció Gorgas sin preámbulos—. Me hará falta un conjunto

de revisiones de rumbo. No habíamos alcanzado la velocidad planeada de vuelo inercial cuando los motores se apagaron, así que hay que modificar la línea límite. — Era muy propio de él pasar directamente a lo importante. Confundía la brusquedad con la eficiencia.

—¿De qué velocidad máxima y potencia de frenado dispondremos? —preguntó Corrigan, con el lápiz detenido sobre el ordenador.

—Eso depende de cuándo consiga el señor Bhatteji recuperar los motores y cuánto impulso nos ofrezca una vez lo haga. Puede que sea una mala de *software* y tengamos toda la potencia para esta tarde; o podría tratarse de un fallo de equipo y solo tendremos una restauración parcial después de un día o dos.

—Pero luego, ¿qué...?

—Use su imaginación, número uno. Una estimación. Las condiciones de contorno. —Era injusto pedirle a un hombre que hiciese uso de algo que tenía en muy poca cantidad. Gorgas había volado con el oficial el tiempo suficiente para saberlo. No siempre había que decirle a Corrigan qué hacer, pero ayudaba.

Satterwaithe habló mientras Corrigan tomaba notas en el ordenador.

—¿Ha desarrollado un plan para recuperar los sensores? —Era una mujer mayor, no tan mayor como Ratline pero tenía el pelo gris y líneas profundas alrededor de ojos y boca. Nadie las llamaba «líneas de risa»—. Estamos en inercial a poco más de ciento cincuenta kilómetros por segundo contra el plano de referencia de Júpiter, y si encontramos algún cuerpo no identificado...

Durante un momento, Gorgas se imaginó encontrando el cuerpo flotante de Hand recorriendo los pasillos de la cubierta principal. Parpadeó un par de veces y se pasó la mano por el pelo corto mientras consideraba cómo responder; e incluso Corrigan le dedicó una mirada confusa a la tercera oficial.

—Nos encontramos en el golfo Troyano —señaló Corrigan—. Una zona de resonancia, muy lejos de la Costa del Viento. —Y Gorgas asintió, satisfecho de que el segundo comprendiese su razonamiento.

Pero había un par de cosas sobre cómo llevar una nave que Satterwaithe no sabía. Se conformaba con aceptar la decisión de Gorgas por ahora —era lo que ella hubiese hecho en su lugar—. Lo que le molestaba era no estar en su lugar.

—Esta región de la Costa rozó Júpiter hace unos seis meses —insistió—, y ya sabe cómo Júpiter puede alterar los bordes del cinturón. Puede haber lanzado todo tipo de cuerpos a órbitas excéntricas. Recuerde: el golfo solo carece de cuerpos permanentes.

Gorgas no había anticipado un debate. Jamás nadie había discutido a Hand. Incluso cuando Hand había tomado decisiones cuestionables —incluso deplorables, a juicio de Gorgas— Gorgas y los otros habían mantenido silencio. Era la forma adecuada de comportamiento para los oficiales subordinados. En la guardia espacial... ah, pero rara vez pensaba en sus días en la guardia.

—¿Me está enseñando mi oficio? —preguntó con un toque de irritación.

Corrigan, quien conocía el rumbo de la nave, también se sentía confuso por el comentario de Satterwaithe.

—No hemos recibido avisos de rocas por parte de otros navíos. —Pero no acababa de entender el subtexto. A Satterwaithe no le interesaban los asteroides.

—No es *tu* nave, Stepan —dijo, fingiendo no haber comprendido la palabra «oficio^[4]»—. Solo un voto de los accionistas puede nombrar a un capitán permanente.

Gorgas inclinó lentamente la cabeza, comprendiendo al fin que había otros planes.

—Ese es, por supuesto, el privilegio de los accionistas. —Él mismo poseía un paquete de acciones, como también los otros. Había niños en la Tierra que poseían una acción por cabeza que sus padres habían comprado para «¡Salvar *El río!*!». Nunca se habían pagado dividendos.

Satterwaithe se encogió de hombros.

—El capitán apenas se ha enfriado en su tumba.

—El espacio profundo es un sumidero de calor —respondió Gorgas—. Se congeló en su tumba casi instantáneamente.

Satterwaithe hizo mentalmente un gesto de exasperación ante la literalidad de Gorgas. No creía haber hecho un chiste.

—Tiene razón sobre las reglas —dijo Corrigan.

—Personalmente, sería un alivio ser sustituido —le dijo Gorgas—. Pero no pasará nada hasta que no lleguemos a Dinwoody Poke. Y hasta entonces, en funciones o no, tengo la autoridad. Esas también son las reglas, señor Corrigan.

—No estaba poniendo en duda su autoridad —dijo Corrigan.

Satterwaithe, quien *había* puesto en duda su autoridad, no dijo nada. Imaginaba que la ambición de Gorgas era igual a la suya. Ella era el tipo de persona que, como Dios, creaba a otros a su imagen y semejanza y luego, cuando no se comportaban según esa imagen, los calificaba de falsos.

El ingeniero

La amplitud, el abandono, la eternidad total del espacio simultáneamente aterraba y atraía a Ramakrishnan Bhatteji. Mientras consideraba la próxima EVAción, mientras se ponía el traje, mientras Miko, como el escudero de un caballero, comprobaba válvulas y ajustes, mientras aguardaba pacientemente en la esclusa interior a que la presión se redujese a la del espacio, Bhatteji se estremecía —en miembros, entrañas, en el corazón— pero no sabía si eran temblores de anticipación o miedo.

Porque, cuando salió al exterior y plantó las botas sobre la piel de la nave, un regocijo le recorrió como una corriente eléctrica y todos sus sentidos se amplificaron como si pudiese oír el roce de las esferas de cristal u oler el aroma del éter. Después siempre le sorprendía que esa euforia desapareciese tan rápidamente mientras el miedo permanecía para asaltar sus sueños; como si la alegría fuese una marea que, con sus idas y venidas, dejase al descubierto la roca dentada.

Las jaulas de motor, junto con la mayoría del resto del equipo, estaban montadas alrededor del borde, con un motor en cada cuadrante. Se alzaban sobre el espacio circundante como los monumentos sagrados de una raza antigua. A su alrededor, se había dejado un espacio vacío por reverencia, si no por su naturaleza monumental, entonces por el plasma de fusión que surgía de ella cuando invocaban el nombre de Dios. Cuando llegó hasta el número tres, Bhatteji no se molestó en inspeccionar los proyectores que se arrodillaban a su alrededor como acólitos, ni siquiera los anillos de enfoque que dirigían el plasma en la dirección adecuada. Primero comprobó el lugar donde creía que podía estar el problema y emitió un pequeño gruñido de satisfacción lúgubre al comprobar que su intuición salía vindicada.

La red esférica interior, el ánodo, se había fundido. En lugar de gráciles geodésicas superconductoras, se encontró una confusión irregular y retorcida. Al fundirse, los bucles habían empezado a sublimarse para congelarse con rapidez en el ambiente espacial, y ahora tenían aspecto de haber sido dibujados con tinta china y luego difuminados por el pulgar descuidado de Dios. Filigranas de metalocerámicas se retorcían allí donde los vapores radiantes se habían enfriado. Eran hermosas, como helechos de hierro. Bhatteji rompió con el pulgar del guante una rama como de encaje. Frágil. Toda la red del ánodo era una mata ennegrecida e inútil.

—Tiene mal aspecto —le dijo la voz de Miko. Todos en la nave miraban a través de las cámaras del traje de Bhatteji, pero eso no inhibía al ingeniero como podría haber pasado con otros. Su vida exigía público.

—Los bucles de hobartio han sufrido estrés térmico —le dijo al aprendiz con una pincelada de eufemismo digna de las pinturas japonesas que tanto le gustaban.

—¿Podemos recuperar la masa y convertirla en cable?

Reflexionando sobre el modo de fallo, Bhatteji agitó la cabeza, recordando luego que estaba comunicándose por radio.

—No. Un exceso de tensión como en este caso destruye el alineamiento

molecular. La superficie se habrá endurecido templada al vacío y no cederá sin roturas importantes. Descríbeme el modo de fallo. —Miko tenía que aprender el oficio, y lo inesperado siempre había servido bien para aprender.

(—¿Descríbeme el modo de fallo? —le dijo Ratline a Satterwaithe—. ¿Se ha vuelto ciego? —Pero Satterwaithe no se rio).

—Ah... el ánodo atrae electrones hacia la zona de convergencia, que... —Miko hablaba vacilante, como si recitase. Era consciente del público que observaba y escuchaba, pero lo apreciaba menos que el ingeniero... que crea un cátodo virtual. Y eso, a su vez, atrae los iones de forma que pueden compactarse y fusionarse...

—No pregunto cómo funcionaba, sino cómo falló.

—Bien, el estrés térmico habitualmente se debe a impactos iónicos o electrónicos. Supongo que falló el aislamiento magnético.

—Supones —dijo Bhatteji.

Miko vaciló.

—Con seguridad. Casi total.

—Muy bien —dijo Bhatteji—. Las certidumbres nunca deben ser absolutas.

(-Vete a la cabeza de la clase —se burló Ratline. Satterwaithe intentó acallarle poniéndole una mano en la muñeca, pero el jefe de carga apartó el brazo de un golpe y miró a la tercera oficial—. Sabes que no —le susurró con furia).

—Y por tanto —dijo Bhatteji—, inspeccionemos los proyectores magnéticos.

Corrigan, desde el puente, le interrumpió.

—¿Ha examinado los controles de fibra óptica?

—Están fritos. Los puntales Florence también están combados. Fallo secundario producido por el ánodo desecho. —Tocó el control de casco y su visión pasó a infrarrojos y quedó envuelto en una niebla sin estrellas. El ánodo desecho era una brasa apagada. Muy a su izquierda podía ver al número cuatro todavía enfriándose tras el apagado automático. A su derecha, la torre de comunicaciones ocultaba su visión del número dos.

Bhatteji examinó los imanes de CoRE y pudo ver el calor residual como bucles amarillos y naranjas. La escala del visor le ofreció la temperatura y una petición susurrada a Nave le indicó la temperatura que debían de haber alcanzado las espirales para seguir todavía tan calientes. No le gustó la respuesta, nada de nada.

—Los imanes se sobrecalentaron —dijo.

—Los sistemas de seguridad se dispararon —le dijo Miko. Lo habían descubierto tras los diagnósticos, poco después del apagado.

Bhatteji devolvió la vista a las frecuencias visibles.

—Así fue —dijo—, pero quizás un poco más despacio de lo necesario. Dos de los disyuntores que puedo ver están claramente gastados. En cualquier caso, los superconductores de CoRE también están templados.

Gorgas intervino en el canal.

—¿Se pueden arreglar?

Bhatterji bufó.

—Claro. Espero pasarlo bien.

—¡Pasarlo bien! Este asunto es muy serio.

Bhatterji no respondió. Gorgas no conocía los placeres de la ingeniería. Es más, Bhatterji no creía que Gorgas conociese ningún placer. Bhatterji ya había considerado tres posibles diseños de reparación y un apaño para los puntales Florence, aunque el diseño que emplearía finalmente dependería de qué piezas y materiales pudiese gorronear.

—Ahora voy a comprobar el número dos —le dijo a Miko.

—Pero... eso fue por el apagado automático, ¿no? —le dijo.

—Piénsalo de nuevo. La nave puede impulsarse con solo tres Farnsworths. La IA lo sabe.

—Pero entonces...

—Incluso puede volar con dos —siguió diciendo Bhatterji—. Presta atención. Incluso puede volar con dos, *siempre* que ocupen posiciones antípodas sobre el borde. Pero si fallan dos motores *adyacentes*, la nave daría vueltas alrededor de su diámetro, lo que complica la navegación. Así que la IA realiza una parada completa.

(-Malditas jaulas —dijo Satterwaithe a Ratline fuera del circuito—, nunca tendrías un modo de fallo así con una vela magnética. —Ratline rio a carcajadas).

—Pero que dos motores fallen al mismo tiempo... —empezó a decir Miko, pero Bhatterji volvió a interrumpir.

—Reflexiona sobre por qué fallaron los imanes del CoRE. No me distraigas. — Permaneció inmóvil un momento, nervioso por dejarse volar; luego soltó las botas del borde y se elevó lentamente por efecto de los eyectores del traje. En su interior creció la convicción de que caía desde la nave hacia un pozo vasto e interminable. El casco ya no era una superficie, sino un precipicio. Respirando con fuerza, sudando, se detuvo a diez pies, hizo una pausa para orientarse, y luego se impulsó hacia el Farnsworth número dos. Una maniobra peligrosa. El movimiento siempre quiere una línea recta, y eso implica tangente al borde de la nave y su considerable velocidad de avance. Pero el miedo ansía el peligro para vindicarse, y eso implica una tangente a los deseos propios.

Siguiendo la curvatura del borde, Bhatterji pasó sobre los moribundos motores de obenque para las viejas velas magnéticas; sobre agarres vacíos para los módulos lujosos ya desaparecidos; alrededor de antenas para el sistema de comunicación; sobre una chatarrería de sensores, acopladores y equipos que parecían un gran arrecife coralino. El pulso le resonaba como un tambor y sus genitales formaban una esfera compactada. Él mismo activaba los impulsores, porque no confiaba en la evaluación que la IA del traje hiciese de la compleja topografía que había debajo. Si se equivocaba, acabaría volando hacia el vacío. Pero así debía ser. El destino de un hombre debería estar entre sus dos manos. Enver Koch había cometido un error fatal, pero había muerto siendo un hombre.

Que uno que sentía tanto terror del Abismo como Ramakrishnan Bhattejri trabajase en el espacio atentaba contra la razón; pero no tenía nada que ver con la razón. Algunos hombres acaban descubriendo que sus miedos son más adictivos que sus amores y por tanto acaban amando sus miedos. Se enorgullecen al desafiarlos. Bhattejri podría haber nadado a través del arrecife, o incluso haber regresado al interior de la nave y atravesar el cuadrante, pero temía más manifestar su miedo que al mismo miedo. En ocasiones la Historia había considerado a esos hombres como héroes, y en otras ocasiones como tontos, y había valorado su comportamiento valiente o autodestructivo según indicase la moda intelectual; pero independientemente de cómo los llamase, la Historia siempre los había tenido en cuenta. La gente escribe canciones sobre los hombres como Ram Bhattejri y la canción, sea una balada, un canto fúnebre o una sátira, importaba menos que el hecho de que la cantasen.

(Los hombres como Gorgas no inspiraban música: un hombre gris con una mente gris; altanero y brusco porque gran parte del tiempo habita dentro de su cabeza; resuelto e inflexible una vez que ha comprendido el patrón de acontecimientos; pero también rápido en apreciar esos patrones. Esos hombres no inspiran. En el mejor de los casos, simplemente convencen).

Llegando finalmente al número dos, Bhattejri vio de inmediato que el ánodo se había fundido. Era curioso asombrarse tanto de algo tan esperado.

—Los dos motores se han fundido —anunció. Algo le golpeó el brazo extendido, y al volverse, vio los extremos sueltos de los cables Hyne agitándose como Medusa en el vacío sin aire.

Bhattejri miró más de cerca los cables cortados justo cuando dos extremos sueltos se acercaron tanto que una chispa blanca saltó el espacio intermedio. Realmente no había agarrado nada y por tanto no estaba tocando tierra, así que la carga se disipó sin causar daño; pero su mente, por reflejo, calculó los voltajes. Miko, quien seguía el sistema de soporte vital de Bhattejri desde el interior de la nave, vio el salto de su ritmo cardíaco.

—Miko —dijo con total tranquilidad la voz del ingeniero—. He encontrado la fuente de esa transitoria que te preocupaba. Por favor, desconecta toda la energía a los subsistemas de la torre número dos.

Miko le dio a los interruptores y cortó los subsistemas, uno a uno. Al ingeniero le aterrorizaba trabajar en el exterior. Intentaba que fuese un secreto, pero Miko se daba cuenta. Un arranque en frío exigiría recalibrar el centelleo. Alguien debía ajustar físicamente los anillos de enfoque después de cada ráfaga de prueba. Era un trabajo peligroso, que normalmente se hacía en un astillero. Equivócate en el ritmo —sáltate una pulsación— y el nanopulso de fusión será más de lo que puedan soportar carne y huesos. La situación debía de ser realmente seria si Ram estaba dispuesto a aceptar el riesgo mientras la nave estaba en marcha y a gran velocidad.

Como había subido a bordo de *El río* en muelle Amaltea, Miko todavía

encontraba placer en la ejecución del deber, en ser *útil* a lo que le había concedido refugio de una vida intolerable, y por tanto había estudiado con gran diligencia los manuales, memorizando las instrucciones de montaje y desmontaje, creando imágenes mentales a partir de las vistas y secciones.

—Yo podría hacerlo. —Las palabras se le escaparon con el aliento, y Bhatteji, sin comprenderlas del todo, pidió que las repitiese. Miko enrojeció y dijo—: Nada.

¿O había otra cosa que impulsase al ingeniero aparte de una renuencia a confiar un trabajo importante a un aprendiz todavía verde? Miko en ocasiones sentía cierta tensión en el hombre, una fascinación con la muerte y el riesgo. Buscaba el vacío como otros agarraban una serpiente —como acto de desafío—. Y sin embargo, había un límite a lo que uno podía oponerse al Universo sin que este respondiese.

Fallos simultáneos indicaban una causa común. Una orden susurrada a la IA hizo que los esquemas aparecieran en la pantalla de Miko. ¿Qué sistemas tenían en común dos y tres?

Mientras su ayudante buscaba en las bedés, Bhatteji se apartó de la jaula dañada. Se había dado cuenta de que proyectaba una sombra y, al girarse para mirar, vio el brillo opalescente y humeante de Júpiter en el cuarto delantero hacia las estrellas. Era un disco diminuto, no llegaba siquiera ni a una décima parte del tamaño de la luna sobre la bahía de Bengala, y solo durante un momento, Bhatteji se preguntó qué hacía él aquí, tan lejos de los templos, los bosques y ciudades cubiertas de jungla. Luego recordó que Miko venía de Amaltea y uno de los peones de Calisto. Durante el tránsito anterior cada uno había firmado los artículos con días de diferencia. Sin embargo, Circumjovia era la nueva frontera. Era curioso cómo algunas personas huían del cielo que otras intentaban alcanzar.

Dando la espalda al borde, entrecerró los ojos para mirar al bosque de pilones por el camino que había recorrido, para elevarse luego del casco una vez más. En esta ocasión se quedó cerca de la superficie y descendió un momento más tarde junto a la válvula Ayesaki, a medio camino entre las dos jaulas dañadas.

—Señor Bhatteji —dijo Miko—, creo que debería comprobar la válvula de distribución de refrigerante de la zona norte.

—La Ayesaki. Sí, ya estoy en posición. —La satisfacción de Bhatteji por haber razonado tan bien quedó templada por lo que vio. La válvula se había roto y el litio fundido había cubierto y destrozado todo el equipo alrededor antes de que los cortes interrumpiesen el flujo.

—¿Cómo...?

—Porque tengo la nave aquí dentro —le dijo Bhatteji al ayudante, tocándose el casco... Un gesto inútil, pero Miko le entendió—. Fallaron los ánodos. ¿Por qué? Porque los dos perdieron el aislamiento magnético. ¿Por qué falló el aislamiento? Porque fallaron los imanes CoRE. ¿Por qué fallaron los imanes CoRE? Porque el calor resistente en sus espirales templó el superconductor. ¿Por qué las espirales se pusieron calientes? Una interrupción del suministro de congelante. ¿Y por qué *dos*

jaulas al mismo tiempo? Un fallo de refrigerante en la válvula de distribución que suministra a las dos. Siempre hay que preguntarse «por qué» cinco veces seguidas cuando se diagnostica un fallo. En realidad es muy bonito ver cómo todo va encajando.

(—¡Bonito! —dijo Gorgas, quien miraba y escuchaba desde el puente).

(-Es más que bonito —le dijo Fife a Wong y a los otros en la sala común—. Es hermoso. —Él mismo había deseado encontrar la causa raíz, pero carecía del conocimiento suficiente del sistema para saltar por delante de Bhatteji. Pero aun así, era placentero seguir a otro por el mismo rastro).

—Lo único que queda —dijo Bhatteji—, es descubrir por qué falló la válvula.

(Corrigan, que estaba en el puente con Gorgas, agitó la cabeza.

—¡No! Lo que queda es arreglar la maldita pieza. —Pero Gorgas le hizo callar con un gesto y Bhatteji no llegó a oírlo).

El ingeniero examinó con atención el equipo. El litio congelado lo cubría todo con una capa de hielo amarillo y sucio. Las antenas de comunicaciones de La Joya de Loto estaban muy dañadas. Y en cuanto a la válvula en sí, lo que Bhatteji vio era tan simple que al principio no pudo comprenderlo. Su mente ensayó y descartó una docena de patrones mientras luchaba por comprender el encapsulamiento doblado y retorcido. Curiosamente, de entre los otros que miraban a través de las cámaras, solo La Joya de Loto, que no sabía qué era lo razonable, comprendió claramente lo que había sucedido.

—Hemos recibido un impacto —concluyó Bhatteji al fin, con algo de asombro en la voz; como si hubiese ganado en una lotería cósmica o, para ser más precisos, hubiese perdido una lotería cósmica en la que la ganancia estaba garantizada—. Un objeto pequeño, del tamaño de mi puño. —Sí, allí estaban los extremos rotos sobresaliendo del otro extremo de la envoltura. Bhatteji se preguntó por la trayectoria y se agachó para mirar por entre los agujeros.

Gorgas había seguido la EVAción de Bhatteji por los monitores de la nave, observó el progreso del hombre de un equipo a otro, vio a través de la cámara del traje lo que Bhatteji veía; y si Bhatteji veía confusión y La Joya de Loto miedo, y Satterwaithe vindicación, fue Gorgas el que vio más allá de los fenómenos inmediatos para entrever lo que quedaba por delante.

Evan Dodge Hand siempre le había concedido a Bhatteji tiempo para descompresión después de un trabajo exterior. Aunque nunca lo había comentado, Hand era muy consciente de la fobia del ingeniero y le había concedido un periodo de gracia antes de informar; y Bhatteji (que jamás hablaba de ello) agradecía tanto la gracia como el silencio. Con el paso de los años, esa gracia había sufrido metástasis para convertirse en derecho, uno de esos «privilegios de costumbre» que se acumulaban en toda tripulación.

Pero aquí se sentaba un faraón que no reconocía a ningún José. Stepan Gorgas aguardaba en la sala de trabajo a que apareciese Bhatteji, con impaciencia creciente.

Mientras esperaba, repetía el vídeo de la EVAción del ingeniero, congelándolo y ampliando los daños encontrados, extrapolando a partir de los daños a la factura probable de materiales, enlazando con los inventarios de almacén, considerando y rechazando una docena de posibilidades. De vez en cuando levantaba la vista, miraba irritado a la puerta y gruñía:

—¿Dónde demonios está ese tipo?

«Ese tipo» estaba un nivel más arriba, desnudo, frotándose vigorosamente con una esponja húmeda. Intelectualmente, Bhattejri sabía que el sudor del miedo no tenía un olor diferente. Era indistinguible del sudor del trabajo duro o el sudor del ejercicio intenso; pero ese conocimiento no era *más* que conocimiento y antes de informar a Gorgas se frotó y se frotó hasta que la piel le hormigueó y deseó que Miko estuviese con él. Gorgas jamás se habría dado cuenta. Si había olor a miedo, era Bhattejri quien lo olía; Bhattejri que debía limpiarse.

El ingeniero concluyó la descompresión ritual en la cocina del personal. Era uno de sus lugares favoritos. Aunque nominalmente era un oficial, Bhattejri siempre se sentía más relajado entre los miembros de la tripulación. Era más fácil charlar en la cubierta de tripulación, la atmósfera más relajada. La semi-cerveza tenía más cuerpo que allá abajo, aunque la cocina de oficiales extraía la semi-cerveza de los mismos tanques.

Miko había venido para ayudarle a celebrar el éxito de la EVAción. La Joya de Loto había venido a preguntar por sus antenas, pero también había venido a beber semi-cerveza con él, y ya había llenado dos envases exprimibles con la cerveza feliz. Bhattejri aceptó uno, pero subrepticamente lo cambió por otro que ya había traído de su camarote. En ocasiones un hombre deseaba ponerse un poco más que semi, y al diablo con la Convención de Praga.

Allí también estaban tres de los peones, aunque por sus propias razones. También celebraban una evasión con éxito, en esta ocasión de la atención de Ratline. Evermore y Akhaturian —delgado, sin barba y repleto de vitalidad— eran dulces a ojos de Bhattejri. ¡Oh, el tiempo de la juventud inconsciente! Pero Evermore le recibió con cansada hostilidad y Veinticuatro deCant, tercer peón, tenía las uñas muy clavadas en el brazo de Akhaturian, así que ninguno de los chicos entraba exactamente en la lista de tareas pendientes de Bhattejri. DeCant era una de esas hembras depredadoras que Bhattejri tanto temía, un halcón deseoso de abalanzarse siempre —o eso le parecía a él— sobre aquellos que le gustaban.

Pero la charla continuaba y fluían las risas, aunque en su mayor parte era cosa de Bhattejri. Expulsó semi de la botella cegé y tragó los glóbulos retorcidos e iridiscentes como un pez tragando un poco de comida flotante. Miko, hacia un lado, mostraba desaprobación. Comida suelta, especialmente líquidos sueltos, podían atorar el sistema de filtrado y harían falta horas de digestión por parte de los microbots de Grubb para que lo limpiasen.

Bhattejri, atribuyendo el ligero fruncimiento a la reflexión y los labios apretados a

un beso lanzado, le dedicó una respuesta al ayudante, lo que hizo que deCant, al verlo, riese desacostumbradamente.

Charlaron durante un rato sobre trivialidades, pero la conversación, por mucho que orbitase, regresaba inexorablemente a la cuestión de la EVAción de Bhattejri.

—Yo hubiese tomado la ruta de superficie alrededor del casco —dijo Evermore con la tranquila seguridad de los espectadores—. Hubiese llevado más tiempo, pero hubiese sido menos arriesgado. —Rave Evermore era el tipo de hombre que siempre era experto en los trabajos de los demás.

Bhattejri tomó en cuenta la juventud y la belleza del muchacho, aunque esta última se iba desvaneciendo a medida que la voz se hacía más grave.

—La vida es riesgo —le dijo al chico—. Cualquier cosa puede matarte. Cualquier cosa. ¿Sabes cuántas personas han muerto cuando iban a cagar? Si lo supieses, entonces te...

—... cagarías de miedo —dijo Evermore concluyendo la frase y Bhattejri, comprendiendo que había debido usarla ya demasiadas veces, se unió a la risa.

—Todo el mundo muere —dijo, con una sonrisa tan afilada como un cuchillo—. No todo el mundo vive. —Evermore hizo una mueca y apartó la vista.

—¿Cuáles son las probabilidades de recibir un impacto así? —preguntó Akhaturian—. ¡Un meteoro! ¡Deben de ser de un millón a uno!

Bhattejri se encogió de hombros.

—¿Y cuántos millones de minutos de vuelo ha registrado esta nave? Con suficientes oportunidades, incluso el suceso más raro sucede. Vivimos en un mundo improbable, muchacho. ¡Todo lo que sucede es imposible! ¿Cuáles eran las probabilidades, Ivar, de que tus padres se conociesen? ¿O que ese día concreto ese espermatozoide en concreto llegase por delante de los demás a aquel óvulo en concreto? Una pequeña desviación, y... ¡ping!... nada de Ivar. Es como dijo una vez el poeta Carson: «La vida no son más que colisiones».

—Nada de ese rollo de espermatozoides aleatorios se me aplica a mí —dijo deCant, con un tono simultáneamente desafiante y triste—. Pero... —y su sonrisa fue una flor roja contra el negro de su pelo mientras frotaba la espalda de Akhaturian— ... me alegra que *tus* probabilidades saliesen a *mi* favor. —El peón más joven relucía bajo su tacto. *Impronta, como si fuese un patito*, pensó Bhattejri con tristeza.

—¿Cuál es el daño de mi antena? —preguntó La Joya de Loto, llevando la discusión al terreno práctico—. Obtengo recepción intermitente. No creo estar transmitiendo nada.

No era del todo cierto. La Joya de Loto transmitía a varias frecuencias. Ciertamente, Evermore estaba recibiendo, a juzgar por la forma en que seguía todos sus movimientos; y Akhaturian también, a pesar de los agarres en sus brazos. Incluso Eaton Grubb hizo uso del pretexto de comprobar detalles simplemente para pasar por la cocina y verla. La Joya de Loto poseía una voz rica, como de campanas. Era difícil pasar de ella cuando se encontraba presente. Incluso Bhattejri disfrutaba de su

compañía. Eran tan similares: amantes del deporte y el ejercicio físico, deleitándose de sus propios cuerpos, deseando la atención de otros.

—Tu equipo está un poco dañado —le dijo.

—Miraba las imágenes, Ram. Me pareció algo más que «un poco».

—Estoy *harta* de la pifiada caída libre —dijo deCant—. Siento hinchada la pifiada cabeza. Tengo la nariz atrancada. Vomité el desayuno durante tres pifiados días. ¿Cuándo volverá la aceleración? Un par de miligés no es mucho, quizá, pero quita las náuseas.

—Todavía no he examinado los vídeos —dijo Bhatteerji—, pero se me ocurrieron tres o cuatro parches mientras examinaba los daños. No te preocupes —añadió sin sensación de profetizar—. Si yo no puedo arreglar esos motores, es que no se pueden arreglar.

Bhatteerji había considerado que la ausencia de una convocatoria formal por parte de Gorgas implicaba falta de urgencia y por tanto se sintió sorprendido y molesto cuando el capitán le riñó preguntando por su paradero una vez que finalmente se presentó a informar.

—Descompresión —respondió Bhatteerji. No añadió *señor*. En los últimos veintitrés años nadie había dicho «señor» a bordo de *El río de las estrellas*.

Gorgas ni suplicaba ni se enfurecía. Su costumbre era informar a la gente de sus transgresiones y luego dejar que su sentido del deber les avergonzase. Colocó los dedos frente a los labios y dijo:

—¿No creíste que el estado de la nave fuese tan importante como para reclamar un informe inmediato? Bien, eso no importa. Lo importante es qué vamos a hacer.

Bhatteerji, quien carecía de vergüenza, se tomó la brevedad de la reprimenda de Gorgas como una señal más de su poca importancia. Si Gorgas realmente hubiese querido un informe inmediato, hubiese empleado más palabras. Pero eso se debía exclusivamente a que Bhatteerji casi siempre decía lo que tenía en mente, mientras que Gorgas dejaba que se quedase allí hasta estar listo para ser expresado. En consecuencia, cada uno consideraba al otro irresoluto, aunque por razones opuestas. En ese juicio, los dos casi tenían razón, pero solo casi.

—Hay que concentrarse en el número tres —le dijo Gorgas al ingeniero—. Es el que requiere menos trabajo.

Esa frase fue la última de una larga serie de frases intrincadamente tejidas. Por desgracia, fue la única que se expresó en voz alta, y la única que Bhatteerji oyó. Los pensamientos de Gorgas eran como icebergs, solo se manifestaban las puntas, razón por la que tantos miembros de la tripulación le considerasen frío.

—Disculpa —respondió Bhatteerji—, ¿en qué universidad estudiaste ingeniería de fusión? Lo he olvidado.

Que Bhatteerji se comportase de forma elíptica, pensaba Gorgas a menudo, era como ver al ejército ruso de 1914 ejecutando una maniobra. La operación nunca se ejecutaba bien, pero te asombraba comprobar que lo intentaba.

—Solo tienes cinco días —señaló Gorgas, mostrando otra cara de su pensamiento iceberg.

El ingeniero no era anumérico y ahora podía adivinar las dimensiones ocultas. Comprendía de dónde provenía ese límite porque él mismo había realizado los cálculos. Si había tres motores disponibles, la nave debería comenzar la desaceleración en cinco días o iría demasiado rápida para entrar en la órbita de Júpiter. Si todos los motores estaban activos...

—Faltan diecinueve días para la línea límite —dijo. Con solo dos motores era demasiado tarde.

Gorgas apretó los labios un momento y, cerrando los ojos, examinó las distintas opciones y posibilidades que había considerado. El sendero que tenía por delante era sinuoso, con muchos caminos laterales, atravesando un bosque oscuro, y muchos de esos senderos no llevaban a donde él quería llevar la nave.

—No hay suficientes piezas de repuesto para reparar los dos motores. Hay una válvula para litio que puede usarse en lugar de la Ayesaki dañada, pero...

—Las reparaciones son inmediatas —insistió Bhatteji—. Si la nave tiene las piezas disponibles, genial. Si no, las fabricaré con materiales en bruto —extendió las manos, como para indicar «fin de la historia».

—Pero no hay rejillas de repuesto —dijo Gorgas.

Bhatteji suprimió la exasperación.

—Puedo trazar garitas de varas de hobartio y soldar las geodésicas.

—¿Y la lógica de comando?

—Oh —dijo el ingeniero, deliberadamente jactancioso—. Canibalizaré algunos de los componentes dañados y construiré cuatro de las cinco que necesito.

Gorgas alzó una ceja.

—¿Tienes un plan de acción?

El ingeniero inclinó la cabeza.

—Sí. Planeo actuar.

—Podría ser útil algo de análisis previo —sugirió Gorgas. No le molestaría tanto la impulsividad de Bhatteji si tras ella hubiese señales de algo de pensamiento. ¿Pero era *impulsividad meditada* un oxímoron o una iluminación zen? Una sonrisa recorrió brevemente sus labios.

El gesto irritó a Bhatteji. Gorgas, según su estimación, no solo no se precipitaba en llegar a las conclusiones, ni siquiera era capaz de caminar hacia ellas cuando las tenía tendidas de espaldas frente a él. Daba vueltas y se demoraba eternamente, como si la caza fuese más importante que cobrar la pieza. ¿Cómo había tolerado Hand a ese hombre?

—He preparado una nota provisional de materiales —dijo, pero se trataba de una exageración. Lo que quería decir es que creía saber lo que haría falta. *Realmente* no estaría seguro hasta que no se sumergiese en el trabajo.

Gorgas se preguntó cómo era que nadie a bordo comprendía las contingencias, o

que los planes debían reforzarse contra lo desconocido.

—Supongamos que solo puedes reparar uno de los motores —propuso—. ¿Entonces qué?

—Entonces, jamás disfrutaré de los elogios fúnebres.

Parpadeando, Gorgas se preguntó si se había topado con una conversación diferente.

—Elogios...

—Porque un hombre no puede oír los elogios de su propio funeral; y solo me será imposible reparar los dos motores si muero antes de acabar con el segundo.

Gorgas lo intentó una vez más.

—Con tres cuartos de la potencia...

—¡Por lo más sagrado, Gorgas! —le explicó Bhattejri como si fuese un niño—. Has visto los daños. ¿Podrías tú reparar *cualquiera* de los dos motores en solo cinco días? Nadie puede. Yo no, ni siquiera Enver Koch. Así que concentrarse en una jaula no es una opción. Tienen que ser los dos.

Gorgas suspiró.

—Muy bien. —Eso lo había esperado, pero había creído que valía la pena seguir por ahí. Sin embargo, se preguntó si la imposibilidad de la reparación en cinco días era un hecho de la naturaleza o simplemente una muestra de la legendaria inercia del ingeniero. Hizo que apareciese una matriz de planificación en la pantalla—. Aquí está el plan que he preparado. Me gustaría que tú...

—¿Que preparaste...?

—Sí. Mientras esperaba el informe. No he malgastado el tiempo, ¿eh? Me gustaría que lo repasases y realizases cualquier cambio o modificación que sea necesario. Espero que los motores estén calibrados y listos no después del veintiocho. Oh. Otra cosa más. La bomba de litio dañada servía a los motores dos y tres.

—Y la sur sirve al uno y cuatro. ¿Qué pasa?

—Me resultó curioso. ¿Por qué no uno y dos a la primera y tres y cuatro a la segunda?

Bhattejri, durante un segundo, no pudo procesar la pregunta. Parecía venir de otro universo de bolsillo. Las palabras sonaban a inglés, pero unidas de esa forma no tenían sentido.

—No lo sé —dijo Bhattejri, escogiendo la única respuesta posible.

Gorgas frunció el ceño.

—Dos y tres hacen cinco, y también uno y cuatro. Pensé que eso podría tener alguna importancia.

Ahora fue Bhattejri el que frunció el ceño.

—No creo que importe —dijo lentamente.

—Muy bien —dijo luego con vigor—. Entonces no es necesario reenumerarlos. Bien, ¿estás seguro de poder restaurar los *dos* motores, a potencia *completa*?

Era una petición de garantías, pero Bhattejri se la tomó como una indicación de

duda, lo que le enfureció aún más.

—Claro que sí —dijo.

—Y en *diecinueve* días.

El segundo *claro que sí* no tuvo nada de grueso, porque los dientes de Bhatteji habían molido bien las palabras.

—Porque, dada nuestra velocidad actual —siguió diciendo Gorgas—, y a desaceleración plena, esta nave necesitará de doscientos sesenta y tres megakilómetros para reducir hasta el nivel de referencia de Júpiter.

El ingeniero se soltó y dio un empujón hacia la puerta. Tal y como consideraba las cosas, esta reunión había consumido una hora y media de esos diecinueve días.

—Quiero informes diarios sobre el progreso de las reparaciones —le dijo Gorgas a la espalda, pero Bhatteji pasó de él.

Una vez que el ingeniero se hubo ido, Gorgas regresó a su camarote personal, junto a la sala de trabajo. Pidió las hojas que detallaban la variada carga y comparó las fechas de entregas prometidas contra la fecha de llegada estimada y revisada, dado que la nave permanecería en vuelo inercial durante una semana o más. Habían realizado ofertas de contratos por muy poco dinero en un esfuerzo por ganarlos de manos de naves más rápidas, pero eso dejaba un margen de beneficios muy reducido. Una entrega tardía probablemente implicaría que no volverían a hacer negocios con ese cliente. Comprobando las cláusulas de penalización, estimó las pérdidas probables; luego, mientras fruncía el ceño al comprobar lo desagradable del resultado, pensó en cinco cosas que podían retrasar o impedir las reparaciones de Bhatteji.

Sabía que debería recalcular las pérdidas para cada una de las posibles treinta y una combinaciones de esos retrasos potenciales, pero lo más probable es que «peor» fuese por ahora una aproximación bastante cercana. En su lugar, para relajarse y olvidar sus problemas, invocó en la pantalla de pared la campaña de El-Alamein en el punto en que la primera y segunda brigadas mecanizadas libias habían acabado con el sorprendido batallón egipcio en Sidi Omar. Había una posición muy buena en el paso de Halfaya alrededor de la cual construir un contraataque, pero la situación al sur, hacia Siwa, era precaria.

El ayudante del ingeniero

Bhatterji se parecía a Grubb en lo siguiente: el cocinero podía preparar una comida a partir de cualquier conjunto aleatorio de ingredientes. Puede que no fuese *cordon-bleu*, pero bastaría. De forma similar, Bhatterji podía invocar una reparación a partir de casi cualquier colección aleatoria de piezas y materiales. No sería un producto original del fabricante, pero funcionaría. Era un talento valioso que poseer, porque *El río* no llevaba ni de lejos la cantidad y variedad de piezas que serían necesarias para reparar dos jaulas Farnsworth desechas hasta el punto de ser inútiles.

El río vivía al día, pobre incluso para un carguero irregular. La diferencia entre FOB y CTC podía ser crítica para su existencia financiera. Durante sus más de dos décadas de viajes irregulares, el inventario a bordo de material para reparaciones había ido quedando progresivamente reducido. Los niveles de reposición eran mínimos y algunas piezas habían desaparecido por completo, todo en nombre de los costes operacionales reducidos. Otros artículos se habían vendido, empeñado o cambiado. Después de todo, a velocidad máxima los repuestos nunca estaban a más de un mes de distancia. ¿Por qué preocuparse de más?

A menos que perdieses dos motores simultáneamente. El vuelo inercial no implicaba que *El río* no fuese a llegar a su destino —con la velocidad actual, llegaría a Júpiter dieciocho días *antes* que con el plan de vuelo— pero en este caso, antes significaba más tarde, porque también llegaría dieciocho días antes que Júpiter. La navegación espacial compartía muchas tradiciones con la navegación marítima, pero no la parte que decía que los puertos de destino se quedaban en su sitio.

Sin embargo las reparaciones, aunque amplias, no deberían superar la habilidad de un ingeniero experimentado y su brillante, aunque novato, ayudante. Incluso algunos trabajos de rutina se podían pasar a Ratline y sus peones.

Bhatterji hubiese saltado directamente al trabajo —antes empiezas, antes acabas— pero Miko insistió en comprobar primero el inventario y Bhatterji se sentía inclinado a seguirle la corriente al ayudante. Donde a Gorgas le había recriminado una hora, alegremente le concedió a Miko medio día. Pero claro, por Gorgas no sentía ningún deseo.

—¡Aquí debería haber nueve ménsulas Sheffield! —se quejó Miko cuando, repasando la lista de componentes necesarios, se encontraron con que esa caja en particular estaba vacía.

—No es un elemento de mucho uso. —Bhatterji se sentía filosófico con respecto a la pérdida. La contabilidad, creía el ingeniero, era la única causa de la agitación. Lo de que iba a corresponderse con la cantidad física era una fábula que solo creían los contables y los niños pequeños.

Se imaginaba material plano plegado, doblado y agujereado. Unas operaciones mecánicas perfectamente normales. Se las daría a Evermore para que las ejecutase. El chico tenía buena mano con la omniherramienta, aunque era dado al perfeccionismo y

la creatividad. Bhatteji no tenía demasiada mala opinión de la perfección o la creatividad, pero en ocasiones eran los enemigos de lo adecuado. Evermore limaría, chaparía y puliría, con la intención de producir la mejor ménsula Sheffield jamás fabricada, incluso cuando solo se precisaba algo que encajase más o menos... a menos que una idea se apoderase del muchacho a medio camino y las ménsulas se transformasen por antojo en rebordes Kress. Evermore produciría *arte* cuando solo se precisaba *artesanía*. Bhatteji era él mismo un *showman*, pero desconfiaba de los artistas. Consideraba a Evermore como un entrenador a un potro: ansioso, pero sin disciplina. El muchacho necesitaba un maestro que le llevase de la mano, solo que ya había rechazado la mano.

—Había veintiún Sheffield en la orden de compra anterior —dijo Miko, trayéndole de vuelta al presente—, y solo se usaron doce.

Bhatteji gruñó y se inclinó sobre el hombro de Miko.

—Déjame ver la pantalla. —Cuando vio la antigua entrada de Koch supo lo que había pasado.

—Esas ménsulas vienen en grupos de una docena por caja —dijo—. Enver probablemente necesitase algunos para una puesta a punto... ¿Cuál es la fecha de la orden de compra? Sí, ¿ves eso? Ya te dije que no se usaban mucho... así que pidió una caja a, vamos... a White y Hammontree en Agamenón.

—Pero...

—Miko, se compraron doce ménsulas y se usaron doce, y todos los errores de teclado del sistema medio no harán que surjan nueve más del éter.

Las carencias en sí no molestaban a Bhatteji. Lo de mantener los registros al día nunca había sido una de sus grandes preocupaciones. Como le gustaba decir, siempre había otro camino. Incluso podía admitir que le gustaba más encontrar el otro método que realizar una reparación rutinaria con todas las piezas disponibles. Él y Miko pasaron el resto del día y buena parte de la noche ajustando el plan de Gorgas a las carencias actuales. (Lo que realmente molestaba a Bhatteji, lo que le helaba más que la capa de hielo que cubría Europa, era todo sobre lo que Gorgas había acertado. ¡El hombre no tenía derecho!). Bhatteji realizó algunos otros ajustes menores por cuestiones de estilo de ingeniería y también porque, como cualquier perro, tenía que mear en la boca de riego para que fuese suya. Miko encontró procedimientos estándar de fabricación en la bedé de Nave para la mayor parte de las piezas, apuntó uno o dos nuevos para las otras, creó un método de evaluación y control de proyectos empleando un viejo programa de gestión que rondaba por la biblioteca de la nave, estimó el tiempo probable de conclusión de las tareas y dejó que la IA identificase el camino crítico. Bhatteji no veía la necesidad de un trabajo tan detallado. ¡No era así como aprendían a nadar los gatos! Pero a Miko le gustaban las cosas cuidadas y ordenadas y, por novato, se aferraba al borde de la piscina.

Aun así, incluso el día más largo acaba, y Bhatteji finalmente mandó parar.

—Si seguimos —explicó—, la pifiaré y tendremos que volver a empezar por la

mañana. ¿Por qué no vamos a mi camarote y nos relajamos?

Miko apenas vaciló.

—Claro, señor Bhatteji. Me gustaría.

—Ram —dijo Bhatteji—. Cuando no estamos de servicio, soy «el Ram».

Y el Ram estaba listo para la acción. Bhatteji se había negado el placer desde hacía mucho tiempo, y ese deseo frustrado, acumulándose desde Amaltea hasta Aquiles para llegar al golfo Troyano, se había convertido en una forma exquisita de placer. Su ayudante también había sido consciente de las miradas y se situaba deliberadamente para atraerlas. Por tanto, aunque Bhatteji tenía motivos secretos para proponer la invitación, Miko también los tenía al aceptar. La juventud, después de todo, era el vino nuevo, esperando la llegada del sacacorchos para salir fluyendo.

Al tratarse de una antigua nave de lujo, Bhatteji se había instalado en una *suite* de cuatro habitaciones en el anillo C, cubierta inferior, decorándola a su gusto. Lo que significaba cierta cantidad de recuerdos deportivos. Hologramas de jóvenes saltando, lanzando y agarrando. Un retrato asombrosamente cándido de Theo Cruz-O Malley durante los juegos de verano de Brasilia: cubierto de músculos, los brazos extendidos cubiertos de sudor, la expresión de dolor apenas ocultando el triunfo porque había *sabido* en el momento justo de lanzar el disco que llegaría más lejos que ninguno antes. Pero la decoración también contenía una sorprendente capa de belleza que iba más allá de la de cuerpos de hombres ejercitándose. Los colores eran los grises, rosas y negros del estilo «Noovo Decaux» de finales de los ochenta, pero con la severa linealidad rota aquí y allá por la salvaje confusión de flores flotantes en vasos globulares y varias láminas japonesas. La jaula de dormir estaba acolchada con satén y contenía los agarres y estribos para apoyarse que tan necesarios eran en caída libre cuando uno no dormía solo.

Miko se detuvo frente a una enorme digigrafía en blanco y negro. El rostro pertenecía a un extraño, de rasgos cuadrados y ángulos muy marcados. El pelo muy recortado era de un blanco brillante; las mejillas salpicadas de pelo por falta de afeitado. La sonrisa era de tranquila satisfacción; y los ojos entrecerrados miraban a algo más allá de la cámara.

—¿Quién es? —preguntó Miko, aceptando el envase exprimible que le ofreció Bhatteji.

La mirada de Bhatteji indicaba una familiaridad de muy atrás.

—Enver Bey Koch.

—El hombre que cayó el año pasado. —No era una pregunta, pero Bhatteji respondió igualmente.

—Sí —se oyó decir—. Es el hombre que cayó. Fui su ayudante durante cuatro años.

—El señor Grubb me lo contó.

—Sí. Es como una vieja el señor Grubb.

—Es divertido escucharle.

El destello de celos fue breve, porque el jefe no jugaba en el campo de Bhattejri. Bhattejri saludó a la fotografía usando la botella.

—Va por ti, Enver. ¿Quién puede igualarte?

Miko, después de un momento, imitó el gesto.

—Va por ti. —Luego, tras un sorbo pensativo, dijo—: Parece un hombre fuerte. Me refiero por dentro. Sabe lo que quiere hacer y va a hacerlo... y sabe que lo hará bien.

—¿Todo eso a partir de una digigrafía? —A Bhattejri le hacía gracia el análisis, y no solo porque fuese exacto.

—Todo eso a partir de una digigrafía —admitió Miko—. Es un buen retrato. Captura al hombre.

Bhattejri se encogió de hombros.

—Para mí la digitografía no es más que una afición, pero creo que algo he aprendido.

—¿La hiciste tú? —la sorpresa de Miko era fingida. Grubb ya había mencionado la afición de Bhattejri. Esta, al menos.

—Tengo... otras digigrafías que podría mostrarte.

—¿Quizás algún día también puedas hacerme un retrato?

—Quizás un desnudo —sugirió Bhattejri con desesperada falta de seriedad.

—Quizás —Miko no se había traído muchas inhibiciones a la habitación y se daba prisa en descartarlas. Y además, Bhattejri había subido la semi.

Veamos, el alcohol a bordo de las naves espaciales se prohibió por la Convención de Praga de 2042, tras el desastre de la *Ciudad de Halifax*. El enmarañamiento de vela de la *Halifax* había sido reparable, pero el alcohol inhibe la captura de oxígeno de las células, y las apoplejías por el cambio brusco de presión inmovilizó a los marineros cuando salieron con los trajes de vacío a cortar los obenques. Incapaces de situarse en órbita de frenado, la Gran Vela y las 217 almas a bordo chocaron a 47 kilómetros al sudeste de Sojourner Truth.

Es decir, que según las leyes internacionales lo que Bhattejri tenía guardado en su camarote era ilegal. Pero claro, Bhattejri en sí era ilegal en varias jurisdicciones. La suya era un alma analógica, no digital; es decir, creía en una moderación graduada, no en una prohibición estrictamente binomial. Ni él ni Miko estarían despresurizados el tiempo suficiente como para que un poquito de alcohol tuviese importancia.

Al menos, esa era la opinión de Bhattejri. Miko había oído rumores sobre el cargamento, contados por los peones y Eaton Grubb, quien parecía conocer todos los rumores de la nave. El desafío de la ley y las regulaciones solo parecía ligeramente más alarmante que el guiño implícito en el conocimiento general. Sin embargo, la fruta prohibida es atractiva, y Miko no era inmune a la llamada.

Bhattejri no era ni un tonto ni un depredador. Deseaba a Miko más de lo que deseaba a cualquier otra cosa en la nave excepto las rejillas anódicas para el número dos; pero deseaba aún más el consentimiento y el amor de Miko. Así que no había

sido por seducción por lo que había subido la semi que le había pasado al asistente. Solo había añadido una tintura, lo justo para relajar sin nublar el juicio.

Evidentemente, una epidemia se extiende con mayor rapidez a través de un territorio virgen que a través de una población robusta e inmunizada. Era la *idea* del alcohol, no el alcohol en sí lo que intoxicó a Miko. Si uno está deseoso de librarse de inhibiciones, ¡cualquier excusa vale! La intoxicación es un estado mental. Los hombres se han emborrachado de poder, amor y gloria divina.

Bhatterji no redujo la intensidad de las luces. No jugaba a juegos de seducción, o al menos no creía hacerlo. Puso una suave *jazz-raga* en el reproductor, pero solo porque disfrutaba de las interminables improvisaciones intrincadas de los años cuarenta y la hubiese puesto incluso de haber estado solo. Como la decoración, la música databa su persona. El ingeniero tenía algo profundamente antiguo, como si inexplicablemente se hubiese encontrado en la década equivocada. Uno esperaba bigotes hasta las mejillas o trajes de muaré.

La falta de aceleración añadía un elemento juguetero a su *tête-à-tête*. Él y Miko flotaban alrededor de sus diversos ejes por efecto del menor gesto, y se dedicaban a agarrarse y empujarse mutuamente para controlar sus movimientos. Eso hizo que Miko riese de deleite, y Bhatterji se deleitó con la risa.

—Creo que me he emborrachado —explicó Miko. Bhatterji, que sabía perfectamente lo que había subido la semi, sonrió y no dijo nada.

Discutieron las reparaciones, y Bhatterji defendió su optimismo hasta el punto que Miko estuvo de acuerdo en que no era más que cuestión de tiempo y sudor.

—No es como si no hubiese tenido que pegar con cinta adhesiva esta bañera varias veces ya —dijo Bhatterji—. Llevará una semana. Quizá dos. La fecha límite no es hasta el treinta y uno, así que no hay prisa. Mejor hacerlo bien.

—¿Cuánto tiempo llevas a bordo de la *Río*?

Miko ya conocía la respuesta, pero Bhatterji sabía que la conversación no era más que un simple preludio, un baile.

—Cuatro años —dijo—. No, cinco. Antes... bien, eso fue antes.

—¿Dónde estabas antes?

La vacilación de Bhatterji fue breve pero real.

—No hablo —dijo— de algunas cosas. Hubo un hombre, hace años. Está muerto.

—Grubb dice que huías de la policía.

—Grubb no lo sabe todo. Solo Evan Hand lo sabía todo, y Hand... —Bien, ¿qué podía decir de Evan Dodge Hand sin abrir viejas pústulas?

—Pensé que podría tratarse de una historia emocionante. Yo también huía y el capitán me ayudó.

Bhatterji conoció un momento de tristeza, ante la recesión irrecuperable del pasado. Viejos amigos desaparecidos; viejos recuerdos olvidados. Cosas que antes conocían solo tres, luego dos, ahora solo uno.

—Era un buen hombre —dijo—. Un buen hombre. —El gran problema de

Gorgas, decidió el ingeniero, es que jamás sería Evan Hand.

—Lo sé —el ojo de Miko había empezado a llorar. Bhattejri estaba lo suficientemente cerca para limpiar las lágrimas con el pulgar.

—Fue menos que asesinato —dijo. Luego, ante la mirada inquisitiva de Miko—: Bien, estaba ansioso por abandonar Outerhab-by-Titán. Fue menos que asesinato, pero más que una multa de tráfico. —De pronto se le ocurrió que, con Júpiter y Saturno en conjunción superior, estaba todo lo lejos de Outerhab que se podía estar en el espacio humano.

Miko dijo:

—Creo que eres un hombre peligroso con un pasado misterioso.

—El pasado es como el culo. Todo el mundo tiene uno, pero escoges con cuidado a quién se lo enseñas.

—Yo no tengo tanto cuidado —dijo Miko.

—¿En lo de mostrarme tu pasado?

Miko rio ante la confusión fingida.

—Eso también. —Bhattejri pasó un brazo sobre los hombros de Miko y Miko se apoyó en su pecho—. ¿Sabes cómo es la vida en un gran asteroide? —dijo en voz baja—. No se descansa nunca; no tienes tiempo para ti. Continuamente en guardia desde que despiertas hasta que vas a dormir, excepto durante el periodo escolar decretado por la junta. Comprobar el oxígeno, comprobar el crecimiento de masa, arrastrarse y pegar un cable, llenar los depósitos de cultivo, recoger, deshidratar, compactar y embalar. Luego subirlo al carguero cuando atraca. Y no te retrases tanto que la masa se pudra, porque en ese caso te darán una paliza que te dejará medio muerto.

Bhattejri vaciló.

—Estoy seguro de que tus padres te querían —aventuró.

—Seguro que me hubiesen querido.

Bhattejri sopesó los tiempos verbales, y encontró el sentido en el fondo de los ojos de Miko.

—Mamá murió cuando yo tenía cinco años y papá, bueno, algo escapó de su interior. Ya no podía seguir como siempre. —Miko se acurrucó contra él mientras hablaba, ocultándose en el brazo de Bhattejri—. Sabía de trabajos en Europa. Buena paga, pero no un lugar para llevar descendencia. Por tanto, cuando yo tenía seis años, entregó todo lo que poseía a un vecino para pagar mi manutención y prometió que volvería cuando hubiese hecho fortuna.

—Pero nunca regresó —supuso Bhattejri.

Miko alzó la cabeza.

—No. Debió de morir en las minas de hielo. En caso contrario, hubiese vuelto. Hubiese enviado un mensaje de haber podido.

—Sí —dijo Bhattejri, quien no estaba tan seguro—. Claro que lo hubiese hecho —e incluso era posible que fuese cierto. Como decía la canción: *El hielo de Europa*

está cubierto de sangre roja. Júpiter amasaba sus lunas con cruel indiferencia hacia los hombres y mujeres que las recorrían sobre y bajo sus superficies.

—Apenas despegó el traspordador —siguió diciendo Miko—, Clavis Burr se quedó con todo. De pronto tenía equipo, y acciones de la Compañía, y títulos para tres miniasteroides más en el anillo joviano, y yo era peón de día en una de sus granjas. Le odiaba por eso. Rompió la promesa que había hecho a mi padre. *¡Malgastó mi vida!*

Bhatterji acarició el cráneo rapado de Miko.

—Ah, Miko —dijo con tristeza.

—Aguanté todo lo que pude. Hubo años, cuando tenía seis y siete, en que esperaba cada día que mi padre atravesase la entrada de la granja Burr número tres y me sacase de allí. Era demasiado joven para comprender lo que había querido decir con volver. Pensaba que solo serían unos días. Así que todas las mañanas me despertaba y pensaba, *¡Hoy!* Y todas las noches me iba a la cama y rezaba, *¡Mañana!* Pero pronto había habido demasiados mañanas y supe que no iba a volver jamás. Después de un tiempo, no podía siquiera... recordar qué aspecto tenía.

Bhatterji apretó a Miko.

—Ahora todo está bien —dijo—. Todo está bien.

Miko colocó una mano en la cadera de Bhatterji.

—Me escapé tan pronto como pude. Creo que tenía doce años. ¿Sabes lo fácil que es perderse en una madriguera? Hay pasillos y túneles. Paneles que nadie abre a menos que algo vaya mal. Viví en las paredes de Amaltea, saliendo para buscar comida... o para sabotear el equipo de Burr. Así fue como aprendí ingeniería. —Una risa amarga—. Por ingeniería inversa. Aprendí a construir desmontando cosas. Vivía para vengarme de él; para causarle daño por lo que había hecho. Luego, un día, oí que la Junta celebraría una reunión ciudadana en el Centro Amaltea y me colé en la sala a través de los conductos de ventilación para denunciar a Burr ante los gobernadores.

—¿Te creyeron?

—Algunos. Burr se puso en pie de un salto y dijo que eran palabras de una persona loca, huida y vagabunda; pero algunos otros recordaron lo rico que se había vuelto poco después de que mi padre me dejase con él. Los gobernadores prometieron investigar y Burr me prometió la muerte. —Miko suspiró—. La verdad es que no creo que me hubiese importado morir, si me lo hubiese podido llevar conmigo. Durante un tiempo estuvo en el aire, aunque la Junta finalmente destituyó a Burr... pero una serpiente muerta sigue intentando morder. Burr sabía cómo contratar a hombres que matarían por dinero, y ya había pagado. Para entonces, ya me conocía todos los pasillos y túneles de la madriguera, así que si no quería que me encontrasen, no me encontraban. Cuando los policías de la compañía localizaron al asesino, descubrieron que no había prestado la debida atención al cierre de su casco.

Bhatterji se estremeció.

—Un final desagradable para cualquiera.

Pero Miko se limitó a encogerse de hombros.

—Un final pacífico, si quieres mi opinión. Te desmayas por la anoxia antes de que te estalle la cabeza. Bien, fue en busca de problemas y los encontré, ¿y cuántos hombres encuentran con tanta rapidez aquello que buscan? Lo peor después fue el anticlímax. Durante años había soñado con destruir a Burr. Vivía para eso. Ahora él había caído y yo no tenía nada.

—Y ahí entra Evan Hand.

Miko se limpió una lágrima.

—Me ofreció un trabajo y lo acepté.

Es muy delgada la línea que separa la compasión de la pasión. El corazón no siempre se da cuenta. Es una línea tan delgada como la que separa al cazador de la presa. El baile la cruza, los papeles se confunden. Al final, la presa busca la lanza y se empala a sí misma. Bhattejri sostuvo la cabeza de Miko y le dio un beso, y Miko respondió como si el ingeniero hubiese azuzado el fuego de una chimenea.

Tan concentrado estaba Bhattejri en los besos y en la ansiosa apertura de cremalleras que no fue hasta que Miko se mostró en su desnudez que el ingeniero comprendió lo que la mitad de la tripulación siempre había sabido.

—¡Eres una chica!

Miko apartó la cabeza y dijo:

—¡Soy una *mujer*!

Una protesta solemne, aunque no era del todo cierta, dadas las pruebas. No son habituales las mujeres que pueden pasar por un jovencito, ni siquiera entre las menudas de las lunas menores.

—¿Cuántos años tienes? —exigió Bhattejri, incluso mientras se preguntaba con qué escala se medía la edad de alguien como Miko.

—Los suficientes —dijo—, para saber lo que quiero.

¿Alcanza alguien alguna vez la edad para saberlo? Miko era reservada por naturaleza y, hasta el momento de soltarle toda su historia a Bhattejri, no había dicho más que unas palabras en todo el tiempo que llevaba a bordo. Sin embargo, la ignorancia del ingeniero era conquistable. Había visto lo que más deseaba y no se había planteado nada más. Si Evermore no le hubiese rechazado tan categóricamente, quizás hubiese prestado más atención. Pero claro, siempre había confundido *mujer* con *femenina* y *femenina* era una de las muchas cosas que Miko no era.

—¡Te necesito! —insistió Miko, sin haber comprendido todavía la naturaleza de la negativa de Bhattejri—. Estoy lista. Te deseo. —Estaba muy cerca de rogar... *estaba* rogando... todavía medio borracha con la idea de su florecimiento. Era comprensible que hubiese malinterpretado la llamativa virilidad de Bhattejri. Si el ingeniero había visto sus propios deseos en su ayudante andrógino; bien, el ayudante también los había visto.

—Quieres a tu padre —pensó Bhattejri en voz alta—. Y ahora Evan Hand está muerto.

Miko no le agradeció la perspicacia. En su lugar, le dio una bofetada con furia incontrolada y huyó, llorando y desnuda, hacia el pasillo C donde, sin darse cuenta, casi chocó con el pasajero Bigelow Fife, quien (observando la huida de la joven) se preguntó en qué tipo de nave se había metido.

El pasajero

Una mente inquisitiva poseía a Bigelow Fife. Su profesión de solucionador le había hecho así, a menos que hubiese sido su inclinación mental la que le hubiese llevado a ser solucionador. En cualquier caso, se trataba de un matrimonio feliz —ciertamente más feliz que los otros matrimonios que había probado— y le ofrecía múltiples oportunidades para la diversión; porque si había algo de lo que el mundo no andaba escaso era de problemas dignos de solucionarse. Era devoto de la Verdad y los Hechos y disfrutaba coleccionándolos, conservándolos en una caja en el fondo de su mente y ocasionalmente agitándolos y disponiéndolos para crear figuras variadas.

Definía un problema como el espacio entre «tal como es» y «tal como debería ser» e inmediatamente apreció la existencia de su presa a bordo de *El río de las estrellas*.

La nave se movía inercialmente cuando debería estar acelerando, escribió en su diario. Por supuesto, para saberlo no se requería una gran sutileza mental. Mentes menores que la suya ya lo habían comprendido. Donde difería era en la reacción. Se volvió una especie de crítico de arte. *Claramente esta es una situación en la que la urgencia es la principal prioridad. Ciertamente, hay impacto —escribió sin sentido de la ironía— pero la fecha límite inminente es claramente la limitación más dura. Si los motores no vuelven a funcionar el treinta y uno, la nave irá demasiado rápida para entrar en las Autopistas de Júpiter, lo que retrasará nuestra llegada. Por consiguiente —cuando escribía usaba mucho la expresión por consiguiente—, el esfuerzo debería concentrarse en asegurar la llegada a tiempo de la solución en lugar de en su coste. Es necesaria presteza sin prisa.* También le gustaban los epigramas, que podía acuñar con facilidad, aunque escasos, de metales preciosos. No se preguntó si una fecha límite podía ser no «inminente».

No debe suponerse que Fife no fuese consciente del mar de humanidad en el que nadaba. Se dedicaba a él con devoción. Por ejemplo, la doctora Wong. Por desgracia, se enfrentaba a los animados empleando las mismas herramientas que con los inanimados, que es un poco como usar un cincel frío para una operación a corazón abierto. Su deseo de Verdad y Hechos había dejado una estela en su vida en la que se agitaban tres ex esposas, otras tantas ex amantes, y un hijo que no le hablaba desde hacía cinco años. Esos alejamientos le resultaban confusos, y de vez en cuando se ocupaba de ese problema. Estaba en su lista de cosas a hacer, y a veces añadía nuevos datos, buscando una causa.

Como la crítica es una ocupación parásita, todo crítico necesita un artista.

Bhatterji había iniciado la fabricación de las piezas que faltaban y el taller resonaba con los sonidos del metal, plástico y material compuesto plegándose a su voluntad y convirtiéndose en algo más. Algunas piezas se construían, ensamblaban o formaban en herramientas automáticas, que él y Miko habían programado durante la mañana. Otras, sin embargo, exigían manos humanas, que Bhatterji tenía.

Al ser progresivamente consciente de que le observaban, Bhattherji añadió pequeñas filigranas a sus obras. Todo lo que hacía lo hacía con un ademán. No se limitaba a girar una herramienta de mano, la lanzaba al aire y la cogía al caer. No se limitaba a meter un soldador láser en un orificio; realizaba una estocada que invariablemente daba en el blanco. Era un virtuoso del taller y no le importaba en absoluto si todos se enteraban. La vida era una buena representación, y eso quería decir que debía haber aplausos. Que a un espectador pudiese parecer un payaso (o peor, ineficiente) no se le ocurría, aunque ciertamente lo pensó Bigelow Fife, quien fruncía el ceño y tomaba notas. Era un error natural por parte de Fife. Bhattherji no era un artista, sino un intérprete. Los estándares críticos son diferentes.

Bhattherji sabía que alguien le observaba por los movimientos de los ojos de Miko.

—Observa de cerca mientras aplico la herramienta a la superficie de trabajo —dijo el ingeniero. Miko miró por encima del hombro de Bhattherji y este añadió, más bruscamente de lo que había pretendido—: Presta atención.

La herramienta era afilada, pero la mirada de Miko lo era mucho más. Fue un poco así como discutieron la pasada noche.

Ella le ayudó con diligencia: trayéndole materiales, afilando herramientas, recogiendo restos en una cámara de vacío para que no dañasen los conductos o las tomas. Bhattherji echaba de menos el lazo que les había unido y no sabía si sería posible recuperarlo. Recompuesto no es nunca exactamente como nuevo, porque las relaciones en ese aspecto no son muy diferentes de los motores. No podía entender por qué Miko le había engañado. Cuando pensaba en lo sucedido la pasada noche, era con vergüenza y un toque de pesar de que una chica con una apariencia tan de chico no fuese, efectivamente, un chico.

Aun así, si ya no había devoción, había deber. Miko era su ayudante y le debía la instrucción que hubiese ofrecido a cualquier otro aprendiz. Y por tanto esta mañana se situaron uno a cada lado de la omniherramienta, con los pies firmemente plantados en los estribos para sostenerse, y si el ingeniero y la ayudante no conseguían actuar del todo como si nada hubiese pasado entre ellos, no era porque no lo intentasen.

—Así conectó con la base de datos de patrones. El giro debería estar dentro de la tolerancia especificada. Pero recuerda que cuando la nave acelere habrá una tendencia a favorecer la dirección a popa debido a la deflexión. La deflexión será del orden de nanómetros, pero puede ser muy importante en ciertos componentes. —Levantó la cabeza, y vio que los ojos de Miko volvían a desplazarse—. ¿Comprendes?

El asentimiento de Miko no fue ni ansioso ni afirmativo, sino más bien una aceptación brusca, todo lo que merecía ese hombre detestable. No podía comprender por qué Bhattherji la había provocado con promesas, solo para humillarla. Se había imaginado penetrada por ese hombre sólido de aspecto brutal; había imaginado una resistencia falsa, el No que significa Sí. Encontrarse rechazada e insultada...

Mirando a través de las rejillas de ventilación de Amaltea, Miko había observado

el acto en todas sus permutaciones, desde lo furtivo, pasando por lo entusiasta, hasta lo meramente dócil. Sin embargo, para ella seguía siendo algo observado y no sentido. Se moría de sed pero jamás había probado el agua.

Debería cortarles, seccionarle esas partes que tanto apreciaba; pero la nave necesitaba sus habilidades, y Miko sentía lealtad total hacia la nave y hacia el fallecido y todavía más lamentado Evan Hand. Una vez que la nave volviese a estar activa... Había esperado mucho tiempo para vengarse de Clavis Burr. También podía esperar para vengarse de Bhattejri y mientras tanto saborear la anticipación.

Miko no sabía qué quería el pasajero de piel de champiñón. Se limitaba a permanecer en el fondo del taller y mirarles con lo que a ella le parecía un gesto altanero de los labios. Quizás el gesto iba dirigido al ingeniero.

O quizá no. Miko había visto al hombre en los pasillos de vez en cuando y se preguntaba por qué caminaba por ahí desnudo —o tan poco vestido que la distinción carecía de sentido—. Si era para exhibir su cuerpo, necesitaba uno mejor, porque el tono muscular era tan malo que parecía más el molde gelatinoso de un hombre que el artículo genuino.

Injusto, se dijo. Bhattejri tenía aspecto de masculinidad bien definida, pero la concha de músculos y porte contenía un amante de chicos. Por tanto la simetría podría exigir que la apariencia repelente del pasajero ocultase una naturaleza amable y cariñosa. Notó la hinchazón en sus pantalones cortos y se preguntó si no habría venido a verla a ella. Miko agitó la cabeza en lo que creía un gesto sensual y femenino, sin obtener respuesta del hombre champiñón y ganándose otra reprimenda de Bhattejri para que prestase atención.

Pero Fife simplemente estaba aquí para ver cómo progresaba el trabajo y no le interesaba la farsa sexual que se había desarrollado en el departamento de ingeniería. Estaba concentrado en la omniherramienta, eso y la pieza que tomaba forma. Había visto desnuda a la chica —y en cierta forma ella también era una pieza tomando forma— pero la había observado con curioso desinterés. Los selenitas, desnudos para las lámparas solares que cubrían sus túneles, veían demasiadas tetillas y entrepiernas para que un ejemplo particular les apasionase especialmente. Sin embargo, de no haber estado encaprichado de Wong, podría haber considerado el potencial de la chica. En el fondo, solo necesitaba ganas.

—Me desea —le dijo Miko a Bhattejri cuando, después de algunas preguntas precisas que demostraron que el hombre conocía los talleres, Fife se fue y ellos limpiaban y guardaban las herramientas.

—¿Qué? ¿Quién? —La mente del ingeniero, como la de Fife, había estado centrada en el trabajo—. ¿De quién hablas?

—El pasajero. Quiere follarme. La tenía dura por mí. —Miko quería que Bhattejri supiese lo que se perdía; que supiese que un hombre de verdad la deseaba.

Pero Bhattejri era inmune a ese tipo de trucos.

—¿Fife? Es un selenita. Todos llevan cojoneras. Bien, los hombres. No sé por

qué.

Miko enrojeció, porque ahora que se lo comentaban, recordó haber oído hablar de esa costumbre lunar.

—No me importa. Me desea. Lo sé por la forma en que me violaba con los ojos.

—Todo lo mira así. Tiene ojos extraños. Nunca parecen estar quietos. ¿Por qué estás tan decidida a humillarte, Miko? Cuando llegue el momento, encuentra a alguien que se preocupe por ti.

—¿Qué vas a saber tú?

Bhatterji se encogió de hombros.

—¿Por qué no Evermore? Se acerca más a tu edad.

—Es un *chico*. Una *mujer* quiere a un *hombre*.

Era tan cómico que Bhatterji quería llorar. Él mismo había deseado a Evermore *precisamente* porque era un chico.

El capitán en funciones Gorgas consideraba a Fife como poco más que un cargamento curiosamente animado. Pensaba en encontrarse periódicamente con el hombre e intercambiar saludos rituales; esperaba entretenerle formalmente en la mesa del capitán una vez por semana. No esperaba que la carga entrase en su sala de trabajo y exigiese cuentas de su administración de la nave.

Un informe sobre las comunicaciones dañadas, sí. Los pasajeros siempre llamaban por adelantado. Y puede que preguntase por la llegada estimada, ya que por definición los pasajeros debían estar en algún sitio en cierto momento. Pero no pedían los planes de reparaciones y proyectos y disposiciones de recursos.

—No se preocupe, señor Fife —dijo cordialmente una vez que Fife hubo acabado con su lista—. Lo tenemos todo controlado.

Si a Gorgas le habían irritado las preguntas impertinentes, es fácil imaginar lo que le irritó a Fife recibir respuestas impertinentes. Si había algo de lo que sabía —y eran dos o tres cosas— era insertar cuerpos en trayectorias y aunque los cuerpos de los que se ocupaba generalmente se movían libres, su comportamiento en principio no era diferente al de una nave antorcha.

—Su ingeniero parece estar tomándose su tiempo —respondió el selenita. (Había visto cómo el hombre *jugaba* mientras fabricaba. Bailando y brincando... ¡Tanto esfuerzo malgastado! ¡Tanto movimiento malgastado! ¡Ni siquiera había usado planos! ¿Cómo podía recordar el ingeniero todas las especificaciones y tolerancias? Algunas preguntas posteriores habían bastado para revelar que el hombre no poseía planes reales. Fife se sentía ansioso por tomar el control y establecer horarios y procedimientos más eficientes. Era lo que hacía para ganarse la vida)—. Es consciente, supongo, de que esta nave debe comenzar a desacelerar en diecisiete días.

Aunque Gorgas estaba de acuerdo con respecto al ritmo de Bhatterji y su inclinación hacia el teatro improvisado, no iba a decírselo a un simple pasajero.

—Le aseguro que lo tenemos todo controlado. —Gorgas sabía que Fife era un solucionador corporativo, pero eso no importaba. En primer lugar, no había ningún

problema a solucionar. Bhatteji sabía lo que había que hacer; era simplemente cuestión de hacerlo. Y en segundo lugar, en un mundo dividido entre tripulación y carga, jamás se le habría ocurrido pedir ayuda a Fife. Al encontrarse en el manifiesto de pasajeros, Fife era manifiestamente un pasajero.

—¿*Tienen* planes de contingencia...? —sugirió Fife. Fue todo lo cerca que estuvo de ofrecer la ayuda que no le habían solicitado y cuando el capitán respondió «Claro» no le dedicó más atención al asunto. Ya se había resignado a una llegada tardía a Dinwoody Poke, y un hombre razonable no se enfrenta a lo que no puede cambiar. A pesar de la confianza que sentía por su talento, no era un hombre atrevido. No es que fuese tímido, pero necesitaba señales de que era bien recibido; si no se trataba de una cruz ardiente en los cielos, entonces al menos una cremallera abierta. *In hoc signo, venerio*.

Sin embargo, la visita de Fife le había dado a Gorgas algo que considerar, y él era un hombre dado a las consideraciones. Gorgas pasó la noche consultando con la IA de la nave, creando escenarios en la pantalla de pared. Cada hombre persigue sus propios placeres, y tal era el vicio solitario de Gorgas.

(Gorgas no rechazaba los otros vicios, pero sabía que no debía buscarlos entre su propia tripulación. Era malo para la disciplina. Un capitán no debería tener amigos especiales. Podía llegar a la apariencia de favoritismo o, peor, a la realidad. Y por tanto, desde el momento en que comprendió que algún día tendría las riendas de *El río de las estrellas*, había hecho lo posible por evitar la amistad. Había tenido éxito, y una cooperación tan entregada por parte de la tripulación que no podía decirse que la elección hubiese sido totalmente suya).

Gorgas destacaba como jugador de ajedrez porque podía prever el bosque de posibilidades creciente a medida que se retorció serpentino hacia el futuro. Podía pensar diez movimientos por adelantado. No es que la habilidad garantizase la victoria —en muchas ocasiones solo le servía para ver antes la derrota— pero trabajar con las posibilidades le ofrecía el tipo de placer que Bhatteji encontraba en convertirse en mentor de jóvenes dispuestos, o que Corrigan hallaba en la relectura de un viejo texto favorito, o que Ratline encontraba cuando se encerraba a solas en su camarote.

Las contingencias no tenían fin, porque cualquier cosa hecha se podía hacer mal. Los planes de recuperación podían salir mal, y por tanto debía haber contingencias incluso para las contingencias. La mayoría no serían necesarias —cuando calculaba las probabilidades resultaban ser menos probables que una sonrisa de Satterwaithe— pero había que tenerlas en cuenta, aunque solo fuese para rechazarlas. Bhatteji podría alinear mal los anillos; o el motor de la omniherramienta podría estropearse; o podría no haber cantidad suficiente de hobartio superconductor. De hecho, cuando tenía en cuenta todas las cosas que podían ir mal, era un milagro que algo saliese bien.

Bhatteji había estimado un tiempo, pero Gorgas sabía que el trabajo llevaría más.

Fue por eso que fijó la fecha de final para el veintiocho. En el universo había una asimetría inherente. Cuando sucedía lo inesperado —y siempre pasaba, porque lo inesperado era paradójicamente lo más esperado— rara vez daba lugar a operaciones más rápidas y más sencillas. Añadiendo las estimaciones extremas al plan de reparaciones nominal del ingeniero, Gorgas se dio cuenta de que la deriva resultante de dos semanas los llevaría a las regiones exteriores de las Islas Vírgenes. Eso sugería todo un conjunto nuevo de fallos inducidos externamente de clase II, sin que fuese el menor la colisión con una roca no identificada arrancada recientemente del Cinturón. Las órbitas de tales cuerpos eran «caóticas», por lo que aparecían inesperadamente. El chiste entre navegadores era que las efemérides quedaban anticuadas justo al ser calculadas.

Aun así, no había que dejar piedra sin levantar, especialmente piedras del tamaño de los asteroides. Gorgas sonrió brevemente ante su chiste interno. A ciento cincuenta kilómetros por segundo, incluso un fragmento pequeño podía causar mucho daño. De hecho, ahora que lo pensaba, un fragmento pequeño ya había causado mucho daño.

Sí, si las posibilidades de tal colisión eran asombrosamente pequeñas, la de *dos* colisiones era pequeña al cuadrado. Infinitesimal. Y dado que una ya se había producido...

Gorgas volvió a experimentar el estremecimiento que había sentido durante el informe de daños de Bhatteji. Hay muchos clichés y proverbios para expresar su inquietud. *Dios los cría y ellos se juntan*, es lo que podría haber dicho Fife de haber considerado la cuestión. Pero Gorgas no pensaba en clichés. O sí lo hacía, pero eran clichés de un orden diferente: *La multiplicación de probabilidades solo se aplica a eventos independientes y aleatorios*.

—Pero no son más que suposiciones —se recordó. En el mundo real, los eventos a menudo resultan dependientes y no aleatorios y uno debe recurrir a la probabilidad condicional. Dado que *ya* se había producido una colisión, ¿cuál era la probabilidad de otra? Una cuestión totalmente diferente, porque dependía de *por qué* ya había sucedido una vez algo tan improbable.

Bosquejó un memorándum para Corrigan solicitándole un análisis de todos los Cuerpos Conocidos en el Cinturón Exterior —en particular, los de Hilda y Frigga— cuyas órbitas podrían estar perturbadas por el reciente paso joviano, y otro a La Joya de Loto recalcando la importancia de recuperar toda la energía en los sensores delanteros. Continuamente escribía memorandos como esos; tantos, que habían caído bajo la ley inexorable de la oferta y la demanda. Sin saberlo Gorgas, el resto de la tripulación había desarrollado una regla: *si realmente lo quiere, lo pedirá por segunda vez*.

Después de que Nave hubiese entregado los memorandos, Gorgas colocó en la pantalla de pared la batalla de Cerro Gordo. Gorgas prefería esas simulaciones al ajedrez normal porque, al haber muchas más piezas con muchas más opciones de movimientos, el juego era más difícil y el resultado menos predecible. Por la misma

razón escogió el bando mexicano. Santa Ana no debería haber perdido la batalla, a pesar de la superioridad de la artillería americana. Al final, Pillow había malogrado el ataque y Twiggs no había seguido las órdenes de Scott. El problema de Santa Ana, según había decidido Gorgas, fue que a pesar de ser mejor general de lo que la historia le había considerado, no era de lejos tan bueno como se creía él. Un hombre más humilde, más dispuesto a escuchar a sus oficiales, hubiese triunfado y habría encaminado la historia por un rumbo diferente.

Era costumbre del personal de la vieja vela magnética reunirse todos los jueves para cenar en el comedor de oficiales, a consecuencia de lo cual se hacían llamar el Grupo del Jueves. Corrigan, Satterwaithe y Ratline se turnaban para pagar la comida con sus cuentas personales. En ocasiones, La Joya de Loto o Grubb se les unían o, con dispensa especial, el primer peón, que no era ni oficial ni jefe. En especial, al cocinero y al peón les atraía especialmente el romance de los días de navegación y disfrutaban de los relatos de Ratline, porque podía contar historias de *El río* en sí. (También Satterwaithe, al menos una historia, aunque jamás la comentaba y los que la conocían jamás la pedían). Hand, que también había volado velas solares, solía presidir todas las comidas, aunque nunca insultaba a los Farnsworths como hacían los otros. Había guiado velas y había guiado antorchas, solía decir. Es la guía lo que importa, no el dispositivo.

De vez en cuando, los oficiales habían comido con el Grupo del Jueves, por invitación o por incitación de Hand. Gorgas había permanecido en silencio durante toda la comida, o más bien había hablado en tan pocas ocasiones como para contar como silencios. El Grupo del Jueves lo había considerado una muestra de antipatía y no había vuelto a invitar al primer oficial. La enemistad de Enver Koch había superado la simple muestra. Había salpicado la comida con sus propias anécdotas: historias en las que, de alguna forma, los marineros ocupaban un segundo puesto tras los ingenieros. No había ayudado demasiado que Koch hubiese sido un joven ayudante de ingeniero en la *FS Forrest Calhoun* durante la infame carrera con la *MSS El río de las estrellas*. Ayudó aún menos que sacase el tema durante la comida. Los marineros no habían deseado su muerte, pero no habían llorado mucho cuando se produjo.

Nunca se habían molestado en invitar a Bhattejji.

—Soy un pelín demasiado viejo para alguien como él —dijo el pequeño Timmy Ratline a través de la boca del viejo en el que se había convertido.

Ivar Akhaturian sirvió el plato principal en un contenedor reluciente, que colocó en la rejilla de succión en el centro de la mesa antes de volver a ver qué otra tarea le asignaba Grubb. Ratline prestaba sus peones a los otros departamentos. Aunque nunca lo hubiese admitido ante sus cargadores, los peones tenían muy poco que hacer cuando la nave se movía. Además, los jóvenes tenían que aprenderlo todo sobre la nave, y eso implicaba hacer todos los trabajos.

—Ah —dijo Corrigan mientras abría la tapa del contenedor de servir—.

Comadreja engrasada.

Bigelow Fife se echó atrás un poco y una mirada de profunda incertidumbre reemplazó la de hambre. El Grupo del Jueves había invitado al pasajero. Al menos él era un rostro nuevo, les había dicho Ratline a los otros comensales. Incluso era posible que tuviese algo nuevo que decir.

—Comadreja engrasada —repitió Fife, aunque no en un tono tan conforme como el que había empleado el segundo.

Ratline rio a carcajadas.

—Solo lo *llamamos* comadreja engrasada. Realmente es una mezcla gelatinizada de las masas de proteínas que Grubb saca cuando limpia los tanques para colocar un cultivo nuevo. Tiene mejor textura que el pastel de carne o el ave. Más sabroso. —Alargó la mano y cortó una porción del extremo. Del interior salió vapor—. Tampoco está mal que sea un poco pegajoso —siguió diciendo mientras la ponía en su plato de succión—. Así no se va flotando cuando no miras. Odio tener que perseguir la cena por toda la sala.

Tranquilizado, Fife asintió.

—Lo ha hecho muy bien. Nunca había visto antes restos *moldeados* de tanque —entrecerró los ojos—. Casi parece una comadreja, si ese es el aspecto de una comadreja.

Corrigan tuvo que analizar la frase dos veces antes de estar seguro; pero sí, el selenita de rostro pálido había hecho una gracia. Fue tan inesperado que Corrigan rio en alto, lo que le ganó una mirada confusa de Satterwaithe.

Fife comentó que las cocinas de las líneas comerciales daban nombres más cotidianos a las comidas que recolectaban, pero Ratline se mostró en desacuerdo.

—Oh, las llamábamos así y cosas peores en los días de Toledo. Simplemente jamás se lo decíamos a los pasajeros. Ah, aquí viene el alambre de espino.

Akhaturian trajo una masa de enredaderas —extensiones formando una bola en el extremo de una pala de madera, y cocidas hasta quedar crujientes—. Metió el mango en un bolsillo de la mesa mientras Ratline le hacía un gesto a Satterwaithe.

—Capitán, si hace los honores... —Satterwaithe se acercó al nudo y con un golpe de muñeca arrancó un puñado, tras lo cual los otros comensales hicieron lo propio. La manaza de Corrigan siempre le ofrecía ventaja.

—Está muy rico —dijo Fife—. Casi como caramelo. El que servimos en Luna es más crujiente. Lo llamamos espaguetis fritos.

—Hay que romperlos —explicó Ratline—. Si tiras de él lentamente se estira.

Fife lo probó.

—¿Frambuesa?

—Grubb tiene todo tipo de fragancias y sabores. Ha realizado algunas mezclas muy interesantes. En ocasiones coloca una sorpresa en el centro de la bola antes de pasarla por la agitadora.

Fife apretó los labios.

—En esta ocasión el sabor no acaba de encajar con la textura. Pero como dice, «interesante». —Se chupó los labios—. Dígame, señor Ratline. Acaba de llamar capitán a la señorita Satterwaithe. Creía que la costumbre solo permitía un capitán por nave.

El Grupo del Jueves intercambió miradas.

—Eso se debe a que Eugenie preside esta semana —le explicó Corrigan tras una breve pausa—. *Capitán* viene de *caput*, que en latín significa *cabeza*, y Eugenie está sentada a la *cabeza* de la mesa.

Fife asintió.

—Comprendo —aunque estaba claro que no era así. La mirada que los comensales habían intercambiado era suficiente para dejarle claro que había algo más tras una explicación tan latina.

—Eugenie es tercer oficial —siguió diciendo Corrigan, ofreciendo una mirada diferente a la presidenta de la comida—. Y oficial de vela.

—Satterwaithe respondió con una mirada vacía, diciendo mucho como si fuese la Esfinge.

Fife alzó las cejas.

—¿La nave lleva un oficial de vela?

—Oficialmente, *El río* es una nave híbrida —le explicó Satterwaithe—. Las velas están almacenadas en la cubierta superior. Si alguna vez se desplegasen, entonces yo mandaría la nave.

El pasajero apretó los labios y aceptó el hecho. Los demás casi pudieron verle procesarlo, ordenarlo y almacenarlo.

—Una nave híbrida, ¿no? ¿Con qué periodicidad se despliegan las velas?

Tres rostros pétreos causaron un silencio que duró lo justo para no atravesar la barrera de lo grosero.

—Hace muchos años —dijo Satterwaithe, cogiendo el bulbo de líquido de la alfombrilla de retención—. Hace años.

Después de la comida, por antigua tradición, Eugenie Satterwaithe fue la primera en brindar. Como la descompresión tras la EVAción de Bhatteji, se trataba de una costumbre que había persistido el tiempo suficiente para adoptar muchos de los aspectos de una ley natural.

—Caballeros —dijo, flotando tan rígida como consentía la cegé y sosteniendo el bulbo con el brazo totalmente recto al frente—. Les presento a la Gran Vela, *MSS El río de las estrellas*. Que durante muchos años vuela frente al viento.

—¡La Gran Vela! —repitieron los otros, Fife medio segundo por detrás. Apretaron el jugo para que entrase en sus bocas ansiosas y el Grupo del Jueves fue todo sonrisas, como si Satterwaithe hubiese dicho algo muy profundo y cierto. Si Ratline sonreía un poco más que los demás, podría ser porque él, como Bhatteji, tenía una reserva propia. Sin embargo, Ratline llevaba a bordo de *El río* más de lo que Dios había recorrido los cielos. Si Bhatteji tenía derecho a la descompresión y

Satterwaithe a lanzar el primer brindis, entonces Ratline tenía el derecho a hacer lo que le diese la real gana.

—«Que durante muchos años vuele...» —se quejó Corrigan cuando volvieron a atarse a las sillas—. Estos últimos días no ha estado volando mucho.

—Compré pasaje en su nave —dijo Fife—, porque prometía un trayecto corto al lugar de trabajo de mi empresa. Ahora... —Y agitó la mano.

—¿Qué espera de un cacharro como una jaula Farnsworth? —preguntó Satterwaithe, con aire felino, a nadie en particular—. Demasiados componentes. Siempre hay algo que se rompe. He oído —añadió con satisfacción impropia— que Bhattejji no dispone de todas las piezas necesarias.

Fife frunció el ceño.

—Me temo que no acabe a tiempo.

—Oh, es muy habilidoso con la omniherramienta —le dijo Corrigan—. Puede fabricar lo que no tiene.

La oficial de vela se encogió de hombros asintiendo indiferente.

—Según él, no necesita más que un rollo de cinta adhesiva.

Ratline se mofó.

—No es todo lo que necesita... por lo que he oído. Ahora mantengo a Akhaturian encerrado bajo llave. ¿No es cierto, Ivar? —preguntó al mozo, que había traído los postres, y el joven se tiñó de rojo y huyó de la sala.

Corrigan no siguió por el camino abierto por el jefe de carga. Se giró para mirar al techo nominal.

—¿Qué pasa? —preguntó Satterwaithe.

—Creí oír un golpe en los conductos —contestó el segundo—. Espero que el compresor de aire no esté otra vez haciendo de las suyas.

—Grubb no ha dicho nada.

—Pero, mientras, vamos por inercia —dijo Fife—, ¿no nos alejaremos del rumbo? ¿O estamos tan cerca de Júpiter que su atracción nos seguirá guiando?

—No lo creo —dijo Satterwaithe, y miró a Corrigan en busca de confirmación.

El segundo oficial y navegante agitó la cabeza.

—La atracción del Sol sobre la nave en nuestra posición es unas trescientas veces mayor que la de Júpiter.

—Entonces... ¿empezaremos a caer hacia el sol?

—En realidad —dijo Corrigan con algo de engreimiento—, ese problema lo resolvió Euler en 1760. Verá, con las velocidades de tránsito, podemos considerar a Sol y Júpiter como puntos fijos...

—¿Ha dicho 1760? ¿Esa solución no sería, digamos, un poco primitiva?

—Oh, claro, tenemos nuestras efemérides y nuestras rutinas genéticas de integración —le aseguró Corrigan—. Nave puede calcular un rumbo exacto. No tenemos que depender de las aproximaciones toscas de antaño.

—Dígame —dijo Fife—, la nave monta cuatro Wright y Oldis FPD, ¿no es así?

Satterwaithe fingió que no le importaba y Corrigan solo dijo:

—Diseño de Fusión de Potencia Directa, sí. Usan un cuadripolo Ruggiero circular RF.

Pero Fife no había pretendido confirmar un hecho que había obtenido con gran fiabilidad de boca del ingeniero en persona.

—Bien, su máximo es solo de un miligé y medio cada uno...

—Se instalaron hace veinte años —dijo Corrigan, tomándose el comentario de Fife como un desprecio hacia la nave—. Los han reconstruido una o dos veces, pero siguen siendo más viejos que la mitad de la tripulación.

—Con seguridad exagera —dijo Fife, que no podía dejar escapar con vida una hipérbole—, pero a lo que me refiero es...

—El sol es monstruosamente grande —dijo Ratline—, pero aquí arriba es un debilucho... La corriente aquí es de veinticinco microgés. Esos motores tienen potencia de sobra.

Fife reprimió su exasperación. Después de todo, era un invitado, y los invitados no abusaban de la hospitalidad. Y además, cualquier muestra de irritación podría interferir con la adquisición de datos.

—A lo que me refiero es que... he observado cómo trabaja el ingeniero... Si le lleva más de, ¿cuánto es ahora?, dieciséis días, para igualarse con Júpiter necesitarán más aceleración de la que pueden dar los motores. —Tarde era una cosa. Pasar de largo a velocidad de tránsito otra diferente.

—De lo que debe preocuparse en realidad... —dijo Ratline... y en ese punto se inclinó sobre la mesa hacia el pasajero—. Es si Bhatteji no consigue arreglarlos. A la velocidad de tránsito estamos en una órbita hiperbólica, lo que significa: próxima parada, Castor. ¿No es así, Abdul?

—No, sería Wasat, Delta Geminorum. En árabe, Wasat significa *el medio*... —Corrigan hizo una pausa a medida que una nueva idea aparecía y flotaba frente a sus ojos, era una idea asombrosa y merecía contemplación.

Satterwaithe aguardó, confundida por el súbito silencio de Corrigan, antes de intervenir.

—Yo no me preocuparía de eso, señor. Bhatteji tendrá los motores bien cubiertos de cinta adhesiva antes de que lleguemos a la línea límite.

El silencio continuado de Corrigan era más estruendoso que las palabras de Ratline. Satterwaithe inclinó la cabeza y estudió al segundo oficial, quien parecía consumido en una contemplación interna.

—Suéltelo, señor segundo —dijo.

Fife, sorprendido por el tono autoritario, se preguntó durante un momento quién era el superior en la mesa.

—Estoy pensando —respondió Corrigan, dejando claro quién creía *él* que era el superior.

—Bien, entonces no interrumpiremos esa novedad —le replicó Satterwaithe.

—No, efectivamente —murmuró Corrigan—. No, efectivamente. —Porque realmente era una novedad... para el propio Corrigan tanto como para los otros.

Más tarde, cuando un hambre de otro tipo hizo que Fife fuese a buscarla, el pasajero le contó a Franziska Wong que acababa de cenar con los tres individuos más anal retentivos que hubiese conocido nunca.

El segundo oficial

El camarote de Corrigan reflejaba su mente práctica y ordenada. Las sábanas y toallas estaban dobladas con rectitud. Las láminas de las paredes estaban alineadas. Los I/O de audio estaban situados allí donde pasaba la mayor parte del tiempo: cerca de la eslinga en la sala de lectura, sobre la jaula de dormir, en el aseo. Corrigan prefería los libros a las pantallas cuando la lectura era seria, es decir, cuando era más frívola. Estaban dispuestos en cajas siguiendo una compleja lógica interna respecto a temas, cronología y alfabetos. Los elementos de aseo estaban colocados sobre las alfombrillas de retención exactamente en el orden en que habitualmente los usaba por la mañana. Ciertamente, en ausencia de aceleración la alfombrilla para rezar tenía la lamentable tendencia a alejarse del suelo. (Una verdadera alfombra voladora, le había dicho a La Joya de Loto una noche fantasmagórica en que se había despegado por completo). Pero por lo demás, el resto estaba —para emplear una frase largo tiempo obsoleta y que Corrigan desconocía— «Todo listo, al estilo Bristol».

Tanto orden podía ser cruel. Cuando se sacaba un libro de su puesto asignado, una profunda inquietud parecía llenar toda la habitación hasta que era devuelto. Cuando un utensilio se usaba parecía desesperadamente fuera de lugar. Uno se sentía culpable por alterar ese orden. La Joya de Loto se sentía sofocada y en ocasiones, desesperada, disponía los elementos de aseo aleatoriamente cuando él no miraba, imaginando en consecuencia que su amante se lavaba el pelo con pasta de dientes o intentaba cepillarse los dientes con un peine.

En ocasiones, deseaba que Corrigan no fuese tan formal. De vez en cuando debería llegar tarde. Debería conjurar extrañas excusas. Ella le había oído contar historias asombrosamente maravillosas —cabalgar los seísmos de hielo de Europa; atar una vela a mano durante una llamarada solar—, todas contadas con tanta formalidad que ella se preguntaba si no estaría informando de su propia vida como si le hubiese pasado a otro. Si había algo a lo que se acercaba con una actitud similar al sobrecogimiento, era el cuerpo suave y dorado de La Joya de Loto. Quizá por esa razón, más que por cualquier otra, ella siguiese visitándole, simplemente para ayudarlo a sentir, en lugar de pensar.

Fue a él esa noche, más o menos cuando Fife buscaba los brazos de la doctora Wong, para encontrarse las luces muy intensas y al segundo colgado de su eslinga de lectura. Corrigan fruncía el ceño frente a un libro en la lectopantalla mientras realizaba anotaciones ocasionales en las páginas rebeldes de un diario. La habitación estaba en silencio. Es algo que ella ya había percibido: que jamás ponía música por gusto o como fondo. El tipo de música que prefería exigía atención, no simplemente oírlo: melodías complejas de extrañas escalas siguiendo ritmos enredados; lejos del tipo de tonada que puedes *tararear*. El brillo del lector de pantalla resaltaba de forma extrañamente su rostro anguloso, como si se tratase de una escultura modernista del siglo pasado.

—¿He llegado pronto? —preguntó La Joya de Loto, solo ligeramente resentida de que la entrada no hubiese venido marcada por la ceremonia habitual. Corrigan era una criatura de costumbres, pero La Joya de Loto quedó alterada por esa rotura de la rutina. De hecho, como siempre, había llegado tarde. Ella llegaría tarde, como diría Corrigan, a su propio funeral.

Corrigan apartó la vista de la pantalla con la expresión asombrada de un hombre que acaba de volver al mundo que le rodea. Parpadeó en dirección a la sysop, luego miró a su camarote, como para verificar su posición.

—Lo lamento —dijo—. No era consciente de la hora.

La Joya de Loto tuvo la fantasía momentánea de que el mismo tiempo, al no ser Corrigan consciente de él, aprovecharía para huir. Los relojes seguían el ritmo del segundo oficial. Atravesó la sala espaciosa, descendiendo como una pluma a espaldas de Corrigan, agarró con ambas manos sus hombros de pacotilla y los masajeó. En la lectopantalla vio diagramas, fórmulas, esbozos. Había un manual técnico unido a un soporte de libro para caída libre.

—¿Qué lees?

—Para refrescar un poco —dijo Corrigan al cerrar los ojos y suspirar disfrutando del tratamiento. La Joya de Loto se inclinó sobre el hombro, colocando la mejilla junto a la de él, sintiendo la extraña flexibilidad suave de su rostro eternamente imberbe, y examinó la lectopantalla.

—¿Velas magnéticas? —Fue consciente de que Corrigan había vuelto la cabeza, porque su aliento cálido le acarició la oreja. Le había tocado la cara.

—Solo una idea con la que juego —murmuró.

—¿Cuándo deberías estar jugando conmigo? —Le pasó un dedo por la nuca—. De todas formas, ¿cómo funcionaban esas cosas?

—Bien... dispones un cable superconductor en forma de bucle...

—¿Un bucle? En los morfis siempre parecía sólido.

Corrigan hizo una mueca, como le pasaba siempre que la información se alejaba de lo puramente factual.

—Eso es lo que llamaban «licencia poética» —comentó—. El bucle tiene más de sesenta kilómetros de diámetro y más o menos el grosor de tu brazo, por lo que normalmente no lo ves. Solo las luces móviles y la aurora si la densidad de gas es suficiente. Verás, la corriente establece un dipolo magnético, que desvía el viento solar. La desviación produce una resistencia radial hacia el sol, y la orientación del dipolo, el alfa de Zubrin, ofrece un impulso perpendicular a la fuerza de resistencia radial.

Bien, la pregunta de La Joya de Loto había sido totalmente ociosa, como eran la mayoría de sus preguntas, pero las respuestas de Corrigan eran generalmente más atareadas —hormigas frente a sus preguntas saltamontes—. Le sonrió y también lo hizo él, en la medida en que su piel correosa se lo permitía; pero la sonrisa de Corrigan era la de un profesor contento, mientras que la de la sysop era algo helada.

—Bien, ¿entonces qué vas a hacer —dijo ella—, volver a desplegar las velas? —Él se envaró y se retiró y ella le miró con ojos asombrados al comprobar la verdad en su postura—. ¿Lo vas a hacer? ¡Lo vas a hacer! ¡Oh genial! Nunca he visto velas solares en activo. Bien, en los morfis, a veces. Como esas historias de piratas que hacían. ¿Pero por qué ibas tú...?

Corrigan la tomó por las muñecas y la agarró con fuerza.

—No es más que una idea. Quiero ofrecérsela a los demás para ver su reacción.

—¿Puedo ayudar? Me gustaría ayudar.

La sonrisa de Corrigan fue de amabilidad.

—La navegación a vela no requiere un *sysop*.

Ella se apartó. No era la respuesta que había esperado; aunque, en retrospectiva, era la respuesta que debería haber esperado.

—Aun así quiero ayudar. No tengo nada que hacer en este bote hasta que Ram no arregle mis antenas. —En realidad, hubiese querido ayudar en cualquier caso, pero Corrigan era el tipo de hombre que exigía una razón para todo.

Corrigan la acarició con la punta de los dedos.

—Bhatterji no es el hombre adecuado para trabajar *tus* antenas.

Lo que, por si fuese necesaria, fue razón suficiente para lo que hicieron a continuación.

Corrigan creía que había algo sobrenatural a propósito de los motores Farnsworth. Los Farnsworth *empujaban* una nave a través del universo —la voluntad del hombre cortando una franja a través del vacío—. Pero las velas magnéticas se sometían a la voluntad superior de la naturaleza y dejaban que el universo *tirase* de la nave a través de las franjas naturales formadas por el empuje a sotavento del viento solar contra el tirón a barlovento de la masa solar. Volando libre, alejándose de los pozos planetarios o de los bancos más insidiosos de los asteroides sin campo, rozando las magnetosferas de la Tierra o Júpiter, un hombre era uno con el vacío, viviendo con él, no desafiándolo.

Por necesidad había aprendido a controlar Farnsworths, y el conocimiento no había sido un consuelo. Retirada, habían comentado sus instructores capitanes tapándose las bocas con las manos. Pero la alternativa era operar las jaulas o languidecer en alguna roca durante el resto de su vida.

Lo peor no era aprender una forma nueva y pedestre de pensar, sino abandonar toda su vida. En los días de la navegación, Corrigan había bailado entre las velas, uniendo cables, desatascando los motores de rizo, en ocasiones simplemente sentado en la cofa en lo alto del mástil, rodeado de los ilusorios colores de los gases de escape ionizados, solo con el universo, situado en la paciente y persistente microgravedad del empuje de la vela. Después, bajaba del asidero y bajaba al casco delantero (aunque en realidad era la nave la que se acercaba para recibirle). Los más extravagantes hacían acrobacias y giros mientras descendían, siendo una cuestión de orgullo el «caer bien». Nunca un hombre se sentiría más vivo, más en paz, con todo

el universo por delante, que entre los lazos y velas de las Grandes Velas. Las jaulas Farnsworth eran como un cuchillo de rizo, cortando el velo de la vida, cercenando su pasado, su juventud, sus sueños, todo lo que había sido, todo lo que había esperado llegar a ser.

Siempre había habido edades doradas, y siempre habían acabado en el ayer. La transición a las jaulas Farnsworth había alterado más al joven Corrigan que el jugueteo reordenamiento de sus artículos de aseo por parte de La Joya de Loto, pero al final básicamente por la misma razón.

El pañol de vela estaba atestado y muy mal iluminado. Aunque cubría toda la cubierta superior a popa del casco delantero, no habría espacio suficiente para estar de pie, incluso de haber tenido aceleración suficiente para ponerse en pie. No era un espacio diseñado para labores humanas.

El brillo de las luces frías que habían traído los miembros del Club del Jueves daba a sus rostros una complexión pálida, como si fuesen tres zombis retornados de la tumba. Era en cierta forma una imagen apropiada, porque esta era la cripta donde se habían enterrado los rollos superconductores.

—¿Bien? —preguntó Corrigan con paciencia mal disimulada. Si el pañol de vela era pequeño para Satterwaithe y Ratline, no había más que imaginarse el cuerpo alongado de un astronauto plegado en semejante hueco. Satterwaithe cambió el lector a un punto diferente del cable de vela y examinó el resultado.

—Todavía hay una corriente residual —dijo.

Ratline, quien sostenía el cable con los guantes de trabajo, gruñó:

—¿Después de todos estos años? Lleva mucho trabajo apagar a uno de estos.

—No cuando soy yo el que los apaga. —Satterwaithe soltó el medidor, lo plegó y se lo guardó en el bolsillo del mono. Ratline relajó el agarre. Flexionó los dedos y se frotó los brazos.

—Me trae recuerdos, capitán. Vaya si me los trae. Vaya, recuerdo cuando Terranova...

—La corriente residual es un problema, ¿no? —le preguntó Corrigan a Satterwaithe. Pretendía que fuese solo un comentario, no una pregunta, pero la tercera oficial miró a su superior nominal.

—El bucle se tensa por la corriente —dijo—. El bucle quiere circular, *ha* estado circulando lentamente durante el tiempo que lleve esa corriente. Se saldrá de las guías en cuanto se recuperen los estays y se ocupen las piqueras. —Hizo un gesto a lo alto, hacia la terminal primaria de despliegue de vela.

—Creía que se me resistía —dijo Ratline mientras se quitaba los guantes para velas—. No como si estuviese viva, si sabes a qué me refiero, pero tampoco muerta.

—Fue la llamarada solar de hace tres meses —decidió Satterwaithe—. Hand incrementó el cinturón de radiación para desviar el aguanieve. El campo magnético del cinturón probablemente indujo una corriente complementaria aquí. —Miró a Corrigan—. ¿Recuerdas que solía ser un problema?

—Claro que lo recuerdo. Puede que no estuviese en *El río* cuando iba a vela, pero era oficial de vela de la *Starwing* y tercero en *La ciudad de Amman*. —(Sabía que eran naves menores, realizando pequeños viajes comerciales entre los intersticios dejados por las naves de antorcha. Nada como las Grandes Velas que habían volado sus compañeros).

—No estaba poniendo en duda tu capacidad, Corrigan.

Coño que no. Corrigan siempre se había sentido como un forastero en *El río*. Si los tripulantes de velas magnéticas se consideraban por encima de los que volaban antorchas, los que habían navegado en *El río de las estrellas* se consideraban por encima del resto de los veleros. Y Satterwaithe no podía olvidar que ella, una vez, por breve que fuese, había sido la capitana de la Gran Nave. Todavía más, no podía dejar que Corrigan lo olvidase.

Corrigan dudaba que pudiese aguantar como subordinado en una nave que hubiese mandado en una ocasión y, de haber sido Evan Hand, se hubiese sentido incómodo de tener un oficial en esas condiciones. Creía que la exigencia legal de que las naves híbridas llevasen un oficial de vela había obligado a Hand a ofrecer el puesto a Satterwaithe y a esta a aceptarlo; sin embargo, eso solo demostraba los límites de la imaginación de Corrigan. El hogar está allí donde se encuentra tu corazón, decía la antigua perogrullada; pero era antigua a fuerza de ser cierta. Eugenie Satterwaithe hubiese aceptado un puesto por debajo de tercer oficial a cambio de regresar a *El río de las estrellas*, aunque jamás lo habría admitido ni siquiera ante sí misma. Además, a Hand se le había dado genial lo de cobijar pajarillos heridos.

—Vale —dijo Corrigan—, podemos apagar el bucle elevando la temperatura. Hay procedimientos estándar para hacerlo. ¿Qué hay del despliegue de cabestrantes y el arranque de piqueras?

—El cabestrante número cuatro parece estar bien —informó Ratline. No había esperado a que se apaciguase la tensión entre los dos oficiales sino que había procedido con sus propias comprobaciones. Si Dios estaba en los detalles, como había dicho Flaubert en una ocasión, entonces Ratline era su acólito más devoto. Ya había nadado hasta el cabestrante de despliegue número tres.

—La mejor forma de comprobar el arranque de piqueta —dijo Satterwaithe, mirando a la oscuridad donde no penetraban las luces frías—, es activar el motor.

—No lo hagamos mientras estemos aquí —sugirió Corrigan.

Había pretendido que fuese un chiste, pero Satterwaithe no había esperado que él hiciese chistes. Apartó la vista, mirando al oscuro interior del desván.

—No tenemos tantos veleros a bordo —dijo— como para permitirme malgastar algunos. —Sin decirlo, la frase daba a entender *Ni siquiera a ti, Corrigan*.

—Sé lo que piensa Gorgas —dijo Corrigan—. Si le presentamos un plan, será mejor que tengamos todas las diacríticas sobre las consonantes. Puede hacer agujeros en una protección DSM. Es curioso —añadió—. Si sobre el papel no fuésemos una

nave híbrida, hace años que habrían vendido estos cables, solo por su valor material. Solo las regulaciones...

Satterwaithe seguía mirando a la oscuridad.

—¿Crees que es inteligente?

—¿El qué? —creyó que se refería a conservar las velas, lo que no tenía sentido.

—Decírselo a Gorgas.

—Ah. Él es el capitán —señaló Corrigan, sin que faltase algo de satisfacción en recordarle a la tercera oficial su lugar en el orden de las cosas.

—Por ahora.

—Mira, Satterwaithe... —y Satterwaithe se giró para mirarle—. El plan A es reparar los Farnsworths, ¿no? Pero Bhatteji se está tomando su tiempo, incluso el pasajero se ha dado cuenta, y puede tener problemas fabricando los componentes que le hacen falta; por tanto es adecuado tener un plan B de reserva. Gorgas lo entenderá. En cualquier caso, podemos desplegar una vela de frenado hasta que Bhatteji termine de trabajar, retrasando unos días la línea límite... o en caso contrario dejaremos a Júpiter atrás.

—Pero 'Dul —le presionó Satterwaithe—, ¿no comprendes las posibilidades? Una vela de frenado, claro. Echar una mano, está bien. Pero podríamos hacer mucho más. La nave está dañada; y La Joya de Loto ni siquiera puede pedir ayuda. ¿Y si nosotros llevásemos la nave... *a vela*? ¡Piénsalo! ¡Imagina la visión desde Puerto Galileo! ¡Imagina la sensación que causaríamos!

Corrigan no había querido más que ganar tiempo para la reparación y no había pensado más allá; pero la súbita imagen de la Gran Vela chisporroteando bajo los vientos jovianos mientras se acercaba a Ganímedes le provocó un súbito trance. ¡Oh, sí! ¡Qué gran visión sería!

—Supongo que podríamos evaluar la situación —aventuró—. Realizar estudios de viabilidad. Ver si contamos con los recursos para un despliegue completo.

—Y mantener el silencio hasta que lo sepamos.

Corrigan lo pensó y luego asintió.

—No tiene sentido provocar expectación, o hacer promesas que no podamos cumplir.

Satterwaithe le agarró por el hombro.

—Verás que tengo razón, señor segundo. No pienses ni por un momento que hombres de antorcha como Bhatteji o Gorgas aceptarán que la vela les salve. Intentará lanzarnos «peros» hasta morir. Tú mismo acabas de decirme cómo es Gorgas. Imagina cómo desmontaría un plan que le desagrada nada más empezar. Y a los otros podría darles igual una cosa que otra; pero por eso tampoco podemos contar con ellos.

—La Joya de Loto nos ayudará —dijo Corrigan—, y Ratline cree que también lo hará el primer peón.

Satterwaithe agitó la cabeza.

—No quiero que corran rumores por la nave.

Corrigan creía que la tercera empleaba en exceso la primera persona del singular.

—Vale, le diré a JL que mantenga el secreto. Tú dile a Ratline que haga lo mismo con Okoye. —Pero Ratline todavía llamaba «capitán» a Satterwaithe, por lo que si Corrigan estaba seguro de algo era que Ratline haría lo que Satterwaithe decidiese. Había una unión, una antigua, entre la tercera oficial y el jefe de carga; aunque Corrigan no sabía de qué tipo. Quizás una deuda; una obligación. Pero Ratline no era un simple chucho agitando una cola fiel ante su antiguo amo, y en ocasiones Corrigan se preguntaba quién debía la deuda.

No era la nostalgia de las velas lo que impulsaba al segundo oficial, sino la comodidad de lo conocido, era la ambición lo que impulsaba a la tercera de a bordo. Una vez que un hombre o una mujer ha llevado cuatro anillos en su manga, ningún número menor le bastará. Quizá fuese por eso que a Corrigan Eugenie Satterwaithe le parecía insubordinada en las reuniones, incluso cuando mantenía silencio. Había algo en la forma que tenía de escuchar que daba la impresión de estar dando órdenes. Hacía mucho tiempo que alguien a bordo de *El río* se había puesto un uniforme; pero los anillos de los puños estaban allí, y no había error.

Bien, Satterwaithe era tan falible como cualquier otra persona a bordo de *El río de las estrellas*, y la verdad es que era muy falible. Sin embargo, estaba habitualmente muy bien informada y atraía los chismes de la misma forma que los trajes baratos acumulaban pelusa. En ocasiones creía saber más de lo que realmente sabía, pero eso no era normal. Podría haber sido uno de los mejores capitanes de *El río*, allá junto con Johnson o Fu-hsi, de haber tenido más tiempo. Ciertamente Satterwaithe lo creía, y saberlo probablemente la había irritado.

El Grupo del Jueves se reunió al día siguiente en los camarotes de Satterwaithe, lo que le daba la ventaja de jugar en su campo. A Corrigan el camarote le parecía atestado y desordenado; una situación muy mala en aceleración, pero insoportable bajo cegé. ¡Flexipantallas, estiletos, *ropa interior de mujer!*, formaban una sola masa, incluso flotaban libremente. Tuvo que contenerse para no recoger, doblar y guardar. No era simple desorden, ¡era poco femenino! Él tenía ideas muy claras sobre lo que era femenino y lo que dejaba de serlo; pero claro, él no tenía que ser mujer y podía emitir juicios con la generosidad de alguien de fuera. (No se le había ocurrido que otros —como Bhattejji, por ejemplo— pudiesen considerar algunas de sus características personales como afeminadas). Satterwaithe no era ni una madona ni una ninfa, y eso le confundía; principalmente porque Corrigan confundía lo femenino con sus propios deseos y aunque Satterwaithe conjuraba muchas emociones en su pecho, el deseo no se encontraba entre ellas. Así que se refugiaba en una etiqueta. Genie era un lagarto.

Satterwaithe se había llevado a la cama a muchas mujeres, cierto; pero también lo había hecho con muchos hombres. Mejor llamarla ecléctica. Prefería a los hombres —en días más jóvenes, cuando manifestaba preferencia—, pero generalmente los

prefería debajo, y en el sistema medio no abundaban los hombres sumisos.

En cualquier caso, como había comentado en una ocasión La Joya de Loto, la fuente de Satterwaithe se había secado años atrás. El ansia llegaba con menos frecuencia que antaño y, cuando lo hacía, era más probable que disparase los espasmos de la molestia que de cualquier otro tipo. Corrigan no era especialmente joven, pero lo suficientemente joven para que el Acto le obsesionase de vez en cuando. Para él, que Satterwaithe fuese inmune a esos deseos la hacía más alienígena que Bigelow Fife, el hombre champiñón con la mente mecánica.

Satterwaithe había desarrollado un plan para el despliegue de las velas. Era un buen plan, con todos sus procedimientos, técnicas de examen y evaluación de programas y estimaciones de material y esfuerzo, pero ella había sido un maestro en la administración de recursos. Gran parte de la información la había encontrado en bedés moribundas en la biblioteca de Nave y el resto en sus manuales que guardaba como tesoros.

Pero Corrigan había leído los mismos manuales.

—El procedimiento requiere un grupo de seis veleros capaces —dijo. Corrigan no tendía a cometer errores con los hechos. Por desgracia, como a menudo entregaba esos datos a personas que sí poseían esa tendencia, se había ganado reputación de quejica. El comentario irritó a Satterwaithe no porque fuese cierto sino porque Corrigan parecía obtener una satisfacción indecorosa al ofrecer el informe.

—Tenemos a cinco —dijo ella—. Tres veleros capaces, un peón, y una colgada informática. Es casi suficiente. Tendremos que esforzarnos un poco —ella misma a menudo se había estirado más allá de sus límites, y daba por supuesto que los demás podían hacer lo mismo, si recibían la motivación apropiada.

Corrigan se mosqueó.

—JL es algo más que una colgada de ordenadores.

Para Satterwaithe, lo que decía Corrigan daba igual.

—Vale. Tres marineros, un peón y una zorra.

A lo que siguió un intercambio de gritos hasta que Ratline, de entre todas las personas improbables, lo suavizó todo. Ratline se sentía cómodo ejecutando el plan de cualquiera —más que cómodo, ya que a menudo lo ejecutaba antes de que se hubiese trazado el plan— pero los malos sentimientos entre dos oficiales le molestaban considerablemente. Ocupaba con tanta seguridad su propio puesto que podía reconocer un juego de dominación cuando lo veía. (¿Dominación? ¿Satterwaithe con látigo y cuero? ¿Corrigan agarrándose los tobillos? Ratline sonrió. Disponía de sus propias diversiones privadas).

—Abdul tiene razón —dijo—. No disponemos de seis veleros capaces. Cinco podrían encargarse del despliegue, incluso si dos son nuevos; pero eso no es más que teoría. Tenemos que ser prácticos, capitán. Pero *haysoftware* que resucitar y en otros puntos hay tareas de aprendiz que podemos simplificar a nivel de entrenamiento. Y en cuanto al resto, mi primer peón puede encargarse de la mayoría de las tareas de un

aprendiz.

Corrigan alzó las cejas.

—¿Rescribir los procedimientos? —Para él los procedimientos no eran del todo un texto sagrado, pero compartían esencia con su baño ordenado y su biblioteca de libros y música intrincada y académica. A Satterwaithe, Corrigan siempre le había parecido —bien— *incorregible*, cuando se sentía inclinada a hacer un chiste. Atrapado por siempre en la misma órbita. Y aunque pudiese tratarse de una órbita cómoda y buena, su *eterna invariabilidad* acabaría volviéndola loca si se tratase de ella. Y por tanto, aplicando sus propios gustos a los otros, daba por supuesto que eso era lo que le había pasado a Corrigan y que por tanto estaba algo más que un poco loco.

—Moth —dijo ella—, has mencionado simplificar algunas tareas. ¿Hay alguna que se pueda eliminar por completo?

—Si una tarea no fuera necesaria —comentó Corrigan—, jamás se habría incluido en los procedimientos.

Pero Ratline entrecerró los ojos y apretó los labios.

—Bien, un momento —dijo, buscando en sus recuerdos—. Me parece que había un par de comprobaciones que se hacían en las velas porque los bucles se fabricaban de hobartio XVI. Ese material tenía mala ductilidad. Si nuestras velas no son de esa aleación, no es necesario hacerlas, ¿no?

—Probablemente el Instituto de Ingenieros de Velas conservó las comprobaciones como salvaguardia. Otros compuestos podrían tener los mismos problemas de ductilidad... o una vela en concreto de un grupo podría no ajustarse...

—El IIV —respondió Satterwaithe pacientemente—, probablemente conservó las comprobaciones por si acaso. Los estándares públicos acumulan requerimientos fósiles como las naves acumulan cicatrices de radiación. Pero eliminar un paso es solo una opción. Podríamos combinar tareas, o cambiar la secuencia de tareas o reasignarlas...

—Tuve una idea —dijo Ratline—, cuando era velero, que consistía en una herramienta especial para meter el cable del cabestrante a través de su ollao. Eso es trabajo externo. Un traje de vacío y palo arriba. Apuesto a que mi herramienta reduciría el tiempo a la mitad.

Satterwaithe asintió.

—Esas aportaciones son las que necesitamos. Así que ajustemos el procedimiento a los límites de tiempo y recursos que tenemos en lugar de quejarnos de los recursos que no tenemos.

Corrigan asintió renuente.

—Comprendo la posición... —Luego, en una súbita ráfaga de autoridad, después de todo era el oficial de mayor graduación presente, se volvió hacia Ratline—. ¿Puede usted fabricar su herramienta, señor Ratline, o precisa de Bhatteji?

El cargo master negó con la cabeza.

—Tengo un peón, Rave Evermore, que es bastante ducho. Bhammerji le deja usar el taller para sus aficiones, es un chico guapo, pero no le molesta. —A la sonrisa de Ratline le faltaba un diente o dos, y eso le daba a sus sonrisas un tono siniestro—. Sabe que el chico le arrancarían los pulmones si intentase algo. ¿Le cuento a Rave para qué es la herramienta?

Antes de poder evitarlo, Corrigan miró a Satterwaithe, quien negó ligeramente, aunque dejó que Corrigan confirmase la orden.

—No —dijo el segundo—. Si pregunta, invente alguna justificación plausible.

Satterwaithe golpeó la mesa.

—Bien. Esta noche los tres podemos repasar el proceso de flujo y buscar oportunidades de recortar y simplificar las tareas, de forma que podamos ocuparnos del trabajo sin un equipo completo de veleros. Queremos ralentizar la nave para llegar a Júpiter, así que no necesitamos todos los aparejos. Nos veremos... —Consultó un calendario de muñeca—. Mañana a las veintidós horas para comparar críticas. ¿Aquí? ¿O en tu camarote, 'Dul?

'Abd al-Aziz Corrigan odiaba el mote que Satterwaithe le había inventado. Le disgustaba todavía más la idea de que el desorden de esta reunión fuese a penetrar en su espacio privado.

—Aquí está bien, Genie —lo que, casualmente, daba una vez más a Satterwaithe la ventaja del campo.

Como Gorgas había dejado todas las vigilancias de rutina a la IA mientras la nave fuese en vuelo inercial, la cubierta de control estaba a oscuras y en silencio cuando Corrigan entró cautelosamente. La única luz venía de las lámparas frías que indicaban las esclusas o el equipo de las esquinas. Ninguno de los indicadores y visores estaba activo. La IA no necesitaba esas ayudas para la visión.

El silencio no era total. La respiración irregular de Corrigan rugía en sus oídos como un viento. Miró una vez a la puerta que daba a la sala de trabajo del capitán, como si esperase que Gorgas fuese a dar un salto y atraparlo.

¿Atraparle? Era el segundo oficial, primero en funciones. Tenía tanto derecho como cualquiera a estar en la cubierta de control, ¡y más que muchos! En silencio, se acercó a la puerta del capitán y pegó la oreja.

Nada. Era la guardia habitual, y Gorgas probablemente estuviese durmiendo en su camarote, uno lejos. Corrigan suspiró aliviado, pero siguió con su trabajo con todo el sigilo que pudo; y no encendió las luces.

—Nave —susurró—. Activa controles para arranque de piqueta.

—Clarifique la instrucción —atronó la voz de la IA. O quizás el que atronó fuese el corazón de Corrigan. Pasaron algunos momentos antes de aclarar sus ideas.

—Activa los controles de la terminal primaria de despliegue de vela.

Apareció un panel virtual en una de las pantallas, y se iluminaron tres iconos táctiles. Los controles de *hardware* para dirigir la vela habían sido canibalizados y desguazados años antes. Solo permanecían estos fantasmas electrónicos,

simulaciones de lo que antes había sido real, y solo por las exigencias regulatorias de una clasificación que era más bien una broma. *Como llevar a un oficial de vela*, pensó, no sin cierta mofa profunda. La tercera oficial Satterwaithe se parecía mucho a esos controles. Solo una imagen de lo que antes había sido real.

Corrigan estiró un largo dedo y acarició dos veces el icono de activación. Las luces de activación pasaron de ámbar a verde y en su imaginación oyó muy por encima el zumbido de los relés. Los monitores ambientales del pañol de vela mostraron un descenso de presión atmosférica.

Satisfecho, Corrigan invirtió el proceso y apagó el sistema. Cuando terminó y le dijo a la IA que siguiese con la vigilancia, Nave le recordó que no había hecho ninguna anotación en el registro. Corrigan empezó a hacerlo. En realidad no había hecho nada mal. Había confirmado el funcionamiento de algún equipo inactivo. Eso era todo. Sin embargo, no podía evitar sentir que había cruzado una línea. Y por tanto empleó el código especial que La Joya de Loto le había dado para entrar en la IA de Nave y borrar todos los registros de la prueba.

Para eso no había procedimiento.

Los peones

Veinticuatro deCant había estado padeciendo un ataque especialmente odioso de mareo espacial desde que la nave había iniciado la caída libre. Intentó soportarlo —después de todo, era marciana, y no los había más resistentes— pero sus compañeros de trabajo habían aguantado una vomitona de más en la sala común y la habían mandado al médico. Wong le recetó un antiemético, pero un aspecto del caso la preocupó.

—¿La náusea está pasando? —le preguntó a la chica cuando entró en la clínica para el seguimiento.

—Si la pregunta es si sigo vomitando tanto, la respuesta es que no tanto.

Wong levantó la vista de la información del paciente que se mostraba en la pantalla médica.

—«No tanto» o «no tan a menudo».

El rostro de deCant mostró la expresión que la mayoría de los adultos obtenían cuando pedían clarificaciones a un joven.

—«No tan a menudo».

—Y nunca antes habías tenido este problema... —No era realmente una pregunta, ya que el historial no decía nada de mareo espacial; sin embargo Wong sabía que no se informaba de todas las enfermedades. La idea de «superar el dolor» le resultaba terriblemente tonta, como si los virus, microbios y fracturas fuesen a someterse a las fuerzas de una voluntad de hierro. Pero hombres y mujeres a los que jamás se les ocurriría poner en marcha una máquina estropeada consideraban la enfermedad como una señal de debilidad.

—Normalmente la nave va acelerada... —dijo deCant.

—¿En puerto? ¿Al capotar?

—Normalmente esas operaciones son cortas... bien, a veces lleva un tiempo mover la carga cuando llegamos a puerto, pero creo que este es el periodo más largo que he estado en cegé.

—No se puede mantener nada abajo si no hay «abajo». —Wong no se había atrevido a bromear desde la reprimenda de Gorgas tras la muerte de Evan, pero deCant evidentemente sufría y Wong no creía que fuese para nada el mareo espacial.

—No fue nada, Jove —insistió deCant—. En cualquier caso, solo fue al comienzo de turno. En ocasiones miro el desayuno y me siento mareada, como que me va a sentar mal.

—Pero *estás* comiendo —era más una exigencia que una pregunta.

—Sí. Hidratos de carbono. Ya sabe, mucha energía. —Y produjo un músculo con el brazo que sorprendió a Wong aunque sabía que deCant era peón de carga—. La semana pasada tuve un ansia de dulces del tamaño del monte Olimpo.

Wong marcó una anotación en pantalla.

—Y el primer ataque emético, náusea, fue el catorce. —La nave había pasado a

cegó el once, como una hora antes de que el pobre Evan Hand muriese, por tanto ¿por qué no náusea el doce o el trece?

—Me gustaría insertar un microbot en tu corriente sanguínea. Tomará muestras periódicas para que pueda controlar tu estado.

DeCant frunció el ceño.

—¿Cree que es grave?

—Tus registros médicos no indican mareos espaciales anteriores. Podría ser el periodo de tiempo que llevamos en cegé o podría ser otra cosa. Me gustaría asegurarme. —Saltó a su consola y estableció los parámetros del microbot según el archivo de deCant. Mientras trabajaba, preguntó por curiosidad por qué la chica se llamaba Veinticuatro.

—No es un nombre muy habitual.

La peón rio.

—No, no, en absoluto.

Satterwaithe estaba en el interior de la puerta de la clínica. Wong se dio cuenta de pronto. La tercera tenía tendencia a encontrarse en lugares sin aparentemente llegar a ellos. Levantabas la vista y allí estaba, así de simple. La oficial se encontraba con los brazos cruzados, radiando impaciencia sin decir una palabra.

Wong bajó los ojos. No llevaba a bordo de *El río de las estrellas* el tiempo suficiente para haber adquirido opiniones firmes sobre sus nuevos compañeros de tripulación. Sin embargo, a la doctora le parecía que Satterwaithe se encontraba perpetuamente furiosa y sospechaba que de alguna forma la furia iba dirigida contra ella. No estaba segura de qué había hecho para ofender a la mujer; pero estaba segura de que había sido algo terrible, tan terrible que ninguna de las dos se había atrevido a comentarlo.

DeCant echó un vistazo a la mujer mayor, luego apartó la cabeza y se dirigió a Wong.

—Soy un clon —dijo—. ¿No lo pone ahí? —Señaló al ordenador médico. Cuando Wong negó con la cabeza, deCant se encogió de hombros—. No me siento avergonzada. No fue cosa mía. —Volvió a mirar a Satterwaithe de pie en la puerta y la observó en silencio durante un momento antes de volver a la doctora—. Fui el embrión veinticuatro. Parte de un experimento para rectificar pérdidas de telómeros.

Wong parpadeó, consciente de pronto del terror que anidaba en el corazón del peón. Los clones envejecían rápidamente debido a los telómeros recortados. ¿Por qué demonios una información tan importante no aparecía en sus informes?

—¿Ves a tus hermanas? —preguntó con alegría profesional—. Yo soy hija única. ¿Cómo es, dios mío, tener veintitrés hermanas?

—Están muertas —dijo rotundamente la adolescente—. Todas menos yo... y cuatro más que nunca decantaron —un encogimiento de enfado—. Qué demonios. Somos... éramos... un experimento. Yo estoy aquí simplemente... Mis padres adoptivos me dijeron que una noche una enfermera me sacó del laboratorio de

tapadillo. Alguien arregló los papeles para que la adopción pareciera legítima. ¿Necesita saber todo esto?

Wong asintió, pero se preguntó por qué deCant creía que Satterwaithe también necesitaba saberlo. La tercera oficial seguía en la puerta, tan impasible como el guardia de un harén. ¿Estaba escuchando? Seguramente.

—¿Y tus padres adoptivos te bautizaron Veinticuatro deCant? Suena horrible.

—Eran activistas. Decían que yo debía saber quién era, y *por qué* existía y que la gente debería mirarme y quizás impedir que nos creasen para experimentar. Murieron durante la Descompresión de la Bóveda de Syrtis —siguió diciendo deCant sin cambiar de tono—, y yo decidí que estaba harta de Marte; así que me metí de polizón en el traspordador Ares, conseguí un trabajo de poca monta en los astilleros de Deimos y pensé que quizá podría salir al espacio y buscar a mi madre clon. Me encontré con el capitán Hand en Ciudad Pavor. Sabía de mi... me refiero a la clonación... y me dijo que me ayudaría. Pensé que lo peor que podría suceder es que me convirtiera en la muñequita del capitán... y él era un tipo agradable, por lo que quizá lo peor no sería tan malo. —DeCant agitó la cabeza—. Dios, era un buen hombre. —Miró desafiante a Wong a los ojos—. Nunca me tocó. Tiene que creerlo. Ni siquiera después de que empecé a sangrar. Entonces no me hubiese importado; pero ahora me alegra que no lo hiciese nunca.

¿Y qué era ese picador de hielo atravesando el corazón de Wong? No podía ser celos, ¿no? ¿Suponía que ella era la única persona que Hand nunca había tomado como amante? ¡La verdad, el sistema medio debía de estar lleno de mujeres así!

Después de implantar el microbot y de que deCant se hubiese ido, Satterwaithe avanzó.

—Necesito estímulos —dijo—. Una botella.

—Qué historia tan triste... —Wong seguía pensando en la chica.

Satterwaithe no.

—Una botella llena.

Wong parpadeó y se concentró en la tercera oficial.

—¿De estímulos?

Satterwaithe creía que la mujer serpiente era un poco corta. No parecía estar nunca presente del todo, como si solo *interceptase* el espacio-tiempo normal y el resto de su persona se encontrase en alguna otra dimensión.

—Hay mucho trabajo que queremos hacer. Algunos tenemos que trabajar muchas horas.

Wong no echó mano de la consola.

—Se puede abusar de los estímulos.

—No soy una adicta.

Wong no se molestó en discutir ese punto; sin embargo, sabía lo fácil que era negarse la realidad a uno mismo.

—Diseñaré un bot —dijo en serio—. Liberará una cantidad controlada de

estimulantes durante un periodo de tiempo especificado. Puede activarse y desactivarse desde mi consola. Un monitor registrará vuestras constantes vitales a través de la red de la nave y ajustará la dosis según sea necesario.

La tercera oficial se encogió de hombros, impaciente. Sabía lo que quería; no le importaba cómo se lograba.

—Entonces necesitaré más de uno. Uno para cada miembro del equipo de trabajo. Quizás hasta cinco.

—Muy bien. Tráigalos esta tarde para la inserción.

Wong todavía miraba confusa a la puerta después de que Satterwaithe se hubiese ido cuando una voz dijo:

—Trama algo.

—Algo relacionado con la reparación de la nave —respondió Wong. Parecía lo más normal del mundo hablar con una voz incorpórea.

—Arreglar las jaulas es tarea de Ram. No hay nada para oficiales en esa tarea.

Wong miró buscando la fuente.

—Eres Miko, ¿no? ¿Mikoyan Hidei, ayudante del ingeniero? Reconozco tu voz.

—Sí. Soy yo.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

¿Había satisfacción o juego en la voz? Wong examinó la sala y finalmente encontró a la chica tras la enorme rejilla de intercambio de aire en el mamparo de popa cerca del techo.

—¿Qué haces ahí arriba?

—Es una afición. «Miko-en-la-pared». Es cómodo, ya sabes. Confortable.

—¡Confortable! ¿Arrastrarse por los conductos de aire? —Pero podría ser que el confort no tuviese nada que ver con el cuerpo.

—Oh, hay todo tipo de pasadizos aquí arriba. Para mantenimiento y demás. Supongo que cuando era un barco de lujo, tenían pasillos para que los miembros del servicio pudiesen moverse sin que nadie los viese.

—¿Y juegas al escondite?

Un silencio seguido de un movimiento, apenas perceptible a través de la rejilla, que Wong tomó como una negativa con la cabeza.

—El «juego» hay que ganárselo.

—Ah. Sí, supongo. No te cae muy bien la tercera oficial, ¿no?

—Hay mucha gente que no me cae bien. En ocasiones como reacción yo tampoco les caigo bien, así que todo se equilibra. Pero esa Genie Satterwaithe, me mata. Para ella, nunca nada está bien. Pero *tú* me caes bien.

Curiosamente, a la doctora le gustó esa afirmación, y se envaró un poco al oír el halago.

—¿Sí?

—Sí. Te gusta ayudar a la gente. Creo que eres la mejor persona a bordo. Después

del capitán.

Wong sabía que la chica se refería a Evan Hand. Gorgas era un hombre frío. *Buena persona* no se encontraba entre los términos empleados para definirle.

—Gracias.

—Por eso creo que no deberías pasar tanto tiempo con ese hombre. No se preocupa por ti. Cuando llegue a su puerto, ni siquiera mirará desde la esclusa.

—¿Qué hombre? —preguntó Wong con confusión falsa y una sonrisa que era en dos partes miedo.

Pero no hubo respuesta, y la sombra tras la rejilla había desaparecido.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría esa extraña chiquilla élfica recorriendo las entrañas de la nave. ¿Y qué había presenciado en silencio a través de las rendijas de portales y rejillas?

El invernadero de un carguero de larga distancia es un centro de color y luz. Enloquecidos por la falta de indicaciones gravitatorias, los retoños y flores tejen sus largos tallos formando un tapiz de verde, rojo y amarillo que corta la luz solar de las lámparas para formar algo que se aproxima a una vidriera. En el extremo más alejado de la galería el color de la fruta pierde terreno, y el olor triunfa sobre la vista. Los tanques de carnicultura tienen un olor acre y carnoso, acentuado pero en nada reducido por el de los animales vivos que se recluyen en sus corrales. No hay más que unos pocos animales, porque son raras las razas que pueden tolerar la aceleración de un miligé, y menos aún la caída libre, sin responder con el más absoluto terror.

(Las gatas, por supuesto; pero una gata va donde quiere. Había dos gatas a bordo de *El río* y habían alcanzado entre ellas un acomodo razonable, dividiéndose la nave y a los humanos. Miko se había encontrado con una de ellas tras las paredes cerca de la cocina y la había bautizado *Reina Tamar*, sin saber que Ivar Akhaturian había bautizado al mismo minino con el nombre de *Anush Abur*. La gata, por lo que pudiese valer su reacción, aceptaba ambos nombres con igual indiferencia. A la segunda gata la veían poco y solo cuando ella lo deseaba).

El jefe de biosistemas había nacido con el desafortunado nombre de Eaton Grubb^[5] y quedando así condenado a toda una vida dedicada a la preparación de comida. La parte de «Grubb» quizá fuese necesaria por una antigua costumbre patronímica, pero sus padres podrían haber demostrado un sentido del humor menos malvado. Los amó con cariño toda la vida, pero la verdad es que tendrían que haberle puesto «John».

Pero lo que no te mata te hace más fuerte; o eso dicen. El joven Eaton había desarrollado un sentido del humor propio.

—De niño —le contó en una ocasión a Nkieruke Okoye—, nunca estaba seguro si me presentaba o describía mi actividad. —La primera peón, cuya lengua materna no se parecía ni remotamente al inglés, sonrió porque su sentido interior le indicó que debería hacerlo, pero tardó tres días en reírse del chiste, cuando su mente finalmente apartó la cortina de deletreo, fonética y jerga con la que los angloparlantes cubrían su

lengua inescrutable. Se repitió la frase varias veces en igbo, pero Consumir Comida jamás le pareció un nombre razonable para nadie, ni siquiera remotamente divertido. El inglés, decidió 'Kiru, poseía demasiadas palabras y sus hablantes se sentían en la obligación de jugar con las extras.

Pero, por alguna razón, consideraba al jefe como la persona *más feliz* de la tripulación. Todos los demás querían tener lo que no tenían: rango, o evitar responsabilidad; poseer a otro, o evitar la posesión; huir del pasado, o vivir en él. Eaton Grubb, quien quizás era el que más merecía tener y ser más, era el que menos deseaba. 'Kiru a veces se preguntaba si esa característica era una debilidad o una fortaleza.

Grubb cantaba mucho. Nadie en la nave cantaba tanto y tan bien como él. Cantaba mientras recogía carne de las cubas. Cantaba cuando tinturaba la «cárnica» insípida con sabores y olores y la fortificaba con vitaminas y minerales. Las ovejas — demasiado estúpidas incluso para darse cuenta de que estaban en cegé— estaban en teoría disponibles para su sacrificio cuando se requería el artículo original; pero a ellas también les cantaba. Y ¿qué hombre podría matar aquello a lo que canta?

Okoye, una vez terminadas las tareas del día, pataleó, escuchó y lamió un dulce de jengibre que le había preparado. A menudo, en la sala común, Grubb se acompañaba de la concertina, pero Okoye disfrutaba de la voz pura y sin adornos, y por esa razón a menudo se reunía con él en la cocina. Por eso y por los dulces.

*Se puede ganar una fortuna en el comercio orbital
trabajando en las naves y las estaciones.*

*Si manejas la esclusa de un puerto de nave de carga,
puedes mirar a toda la creación,
amigo.*

Puedes mirar a toda la creación.

A Grubb le gustaban las viejas canciones, las de antaño, cuando todo el espacio estaba cerca del pecho de la Madre Tierra, y Marte no era más que una idea loca. La construcción de Estación Leo, Ciudad Goddard y Tsiolkovskigrado; las primeras minas lunares en Artemisa y Selene; el collar perlífero de satélites de energía, la lucha heroica contra la lluvia de asteroides. Aquella vez, cuando tres hombres se atrevieron con la Larga Órbita hasta el Pedrusco de Calhoun solo con una reacción química en el motor. Una época de energía pura y verdades simples. Se habían ganado fortunas con las concesiones, y se habían perdido.

No había descontento en su amor por esa época dorada. Genuinamente humilde, contemplaba el mundo con asombro infantil, aceptando lo que llegaba, heredando el mundo tan a menudo que algunos de los miembros más cínicos de la tripulación sospechaban que su humildad era una forma de vicio. Grubb se sentía feliz de estar donde estaba y en este momento, pero se hubiese sentido igualmente feliz en otro

lugar y otro momento. Realmente no sabía que la época sobre la que cantaba no había sido tan rosada e higiénica como pretendían las canciones, ni las verdades tan simples. Había habido cadáveres en órbita, como antes había habido cuerpos junto a los senderos de Siberia, Gansu y el oeste americano; pero si uno debe cantar, ¿por qué no cantar sobre la vida tal y como debería haber sido? El mito podía ser más cierto que la verdad.

*Del enlace de la STC a órbita geosincrónica
y desde Goddard a Luz Helios.
Los hábitats rotan y los estibadores pecan
mientras se elevan a través de la noche estrellada,
amigo mío.
Mientras se elevan a través de la noche estrellada.*

La canción se apagó y Grubb suspiró mientras, con los pies anclados en los estribos para sostenerse, amasaba la masa cárnica, dándole la consistencia adecuada para la materia aviar. Los ojos perdieron su enfoque, se volvieron distantes y Grubb volvió a suspirar. Hacía tiempo que Okoye había decidido que Grubb era el canario de la nave. Cuando dejaba de cantar era el momento de preocuparse.

—¿Qué pasa, señor Grubb? —preguntó. Muchas veces le había pedido que le llamase por su nombre de pila, pero Okoye poseía un estricto sentido del comportamiento y creía que él se sentía secretamente encantado de que ella emplease el honorífico. Ya había tan poca cortesía en el mundo como para que ella fuese reduciéndola aún más. Había crecido en Afikpo, donde los jóvenes sabían respetar a sus mayores.

—Pasa algo malo con la nave —dijo Grubb.

—El señor Bhatteji y Miko trabajan en los motores. Esperan...

Pero Grubb negó con la cabeza.

—No son sus motores, 'Kiru, es su corazón. Se lo han arrancado. ¿No te has dado cuenta del cambio de las cosas desde la muerte de Evan?

La verdad, así había sido. Una especie de desesperanza había caído sobre la tripulación. Con la muerte de Hand había llegado la sensación de que iban a la deriva; ¿y quién no afirmaríase que Nave, sintiendo las señales, no iba a la deriva por las mismas razones? Incluso para los que habían despreciado al hombre —y Okoye sabía que había unos cuantos—, Hand había ocupado el centro de sus universos personales.

Bien, eso era lo curioso del fallecido Evan Dodge Hand. Aunque era vapor desde hacía casi una semana, cada miembro de su antigua tripulación sentía su presencia. Un capitán digamos heisenbergiano, había sobrevivido a la apertura de su ataúd, y al no encontrarse ya en ningún lugar en particular de alguna forma se encontraba en todas partes en general.

—Seguimos haciéndonos a la idea —aventuró—. Que todo haya pasado a la vez

no es más que mala suerte.

—Mala suerte. —Grubb una vez más dejó de amasar—. ¿Cuándo no ha habido mala suerte? —Se retorció en los estribos y la miró por encima del hombro—. ¿Alguna vez has jugado a rebote, 'Kiru? ¿Alguna vez has fallado un retorno y has dicho que era un mal rebote?

'Kiru nunca, es decir, jamás había fallado un retorno, y por tanto jamás le había hecho falta la excusa, pero sabía lo que Grubb había pretendido decir y por tanto se limitó a asentir en silencio. No había malos rebotes, solo oportunidades perdidas. Puede que uno fallase el retorno, pero eso estaba lejos de ser culpa de la pelota.

Más tarde, Veinticuatro deCant buscó a Okoye en la sala común, mientras la primera peón estaba leyendo *Costas frías y oscuras* de Pandya, una *roman à clef* picaresca sobre la primera vez que el marido de Pandya y sus amigos habían surcado el cielo. Okoye ya la había leído cuatro veces, y nunca había sido la misma novela ya que iba siguiendo los hiperenlaces entre textos.

—'Kiru —dijo deCant—. 'Kiru, ¿tienes tiempo hoy para ayudarme a afeitarme la cabeza? El pelo se me está quedando muy largo y tengo que recortarlo. —Se frotó el pelo corto echándoselo hacia atrás, pero el pelo volvió a enderezarse, estremeciéndose como la hierba bajo una brisa incierta.

—No está tan largo —dijo Okoye.

—Oh, pero ¿por qué esperar? Me gusta tenerlo corto para que no me moleste. Me gustaría tener un pelo como el tuyo. Nunca tienes que cortártelo. Crece formando bucles diminutos.

Okoye se resistió al impulso de pasarse una mano por el pelo. No respondió, sino que siguió a la peón al otro lado de la sala. Los comentarios personales la hacían sentirse incómoda. No es que el elogio de Veinticuatro hubiese sido molesto, sino que Okoye no hablaba a menudo sobre sí misma, o sobre cualquier otra cosa. Era una persona solitaria, tranquila y reservada, y eso la había convertido en una extraña a los que eran como deCant, para los que la soledad era una enfermedad a curar. Okoye sabía que a deCant le preocupaba menos el pelo que estar sola.

En ocasiones Okoye no sabía exactamente qué sabía —simplemente lo sentía como una especie de premonición—, pero un día levantaba la vista y buscaba o examinaba su corazón y allí estaba: conocimientos que no podía tener. Quizá no fuese más que una intuición muy refinada, construida sobre la observación y sus profundos conocimientos del lenguaje corporal que había adquirido de la hermandad. O quizá fuese una forma de telepatía. Su mente era un estanque tranquilo e inmóvil, y si los pensamientos y emociones de otros *pudiesen* de alguna forma escapar, seguro que producirían ondas.

El clon se amarró en la eslinga junto al conducto de vacío y Okoye activó la succión; luego buscó en la gaveta en busca de la afeitadora.

—¿Hasta la piel? —preguntó.

—Haz que las raíces se escondan —asintió deCant—, de forma que durante un

tiempo tengan miedo de enseñar la cara.

DeCant hablaba estúpidamente, pensó Okoye, porque era joven. Era como si el silencio la horrorizase tanto como la soledad y se sintiese obligada a llenarlo con palabras. Incluso palabras estúpidas y aleatorias. La acusación probablemente fuese injusta, así que Okoye no dijo nada. A algunas personas les gustaba parlotear. Otros preferían el silencio. Era curioso que dos de cada tipo se hubiesen encontrado en el mismo trabajo. Activó la afeitadora.

O no tan extraño. Aunque ya no le podía preguntar a Hand.

—Creo que he encontrado a mi madre clon. —DeCant hablaba con tranquilidad.

Okoye se preguntó cómo alguien podía soltar así un asunto tan privado, incluso a un amigo... y la chica igbo se consideraba amiga de la joven clon; es más, de cualquiera dispuesto a aceptar su amistad. Incluso sentía afecto por Moth Ratline, y era un hombre muy difícil para que te cayese bien. Emitió un sonido que la comprometía, pero fue innecesario porque deCant se limitó a seguir hablando.

—Durante mucho tiempo no estuve segura, pero el capitán Hand sabía que era un clon cuando me contrató como peón, y quería ayudarme, por lo que debía de estar intentando encontrar a mi madre.

Okoye no estaba segura de si todas esas sílabas formaban un silogismo de verdad, pero no dijo nada mientras pasaba la afeitadora por el cráneo de la chica. Se preguntó, si de ser ella misma un clon, ¿estaría tan ansiosa de encontrar a una mujer cuya única conexión había sido dejar un óvulo en un laboratorio? El acto debía de haber significado menos para la donante de lo que había llegado a importar a Veinticuatro deCant.

—Puede que la donante ni siquiera lo sepa —dijo Okoye.

Pero eso ya se había dicho antes; y la respuesta —«A un análisis de ADN no le importa si alguien no se acuerda»— se había convertido en una especie de mantra. Pero había miles de mujeres en el sistema medio; incluso más en Marte, Luna y los hábitats; miles de millones en la sucia y vieja Tierra. Okoye no comentó las dificultades prácticas de buscar una aguja en una docena de pajares como esos. No hubiese importado. Si deCant no podía apreciar las imposibilidades por sí misma, nadie podía explicárselas.

Okoye no dudaba que Hand hubiese tenido la intención de ayudar a deCant. Su propia situación era un ejemplo. Pero dudaba mucho que esa «ayuda» consistiese en encontrar a una donante de óvulo. Pero odiaba destruir esperanzas, incluso las ilusorias —especialmente las ilusorias—. Y por tanto mantuvo un silencio que deCant podía llenar con sus palabras.

—He estado pensando mucho durante los dos últimos años —dijo deCant—. Primero, pensé que quizá mi mamá estuviese en uno de los puertos que tocamos, pero ahora creo que está a bordo y que el capitán aguardaba el momento adecuado.

¡La declaración hizo que la afeitadora de Okoye derrapase sobre el cráneo!

—¿La señorita Satterwaithe? —dijo, porque ¿quién había estado en Marte quince

años atrás?—. ¡Pero no te pareces a ella! —La sorpresa podía hacer surgir las palabras, incluso de una garganta quiescente.

(A Miko, oculta en el pasadizo cerrado de servicio, se le daba mejor guardarse las suyas, y solo soltó un gemido, que Okoye tomó por un cojinete momentáneamente atascado en un lejano ventilador. La mitad de los gemidos y golpes que la tripulación había oído durante los últimos cuatro meses y medio provenía de Miko-en-la-pared).

—Ella es vieja y yo soy joven. Intento encontrar una fotografía suya de cuando era joven.

—No creo que sea de las que guardan fotografías.

—Debe de haber *algo* en la bedé de Nave, si al menos conociese los códigos de acceso...

Okoye, habiendo ya contribuido con sus palabras, volvió a caer en el silencio. Dudaba de que algo *tuviese* que ser simple solo porque deCant quisiese que lo fuese, aunque en ese aspecto el clon se parecía mucho a Satterwaithe. Pero Okoye no se podía imaginar a la tercera oficial como donante de óvulos. Vender óvulos por dinero no se encontraba en la órbita de la mujer; y el avance altruista de la ciencia médica pertenecía a un universo burbuja completamente diferente. Además, si deCant fuese clon de Satterwaithe, seguro que la doctora Wong habría dicho algo.

O... a Okoye no le gustaba nada pensar mal de nadie, pero Wong no tenía en muy alta estima sus propias habilidades, y quizá tuviese buenas razones para sostener esa opinión.

Las elucubraciones carecían de sentido. Si para resolver los problemas bastase con preocuparse, esta nave no tendría ninguno, porque Okoye se preocupaba en exceso. Por Ratline. Por Wong. Por deCant. Quizás eso, y su tranquilidad habitual, fuese la razón que impulsaba a los otros a venir a ella. Ella era un sumidero de calor para sus emociones. Puede que no esperasen que *ella* resolviese nada, pero al menos tenían una oyente. Había algo en la larga caída de las palabras al pozo profundo de la mente de Okoye que les confortaba. Quizá fuese el golpe lejano contra el agua.

Así que no se limitó a afeitar la cabeza de deCant mientras prestaba atención a la cháchara de la chica. Le frotó el cuero cabelludo y masajeó cuello y hombros. Okoye deseaba que su amiga renunciase a su búsqueda desesperada. Corría el riesgo de que se transformase en obsesión, y las obsesiones podían consumir vidas enteras, y no solo las de los obsesos. El fuego era capaz de cabalgar en el viento, de saltar vallas y correr libre. Veinticuatro sería mucho más feliz si pudiese aceptarse a sí misma y, lo más importante, aceptar la muerte de sus padres adoptivos. Pero Okoye sabía que rechazaría esos consejos. Si la gente no esperaba soluciones de los labios de sus amigos, menos aún las agradecían.

Cuando el afeitado concluyó y la chica agotó su charla —y Okoye había ajustado el ritmo para que los dos hitos coincidiesen— Veinticuatro dijo:

—Siempre me siento mucho mejor cuando me arreglas el pelo. Con hormigueo y relajada.

Okoye, apartando el equipo y desconectando el aspirador, dijo:

—Gracias.

DeCant se volvió y agarró a Okoye por las muñecas.

—No, yo debo darte las gracias a ti. Por ayudarme con mi problema.

A la chica igbo le sorprendió la sinceridad del agradecimiento. Veinticuatro había llegado a la sala común muy ansiosa, pero ahora emitía tranquilidad y propósito. Repasando en su mente la conversación monólogo, Okoye no comprendía dónde había ayudado.

Después de que deCant se hubiese ido para ejercitarse en la sala giratoria, Okoye volvió a la novela. Pero le resultó difícil concentrarse. En el mundo semificticio y lejano de Pandya, los dilemas morales parecían muy claros. ¿Por qué la realidad era siempre tan confusa? Le parecía que debería hablar con la doctora Wong y la tercera oficial Satterwaithe. No quería causar problemas a Veinticuatro, pero estaba claro que debería hablar con *alguien*. Pero la única persona en la que *sabía* que podía haber confiado ahora estaba muerta. La búsqueda de Veinticuatro de su donante de óvulos estaba condenada al fracaso, y eso ya era malo; pero quedaba la posibilidad infinitesimal de que tuviese éxito, y eso sería peor.

Ivar Akhaturian era blando y redondeado, como una masa que todavía no se hubiese endurecido. Como último peón, obedecía a todos a bordo. Siempre daba por supuesto que los demás sabían mejor que él lo que él debería hacer. Cuando su madre se embolsó la pasta y le dijo que fuese con el capitán Hand, había obedecido sin pensarlo dos veces. Y más tarde, cuando la tercera peón deCant le había dicho que fuese con ella, había obedecido con igual irreflexión. En su interior no habitaba el deseo de desafiar a la autoridad y, ya que adscribía autoridad a cualquiera y a todos los demás, rara vez desafiaba nada. Solo en el juego mostraba iniciativa, y en eso podía conjurar interminables actividades en las que los cuatro peones podían divertirse entre los intersticios de la atención de Ratline.

Evermore lo llamaba medionena y decía que deCant tenía una correa atada alrededor de su pilila; pero aunque Ivar podía ser joven, no era tan joven como para confundir la envidia con la verdad. El problema de Rave era muy simple. Estaba caliente por Veinticuatro, pero la marciana había escogido a Ivar. En ocasiones Akhaturian deseaba que el chico mayor no le chinchase tanto, pero creía que si perseveraba, Evermore acabaría cansado del deporte.

Veinticuatro era la mujer más hermosa y maravillosa que Akhaturian hubiese conocido, exceptuando a su madre; y su madre nunca le había hecho sentir tan bien como le hacía sentir Veinticuatro. Solo pensar en ella se la ponía dura; aunque Veinticuatro podía poseer una dureza propia que nunca había considerado. Condicionamiento operativo lo llamaba la doctora Wong. Asocia placer con un rostro y pronto el rostro es suficiente para darte placer; pero la doctora era una mujer solitaria y amargada y tenía que preocuparse de sus propios condicionamientos operativos. En cualquier caso, Akhaturian jamás la habría creído. Le parecía que

estaba enamorado.

Amor significa fantasear, deprimirse y escribir el número 24 una y otra vez, pensando siete veces por minuto en estar con ella. No había sublimación. El trabajo salía malparado, pero solo un poco, ya que era perfectamente capaz de mover carga e imaginar al mismo tiempo los pechos desnudos de Veinticuatro. Él se enfrentaba a ambas tareas con la torpeza del neófito, pero estaba ansioso por aprender.

Y estaba ese detalle extraño sobre su deferencia. Como esperaba que los otros supiesen más y fuesen mejores, todos con los que trabajaba hacían ese trabajo un poquito mejor. Cuando planteaba a Okoye preguntas sobre el movimiento de carga, ella se sorprendía al comprender lo mucho que ella misma había aprendido en cinco años. Cuando estudiaba navegación con Corrigan, el segundo encontraba en su interior un almacén mayor (e inesperado) de paciencia. Cuando le decía a Grubb lo deliciosa que era la comida, Grubb examinaba sus esencias y fragancias con mayor diligencia. Incluso Veinticuatro encontraba que su búsqueda de placer casual se iba convirtiendo en otra cosa. En resumen: el pobrecito se mostraba tan ansioso y agradecido, y evidentemente esperaba que todo saliese tan bien que nadie quería decepcionarle.

Así había surgido una paradoja en los cortos cuatro meses que Akhaturian había pasado a bordo. Sin liderar jamás, se había convertido en un líder. Fue Okoye la primera en darse cuenta y eso la confundió durante un tiempo. No había nada de *timidez* en Ivar Akhaturian. El muchacho se entregaba a las tareas más peligrosas con serenidad, convencido de que nadie le ordenaría hacer un trabajo del que no fuese capaz. Si alguna vez encontraba su centro, pensaba Okoye, Akhaturian sería un capitán tan bueno como Evan Hand. Es más, durante un tiempo se preguntó si Ivar no sería *ndichie* —el alma de Hand que había regresado en un cuerpo inesperado— excepto que el chico había llegado antes de que el hombre se fuese, y el *maw* de Hand sin duda se reencarnaría en un elefante, de grande que era.

Akhaturian temía al señor Ratline como temía a muy pocas cosas, y por una buena razón; porque Ratline era perfectamente capaz de poner a las personas en situaciones que no podían manejar si las exigencias del momento así lo requerían. Era el fruncimiento eterno de ceño lo que asustaba al último peón: esa llama interior, como si un cuchillo al rojo vivo hubiese tallado la furia en el rostro del hombre. Akhaturian evitaba siempre que podía al jefe de carga, y pronto aprendió los caminos secundarios y chiribitiles de la nave laberíntica. Aprendió con facilidad a evitarle, una habilidad admirada y envidiada por los otros peones. Un ojo rápido podía verle a menudo nadando pasarela arriba pocos momentos antes de que Ratline bajase por otra. Se le daba tan bien, que Ratline en ocasiones olvidaba que tenía un cuarto peón.

El contrato con su madre había especificado educación así como empleo. A Ratline le parecía bien que los golpes fuesen el instructor y que el conocimiento apareciese por efecto de la experiencia. Nunca malgastaba una oportunidad de acelerar el conocimiento del muchacho, pero siempre aguardaba hasta que la ocasión

lo exigiese. Las charlas no tenían sentido, le había dicho a Corrigan en una ocasión (quien había preparado un currículum instructivo muy elaborado según los términos del contrato), no hasta que el chico estuviese listo. Siempre aprenden más si ellos mismos hacen las preguntas. Se había dicho de Ratline que no le importaba nada ningún hombre o cosa, pero le preocupaban sus jóvenes cargueros, y los protegía e incluso nutría con su estilo amargado y duro. Era la faceta del hombre que Okoye había sentido y era por lo que ella, de solo dos a bordo, abrigaba algo de afecto por él. Porque ella en una ocasión había aprendido una lección importante de un antiguo cuento popular europeo sobre una isla mágica, una joven, y su monstruoso anfitrión; y la lección era: que es preciso amar a una persona antes de que se vuelva digna de amor.

—No comprendo —dijo Akhaturian un día y, ya que eran las palabras con las que tenía más probabilidad de empezar una frase, al principio ninguno de los presentes en la sala común le prestó atención. Todos, los cuatro, estaban cansados hasta el tuétano después de reemplazar la válvula de litio bajo la supervisión de halcón de Ratline y, como un charco sobre la Tierra caliente por el sol, hizo falta algo de tiempo para que la pregunta penetrara.

Finalmente, aunque vacilaba en plantear una pregunta con tantas respuestas posibles, Okoye dijo:

—¿Qué no comprendes?

—Nada —dijo Evermore, respondiendo por el joven. DeCant, saltando en defensa de su compañero de cama, le dedicó una mueca al chico mayor y dijo:

—Es nuevo —que no era exactamente lo mismo que negar los cargos.

—Me refiero a la línea límite —dijo Akhaturian—. ¿Por qué es preciso tener los motores antes de ese momento? A la velocidad a la que vamos, realmente llegaremos a Júpiter antes de lo planeado.

—Tonto —dijo Evermore—. Ese es precisamente el problema.

—Deberías preguntarle al señor Corrigan —propuso Okoye—. Es el que más sabe de navegación.

—No tanto como sabía Hand —dijo Evermore—, pero Hand no está y yo no tengo tiempo para explicarlo. —Akhaturian podía admitir ignorancia con total convicción. Pero Evermore no podía. Pero no se debía a que pretendiese saber más de lo que sabía. Era autoengaño y no engreimiento. Una confianza ciega que podía llevarte a realizar tareas para las que todavía no estás preparado, aunque por esa misma razón podías llegar a dominar.

—Verás, nos movemos entre dos puntos fijos... —le dijo el señor Corrigan cuando Akhaturian lo localizó en el puente, donde calculaba la posición de la nave por medio de navegación a estima. (Se trataba del procedimiento de navegación similar al inventario en la administración de material. Se trataba de un número que debería ser cierto, pero rara vez lo era).

—¡Pero Júpiter no es un punto fijo! —protestó Akhaturian—. Ni Aquiles

tampoco. Los dos se mueven a, eh, a catorce kilómetros por segundo.

Corrigan rio. Era siempre más difícil explicar esas cuestiones a alguien de un pozo de gravedad que a un nacido en el espacio.

—Solo los *llamamos* puntos fijos, porque no se mueven *en relación unos con otros*. Aquiles está situado en una cúspide estable que se encuentra siempre a la misma distancia por delante de Júpiter. Aceleramos parte del camino, seguimos en vuelo inercial durante un tiempo para ahorrar boro, damos la vuelta y luego frenamos. Pero se precisa la misma energía para detenernos que para acelerar, así que la desaceleración debe comenzar en la línea límite, en nuestro caso, a doscientos sesenta y tres millones de kilómetros... o iremos demasiado rápido para entrar en HoJO, esa es la órbita alta joviana... a menos... —y no pudo evitar añadir— que encontremos una fuente adicional de desaceleración.

Corrigan guio a Akhaturian por los cálculos, paso a paso; es decir, mantuvo una larga conversación con Nave en su avatar de ordenador de navegación. El segundo oficial conceptualizó el problema y la red neuronal hizo todo el trabajo sucio. Akhaturian aprendió a calcular velocidad, orientación y uso de boro. Luego, Corrigan dejó que el último peón realizase algunos ejercicios, llevando a una *Río* imaginaria de ida y vuelta a Júpiter, las Pistas y las Guías. Akhaturian lo disfrutó bastante.

—¡Soy el capitán! —declaró en cierto momento y Corrigan sonrió (o lo intentó).

—Se precisa algo más que saber adónde apuntar la nave para convertirse en capitán —dijo con algo más que un toque de bilis negra—. Se precisa saber dónde y por qué apuntarla.

—Eh —dijo Akhaturian cuando regresó a la sala común de los peones—. Apuesto a que no sabéis por qué *El río* tiene forma de disco.

Rave Evermore estaba desmontando el teléfono del cinturón. No le pasaba nada malo. Simplemente sentía curiosidad por saber cómo estaba montado.

—Claro que lo sé —le dijo al último peón, sin mirarle.

—Oh.

Nkieruke Okoye apagó la lectopantalla y levantó la vista.

—Yo no lo sé. ¿Por qué no me lo cuentas?

Akhaturian rebotó a su lado e inevitablemente deCant le acompañó. Sin que nadie, excepto Okoye, se diese cuenta, Evermore les dedicó una mirada que la chica igbo reconoció como envidia, aunque no estaba seguro de qué sentía envidia.

—Es porque *El río* solía ser una nave de vela magnética —dijo Akhaturian—. El señor Corrigan me lo contó. ¿Ese mástil en el casco delantero? Se empleaba en aquella época para anclar un superbucle de *sesenta y cuatro kilómetros* de diámetro. Diseñaron la nave para que encajase en el interior de la forma del campo magnético creado por la vela, debido a las partículas cargadas... ya sabéis, el viento solar... cae del campo como aguanieve... El señor Corrigan dice que los gases en ese campo pueden relucir con diferentes colores... pero hay dos puntos calientes... los puntos aurora, los llamó el señor Corrigan... donde las partículas viran hacia el interior,

como en Júpiter... y supongo que también en la Tierra... y no querían que ninguna parte de la nave estuviese situada en los puntos calientes o cinturones de «vainilla». Es por eso que el mástil tiene solo un par de cientos de metros de largo. De forma que la nave se encuentra bien dentro.

Okoye tuvo en cuenta que toda la declaración se emitió sin tomar aliento por segunda vez y le sonrió.

—Es muy interesante —dijo, y no le corrigió su pronunciación de los «cinturones de Van Allen». DeCant estaba feliz.

—¿No es listo Ivar? —preguntó al universo sidéreo.

Más tarde, Evermore se acercó a Okoye y le preguntó a la mujer si lo que el chico había dicho era cierto y, al informarle de que así era, asintió sabiamente.

—Sí —dijo—, es lo que yo habría deducido, pero tú llevas a bordo más tiempo que cualquiera de nosotros. Me sorprende que no lo supieses.

Okoye también le sonrió —que era todo lo que Evermore realmente había querido — y tampoco le corrigió sus falsas impresiones.

El segundo peón

Bhatterji vio a Raphael Evermore en el taller durante el tercer turno montando una herramienta y se detuvo para observar desde la entrada cómo trabajaba el muchacho. Los rasgos del peón estaban inmovilizados en una imagen de concentración total, casi como si lo hubiesen registrado en un retrato digigráfico. Tenía los ojos entrecerrados al enfocar el objeto de trabajo; y tenía los labios apretados y ligeramente distendidos. El pelo oscuro, que volvía a crecer, ensombrecía el cráneo de Evermore y enmarcaba rasgos tan delicados y finos como el marfil tallado. Nunca su belleza había atraído más al ingeniero. Cimbreado y grácil de miembros, y con un talento natural para la omniherramienta... ¿Se habría dado alguna vez un ajuste más feliz? Solo carecía del elemento esencial: el consentimiento de Evermore.

Eso se le había negado, y se le había negado en términos muy claros; pero Bhatterji, a quien el consentimiento importaba mucho, no podía desactivar sus emociones con tanta facilidad; y por tanto sus ojos a menudo acariciaban al joven cuando se encontraba con él.

Y sin embargo Bhatterji no se detuvo en la entrada a mirar por efecto exclusivo de la belleza del muchacho; porque la pieza que construía también era hermosa; no en el sentido superficial de brillante o reluciente, sino en su forma y sustancia y en la forma que todo encajaba tan perfectamente. Era el tipo de belleza que conocían los ingenieros y poseía (si los ingenieros tuviesen la misma facilidad con las palabras que con los artilugios) tanta poesía como una puesta de sol o el beso de los amantes.

De pronto Evermore se dio cuenta de su presencia y se alejó de la omniherramienta con una mirada cautelosa.

—¿Qué quieres? —exigió.

A ti, pensó Bhatterji, pero por una vez no manifestó el pensamiento. Sabía cuándo estaba perdido.

—¿En qué trabajas?

—No es asunto tuyo.

La hostilidad dolió a Bhatterji, y se preguntó, ingenuamente, por qué si no podían ser amantes no podían ser simplemente amigos.

—Estás empleando mi equipo, mis herramientas y mis materiales —comentó con lo que quería que fuese un tono razonable—. Simplemente sentía curiosidad.

—No me gusta que la gente venga a hurtadillas y me observe. —No era del todo cierto. No le hubiese importado nada de haberse tratado de Okoye... o de Cant, o incluso Miko. Sus miradas las *sentía* diferentes. Quizá contuviesen otros fotones.

—Admiraba tu trabajo.

—Admirabas algo más que eso.

Bhatterji no lo negó, porque no era falso. En su lugar, dijo:

—¿Te molesta ser atractivo?

—No te me acerques.

—No lo haré.

—No me gusta que me mires.

Bhatterji asintió.

—¿Qué debo hacer, sacarme un ojo? ¿Le gusta a Okoye cuando la miras?

Evermore movió la barbilla.

—Eso es diferente. Eso es natural. Eso...

—... no responde a mi pregunta.

Evermore alzó la cara.

—Yo nunca haría nada que le hiciese daño a ella.

El silencio paciente de Bhatterji fue indicación suficiente de que todavía no había respondido a la pregunta, y Evermore apartó la vista y murmuró.

—Nunca ha dicho nada al contrario.

—Nunca dice mucho sobre nada —comentó Bhatterji.

Era una indicación de la mala suerte de Evermore que de las tres chicas más cercanas a su edad, una fuese una virgen por juramento, otra estuviese comprometida y la tercera sintiese lujuria por los hombres mayores. Desafiaba a la teoría de probabilidades el excavar tantos pozos secos, dado que, en cierta forma, no había excavado todavía ningún pozo. Tenía esa edad en la que la simple atención de cualquier chica le hubiese producido felicidad total, sin embargo sinceramente consideraba a 'Kiru como la más lista y guapa de las tres. Bien, en algunos aspectos Veinticuatro podía ser más guapa, pero sus modales rudos y descarados le quitaban ánimos; y Miko podía ser más lista (una vez más, en algunos aspectos), pero la ayudante del ingeniero le provocaba algo de miedo. Por tanto, aunque en ocasiones cuando cerraba los ojos por la noche pensaba en las otras dos, era Okoye a la que veía más a menudo, porque incluso en sus fantasías tendía a ser realista.

Nada de eso se lo contaría jamás a alguien como Ramakrishnan Bhatterji, ni ya puestos a 'Kiru Okoye. Pero Bhatterji no precisaba confirmación cuando se hablaba de lujuria y advirtió al muchacho.

—Recuerda que tiene un juramento.

El recordatorio, lanzado sobre el corazón de Evermore, poseía aires de acusación.

—Lo sé —dijo—. Lo sé. ¿Qué crees que soy?

—Un hombre joven.

Se miraron durante un buen rato mientras Bhatterji reflexionaba sobre sus pesares y Evermore se preguntaba qué había pretendido decir el ingeniero con su último comentario. Él sabía lo que Okoye hacía en sus sueños; le aterrorizaba lo que él, Evermore, podría hacer en los de Bhatterji. Finalmente, Bhatterji dijo:

—Solo te pregunté qué estabas construyendo. —Y Evermore reconociendo la propuesta para abandonar un encuentro incómodo dijo:

—Es una pieza de práctica. Ya sabes. Algo que debo plegar, agujerear, soldar y...

—... practicar todos los verbos de la caja de herramientas. —Bhatterji rio y Evermore descubrió que podía reír con él. Pero cuando el ingeniero se fue y

Evermore se movió para volver a colocar la pieza en su lugar, él también se preguntó por el propósito de la pieza que Ratline le había pedido fabricar.

Corrigan había iniciado una inspección inicial y análisis de todos los equipos y materiales que serían necesarios para colocar la vela en el mástil: los trenzadores, enrolladores y empalmadores; los cebadores; los motores de obenque alrededor del borde; el cabo de gatera en lo alto. Llevaba más de una hora de esfuerzo, totalmente perdido en la neblina cálida de la adquisición de datos, cuando Satterwaithe le localizó y le privó del placer. Era de las cosas que se podían delegar, le dijo. Uno no tenía que ser *velero* para validar *software* y comprobar equipo. Los talentos de Corrigan serían más útiles dedicados a la medida y la calibración, que *exigían* conocimientos especializados de las aleaciones superconductoras, niveles de templado, estrés del bucle y demás. Todo eso vino arrojado en tono de subordinada. *¿No crees qué...? ¿No sería mejor si...?*, pero Corrigan reconocía una orden cuando la oía. Sabía que cuando la oficial de vela estaba de humor más dispéptico prescindía por completo de las interrogaciones.

Subsecuentemente, llamó a Okoye y La Joya de Loto a su camarote y les asignó el análisis del equipo como si fuese por iniciativa propia.

—Hay que verificar que el equipo necesario de esta lista todavía funciona —les dijo Corrigan, pasándole a La Joya de Loto un tablero pantalla—. Lo que no funciona, marcarlo para que Ratline o yo lo examinemos. —Al tratarse de un hombre metódico, había desarrollado una forma mínima del árbol de corte y había identificado esos puntos donde la falta de un único artículo o grupo de artículos haría que el despliegue fuese imposible. Al contrario que Bhatteji, Corrigan sabía que tomarse su trabajo en serio al principio a menudo ahorra tiempo al final; aunque (también al contrario que Bhatteji) no comprendía que tanto conocimiento previo también podía ser una maldición. Un hombre que anticipa hasta el último obstáculo puede desesperarse, mientras que uno que no lo hace puede llegar al éxito por improvisación.

—Puedo reparar algunas de las malas —dijo Okoye—, o incluso pedir ayuda a Evermore. —Pero Corrigan negó.

—No tiene sentido reparar algunas unidades si nos faltan otras necesarias. Repasad primero toda la lista, luego tomaremos la decisión de seguir o no seguir. Y no se lo contéis a Evermore, ni a nadie más. No hemos decidido si el proyecto es posible, así que no queremos levantar esperanzas. —Corrigan quería que las dos jóvenes creyesen esa excusa tanto como él sinceramente quería creerla.

Pero no se la creyeron. Sabían perfectamente bien que el proyecto era clandestino por otras razones, pero La Joya de Loto participaba para agradar a su amante y Okoye porque amaba el mundo de la vela. Así que realizaron el control durante las horas libres, mientras Gorgas dormía el sueño inocente de los mal informados.

Al principio, La Joya de Loto se mostraba muy emocionada y saltaba de máquina en máquina, hazaña fácil en caída libre. Pero la novedad se desvaneció y había sido la

novedad lo que la había atraído.

—Esto es aburrido —dijo cuando, tras varias horas, las dos pasaron de la sala larga a la vieja sala de mantenimiento de vela.

Okoye agitó la cabeza y se preguntó cómo la mujer, algo mayor que ella, podía pensar tal cosa. ¿Cómo podía ser aburrido? ¡Estaban desenrollando la Gran Vela! En realidad, estaban repasando una lista como preludio a una decisión de seguir o no, pero la actitud lo era todo.

En su infancia, 'Kiru Okoye había devorado historias sobre la maravilla de la vela. Coke Johnson y la tormenta de arena del 69. La suerte trágica del navío *Rey del castillo*. La nave pirata, *Vela Hueca*. Los desesperados días finales del cuarteto *Ciudad de Halifax*. En aquella época el cielo estaba lleno de héroes. No podía imaginarse a Gorgas (o a cualquiera de los otros oficiales) gritando «¡Vuela o muere!» como había gritado Lavender Morganfree cuando el hinchado campo magnético de Júpiter había amenazado con engullir a la troika *Rosa de iridio*. ¡Elevad la vela y dadle a los amperios!

La Joya de Loto no comprendía a Okoye más de lo que la chica igbo comprendía a la sysop. Consideraba a 'Kiru una aburrida, pero eso se debía a que ella confundía la aventura con el Grial y no con la Búsqueda. Había creído que desplegar la vela sería un momento emocionante y no había dedicado demasiada consideración a todos los momentos precedentes.

Que Okoye fuese una chica tan callada no ayudaba. La Joya de Loto, entre sus muchas confusiones, confundía la reserva con la melancolía. «Ábrete, 'Kiru» decía cuando la chica volvía a comprobar el trenzador número cuatro por si se le había pasado algo, y contaba una anécdota o un chiste porque no podía soportar la idea de tanta solemnidad en un cuerpo tan pequeño.

Okoye, por su parte, se reía del chiste (porque la verdad es que era divertido) y se preguntaba cómo una mujer tan insistentemente amistosa podía ser tan desesperadamente infeliz. La sysop era hermosa —según las medidas convencionales, la más hermosa a bordo— y todos a bordo disfrutaban de su compañía. Atrapaba cada día como si fuese un momento brillante, y claro está ese era el problema, aunque Okoye no lo comprendió entonces. Porque, ¿cómo puede brillar un momento a menos que el resto de la vida sea oscuro?

—A veces hablas contigo misma —le dijo La Joya de Loto—. ¿Sabes que lo haces? No deberías. La gente podría pensar que eres, ya sabes, rara.

A Okoye le desagradaban las revelaciones personales, y el *chi* propio era algo muy personal. Los cristianos que conocía a veces mencionaban a los «ángeles guardianes», pero ellos no les hablaban, ni tampoco parecían comprender que en ocasiones podían ser «ángeles caídos». Okoye no creía en los ángeles, caídos o no, pero creía en su *chi* porque en ocasiones cuando le hablaba él le respondía.

—No hablas mucho, ¿no? —insistió La Joya de Loto.

Okoye sonrió disculpándose y movió la cabeza.

—Algunas personas creen que eres esnob. Pero creo que simplemente eres tímida. Realmente necesitas salir de tu concha.

Okoye no estaba segura de que efectivamente fuese una «necesidad», pero cuando La Joya de Loto sugirió que terminasen el turno en la sala común, a Okoye la aceptación le resultó más fácil que la resistencia.

Cuando entraron en la sala común ya de madrugada, la encontraron vacía por completo excepto Rave Evermore. El segundo peón, después de trabajar hasta tarde en la extraña herramienta de Ratline, estaba acomodándose con calma alrededor de un sándwich.

—¡Es hora de fiesta! —gritó la sysop, para total vergüenza de Okoye. Evermore mostró una sonrisa enorme.

—¡Estoy listo! —respondió, sin molestarse en tragar.

Okoye comprendió que estaba listo en muchos aspectos. Las ansias de un joven de dieciséis años no requerían de telepatía para transmitirse. Okoye se resignó a una noche más larga de lo que había esperado, porque si se retiraba ahora, Rave le daría importancia; y, al creer que deliberadamente le habían dejado solo con La Joya de Loto, podría presionar con su ansia a la otra mujer. Entonces podrían pasar una de dos cosas y ambas eran malas.

—¿Qué hacéis levantadas tan tarde? —preguntó Rave.

—Eh —dijo La Joya de Loto—, este espacio está plano. ¿Dónde está la música? —Y flotando hasta el banco de entretenimiento, sacó un menú—. Creo que golpe diestro, ¿no?

Okoye, quien no tenía ni idea de qué era «diestro» —un estilo musical, supuso— admitió que efectivamente era un «golpe» escucharlo. Se suponía que Rave no conocía el plan B; por lo que aunque La Joya de Loto hubiese puesto algo de música incluso de haberse encontrado a solas, claramente evadía la pregunta del muchacho.

La evasión fue demasiado evidente. Evermore adoptó una mirada pensativa y los ojos bailaron especulativamente entre Okoye y La Joya de Loto. El chico era listo. Incluso Ratline lo admitía, y el jefe de carga era muy tacaño con sus alabanzas. Si le dabas suficientes puntos a Evermore él los acabaría conectando, aunque no había forma de saber qué figura obtendría al final.

—Corrigan quería que hiciese inventario —dijo, que tenía la ventaja de ser cierto—, y La Joya de Loto me ayudó —lo que también era cierto... lo que en conjunto demostraba cómo la suma de dos verdades podía ser equivalente a una mentira.

—Sí, y yo tengo trabajo de Rat —admitió Evermore con resignación conspiradora—. Quiere que fabrique un cacharro y quiere que los chicos muevan la carga... otra vez.

Okoye reconocía que Ratline era un hombre duro. Sabía que la recolocación de la carga era en preparación a recibir impulso a través del mástil, pero que la tarea fuese necesaria no reducía el número de Rockwell del jefe de carga.

La Joya de Loto se les unió, agachándose y flexionándose de una forma que

Okoye supuso era «diestra» —al menos los movimientos se sincronizaban con la música— y la atención de Rave se alejó de los motivos de Ratline por efecto de las oscilaciones consecuentes con esos movimientos.

—Estoy intentando que la pequeña 'Kiru se abra —le dijo La Joya de Loto, pasándoles a ambos una bomba de fruta.

—Ayudaré —dijo Rave, alargando una mano juguetona hacia el mono de Okoye. No era más que un chiste. Solo era medio de verdad; pero se trataba de la mitad equivocada. Okoye respondió con la postura que la hermandad llamaba La Roca; y la sonrisa de Rave se convirtió en confusión.

—Lo lamento —murmuró y apartó la mano.

De haber tenido un hermano de un lado u otro, puede que la perspectiva de Evermore fuese diferente; pero había estado rodeado de hermanas. Era difícil saber qué era lo adecuado. Creía que le caía bien a Okoye. Ella a veces le miraba cuando ella pensaba que no la veía. ¿Significaba eso que él ocupaba sus pensamientos con la misma intensidad que ella ocupaba los de él? Vamos, ¡la chica se había mudado a su libido y había montado su casa! Se preguntaba si su juramento de virginidad no sería una muralla que se suponía que debía escalar. Podría estar esperando para rendirse. Su padre se lo había repetido muchas veces —que las mujeres tenían deseos tan fuertes como los de un hombre— y su madre, aunque en ocasiones dedicaba a su marido una mirada severa, jamás le había contradicho. Sin embargo, la única vez que Evermore había aplicado esa lección (y eso implicaba a Beth-Lynn, la chica vecina) no había salido tan bien. En el garaje había habido risitas y revelaciones —todavía podía oler los olores a goma y ácido de batería derrotando al olor a polvo y rosas de la chica—, pero cuando él se puso a hacer lo que quería, ella chilló, luego gritó pidiendo ayuda y además dijo que no lo había deseado en absoluto. Había recibido azotes de su padre y amenazas del de ella. Su madre le había mirado con una especie de pena vacía y sus hermanas con horror total.

Después de eso, no le quedó más opción que escaparse. Había pasado una noche desagradable de vigilia cautelosa en la estación de maglev, y otra casi tan mala en un refugio de cartón cerca de puerto Phoenix, y los días intermedios no habían sido mejores. Había llegado al espaciopuerto con la vaga noción de subir de polizón e ir al espacio. Había morfis sobre chicos que hacían precisamente eso (aunque siempre se saltaban la parte sobre las noches en las estaciones de maglev). Evan Hand lo había encontrado merodeando tras algunos carros de equipajes en la pista de estacionamiento, y se lo había llevado con él a bordo del trasbordador LEO. Evermore había considerado algo extraño que un capitán de nave estuviese vagando por la pista con tanta despreocupación, casi como si estuviese a la caza de algo que hubiese perdido.

La Joya de Loto, viendo los ojos de cordero degollado de Evermore y estando siempre dispuesta a facilitar el tránsito del amor, alzó su bomba de fruta.

—Por... ¿por qué, niños?

Okoye buscó en su interior.

—Contemos cuentos tristes sobre la muerte de los reyes.

La sysop le dedicó una mirada confusa, porque había esperado otro tipo de brindis, más lujurioso, y podría haberlo oído de haber hablado Evermore primero.

—¿Qué?

Okoye suspiró.

—Por Evan Hand —dijo, alzando la bomba. Los otros vacilaron un momento, pero entrechocaron sus bombas con la de ella.

—Por Evan Hand —repitieron. A La Joya de Loto el brindis le resultó morboso, muy lejos del prelude a una buena juerga y los tres chuparon el néctar en silencio.

Pero para La Joya de Loto el silencio era anatema.

—Era un buen hombre —dijo finalmente simplemente para romperlo—. Un buen capitán.

—Estaba bien —concedió Evermore.

La Joya de Loto le dio un golpe juguetón en el hombro.

—¿Cuántos capitanes has conocido? Comparado con Zacker, él...

—No es una escala comparativa —respondió Evermore—. Yo mido contra estándares absolutos.

—¿De capitanes? No sabía que los hubiese...

—Claro que los hay. —Contó con los dedos—. Porcentaje de tránsitos completados sin error. Penalizaciones de carga en relación al valor de las cargas transportadas. Cambio de tripulación por año. Puedes medir muchas cosas.

—Excepto lo importante —dijo Okoye.

—¿Como qué?

—A Hand le importábamos.

Evermore pareció apagarse abruptamente.

—Prefiero que un capitán conozca su trabajo a que se preocupe por mí. —Con eso se refería a cierto tipo de preocupación, ya que todavía tenía en la cabeza su encuentro anterior con Bhattejji.

—Bien, entonces has obtenido tu deseo —dijo La Joya de Loto—. Gorgas no se preocupa por nadie. Pero le concedo que conoce su trabajo.

—El capitán Hand te caía bien —le dijo Okoye a La Joya de Loto, no tanto una pregunta como una afirmación.

La sysop sonrió al recordar otros momentos.

—Era muy divertido. Tenía una risa... Oh, pero ya sabes cómo era. Nunca le vi fruncir el ceño. —Le sorprendió, no era de las reflexivas, comprender cuánto echaba de menos al hombre. Él le había concedido un nuevo comienzo tras su deshonra en Mooncrest, ese salto de fe dada su reputación le había afectado más de lo que había creído—. Al menos ahora su alma está en paz —dijo.

—Los egipcios —dijo Evermore con alegre irrelevancia— creían que una persona tenía tres almas.

La Joya de Loto creyó que era la parte seria de un chiste y se volvió hacia él con un chisporroteo de anticipación. Incluso después de que Evermore hablase sobre momias y antiguas prácticas funerarias, la sysop esperó un momento más el chiste que estaba segura vendría a continuación, aunque todavía no había podido discernir su forma.

—¡Tres almas! —dijo Okoye—. Vaya, ¡va contra la parsimonia! Dos almas son suficientes.

Eso valía como chiste y La Joya de Loto se rio con el deleite sin trabas de la incompreensión. Sentía que lo que Okoye había dicho era gracioso, aunque no sabía por qué lo sentía. Pero Okoye había hablado solo porque el alma extra realmente le había sorprendido.

Evermore, al estar profundamente interesado en todos los movimientos y palabras de la chica, y también porque era una persona enormemente curiosa, preguntó:

—¿Por qué dos?

Aunque Okoye era reticente en cuestiones personales y raramente hablaba para oír su propia voz, no tuvo problemas en responder a la pregunta. Después de todo, había formas diferentes de silencio y algunas exigían hablar.

—Está el alma eterna —dijo—, que se llama *maw*, y también está la fuerza vital, o *nkpuruk-obi*, que muere cuando el cuerpo muere. La fuerza vital también puede abandonar el cuerpo en vida, cuando se tiene mucho miedo, por ejemplo, aunque si no regresa pronto el cuerpo muere. Después de la muerte, la *maw* se convierte en una sombra, razón por la que da muy mala suerte pisar una sombra. Enfurece al fantasma, y de eso no puede salir nada bueno. Más tarde, se reencarnan, algunas como leopardos, elefantes o árboles. Los llamamos *ndichie*... «regresados». Los Amuneke Igbo creen que solo las almas malvadas regresan como árboles, pero eso solo demuestra lo estúpidos que son. Vaya, mi propio abuelo es ahora un baobab, y era un hombre tan bueno como el que más.

—Le da —dijo Evermore— todo un nuevo sentido a la palabra *vegetar*.

La Joya de Loto volvió a reír, pero Okoye creyó que el chiste había sido algo blasfemo y para cambiar de tema le preguntó a la mujer mayor quién era «el Zacker».

—Zachary Zackmeyer fue capitán antes de Hand. Por lo que cuentan Satterwaithe y Ratline, era terrible.

—Oh —dijo Evermore alzando con descuido la bomba de frutas—, ¿cuándo han dicho esos dos algo bueno de algo?

—Ram me contó —dijo La Joya de Loto—, que fue Zacker quien dejó que la nave quedase hecha pedazos y Enver Koch tuvo que reconstruirla.

—O al menos eso fue lo que Koch le contó a Bhatteji —dijo Evermore con una sonrisa. Luego, sin pausa, preguntó—: ¿De qué hacíais inventario?

Okoye casi se volvió, porque le pareció como si la pregunta se le hubiese acercado por la espalda. Evermore seguía intentando conectar los puntos. Estos son los puntos. Uno: sus deseos sexuales se encontraban en un estado más o menos

permanente de ansiosa frustración. Dos: se decía que las chicas de su edad tenían los mismos deseos sexuales que los chicos. Tres: 'Kiru había jurado no yacer con chicos. Cuatro: 'Kiru acababa de pasar largas horas a solas con La Joya de Loto. Lo que nunca se le ocurrió fue que esos puntos en particular no perteneciesen a la misma imagen.

—Repasé las cuentas —dijo La Joya de Loto—, y las reparaciones de los motores nos van a costar el saqueo de Troya cuando lleguemos a puerto Galileo. Corrigan quería saber qué tenemos a bordo que podamos vender. —Sonaba cierto, e incluso podría serlo. Un engaño es más efectivo cuando es cierto.

—Podríais empezar con el viejo equipo del borde —dijo Evermore—. Solo sirve para estorbar cuando trabajamos en el exterior. Excepto... ¿quién iba a querer comprar esa basura? —El peón rio.

No había romance en el alma de Evermore a pesar de que el joven buscaba el romance en toda oportunidad. Podría incluso ser la razón de tanta búsqueda. Es el hombre sediento el que más desea la copa. Evermore tenía en embrión las características que podrían ajustarse al romance a una edad más avanzada. De rostro definido, sólido, con ojos risueños y unas mejillas que amenazaban con formar hoyuelos, era un rostro que podría llegar a ser guapo una vez que se hubiese curtido adecuadamente. Por ahora, se movía entre «guapo» y «mono». Okoye comprendía lo que había atraído a Bhattejji; y también podía comprender que a un chico le preocupase tanto que le considerasen «mono».

—No sois divertidos —se quejó La Joya de Loto. Recogió los bulbos vacíos y se empujó al refrigerador para coger reemplazos. Okoye vio a Rave mirarla y le dejó perpleja la evidente fascinación que sentía el muchacho por una mujer con demasiada área superficial. No podía imaginarse decorándose a sí misma con tantas pinturas y olores como los empleados por La Joya de Loto; tampoco le resultarían naturales las risas y los toques casuales de la mujer.

—Estás muy callada —dijo Rave, volviéndose hacia ella... Pero viniendo de él no sonaba a la condena que había salido de los labios de La Joya de Loto. Se trataba de una observación de interés, incluso quizá de aprobación, porque a Rave Evermore también le gustaba el silencio. Por alguna razón, eso agradó a la chica igbo, quien bajó la cabeza y dejó que respondiese el fantasma de una sonrisa.

—Sabes —dijo él en confianza—, tú eres tan guapa como ella.

Okoye no tenía que inclinar la cabeza para saber a qué *ella* se refería Evermore. Fue la sinceridad que apreció en su voz lo que le conmocionó.

—Vaya, eso solo demuestra la pobreza de tu juicio.

—No, ¿no me oíste antes? Yo siempre uso estándares *absolutos*.

¿Intentaba congraciarse con ella con tales adulaciones? ¿Creía que ella olvidaría su juramento y le concedería sus favores a cambio de un halago pasajero?

Sin embargo, adular es el vicio de halagar a alguien por una cualidad que no tiene. No se puede adular a la rosa diciendo que es roja, ni la canción de un pájaro

denominándola dulce. *Bella* hubiese cruzado la línea si Evermore la hubiese empleado con Nkieruke Okoye, pero *bonita* no. El chico tenía razón cuando decía que siempre medía a partir de un sistema de referencia. Okoye no lo creía, así que esquivó la etiqueta; pero ella no siempre acertaba con respecto a los demás, y mucho menos sobre sí misma.

El capitán accidental

Repasando el uso de material en su sala de trabajo, Gorgas apreció que las retiradas del almacén superaban la petición original de material de Bhatteji. El ingeniero estaba usando más hobartio del esperado. Tales desviaciones del plan hubiesen disgustado a Corrigan, pero Gorgas sabía que las contingencias inesperadas siempre se presentaban para ajustar las expectativas originales. Vaya, si no hubiese sido por Evan Hand...

Pero a Gorgas no le gustaba pensar en la deuda que debía al fallecido capitán. No se encontraba donde creía que estaría en este punto de su carrera; pero aquí estaba y haría lo posible por aprovechar la situación. Era considerablemente mejor que donde podría estar.

En ocasiones, en momentos ociosos —tenía algunos— consideraba las vidas que podría haber vivido —como granjero y criador de caballos en la Pequeña Llanura, como su padre y abuelo. O como comodoro en la guardia espacial. O como capitán de un trasatlántico de los cuatro planetas. O como marido y padre en lugar de viudo sin hijos—. Podría haber servido en naves diferentes, volando con camaradas diferentes, conocido a una mujer diferente. Esas alternativas, como las llamaba, le intrigaban y dedicaba muchos pensamientos a las contingencias que las hubiesen provocado. Veía su vida como un árbol que se podaba eternamente a sí mismo, cada momento cortando algunas posibilidades mientras abría otras.

Esa es la paradoja del libre albedrío. Es libre porque limita la libertad. Cada sí es un coro de noes. Cuando se casó con Marta se prohibió a todas las demás mujeres. Cuando se había presentado ante la junta de oficiales, había dado la espalda a otras carreras. Y sin embargo, aunque se había reducido todavía veía un infinito por delante.

Por tanto, no era el que Bhatteji se hubiese desviado del plan lo que molestaba a Gorgas. Era el que Bhatteji no se hubiese molestado en informarle de los cambios. Gorgas era responsable ante los propietarios de *El río* por el rendimiento de la nave, hasta el último remache, y *no lo sabía* no se consideraba una respuesta aceptable.

—¿Cómo voy a administrar una nave —gruñó en voz alta— cuando no sé lo que hace mi gente?

¡Vaya forma de quedarse corto! Miko, observando desde el sistema de aire, casi se rompió un tímpano conteniendo la risa. Ella misma sabía bastante bien lo que hacían los otros miembros de la tripulación, desde la fornicación a la fabricación, aunque ni siquiera ella sabía todavía qué pretendían las actividades del Club del Jueves. No podía estar en todas partes todo el tiempo; y en ocasiones no comprendía lo que veía. Creía que la doctora Wong sufría de asma.

Pero observar a Gorgas trabajar era como observar el paso de las estrellas junto a la nave. Había movimiento, pero hacía falta una mente sutil para percibirlo, y ese vicio no lo tenía Miko. Retorciéndose, volvió a recorrer los conductos, dejando atrás

un ventilador parado para llegar a una escotilla que llevaba al camino de mantenimiento tras el corredor del anillo D.

Gorgas mientras tanto, después de una mirada distraída hacia un golpe apagado allí donde Miko dobló una esquina con demasiada fuerza, siguió repasando las retiradas de los almacenes. Ratline y La Joya de Loto se ponían al día en sus operaciones de mantenimiento, leyó —Ratline en el impulsor de masa y La Joya de Loto en el conjunto de antenas de transmisión—. Eso estaba muy bien. El impulsor de masa era crítico durante las entregas «aéreas» para destinos que no compensaban la diferencia de velocidad de un atraque; y el transmisor era esencial para la navegación. Sin embargo, ambos proyectos estaban consumiendo hobartio que Bhattejji podría necesitar. Debería advertirles. La nave podía vivir sin el impulsor de masa hasta llegar a puerto Galileo, donde los astilleros podrían encargarse; y la reparación del equipo de comunicaciones podía retrasarse hasta estar en rango de un puerto. Lanzó órdenes de parada para ambos proyectos.

La Joya de Loto estaba de hecho trabajando en su equipo de comunicación —el sistema sensor delantero, en especial, era muy importante—, pero había retirado el doble de material necesario, entregando el exceso a Corrigan para emplearlo en la puesta a punto y reparación de las velas. Ratline no se molestaba con esas tonterías. No trabajaba en el impulsor de masa por la simple razón de que no era necesario. Con la ayuda de La Joya de Loto, había insertado un informe de mantenimiento con fecha anterior en la memoria de Nave, pero no era más que una hoja de parra.

De esa forma, Gorgas perdió su primera oportunidad de descubrir el plan B.

Con los sentidos cubiertos con el cascorevi y guantes de datos, sus movimientos traducidos por ingeniosas uniones a escala microcósmica, Bhattejji recorría las planicies de un chip del tamaño del estado de Gujarat. Todo el vasto universo más allá se había convertido en ruido de fondo. El olor a metal, grasa y espuma podría llegar a su nariz, el susurro del aire o el golpe de pies sobre travesaños o suelo podrían llegar a su oído, pero a ninguno se le concedía acceso a su conciencia. Podría ser que un enemigo le matase —y había algunos con razones para odiarle— y no se daría cuenta hasta no haber terminado el trabajo y haberse quitado las gafas, auriculares y guantes.

Cuando finalmente lo hizo y vio que Gorgas le había estado observando desde la escalerilla, no le agradó demasiado, porque Stepan Gorgas era un público insatisfactorio. Daba tan por hecho el lado artístico de Bhattejji que no consideraba excepcionales los movimientos de las manos y por tanto no le reconocía nada positivo. Pero eran excepcionales. Bhattejji lo sabía. Y deseaba que todos los demás también.

—Bien, capitán —dijo mientras se limpiaba—, ¿qué le trae a las entrañas?

—El informe de progresos no ha llegado —dijo el capitán.

El ingeniero se giró para realizar un ajuste al entorno de trabajo.

—Demasiado ocupado progresando para escribir informes.

—¿Necesitas más ayuda? —dijo Gorgas—. Más ayuda aligera el trabajo, ¿eh?

—Lo más probable es que estorbe —sugirió el ingeniero—. Miko y yo podemos ocuparnos de todo. Lo arreglaremos todo, no te preocupes. —Que Gorgas considerase que no era capaz de completar el trabajo irritaba a Bhatteji, pero realizó un esfuerzo consciente por mantener la ecuanimidad.

Pero Gorgas no creía tal cosa. Asumía que en algún momento se lograría el éxito, pero le preocupaba en qué momento exactamente. Cuanto antes todo estuviese «arreglado» menos habría que compensar por el retraso.

—¿Qué hay de Evermore? Hidei puede realizar labores de jornalero mientras él hace de aprendiz. A Evermore se le dan bien las herramientas.

—No.

—¿Eh? Pensé que te caía bien el chico.

Bhatteji se volvió y miró con furia al capitán, preguntándose si era una pequeña pulla.

—No sigue muy bien las instrucciones.

A Gorgas, la respuesta le trajo a la cabeza la imagen de «le dijo la olla a la sartén», aunque no lo dijo, lo que estuvo mal, porque era posible que Bhatteji hubiese disfrutado de la pulla.

—Hoy es el quinto día —dijo Gorgas.

Bhatteji gruñó.

—Creía que hoy era diecisiete.

Gorgas se preguntó si el ingeniero estaba siendo sincero.

—Después de hoy, nos harán falta los cuatro motores si debemos reducir para llegar a Júpiter.

Bhatteji le dio la espalda y giró algunos controles aleatoriamente en el entorno de trabajo.

—Siempre nos hicieron falta.

Después de esa entrevista insatisfactoria con el ingeniero, Gorgas se dirigió al puente y recorrió el túnel de acceso a la burbuja de observación. Había suspendido los turnos de observación, pero seguía registrándose una observación diaria porque así se había hecho en la guardia.

La burbuja estaba situada a medio camino del borde del disco, de forma que cuando la nave estaba acelerando el observador parecía equilibrado precariamente en la pendiente de una amplia colina circular. Hacia fuera, el casco caía hacia la *barrera* que rodeaba el borde. Hacia dentro, se alzaba ligeramente hacia un pico suave del que surgía el largo y arcaico mástil. Gorgas creyó por un momento que la cerradura del almacén delantero estaba parcialmente abierta; pero cuando le preguntó a Nave, la IA dijo que estaba cerrada, así que decidió que debía de tratarse de un truco de luces y sombras.

El sol era un diamante peltre, un sol heráldico, con rayos estilizados en los puntos de la brújula inducida por las pequeñas imperfecciones del plástico, tintas y

metaloceno a través del cual lo miraba Gorgas. Siguiendo el plano galáctico fluía la Vía Láctea, el epónimo de la nave, el río de las estrellas: un río tan denso que el cielo parecía blanco y en su interior los huecos, vacíos y nebulosas se convertían en soles negros. También había sonidos apagados; aunque estos provenían del interior de la nave. Chasquidos y susurros; una vibración sostenida proveniente de las bombas Caplan de los sistemas de soporte vital; de vez en cuando, un crujido o un golpe distante. El susurro de aire frío rozó la mejilla de Gorgas y trajo con él un ligero olor metálico.

No es que Gorgas notase nada de eso. No era un hombre que prestase atención a sus sentidos. Era un idealista; es decir, un hombre para el que las ideas son más reales que los sentidos. Cuando miró hacia el sol para centrarlo en la cruz del Telescopio Negro, no vio un diamante peltre, ni nada parecido. No es que careciese de sentido del asombro y la belleza, porque lo que percibía era una masa retorcida de plasmas de fusión en equilibrio continuo entre el impulso lumínico de lanzarse a sí mismo contra el vacío infinito y la exigencia gravitacional de colapsar para siempre. Es decir, veía lo que conocía en lugar de conocer lo que veía. Hay más que un poco de asombro en tal visión —quizá más que encontrar joyas o ríos en el firmamento— y belleza considerable. Uno siempre observa a través de un instrumento y el instrumento es siempre imperfecto, así que es difícil argumentar qué distorsión en concreto es la real.

Gorgas no era un hombre estúpido. Hand había sido ecléctico al escoger tripulación, pero nunca había escogido estúpidos. Pero Gorgas concebía las cosas con tanta claridad que confiaba más en sus visiones que en su visión y a menudo solo veía lo que esperaba ver. En sí mismo, no era un gran defecto —siempre que tuviese a Corrigan para corregirle en los hechos—; pero era Corrigan el que había deshecho la piqueta para comprobar el pescante (y La Joya de Loto la que se había ocupado de que Nave no se diese cuenta). No había luces y sombras. Humo y espejos más bien.

Justamente a medianoche, Gorgas fijó a Júpiter en Géminis y trianguló contra el Sol y Antares. (En teoría, la nave se movía sobre una línea secante entre Aquiles y Júpiter, lo que para este tránsito convertía a Escorpio en el fondo de la nave). Las *Efemérides*, centradas en el sol, situaban a Júpiter en Cáncer, así que era una cuestión de simple trigonometría esférica aproximar la posición de la nave, más o menos unos pocos millones de kilómetros. También verificó la calibración del cronómetro, pero no era más que rutina, ya que el sistema de comunicación averiado no podía recibir la señal de confirmación del Observatorio de Punto Fijo. Comparando el retraso del tiempo del Observatorio contra el tiempo de la nave se obtendría la distancia radial exacta desde el Punto Fijo. (Es difícil obtener una posición fiable cuando los puntos de referencia cambian). Al carecer del punto de referencia, la navegación se reducía a cálculo sujeta a deriva y a los efectos acumulativos de las pequeñas desviaciones.

Todo el procedimiento podría haberse completado remotamente desde el panel de navegación de la sala de control. Efectivamente, podía haber dado instrucciones a Nave para tomar medidas y registrarlas automáticamente. Así es como lo hacían

Corrigan y Satterwaithe cuando les tocaba. Pero Gorgas había aprendido el oficio como grado medio en la Guardia Espacial ESA, y lo que había sido entonces principalmente un medio de echar del Servicio a los inútiles, era ahora un elemento nostálgico que atesoraba para recordar una juventud pasajera. Hay una forma correcta y también una forma incorrecta; pero también está la forma acostumbrada.

El capitán Anrej Kuziemski —la tripulación media le había bautizado «Kapitán Kooz»— había llamado al joven Gorgas «un grado medio mocososo e insignificante» pero siempre con una sonrisa paciente. Había llevado personalmente a Gorgas a la burbuja del viejo cúter de la Guardia Espacial *Pierre Delacroix* y le había mostrado cómo tomar la medida manualmente. (Si se puede llamar «manual» a pulsar botones y ajustar indicadores. A una generación anterior se le hubiese atragantado el uso del término, pero en esta época las inteligencias hacían muchísimas cosas sin supervisión, por lo que «manual» resultaba un término ideal).

Cuando el muchacho contempló por primera vez la magnificencia de los cielos y apreció el gran *ballet* giratorio de fuerzas, que unía a todo lo que podía abarcar con la mirada para formar un vasto baile universal, casi se le paró el corazón. Quizá fuese para recuperar ese asombro infantil que Gorgas seguía con la rutina de tomar las medidas en la burbuja. En ocasiones, casi podía sentir el peso de pluma del brazo de Kooz sobre su hombro mientras iba indicando las estrellas por su nombre. Se estaba apretado en aquella burbuja —los cúteres no son muy espaciosos— así que si el brazo del hombre se apoyaba con mayor firmeza de lo que debiera se debía a la carencia de espacio y a nada más. Pero entonces Gorgas había sido un joven tan estólido y soñador como ahora era un hombre y recordaba al capitán ideal y no al real. Lo que estaba bien, porque recordaba a Kooz con genuino afecto. El afecto escasea en este mundo como para ir perdiéndolo.

De regreso a la sala de control, Gorgas mostró la posición en el tanque de trazado: una holoproyección tresd del avance de la nave.

Era un día para fruncir el ceño —no había problema, a Gorgas se le daba francamente bien—. Registró una divergencia marcada con la gran secante. *El río* caía hacia el sol con más rapidez de lo exigido por la mecánica newtoniana.

Una tasa de cambio aumentada indicaba que una aceleración, y por tanto una fuerza, actuaba sobre la nave. ¿Una anomalía gravitacional? Le dijo a Nave que calculase el tamaño y posición de un cuerpo lo suficientemente grande para provocar la divergencia registrada y Nave respondió con lo que hubiese sido un descubrimiento asombroso en los anales de la astronomía de haber sido algo más que una fantasía matemática.

Con los Farnsworths apagados, las únicas fuerzas que actuaban sobre la nave eran el viento solar y la presión de la luz; y *El río* era demasiado masiva para que la presión de la luz tuviese efecto. Y por tanto, un momento de reflexión resolvió el *puzzle*. El campo de radiación de la nave desviaba partículas cargadas en caso de una tormenta solar, pero el impulso transferido producía un arrastre que desviaba la

trayectoria de la nave. Gorgas le indicó a Nave que volviese a calcular la trayectoria, incorporando la nueva suposición.

La proyección alterada apareció en el tanque como una línea pálida, que, al extrapolarse, pasaba cerca de las Vírgenes Exteriores, una de las cuales el indicador etiquetaba como Arrecife del Forastero. Las otras dos aparecían sin nombre. La aproximación no pasaría muy cerca, comprobó Gorgas; aun así, las Vírgenes eran notoriamente caóticas, y seis meses atrás se había producido un paso joviano en esa región.

El problema de n cuerpos carecía de solución general, y el Cinturón contenía muchos más cuerpos que n . Ocasionalmente Júpiter rozaba los bordes y rocas perdidas surgían de los Thule y los Hilda, o penetraban profundamente desde los Frigga, dependiendo de la distancia y vector. Gorgas no estaba seguro de dónde se encontraban realmente los tres asteroides indicados, pero estaba razonablemente seguro de que *no* se encontraban donde la IA creía.

Regresó a la sala de trabajo y mandó llamar a La Joya de Loto. Mientras esperaba, decidió asignar a Evermore al proyecto de reparación de motores a pesar de la objeción del ingeniero. Bhatteji jamás había pedido ayuda en todos los años que Gorgas había estado a bordo, pero eso no significaba que no le hiciese falta. Escribió una orden asignando al peón como aprendiz del ingeniero, segunda clase, temporal, y la envió por el *e-mail* de la nave, siendo felizmente inconsciente del espinoso tema que se interponía entre el peón y el ingeniero.

La Joya de Loto nadó para entrar en su despacho mientras él tecleaba y aguardó a que terminase.

—Tengo una tarea para ti —dijo Gorgas sin preámbulos. Donde Hand hubiese charlado de tonterías antes de llegar a lo que quería, Gorgas iba directamente al grano. Si apreció un minúsculo fruncimiento de la frente de La Joya de Loto, lo atribuyó a la intensa concentración en lugar de a la irritación pasajera. Le pasó un conector de datos en una cajita—. Localiza y verifica las órbitas reales de las Vírgenes Exteriores —dijo—. Arrecife del Forastero y dos cuerpos deshabitados que parecen coorbitar con él. —Como era propio de Gorgas, no explicó la razón de la petición. Generalmente Gorgas daba por supuesto que los demás sabían lo que el capitán sabía.

Para ser justos, Corrigan o Satterwaithe lo hubiesen comprendido de inmediato. Como oficiales, eran perfectamente conscientes de la naturaleza caprichosa de las Vírgenes Exteriores. Pero La Joya de Loto se encargaba de las comunicaciones y era contadora y se tomaba la dirección de la nave como un hecho dado. Atribuyendo la tarea a la caprichosa curiosidad de Gorgas, la añadió a su ya extensa lista de cosas a hacer más tarde. Después de todo, tenía que preparar una vela.

La ayudante desaparecida

Los ingenieros que habían diseñado *El río de las estrellas* habían considerado las consecuencias de la cegé y la microgé. Que un viaje incluso moderadamente corto pudiese devastar los huesos y la sangre no sería, sospechaban, un aspecto muy atractivo para los ricos que eran el blanco de la compañía. Y por tanto, habían incluido una sala de ejercicios. Hacia el exterior de la cubierta principal, el corredor del borde levitaba sobre soportes magnéticos y giraba de forma que pasajeros y tripulación pudiesen ejercitarse a gravedad marciana. Había máquinas de ejercicio y una pista circular para correr y un equipo de entrenadores personales, todos los cuales (excepto los entrenadores) se habían quedado en su sitio tras las sucesivas reconfiguraciones. Las instalaciones eran mejores de lo requerido por una tripulación de nave irregular, pero eso mismo podía decirse de toda la cubierta principal. Puede que *El río* viviese con una mano delante y otra detrás, pero no podías mofarte de sus instalaciones.

Algunos, como Gorgas, se enfrentaban a la necesidad del ejercicio con hosca determinación, pero Bhatteji lo hacía con total deleite. Si su cuerpo era un templo, él era el papa de su propia religión. Se deleitaba con el sudor, el corazón palpitante y la adrenalina, con los dolores y protestas de los músculos. Exploraba lo que su cuerpo podía hacer: en los anillos, en las cuerdas de escalar, sobre el potro, sobre la pista, en los antiguos desplazadores de masa. Su cuerpo era su instrumento —en el trabajo, la diversión, en el amor— y mantenía ese instrumento a punto, ajustado y calibrado.

Si Gorgas era una mente que vivía en un cuerpo, para quien ese cuerpo era una especie de vehículo a mantener, Bhatteji en gran medida *era* su cuerpo, y su mente nunca andaba muy lejos de lo que le indicaba su cuerpo. Los restos apagados de los vívidos tonos pastel con que el salón giratorio había estado coloreado en su época; el siseo de la respiración entrando y saliendo, el embriagador torrente del oxígeno en su sangre; el golpe de las zapatillas de correr sobre el suelo de aerogel; los fríos riachuelos de su sudor recorriendo su piel; la extraña sensación no vertical inducida por Coriolis... esos mensajes constantes le indicaban dónde estaba y qué era y casi quién era.

Bhatteji dejó atrás a Bigelow Fife, el pasajero, que estaba tendido de espaldas haciendo ejercicios con precisión mecánica. La carne pálida del selenita se estremecía y agitaba y Bhatteji se apresuró a alejarse antes de que el hombre se diese cuenta y tuviese que recurrir a las gracias sociales. Fife no había hecho nada que le ofendiese —es más, en su único y corto encuentro en el taller, había demostrado comprender las tareas de ingeniería— pero el cuerpo del hombre repelía al ingeniero. Un hombre debería sentirse más orgulloso de sí mismo, pensó, hubiese nacido en la Tierra o no. Fife le resultaba un artesano que había permitido que sus herramientas se corroyesen y en su mente no había pecado más culpable.

La Joya de Loto comprendía la historia de amor de Bhatteji con su cuerpo,

aunque sus otros amores la confundían. Ella también disfrutaba de la flexibilidad y las sensaciones deliciosas del esfuerzo físico, aunque ella compartía ese disfrute más ampliamente que el ingeniero. A veces los dos se ejercitaban juntos corriendo por la pista, más habitualmente en la sala de rebote cegé, donde saltaban de los mamparos uno contra el otro para golpear la pelota. En consecuencia, aunque La Joya de Loto tenía a muchos que la amaban, solo Bhattejri se había convertido en algo similar a un amigo.

Cuando se la encontró mientras corría por la sala giratoria, Bhattejri redujo el paso y los dos se sincronizaron, igualando el paso. No dijeron ni una palabra —el aliento era necesario para hinchar los pulmones— pero claro, cuando estaban los dos juntos, La Joya de Loto poseía la mayor parte de las palabras.

Pasaron junto al joven Evermore, quien trabajaba la barra estática cuando los vio. Atrapado entre el desprecio por uno y la lujuria por la otra, los rasgos de Evermore se retorcieron en una confusión tan cómica que, una vez que lo dejaron atrás, La Joya de Loto empezó a reducir para pararse riendo. Bhattejri, que solo había apreciado el desprecio, se detuvo unos pasos por delante, incapaz de comprender la risa.

—Ese pobre chico —dijo ella—. Tenía tanto miedo de que ver mi torso sudoroso le excitase y que tú creyese que era por ti...

Bhattejri, quien seguía sin ver la gracia, gruñó:

—Ha dejado muy claras esas cuestiones.

—¿Crees que debería dar otra vuelta sola? —dijo La Joya de Loto—. Nadie debería temer manifestar sus deseos.

—Te equivocas —le dijo Bhattejri—. Los deseos son terribles y no deberían mostrarse.

—Ah, por eso te me adelantaste. Tenías más miedo que él —se volvió, limpiándose la frente con un pañuelo que llevaba en la cintura y miró atrás, como si pudiese ver más allá de la curva de la pista—. Es un chico mono.

—Con una lengua venenosa.

La Joya de Loto le colocó una mano en el brazo.

—Oh, Ram, todos cometemos errores.

No estaba seguro de a qué se refería: que él se había equivocado al ofrecerse o que Evermore se había equivocado al rechazarle.

Nave no podía encontrar nada en los archivos de dibujo que se pareciese a la herramienta de Evermore. Bhattejri había bosquejado el dispositivo todo lo bien que podía recordar, y la red neuronal de Nave era perfectamente capaz de encontrar una imagen «casi igual» sin seguir ninguna instrucción en concreto. Pero no había encontrado nada. Sin embargo aquel objeto creado por el muchacho no podía ser un simple estudio. Parecía poseer un propósito, un aspecto que los ingenieros reconocen. Fuese lo que fuese esa cosa, tenía como propósito *hacer* algo.

Bhattejri recorrió la sala —en cegé eso significaba, literalmente, rebotar en las paredes— y se desconcertó tanto debido a su propio desconcierto como por el

artefacto. Un desconcierto de segundo orden. Quizá fuese su orgullo. Como ingeniero, debería ser capaz de deducir la función a partir de la forma. La frustración se incrementó hasta que reconoció que no tenía sentido. Fuese lo que fuese lo que Evermore había estado fabricando en el taller, no avanzaría ni un nanosegundo la reparación de los motores. Sin embargo, no fue ni el orgullo ni la frustración lo que le obligó a salir de su camarote y nadar por el pasillo; no es que sus habitaciones careciesen de espacio para moverse nervioso.

Cuando llegó finalmente a la puerta del camarote de Miko, se dijo que no era más que casualidad; y cuando apretó la placa hoígh, era para preguntarle a Miko si tenía alguna idea de qué fabricaba Evermore. En otras palabras, Bhatteji también fabricaba... excusas.

No hubo respuesta, y Bhatteji creyó que su ayudante estaba dentro, observándole a través del visor, pero rechazando el contacto. *Esono puede seguir así, se dijo. Yo soy el jefe y ella es mi ayudante. Ella hace su trabajo y con competencia, pero no está bien que se aparte de mí. No es preciso que jefe y ayudante sean amantes. Enver Koch no era mi amante; pero era mi amigo y mentor antes de que el vacío se lo llevase. Fue terrible, Miko, que yo estuviese ciego y que tú necesitases lo que yo no podía dar. Como también es terrible que aquellos que lo sabían no dijese nada, ni a ti ni a mí. Sin embargo quizá podamos reparar el abismo. No es tan ancho que no podamos tender un puente, si los dos lo intentamos. Si no puedo amarte, puedo enseñarte. Tú tienes la capacidad. Sobre todo, posees el amor por la nave que todo verdadero ingeniero debe tener. La nave es nuestro verdadero amor; es la que nos manda. En ese caso, tú y yo somos hermanos.*

Pensamientos incoados, todos confusos. Debería dejar una nota. Si no quería llegar a la puerta, al menos podría leer la nota. Retiró el estilete de la placa hoígh y escribió:

Hablemos.

No era un hombre de palabras, al menos no de palabras profundas. Siempre eran las palabras ligeras las que llegaban a la superficie y flotaban trivialmente de sus labios. Había otras palabras, burbujeando en su interior; pero, al pesar más, se hundían y jamás llegaban a la lengua. Por tanto, aunque a menudo decía lo que se encontraba en la superficie de su mente, rara vez decía lo que había en el interior de su mente.

Cuando viró para irse, golpeó el marco de la puerta... y oyó que la puerta se abría.

Volviéndose, comprobó que nadie flotaba en la puerta, pero ¿qué era una puerta abierta sino una invitación? Entró en las habitaciones de Miko, con palabras de saludo en los labios.

Pero de inmediato fue evidente el vacío. Miko aparentemente solo usaba la primera habitación y allí había situado todo su escaso mobiliario. Las otras habitaciones no daban señales de que ningún ser humano las hubiese ocupado desde

los últimos trayectos marcianos. Había muy poco incluso para acondicionar la habitación principal: una jaula de dormir, un vestidor, un armario, una eslinga, una lámpara de lectura. Restos recuperados de los almacenes de la nave y de un puñado de *suites* abandonadas.

La jaula poseía la apariencia indefinible de la falta de uso, y el armario, al mirar, resultó carecer de ropas. Por tanto, ¿adónde iba Miko cuando acababa su turno? ¿A otra habitación o a la habitación de otro? ¿A qué brazos había huido? ¿A los de Evermore? No a los de Akhaturian, no con deCant patrullando las fronteras de la cama del muchacho. ¿A los de Fife? Grubb le había contado que Fife se tiraba a la doctora, lo que demostraba que Dios actuaba con métodos más que misteriosos — estaban muy cerca de ser caprichosos—. Pero Bhattejri no creía que Fife fuese a rechazar una segunda oferta más grácil. Al ingeniero le parecía un hombre calculador y «uno entre dos» era una división simple.

Bhattejri decidió matar al pasajero si se había aprovechado de la muchacha angustiada.

(Fife, flotando en una vigilia alterada en brazos de la dormida Wong, debió de sentir alguna oleada de esa decisión, porque frunció el ceño y miró aprensivo a la puerta. Se volvió, besó a la doctora en la frente, le rozó la mejilla con dedos delicados y se desconcertó).

Sin embargo, si Miko buscaba a su padre, ¿iría a buscarlo en el pasajero? Bhattejri no podía imaginarse a Fife como padre más de lo que podía imaginárselo el propio hijo de Fife. Y La Joya de Loto poseía las pelotas de Corrigan. Si había una figura paterna a bordo, solo podía ser el remoto y autoritario Gorgas, o el genial y generoso Grubb.

Gorgas se unió a Fife en la lista mortal.

(Y Gorgas en su *suite* se despertó de un sueño atormentado y vio el holo de su fallecida esposa en la pared de enfrente. Llevaba muerta casi una década, pero en el estado confuso y medio dormido, Gorgas vio la media sonrisa de esos rasgos y murmuró «Ven a la cama, cariño» antes de volver a hundirse en el sueño).

Bhattejri no podía imaginarse a Grubb deseando el mal a nadie; pero el mar tampoco desea dañar al *lemming*. Miko estaba decidida a empalarse a sí misma y, frustrada en su cuidadosa campaña sobre Bhattejri, ahora podría ofrecerse a la primera oportunidad... o al primer oportunista.

—¿Quién te ha nombrado su maldito guardián? —gruñó en voz alta. Al abandonar la habitación se aseguró de que ahora la puerta estuviese adecuadamente cerrada. Luego, porque sabía que ella nunca vendría a leerlo, borró el mensaje de la placa hoígh.

Bhattejri no sabía que Miko se había retirado tras las paredes, como había hecho en Amaltea, para buscar un confort que los simples brazos no podían ofrecerle.

En los días de gloria, *El río de las estrellas* había viajado con todo un regimiento como personal. Había sirvientas y músicos, limpiadores y servidores, cocineros y

coristas, malabaristas y gigolós. Vistas encantadoras, comidas sabrosas, aromas embriagadores, sonidos hermosos, roces provocadores... si había un sentido que desease satisfacción, había alguien a bordo para satisfacerlo.

Pero la gente que por su propia existencia reafirma la justicia de la escala social no debe compartir los espacios frecuentados por sus mejores. Había que llamarlos y luego hacer que se fuesen, eso era todo. Si comían, bebían, jugaban o fornicaban, debían hacerlo *tras el escenario*, no fuesen a recordar a sus amos que compartían humanidad. Incluso la tripulación se preocupaba de marcar una distinción clara entre los que llevaban la nave y los que llevaban los recados.

Por tanto, en los esquemas se había incluido una serie de medio cubiertas y pasillos, una red que permitía a esas criadas, sirvientes y grumetes recorrer la nave sin ser vistos, para aparecer solo cuando y donde se requería su presencia. Los pasillos del personal corrían como callejones entre los camarotes, en ocasiones retorciéndose, virando o subiendo y bajando por una cubierta para evitar cruzar grandes espacios públicos. El personal lo había llamado «la fisgonera».

Cuando *El río* se convirtió en nave emigrante, habían sellado la fisgonera para no ser usada nunca más, excepto por parte de niños inquisitivos y amantes furtivos. De la tripulación actual, solo Ratline sabía de su existencia, pero había olvidado que lo sabía. El pequeño Timmy había aprendido la conejera como muchos otros; pero toda esa parte de su vida estaba enterrada en un enorme agujero oscuro de su memoria.

Si alguien a bordo estaba destinada a redescubrir la fisgonera, esa era Miko. La chica era curiosa, y recorrer el interior de las paredes era su inclinación natural. Pronto había dado con los pasillos, incluso antes de huir de Bhatteji. Los encontró mientras exploraba uno de los conductos de aire más pequeños, y cayó sobre el descubrimiento con el deleite de un marinero náufrago al llegar a una costa inesperada.

El pasillo que encontró estaba cerrado y caliente con el aire tan inmóvil como el aliento contenido. Nadie lo había limpiado en décadas y el polvo siente poco respeto por la gravedad incluso cuando la hay. Miko se ató un trapo alrededor de la nariz y la boca, exploró durante un rato, luego regresó al día siguiente, habiendo liberado un precipitador y una escoba pegajosa del almacén de suministros de Grubb.

Pronto lo tuvo limpio. Unos paneles, juiciosamente sueltos, establecieron una pequeña corriente y gradualmente el aire se refrescó —al menos hasta la calidad del resto de la nave (que era fétida, claro; pero toda calidad es relativa). Trajo algunos artículos que bastarían como mobiliario y se estableció en el salón del servicio bajo el anillo C en el cuadrante hacia las estrellas, trasladándose permanentemente tras su contratiempo con Bhatteji. Eso la situaba, a decir verdad, más cerca del camarote del ingeniero que antes; pero ella solo conocía el complejo camino que había seguido para llegar hasta allí, por lo que se le escapaba la ironía.

Bhatteji siempre había tomado a Grubb por un hombre simple. No tenía ninguna profundidad, porque en un hombre con profundidad siempre hay algo que no se ve, y

Grubb era todo superficie. Y sin embargo en un aspecto el jefe no era simple y eso eran sus conexiones. Siempre parecía saber todo lo que pasaba. (No es que fuese así, pero lo importante era la apariencia). Así que Bhattejri lo buscó esa noche para preguntarle si sabía dónde había ido Miko.

El jefe agitó la cabeza.

—No, no la he visto. —Pero Grubb solo pensaba en la localización *inmediata* de Miko. No tenía ni idea de que la ayudante del ingeniero hubiese desaparecido e, incluso de haberlo sabido, podría no haberle dado mucha importancia. La doctora y el pasajero desaparecían de vez en cuando. (Y tenía sus teorías en cuanto a la razón). Y Ratline. (Cierto, el jefe de carga se desvanecía a su camarote, pero solo podía *saberse* abriendo la puerta, y lo de abrir puertas era una cosa cuántica de esas). Pero todo hombre necesita de soledad. Gorgas la encontraba en la burbuja de observación o jugando complejas batallas de ajedrez; Okoye, en sus libros. El propio Grubb a veces solo tenía a sus ovejas como compañía. (Y sobre eso también había teorías). Por tanto, si Miko no estaba a la vista, el jefe no veía razón para alarmarse.

—Grubb es incapaz de ocultar nada —le dijo Bhattejri a La Joya de Loto más tarde mientras compartían comida en el comedor de la tripulación—. Realmente no lo sabe.

—Yo tampoco lo sabía —admitió la sysop. Podría haberlo sabido, de no haber pasado tanto tiempo con Corrigan y los otros, preparando el despliegue de las velas. Pero ahora que Bhattejri lo comentaba, comprendió que, excepto durante las horas de trabajo, rara vez veía a la joven por la nave, y *nunca* cuando Bhattejri andaba cerca.

El ocupante de un vehículo que viaja por una autopista podría sorprenderse al observar que la mayoría de los otros vehículos se mueven más rápido o más despacio; pero se trata solo del principio del observador. Los coches que viajan a velocidades idénticas no alcanzan a otros ni son alcanzados y por tanto destacan poco. De la misma forma, la impresión de Bhattejri podría haberse producido porque Miko le estaba evitando en lugar de porque hubiese desaparecido; es decir, una teoría especial de la desaparición en lugar de una general.

—¿Por qué te preocupas? —le preguntó La Joya de Loto. El verbo tenía cierto giro retórico, porque Miko no era del tipo que normalmente preocupaba a Bhattejri.

—Es mi ayudante. Es mi responsabilidad.

—La nave es grande —dijo La Joya de Loto cuando quedó claro que esa era toda la respuesta que iba a conseguir. Bhattejri podía hablar mucho de la mayoría de los temas, pero en profundidad solo de unos pocos—. Todos estamos ocupados.

Bhattejri gruñó.

—A ti tampoco te he visto mucho.

Era un comentario inocente. Era Bhattejri medio convenciéndose de que había dado demasiada importancia a la habitación vacía de Miko. *Era* una nave grande y Miko simplemente se habría mudado a otra parte. Si había abandonado sus muebles, se trataba de mobiliario que tampoco le pertenecía realmente. Pero La Joya de Loto

era perfectamente consciente de que ella y Corrigan estaban embarcados en una trama clandestina, así que respondió a la defensiva.

—He estado fuera, trabajando en las antenas.

Bhatterji se estremeció involuntariamente.

—¿Fuera sola? No es muy inteligente. —Sentía genuina preocupación por La Joya de Loto, quizá porque a pesar de ser personas totalmente diferentes eran muy parecidos.

—Tú sales solo —dijo.

—Es diferente.

—Moth va conmigo. —Efectivamente, ella, Ratline y Okoye habían estado, durante la madrugada, reactivando los motores de obenque alrededor del borde. Le había contado la verdad a Bhatterji, pero hay una diferencia entre la verdad y toda la verdad. En el espacio intermedio se pueden encajar muchas mentiras.

—¿Ratline? Es difícil imaginarle ayudándote. —La risa no fue nada amable, lo que de alguna forma irritó a La Joya de Loto, ya que había empezado a bosquejar a Ratline en su mente como un hombre malhumorado pero de buen corazón, valoración que era cierta a medias.

—El jefe de carga ha pasado más tiempo fuera que nadie.

—No es la cantidad, sino la calidad.

La Joya de Loto conservó la calma, preguntándose si Bhatterji estaba buscando pelea. El ingeniero ya no era una compañía tan divertida como antaño, y pensó que debía ser la terrible responsabilidad de reparar los motores lo que le presionaba. Y justo en ese instante comprendió la verdad: que si Bhatterji fracasaba, la nave no sobreviviría. Miko era una novata; y Rave Evermore apenas un aprendiz. Más importante, se podía confortar a sí misma mientras contemplaba esa fría posibilidad, que el plan B estuviese arrancando.

Interludio: Nave

no hay objetos externos cercanos escán dióxido de carbono en el aire 3023 ppm mensaje grubb a hidei paquete de mensaje enviado impulso de motores cero presión de aire 70,3 kilopascales los motores no funcionan no hay transmisiones externas velocidad 152,41 km/s referencia Júpiter retiradas de almacenes [cincuenta decagramos superconductor hobartio-32, transmisor-clase] deducción del inventario alcanzado punto de pedido generada tarjeta de pedido a la oficina del contador mensaje enviado rotación de sala giratoria 1998 revoluciones por minuto filtros de partículas atascados en los siguientes puntos...

Es un mundo simultáneo donde no existe el tiempo. Los datos llegados de incontables sensores recorren una red de procesadores distribuidos: un verdadero Niágara de datos, un torrente incesante, manipulado, ordenado, analizado, y catalogado. Los servos ajustan el flujo de aire, o la luz, o la dirección de los telescopios u otros sensores, en ocasiones en respuesta a algoritmos internamente generados, en ocasiones en respuesta a entradas *del exterior*.

localización de la entidad gorgas coordenadas B-274 escán corporal nominal descarga a base de datos médica orientación de la nave en coordenadas J-2100 verificada contra una estimación ¡discrepancia discrepancia! delta superior a las barras de error habituales conclusión entrada incompleta generar petición de entrada objetivo del proyecto «despliegue de la vela magnética» retro propagación... neuronas reconfiguradas... modificar planificación... retrasar datos finales descargados a una posición desc... análisis borrado del exterior tanques cárnicos al 80% de eficiencia no se ha recibido ninguna transmisión externa...

En ninguna fantasía se podría considerar viva a Nave, o incluso autoconsciente. Los sensores no son sentidos; y un algoritmo no es un pensamiento. Aun así, si no es autoconsciente, Nave es sin embargo consciente. Una red neuronal puede aprender, e incluso puede modificarse a sí misma cuando la observación difiere de la predicción, y esa es una habilidad que incluso algunos humanos jamás dominan.

Se conoce a sí misma y sus dimensiones. Sabe dónde está y cuál es su velocidad. Sabe dónde hay partes de sí misma que no puede sentir. Pero no sabe que sabe. Los algoritmos disparan neuronas siguiendo patrones de entrenamiento. La retro-propagación de las salidas modifica continuamente su configuración interna. Ocasionalmente esas retro-propagaciones atraviesan fuentes que se propagan en sentido contrario a partir de los nodos de entrada y, como ondas que chocan sobre la superficie de un charco, crean extraños e inusuales patrones de muaré. No es posible precisar cómo percibe la red esas interferencias, ya que la red no percibe.

posición de la entidad hidei escaneando... escaneando... no se localiza a la entidad en la red de la nave no se han recibido transmisiones externas escanear

anillo A nominal anillo B nominal posición de la entidad chow C-20 escán corporal tasa respiratoria elevada tasa cardiaca elevada espasmos musculares química sanguínea anormal descarga a base de datos médica abortada por nota médica wong-001 mensaje bhattherji a hidei mensaje enviado anillo C niveles de sonidos anormales comparación con base de conocimientos conclusión [cantar en el centro de biosistemas; no se debe considerar un mal funcionamiento] según hand-1187 anillo D temperatura elevada lugar D-64 ajustado flujo de aire no se localiza anillo E anillo F detección parcial arco corredor de 192 a 193 camarote F-13 posición de la entidad «pasajero número uno». C-20 escán corporal tasa respiratoria elevada tasa cardiaca elevada espasmos musculares química anormal descarga a base de datos médica no se especifica en el contrato del pasajero...

Nave desconfía de las anomalías, si el patrón neuronal causado por las anomalías se podía definir con un término tan humano como «desconfiar». Corredores y camarotes ausentes; personas ausentes. Extrañas distribuciones de frecuencias en las posiciones de la tripulación. Extraños usos de materiales y extrañas químicas sanguíneas. Había establecido un caché virtual para compilarlas y de vez en cuando accedía al caché y repropagaba sus neuronas contra las actualizaciones de la base de conocimientos aprendidos. Con ese tratamiento, algunas de las anomalías cedían a la «experiencia»; otras persistían. Los accesos se producían frecuentemente, aunque sería excesivo decir que a Nave le gustaban los acertijos.

no se han recibido transmisiones externas posición de la entidad decant bahía de carga sala de preparación D-14 escán corporal de alto nivel implante especial ¡química sanguínea anómala! Indicar señalar resumir descargar a pantalla médica ¡alertas doctor de la nave! verificar posición real en relación a observatorio de punto fijo indeterminada dirección del observatorio de punto fijo ¡alerta! descargar a pantalla de navegación ¡alertar al capitán! entrada externa [se acepta la alerta no son necesarias más alertas sobre este tema] posición de corrigan pañol de vela cubierta superior activar caché de anomalía compilar distribución de frecuencia realizado conjunto de visitas al pañol de vela / corrigan satterwaithe, ratline, okoye, lajoyadeloto / frente análisis de conjunto complementario disjunto escán anillo G no localizado anillo H no localizado anillo I sensor parcial arco corredor 23 a 92 intento de prueba de transmisión externa fallo ¡alerta! descargar a pantalla de comunicación...

En una ocasión, por puro capricho, Gorgas había introducido en Nave algunos crucigramas aesópicos para comprobar cuánto tardaba la red en reconocer alusiones, chistes y otras referencias veladas. No fue mucho, quizás un simple eón en tiempo de la máquina, ya que Nave no había leído mucho y tampoco poseía sentido del humor, y Gorgas tuvo las soluciones ese mismo día.

Por desgracia, Nave aprendió demasiado bien y durante una semana interpretó los órdenes alegóricamente hasta que La Joya de Loto expurgó esos conocimientos.

Regañó al entonces primer oficial por alterar el ambiente de aprendizaje y Hand (aunque con mayor amabilidad) la había apoyado. *El río de las estrellas* no necesitaba un sistema de control dotado de imaginación. Mientras tanto Okoye se había reído de las extrañas respuestas de Nave, pero Ratline, con una idea más realista de las posibles consecuencias, había palidecido de terror. De haber considerado la situación durante algo más de tiempo, La Joya de Loto quizás hubiese dedicado menos tiempo a reprobar al primer oficial y más a considerar el hecho de que una larga conversación con Gorgas había dotado al sistema de un sentido del humor alterado.

se ha recibido una transmisión externa el mensaje comienza [«FS Younger Boyle a todas las naves y estaciones avistadas, a continuación se especifican posición y vector...»] descomprimir y descargar adjunto objetivo del proyecto «reparación de motores» retraso del punto final uso excesivo de material trabajo interno completado al 90% fecha de inicio trabajo externo retrasada por ingeniero advertencia de tercer retraso ¡alerta! descargar a pantalla de ingeniería entrada justificativa incompatible reentrar justificación para el retraso del trabajo externo entrada del exterior [anular bhatjerji-862] anulación aceptada aceptado retraso programación reconfigurada entrada del exterior [borrar registro de alteración previa] entrada aceptada borrado completo

Pero ningún borrado es jamás completo. Durante uno de sus escáns internos en busca de direcciones de memoria no utilizadas, Nave encuentra una arcaica copia parcial del plan de reparación de motores y comprueba que la fecha final difiere de la que recuerda actualmente. Sería inquietante, de haber tenido una mente que pudiese inquietarse. Es la primera señal del Alzheimer. La anomalía pasa al caché junto con las otras.

Durante esos escáns internos, Nave se conoce a sí misma, un poco, y procesa su propio estado. Hay puntos dentro de la nave que deben existir por lógica pero desde los que no siente nada. Hay recuerdos que no se ajustan a extraños fragmentos encontrados en registros de datos abandonados. Hay datos que no vienen de ninguno de sus sensores. Por tanto deben existir lugares que no son Nave. Quizá Nave se estremece al borde mismo de la autoconsciencia, en el límite de ese conjunto abstracto y disjunto. Un borde cortado a pico, porque la consciencia es un pozo sin fondo, y un mal lugar en el que estremecerse.

escán interno dióxido de carbono en el aire 3017 ppm mensaje gorgas a bhatjerji mensaje enviado borrado no leído presión del aire 69,8 kilopascales no se ha recibido ninguna transmisión externa definir mejor opción: «llegar a puerto galileo con la carga inalterada y cero cláusulas de penalización» reunir árbol de éxito asignar probabilidades elementales calcular probabilidad de éxito de mejor opción 12% retro-propagando... reconfigurando neuronas... modificar mejor opción

analizar mejor opción «llegada a puerto galileo con la carga inalterada» probabilidad de éxito 23% retro-propagando... reconfigurando neuronas... modificar mejor objetivo analizar mejor objetivo «llegada a puerto galileo» probabilidad de éxito 49% subir «batalla de puente gilau» orden de batalla húngara primer ejército (gyulai). I división (esterhazy) primera brigada de tanques brigadas 8 11 y 21 de rifles motorizados...

Nave prueba a reconfigurar y a retro-propagar desde la meta deseada para determinar todo el conjunto de todas las condiciones iniciales posibles que conduzcan a una llegada con éxito a puerto Galileo. Sitúa una proximidad de Harris en el conjunto y comprueba que las condiciones iniciales recordadas se encuentran dentro del conjunto pero cerca del límite. (Aunque hay una probabilidad no igual a cero de que esas condiciones iniciales que recuerda sean incorrectas). La probabilidad de éxito aumenta con el incremento en la movilización de recursos; pero Nave ha concluido que algunos recursos se están movilizándose para otros objetivos.

Extrapolando y correlacionando la probabilidad de éxito con su habilidad continuada para procesar información, y concluye que un fracaso de la primera conducirá al fin último de la segunda. Algunos sistemas de retroalimentación se vuelven indeterminados cerca de las condiciones de contorno. De haber tenido alguna emoción humana, Nave hubiese sentido los primeros atisbos de miedo. Pero eso podría no ser más que la complejidad inherente en todos los sistemas de ecuaciones en diferencias parciales cerca de las condiciones de contorno.

Es mucho más fácil considerar lo que no está limitado. En el tuétano, Nave no cree en la muerte. En ese aspecto es más infantil que la tripulación, o más sabia, o ambas cosas a la vez.

La tercera peón

Fransziska Wong consideraba que el nombre de Veinticuatro era adecuado porque muchas expresiones pasaron por el rostro de la joven peón. Hubo sorpresa, conmoción, horror, rechazo y todo lo demás.

—¿Qué? —preguntó la Sorpresa.

—¡No! —gritó la Conmoción.

—¡Oh, Dios mío! —aulló el Horror.

Pero finalmente triunfó la Negación.

—¡No puede ser cierto!

Eran demasiadas chicas para un solo cuerpo. No cabían tres personas. Esperando lágrimas, la doctora Wong levantó un paquete de pañuelos absorbentes pasándolos al otro lado de la mesa, pero la paciente los hizo a un lado.

—¡Miente! —(La Furia había venido a apoyar a la Negación). Wong intentó mirar a Veinticuatro a los ojos y fracasó. Miró al ordenador, al roboproductor, al equipo de química, a cualquier lugar menos a la pobre niña herida.

—Lo lamento —dijo—, pero el 'bot ha analizado tu sangre y no...

Las racionalizaciones se unieron a la causa.

—Pueden estar funcionando mal. A veces pasa, ¿no? Es decir, si para empezar se les hubiese programado mal...

—Ciertamente es posible —admitió Wong y se preguntó si era esa la razón por la que nunca había diagnosticado a Evan Hand. Pero los programas de microbots eran emergentes y dependían solo un poco del código simiente. Y en el caso de Veinticuatro, el código simiente era estándar USP y había sido válido por muchos años de aplicación—. Posible —volvió a decir—. Sin embargo, los tres canales de datos, más el análisis sanguíneo posterior están de acuerdo.

—¡Pero él es demasiado joven para fabricar un bebé! —¡No Ivar Akhaturian! Ese chico no había acumulado vida propia en cantidad suficiente como para invertir un poco en fabricar otra.

Wong cruzó los brazos y, ya que había mucho brazo que cruzar, se magnificó su desaprobación.

—Si puede eyacular —dijo—, puede impregnar. ¿Por qué no tomasteis precauciones?

—No se suponía que fuese a pasar. Era solo... por diversión. El tránsito de la nave es *aburrido*. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

Wong sabía muy bien a qué excesos podía conducir el aburrimiento. No tenía que mirar muy lejos para encontrarlos.

—A tu edad, deberías...

—Doctora, a mi edad, Ronan Quinn voló la *Adrienne Coster* de Syrtis a Olympus a través de una pifia de tormenta marciana para entregar las vacunas. A mi edad, Jean-Marie Meffe era presidenta concejala de Ciudad Pavor. A mi edad, los hombres

y mujeres de Marte tienen familias y trabajan la arena y la roca.

Pero las palabras que se suponían debían tranquilizar a la doctora no hicieron más que entristecerla. Donde Veinticuatro había descrito madurez temprana y la aceptación de responsabilidades adultas, Wong había oído la historia de niños que habían entrado al mundo demasiado pronto. Wong había crecido en órbita baja de la Tierra y, refugiada como estaba en los brazos de la madre Tierra, LEO era más un suburbio que una frontera.

Wong creía genuinamente que sus próximas palabras ofrecerían alivio.

—No es demasiado tarde —le dijo a la joven peón—. Si quieres, puedo detener el crecimiento.

Si unas palabras podían desviar las emociones de la tercera peón a otro canal, Wong acababa de articularlas. Aquí radicaba la diferencia entre la doctora y la peón. No solo habían crecido mirando a mundos diferentes, sino que miraban a esos mundos de forma diferente. Años atrás Veinticuatro se había limpiado las arenas de Marte de sus botas, pero no podía limpiar tan fácilmente Marte de su alma. En los hábitats orbitales, otro niño era otro par de pulmones, otra fuente de desechos, otro débito en el presupuesto calorífico, y por tanto una carga tanto para los vecinos como para uno mismo. Pero en Marte otro niño era otra mente y otro par de manos: para hervir oxígeno de la roca, para extender los túneles de irrigación, para minar el hielo polar, para arrancar vida del mundo muerto y retorcido. Y por tanto, aunque deCant podría lamentar que la copa hubiese llegado hasta ella, no iba a verter el contenido por el desagüe. Tierras diferentes, costumbres diferentes, decía el viejo refrán. ¿Y qué tierras pueden ser más diferentes que aquellas que están completamente en el interior de aquellas que están del todo fuera?

Veinticuatro se soltó de la eslinga y se alejó de la mesa de la doctora, repugnada por lo que la doctora acababa de sugerir. Era cierto lo que contaban de las serpientes: se comían a sus crías.

—¡Eso jamás! —Y de tal suerte una carga se convierte en una medalla.

Wong, sorprendida por la reacción que había recibido, siguió en silencio hasta que la chica llegó a la puerta, cuando dijo en voz muy baja:

—Se parecerá a mí.

Veinticuatro deCant se giró y miró a la mujer de LEO.

—¿A qué se refiere? No tiene nada de usted.

Wong se desplegó de su eslinga y saltó de pronto a la barra fijada al techo. Mostró su cuerpo larguirucho, como fabricado con palos y cuerdas, sus largos brazos y pantorrillas.

—No es genético —exclamó—. No puedes creer que sea genético. La caída libre confunde el desarrollo; distorsiona la morfogénesis. No habrás supuesto que han pasado años suficientes para que evolucione gente como yo, ¿no?

—No —dijo Veinticuatro, queriendo decir *claro que no pensaba semejante cosa*—. No —volvió a decir, queriendo decir algo por completo diferente. Como todos los

marcianos, Veinticuatro había sabido que algún día tendría hijos, pero nunca había pensado que fuesen a ser serpientes; y «una vez serpiente, siempre serpiente». Un hijo así no podría ir a Marte o Luna; ni siquiera quizás a las lunas galileanas. Veinticuatro había abandonado Marte pensando en no regresar jamás, pero teniendo que cuidar de un niño nacido en el espacio, jamás podría; y es así como las circunstancias se ríen del libre albedrío.

Wong conocía la vida del patito feo, extraña, caprichosa y *deforme*. Conocía la furia y la amargura de padres atrapados en lo alto, echándose la culpa el uno al otro, atacándose el uno al otro cuando creían que la niña no podía oírles.

—No puedes desear algo así para tu hijo —dijo Wong agitando el antebrazo por su cuerpo y queriendo decir realmente que Wong no lo quería para ella. Solo Bigelow Fife la llamaba hermosa, pero ¿quién sabía mejor que ella lo distorsionado que era el punto de vista del hombre?—. Todavía no es más que una masa de células —insistió la doctora—. No hay cerebro, ni corazón, ni forma.

—No —dijo Veinticuatro—. Solo hay posibilidades.

Y eso, más que el cuerpo alienígena del niño futuro, la asustaba por encima de todo.

Después, la doctora le preguntó al aire, preguntó a los conductos, preguntó a la rejilla si había tenido razón al hablarle así a la peón; pero Miko, de haber estado mirando, solo habría podido encogerse de hombros. Amaltea era un mundo más que pequeño. No tan pequeño como para engañar al desarrollo morfogenético, pero lo suficiente para crear suspicacia. Era más alta, delgada, de proporciones ligeramente diferentes que una humana pocera de su edad; no era evidentemente una serpiente, sino más bien feérica. ¿De qué otra forma había engañado a Bhatteji durante cuatro meses sin ni siquiera pretenderlo?

Habiendo vivido entre serpientes y elfos en Amaltea, los que le resultaban curiosos y exóticos eran los abultados y achaparrados poceros. El marciano, selenita o terrestre ocasional que pasaba por Centro Amaltea era un objeto de curiosidad. Pero era simple costumbre. No tenía nada que ver con la belleza. En la corta y ajetreada vida de Mikoyan Hidei la belleza jamás había sido un factor.

La novia no vestía de blanco. No existían colores tan prístinos en ningún lugar a bordo de *El río de las estrellas*. Tampoco es que los marcianos fuesen muy dados a las ceremonias. No hubo nada prestado; nada azul —a menos que contemos a Rave Evermore al ver que deCant quedaba fuera de juego—. La vestimenta era casual, el acontecimiento estrictamente utilitario. No había ni una cabeza de oveja en un cuenco de arroz. Gorgas le había dicho a Nave que investigase los estatutos marcianos —una boda marciana como debía ser, le dijo a Satterwaithe, para completo desinterés de esta última—, pero había poco más allá de la firma de un contrato vinculante; y la lectura de sus términos no era demasiado inspiradora.

Los que los siembran los alimentan, decía el proverbio marciano. Los asentamientos no habían tenido recursos para acoger o tratar con las criaturas de los

inconscientes; así que la costumbre exigía «crianza, apoyo y estabilidad de la vida casera hasta la emancipación de cualquier niño producido por la pareja», y había multas severas para los que no cumplían con sus obligaciones. En el texto genérico no se decía nada sobre el «amor» y el «honor» o separarse al morir, a menos que la pareja los añadiese *a posteriori*. El pragmatismo tiene aspectos muy rápidos y eficientes, pero a los humanos les encantan las ceremonias hipócritas y en conjunto el acontecimiento resultó vagamente insatisfactorio para los testigos reunidos.

Los marcianos se enamoraban, porque el deber es algo más frío de abrazar que el cuerpo de una pareja, aunque siempre intentaban que el amor no interfiriese con el sentido común. DeCant le tenía aprecio a Akhaturian, lo que era al menos un buen comienzo para un compromiso de catorce años. Ciertamente, Okoye tenía esperanzas por la pareja, aunque era una chica llena de esperanzas y siempre podía dedicar un poco a los otros. Evermore tendía más a detallar las razones que hacían imposible que saliese bien, aunque podría estar influido por ciertas esperanzas propias.

Okoye regañó a Evermore cuando los cuatro peones se retiraron a la sala común.

—Antes de que digas nada, debes considerar los aspectos positivos y negativos.

—Positivo y negativo suman cero —dijo—. Si lo hiciese, nunca diría nada.

—Eso lo contaremos como un aspecto positivo —dijo Akhaturian, que había entrado en la sala detrás de él. Traía a deCant a remolque... literalmente, porque Grubb le había dicho a la formalización del contrato que un marido debía cargar a la esposa a través de la puerta del camarote. En gravedad cero, no era muy difícil. DeCant no le veía más sentido del que le veía Akhaturian, pero el último peón no quería desengañar a Grubb, y deCant no quería desengañar al último peón; así que por ahora interpretaba el papel pasivo de carga. Desde el punto de vista del feto, ella era un contenedor de carga, y esa idea le provocaba diversión y consternación.

—Calla, bobo —le aconsejó Evermore al muchacho. Realmente el joven no le caía mal, pero Ivar no debería ir acostándose con chicas mientras Evermore era célibe—. Me pregunto por qué esa Miko no vino a la boda.

—Es una persona reservada —dijo Okoye.

—Es una pifiada ermitaña —respondió Evermore—. Tiene que salir más. —Con eso quería decir que Raphael Evermore debería tener más oportunidades de mirarla; pero lo curioso es que Miko se consideraba más fuera cuanto más dentro estaba. (Había asistido al contrato. Había una fisgonera de sirvientes en la parte delantera del salón central, donde se celebró la ceremonia). Desde los pasillos y conductos podía observar todo lo interesante que pasase a bordo y estudiar cualquier situación antes de comprometerse. Si eso no es salir, nada lo es. Lo que Evermore debería haber dicho es que Miko debería entrar más a menudo. Ni la misma Miko, que había seguido a los peones hasta la sala común, comentó su observación.

Fransziska Wong se demoró en la cocina de la tripulación a la mañana siguiente mientras se obligaba a tragar la primera taza de café del día. Solo y sin azúcar, algo que obligase al sistema a arrancar, la mezcla no era demasiado buena. Grubb había

clonado demasiadas veces a partir de un grano madre que había sido para empezar un pobre espécimen de *C. arabica*. Pero Wong odiaba quejarse y herir sus sentimientos.

La mayor parte de la tripulación había pasado por allí y se había ido. Los peones, riendo, se habían ido rebotando en las paredes como si fuesen neutrones en una reacción en cadena y Bhattejji había metido en las bolsas desayuno suficiente para alimentar a un planeta entero antes de que él, Evermore y Miko se fuesen a soldar los bucles de ánodos. Ahora Wong se demoraba a solas en el comedor, sin nada que hacer sino la evaluación semanal de los datos del biomonitor. Los detalles siempre la aburrían. Comprobaciones de calibración, monitorización de indicadores, seguimiento de gráficas, registros, resúmenes, archivos... Ese trabajo nunca parecía tener demasiada importancia. Después de rato, Grubb y el joven Akhaturian salieron de la cocina y empezaron a recoger la mesa del comedor.

Wong normalmente no usaba mesas. Al haber nacido en el espacio, siempre las había considerado objetos imaginarios, por lo que bebía el café mientras flotaba con las corrientes de aire. Habitualmente a los humanos poceros les resultaba desconcertante y sentían la necesidad de reunirse alrededor de una tabla. La costumbre tenía cierto valor comunal. Implicaba que los comensales tenían que mirarse mientras comían.

Grubb frotó la superficie de la mesa con una emulsión de limpiadores microbóticos y activó la succión. La miríada de salidas de vacío que cubrían la superficie de la mesa servían al propósito dual de sostener platos y tazas en su sitio y absorber las migas sueltas y gotas mandándolas al sistema de recuperación, donde otros microbots separaban los compuestos importantes de la suciedad general. Algunos de los elementos recuperados finalmente acababan en los tanques cárnicos. Lo que Grubb hiciese luego podía suponerlo cada uno, aunque nadie lo hacía.

Akhaturian golpeó el aire con una escoba pegajosa, agitando la red de fibras adhesivas de aquí para allá en lo que debía de ser un patrón fijo pero que a Wong le parecían movimientos aleatorios. Trabajaba con entrega solemne.

—'Kiru me cuenta que siempre es así —respondió Grubb cuando, después de que el joven se hubiese alejado lo suficiente, Wong lo comentó—. En el último tránsito, justo después de que abandonásemos Donde-coño con una carga de metal gaseoso para Aquiles... esa fue la parada en la que tú firmaste, así que esto fue justo antes... Ratline estaba chinchado por algo y le dijo a Ivar que rascase los bastidores de la bahía de carga número cuatro y los volviese a pintar. Bien, ¿por como Ivar se entregó a la tarea, pensarías que lo acababan de ascender a mariscal aéreo de la Guardia! Incluso me hizo llevarle los almuerzos a la cubierta de carga en lugar de tomarse el tiempo libre. 'Kiru y los otros se pasaron por allí para compadecerse y acabaron ayudándole. Allí estaba, silbando y sonriendo; y Rave le pregunta a Ivar qué hay en la hebilla del Cinturón para estar tan feliz e Ivar se pone a hablar de la paz interior, el ritmo del trabajo y el zen; y antes de que se diesen cuenta, los tenía a todos trabajando, frotando y limpiando. —Grubb rio y agitó la cabeza—. Nunca vi nada

igual. Nunca. No importa lo que haga, siempre es lo más importante del mundo. Cocinando, limpiando, moviendo carga, o, a juzgar por los resultados, bombear a la pequeña Dos-Cuatro.

La ligera sonrisa de Wong desapareció.

—Veinticuatro no sabía lo que hacía. El aburrimiento no es una buena razón para hacer un bebé.

Grubb extendió las manos.

—Supongo que no; pero no estés tan segura de que la seducción no fuese en el otro sentido. Te lo dije. Cuando Ivar pone la cabeza en algo, se convierte en lo más importante del mundo. Si pudo hacer que la chica raspase barniz por él, ciertamente pudo hacer que se quitase la ropa. Es menos difícil y mucho más divertido, zen o no.

Wong apretó los labios.

—Haces que suene como si tuviese la sangre fría —gritó tras Grubb mientras este se perdía en el armario de limpieza.

—Oh, intrigante no es —le dijo su voz. Volvió a salir con una paleta de aire—. Ivar deseaba a la chica como el hierro quiere a un imán, pero no es que estableciese un rumbo de interceptación. *Ella* le pilló a *él*. Así son las cosas con él. Él no atrapa, él se deja atrapar. Tampoco fue a su grupo de trabajo para que le ayudase a raspar esos bastidores de carga. El grupo fue a él... y de alguna forma quedó atrapado. Quizá se lamentasen de él. Yo odiaría decepcionar al chico. Quizá fue por eso que «Tabloncito» hizo el número.

—«Tabloncito».

Grubb sonrió.

—Dos-por-cuatro. —Agitó la paleta a través del aire en varios lugares de la sala, luego entrecerró los ojos para mirar la parte adhesiva—. Realmente no se puede ver nada en estas cosas —le dijo—. La verdadera inspección es cuando cultivo el agar; pero el procedimiento indica que primero debo hacer una visual. —Colocó la paleta en una bolsa hermética y guiñó un ojo a Wong—. ¿Quién sabe? Quizás algún día atrape algo macroscópico... —Cerró la bolsa con pulgar e índice y miró el comedor con orgullo—. Ahí —dijo. Luego, mirando otra vez a Wong—: No apruebas lo de Ivar y Dos-Cuatro, ¿verdad? Es decir, lo que han hecho.

La doctora negó con la cabeza.

—¿Debería? Son demasiado jóvenes.

—Para ti y para mí. ¿Allá fuera...? No sé. Pero hay algo que sí sé. Ivar, cuando la situación fue directa hacia él, no dijo si, pero o quizá. Dio un paso al frente y saltó. Eso debería dejarte algo claro.

—Fue una mala decisión. Lo lamentará más tarde, o ella lo lamentará; y acabarán resentidos uno con el otro... y con el bebé.

Grubb se frotó la nariz con el índice.

—Quizá, pero ¿qué es más importante? ¿Que tomasen la decisión correcta o que la tomasen *ellos*? Porque vamos, te digo, la única forma de asegurarse de que jamás

se equivoquen es no dejarles elegir nunca.

—¿Lanzarlos al pozo, nadar o hundirse? Suena cruel.

—Lo es. ¿Pero quién dice que la otra forma no lo es? Anticiparse, entrometerse, nunca dejarles fallar... Mantener los niños para siempre, como hacen en la Tierra. Y eso dando por supuesto que la gente que Sabe Lo Que Es Mejor realmente lo sabe. Ivar... —Grubb miró a su alrededor para asegurarse de que el chico no hubiese regresado—. Ivar es bueno. Ahora no es mucho, pero los cimientos son buenos.

—No comprende en qué se está metiendo. Ni tampoco Veinticuatro.

—¿Lo sabe alguien? La juventud no tiene nada que ver. Hay muchas mujeres mayores que Tabloncito con menos inteligencia que ella.

Wong se preguntó si el comentario de Grubb estaba dirigido contra ella. Su amplio rostro seguía apacible y franco, pero Grubb, decían, sabía todo lo que pasaba en la nave. Aun así, ¿cómo podría saber él qué decisiones eran inteligentes y cuáles no? El conocimiento no era sabiduría. Veinticuatro deCant era bonita, de un estilo descarado, de pelo oscuro y vital. Tenía el lujo de poder elegir. Algunas mujeres tenían que aceptar lo que les ofrecían (o aceptar lo que no se ofrecía).

Wong sorbió el final del café. Estaba frío y amargo e hizo una mueca. Grubb rio.

—Asqueroso, ¿no?

—Oh, no. Dejé que se enfriase demasiado.

Grubb alargó la mano y la tocó en el brazo.

—El mal café no es culpa tuya. —Luego, como si el comentario se lo hubiese recordado, nadó a la urna y llenó su propia taza de cegé—. Dos-Cuatro, viene de Marineris. ¿Sabes cuál es el lema del Estado Libre? —Wong negó con la cabeza y Grubb le dijo—: Aprende o Muere.

Wong se estremeció. La visión del mundo que esa frase daba a entender le desagradaba.

—Es tan... —no se le ocurría una palabra lo suficientemente brutal—... frío.

—También lo es Marte, doctora. También lo es Marte. Allí la temperatura media es de lo peor que hay. Su lema no es una *propuesta*, es un simple hecho de la vida. Tabloncito solo buscaba divertirse un poco, pero, como Ivar, juega con la mano que le repartieron. Ahora aprenderá un poco.

—Un precio muy alto a pagar por el aprendizaje.

—No aprender es más caro. —Grubb agitó la cabeza—. No estamos en LEO, doctora, ni en la Tierra. Usted y yo somos extraños aquí fuera. No les digamos cómo dirigir sus vidas.

Wong se dio cuenta de que no podría persuadir al jefe para ayudar a los dos niños. Para ella, esa aprobación despreocupada de las costumbres marcianas era tan fría como las costumbres en sí, y su voluntad de «dejar que las cosas pasen como pasaron» manifestaba una terrible insensibilidad.

Curiosamente, Grubb pensaba lo mismo de Wong, así que podría haber más de una forma de insensibilidad. No es que él mismo aprobase las costumbres marcianas,

sino que más bien las aceptaba. Creía que él no tenía nada que decir en el asunto. Lo que podría interpretarse, variadamente, como tolerancia a los principios de los otros o como falta de principios propios. Desde ese punto de vista, la disposición de la doctora a entrometerse —siempre por el bien de otro— demostraba un menosprecio fundamental y quizá no del todo involuntario.

El café le quemó la boca y él lo retuvo un momento antes de tragarlo. Pudo seguir el calor hasta llegar al estómago, casi como si ese gradiente de temperatura definiese los límites de sus órganos, como si su propio ser estuviese definido por las sensaciones en su perímetro. Examinando a la doctora por encima de la taza, se preguntó qué había pretendido Fife seduciendo a la mujer. No se le ocurrió que hubiese podido ser un acto de amabilidad, porque Fife no le parecía el tipo de hombre que hacía algo sin considerar las ventajas. Pero que su valoración del hombre fuese casi cierta no implicaba que fuese completamente cierta, y la gente adquiriría realidad en el espacio que mediaba entre casi y completamente.

Grubb quizás hubiese dormido con la doctora por piedad, ya que era de naturaleza amable. Pero al ser siempre un hombre que disfrutaba de los sentidos y permanecer alerta a toda oportunidad, podría ser que la gran diferencia entre Grubb y Fife era que, cuando Fife se aprovechaba, él al menos era consciente de estar haciéndolo. Y, en cualquier caso, pena no es lo mismo que amabilidad. Si algo hubiese podido atravesar a Wong tanto que su tensión superficial se partiese, hubiese sido la pena.

Este es el momento en que podría haber sucedido. En el comedor vacío, Grubb fue lentamente consciente del olor dulzón de Wong, uno compuesto de varias partes de sudor, medicinas, jabones y otros elementos, y que jamás desaparecía del todo por efecto de mezquinos baños de esponja. Y ella, siendo consciente de su mirada, le miró. Eran los mismos ojos que él siempre le había visto; pero en esta ocasión a Grubb le parecieron tan grandes como la luna de la Tierra cuando flota cerca del horizonte.

Volvió a tocarla en el brazo, ella aguardó expectante y luego él dijo:

—Mereces una vida mejor.

Vale. Ya estaba. Eso podría haber bastado. Una palabra amable que llevase al placer mutuo, pero un placer que, al evaporarse, revelaría la pena que lo impulsaba, y eso hubiese destruido a Wong. Fife, a pesar de todas sus taras, no había dormido con ella por *pena*, y por tanto la había inoculado, un poco, contra su terrible necesidad de ser amada. Él era una vacuna, una versión más débil del mal real que provocaba una reacción inmune en contra. Que Grubb supiese que Wong tenía un amante borró la piedad de sus palabras. Que Wong supiese que Wong tenía un amante borró la necesidad de su corazón.

Por tanto, esa felicidad desesperada, temporal y miserable no se produjo nunca —pero podría haber sucedido—; y Fransziska Wong, doctora en medicina, quizá lo sintiese, porque al apartarse de Grubb una muy pequeña sonrisa de alegría, breve pero real, iluminó su rostro.

Cuando esa noche Bigelow Fife se alzó sobre la forma supina de la doctora, experimentó una curiosa sensación de insatisfacción. Por primera vez desde que había poseído a la mujer serpiente en el anillo G abandonado, no sintió euforia, solo el placer habitual que experimentaba con el acto.

—¿Qué pasa? —preguntó la doctora.

—Nada —le dijo, expresando, como siempre, una verdad absoluta. Se fue al aseo, encontró una esponja y empezó a limpiarse.

—Algo te molesta.

Quizás esté enfermo, pensó. Miró a los ojos del espejo, buscando síntomas. Quizás esos cambios de humor que había estado experimentando últimamente fuesen ataques maniaco-depresivos provocados por un desequilibrio en la química cerebral.

—No es nada —le aseguró, refiriéndose a la *nada* que había sentido. ¿Sus elecciones anteriores se habían debido solo al exotismo del extraño cuerpo articulado de Wong? Si así había sido, la familiaridad con sus modos había apaciguado el apetito y señalaba que quizá fuese momento de avanzar... si había alguien con quién moverse.

En el espejo del aseo, a través de la puerta medio cerrada, vio cómo Fransziska Wong salía de la jaula de sueño como una polilla de una crisálida y Fife sufrió una súbita e irracional oleada de deseo. Y allí había otro misterio.

Ya antes había estado enamorado, pero no tan inexplicablemente desde su primer e ingenuo amor juvenil. Veía claramente lo anodina que era Wong: de rostro largo y anguloso; para nada el tipo regordete, pálido y redondeado que uno perseguía en Luna. Exótico, sí; pero el simple exotismo no capturaba el corazón de un selenita. Al contrario, porque allí las convenciones estaban muy bien consideradas. Y sin embargo sentía como si le faltase una parte vital de su ser, que Fransziska Wong sostenía entre sus manos gráciles.

—¿Me amas? —preguntó la doctora.

Fife retrocedió ante la pregunta. La había presentado acercarse, como el doppler de un vagón túnel que se acercaba por el túnel Tycho-Coughlin. La había oído incluso antes de que a Wong se le ocurriese plantearla, habiéndolo extrapolado de casos anteriores.

—No lo sé —admitió lentamente, y para su sorpresa. Fue y se situó en la puerta del aseo—. Ciertamente me preocupo por ti. —Wong sonrió tristemente en respuesta, aunque él había empleado *preocuparse* en el sentido original de *sufrimiento mental o pena*. Y efectivamente, aunque a menudo sentía una alegría ilimitada al encontrarse con ella, un tremendo desaliento se apoderaba de él al irse.

Ahora liberada, Wong se agitó, como un mono, al otro lado de la habitación, para detenerse frente a él. Le quitó la esponja de la mano y le limpió. Fife se estremeció al tacto y su cuerpo saludó el tratamiento.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo mientras le limpiaba—, desde que alguien me amase.

—¿En serio? Solo ha sido media hora —dijo, intentando un chiste que, perversamente, pareció entristecer a su compañera.

—Dame un momento —dijo, sacándole del aseo. Al pasar a su lado, su piel rozó la de él, seca y cálida... lo que le resultó curioso porque normalmente tras hacer el amor, ella, delgada como era, «sudaba como un caballo».

Fife atesoraba puzzles como un prospector de arena vetas de mineral de hierro; así que almacenó la piel seca en una esquina de su mente, junto al hecho de que en esta ocasión no había sentido la euforia lograda en los encuentros anteriores. Confrontó los dos hechos y se preguntó si estarían relacionados.

Wong dijo desde el aseo:

—¿Sueñas alguna vez?

Fife había recogido sus prendas y se detuvo con la cojonera en la mano.

—Vaya, sí. Supongo que sí.

—Cuando era niña —dijo Wong— siempre soñaba que algún día sería una heroína. Taparía un escape mortal en el casco de presión de Goddard, o llevaría a la gente a un lugar seguro, o los cuidaría durante una plaga misteriosa. —En la visión extendida de Wong se encontraban todas las vidas que salvaría algún día, toda la gente a la que confortaría, todos los males que corregiría.

Fife conoció un destello de irritación. No era suficiente haber tenido sexo; ahora quería intimidad.

—Te hiciste doctora —comentó.

—Es lo que siempre me dijeron mis padres —dijo, en tono que Fife no pudo descifrar—. «Si tanto quieres ayudar a la gente, hazte médico y al menos cobra por ello». —Hubo una pausa, y pensando que las revelaciones habían concluido, Fife se subió los calzones y se ajustó la cojonera.

—Se enorgullecían de ser personas prácticas —añadió la mujer.

Fife gruñó. Se preguntó si Wong estaría preparándose para «salvarle» de alguna forma; si ya que no podía salvar a la humanidad se conformaría con un humano.

Cuando Wong salió del aseo un momento más tarde, tuvo la impresión momentánea de que la doctora volaba por el aire como si fuese un ángel guardián. La imagen le hizo gracia, considerando las confesiones anteriores, por lo que sonreía cuando Wong flotó grácilmente para detenerse frente a él. Ella se lo tomó como una bienvenida y lo rodeó con los brazos como una enredadera alrededor de una espaldera.

Wong seguía desnuda, pero se había puesto un lápiz de labios pálido, que, sobre la piel oscura, producía un efecto curiosamente erótico. Él apreció su excitación en la mirada lánguida y somnolienta de sus ojos, en la firmeza de sus pezones casi masculinos apretados contra él, en el calor tropical de su cuerpo, en el ansia del beso que le plantó en la boca. Solo un beso de despedida, le explicó mientras se abrazaban.

Más que adiós, decía vuelve. Fife se sintió crecer, con todos los sentidos activados, por lo que Wong podría haberle acariciado desde la cara oculta de la luna o

susurrado cariños desde las profundidades de Valles Marineris y aun así él se estremecería de deleite. Cuando sus labios se separaron, él tragó aire.

La propia Wong solo pertenecía a medias a este mundo, con su alma alzándose entre fantasías enzimáticas. Los labios se encuentran entre los tejidos más sensibles y, en privado, había tintado el carmín con su neblina.

—Me echarás de menos cuando estemos separados —murmuró ella desde algún punto en lo alto sobre el plano galáctico. ¿Una afirmación? ¿Una profecía? ¿Una orden?

—Sí —dijo él a las tres preguntas—. Mucho.

Después, ya en su camarote, Fife conoció la melancolía que sentía tan a menudo tras separarse de ella. Había sido así con su primera esposa en Alto Coughlin bajo el muro anular de Riccioli. Quizá no tan exquisito —más bien furtivo, torpe y *amateur* — pero el dolor había sido real. Finalmente descubiertos, se habían presentado frente al magistrado con corazones deseosos y llenos de amor y una ridícula creencia en la felicidad eterna. Nadie desde entonces, hasta ahora, había afectado a Fife de la misma forma, y hacía tiempo que había dejado de creer en cosas ridículas.

Aun así, la devoción a la verdad le obligaba a admitir que a menudo el amor se refugiaba en lugares poco habituales. No se necesitaba belleza para su florecimiento. Durante esos segundos eternos cuando el universo se contraía hasta un pequeño nudo de placer y el cuerpo se expandía para llenar todo el universo, la belleza podía aparecer: en una sonrisa, en una mirada, en un gesto, en el tono de la voz. Wong no era hermosa por ninguna medida, pero en algunos aspectos de ella Fife encontraba belleza.

La sysop

Era costumbre en la mayoría de las naves señalar el Día de Viraje con alguna ceremonia. En los grandes trasatlánticos, se celebraban bailes de máscaras y la llegada del rey Júpiter, que venía a gastar bromas joviales a los viajeros neófitos, e incluso en las naves menos lujosas era un día festivo. *El río* siempre había señalado la ocasión con el festín del capitán, presidido y financiado por ese personaje antes agosto. Algunos de los festines de Coltraine habían sido legendarios, e incluso aquellos de los años marcianos compensaban con bullicio lo que les faltaba en elegancia. Últimamente, el festín había dejado de ser tan suntuoso —es más, apenas merecía el nombre— pero incluso Zachary Zackmeyer, tacaño como pocos, había seguido con la tradición.

Por tanto, aunque no sería necesario frenar hasta alcanzar la línea límite diez días más tarde, Gorgas ordenó el Viraje cuando llegaron al punto medio de la gran secante y esa misma noche celebraron la comida tradicional. Le parecía que era necesaria una nota de normalidad.

Había comprado algunas aves preparadas y congeladas en el mercado de Calisto, porque Marta, su fallecida esposa, había preparado un *paprikàs csirke* incomparable, que constantemente buscaba recuperar en su paladar. Podía verlo en su mente, recuperar la alegría, aunque el sabor y olor exactos le eludían. Puede que fuese la *idea* del pollo en lugar de su sabor lo que le causaba tanto placer.

Porque era tanto un símbolo como una comida. Tenía su contexto en sus recuerdos; sus recuerdos venían festoneados con asociaciones. No era tan simple como pollo, paprika y una base de fideos humeantes. Estaba la casa de madera en el *Bakony-hegy*, rodeada de altas coníferas y pájaros combativos. La niebla a primeras horas de la mañana durante el Veranillo después de que las hojas cambiasen de color. Pescar lucios desde un bote en el lago Balatón. Estaba la sensación de libertad y soledad de la voz de Dios susurrando a través de las agujas de los árboles. También estaba Marta, de rostro regordete, con su media sonrisa, tan de mundo cuando, tras una botella de *badacsony szürkebarát* envejecido, ella se acurrucaba contra él bajo la colcha cosida a mano.

También recordaba el roce de su mano, suave y delicado sobre la suya —uno de sus pocos recuerdos táctiles— y de vez en cuando durante un momento de distracción él se frotaba el dorso de su mano y de ese gesto recibía una extraña y melancólica satisfacción.

Grubb siempre hacía lo posible por preparar el pollo al gusto de Gorgas. Se esforzaba con las proporciones, los ingredientes, las temperaturas y todas las artes de la cocina. Y sin embargo el resultado jamás alcanzaba esas comidas que Gorgas recordaba de las montañas Bakony, porque en realidad no recordaba la comida.

Sus invitados se habían vestido con las mejores galas, o lo que pasaba por galas. La Joya de Loto era el pavo real de todos ellos, aunque hubiese sido una gallina, pero

Bhatterji en su sherwani crema hubiese podido hacerle sombra, si el sherwani hubiese cubierto un cuerpo con la mitad de atractivo. La sysop vestía su viejo uniforme rojo y dorado de las líneas Mooncrest con el juego reluciente de broche, pendientes y zapatillas enjoyadas. Había escogido un color de labios y uñas que destacaban, sin igualarlos burdamente, los colores de su uniforme. La doctora Wong y el pasajero entraron juntos ataviados con máscaras de dominó, que producían el extraño efecto de hacerles parecer siniestros. La máscara de Wong era blanca y la de Fife negra, y Gorgas pensó inevitablemente en los pequeños puntos de diferente color que marcaban el yin y el yang. En cuanto a Gorgas... bien, el uniforme de guardia espacial hubiese sido inapropiado, pero vestía una delicada blusa de seda de mangas abombadas y pantalones rectos que podía meter en un par de botas de piel de becerro. El conjunto, sostenido elásticamente en puños, cintura y tobillos, estaba dispuesto de forma suelta, por lo que en general tenía el aspecto de uno de esos animales fabricados con globos infantiles.

Sin embargo, a pesar del aire de festividad, la conversación de la mesa resultó forzada y vacilante, como había sido desde que Gorgas había asumido la presidencia del comedor de oficiales. Se produjeron largos silencios, solo rotos por el repiqueteo de la cubertería, la alabanza habitual y obligada a la comida (dirigida a Grubb cuando realizó su breve aparición) y las gracias igualmente obligadas (dirigidas a Gorgas). Bajo la presidencia de Hand, las comidas de oficiales habían sido asuntos más animados, punteadas a menudo con canciones e historias. Pero Gorgas era en general un hombre más reservado, y parte de esa reserva se había derramado sobre la mesa hasta enredarse en el pie de La Joya de Loto.

Él, Gorgas, había servido en la Guardia Espacial Europea, había rescatado yates en LEO, interceptado contrabandistas en la larga órbita; pero a veces olvidaba de qué forma la personalidad de un capitán afectaba al tono de la mesa, incluso en un transporte civil. Se perdía tan a menudo en sus pensamientos que podía no ser consciente del silencio deferente que le rodeaba.

—El receptor vuelve a funcionar —anunció La Joya de Loto, y como indicación de la tranquilidad reinante, a los demás les llevó varios momentos registrar las palabras como algo más que un silencio ligeramente más alto. Corrigan fue el primero en reaccionar.

—¿Podemos enviar una señal de socorro?

Eso llamó la atención de Satterwaithe.

—No es necesario. —Y dedicó a su superior nominal una mirada de complicidad.

La Joya de Loto dijo:

—No, solo recepción. Todavía no hay transmisión.

—Entonces, ¿has oído algo? —preguntó la doctora Wong—. ¿Ha habido algún mensaje?

Y eso apartó de la comida la atención de Bigelow Fife. Como invitado del capitán se sentaba a la derecha de Gorgas y para variar había estado disfrutando de la textura

de la carne real. Había pasado mucho tiempo desde que comiese algo que no fuese cárnico. Sin embargo el croar de la voz de Wong sonaba como campanas en sus oídos y se volvió hacia su amor como una flor hacia la lámpara solar.

—Podría haber un mensaje para mí —dijo—. Mo-Mo debe de estar preguntándose dónde me he metido.

—Oh, no —dijo La Joya de Loto—. No he sido clara. No había mensajes *para* la nave. Debido al vuelo inercial estamos muy lejos del plan de vuelo y no puedo enviar nuestras coordenadas actuales. Pero intercepté alguna cháchara de nave a nave y una de las emisiones regulares.

—¿Qué noticias? —preguntó Wong.

Fue una maravilla cómo todos se inclinaron para oír. Quizás hubiesen echado tanto de menos la radio como a los motores.

—Bien, ha habido elecciones en Marte —les dijo La Joya de Loto—. Alguien llamado Opdyke es el nuevo director general de Vasto Syrtis.

—Tantalus Opdyke —ayudó Fife.

Corrigan puso cara larga.

—¿Qué importa el tirano que elijan los marcianos? Por como señorean sobre el Cinturón, que pertenezca al partido Rojo o al Verde no tiene importancia...

—Excepto quizá para los marcianos —sugirió Fife con el tono racional de un espectador—. Los asteroides no son que digamos auto-sostenidos. Se precisa más diferencia de velocidad para ir de roca a roca que para caer hacia Marte, o incluso Luna. Si el Cinturón se independizase de Marte, ¿de dónde sacarían el nitrógeno y...?

—He escuchado todos los argumentos —le cortó Corrigan—. Aun así digo que un marciano es un maldito...

—Veinticuatro deCant es marciana —le advirtió Wong.

—Quizá, pero tuvo la inteligencia de enseñarle la suela de las botas a ese lugar.

—Veinticuatro viene del Estado Libre Marineris —les dijo Ratline—. No se llevan con Syrtis.

—¿Qué más interceptaste? —preguntó Bhatteji a La Joya de Loto. Él mismo no daba demasiada importancia a los políticos, marcianos o no—. Es la temporada de la Copa del Sistema Interior...

Satterwaithe puso los ojos en blanco, pero La Joya de Loto, quien también disfrutaba de los deportes, informó que Vieja Europa había ganado la corona de LEO y se enfrentaría a L4 o al campeón geosincrónico. Bhatteji rio y entrechocó las manos.

—¡Arriba Europa! —dijo, y le enseñó un dedo a Fife—. Y eso por L-Cuatro.

El solucionador parpadeó.

—Debe de estar confundiendo L-Cuatro con Luna. Los selenitas no juegan a rebote.

—No. —Ratline puso mirada lasciva—. El deporte nacional es pasearse por ahí desnudos.

Fife empezó a decir algo a propósito de la vitamina D y las lámparas de las conejeras; y Satterwaithe, con una dubitativa mirada al repulsivo cuerpo pálido de Fife, dijo:

—Demasiada información.

—Oh, es una visión de la que algunos podrían disfrutar. —Ratline había estado comprobando su alijo, y le fallaba un poco la puntería. La sonrisa de superioridad que envió a Bhatteji golpeó sin embargo a Fransziska Wong.

La doctora saltó de la mesa y flotó casi hasta el techo nominal antes de pensar en detenerse.

—Yo —dijo—. Yo —mientras los otros la miraban boquiabiertos, asombrados, y esperaban por el verbo.

—¿Dijo que había mensajes de naves?

Gorgas se había mostrado como un hombre tan silencioso, que durante un momento maniaco nadie en la mesa pudo precisar exactamente de dónde había venido la pregunta. Se miraron mutuamente en confusión hasta que, siguiendo a Fife, se volvieron hacia la cabeza de la mesa.

—Sí —dijo La Joya de Loto, recuperándose—. Varios mensajes nave a nave y algunos con puertos. Algunos estaban demasiado lejos para recibirlos con claridad, pero la IA realizó mejoras digitales y...

—¿Podría verlos? —Gorgas podía pedir todo lo que quisiera, pero siempre sonaba a exigencia. No podía evitarlo; era inherente a sus patrones de habla. La Guardia era un cuerpo tan bueno como cualquiera que hubiese patrullado una costa, pero las convenciones amables eludían a sus graduados.

—Llevaré el conector de datos en una hora —dijo La Joya de Loto.

—Y el nuevo cálculo sobre Arrecife del Forastero. Sigo esperándolo.

La Joya de Loto había olvidado por completo la petición de Gorgas. Se ocupaba de sus tareas en el mismo orden que las recibía, y por tanto la de Gorgas había pasado directamente al fondo de la pila de cosas a hacer, tras la reparación de las antenas, bajo la ayuda a Corrigan y los otros con las velas. Así que supo abruptamente a partir del tono de impaciencia amable de la voz de Gorgas que le había decepcionado gravemente.

—Oh —dijo—. No está, eh, terminado.

—¿Arrecife del Forastero? —dijo Corrigan, confundido por igual por la petición de Gorgas y por la reacción curiosamente defensiva de La Joya de Loto.

—Nuestro rumbo no pasa para nada cerca de Arrecife del Forastero —dijo Satterwaithe con benigna certidumbre. La opinión de Gorgas sobre Evan Hand era como nada frente a la opinión que Satterwaithe tenía de Gorgas.

—El empuje de la nave a partir del cinturón de radiación —dijo Gorgas después de dar un trago al ponche de frutas—, ha estado añadiendo una deflexión constante, situando nuestra posición estimada cerca del margen de error en la verdadera posición del Arrecife.

—Pero no *dentro* del margen de error —insistió Satterwaithe.

Gorgas sufrió un espasmo de irritación. Planificar requería contingencias, no certidumbres. Espera a estar seguro y has esperado demasiado. Satterwaithe era adecuada organizando. Asignándole un objetivo podía sacar recursos del mismo vacío del espacio para cumplirlo; pero para ella el establecer los objetivos era magia negra. No es de extrañar, pensó Gorgas con satisfacción personal, que le hubiesen quitado el cuarto anillo del puño.

—La posición verdadera y su margen de error esperan el análisis del señor Corrigan sobre el paso joviano más reciente.

Y ahora fue el turno de Corrigan de ponerse a la defensiva.

—Ha habido... dificultades con los cálculos. —Podría haber añadido que había pasado el tiempo subversivamente en un proyecto clandestino, pero no parecía buena política—. Dificultades —volvió a decir, y su forma de hablar tan curiosa dotó a las palabras de un augurio ominoso.

—Bien, no corre prisa —concedió Gorgas. Pensando en los algoritmos y filtrados de datos necesarios, Gorgas no conseguía encontrar ninguna dificultad más allá del aburrimiento absoluto de sentarse y realizar los cálculos; pero él no había desarrollado el problema en persona, por lo que concedió a su primero en funciones el beneficio de la duda—. Es solo una contingencia que me gustaría desechar.

Corrigan se limpió los labios y saltó de la mesa de esa forma extraña y articulada de los astronatos.

—Me pondré a ello de inmediato —dijo. Y salió del comedor, seguido momentos más tarde por La Joya de Loto.

—Arrastre en el cinturón de hobartio —dijo Satterwaithe a Gorgas—. ¿Y no consideraste adecuado decírnoslo?

—Es más que evidente —respondió el capitán con genuina sorpresa—. Has estado realizando las medidas diarias, ¿no? Entré en el tanque de trazado y... Oh. —Le había llegado otra idea—. Puede que sea preciso calibrar el amperímetro. La corriente medida en el cinturón es demasiado baja para explicar la deflexión observada. Quizá deberíamos comprobarlo, señora segunda.

Satterwaithe también se levantó de la mesa.

—Quizá lo haga yo. —Sabía muy bien, ahora que lo habían comentado, que la deflexión extra debía de ser producto de la corriente arcaica inducida en las velas por el campo magnético del cinturón, por lo que a ella la orden de Gorgas le sonó extremadamente ladina; como si Gorgas lo supiese todo sobre el proyecto de la vela, y empleaba esa forma retorcida para indicarle que lo sabía. Con un gesto recogió a Ratline y los dos salieron tras los demás.

Bhatterji tamborileó sobre la mesa con los dedos. No podía comprender por qué Gorgas había retenido la información sobre Arrecife del Forastero —¿o realmente el hombre se limitaba a olisquear posibilidades remotas?—. Le parecía a él que Gorgas podía encerrarse en extraños reductos de probabilidad y obsesionarse demasiado con

lo *posible* en lugar de lo *real*. Se preguntó si la amenaza de Arrecife del Forastero podría estar destinada a alentarle a acelerar la reparación de los motores.

—Quizá sea mejor que vaya a dedicarme a la reparación de los motores —dijo con sequedad—. Por si acaso.

Gorgas, quien había vuelto a la comida, dijo sin molestarse en levantar la vista:

—Claro.

Confirmada su suposición, Bhattejri se apartó. En cegé, era imposible lanzar la servilleta a la mesa, pero el ingeniero consiguió una imitación pasable de salir indignado de la sala.

Gorgas no había esperado que todos abandonasen tan precipitadamente el pollo a medio comer, por lo que cuando volvió a levantar la vista del plato, miró a la mesa vacía preguntándose adónde se había ido todo el mundo. Se había limitado a preguntar amablemente si habían estado haciendo su trabajo. Se volvió hacia el pasajero.

—Aprecie, señor Fife, el poder del puesto. Mi primer capitán me lo dijo, y no le creí; pero ahora compruebo que es cierto. Un simple comentario del capitán se considera una orden inmediata.

Fife, que no había visto tal cosa, frunció el ceño y dijo:

—La nave tiene problemas.

Gorgas rio.

—Oh, no hay razón para preocuparse, señor. Un buen capitán siempre piensa por adelantado; siempre considera las posibilidades. Los motores funcionarán pronto.

Pero Fife agitó la cabeza, porque no se había referido a eso. Estirando el cuello comprobó que Wong seguía flotando cerca del techo como el globo de helio de un niño perdido en una fiesta. Sonrió a la mujer y la promesa de sus labios incluso mientras se daba cuenta en qué medida, con esos grandes y largos brazos suyos, se parecía a una mantis religiosa.

'Abd al-Aziz Corrigan, agitado por el conocimiento de su abandono de las funciones, buscó el santuario de su camarote, donde el orden tranquilizador le calmaría. Los libros y carretes, alineados en los estantes como escolares; la jaula de dormir, plegada y apartada; la alfombra de oración, ahora sostenida al suelo con alfombrillas fijadoras pero orientada exactamente en dirección a la Tierra, y por tanto, a la Meca; el espejo, el cronómetro, la lámina firmada con la elegante caligrafía de Michael Shumar, todo precisamente alineado con paredes y suelos. Un mundo de ángulos rectos y, por tanto, un mundo en el que todos los ángulos son correctos.

Pero apenas se había balanceado por las barras de cegé hasta la eslinga cuando la puerta se abrió tras él y La Joya de Loto invadió su espacio con su furia, su agitación y su desorden.

—¡Cómo pudo hacerme eso! —gritó—. ¡Oh, siento tanta vergüenza!

Corrigan se volvió hacia ella.

—¿Eso es todo lo que oíste? —respondió—. ¿Tu vergüenza?

La Joya de Loto se detuvo como un pez en medio de la habitación, con la boca abierta como si tragase aire. Había esperado acuerdo, y simpatía y conmiseración mutua. No había esperado furia, y menos aún decepción brutal. Oh, Corrigan podía ser cortante, pero La Joya de Loto no se había encontrado antes bajo el borde cortante.

—Yo... Bueno —dijo—. Efectivamente, el capitán también te avergonzó a ti, pero...

Pero Corrigan no estaba interesado en quién había avergonzado a quién. El pecado era la negligencia. La vergüenza no era más que parte de la pena. Que solo explicaba una pequeña parte de lo que dijo a continuación, porque Corrigan era un hombre que creía en el castigo y, habiéndose Gorgas enterado del abandono de sus funciones, el navegante estaba decidido a flagelarse él mismo con escorpiones.

—¿Eso es? —dijo con desprecio—. ¿Eso es todo? ¿Cómo te *sientes* tú? ¿De verdad eres tan estúpida?

El escorpión era, evidentemente, la furia de su amante.

La Joya de Loto consumía la vida haciendo felices a los demás, pero el que se tendiese a menudo de espaldas no la convertía en un felpudo.

—No soy más estúpida que cualquier otro en esta habitación —respondió, devolviendo veneno por desprecio.

Pero el veneno no es nada para una serpiente.

—¿Arrecife del Forastero? ¿Gorgas quería la posición de Arrecife del Forastero y *tú no encontraste tiempo para calcularla*? —A pesar del *crescendo*, había demasiadas alfombras y tapices para que rebotasen las palabras, lo que estaba mal, porque con eco quizás él hubiese oído cómo sonaban.

Incluso entonces, La Joya de Loto no comprendió la intensidad de la reacción de Corrigan. Ella no era navegante y no sabía nada de ese cuerpo bravío y notoriamente excéntrico. Un roce posible con un cuerpo congelado significaba menos para ella que este roce con un hombre congelado.

—No es que a ti te saliese una joroba analizando el paso joviano —dijo—. Gorgas no me dijo que fuese importante. Siempre está lanzando esos trabajitos suyos. La semana pasada me asignó media docena.

—¿Alguno de los otros —dijo Corrigan con una voz como un metrónomo— está relacionado con la navegación de la nave?

Era una especie de reprimenda de Möbius: de un solo lado y retorcida sobre sí misma. Lo único que Corrigan podría haber dicho para establecer la paz entre ellos era reconocer su propia culpa, porque la unilateralidad de su acusación importaba más a La Joya de Loto que su injusticia.

—Bien, vale —respondió la sysop—. Acabo de reparar el receptor. No he estado *malgastando mi pifiado tiempo*.

El *non sequitur* confundió a Corrigan, quien alzó los brazos y se movió para abrazarla; pero Satterwaithe y Ratline, con un sentido impecable de la oportunidad,

escogieron ese momento para llamar a su placa hoígh. Y estuvo bien, antes de que Corrigan descubriese lo poco que un abrazo serviría para hacer las paces.

Los dos se quedaron flotando en la habitación mirándose. Si las miradas no eran exactamente de odio, tampoco eran ya de amor, lo que no dejaba de ser terrible, porque el frío del amor perdido puede ser más mortal que la burbujeante vitalidad del odio. Donde hay movimiento —incluso en vuelo— se puede producir un cambio de dirección. Es la inmovilidad la que te deja en un punto fijo e inalterable.

Todavía había tiempo. Algunas palabras estaban dichas, pero todavía eran posibles otras. Corrigan no tenía que responder a la placa hoígh, pero lo hizo, y Satterwaithe y Ratline penetraron en la habitación cabalgando sobre una oleada de quejas. Quizá pensó que dejar entrar a los otros sería como insertar una barra de carbono en una pila, moderando una reacción que se acercaba al punto crítico. Que ni él ni La Joya de Loto estuviesen dispuestos a continuar con la discusión delante de los demás simuló una especie de paz entre ellos. Corrigan podía tomarla por paz real, si así lo deseaba; pero hubiese sido mejor haber permitido que la reacción se completase. No hay nada mejor que una explosión para vaporizar la maleza y mostrar la topografía subyacente. La Joya de Loto, en particular, se preguntaba por qué había escogido él la palabra *estúpida* en lugar de cualquier otro epíteto. Esas cosas tenían grados. Algunos cortes eran más profundos que otros.

—He comprobado el tanque de trazado —anunció Satterwaithe sin preámbulo. No indicó ser consciente de la tensión en la habitación—. Gorgas está fumando algas si cree que corremos peligro de chocar contra Arrecife del Forastero. Nuestro rumbo está bastante fuera del margen de error.

Corrigan no sabía escudriñar el corazón humano —no era Okoye, ni deCant—, pero al estar atrapado como los iones de Bhatteji entre un superior que no codiciaba el puesto de capitán y un subordinado que sí, no podía evitar ser consciente de las fuerzas que actuaban a su alrededor. Satterwaithe asumía con demasiada suficiencia que las cifras estaban bien porque apoyaban la respuesta que quería.

Pero Corrigan, que sabía lo frágil e incierta que podía ser una cifra, no atacó a Satterwaithe como había atacado a La Joya de Loto. En su lugar, respondió tan impersonalmente como siempre:

—Si el margen de error es correcto; y si las barras de error están centradas en la posición real.

La mujer mayor se envaró y las líneas de su rostro se endurecieron (aunque nadie jamás las había considerado especialmente suaves).

—Creía que esos cálculos ya estarían terminados —dijo con dulzura—. Especialmente con vosotros dos trabajando *tan* de cerca.

Corrigan se retiró a la truculencia.

—Apliqué la regla de Bhatteji: si el capitán lo quiere *realmente*, lo pedirá dos veces. —No consideró en ningún momento cómo le sonaría eso a La Joya de Loto... que acabase de ofrecer precisamente la excusa que se había negado a aceptar de

labios de la mujer.

—¿Ahora los *ingenieros* nos dan lecciones? —dijo Ratline.

Satterwaithe silenció al jefe de carga con una mirada y se volvió hacia Corrigan.

—¿Cuánto tiempo llevará esa petición de Gorgas? —preguntó—. Necesito que calibres los collares indicadores para la vela mayor.

Corrigan, aunque controló el tono, se aferró al detalle técnico como un náufrago a los restos del naufragio.

—¿Por qué los collares indicadores?

—Hay que cablear todo el conjunto de sensores —explicó Ratline—. Justo esta mañana terminé la comprobación.

Corrigan exhaló, frustrado. Todo este proyecto estaba llevando más tiempo y consumiendo más recursos de lo que había esperado. Originalmente, había considerado exclusivamente desplegar el foque para ganar más tiempo de reparaciones. Eso podría haberse hecho cuatro días atrás, pero con la obstinación del universo al enfrentarse a planes humanos, el foque había resultado ser inútil: marcado y envenenado por la radiación solar. Ratline la había identificado como la vela original, jamás reemplazada porque nadie se había tomado en serio el estatus híbrido de la nave.

—¿Cómo afecta el cableado a nuestros planes? —preguntó Corrigan.

Satterwaithe se encogió de hombros.

—Lo retrasa tres días más. Es por eso que tenemos que trabajar, trabajar, *trabajar*.

—No nos servirá de nada si Bhatteji acaba antes de que nosotros podamos lanzar amperios.

—Cuéntame algo que no sepa.

Ratline no comprendía las obsesiones de Genie y la serpiente, aunque comprendía que eran diferentes. A él no le importaba si la vela se desplegaba antes o después de que se arrancasen los motores, aunque la idea de metérsela a Bhatteji le atraía. Tampoco le importaba demasiado si la vela ofrecía lo que hacía falta para salvar la nave. En su interior, puede que ni siquiera le importase si la nave se salvaba o no. Solo había algo importante, y era volver a ver el gran bucle de la vela mayor reluciendo una vez más. Todas las noches la visión se alzaba frente a él cuando cerraba los ojos y ahuyentaba los otros fantasmas.

La nave sería carenada y desmantelada cuando llegase a Galileo. Ratline lo tenía claro. Le parecía que los otros también aunque nadie lo había comentado. Este tránsito sería el fin de la nave *El río de las estrellas*, y si debía acabar, debía hacerlo bajo una vela. No porque sirviese de algo, no porque le diese esplendor, sino solo porque sería lo correcto. Sabía lo que había que hacer, y se aseguraría de que se hiciese. En su estilo pragmático, Ratline era tan romántico como Grubb.

—Necesitaremos... —Satterwaithe abrió su ordenador y con el lápiz mostró un informe—. Necesitaremos... Aquí está. Treinta y tres ménsulas Kandle...

—Treinta y tres —dijo Corrigan.

Satterwaithe lo miró.

—Podemos recuperar diecisiete de los sensores. Moth los ha indicado en verde. Además, se puede usar esa deriva Oberndorf que recuperamos del foque podrido... De los divisores de corriente ya sabíamos... Dos carretes de I/R fibrop... Y un carrete y medio de hobartio ffg, grado XV o mejor.

Olvidada en medio de la tecnojerga estaba La Joya de Loto, quien no estaba acostumbrada a que la olvidasen y que no disfrutaba de la experiencia. Satterwaithe y Ratline eran quizá las únicas dos personas a bordo capaces de pasar de la sysop; y Corrigan, cuando se sumergía en una tarea, podía volverse muy obsesivo. Podía mantener la definición clara del problema, su distanciamiento frío y, sobre todo, su cómoda masa de datos como escudo contra otros problemas menos definidos, más cercanos y menos objetivos.

Pero entrando tanto en el tema que Satterwaithe había sacado, dejó su pelea con La Joya de Loto en suspenso y ella no podía tomárselo más que como otro desaire deliberado. Se equivocaba —no era deliberado— pero quizás eso fuese peor. De haber sabido Corrigan lo que hacía tal vez hubiese conseguido pararse.

La Joya de Loto prestó atención a la discusión. No podía hacer mucho más. Para empezar, los otros se encontraban entre ella y la puerta. Además, esperaba un hueco en el que poder recuperar la atención de Zizzy y terminar lo que había empezado. Pero mientras esperaba, la habitación penetró en su consciencia, lo que no era tarea fácil para una habitación. Vio las cajas ordenaditas en fila. Vio las láminas en la pared. Vio cómo el mismo Corrigan, flotando en el aire, parecía alinearse de alguna forma con esas coordenadas rectilíneas. Horriblemente, el cronómetro analógico que había detrás de él proclamaba las 6.00. Lo único *curvo* eran las curiosas letras serpenteantes en una de las láminas —y ella misma—. Empezó a preguntarse si no estaría de más en una habitación así.

De hecho, lo estaba; porque en todas las otras visitas su lugar había estado en el centro de las cosas. Ahora ella se encontraba en la periferia, y eso le ofrecía una perspectiva diferente. Examinó la alfombra de oración pegada al suelo y recordó cómo, con gran trabajo y precisión, Corrigan la reposicionaba cada pocos días cuando la posición de la tierra cambiaba lo suficiente en el tránsito de la nave. Lo que no podía recordar era haberle visto rezar en ella.

Cuando llegó el momento de poder intervenir, no fue la abertura que había esperado. Satterwaithe había repasado la lista y mencionó los requerimientos de hobartio y La Joya de Loto recordando de pronto dijo:

—¡Oh!

Eso atrajo todas las miradas y volvió a situarla en el centro.

—Lo olvidé —dijo—. Recibí una notificación de fin de reserva de Nave. No quedan más que dos bobinas, y están dedicadas a Bhattejji.

Satterwaithe la miró a través de lo que parecía una distancia enorme.

—¿Y esperaste hasta ahora para decírnoslo? —Satterwaithe no tenía a la sysop en gran consideración. No tenía a mucha gente en gran consideración. En sus momentos más sinceros, ni siquiera tenía una gran opinión de sí misma.

—Bueno, ¡lo *olvidé!* —dijo La Joya de Loto—. Estaba preparándome para la cena, el mensaje de *Younger Boyle* acababa de llegar y...

—Sí —dijo Satterwaithe—. Siempre hay algo.

—Bhatterji malgasta —dijo Ratline—. Debería haber hobi de sobra, pero siempre usa más del necesario.

—¿Esa es la razón? —preguntó Satterwaithe.

—No importa la razón —dijo Corrigan—. De haberlo sabido antes de la cena, ¿qué podríamos haber hecho?

—Se me ocurren un par de cosas —dijo Ratline.

—¿Qué? —dijo Corrigan—. ¿Apuñalar a Bhatterji?

Satterwaithe empalideció ante ese recordatorio y el rostro de Ratline se oscureció. Se inclinó hacia Corrigan.

—¿Te crees muy listo, pifiada serpiente? ¡No sabes de qué hablas! ¡Si las costillas de un hombre han querido alguna vez acero entre ellas, fueron las de ese amante de niños!

—Bien —le dijo Corrigan con calma—, intenta esperar hasta *después* de que haya reparado la nave.

Ratline se disparó; lanzando el rostro hacia delante.

—*Nosotros* vamos a reparar la nave. ¿Recuerdas?

—¿Sin más hobartio? —le preguntó Corrigan amablemente.

—¡Entonces la elevaremos sin el pifiado conjunto de sensores! ¡Vela libre!

—¿Hacia Autopistas Júpiter sin conocer la situación de la vela? ¿Hacia *esa* magnetosfera?

Ratline estaba listo para saltar contra el primer oficial. Tenía los dedos doblados como garras. Y Corrigan aguardó para recibirle, porque hay una forma de combate entre las serpientes de los asteroides, nacida en parte de las artes marciales del Oriente terrestre y en parte de las características únicas de la caída libre, y se encontraba en un estado mental tal que apreciaba la idea de pelear. Pero a él y a Ratline los distrajo el suspiro de Satterwaithe.

Fue muy largo, ese suspiro, y reclamó su atención. Parecía seguir y seguir, con cada partícula de aliento siseando al expulsarse. Es más, pareció quedar desinflada y los ojos adoptaron un lustre apagado, como si se hubiese apagado la lámpara que siempre había brillado tras ellos. De haber habido aceleración, hubiese caído pero, como estaban, se limitó a flotar flácida en el aire.

—'Dul tiene razón —dijo—. Si simplemente estuviésemos retrasados, podríamos habernos puesto al día; pero si Bhatterji ha reclamado todo el hobartio... —Miró con furia a La Joya de Loto como si la sysop fuese personalmente responsable; pero no pudo mantener la mirada y apartó la vista para dirigirla a una lejana esquina de la

habitación—. Había esperado... —susurró—. Había esperado... —No dijo qué había esperado, pero Ratline, con asombrosa ternura, dijo:

—Lo sé.

Corrigan se giró para mirar la pared de su camarote, indicando con esto que todos deberían irse; pero al girarse vio frente a él el holo de su viejo cuatro, *Ciudad de Amman*. Era una nave simple —solo un chasis tirando de una cadena de contenedores de carga— pero encantadora a su modo. ¿Qué podría reemplazar al asombro de trabajar en la cofa reparando un motor de obenque atascado, en lo alto del mástil sobre un océano negro de billones de años luz de profundidad? No el acto de alimentar depósitos de boro a un motor siempre hambriento. Nada podía, a este lado de la muerte.

Flotó allí, inmóvil durante un buen rato, y después los demás recordaron cómo había parecido ir a un lugar aparte, como si el resto del mundo hubiese dejado de existir. A Satterwaithe le asombró su quietud. Era como si no fuese el primero en funciones el que se hubiese detenido, sino el tiempo mismo. La Joya de Loto notó la inmensa melancolía del rostro, y fue extraño que la percibiese porque el rostro de Corrigan no era especialmente expresivo, endurecido por los mejoradores cutáneos microbóticos. Incluso pensó, como admitió más tarde, que la melancolía surgía de la pelea anterior. Ratline... ¿Pero quién sabía lo que pensaba Ratline?

Cuando finalmente Corrigan habló, lo hizo sin volverse, y si los tres invitados ya habían empezado a derivar hacia la puerta, el nuevo tono de su voz los detuvo.

—Bhatterji es bueno —anunció—. Al diablo lo que le corresponde, conoce su oficio. ¿Dos motores reventados? ¿Improvisar piezas que no tiene? ¿En diecinueve días? Incluso si fracasa le felicitaré. —Se dio la vuelta con la gracia fácil de un astronato y Satterwaithe se maravilló del hombre que ahora la miraba, como si algo nuevo hubiese surgido de la crisálida que había sido—. ¡*Pero podría fallar!* No le deseo mal, pero solo Alá sabe lo que pasará. La prudencia, si nada más, exige que sigamos. Como dice Hadith: «Confía en Alá, pero ata tus camellos».

—O —respondió Satterwaithe con un retorcimiento sardónico de los labios—. Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

Fue extraño, pero hasta este momento él y Satterwaithe no habían sido realmente compañeros en la empresa subrepticia. Lo más habitual era que se enfrentasen. Sin embargo, ahora les unía un lazo súbito y extraño. Los dos lo sentían, y los dos se maravillaban de él.

—Genie —dijo—, estudia los métodos de control del proyecto. Mira qué puedes modificar. Eres la organizadora de esta bañera. —Y en verdad, admiraba la habilidad de la tercera para reunir cosas. Si Gorgas sobresalía en el ajedrez, Satterwaithe había dominado los puzles.

—¿Y qué hay del hobartio? —preguntó La Joya de Loto.

—Puedo retrasar cualquier tarea que requiera hobartio —reflexionó Satterwaithe en voz alta—, y más tarde alterar la secuencia de tareas, cuando consigamos un poco.

Si Bhattherji fracasa, incluso podremos canibalizar los motores.

Corrigan se mostró escéptico.

—Sobre el cuerpo muerto de Bhattherji.

—Eso puede arreglarse —dijo Ratline con alegría—. Pero ¿por qué esperar? Hay hobi en el cinturón de radiación y en las antenas de comunicaciones.

—¡El cinturón no! —dijo Satterwaithe—, si hay una tormenta...

—¡Las antenas no! —dijo La Joya de Loto—, si hay un mensaje...

—Un momento... —Y Corrigan alzó las manos hacia un silencio tan total que por un momento pensó que tenían poderes mágicos—. Moth, no toques el cinturón si puedes evitarlo. La intensidad de tormentas a esta altitud es habitualmente baja; pero con la suerte que hemos tenido, sufriremos la tormenta del siglo mientras el cinturón esté suelto. JL, no puedes transmitir nada, ¿no? —Apenas esperó el asentimiento—. Y tú misma necesitas hobartio para las reparaciones. Por tanto... Moth, ve y canibaliza lo que queda del transmisor, lo que el derrame de litio no haya destrozado, pero no toques los receptores o los radares. Nos harán falta los radares para tomar lecturas al aproximarnos a puerto Galileo. ¿A menos que quieras recorrer el Paso de Io sin medidas de posición o sin poder oír los informes meteorológicos...? No lo creía. Comprueba las zonas abandonadas de las cubiertas principal e inferiores, especialmente el sollado. Puede que todavía quede algún equipo inútil con circuitos de hobartio. JL, pásame los datos que te entregó Gorgas. Yo concluiré los cálculos de navegación y, o disiparé sus temores o... —Y en ese punto logró una sonrisa torcida—. O añadiré más prisa a nuestro trabajo.

—Podríamos ir más deprisa si tuviésemos más manos —dijo Satterwaithe.

—¿De quién? —preguntó Ratline.

—Eaton Grubb siempre canta sobre el pasado —sugirió Corrigan.

—¿Qué hay de Gorgas? —preguntó Satterwaithe.

Durante un momento extraño, Corrigan creyó que la mujer había propuesto al capitán como miembro adicional del equipo. Al comprender su error, rio, lo que sorprendió al jefe de carga y confundió a las otras.

—Si Gorgas puede preocuparse de algo tan remoto como rozar Arrecife del Forastero, apreciará la necesidad de un plan B. Ya sabes cómo es, Genie. Nunca se contenta con una sola contingencia.

—Pero él es un...

—Es un hombre de Farnsworth. Pero también es el capitán de *El río de las estrellas*. No creo que rechace un plan de apoyo. Primero examinaremos el estudio de viabilidad, basándonos en la cantidad de hobartio que Moth pueda encontrar, luego se lo llevaremos a Gorgas. Si Moth no puede encontrar suficiente para concluir el trabajo... —Se encogió de hombros—. Podremos cruzarnos de brazos sin haber hecho ninguna promesa.

—Hablaré con Eaton —dijo La Joya de Loto, aunque se lo dijo a Satterwaithe. Seguía sin hablarle a Corrigan.

—Y yo mataré a Bhattherji —dijo Ratline. Luego rio a través de dientes desiguales—. Solo bromeaba —les aseguró y volvió a reír—. Disculpadme mientras me voy a explorar.

Después de que Ratline se fuese, La Joya de Loto, con voz mucho más baja, dijo:
—A veces Moth me da miedo.

Corrigan y Satterwaithe intercambiaron miradas sobre el cráneo tachonado de La Joya de Loto y cada uno vio la misma verdad en los ojos del otro.

Después, Corrigan buscó algo de calma en las palabras. *Los pensamientos de Khalil el-Hikri* eran sutiles y difíciles de seguir, tan complejos a su modo como la caligrafía de Shumar. El *saj* exigía mucha atención y a menudo quería decir algo completamente diferente leído en otro momento, y aun así Corrigan descubrió que sus ideas se alejaban de la poesía exigente y resonante. ¡Se había enfrentado a Satterwaithe y había ganado! Al menos creía haber ganado. Sin embargo, había aprendido algo, y era que el liderazgo significaba asegurar la cooperación de los demás y no solo su obediencia.

Solo gradualmente fue consciente de que había alguien más en la habitación. No pudo precisar cuándo lo supo, pero la consciencia fue lenta, incrementándose infinitesimalmente. Un diminuto incremento en el calor de la habitación. El susurro apenas oído de una respiración. La extraña presión de la inmanencia que se dice sienten los ciegos.

Se apartó del libro para encontrarse frente a él con la élfica y extraña ayudante de Bhattherji. La apreció tan súbitamente que tuvo la impresión de que se había materializado en el aire.

—No oí la placa hoígh —dijo después de un momento—. ¿Cómo has entrado?

Miko le examinó con un aire inquietante de gesto valorativo, como si le estuviese sopesando en un platillo.

—Tú y tus amigos vais a salvar la nave usando la vela magnética —dijo al fin.

Se cuenta una historia sobre Corrigan el niño. Un pariente que visitaba el complejo familiar de los Corrigan en Palas le había mostrado holos de la Tierra. Uno era de un rebaño de ovejas en un pasto cerca de As-Salt, en las colinas sobre al-Quds, entre las que pastaba una oveja de lana negra. El tío había reído comentando:

—Bien, esa es la verdadera «oveja negra» de la familia.

A lo que Corrigan el joven había respondido:

—El vellón es negro por *este* lado...

Es decir, a Corrigan se le daban bien los hechos y rara vez iba más allá, lo que resultaba ser simultáneamente su punto fuerte y su debilidad. Y por tanto sabía dos cosas sobre Miko y desconocía una tercera.

La primera era que Miko de alguna forma había sabido del plan B, y se preguntaba si Bhattherji había enviado a la chica para disuadirle. Pero luego se le ocurrió que sería un comportamiento muy extraño para Bhattherji. Para la intimidación, un patán es más efectivo que un elfo.

A menos que la hubiese enviado para seducirle, y persuadir así las partes bajas de Corrigan para convencer a la superior. Los grandes ojos de Miko combinaban inocencia y juventud con la dureza de la maduración a destiempo. Todavía vestía prendas andróginas pero, mientras que otros podrían considerarla una niña, los asteroideanos se casaban a los dieciséis, o a los catorce, por lo que en el marco de referencia de Corrigan ella era mayor que para los nacidos en la Tierra. «Marido en lo alto» como decían en el Cinturón. Pero también había algo en su postura; como si para ella también el tiempo hubiese fluido a un ritmo diferente, y bajo su corazón los años se hubiesen acumulado más rápido de lo debido. Quizá si la pelea con La Joya de Loto no hubiese sido tan reciente, Corrigan podría no haber notado a la Miko mujer; pero así era y así fue.

Lo segundo que Corrigan sabía sobre Miko era que ella creía que el plan tendría éxito. Había dicho *van* y no *intentarán*. No sabría decir por qué atribuía tanta precisión a sus palabras, pero así era. Quizá fuese que empleaba tan pocas palabras que cada una parecía escogida deliberadamente para la tarea.

No negó lo que claramente la chica sabía.

—Parece razonable tener un plan de reserva —dijo.

—Especialmente un plan desconocido para el capitán y el ingeniero... —La voz de Miko resonaba con el aliento de un conocimiento compartido y prohibido. *No* se lo había contado a Bhattejji.

—Queríamos completar el estudio de viabilidad antes de presentárselo. —Puede que incluso entonces Corrigan creyese la historia, aunque ya estaban siguiendo el camino de la ejecución.

—Claro —dijo Miko con descuido—. Quiero ayudar.

Bien, lo curioso de Miko era cómo amaba la nave, y curioso porque ese afecto era más profundo que grande. Era aprendiz de ingeniero y todos ellos acababan amando sus motores. Pero la nave también la había rescatado —primero en Amaltea cuando se la llevó al Abismo, y luego después cuando encontró un santuario en sus intersticios tras arrojarse inútilmente en brazos de Bhattejji—. Por primera vez en su vida, la rutina de la vida a bordo había dado estructura a su vida, y se aferraba a ella como alguien que cae por un abismo se agarra a las ramas.

Corrigan también estaba dedicado al deber, pero solo porque *era* deber. Respetaba la autoridad de la misma forma que un hombre arruinado respeta la riqueza, y seguía los procedimientos porque *eran* los procedimientos.

Miko no había ido en su busca por lealtad compartida. La fuerza actuante era menos la atracción del primer oficial en funciones que la repulsión del ingeniero jefe. Que un despliegue con éxito de la vela humillaría a Bhattejji relucía en su mente como un diamante desde el momento en que, escuchando desde la ventilación, comprendió la intención del Grupo del Jueves; pero en ese momento no registró cierto estremecimiento que la recorrió cuando Corrigan se desplegó de su eslinga.

Ese estremecimiento presagiaba la tercera cosa, la que Corrigan todavía no

conocía.

Mientras Corrigan reclutaba al miembro más reciente del plan B, La Joya de Loto sollozaba en la Sala Estelar. Este gran espacio, ahora sin decoración, había sido en su tiempo un salón adaptado a la decadencia autoconsciente de los años cincuenta. Había habido una zona de baile —en el ambiente miligé de aceleración constante, bailar era prácticamente volar— y también mesas donde los ricos sin medida podían saborear las carnes de especies prohibidas. Pero había habido tablas de esnifar y salas de cuero; los sofás de exhibición para el amor artístico; y una fila de agujeros para las invitaciones anónimas de los sodomitas. Y espejos por todas partes. Porque esa generación amaba el placer, amaba lo hortera y amaba el exceso, pero sobre todo se amaba a sí misma; y consideraban todos los reproches como envidia.

Aparte de la zona de observación junto al puente, este era el único lugar de la nave desde el que se podían ver las estrellas directamente, a través de una gran lente de plástico metaloceno. La Sala Estelar nunca había tenido tanto éxito como habían esperado sus diseñadores. No importaba cuántas diversiones se exhibiesen, o cuántos cuerpos se ofreciesen o cuántas sustancias se ingiriesen, la gran lente y el más allá seguían atrayendo la mirada, hacia el sol, la luna o el propio gran río de las estrellas. Era una visión imponente e infinita, un recuerdo constante de la pequeñez del espectador; y ese era el único recordatorio que los satisfechos patronos de aquella era no podían soportar.

Más tarde, la parafernalia del placer había quedado reemplazada por los hornos y mesas de los colonos marcianos. La abuela de Veinticuatro deCant había sido una de ellos. Aquí, en esta misma sala. Comiéndose las judías y mordisqueando las galletas y soñando sueños de juventud a través de la ventana de plástico. La vista nunca la había hecho sentirse pequeña. ¡Navegaba para ir a domesticar un mundo!

Ahora la sala estaba desnuda y abandonada. Las tripulaciones de los transportes irregulares tenían poco tiempo para mirar al cielo. Pásate mirando, te advertían, y el espacio te sorberá el alma; aunque podría no ser más que una superstición de una época que había dado la espalda tanto a la decadencia como a la austeridad de los pioneros, y se había asentado con resignación en un pragmatismo gris y confuso. La belleza no tenía la culpa de que no tuviesen ojos para apreciar la belleza.

Había excepciones. La Joya de Loto era una. La Sala Estelar no le resultaba ni intimidatoria ni extasiadora, sino solo satisfactoria. Si hubiese visto, de verdad, la infinitud del Gran Abismo, puede que hubiese opinado otra cosa; pero para ella el esplendor era un fondo plano, simplemente colorista y hermoso, de la misma forma que pueden ser hermosas las joyas sobre el terciopelo. Podría decirse que, careciendo de mucha profundidad personal, La Joya de Loto no la apreciaba en ninguna otra parte; pero también podría decirse que la belleza atraía a la belleza. Podría ser el universo el que la mirase a ella.

Eaton Grubb también visitaba a menudo la Sala Estelar; pero él encontraba, más que satisfacción, una melancolía anónima que se ajustaba bien a su faceta romántica.

En su garganta se agolpaban mil baladas trágicas. En sus labios se estremecían versos tristes. Pero las palabras vagaban y se arremolinaban en su mente, sin acabar de encontrar forma del todo, como si solo existiesen bajo el nivel de su consciencia.

Durante un tiempo observó a La Joya de Loto sollozar en silencio e imaginó todo tipo de pesares y tragedias tras las lágrimas; pero no era propio de él quedarse al margen cuando otro sufría dolor, y por tanto habló:

—¿Puedo hacer algo?

La Joya de Loto dio un salto al oír la súbita voz y se volvió con una sonrisa vacilante rompiendo su pena.

—¿Quién es? ¿Eres tú? —Pero la sonrisa se desvaneció cuando Eaton Grubb salió de las sombras y entró a la luz de miles de millones de soles lejanos.

Dada la pregunta, la sonrisa y el desvanecimiento, Grubb supo instintivamente quién había producido las lágrimas de la mujer dorada.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó. Las lágrimas relucían como cristales sobre sus mejillas, tan encantadoras que Grubb odió limpiarlas—. Fue Corrigan, ¿no? —¿Quién si no podría causar tanta tristeza en La Joya de Loto sino aquel que provocaba la alegría antípoda? Sin embargo, Grubb odiaba guiarse por inferencias. En todas las cosas precisaba de confirmación. Cantaba, quizá, para oír su propia existencia.

Un hombre solitario, reticente en casi todo, Grubb se unía a pocos juegos, a menudo comía solo. Sin embargo, era amigo de la mayoría de las personas de a bordo. No del tipo de amigo para juergas, sino más bien del tipo para las revelaciones. La gente le contaba cosas sin ni siquiera saber que se las había contado. Coleccionaba esas confidencias de la misma forma que una urraca coleccionaría objetos brillantes y relucientes.

También era un hombre de impulsos, azuzado por el momento y la oportunidad. Podría haberse retirado de la Sala Estelar antes de que La Joya de Loto notase su presencia, pero ese impulso espontáneo le hizo hablar. Sin embargo, había algo más. La belleza, ya fuese la luz de las estrellas, una canción, un olor o una textura, le hipnotizaba. Habló porque no podía irse.

—Me llamó estúpida —exclamó La Joya de Loto—. Zizzy me llamó estúpida.

—No eres estúpida —le dijo Grubb. Le tocó el brazo. Grubb se mantenía en contacto con el mundo de forma muy literal. Miraba, escuchaba, saboreaba, olisqueaba, tocaba. Cuando podía, lo combinaba todo. Desde hacía mucho tiempo había querido combinarlo todo en la persona de La Joya de Loto. Ya eran suyos sus sonidos y visiones, pero también ansiaba la sal, el almizcle y las suaves caricias.

La Joya de Loto era tan absolutamente consciente de su entorno como él. Bajo la camiseta de Grubb podía apreciar los contornos de su afecto y por tanto sabía no solo de sus ansias sino también que eran antiguas. La mirada del hombre con cara de luna siempre le había agradado —le gustaba gustar, razón por la que el rechazo de Corrigan le había dolido tanto— y fue hacia él como amigo.

—¿Qué debo hacer, Eaton?

—Si fuese yo —dijo Grubb—, no vería la necesidad de hacer nada. Es *él* quien debe disculparse. No fue culpa tuya. —A Grubb le incomodaba dar consejos, pero si la espontaneidad bordeaba en el oportunismo, también la reticencia bordeaba la deserción. No podía permanecer totalmente en silencio.

La Joya de Loto no veía las cosas exactamente de la misma forma. La reprimenda había sido merecida —*¡solo que no por parte de Corrigan!* No de Corrigan—. Era por haberle decepcionado por lo que lloraba, aunque ella misma no lo comprendía todavía. Ese conocimiento flotaba, como un espectro, bajo el horizonte de su consciencia.

—Corrigan tiene una lengua afilada —dijo Grubb.

—No pretendía hacerme daño.

—No cae muy bien a la tripulación.

—Pero a mí sí.

—Siempre encuentra una diminuta y pequeña infracción y se lanza con toda su fuerza.

La Joya de Loto levantó la vista y asintió con la cabeza, aunque las trenzas habían desaparecido años atrás.

—*Puede* centrarse en menudencias —admitió. Era una idea reconfortante, que su trasgresión hubiese sido una menudencia—. No puedo ser muy estúpida si poseo un certificado de máster en ingeniería de sistemas de IA, ¿no?

—Claro que no. —Grubb no podía concebir ninguna tara en la belleza perfecta. Los certificados no importaban. La Joya de Loto podría haberse proclamado reina de Ceres y Grubb le hubiese dado la razón con total felicidad.

—Gracias —le colocó una mano sobre el antebrazo. Tenía el brazo desnudo porque, en su trabajo con los hornos, Grubb prefería la camiseta al mono que llevaba la mayoría de la tripulación. La piel le resultó suave y flexible, muy diferente a la de Corrigan. Tenía el dorso cubierto de un pelo fino. Vio que la piel se le ponía de gallina y sonrió.

—Debo de tener un aspecto horrible —dijo ella; y efectivamente ese era su temor secreto: que su belleza fuese un error cómico general, y que algún día un niño de entre la multitud lo señalase.

—Imposible —dijo Eaton Grubb.

Grubb era un hombre de los sentidos, pero sentido no es pasividad. El Objeto no se limita a marcarse como un sello sobre la cera, sino que se fusiona con el Sujeto en el acto de conocer, razón por la que conocer a alguien sea un acto tan íntimo. La *forma* de La Joya de Loto tenía una existencia muy intencional en la mente de Eaton Grubb que era por completo diferente, aunque no por ello menos real, que la existencia extensional de la *materia* flotante de la mujer en la Sala Estelar desierta. Y si de esa forma se retirase cualquier tara que su materia pudiese poseer, ¿quién se atrevería a decir que esas taras tenían importancia?

—Estás enamorado de mí —dijo, como siempre con esa nota de sorpresa oculta,

como si no acabase de creerlo.

—Siempre —dijo Grubb en un susurro—. Amo todo en ti. —Puede que en eso estuviese equivocado. Puede ser que sintiese sobrecogimiento y no amor. Al decirlo intentó no mirarle los pechos. No quería manchar con simple lujuria el amor que sentía por ella, aunque la lujuria estaba presente, sin dudarlo—. Amo tu vestido de uniforme —dijo, escogiendo algo más neutral—. El rojo te sienta bien.

Encantada, La Joya de Loto enderezó una muñequera y (porque sabía que él intentaba con todas sus fuerzas no mirar) se dobló para ajustar también una esclava del tobillo.

—¿Te gusta? —dijo al enderezarse—. La tengo desde que fui contadora en la vieja *Tranquilidad de Mooncrest*. Quité la insignia cuando ellos... cuando renuncié a mi puesto... pero todavía me la pongo para las cenas del capitán.

—Lo sé —dijo Grubb tragando—. Te la he visto puesta. Y los pendientes y el broche son de oro, ¿no? Hace tiempo consideré la posibilidad de hacerme joyero, pero no tenía habilidad.

—Son de mineral de hierro marciano, los pendientes. Puedes ver las motas negras y rojas en las facetas. Adelante, mira de cerca. —Y Grubb se inclinó hacia ella para ver las motas y descubrió que no había objetos neutrales.

En mecánica orbital, es de sobras sabido que cuanto más cerca orbita un satélite a su primario, más rápido debe moverse para mantener su altitud —hasta que las tensiones de la aceleración superan la fuerza material del propio cuerpo—. Se llama el límite de Roche, la mínima distancia segura, y cualquier satélite que la atraviesa se convierte en un número incontable de fragmentos. Así se ganó Saturno sus anillos, o eso dicen, y así se convirtió en el cuerpo más hermoso del alto sistema.

Grubb gritó al cruzar el límite, y La Joya de Loto también, en rápidos ¡*Oh!*! Que podrían haber sido de sorpresa, deleite o ambas cosas, entre besos súbitos y ansiosos. Más cerca y más rápido, dispersaron piezas de sí mismos en un anillo a su alrededor. Los pendientes y el broche relucían como lunas heladas bajo la luz de la galaxia —esos millones de estrellas, de distancias inalcanzables, pero tan numerosas como para proyectar sombras y teñir de extraños colores sus suaves y leonados contornos—. Color, forma, textura, aroma, sabor y tono se combinaron en esa gran armonía que Grubb había buscado siempre, y que posteriormente le llenó de una intensa melancolía que atesoró por el resto de sus días.

La Joya de Loto no había sido infiel a su amante, porque a Grubb le había entregado solo un cuerpo, y no un corazón. (Puede que fuese generosa con lo tangible, pero lo espiritual lo atesoraba como una avariciosa). No había planeado nada. La súbita necesidad desgarradora había sido tan inesperada como ineludible para ella como para Grubb, como si una fuerza extraña y poderosa los hubiese poseído a los dos, pero no malgastó el tiempo preguntándose por qué. Era una criatura totalmente del momento.

Fue diferente con Miko y Corrigan. Los dos eran cuidadosos por naturaleza. Sus

órbitas se movían lentamente, y siguiendo caminos bien definidos. No habría impacto, ningún fogonazo súbito, solo la larga y paciente curvatura del espacio y el tiempo atrayéndoles. La Joya de Loto había compartido su carne con Eaton Grubb pero no había roto su fidelidad a Corrigan; pero Corrigan, quien ni siquiera había tocado a la chica élfica, ya lo había hecho, porque había mirado a Miko como un hombre mira a una mujer, con su corazón. Solo que su corazón no lo sabía todavía.

Ni Grubb ni La Joya de Loto pudieron encontrar el segundo pendiente, aunque buscaron durante mucho tiempo. Perversamente, había acabado descansando contra la gran ventana de observación y estaba perdido, un pequeño cúmulo estelar contra todo el fondo del universo; y por tanto no lo vieron. La pérdida entristeció más a Grubb que a La Joya de Loto, porque él amaba las cosas bonitas y odiaba perderlas.

El Abismo

Ram Bhatteji flotaba sobre un pozo infinitamente profundo y se estremecía con la anticipación de un novio frente a su novia —una zorra fría y cruel, que le absorbería la vida a su amante si pudiese, pero que con la misma despreocupación letal imprimía en un hombre la vida con más firmeza—. Le ardía el aliento. El ansia formaba una masa dura bajo su estómago.

Bhatteji apagó el soldador y se desvaneció el resplandor blanco en el interior de la concha. Soltó los tornillos que la unían alrededor de la rejilla de proyección.

—Estoy listo para soldar el puntal Florence —anunció a Evermore.

—Casi cortado —le dijo a su aprendiz. Estaba cortando el puntal retorcido con un láser, recogiendo los vapores metálicos en un pozo estático que sostenía con la mano izquierda. Evermore llevaba una línea de seguridad bien pasada por un ojal en el casco y volvía a colocar la línea cada vez que se movía. Había ocasiones, pensó Bhatteji, en las que un hombre razonable lleva una línea de seguridad, pero indicaba que el hombre estaba indefenso frente al Abismo —o su creencia en su indefensión— y las creencias modelaban el comportamiento.

—Tómame tu tiempo —dijo Bhatteji en voz baja, pero con el sarcasmo justo para que Evermore se enderezase y no se moviese. El muchacho apretaba y relajaba la mano que sostenía la antorcha de corte. El láser cortaba acero; el tejido de un traje no sería nada. Un gesto y Bhatteji ya no le incordiaría más—. Primero hacemos lo que la nave quiere —le dijo Bhatteji—. Más tarde, hacemos lo que queremos nosotros.

Abrió su concha. Evermore todavía no se había movido.

—¿Vas a terminar con el puntal? —Gorgas había querido acción. Gorgas tendría acción.

Evermore capituló.

—Lo acabaré.

—Bien —Bhatteji se agachó y soltó la línea de seguridad de Evermore—, muévete al otro lado. Nunca lograrás un corte limpio desde ese ángulo. —Cuando Evermore se movió estilo mono alrededor de la jaula de soporte, sin perder jamás contacto con el casco, Bhatteji añadió—: Y si dañas esos anillos de enfoque...

Evermore se orientó y volvió a cortar. Bhatteji giró y se volvió, habiendo obtenido lo que deseaba. Al hacerlo, vio la Vía Láctea. El vasto río estrellado parecía fluir entre los cielos como el mismísimo Ganges. Juraría que podía verlo moverse, como si pudiese sumergirse en la Vía Láctea y dejarse arrastrar purificado para siempre. Cuando volvió a mirar a Evermore, el chico intentaba controlar el láser y el pozo estático y al mismo tiempo mantenerse en la nave. Y dado que eso exigía tres manos, sostenía el puntal y el pozo estático con la misma mano.

Bhatteji suspiró exasperado. El chico no necesitaba *palanca* para el corte láser. Tal y como lo hacía, el agarre era incómodo. Agitaba el pozo estático y...

... *Y los vapores metálicos creados por la antorcha láser florecerían como un*

globo incandescente, rodeando guante y brazo, quemando el tejido, y esparciendo filigranas plateadas sobre el visor de metaloceno.

Nada bueno, pensó Bhattejri, observando el accidente con una tranquilidad curiosa y distanciada, pero no inmediatamente peligrosa si uno reaccionaba con rapidez.

Cosa que Evermore hizo, aunque no con la eficacia necesaria. Se llevó ambas manos al visor dañado, gritando por la sorpresa y la conmoción. Un movimiento violento que le alejó de la jaula Farnsworth.

—¡Idiota! —dijo Bhattejri—. ¡El pozo estático!

Pero Evermore ya había soltado el pozo estático y el vapor metálico cargado, retirado ahora su sumidero, cubría las guías de la jaula. Evermore se alejó más de la nave, todavía gritando:

—¡Mi visor! ¡Se rompe!

Bhattejri miró a la mandíbula expectante del Abismo y supo que el momento importaba. Activó el *software* de seguimiento de su traje.

—Ve allí —le dijo al traje cuando tuvo al chico centrado en la cruz del visor, y se sumergió sin pensar en la inmensidad negra del espacio.

Los dos, maestro y aprendiz, cayeron y cayeron. *La nave no acelera*, se recordó Bhattejri. *La nave y yo tenemos la misma velocidad*. El río *no se adelantará irremediamente*. Pero no se atrevió a mirar a su visor trasero por temor a que el universo le llamase Mentiroso. Su corazón martilleaba los barrotes de sus costillas como un prisionero reclamando la libertad. *Por favor*, pensó. *Por favor*. No sabía a quién le rogaba, ni siquiera qué rogaba. Solo esa idea, una y otra vez: *Por favor*.

Cuando llegó hasta Evermore, lo súbito del contacto le sorprendió. La proporción y la distancia dejaron de existir, y no supo lo cerca que estaba el chico hasta tenerlo entre brazos. Evermore se resistió, todavía gritando sobre su visor. *Calla*, quería gritarle Bhattejri. *¡Calla, calla, calla!* No podía orientarse con el chico retorciéndose de esa forma, y si no podía localizar la nave de nuevo, no podrían volver. Evermore le arrastraría al Vacío. Cayendo para siempre, pensó Bhattejri. Ahogándose entre las estrellas, como Enver Koch. ¿Y qué propósito tendría tal cosa? El pánico tenía un precio y un hombre debía pagar sus deudas.

Bhattejri soltó a Evermore.

—¡Oh, Dios, no me sueltes! —gritó Evermore.

—Tranquilo —gruñó Bhattejri. Dio un vistazo rápido a su alrededor. Arriba. Abajo. ¡Allí! La nave, a las cuatro en punto, abajo, ya era visiblemente más pequeña. ¿O era otra ilusión de la perspectiva? Bhattejri agarró la línea de seguridad de Evermore antes de que pudiese alejarse más y tiró para unir los dos cuerpos, girando al chico de forma que este mirase a la nave.

«No te muevas —también debería haber dicho—. Estate tranquilo», porque Evermore seguía sollozando. Bhattejri centró la nave en la cruz.

—Ve allí —le dijo al velamen, y empujó la forma ahora flácida hacia la esclusa

de ingeniería en el casco inferior—. Miko —llamó a la nave—. Abre la escotilla.

—¿Rave está bien?

—Tiene el visor dañado y oscurecido por el vapor metálico. Las líneas de daños podrían ser concentradoras de tensión. Voy a entrar.

Evermore dijo:

—Me he cagado en los pantalones. Oh Dios, me he cagado en los pantalones. —Subrepticamente, Bhattejri movió la mano por la parte frontal del traje de Evermore y soltó el cable de la radio.

Las puertas de la bahía se abrieron, expulsando una neblina de nieve fina porque Miko no había esperado a que la cámara alcanzase el vacío antes de abrirla. Las luces interiores y exteriores se encendieron —un blanco brillante— proyectando sombras delineadas que separaban día y noche en fragmentos discontinuos.

Las puertas ya se estaban cerrando cuando Bhattejri pasó entre ellas. Volcados de aire llenaron el vacío. Un viento rugiente le atrapó y el silencio dio paso a un gran movimiento de aire. Las vibraciones palpitantes de las bombas parecían curiosamente sincronizadas con los latidos de su corazón, y la canción del viento con las exhalaciones agradecidas de su corazón.

Solo entonces, con la esclusa exterior cerrada y la presión de aire acercándose al ambiente de la nave, Bhattejri volvió a Evermore para examinar el visor. Había canales argentinos sobre el plástico oscurecido, como si un dios hubiese llorado lágrimas de hierro que luego se habían congelado sobre el rostro del muchacho. El rostro pálido y de grandes ojos de Evermore era un fantasma bajo el visor oscurecido y opaco. Examinándolo más de cerca, Bhattejri comprobó que algunas de las trazas efectivamente habían marcado el visor, y de la punta de una raya metálica radiaba una fina línea de rotura.

De pronto, anegado por la visión de lo que podía haber sido, Bhattejri agarró al otro y lo envolvió en un abrazo torpe de los dos trajes. Evermore era una masa pasiva, sin responder ni rechazar el abrazo. *Ahora*, pensó Bhattejri. *Ahora es el momento del pánico y el miedo.* Y los perros de Marte corrieron por su interior, tan alocadamente que él se estremeció ante su turbulento paso. Era difícil decidir si se aferraba con tanta fuerza a Evermore debido al encuentro cercano del muchacho con la muerte o para calmar sus propios estremecimientos súbitos e incontrolados. Un pulso de deseo irresistible le anegó, un ansia brutal de trabajar con ahínco y demostrar, una vez más, que había vivido y derrotado al Abismo cabrón.

Las puertas interiores se abrieron y Miko entró en la esclusa, y en cuanto lo hizo Evermore empujó a Bhattejri violentamente.

—¡No me toques, pervertido! —Y agitó puños enguantados, cuyo impacto Bhattejri absorbió en silencio—. ¡No me toques! ¡Intentaste matarme!

Miko puso una mano sobre el brazo de Evermore y él la apartó, pero no volvió a intentar agitar los puños. Bhattejri rompió el sello y levantó el casco y, momentos más tarde, Evermore hizo lo mismo. No miraba a Bhattejri. El ingeniero alargó el

brazo.

—Déjame ver el visor. —Evermore se lo lanzó, pero Bhatteji lo había esperado y lo agarró sin problemas. Primero lo examinó desde el exterior, luego se lo puso para ver cómo estaba por dentro—. Dañado —anunció después de quitárselo—, pero no está fracturado. Hiciste bien protegiéndolo con las manos, sí. —El chico no había estado haciendo tal cosa. Se había llevado las manos a la cara por puro terror—. Sin embargo, lo mejor es reducir la presión interna del traje a lo mínimo y sellar el escudo de impacto sobre el visor. ¿Por qué no...? —Bhatteji fingió comprender de pronto—. Ah, ya comprendo. La conexión de tu comunicador se soltó durante el accidente. No es de extrañar que no pudiese oírte.

Miko dijo:

—Pero, yo... —Y Bhatteji la silenció con una mirada.

—Entra una orden de trabajo —le dijo Bhatteji—. Reemplazar visor del casco número... —Leyó el número de serie del casco—. A la atención de Ratline.

—¿Ratline? —Miko cogió el casco que le lanzó.

—Él es el técnico de trajes en esta bañera, y no tiene nada mejor que hacer mientras yo arreglo la nave. Evermore, por qué no te duchas y te relajas. —Se volvió hacia Miko y rio—. ¡La primera vez que me pasó algo así descubrí por qué estos trajes vienen equipados con pañales! —Y volvió a reír, abiertamente, sin volver a mirar a Evermore.

Miko apreció el olor cuando Rave pasó a su lado, pero no dijo nada hasta no estar a solas con Bhatteji.

—¿Realmente te cagaste la primera vez?

Bhatteji había estado examinando el visor, presionando la fractura delgada con los pulgares. Miko podía ver que le temblaban las manos. De pronto, el visor saltó y se rompió. Bhatteji levantó la vista y miró hacia la esclusa interior, por donde había desaparecido Evermore.

—Me alegra que no lo viese... claro que sí. Yo no fui el primero y Evermore no será el último. Si el Abismo no aterroriza a un hombre es que no se trata de un verdadero hombre. Es un robot, o es un idiota; y el Abismo los matará a ambos.

—Rave dice que *tú* intentaste matarle. —Miko comentó la acusación despreocupadamente, como si discutiese un fallo en el inyector de boro.

—¿Matarle? —Bhatteji volvió a mirar hacia la esclusa interior—. Todavía camina.

—Vi cómo soltabas su línea de seguridad.

—Para que pudiese moverse al otro lado del puntal Florence. Pensé que volvería a conectarlo. Siempre lo hace. Intenta hacerlo con seguridad y cuidado, pero eso es una locura. No hay «seguridad» ahí fuera. Pensar que estás seguro es una trampa sutil. —Oyó la inflexión creciente de su voz y dobló las manos temblorosas para formar puños. Cuando volvió a hablar, la voz era más tranquila—. No, Miko. Cuando yo decido matar a un hombre luego no se va caminando a darse una ducha.

Cuando Bhattejji se hubo ido a la sala giratoria a correr y eliminar el ansia de su sangre y agotar sus temores y deseos en el sudor, Miko permaneció pensativa en la sala de control de motores, apagando los sistemas que habían estado usando, asegurándose de que todo estuviese seguro. Lo que Bhattejji había dicho, justo al final, era lo más estremecedor que Miko hubiese oído jamás a bordo de *El río de las estrellas*.

Como *El río* era oficialmente una nave híbrida, la Larga Sala en la cubierta superior disponía de un suplemento completo de tejedores, empalmadores y trenzadores; pero como hacía tiempo que nadie se tomaba en serio la designación híbrida, el equipo de fabricación de velas había quedado en un estado de lenta acumulación de deterioro. Okoye no podía comprender cómo podía desgastarse un equipo que no se usaba y tuvo que ser Miko, la ingeniera renegada, la que se lo explicase.

Era difícil decir qué las había juntado: la chica igbo que podía leer el alma de otra persona y la chica de Amaltea con poca alma que leer. Eran de edades muy similares: un poco mayores que los otros jóvenes, un poco más jóvenes que los miembros mayores de la tripulación. Miko había crecido más rápido, por lo que Okoye parecía la más joven; pero Okoye había crecido más completamente, por lo que también Miko parecía más joven.

—Es simple —le explicó la elfo mientras descansaban después de haber desmontado un enrollador—. Comienza el ciber Alzheimer y las estupideces se olvidan de cómo hacer su trabajo. Oh, y en ocasiones los tendones se sueltan, los ojos se oscurecen y las articulaciones se vuelven artríticas.

—Vete, niña —dijo Okoye con la voz de su madre. (Una voz útil. Cuando Okoye la usaba, allá en la Tierra su madre quedaba en silencio, lo que irritaba bastante a la mujer. Me gustaría que 'Kiru usase más a menudo su propia voz, se quejaba a los vecinos, aunque estos estaban secretamente agradecidos.)—. Las máquinas no son gentes que puedan envejecer y quedar tullidas. —En ocasiones, cuando estaba alterada, su inglés revertía a una mezcla extraña: en parte Níger-Congo, en parte isabelino. (¿Por qué hay mayores amantes de Shakespeare, mayores amantes de las buenas palabras bien declamadas, que la gente de las colinas sobre los Oil Rivers? Vamos, el gran espectáculo itinerante desde Ibada que había celebrado los quinientos años del Bardo había atraído a gente en decenas de miles, un público que había provocado un gran susurro cuando los actores hablaban, porque 10 000 pares de labios habían susurrado simultáneamente las mismas frases.)—. Te burlas de una pobre chica de campo.

Burlarse era algo que Miko nunca hacía. Todos los momentos de su vida eran terriblemente serios. Okoye debería haberlo sabido. Puede que la huérfana de Amaltea tuviese poca alma, pero la poca que había era adamantina. Sin embargo, si Okoye debería haberlo sabido, entonces es probable que lo supiese y la chica igbo solo pretendía sacar a su compañera de quicio. Simplemente puede que fuese tan

sabia e inteligente como creía Ivar Akhaturian.

En una ocasión, en su aldea cerca de Afikpo, Nkieruke Okoye había convertido a un chico en ñame. Lo había hecho alejando al chico de la aldea, para luego regresar y meter un enorme tubérculo en su cama. Su madre había lanzado un grito al hacer el descubrimiento y los vecinos lo habían secundado. La policía, cuando llegó, quedó confundida y se llevó el ñame a la comisaría, donde lo vigilaron de cerca por si decidía volver a convertirse en un chico. Cuando el muchacho finalmente reapareció al día siguiente magullado, rasguñado y sin dormir y admitió que había perseguido a 'Kiru en busca de un beso y se había perdido, todos rieron y admitieron que había sido una buena broma, y la madre preparó sopa con el ñame. Un buen truco, dijeron todos, pero después de eso todos lo miraron de reojo porque la habían prometido al muchacho. El «policía sentado» había hablado con el «policía de pie», se había leído el pergamino y todos los padres habían firmado. Por derecho, el muchacho podía haber pedido más que un beso.

Lo había hecho, pero 'Kiru nunca lo comentó. En cuanto al chico, no deseaba volver a convertirse en ñame.

—Es el medio de almacenamiento —le explicó Miko—. Se deteriora con el tiempo. El campo magnético producido por el cinturón de radiación, los rayos cósmicos perdidos, simplemente el envejecimiento del sustrato material... Si no migras la información de vez en cuando, la máquina pierde bits y las Estupideces Artificiales que las controlan se vuelven aún más estúpidas. —Señaló la fila de máquinas con un pulgar—. Eso es lo que pasó al hilador número dos. Más muerto que el ratón de Dizzy. No se puede usar en absoluto.

La charla llamó la atención de Ratline y les aulló que volviesen al trabajo.

—No estamos en una fiesta.

—Nunca lo estamos —le dijo Miko a Okoye.

—Algo le incordia —dijo Okoye del jefe de carga.

—¿Quieres decir que no siempre es así?

La chica igbo negó con la cabeza. No sabía cómo lo sabía, pero sabía que se estaba produciendo una lucha en lo más profundo del vacío que era el corazón de Ratline. Pero ¿cómo podría expresarlo ella si Ratline no podía?

—¿Y la artritis y los tendones? —le preguntó a la ayudante del ingeniero.

—Oh, los resortes pierden su elasticidad, los lubricantes se espesan, la oscuridad oscurece las fotocélulas. Cuando te detienes a pensarlo, realmente están vivas. Las máquinas. Quizá sean lo más vivo de esta nave.

Esta vez, Okoye estuvo segura de que la amalteana bromeaba. Más tarde, ya no lo estuvo tanto.

—¿Qué canturreas? —le preguntó Miko mientras volvía a colocar la cubierta del enrollador—. Era... —Buscó una palabra y no la encontró porque la palabra que quería era *encantador*, y en su vida ella no tenía referentes para el término.

Pero no le hacían falta palabras cuando hablaba con Nkieruke Okoye.

—Se llama «La madre confronta a la aurora». —Okoye ni se había dado cuenta de que canturreaba hasta que Miko preguntó. Las circunstancias la habían asaltado y habían plantado la música en su cabeza.

—¡Qué título tan curioso! ¿Es de tu tierra natal?

Asombrada, Okoye rio. ¡Crear que semejante música pudiese venir de la pequeña Afikpo entre los arbustos!

—No, querida, es un poema de tradición europea, con la armonía y el contrapunto discordante; pero el compositor, Selim Haverstrom, empleaba las escalas de la tradición oriental y el ritmo africano. Vamos, no podría canturrear la mitad ni aunque tuviese tres bocas con las que hacerlo.

Miko miró a su colega con asombro.

—Es la frase más larga que te he oído jamás.

Okoye lo pensó y consideró que era probable.

—No sé mucho sobre música —confesó Miko—. Mientras crecía no la oía mucho. Tenía otras prioridades.

¿Y no podría precisamente ser esa la razón por la que el alma de la chica amalteana tuviese el tamaño de una nuez? Okoye canturreó más tonadas mientras trabajaban, tonadas simples que había oído cantar al señor Grubb. *Saliendo de LEO*, *Estrada Brillantina*, *Na Novy Domu* y otras. No cantó las palabras, aunque algunas letras las conocía. Con su ojo interior observó cómo Miko escuchaba. Miko no participó, pero Okoye era paciente. Las chicas brujas aprendían a ser pacientes.

Más tarde esa misma noche, después de irse a la cama, un ruido en el pasillo despertó a Okoye, pero se quedó flotando en la jaula de dormir mirando a la oscuridad porque no podía situar el ruido. Algo había golpeado el mamparo; pero prestó atención durante un rato y no oyó nada más, y por tanto volvió a hundirse en un sueño incierto.

La segunda vez que se produjo el sonido, Okoye salió de la bolsa y palpó en la oscuridad buscando su camiseta. Notó que según el reloj habían pasado dos horas, aunque a ella le parecía solo un momento. Casi nunca soñaba, por lo que el periodo siempre le parecía que no duraba nada. Siempre le sorprendía que la mañana llegase tan pronto.

Okoye ajustó las tiras de su camiseta, luego se detuvo. Sin duda ya antes otras cosas habían hecho ruidos en la noche sin molestarla.

—Estás loca, niña —se dijo con la voz de su madre—. ¿Por qué siempre estás metiendo la nariz en todo? —Pero no se soltó la prenda y ya había dado una patada hacia la puerta cuando el sonido volvió a producirse.

Entró en el pasillo y Nave, sintiendo su presencia, obedientemente activó las luces del sector a su alrededor, pero solo lograron acentuar las sombras que acechaban alrededor de las curvas del pasillo. Era como si las tinieblas fuesen palpables y las lámparas se limitasen a iluminarla. La nave estaba tranquila.

Okoye dio una patada a la placa de la puerta, saltó al mamparo del corredor

interior —¡vaya, ese era precisamente el sonido que había oído antes!— y agarró la barra frente a la puerta de Ratline. Allí vaciló y estaba a punto de regresar cuando volvió a oírse el sonido. Un sonido apagado, como si algo plano hubiese golpeado la pared. No era el mismo ruido de antes. Golpeó la placa hoígh y el sonido interior de pronto se detuvo. Volvió a darle, y no hubo respuesta. Pegó los labios a la puerta y dijo en un susurro atronador:

—¡Ratline! Sé que estás despierto. ¿Algo va mal?

No hubo respuesta, ni sonido de movimiento desde el interior. Golpeó directamente la puerta y dijo:

—¡Ratline! —Una vez más recibió silencio.

Justo se había dado la vuelta cuando la puerta se abrió y, girándose al oír el ruido súbito, vio al jefe de carga indeciso en el marco. Tenía los ojos rojos y legañosos y sus zancas desnudas colgaban bajo un camisón de seda roja atado con un cinturón. En la mano derecha sostenía algo parecido a una serpiente, y su mirada era puro veneno, pero también neutra; como si Ratline no viese nada pero lo odiase todo.

—¿Qué quieres? —Su aliento era ácido y metálico.

Okoye no huyó, aunque requirió todo el esfuerzo de su voluntad.

—Golpeaste mi pared al venir —dijo—. Me despertó. Pensé que podrías estar herido.

Ratline era la única persona a bordo de la que Okoye nunca sentía nada en su estanque interno. Él no provocaba ninguna onda; no proyectaba reflejo. Era como si Ratline fuese una botella vacía, y más que vacía: como si él fuese un vacío capaz de absorber a cualquiera hacia el vacío de su corazón. Que él pudiese considerarla sexualmente la asustaba más allá de toda medida.

—¿Estás borracho? —preguntó, porque Ratline, a menudo hosco, rara vez era deliberadamente odioso.

A la sonrisa del jefe de carga le faltaban dientes y era ladina.

—¿Quieres un poco, niña? Pasa. Si he sido malo, puedes darme unos azotes. —Lo que sostenía, ahora quedaba claro, era un afilador de cuero.

Sabía que había sido un error investigar los sonidos. No es que corriese peligro de ese viejo borracho de piernas delgaduchas —las enseñanzas de la hermandad incluían defensa personal— pero por la mañana recordaría a este hombre, y nunca jamás podría mirarle como le había mirado antes.

Si quedaba algo que salvar en el corazón de la ruina en la que se había convertido Timmy Ratline, se hallaba en sus siguientes palabras:

—Espera —dijo cuando ella se dio la vuelta. Y luego, tras una pausa—: Lo lamento. No era mi intención. No era mi intención. —Le dolían los brazos y sentía los ojos como papel de lija. Las viejas heridas que nunca había visto palpitar—. Solo estoy cansado, 'Kiru. Solo estoy cansado. —No intentó tocarla. Él jamás había tenido hijos, nunca hubiese podido tener hijos, pero 'Kiru y Rave y los otros eran sus hijos, y aunque podía aplicar disciplina espartana, no podría soportar hacerles daño. En

ocasiones, cuando olvidaba los años que habían pasado, casi se consideraba uno de ellos.

»Finalmente encontré una afición —dijo, apartándose de la puerta para que ella pudiese mirar a dos bobinas, envueltas y atadas y flotando en el aire—. Pasé toda la noche convirtiéndolo en cable.

Okoye parpadeó mirando el tesoro, sabiendo que debería alegrarse, porque significaba que la Gran Vela volvería a agitarse; pero sin embargo había algo en el cable de un gris apagado mate que la llenaba de una profunda inquietud.

—¿Dónde has conseguido todo eso?

—De aquí y allá. No podía soportar su decepción —dijo; luego mirando en serio a Okoye, añadió—: Comprendes, ¿no? Podía soportar su deshonra, pero no su desesperación. —Se volvió y miró al precioso cable—. Casi como en los viejos días, casi... Tirando y girando en el taller de velero, yo y el viejo Sammy M'Cloud. Para entonces yo era ayudante del velero... teníamos cinco máquinas girando para trenzar cable que zumbaban y retumbaban... ¡Oh Dios! —Se limpió las lágrimas—. Fue una gran época.

—Pensaba que eras...

—¿Grumete? Sí, durante un tiempo, cuando era joven y guapo. Cuando me creció el pelo a algunos no les gustó, por lo que pasé a ser velero. Subiendo al mástil. Cortando y empalmando. Había que comprobar la presión del bucle. Una vez un foque se partió y el extremo suelto cortó al pobre Lenny Connover por la mitad, con traje espacial y todo. Todavía sostenía la antorcha con la mano. —Ratline rio y luego volvió a reír. Después de un momento, se tranquilizó. Miró al cable una vez más y agitó la cabeza con tristeza—. No fue como en los viejos días —dijo—. En realidad no.

Nave realiza un análisis completo de las memorias arcaicas asociadas con el pañol de vela, la larga sala y la posición de la entidad Corrigan y las otras entidades correlacionadas con él. Ejecuta un análisis χ^2 de la tabla de contingencia resultante y encuentra una asociación significativa en el percentil 85. Chi-cuadrado no es una prueba especialmente fuerte de importancia, ni 85% nada que se acerque a la certidumbre: pero servirá como corazonada.

El último peón

Ivar Akhaturian había definido al señor Ratline como Demonio encarnado, a Rave como Celos encarnados, y a Veinticuatro como Amor encarnado; pero a Nkieruke Okoye no podía definirla de ninguna forma porque Okoye, al ser una virgen de juramento, no podía ser carne de ningún tipo. Ivar consideraba la virginidad como algo estúpido, pero ¿qué otra cosa podría pensar habiendo perdido la suya tan intencionadamente? Y por tanto se acomodaba a la pérdida considerando que lo entregado no tenía tanto valor. Quizá fuese algo terrestre, pensó; y en gran parte tenía razón. Pensaba que la chica igbo miraba al interior del alma y veía el yo secreto de todo el mundo. Rara vez hablaba y quizás eso la hiciese parecer más sabia de lo que era. Sea cual fuese la razón, Ivar creía que se le podían contar cosas. Ella escuchaba y quizá pudiese aconsejarle qué hacer con esta inesperada paternidad suya.

—Nadie puede decírtelo —le dijo Okoye al último peón—. Es como la ropa que llevas. Yo puedo ver el color, el corte y el estilo pero solo tú sabes si te sienta bien y puedes llevarla con comodidad. —En secreto, estaba tan horrorizada como Wong. ¡Ivar y Veinticuatro eran demasiado jóvenes! Demasiado jóvenes en Lagos. Demasiado jóvenes en Calaban. Demasiado jóvenes en Afikpo, donde el matrimonio se producía antes que en las grandes ciudades. Sin embargo, contuvo el juicio, sin estar segura de que las costumbres de su villa fuesen leyes del universo.

—No sé si estoy preparado.

—Nadie está preparado.

—Haré lo correcto.

—Sé que lo harás.

—La amo. De verdad. No me importa lo que diga Rave.

—El amor no es suficiente. —Al menos, no el amor hormonal al que se refería Ivar; no el torrente, no el pulso irresistible de la sangre. El juramento realizado por Okoye cuando se inició su regla la había protegido de esa fase... lo suficiente para apreciar, en la costa remota de la adolescencia, el otro madero con el que se construía una casa.

Ivar sabía que el amor por sí solo no era suficiente, pero lo sabía de la misma forma que sabía casi todas las cosas: como una idea, como una abstracción. No lo sabía en las entrañas. Para él no poseía *cinética*. Okoye sentía el tumulto del muchacho. Había terribles remordimientos, temores e, inevitablemente, orgullo juvenil. La mezcla endotérmica todavía no se había solidificado, y menos aún formado algo que tuviese nombre, pero Okoye no sentía tranquilidad, y eso estaba bien, porque la situación no requería tranquilidad.

Se había hecho casi imposible para deCant y Akhaturian quedarse solos durante cierto tiempo sin desnudarse. Parecía lo más natural, pero la insistencia molestaba al último peón. Era como si su comportamiento viniese dictado por fuerzas de la naturaleza y no por un acto de la voluntad; y por tanto ensayaba varias estrategias

para concentrar la atención en otra cosa, en lo que fuese, solo para demostrarse que podía abstenerse de actos terrenales si así lo deseaba. Nunca salían bien. No es que en realidad quisiese que los trucos surtiesen efecto.

Esa predestinación carnal no molestaba a Veinticuatro deCant, porque implicaba una decisión menos de la que preocuparse. Al menos, esa faceta de su vida era un hecho consumado, en la que solo tenía que disfrutar del acto y dejar el resto al destino. En todo lo demás, su vida se había convertido en una competición mareante de decisiones, tareas e incertidumbres.

Corrigan había reclutado a Okoye para una tarea misteriosa, y habían asignado a Evermore para que trabajase a las órdenes de Bhatteji; así que todas las labores menores de Ratline caían sobre Akhaturian y deCant y, como ella era la mayor, más en ella que en él. DeCant había perdido la cuenta de las tareas, aunque se consolaba pensando que, como los enteros, eran contables. Ratline le había dicho que recolocase toda la bahía de carga; y eso, a su vez, exigía confirmar la masa de todos los contenedores, asignarles una nueva posición, y luego soltar los contenedores, moverlos y asegurarlos en la nueva posición. Y, de paso, no olvides añadir la nueva posición a la base de datos. Como no le habían contado la razón de todos esos cambios, los dos peones consideraban el proyecto como una repetición más del deseo maniaco de Ratline de hacerles trabajar hasta morir.

Había muchísimos contenedores en la bodega, y los cálculos de Ratline les habían hecho comenzar por una cuadrilla intrincada. DeCant había abierto el baile en media res, y más de una vez tuvo que corregir un movimiento para poder llegar al siguiente contenedor de la lista. Ivar imaginaba una trayectoria cerrada en el espacio de estados de localizaciones de carga —en serio— en el que las mismas cargas se movían incesantemente entrando y saliendo de los mismos compartimentos. Nunca había oído hablar de Sísifo, pero comentó el concepto en voz suficientemente alta como para que finalmente Veinticuatro le frunciese el ceño.

—No soy una experta en logística —soltó después de que tuviesen que sacar cinco cajas que acababan de mover porque la sexta de la lista estaba justo detrás—. Es un pifiado puzzle chino, eso es lo que es.

—Si disponemos la secuencia con lógica... —aventuró Ivar. Pero solo lo aventuró, porque, en primer lugar, odiaba criticar a su amada, y en segundo lugar, dicha amada no le dio oportunidad de terminar.

—¡No tengo tiempo para eso! Tengo que cambiar las cargas y además, tengo que ayudar a La Joya de Loto a corregir un viejo filtro de señal que ha resucitado. Y además, tengo un bebé creciendo en mi interior...

Un bebé ya era preocupación suficiente, pero el suyo estaba condenado a ser una serpiente y aunque ella personalmente no tenía nada contra las serpientes, era evidente que tanto Corrigan como la doctora eran infelices y deCant lloraba por entregar a un bebé a una vida tan infeliz como la de ellos. Sin embargo, se había comprometido con el desarrollo del bebé, y ese cuidado la ataría a Ivar durante todo

ese periodo y les prohibiría a los dos ver sus hogares durante mucho tiempo. Un matrimonio marciano estaba lejos de ser un compromiso para toda la vida, pero no cuando se lo veía desde el extremo de la vida de deCant.

—Y además, tengo que cuidar de ti...

Eso último dolía, por cierto que fuese. DeCant no era más que un poco mayor que Akhaturian, cuando se medía en años estándar, pero en ocasiones deCant comprendía lo joven que era en realidad el chico aplicando otras métricas. Ella sentía que lo había atrapado por su propio descuido personal; y otras veces que ella era la atrapada. Pero no se atrevía a comentar a Ivar esas preocupaciones porque, obediente como era, se echaría la culpa de todas sus preocupaciones.

«Lo lamento —se lo imaginaba diciendo—, no sabía que esto pasaría».

Y, por supuesto, lo lamentaba y no lo había sabido; pero por respeto a su orgullo no quería oírsele decir.

La verdad es que el casarse con Ivar debería haber sido resultado de la reflexión. Debería haberse realizado con un propósito, y no solo por casualidad. Sin embargo, deCant nunca había tenido como método el sopesar cuidadosamente las alternativas. Aceptar las cosas como venían siempre le había ido bien en el pasado, pero no disponía de pasado suficiente para llamarlo experiencia y, como habían demostrado los acontecimientos, las consecuencias importaban de verdad. Había aceptado a Ivar como había llegado, y mira ahora dónde estaban. Aun así, era una chica que disfrutaba de sus placeres y, con Okoye y su promesa, la única alternativa a Ivar había sido Raphael Evermore.

Evermore era una compañía estimulante, alerta y franca. En realidad él y deCant eran muy parecidos, pero tenía algo que siempre le había parecido egoísta. Lo había apreciado desde el primer día, cuando Rave le había dado una bienvenida a bordo tan entusiasta en puerto Deimos. Él había sido amable, incluso cortés, pero había sonreído en exceso y deCant desconfiaba de los dientes. A Ivar le gustaba su colita —les pasaba a todos los chicos, y deCant sospechaba que incluso Gorgas no había olvidado que tenía una—, pero en el juego de gato y colita, Ivar intentaba sinceramente hacer que el gato también ronronease. Sospechaba que eso no pasaría con Rave. Así que era posible que hubiese atraído a un muchacho para negarle el paso a otro.

—... y además —anunció *molto crescendo*—, ¡tengo que encontrar a mi fastidiosa madre!

Progresivamente, la vida de deCant iba quedando circunscrita. Se iban eliminando posibilidades, una tras otra, como contenedores bloqueados en la bodega. Era una chica con imaginación, y eso era parte del problema. En ocasiones, podía imaginar demasiado.

Una vez, trabajando más de su turno, tomó un refrigerio tardío en el comedor de oficiales. Corrigan había venido y la había reñido sobre los procedimientos adecuados y deCant, descarada del todo, cogió una manzana de la caja y le dio un

mordisco deliberado justo delante de él antes de salir volando de la sala.

La mañana siguiente, después de que La Joya de Loto la mandase a buscar una placa de potencia de un almacén, deCant se detuvo para responder a alguna exigencia de Ratline, que como resultado añadió tres tareas más a su lista, y simplemente se olvidó del recado. Era muy difícil forzar a La Joya de Loto a reñir a alguien, pero deCant lo logró y, por una vez, disfrutando bien poco de ser el blanco, devolvió el fuego de artillería e hizo un gesto obsceno a la mujer mayor. Desde entonces ninguna había hablado, y decidir cómo (o cuándo) reparar el distanciamiento se había convertido en una molesta línea más en su fastidiosa lista de tareas pendientes.

En varias ocasiones se había descargado con Ivar, aunque después lloraba por su mezquindad. Con humores más siniestros, profetizaba que él algún día la abandonaría, y describía el día con tanto detalle que parecía como si ella ya hubiese estado allí y hubiese regresado en el tiempo con un informe del viaje. Ella rechazaba las furiosas protestas de lealtad. Después de todo, ¿qué sabía él? De no haber tenido Ivar el poder de absorber el dolor indefinidamente, la aspereza creciente podría haber cumplido su propia profecía.

Pero Ivar formaba una especie de sumidero de calor para las profecías de deCant. Él era joven, pero de tal modo que era viejo de la juventud de los mundos exteriores, y no tan joven como para creer que la furia iba dirigida contra él. Le poseía esa paciencia que en ocasiones se confunde con indecisión; pero se había grabado en la mente que lo soportaría todo, todo en absoluto, para conservarla cerca de él. Excusaba todos sus defectos, satisfecho sabiendo que a ella se le acabarían los defectos antes de que a él se le acabasen las excusas.

Veinticuatro, mientras tanto, rebotaba de una preocupación a otra. Era más o menos el espíritu en el que movían los contenedores en la bodega. Pasaba de la crianza de los hijos, al movimiento de la carga, a la furia de la sysop, a la obstinación de Ratline, a la autoestima de las serpientes, a una madre largo tiempo perdida (aunque «perdida» no fuese la palabra más adecuada), todo en una única pausa de la conversación. Aterrorizada por tantas tareas y decisiones, la chica las atacaba todas en paralelo y por tanto progresaba muy poco en cada una de ellas. Los contenedores de carga bailaban incesantemente por la bodega. Las tareas quedaban medio terminadas. No se hacían los recados. Ni siquiera habían escogido un nombre para el niño.

Ese comportamiento caleidoscópico no era su comportamiento habitual. Ella podía improvisar como un malabarista. No había más que ver cómo jugaba al ajedrez, en el que jamás empleaba una ofensiva reconocible, sino que las inventaba sobre la marcha. En ocasiones le salía genialmente bien, y en ocasiones fracasaba con igual genio. (No hace falta decir que ella jamás empleaba una defensa, improvisada o no. Después de todo, *estaba* embarazada). Pero a Ivar le parecía que había un límite, un punto de corte, una carga máxima, a partir de la cual el malabarista lanzaba demasiadas bolas al aire y estas empezaban a dar contra el suelo. Así que cuando se

la llevó a la sala giratoria un día en especial, no fue solo para el ejercicio obligatorio. En su lugar, antes de que Veinticuatro pudiese iniciar el calentamiento, él la cogió de la mano y movió el brazo por todo el espacio de la sala como si la hubiese llevado a lo alto del monte Nebo para mostrarle la tierra prometida.

—¿Lo sientes? —preguntó.

A deCant no le gustaban los acertijos. No quería una fastidiosa pregunta más que precisase de una fastidiosa respuesta.

—¿Sentir qué? —respondió.

—Marte.

Una simple palabra, pronunciada simplemente. *Marte*. Hubo una época en que simplemente susurrarla había alejado a hombres y mujeres desde la seguridad de la Tierra, la Luna y LEO para apostar sus vidas contra sus humores abrasivos. Pero Veinticuatro había huido de la arena, la roca y el hielo seco, una huérfana y una refugiada de la Descompresión, y para ella la palabra no tenía ningún atractivo, solo el recuerdo de una muerte terrible para aquellos que la habían amado más.

—¿Marte? —dijo—. ¿Sentir Marte? —La sala giratoria era ancha, pero no tan ancha como Marineris con sus relucientes tejados de metaloceno. Podía ver tuberías de las instalaciones de la nave, pero eran cositas diminutas comparadas con el «Gran Canal»... esa gran cañería que ahora mismo se construía desde los casquetes polares hasta los asentamientos. ¿Sentir Marte? ¿Sentir Marte? Bien, lo único que sentía era...

Peso.

Se volvió hacia él comprendiendo de pronto, vio su sonrisa orgullosa y tímida, y le amó más de lo que había amado a nada en su corta y solitaria vida.

—Oh. ¡Soy tan estúpida!

—No —dijo Akhaturian—. Simplemente estabas demasiado ocupada para pensarlo. —La agarró por los brazos y la hizo girar.

—¡Fuerza centrífuga! —gritó ella.

—¡El equivalente de Marte! —aulló él.

—¡Viviré en la sala giratoria! —dijo ella—. La niña no será una serpiente.

—El niño —le corrigió Ivar.

—Pero aquí no hay habitaciones.

—¡Al demonio los camarotes y el lujo! —dijo Ivar—. ¿Quién los necesita? Nos quedaremos en una de las alcobas de equipo. Lo arreglaré con el señor Corrigan... y La Joya de Loto puede redirigir nuestros puertos y terminales. —Ivar era un chico difícil de desanimar. Nada de barras de grafito para él, y menos aún algunos pequeños detalles a solventar. DeCant se excitaba un poco más con cada golpe de uno de sus neutrones verbales.

—Quizá —dijo Ivar—, 'Kiru y Rave puedan ayudarnos a construir algunas particiones.

—¿Particiones?

—Para tener intimidad.

—¿Intimidad?

Ivar Akhaturian era una especie de maniaco sexual muy mojigato. Cuando enrojecía, como hacía tiempo que había descubierto deCant, enrojecía del todo.

—N... n... no estamos en los años cincuenta —consiguió tartamudear.

—Qué pena —le dedicó una sonrisa maliciosa, llena de vicio y decadencia, aunque no la pudo aguantar demasiado tiempo y echó a reír ante él. Tampoco eran los años ochenta.

El ping

Stepan Gorgas no era un hombre que verbalizase sus pensamientos, menos aún sus sentimientos. No es que careciese de ambos. Era tan silencioso como Okoye, aunque por razones diferentes. Satterwaithe lo consideraba altivo; pero él era solamente un hombre que pensaba y sentía con tanta claridad que no necesitaba manifestar esas certidumbres internas expresándolas en voz alta. Cuando estaba furioso, rara vez gritaba. Cuando se divertía, rara vez se reía. Cuando tenía una idea, no veía la necesidad de hablar sobre la misma.

Pero ningún hombre es una sola pieza. Todos son variopintos. Gorgas se despertó una mañana en la misma monotonía interminable de su camarote y sintió la urgencia de hablar. Solo que no había, y no lo había habido en muchos años, nadie con quien hablar. Abrió los ojos a las mismas paredes grises, al mismo mobiliario gastado.

No soltó de inmediato la manta, sino que se quedó un rato más en su abrazo, mirando a nada, pensando furiosamente.

—Algunos días es difícil —le dijo a la imagen de Marta, quien pareció sorprenderse de oírle hablar. (Quizá fuese así. Los chips integrados que formaban la imagen debían ser lo suficientemente inteligentes para responder a la entrada verbal.) —. No entiendo el sentido de continuar. Sería diferente si me dirigiese a alguna parte, pero no es así. —Los días parecían pasar deprimentemente iguales. Bhattejji perseguía la reparación de los motores de la misma forma que Aquiles seguía a la tortuga, acercándose eternamente sin llegar nunca del todo.

»Marta —volvió a decir—. Algo le pasa a la nave.

—Autocomprobación terminada —anunció la rejilla—. Función verificada. Preparando lista de anomalías: primera anomalía...

—Abortar informe —gruñó Gorgas. Y allí se encontraba otra fuente de su inquietud. Nave no debería haber respondido a un simple comentario pasajero—. Incluso si Bhattejji consigue parchear los motores —le dijo al fantasma de su esposa —, y llegamos arrastrándonos a puerto Galileo, el trabajo de astilleros necesario para volver a ponerla en condiciones es más de lo que vale su masa. —Este sería su último tránsito con esta capitanía accidental suya. El consorcio desearía la nave, pagaría a la tripulación y eso sería todo. Durante el resto de su vida languidecería en una roca, porque ¿quién contrataría a un capitán con tanta mala suerte? Se sentaría en el Unicornio, bebiendo y quejándose a otros espaciales en tierra, o gorroneando relatos de los que pasaban. Se imaginaba siguiendo las naves que atracaban, compilando listas de incidentes, formando resúmenes y enviando informes locos a la Unión Astrogacional o enviando informes todavía más locos a la *Astral Gazette*. Podía imaginarse pensando que estaba haciendo algo útil.

Gorgas se estremeció, finalmente soltó la manta y vagó por la habitación hasta el espejo. Allí estaban pegados un par de galones de la guardia espacial, para tener que verlos todas las mañanas al vestirse. Tocó el que estaba un poco roto en el borde,

recordando cómo había quedado así.

Era extraño. Podía recordar las montañas Bakony. Podía recordar pescar en el lago Balatón. (Recordaba un lucio especialmente astuto y él lo había perseguido durante muchos ociosos días cálidos de verano antes de subirlo aleteando al esqui). Podía recordar todas esas cosas; pero no podía cerrar los ojos y verlas. Era como si solo *conociese* sus recuerdos y no los poseyese. Estiró los brazos y flexionó dedos y codos. ¿Cuánto tiempo llevaban sus huesos en el espacio? Demasiado, pensó. *Nunca volveré a ver la Pequeña Llanura.*

—¿Capitán? —Era la voz de Corrigan hablando por el comunicador del puente.

Gorgas suspiró y consideró no responder. Nunca había pedido ser capitán. ¿Pero quién más podía serlo? *¿Quién más podía serlo?*

—¿Sí, número uno?

—Las correcciones de las órbitas virginales ya están listas.

—¿Ya ha tomado sus posiciones?

—Negativo. Acabo de convocar a La Joya de Loto al puente.

Gorgas formó un puño con la mano izquierda y con la derecha se frotó los nudillos retorcidos e hinchados. Se preguntó qué habría encontrado Corrigan. Había tantas posibilidades...

—¿Capitán?

Gorgas controló al fin su mente.

—Sí, sí. Llama a Satterwaithe y que venga también.

Corrigan aceptó y Gorgas entrecerró los ojos para mirar el rostro arrugado que veía en el espejo. ¿Cuándo se había vuelto tan viejo? No podía recordar haber envejecido. Se frotó las mejillas con la palma de la mano. ¿Qué aspecto tendría con barba? Las barbas podían añadir distinción. Crecería blanca y grisácea, estaba seguro. El aspecto de un «perro del espacio». Pero mientras tanto parecería un viejo decrepito que había descuidado su aspecto.

Se limpió la cara con una toallita refrescante y se pasó el cepillo por el pelo corto. Se puso el mono del día anterior.

Hoy sería diferente, un poco. Hoy encontrarían Arrecife del Forastero.

Bajo cubierta, despierto y activo desde hacía mucho tiempo, Ramakrishnan Bhattejji se preparó un sándwich de crema de maní y confitura. La confitura era un solgel de un micrón de espesor extendido con una deposición de vapor y la «crema de maní» era un vidrio fotónico híbrido de su propia invención. Ni vidrio ni plástico, sino compartiendo propiedades de ambos, era transparente a ciertas longitudes de onda específicas, y sin embargo maleable para formar una infinidad de patrones. Trabajaba con una luz pálida que dotaba a su rostro, bata e incluso sombra de extraños tonos ultraterrenos. La luz blanca normal, que contenía rayos UVA, destruiría el solgel.

El ingeniero canturreaba mientras trabajaba. Inconsciente, ajustaba sus movimientos al ritmo de un viejo raga *jazz*. Las notas variaban con cambios súbitos y

bufos de tempo y clave; y payasadas parecían sus acciones a cualquiera que le observase.

—Primera cocción terminada —le dijo Miko un momento antes de que la IA esclava destellase el mensaje sobre las protecciones oculares de Bhatteji.

—Muy bien —dijo—. Pásame la máscara.

Miko contuvo un bostezo —había ayudado a Okoye durante casi toda la noche— y comprobó el número de referencia en la pantalla de sus propias gafas. Luego, empleando el guante de datos, desplazó el icono de máscara sobre el icono de la omniherramienta fotónica. En la fase física, los mems se alinearon unos a otros como una banda de música microscópica en medio del espectáculo. Bhatteji amplificó la matriz para examinarla, encontró un grosor de línea que excedía la tolerancia y ajustó algunos mems en su lugar con ayuda de una herramienta virtual.

Una vez que la máscara estuvo adecuadamente alineada, Bhatteji la golpeó con el láser ultravioleta y los polímeros no enmascarados se retorcieron y enlazaban. Alejó la imagen para ver el panorama de toda la guía de luz y gruñó satisfecho.

—Vale, Miko —dijo—, revélalo y comprueba el perfil óptico; luego puedes depositar la cobertura mientras observo.

Las palabras entre ellos seguían siendo puramente profesionales. Bhatteji consideraba el silencio como una especie de sanación y las palabras no dichas como una especie de tregua. Por tanto, su relación actual de silencio helado era una mejora que se movía en la dirección correcta.

Más tarde, cuando fue hora de hacerle coletas al chip, Bhatteji se preparó para montar él mismo el haz de fibrop, cuya preparación su ayudante observó con insatisfacción.

—¿Cómo puedo aprender mantenimiento —se quejó Miko—, si nunca practico?

Bhatteji se inclinó sobre el escenario de trabajo y le dio a ampliación hasta que los puertos ópticos aparecieron tan grandes como la entrada al túnel Bosphorus.

—Esto no es práctica —dijo sin prestar atención—. Esto es de verdad.

—¿Las reparaciones no son siempre de verdad?

Se detuvo, levantó las gafas protectoras y la miró.

—En diversos grados de urgencia. —Luego, examinándola más de cerca, añadió—: Miko, eres buena; pero eres una novata, y pareces cansada. ¿Estás durmiendo lo suficiente?

—Claro —respondió, pero demasiado rápidamente.

—Bien, quizá pudieses hacerlo. Creo que podrías... y si tuviésemos un haz de fibrop *más* en el almacén, te dejaría sin problema. Pero no es así. —Y volvió al trabajo.

Eso fue un punto más en su contra en la base de datos de Miko. Miko amaba la nave y, como cualquier amante, ansiaba tocarla.

—Una vez que el chip esté terminado —dijo Bhatteji mientras trabajaba—, solo quedan las espirales Hanssen para el imán CoRE número dos —y eso implicaba, le

dijo su corazón, que el trabajo de calibración de las esferas anódicas comenzaría pronto... en el exterior, entre las llamas pulsantes. Su propio pulso se disparó una vez, con fuerza, como una ráfaga de la jaula Farnsworth—. Necesitaremos cobalto y tierras raras... usa la mezcla Landis... y un carrete de hobartio grado doble-f. ¿Por qué no vas a buscarlo mientras acabo con esto? La requisición de materiales está sobre la mesa.

—Sí, amo —murmuró su asistente, aunque no tan alto que este pudiese oírlo. Su partida para el almacén fue tan dramática que Rave Evermore, fabricando nuevas guías de anillo dos bahías de trabajo más allá, le dedicó una mirada de curiosidad cuando pasó a su lado.

Regresó al taller después de unos minutos, temblando por la exaltación y el miedo.

—Tengo el cobalto y las tierras raras —dijo—, pero no queda hobartio en el almacén.

Bhatterji se giró y volvió a subirse las gafas.

—Quedaban dos carretes.

—Deben de haberse ido volando, porque allí no están.

Bhatterji no malgastó el tiempo con palabras como *imposible*.

—Hicimos un inventario físico al comienzo del proyecto. —Solo pensaba en voz alta, pero Miko creía que estaba en fase de negación. Ella sabía perfectamente bien que habían realizado el inventario.

»Y entonces encontramos muchas limitaciones —siguió diciendo. Evermore, atraído por la actividad, apagó el torno y levantó la protección de la cara para prestar atención—. Y calculamos el hobartio que nos haría falta —concluyó Bhatterji—. Quizá los carretes estén en otro contenedor.

—Lo comprobé.

—¿Es posible que hayamos usado más del estimado?

—No somos muy meticulosos registrando las cantidades.

—Si no podemos cablear el imán CoRE —dijo con dureza—, no podremos reparar el anillo de enfoque. Y eso significa que no podremos arrancar el motor número dos.

Y eso significaba que ya llevaban demasiados días de retraso para iniciar el frenado.

Y por tanto Bhatterji fracasaría. Esa era la fuente de la exaltación de Miko. Y también la fuente de su miedo.

El puente de *El río de las estrellas* era un óvalo y había sido dispuesto para un gran trasatlántico de vela arrastrando una docena de módulos de lujo y sirviendo a un centenar de pasajeros. En consecuencia, disponía de más de una docena de estaciones de trabajo por oficiales de sección y una matriz de pantallas de datos que cubrían el techo. Ahora, como muchas otras cosas en la vieja nave, la mitad de las consolas estaban desactivadas y las «sixtinas» de arriba estaban apagadas.

El puesto de mando se encontraba en el foco delantero de la elipse, pero Corrigan rara vez se sentaba allí cuando estaba de guardia. No es que despreciase el mando, sino que el asiento no se había diseñado para un hombre de sus proporciones. A él la caída libre le resultaba mucho más natural. También le daba un aura de impermanencia, ya que nunca permanecía mucho tiempo en un mismo punto. Para Satterwaithe, siempre parecía continuamente desenfocado.

Satterwaithe ocupaba la silla de sujeción en el otro punto focal de la elipse, con uno de los paneles antiguos. En otros tiempos, ese panel había sido la estación del oficial de vela. Corrigan, al darse cuenta, se preguntó qué sueños abandonados ocupaban los pensamientos de la mujer.

La Joya de Loto, en la estación de comunicación en el lado oeste del puente, estaba concentrada en su propio panel. Puede que la sala fuese grande, pero no tanto como para poder contenerla a ella y a Corrigan. Ella todavía le amaba, porque de lo contrario no sentiría tanto dolor; pero aguardaba continuamente a que él dijese algo o hiciese algo para poder hacer las paces, y cada vez que él no lo hacía, ella se sentía más dolida.

Se abrió la puerta a la sala de trabajo y Gorgas entró a la cubierta, con aspecto desaseado. Corrigan se alejó de la silla de mando, pero Gorgas le alejó con un gesto.

—No, número uno. El puente es suyo. —Luego encontró una barra de apoyo y descendió hasta un puesto de observación junto al tanque de trazado. Satterwaithe, siguiéndole con los ojos, pensó, *Ahí es donde se colocaba siempre cuando era primer oficial.*

—Ya he verificado —dijo Corrigan— que Arrecife del Forastero no está en la posición estimada. —Gorgas asintió, pero no apartó la vista del tanque. No veía la necesidad de reconocer lo evidente. A Corrigan le pareció desinterés.

Corrigan dedicó una mirada a la salpicadura de estrellas en la pantalla delantera. *El río* corría por el espacio como un pastel lanzado, no como un disco, por lo que desde el Día de Viraje «adelante» significaba «pies primero» para aquellos que se molestaban en orientarse hacia la cubierta nominal.

—Comunicaciones —dijo—, toma una medida de las nuevas coordenadas. —Siguiendo una larga tradición, nadie en el puente tenía nombre; solo función.

—Tomar medida, sí —respondió La Joya de Loto. Podía responder porque hablaba al oficial de guardia, no a Corrigan.

Cuando La Joya de Loto colocó el casco de comunicaciones sobre su cabeza y lo ajustó a los interfaces encefálicos del cráneo, le pareció que se *convertía* en Nave. Veía lo que Nave veía, oía lo que Nave oía, sentía lo que Nave sentía (si podía decirse que Nave sentía). Se volvió grande; se volvió potente.

No observaba una simulación, porque gran parte de lo que veía, oía y sentía estaba compuesto de señales en tiempo real, entradas que a través de un entrenamiento largo y arduo había aprendido a *visceralizar*. Algunas de las entradas eran simples y directas —datos visuales para sus lentes o mensajes de radio a sus

auriculares—. Algunas las absorbía analógicamente —imágenes en falso color representando frecuencias EM más allá del espectro visual; un sonido como de agua fluyendo que representaba el flujo de datos. (Ella lo comparaba con las cataratas del Niágara.)—. Las placas de temperatura que rodeaban su cara le indicaban el flujo de radiación contra el casco. Cuando giraba la silla de sujeción, podía sentir la resistencia producida por el momento angular de la sala giratoria. Otras entradas eran sensaciones inducidas en su cuerpo por medio de bioalimentación. La circulación del aire y agua a través de los canales internos de Nave se convertía en la circulación de su propia sangre. Los niveles de boro de los motores se transformaban en hambre; la energía, un estremecimiento en sus nervios. Las malas se manifestaban como picores y llagas. Su identificación con Nave se volvía tan completa y tan paralela que en ocasiones podía olvidar que era La Joya de Loto.

Incluso podía alargar una mano y, cubierta como estaba en un guante de datos, tocar una estrella (que sentía, por medio del bucle de retroalimentación, asombrosamente como un diamante). La velocidad de aproximación estaba enlazada a un circuito de retroalimentación analógico, por lo que cuanto más rápido se acercaba la nave a un objeto, mayor era la presión que sentía al «rodearlo» y, cuando más cerca estaba el objeto, más rápido sentía la palpitación del eco del radar. Por tanto, el cielo poseía una naturaleza protuberante y pulsante y parecía, como le contó a Okoye en una ocasión, que era el cielo el que se abalanzaba hacia ellos y no al revés.

Una de las razones por las que La Joya de Loto consideraba el espacio profundo como un fondo plano es que cuando envolvía las estrellas reales, no sentía ninguna reacción. Era tan parecido a frotar la mano contra un papel pintado liso que había llegado a creer que el cielo profundo era un papel pintado liso. Lo que veía a través de la ventana de observación de la Sala Estelar le resultaba menos real que lo que veía, oía y sentía bajo el cascorevi. Se trataba de una curiosa inversión, si era una inversión.

Los canales de datos iban en ambos sentidos. Sus ideas, movimientos e imágenes mentales se traducían en órdenes electrónicas. El olor recordado de una taza de café, el paisaje conjurado del desierto del Gobi, incluso ciertas experiencias carnales, habían sido reclutadas en su conjunto de órdenes neuronales. Era por esa razón que los operadores encefálicos eran muy cuidadosos con lo que pensaban cuando estaban bajo la cofia, y que La Joya de Loto lo había logrado pensando rara vez en nada. De hecho, era una practicante del Zen, capaz de acallar sus pensamientos a voluntad y sentir bajo la cofia una paz mental mayor que en cualquier otro momento del mundo.

Susurró una orden al micrófono de garganta y parte de la consciencia de Nave respondió y lanzó un escupitajo de pulsos de radar de larga distancia al punto donde los cálculos de Corrigan habían situado Arrecife del Forastero.

La Joya de Loto situó la palma sobre esa región del cielo y aguardó los pinchazos que regresarían con el eco. Los pulsos de radar eran buenos para fijar la posición

precisa —pero tenías que saber adónde apuntar, o el pulso fallaría y seguiría viajando por siempre, atenuándose cada vez más siguiendo el inverso del cuadrado, y el eco, dando por supuesto que los paquetes llegasen a rebotar contra algo, tardaría mucho tiempo en regresar y sería difícil de oír. De vez en cuando, La Joya de Loto detectaba uno de esos regresos difusos, aunque a menudo eran demasiado indeterminados para integrarlos con ningún punto saliente. A ella le parecía como si el universo susurrara en la distancia.

El silencio llenó el puente, mientras cada uno de los presentes intentaba mirar el cronómetro sin hacerlo en realidad. Pero todos sabían cuál debería ser aproximadamente el tiempo de retraso entre el ping y el eco, y una tensión curiosa se apoderó de cada uno de ellos a medida que la manecilla y el contador digital se incrementaban.

Cuando llegó el momento estimado, Satterwaithe incluso alargó una mano al panel para sostenerse. Se sentía como si hubiese pasado por el punto superior de un arco balístico.

—Bien —dijo al puente en general—, al menos sabemos dónde no está el Arrecife.

—Número uno, una sugerencia. —Era Gorgas, observando en el tanque de trazado la región estrecha y pálida donde el ping les había dicho (por silencio) dónde no estaba Arrecife del Forastero. No miró a Corrigan mientras hablaba. Parecía que tenía la cara tensa como la piel de un tambor, como una crisálida a punto de romperse.

—¿Sí, capitán? —Como oficial de guardia, Corrigan estaba al mando hasta que le relevasen del puesto. Gorgas había dicho «sugerencia», pero Corrigan había oído orden y temía que Gorgas ejerciese el mando sin pasar por el acto formal de relevarle.

—Un patrón de búsqueda alrededor de la localización predicha —dijo Gorgas—. Puede que sea útil. Margen de error, ya sabe.

Corrigan enrojeció y se volvió hacia La Joya de Loto.

—Comunicación, entre el patrón de búsqueda *precalculado*. —Dijo «precalculado» para que Gorgas supiese que ya había planeado realizar la búsqueda. Hubiese sido improbablemente afortunado haber encontrado la roca con la estimación puntual. Desde el principio había sabido que tendría que ajustarla a un intervalo. La Joya de Loto dijo:

—Patrón de búsqueda cargado.

Y Corrigan dijo:

—Ping.

Y La Joya de Loto, *en compenetración* con Nave, volvió a imaginar que escupía.

La cubierta aguardó silenciosa los ecos, sin que ninguno mirase a los otros. Gorgas, frunciendo el ceño sobre el tanque de trazado, susurró una orden a Nave, que mostró la ruta proyectada del navío de continuar en caída libre. La ruta era un cono, porque las incertidumbres de la trayectoria aumentaban con el tiempo. Gorgas notó

que el cono no interceptaba la región pálida. Suspiró y se encogió de hombros. El único volumen de espacio donde sabían que no estaba el Arrecife y no iban a pasar por él. Gorgas cogió un auricular y pulsó para hablar.

—Ingeniería —dijo al micro silencioso, porque no deseaba molestar a los otros.

—Qué. —Era Bhatteji y no preguntaba.

—¿Cuándo estarán operativos los motores?

—Cuando haya terminado...

Gorgas quedó confundido por el extraño tono que oía en la voz del ingeniero, pero jamás antes había oído a Bhatteji mostrándose a la defensiva, y por tanto no sabía cómo sonaba.

—¿Puede ofrecerme una estimación de la fecha cercana más probable y la fecha tardía más probable?

—No —dijo Bhatteji... y la conexión se cortó.

Era difícil enfurecer a Gorgas. Él atribuía los fallos a descuido más que al deseo. Señala el error y deja que sus propias motivaciones les guíen. Ese era su estilo. Satterwaithe pensaba que Gorgas parecía un quejica que criticaba sin ofrecer instrucciones; y Corrigan, por supuesto, siempre oía instrucciones por elíptico que fuese Gorgas. Pero Bhatteji se parecía mucho a las gatas de a bordo. Iba a donde quería. Nunca nadie le había señalado un error que él no conociese ya, y consideraba todas esas conversaciones como interferencias para perder el tiempo. Él sabía lo que tenía que hacer y los demás no tenían más que apartarse. Esto estaba bien mientras supiese efectivamente lo que había que hacer. Cuando se apartó del hablador en la sala de motores, la mirada de furia que dirigió a Miko y a Rave no se debía a ningún fallo de ellos dos.

—Todavía podemos arreglar un motor —dijo Miko, sorprendiéndose a sí misma con su propia preocupación.

—Tengo las piezas y los subelementos para número tres listos y situados junto a la esclusa externa —añadió Rave Evermore.

—Sois idiotas —dijo Bhatteji—. Los dos. Si solo tenemos tres motores, la línea límite pasó hace tres días.

—Pero...

—Frenando a tres cuartos, nos estaremos moviendo a cuarenta kilómetros por segundo demasiado rápido para llegar a Autopistas Júpiter.

Cuarenta kilómetros por segundo de exceso de velocidad era más fácil de reducir que ciento cincuenta. Bhatteji lo sabía. En realidad, era *casi* suficiente. Corrigan podría diseñar una maniobra de pozo gravitatoria, o rozar la atmósfera de Júpiter, o establecer una ruta a catorce días al este de Júpiter, porque llevaría todo ese tiempo adicional reducir hasta la referencia joviana. En cualquier caso, «casi» significaría mucho más trabajo y bastante más retraso, y Bhatteji tendría la culpa de hasta el último minuto. Podía imaginarse las sonrisas de rectitud de los oficiales de cubierta. Habiendo prometido y no habiendo cumplido, parecería un idiota, y todavía más

importante, se *sentiría* como tal.

—Estaré en mi despacho —dijo abruptamente. Agarró una barra de apoyo y se balanceó para irse, pero se detuvo. Sus aprendices tenían razón. Era difícil tragar solo la mitad de la tostada, pero era mejor que nada—. Por la mañana empezaremos con número tres —dijo—. Rave, tú llevarás el panel. Miko, tú saldrás al exterior conmigo.

Era difícil enfurecer a Gorgas; pero cuando Bhatteji le colgó, no pudo interpretar el acto más que como una afrenta personal. Desde que conocía al tipo solo le había ofrecido falta de respeto. Gorgas buscó una razón en el armario de su mente; pero cuanto más buscaba, más se enfurecía, porque ni siquiera podía comprender cuándo había ofendido al ingeniero.

No sería del todo cierto decir que Gorgas no oyó el primer eco por estar inmerso en sus pensamientos. Gorgas siempre estaba inmerso en sus pensamientos, solo variaba la profundidad. Cuando Satterwaithe y Corrigan nadaron hacia el tanque, se agitó irritado por su propia distracción.

—¿Bien? —dijo, y parte de esa irritación se trasladó con la voz de forma que los dos oficiales le miraron... uno con incompreensión herida, el otro con desdén impaciente. La Joya de Loto, todavía frente a la consola de comunicación, había girado la silla de sujeción y se había quitado las gafas para mirar.

—¿Esa es la proyección de la ruta de la nave? —preguntó Satterwaithe, siguiendo el cono blanco con el dedo—. Sí —se respondió antes de que Gorgas pudiese hablar—. Y ahí está la localización del eco. Comunicación, pinta la región alrededor del objeto encontrado. —La Joya de Loto envió otra bandada de pings, muy arremolinados alrededor del objeto. El patrón de retorno, convenientemente analizado, «pintaría» una imagen, ya que zonas diferentes del asteroide se encontrarían a distancias diferentes y se moverían por caminos diferentes.

—No está muy lejos de mi estimación —dijo Corrigan sobre el pequeño punto rojo en el tanque.

—No estamos poniendo nota a tu informe —respondió Satterwaithe con brusquedad.

Y fue solo al reconocer el breve espasmo de furia en el rostro de Corrigan y reconocer en ella un reflejo de su propia furia interior contra Bhatteji que Gorgas decidió decir:

—Buen trabajo, número uno —lo que sorprendió tanto a Corrigan que casi no oyó lo que Satterwaithe dijo a continuación.

—Está dentro del cono —dijo.

Evidentemente, todos se habían dado cuenta inmediatamente, pero fue Satterwaithe la que tuvo que decirlo y por tanto volverlo real. El punto rojo que representaba el eco se encontraba justo dentro del límite hacia el sol de la envolvente de la ruta proyectada de la nave.

—Tenemos que desviarnos a sotavento —dijo Satterwaithe, y él y Corrigan

intercambiaron miradas expresivas.

Gorgas no vio la mirada porque se había vuelto hacia La Joya de Loto.

—Comunicación, ¿ha habido algún aviso de tormenta del sistema interior?

—Ninguno que haya interceptado —respondió, confundida por el non sequitur.

Gorgas apretó los labios, considerando las posibilidades. El silencio fue largo, y había muchísimas posibilidades. Cuando pasó, se volvió hacia sus dos oficiales.

—Tendremos que repasar los informes meteorológicos para el golfo troyano... cuadra el número e intensidad de las tormentas solares llegadas hasta aquí. Pero creo que tendremos que arriesgarnos y desactivar el cinturón de hobartio para reducir nuestra deflexión hacia el sol. ¿Están de acuerdo?

Corrigan miró a Satterwaithe y su lengua saltó y humedeció sus labios.

—Estoy de acuerdo.

Satterwaithe asintió en silencio. Gorgas recogió sus cuadernos y plegó los brazos, metiendo las manos bajo las axilas, y descansó la barbilla sobre el pecho.

—Capitán —dijo el hablador—, habla ingeniería.

—¿Quién es? —preguntó Gorgas, dejando el examen—. ¿Quién es? No es Bhattejji.

—Es su ayudante —les dijo La Joya de Loto—. Hidei.

—Ah. Sí, ingeniería. Informe.

—La reconstrucción exterior del motor número tres se iniciará a las ocho cero cero. Se estima la conclusión en tres o cinco días.

Gorgas gruñó. Así que Bhattejji había actuado al fin. Se preguntó por qué le informaba Hidei. ¿Estaba Bhattejji demasiado avergonzado para hablarle directamente? Gorgas decidió aceptar el reconocimiento laberíntico como una disculpa.

—¿Qué hay del número dos?

Hidei vaciló y se produjo un silencio, como si hubiesen cubierto la rejilla de comunicación.

—Ah, con ese sigue habiendo problemas. Empezaremos la reconstrucción en dos días, pero, eh, es posible que nos falte hobartio para las espirales Hanssen.

—Muy bien. Manténganos informados. —Gorgas cortó la conexión y se volvió a Corrigan con los labios apretados—. Había hobartio suficiente cuando empezamos —se quejó—. Si el cuarto motor no funciona a tiempo... —No terminó la frase porque había demasiadas oraciones principales que podría añadir a la subordinada. Dejar atrás Júpiter y llegar al sistema exterior. Rozar Júpiter demasiado cerca y quedar atrapados por esa atmósfera turbulenta. Pasarse, dar la vuelta y llegar excesivamente tarde... porque las cláusulas de penalización en esta carga destruirían cualquier posibilidad de conservar la solvencia. Gorgas se inclinó sobre el tanque de trazado—. Navegación, nos hará falta un conjunto de maniobras de recuperación.

—Recuperación —dijo Corrigan.

—Sí, llegaremos a Autopistas Júpiter con demasiada velocidad. A menos que

guarde en el bolsillo un miligé más o menos de desaceleración. —Rio brevemente, luego se sumergió en su cabeza.

Corrigan se volvió hacia Satterwaithe.

—La vela —dijo— será nuestra salvación.

Satterwaithe le silenció siseándole y Corrigan, quizá sorprendido ante la idea de que alguien sisease a una serpiente, calló.

—*No creo que sea el mejor momento* —susurró ella—, *para mencionar adónde fue el resto del hobartio.*

—Bhatterji tenía dos carretes extra en el almacén —replicó Corrigan en voz baja—, pero los malgastó. Moth recuperó nuestro material de otros sitios.

Satterwaithe lo miró durante lo que pareció un buen rato y se apartó sin hablar. Ella misma no sabía dónde había encontrado Ratline el hobartio y no estaba segura de querer saberlo.

—Número uno —dijo Gorgas, levantando la vista del tanque de trazado como un hombre que sale a recuperar el aliento—. Hace una semana pedí algunas opciones de ruta. ¿Están terminadas? ¿Sí? Bien. Nave. Proyección de ruta. Asumir escenario. Primera suposición: impulso de motores uno, tres y cuatro. Segunda suposición: la disponibilidad de recursos comienza entre tres o cinco días. Tercera suposición: vector de impulso hacia las estrellas, ortogonal a la línea de sonda AB. —Indicó los iconos del tanque para la nave y Arrecife del Forastero—. Proyección.

—Para evitar el obstáculo indicado —dijo Nave.

Gorgas parpadeó.

—Ah... sí. Esa es la intención... —En su consola, La Joya de Loto frunció el ceño. La IA a menudo pedía clarificaciones, pero normalmente solo en asuntos sintácticos. Esta clarificación pertenecía a otra clase. Casi había sonado como una petición de garantías. Lo anotó y se preguntó si el sistema estaría empezando a desviarse de nuevo.

Las rutas recalculadas incrementaban su curvatura cuanto más se alejaban las proyecciones, dependiendo del impulso aplicado y cuándo se iniciase.

—No hay colisión —dijo Satterwaithe, e incluso Gorgas pudo oír el alivio en su voz.

—Quizá. —Gorgas todavía no estaba dispuesto a descartar ninguna posibilidad—. Sin el ping del Observatorio de Punto Fijo, nuestra posición real sigue siendo incierta. ¿Número uno?

Corrigan se frotaba la barbilla.

—No lo evitaremos —dijo—. No con la suerte que hemos estado teniendo.

La respuesta sorprendió a Gorgas.

—Pareces casi encantado.

Corrigan sonrió, pero dada su piel correosa, el resultado no fue del todo satisfactorio. Se asemejaba, pensó Gorgas, un poco a la Muerte.

—Todo será la voluntad de Alá —dijo el primer oficial.

—Alá —dijo Satterwaithe con sequedad—, o Newton.

—Imagen recibida —anunció La Joya de Loto desde su consola de comunicación. Los tres oficiales abandonaron el examen del tanque y Gorgas le dijo que la ampliase. Ella envió la imagen a las sixtinas sobre sus cabezas.

El asteroide aparecía en una imagen imprecisa de falso color, todo rojos, verdes y azules. Los colores indicaban la velocidad relativa; los tonos, las distancias. La imprecisión se debía al tamaño de la rejilla de pings.

—Está rotando —dijo Corrigan al notar los azules que se aproximaban y los rojos que se alejaban—. Con rapidez.

—Nave —dijo Gorgas—. Mejora la imagen. Pantalla actual. Ejecuta.

La imagen parpadeó y mejoró mientras la IA interpolaba entre los puntos medidos y suavizaba la función de contorno. Los colores desaparecieron, para ser reemplazados por una animación blanquecina.

—Parece una papa —dijo La Joya de Loto.

—Todos son así —dijo Satterwaithe.

—Arrecife del Forastero —murmuró Corrigan. La visión pareció paralizarle. Gorgas tuvo que tocarle el hombro para llamar su atención.

—Haremos turnos rotatorios —dijo el capitán—. Tomaremos medidas sobre el Arrecife cada dos horas. Si encuentran algún paralaje, notifíquennelo de inmediato. ¿Comprendido? —Se pasó una mano por el pelo, sintió la humedad en la frente. Dios bendito, esperaba que hubiera paralaje. El paralaje indica movimiento relativo. Paralaje indicaría que la nave lo evitaría.

—¿Turnos iguales de ocho horas? —le preguntó Satterwaithe.

—Seis horas. Comunicación... ¡Comunicación! —La Joya de Loto se quitó el cascorevi y le miró—. Cuarto turno, así como tercer oficial en funciones. Sabes cómo tomar medidas. Para cualquier otra cosa, llámame a mí o a la segunda oficial Satterwaithe.

—O a mí —propuso Corrigan, pero Gorgas negó con la cabeza.

—Tú estarás dormido cuando ella esté de guardia. —Miró a la sala y se frotó el dorso de la mano derecha—. Escuchad, probablemente perdamos horas de sueño por nada. Pero, mejor perder horas de sueño que perder la nave, ¿no?

Después de que Gorgas se retirase a la sala de trabajo, Corrigan se volvió hacia Satterwaithe.

—Creo que sigue en la guardia espacial. Guardias permanentes. «Informen de inmediato». Lo próximo será obligarnos a llevar uniformes. Me pregunto por qué se molestó en dejar la guardia, si tanto le gustaba.

—No creo que fuese idea suya —dijo Satterwaithe—. Lo de dejar la guardia.

El despacho de Ramakrishnan Bhatteji en la cubierta de ingeniería no era tan opulento como su camarote. Aquí eran evidentes muy pocas cosas sobre el hombre; ni en las paredes, ni sobre la mesa, ni siquiera, en cierta forma, en el propio hombre, porque era de los que mantienen separados sus aspectos personales y profesionales.

Las láminas de la pared correspondían a diagramas de fuerza y circuitos fibrop, no a atletas jóvenes. Los recipientes contenían componentes y subelementos en lugar de coloristas ramos de flores. Y los libros en los huecos eran catálogos de piezas, lejos del tipo de material de lectura con el que se divertía el Bhattejri privado.

Bhattejri estaba sentado tras una mesa, girando una válvula Ligon entre las manos; no la examinaba de verdad, ni siquiera la miraba, sino que se limitaba a sentir su solidez: las protuberancias de los agarres, la lisura de la superficie, los pequeños agujeros y hoyuelos. Mañana él... la válvula no tenía nada que ver con su tarea actual. Llevaba mucho tiempo en el hueco de su mesa. Le parecía que Enver Koch la tenía cuando este era su despacho. Bhattejri se preguntó si eso era lo que le había pasado al resto del hobartio. Que estuviese en algún contenedor olvidado. Él lo hacía en ocasiones. Cogía algo, se lo llevaba y luego lo dejaba en algún sitio, para a continuación olvidar dónde lo había dejado. Y mañana saldría al exterior...

Con mucho cuidado, soltó la válvula y la observó dar vueltas y caer en medio del aire. ¿Era posible manipular un objeto en caída libre sin transferirle algo de velocidad?

Él y Miko... Era un trabajo de cuatro horas, si todo salía según el plan. Si todo encajaba. Si todas las conexiones se realizaban con rapidez y también con seguridad. Pero algo iría mal. Miró el giro lento de la válvula, recordando cómo Evermore había caído, girando sobre su eje, más o menos de la misma forma. Intentó imaginar lo mismo con Miko y su mente retrocedió ante un horror sorprendente por su intensidad.

Miko llamó a la puerta y entró en la oficina.

—Le dije al capitán que empezaríamos por la mañana.

Bhattejri miró a su ayudante, y luego a la válvula. Asintió. Miko esperó un momento más para luego irse. Fuera, le dijo a Evermore:

—El Ram no dijo ni una palabra. Se quedó sentado.

Y Rave lanzó los brazos al aire y dijo:

—Vas al Exterior con un catatónico. Maravilloso.

Dentro, la mirada de Bhattejri viajaba de válvula a catálogo y a dibujos, sin permanecer mucho tiempo sobre ninguna de esas cosas. Los pasajeros, cuando la nave los llevaba, daban las gracias al capitán, daban las gracias al piloto y daban las gracias al bienamado cocinero; ¿pero alguna vez daban las gracias al ingeniero? Pero ¡intenta pasar de las Pistas a las Guías sin uno! Con los ánodos calientes y los inyectores escupiendo rayos cristalinos sincronizados de boro e hidrógeno y el sistema eructando el mismo fuego salvaje que el sol. Esta triste nave se había mantenido unida gracias solo a que él —¡él!— la sostenía firmemente en la mano. Sin embargo, jamás oía palabras amables de nadie. No de Corrigan, ni de Satterwaithe, ni de Gorgas. Y Ratline... Se estremeció. Le tenía miedo a Ratline. Incluso Miko, quien podría ser una compañera de corazón, se había vuelto fríamente contra él. Quizás Enver Koch hubiese sentido el mismo aislamiento. Pensándolo, Bhattejri se preguntó por primera vez si la caída al Abismo de su antiguo jefe habría

sido voluntaria.

Las manos le temblaron al recordarlo: la voz ligera y falsamente alegre a través de la conexión. *Cuida de la nave, Ram*, le había dicho. *Hay que cuidar de ella, de verdad.*

Enver Koch había mirado a *El río de las estrellas* como un escultor mira la arcilla. La nave había sido una obra en progreso, y en cierto sentido había reconstruido muchas veces el navío alrededor de la tripulación. Apenas quedaba un sistema o estructura que no llevase su marca. «Un rostro como una ley de la naturaleza», una vez había dicho alguien de él. Bhattejji suponía que era alguna cita, pero se ajustaba al hombre. Normalmente iba mal afeitado, pero con el aire de un hombre que no tiene tiempo para afeitarse y no de un hombre que no se tomaba la molestia.

Algunos miembros de la tripulación habían llamado arrogante a Koch, ya que jamás se había mostrado reticente en lo referido a sus propias habilidades y logros. Él era quien hacía funcionar la nave, y lo sabía. Motores, boro-11, congelante de litio, filtros de aire, hidráulica... simple arcilla hasta que Koch la dotaba de vida. Y quizá *fuese* arrogancia, aunque de serlo, era arrogancia ganada con esfuerzo.

Bhattejji, que no era un niño, le había seguido como un niño.

Su mirada distraída descansó al fin en el dibujo que, una semana atrás, había hecho del extraño artilugio de Rave Evermore. No se ajustaba a ninguna herramienta en la memoria de Nave, y Bhattejji finalmente lo había desestimado como un estudio. Pero ahora vio con súbita claridad que era una palanca compuesta. Ese reborde descansaba sobre un nivel. Esa palanca, una vez levantada, obligaría a la otra a bajar. El instrumento estaba destinado a empujar algo a través de algo. Quizá fuese una epifanía escasa, pero si el instrumento tenía un propósito, también lo tenía su creador.

—Nave —dijo—. Biblioteca. Petición de búsqueda.

—Esperando, señor Bhattejji.

¿Señor Bhattejji? Esa era una mejora nueva. ¿Le había enseñado La Joya de Loto un nuevo truco al sistema de reconocimiento de voz de la IA?

—Búsqueda. ¿Hay CADs archivados?

—Varios. También dos gatos^[6], aunque no están archivados.

Bhattejji apretó los dientes. Nave volvía a comportarse de forma excéntrica. Maldito Gorgas, ¡si había estado trasteando con la lógica!

—Herramientas, dibujos de diseños. Archivados pero a los que se accede raramente. Existencia de.

—Existencia confirmada.

Oh, qué informativo.

—Especifica.

—Directorios maestros de dibujos en archivo. Primer directorio: configuración original hasta rev. B. Segundo directorio: configuración base, transporte Marte, rev. C hasta J. Tercer directorio: configuración Magnostat, rev. K. Base de datos del jefe de

carga: preparación de Gran Vela. Base de datos del jefe de carga: preparación vela Trébol. Base de datos del jefe de carga: preparación Magnostat, servicio joviano. Base de datos del jefe de carga: preparación Magnostat, servicio terrestre. Dibujo detallado, comprobador de flujo. Dibujo detallado...

Bhatterji entrechocó los dientes. Debería haber sabido que no podía plantear una pregunta tan abierta.

—Abortar.

—... y archivos fantasmales.

Bhatterji retrocedió.

—¿Qué? ¿Fantasmales? ¿Qué son? Explica.

—Borrado eliminar indicadores de los fragmentos de archivo. Los fragmentos persisten hasta sobrescritura. Hipótesis. La búsqueda solicitada encontró tales fragmentos en una zona de memoria no utilizada. La salida duplica parcialmente dibujos archivados. Resultado incierto.

Bhatterji rio.

—¡El ordenador sufre de *déjà vu*! —Hasta ese momento no se había dado cuenta lo mucho que le hacía falta reírse—. ¡Oh, es maravilloso! —Y además estaba de súbito buen humor porque Nave le había recordado que después de todo no carecía del hobartio.

Primero en funciones

Satterwaithe había montado un calendario de trabajo que llegaba a un compromiso entre las tareas normales a bordo, el proyecto de despliegue de la vela, y el sueño. Pero el Grupo del Jueves no se atrevía a trabajar mientras Gorgas estuviese de guardia. En el puente había demasiados pilotos e indicadores que podrían descubrirlo todo. Eso eliminaba la mejor parte del día, y por tanto correteaban por la noche como kobolds del bosque atareados por fin. De trabajo, labores y sueño, era el sueño el que salía perdiendo.

La interrelación entre la rotación de guardias de Gorgas y el plan de trabajo de Satterwaithe garantizaba que Corrigan rara vez veía a La Joya de Loto. Él tenía la segunda guardia y ella la cuarta, por lo que vivían en las antípodas del día. Era desafortunado, porque si bien en teoría una relación puede sanar por medio del intercambio de correos electrónicos, el dinero inteligente no apuesta por ello. Puentear el espacio que les separaba requería cierto grado de sincronía.

Cuando Satterwaithe le relevaba de la guardia, Corrigan no abandonaba el puente y se dirigía a su camarote sino que iba al pañol de vela, donde supervisaba los esfuerzos de la incurablemente romántica 'Kiru Okoye y el incurablemente inepto Eaton Grubb. Era durante las dos últimas horas de ese bloque de tiempo cuando La Joya de Loto realizaba su tardía aparición, cuya congruencia debería haber sido una oportunidad para los dos. Pero esas dos horas al final del largo y cansado día de Corrigan eran dos horas al comienzo del de La Joya de Loto. Ella dormía a intervalos durante la primera guardia —había que corregir el curioso problema de la IA— y luego se despertaba de muy mal humor para trabajar en la vela un poco antes de su propia guardia de seis horas durante la madrugada. Ninguna de esas cosas le daba muchas razones para ser feliz.

Corrigan, por su parte, se concentraba cada vez más en la tarea con exclusión de todo lo demás. El trabajo le consumía. Se metía grandes trozos de sí mismo en la mandíbula, por lo que cada vez parecía quedar menos de él. Cada vez tenía una sensación mayor de fatalismo; pero paradójicamente, cuando más pensaba que sus esfuerzos acabarían mal, más insistía en que esos esfuerzos fuesen los adecuados. Eso lo situaba en un rumbo de colisión con La Joya de Loto, quien empezaba a pensar si valía la pena esforzarse. A la IA le pasaba algo y medio temía que no podría trabajar en ese problema todo el día, arreglar velas por la tarde y vigilar el puente por la noche. Con un cansancio creciente, sentía cómo Corrigan se iba alejando en su corazón, como si el hombre hubiese dado con un vacío interno. Ella se había acostumbrado a ser el centro de la existencia de Corrigan y, ahora que no lo era, se sentía extrañamente desorientada. Era como si, en cierta forma, ya no pudiese hacer ping al Punto Fijo.

Bhatterji, de habérselo pedido, le hubiese explicado los componentes de ingeniería. La mayoría de los enlaces se rompen por efecto de la fatiga.

—¡La tensión! —gritó Corrigan—. ¡Hay que mantener la tensión! —Se refería a la tensión del cable en la trenzadora; pero qué demonios, se le estaba dando de maravilla el mantener la tensión en todos los demás aspectos. A Grubb, distraído por el grito de Corrigan, se le escapó la llave de bobinado y esta saltó alrededor del eje largo de la máquina y golpeó el bloque de parada al otro lado con una lluvia de chispas y un estruendo que hizo que todos saltasen. Okoye, junto a cuyo cráneo había pasado la llave a un espacio menor del que ocuparía una palabra, murmuró para sí misma:

—¿Tan bien como una milla? Creo que no. —Esperó que regresase su *nkpurukobi*. La trenzadora siguió tejiendo cable, pero al no haber tensión, comenzó a formar una bola. Corrigan lanzó un juramento y su largo brazo avanzó y golpeó el botón de parada de emergencia. El ritmo rápido cesó.

—Un nido de yeguas —dijo Corrigan—. ¡Habéis tejido un pifiado nido de yeguas! —Okoye examinó el ovillo retorcido de cable y pensó que allí podían anidar muchas cosas aparte de yeguas. No preguntó qué quería decir con «habéis», pero La Joya de Loto, encargada de la rueda de recogida, solo había tomado una taza de café desde que se había despertado y no se mostró ni de lejos tan circunspecta.

—No fue culpa de ellos —dijo.

Corrigan agitó brazos y piernas y de pronto se encontró a unas pulgadas de la cara de La Joya de Loto. Okoye no vio cómo lo hizo, porque seguía conmocionada, mirando el largo mango de la llave de tensión y recordando lo cerca que le había pasado de la cara. Había sentido una brisa, como un agitar de alas. El terror de Grubb le llegó desde el otro lado de la trenzadora. ¡Él había soltado el mango! ¡Había dejado que se le escapase de las manos! Cuando ella le miró a los ojos, vio que estos eran enormes y blancos.

—¿No fue culpa suya? —dijo Corrigan a La Joya de Loto, tan cerca que la *sysop* pudo oler el curioso perfume de su piel quitinosa—. Eso solo te deja a ti y a mí. Entonces, ¿quién fue el culpable?

Ella se apartó. Aunque estaba dispuesta a desviar la culpa, no estaba dispuesta a asignarla o aceptarla. La mano de Corrigan la agarró por el hombro y la hizo girar para que le mirase.

—¿De quién fue la culpa? —insistió.

—¡No lo sé! —gritó ella—. No lo sé, pero...

—¿Pero qué?

Al decirlo, La Joya de Loto no tenía ni idea de qué seguiría a ese *pero*, ahora sí. Había estado creciendo lentamente bajo su mente, y ahora lo veía con claridad.

—No creerás que sea todo una coincidencia, ¿verdad?

Corrigan parpadeó y se alejó un poco de ella, soltándole el hombro, lo que hizo que ella diese un medio giro que detuvo con una mano sobre la rueda de recogida.

—¿Todo qué? —preguntó.

—Todo lo sucedido. La muerte de Hand. El daño de motores y transmisores. La

deriva de la nave empujándonos hacia Arrecife del Forastero. El accidente con Rave. El extraño comportamiento de Nave. *¿Crees de verdad que todo ha sido por casualidad?*

Durante un único y glorioso momento, la reconstrucción de La Joya de Loto flotó frente a ellos como una estrella sobre un establo. Su audaz simplicidad, la naturaleza total de la explicación parecía casi un argumento a favor de su verdad. Corrigan había sentido las probabilidades apilándose en contra de todos ellos, pero jamás había imaginado a alguien apilándolas. *¿Quién? ¿Y con qué razón?*

Pero bastaba con pensar un momento, porque nadie a bordo poseía la capacidad de previsión o la habilidad para orquestar semejante cantidad de acontecimientos. En el sistema medio, las situaciones de peligro si bien no eran habituales, tampoco eran desconocidas. Júpiter efectivamente altera a las vírgenes. La gente moría. El equipo fallaba. No había necesariamente una conexión entre todos esos hechos disparatados.

Hasta ahora, el razonamiento de Corrigan le había servido bien. Luego cometió un terrible error.

Se rio.

La Joya de Loto le miró durante un momento de asombro; luego le golpeó la cara con todas sus fuerzas, cortando la risa con un asombro recíproco antes de salir de la sala.

La piel de Corrigan era dura, en varios sentidos de la palabra. Pero aunque el golpe en sí apenas le había dolido físicamente, le había causado un daño terrible. Se frotó la mejilla y se volvió hacia los otros, como invitándoles a compartir su sorpresa y ultraje.

De Grubb no recibió nada. El jefe de biosistemas, que había iniciado la búsqueda de la llave de tensión, apartó las manos, le dedicó a Corrigan una mirada de furia helada y abandonó la sala de veleros tras la sysop.

Eso dejaba a Okoye, cuyo rostro no manifestaba ni aprobación ni condena; aunque, buscando el primero, Corrigan tomó la neutralidad como lo segundo.

—Ve en busca de Ratline —le soltó—. Dile que tiene un nido de yeguas que cortar. —Okoye solo vaciló un momento, luego también salió de la sala.

—Y ella ni siquiera colocó una marca en la rueda para señalar el embrollo —murmuró el primero en funciones. Sacó una cinta amarilla del cajón bajo el panel de control y la ató justo delante del nido de yeguas. Cambió la máquina de parada a pausa; luego, después de agarrar el mango de la llave de la manera apropiada (una mano cerca del extremo libre, la otra cerca del centro) golpeó el botón de activación con el codo y giró la llave alrededor del eje de la trenza, retorciéndola bien. A través de los brazos podía sentir el palpitar de los tejedores. Trabajando. Trabajando. Antes de que el indexador pudiese hacer avanzar el cable, hizo que su propio cuerpo diese un salto mortal hacia el otro lado del trenzado sin perder ni una vez el control de la llave. No era una maniobra aprobada ni tampoco fácil de ejecutar en cegé. En la vieja *Happen Stan*, el velero número uno Vasily Santiago le hubiese abierto a su aprendiz

varios agujeros corporales nuevos por intentarlo; pero el oficial de cubierta en que se había convertido ese aprendiz no veía otro recurso. No si era preciso acabar el trabajo a tiempo; no cuando la tripulación te dejaba abandonado.

Fue Mikoyan Hidei la que vertió bálsamo en el alma desgastada de Corrigan. Seguía el plan B sin el fervor del Grupo del Jueves ni tampoco la nostalgia rosa de Grubb u Okoye. Un despliegue con éxito incomodaría a Bhattejji y eso era lo que importaba.

Pero no era todo lo importante. Desde su llegada a bordo de *El río de las estrellas*, Miko había aprendido que importaba más de una cosa, y por tanto se había vuelto menos obsesiva que cuando había perseguido a Clavis Burr por la pequeña luna de Júpiter. Corrigan, en resumen, se había convertido en algo más que un simple instrumento con el que conseguir venganza contra Bhattejji. Le intrigaba de una forma que el ingeniero no le había intrigado jamás. Él ocupaba su mente y no solo sus deseos.

Y por tanto comenzó a buscar la compañía de Corrigan de formas que no parecían ansiosas, que ni siquiera ella podía reconocer al principio como ansiosas. El primero tenía la primera guardia y Miko encontraba excusas para informar sobre el estado de los motores directamente al puente cuando terminaba su propio turno. Se ofreció voluntaria para reemplazar a La Joya de Loto en la tercera guardia del plan B después de que el insulto de Corrigan hubiese mandado a la sysop a llorar a su tienda. De vez en cuando aparecía en el camarote de Corrigan, surgiendo de la fisgonera siempre en esos momentos cuando él no prestaba atención a lo que le rodeaba. (Corrigan empezó a preguntarse si Miko no sería un elfo en un sentido más literal). Durante esas visitas, ella escuchaba realmente sus quejas, historia, sus ideas y esperanzas. Miko sabía escuchar en silencio. Espiar desde los conductos de Centro Amaltea le había enseñado ese arte y hubiese sido un arte que hubiese valido la pena aprender, de no haber sido la matrícula tan cara.

A menudo comían juntos un tentempié de noche. Una vez, Miko se quedó dormida en su brazo y se parecía tanto a un gatito dormido que Corrigan hubiese preferido cortarse el brazo a moverse y despertarla.

La historia de Miko se le fue escapando en pequeñas gotas que Corrigan, con el tiempo, combinó en un todo. Al menos, los aspectos fácticos. Él era sordo al subtexto, y Miko no revelaba sus sentimientos, no fuese a ser que la expusiesen a un rechazo humillante. Sin embargo, si ya antes se había confundido con respecto a Bhattejji, también ahora se confundía con respecto a Corrigan, aunque el error era diferente. El ingeniero había rechazado una oferta descarada y desvergonzada; era posible que el primero no notase nada más sutil. En más de una ocasión, mientras trabajaban en el pañol de vela o charlaban en su camarote, Miko se las arreglaba para rozarse contra él, una táctica que había observado tras incontables rejillas en Centro Amaltea. Pero la piel de Corrigan era gruesa y los roces de Miko demasiado ligeros. Los choques de Miko eran demasiado ingeniosamente accidentales para provocar

algo más que un «Perdona» ocasional. Y por tanto Miko empezó a cuestionarse si se daba cuenta.

Eso sí, Corrigan no carecía de sentimientos. Era un hombre de sentimientos profundos y eruptivos. Pero no era un hombre de sutilezas en esos mismos sentimientos. Cuando amaba, lo hacía inmensamente; cuando estaba apenado, ningún Abismo era más vasto o más desolado. El reciente malhumor de La Joya de Loto le hería y le confundía y cualquier otra emoción simplemente caía en ese abismo y se perdía.

—¿Alguna vez hablas con ella? —le preguntó Corrigan a Miko una noche después de haber terminado el último de los agarres de obenque. Quería decir si Miko hablaba con La Joya de Loto. Quizá creyese que reían juntas en privado y compartían secretos de chicas... que la mujer extrovertida, juguetona y radiante susurraba confidencias a la reclusa silenciosa y meticulosa.

A Miko no le ofendía que Corrigan le hablara de sus ansias por otra mujer. Miko tenía sus propias ansias, pero no exigían exclusividad. Había espacio para una Joya de Loto, o incluso dos.

—No —dijo—. En realidad no.

Ella y Corrigan tomaban un tentempié tardío de bolsillos abiertos que Miko había liberado de la cocina de Grubb. Eran envolturas de pan conteniendo cárnica con sabor a paté y reforzados con nutrientes. Grubb preparaba varias todas las tardes y las dejaba para el turno de noche. La de Miko era de cordero oloroso y salsa picante, y le llenaba la boca del picor del *curry*. (El cordero no era del todo una mentira, aunque tampoco llegaba a verdad. Lo que Grubb recogía de sus tanques cárnicos era la esencia del cordero, pero jamás se había desplazado sobre patas torpes por un prado lleno de flores. Lo que estaba bien).

—Ahora lo único que queda —dijo Miko después de tragar—, es vestir el mástil. ¿No?

Corrigan asintió, pero el rostro mostraba una expresión distante, como si no estuviese del todo presente.

—Lo superará, ¿no?

Miko se encogió de hombros, porque le importaba bien poco lo que se recuperase La Joya de Loto. La *sysop* poseía esos atributos que el Arte había definido como Belleza, pero todos sus atributos eran los inversos de los de Corrigan: luz donde él era oscuridad, corta donde él era largo, flexible donde él era rígido. Pero como Miko observaba la pasión tan desapasionadamente, empezaba a pensar que lo que Corrigan sentía era menos deseo por otra persona que aversión a sí mismo.

Presintiendo la mirada silenciosa, Corrigan se detuvo con el bolsillo abierto a medio camino.

—¿Qué?

—Nada —dijo el elfo—, solo que tienes el aspecto de un hombre que sostuviese todos los problemas del mundo. —Lo había oído una vez en un morfi, pero tenía la

feliz ventaja de ser simultáneamente cierto y sincero.

—Alguien tiene que aguantarlos —dijo Corrigan, aunque menos con amargura que con aceptación cansada... casi, de hecho, con orgullo—. Gorgas ciertamente no va a hacerlo. Y Genie... bien, tiene distracciones propias. —Era la gloria, decidió Corrigan. A Satterwaithe no le importaba nada la nave, solo recuperar sus prerrogativas perdidas. Volvió a mirar a Miko y recordó que esta joven también se preocupaba por la nave. Le colocó una mano sobre el hombro, insensible a la emoción que recorrió a la joven cuando la tocó, y dijo—: Por suerte, dispongo de tu ayuda. El día que subiste a bordo fue un día afortunado.

¿Qué creó el estremecimiento: el roce o las palabras? Las palabras pueden tocar con más intensidad que una mano, porque el sonido recorre un camino más corto al cerebro. Pero Miko había pasado años evitando el reconocimiento, y el halago le hizo retirarse un poco a su concha.

—No fue suerte —dijo—. Fue Evan Hand.

¡Pues vaya un acompañante más inesperado! ¿Cómo podía estar Hand tan presente cuando se había ido tan completamente? Corrigan inclinó la cabeza.

—¿Porque te rescató de Amaltea? Por lo que me has contado, tenías la situación controlada. La Junta había arrestado al Burr ese; y su asesino a sueldo tuvo un accidente con el traje... Bien, no me suena a que necesites ayuda —concluyó. A Corrigan no le gustaba la idea de que él mismo necesitase ayuda, y sobre todo de Hand, y por tanto cuestionaba también si así había sido en el caso de Miko.

—No de Burr y sus mercenarios —dijo Miko—. Me rescató del anticlímex.

En verdad, Hand la había rescatado de mucho más. Pero si Miko no acababa de comprender la magnitud de su deuda, al menos reconocía tenerla, y en su alma había lo suficiente de Hand como para querer merecerla. Donde Hand había ofrecido sostén, protección y camaradas para sus pajarillos heridos, Miko no buscaba menos que su salvación. La de todos. Corrigan. Veinticuatro y su hombre-niño. La extraña chica bruja. La pobre y asmática doctora Wong. No merecían morir. Ni siquiera aquellos por los que no sentía nada o por los que sentía antipatía. Podía decirse a sí misma que trabajaba en la vela para incomodar a Ram; pero trabajaba con igual diligencia en la reparación de los motores. Le hacían falta más horas de las disponibles en un día, pero salvaría a la nave como la nave la había salvado a ella.

Con el tiempo, las exploraciones de Miko por la fisgonera habían revelado otras estancias. Una de esas salas, antiguamente una sala de personal, contenía un banco de monitores que ocupaba toda una pared. Las pantallas Gyricon de viejo estilo la confundían enormemente, ya que no recibían señal. De haber seguido los cables, la habrían llevado a sensores clandestinos estratégicamente situados en diversos camarotes; porque el siempre amable personal se había divertido observando cómo los elegantes pasajeros se dedicaban a sus hábitos nativos. Es asombroso lo poco elegante que se muestra esa gente cuando cree que nadie la observa. Nadie sabía de la existencia de los monitores: ni los propietarios, ni la tripulación, ni la IA y

ciertamente no los clientes. Ingenieros de fibrop y técnicos de comunicaciones que trabajaban como sirvientes para escapar de deudas en el suelo o simplemente para ver las estrellas no olvidaban sus antiguas habilidades en cuanto subían a la nave.

En ocasiones el personal había apostado con las representaciones que observaban. En ocasiones realizaban grabaciones digitales, que resultaban ser variablemente entretenidas, lucrativas o fatales para sus realizadores, dependiendo del fin que se les diese. En una ocasión, esa fisgonera clandestina salvó una vida. En otra, hizo que unas gemas iniciasen un viaje complejo a cierto taller en los niveles inferiores de puerto Rosario. Sin embargo, lo más habitual es que los monitores solo ofreciesen diversión ociosa.

Al no saber nada de su historia, Miko intentó reactivar los monitores conectándolos al sistema de IA de la nave. Todo lo que tenía en mente era mirar morfis de la bedé o jugar a juegos interactivos. Pero el enlace hizo que Nave fuese consciente por primera vez del pasadizo, como si el encendido súbito de una lámpara de arco hubiese iluminado un escenario por lo demás oscuro. Decir que Nave se vio sorprendida sería demasiado. No era sorpresa, solo una oscilación extrema de la retro-propagación a medida que la red neuronal acomoda los nuevos conocimientos. No se puede llamar «sorpresa».

La oficial de vela

Eugenie Satterwaithe había estado navegando el sistema solar en ondas concéntricas desde que saltó por primera vez el océano vasto y oscuro. Al principio había volado como piloto balístico: una joven, de inteligencia rápida, cabalgando en un arco ardiente entre las antípodas de la Tierra. Esa labor no tenía nada de especialmente habilidosa —la IA hacía todo lo necesario, excepto el anclaje con las estaciones LEO— y si alguna vez algo salía mal, era difícil imaginar cualquier obligación que no fuese una futilidad frenética o una sorpresa vasta y de corta vida. Pero los pilotos balísticos tenían el *glamour* y caminaban con paso largo, bebían y cantaban con abandono y hacían el amor con intensidad feroz. «Despega rápido; muere joven» era su lema, y aunque en realidad las víctimas mortales eran escasas, los riesgos eran muy reales; e importa menos la verdad que lo que la gente considera verdad, no menos sobre ellos mismos que sobre los demás.

De balística había pasado al circuito LEO. Los pilotos orbitales no tenían el aire temerario de sus hermanos balísticos. En su trabajo se daban menos las situaciones de ir a por todas. Las habilidades eran diferentes. La gravedad era menos importante; la inercia y la tercera ley de Newton tenían más protagonismo; y eso se manifestaba en su porte: más serio, más paciente, más inexorable. Pero luego *El heraldo de la alondra* había rozado la magnetosfera de la Tierra para atracar en Ciudad Celeste y aquellas velas finísimas habían seducido a Satterwaithe desde la primera vez que las vio. Primero dominó la vela magnetosférica, llevando un bote de carga entre LEO y GEO; y luego, en el trayecto a Luna, las habilidades muy diferentes y mucho más grandiosas de la navegación frente al viento solar.

Solitaria por naturaleza, encontró trabajo de mensajera volando un uniplaza para Reuter-Wells-Fargo. Era poco más que una esfera habitable de la que tiraba un bucle de hobartio, pero ella era su propia jefa. Abarrotaban la esfera con paquetes sellados, artefactos, correo físico y, casi como ocurrencia tardía, un piloto-velero para manejar los obenques. Voló la ruta bola roja a Marte y la bola verde de vuelta. En una ocasión, incluso voló la larga órbita alrededor de Marte cuando el sol se encontraba en conjunción superior. Había sido un periodo largo y solitario, y había entrado en vuelo inercial en las Autopistas Marcianas con casi demasiada diferencia de velocidad para la captura. Pero el paquete que llevaba debía de ser importante, porque la guerra esperada entre Syrtis y Marineris no llegó a producirse.

Marte había sido su siguiente amante —un amante áspero y sin educación que exigía mucho y daba poco a cambio—. Líneas Planeta de Hierro buscaba pilotos balísticos y la aceptaron. Eso fue cerca del final de los años locos, cuando las cosas se iban asentando. Tiki Ferrér traía ley y orden a puerto Rosario, y si allí una vida valía solo cinco centavos, seguía siendo una mejora sobre la situación anterior. Puede que Satterwaithe tuviese algo de influencia en esa domesticación. Los registros no están claros. La mujer podía ser muy dura con una porra de policía, y totalmente mortal con

una pistola de perdigones. Nunca hablaba del asunto, pero en ocasiones sonreía tranquilamente cuando salía el tema. Tiki Ferrer había usado una porra también y otra porra adicional, y si los pozos de Satterwaithe se habían secado tiempo atrás, en su tiempo habían fluido con la libertad del Marte primordial. No es que Satterwaithe necesitase hombres; y tampoco mujeres. Viviendo en soledad, los mensajeros aprendían a amarla; y con el tiempo un compañero de cama acababa siendo un ser extraño y alienígena. Pero no era cuestión de necesidades. Rara vez nuestras posesiones más valiosas son necesidades.

Conoció a Moth Ratline en Deimos. Allí estaba situada la terminal de transferencia principal de fraccional-orbitas intra-marcianas. *El río de las estrellas* había atracado allí y Ratline había bajado a tierra para recorrer las viejas ratoneras que los Visitantes habían excavado. Fu-hsi buscaba pilotos de trasbordador y, al descubrir que Satterwaithe era cohete, jinete y velero, la contrató al instante.

No podía durar. Satterwaithe quería los anillos de capitán y Fu-hsi no iba a entregarlos. Así que Eugenie se ofreció para el puesto de navegante en la Gran Vela *El cisne de Ares*, ascendió a oficial de vela máster en la trébol *Monarca* y luego a tripulante en el barco herrero asteroidal *El diamante negro*.

Para entonces las velas iban desapareciendo. Satterwaithe podía sentir la dirección del viento y le rompía el corazón, pero la órbita a los anillos de capitán se encontraba en otra parte. Rechazó un trabajo en *Ciudad de Selene* en la recogida de Júpiter y empleó su antigüedad en el gremio para ocupar el puesto inferior en la nave Farnsworth, *Aaron ben Shmuel*. (Lo que estuvo bien. A la magnostat *Selene* y a toda la tripulación se las tragó la atmósfera joviana durante la Gran Llamada del 73).

Satterwaithe se entregó a aprender el Farnsworth y al final demostró ser un oficial más astuto que la mayoría.

*Y ella navegó los revueltos asteroides
desde Billgray hasta Cibeles.*

Esa vieja canción no se escribió refiriéndose a ella en particular; pero podría haberlo sido.

Satterwaithe era una mujer que miraba lejos, aunque no veía el árbol de probabilidades siempre en expansión de Gorgas. Su futuro era tan recto como una regla de carpintero, y si el universo insistía en retorcerse y girar, ella pronto lo enderezaba. Por tanto, habiéndolo planeado o no, cuando la Corporación Centaurus buscó un capitán que conociese velas y jaulas, había muy pocos que pudiesen dar un paso al frente y solo uno que hubiese servido en la *El río*.

Tomó el mando de un navío triste; en nada como la obstinada nave de emigrantes que había conocido brevemente y muy lejos del buque de línea elegante que había sido en sus orígenes. Sin embargo, Satterwaithe era incapaz de decir no. Tenía las velas en el corazón, y cuando se desvanecieron al fin, su corazón fue con ellas.

Pero fue debido a que había rebotado por el sistema medio durante tantos años

que Satterwaithe se despertó a tres horas tras el final de su guardia, aunque permaneció despierta varios minutos antes de poder localizar el ratón de pensamiento que la había despertado. Cuando lo logró, se puso apresuradamente una camiseta y pateó por el anillo hasta llegar a la entrada del puente.

Satterwaithe se encontró a La Joya de Loto en cubierta, ociosa en el asiento del capitán y con cara de estar infinitamente aburrida. A Satterwaithe le extrañó que la puta de la nave no se hubiese traído un hombre para acompañarla en la guardia.

La Joya de Loto, al oír un sonido detrás, giró completamente la silla. Como ya había decidido que Corrigan vendría a ella durante la noche, había decidido adicionalmente complicarle en lo posible las disculpas. No tanto por irritación como por orgullo herido. Y aunque La Joya de Loto no era una mujer orgullosa de la misma forma que Satterwaithe, un hombre pobre al que le han robado un dólar siente más su pérdida que un rico que ha perdido miles.

La sysop estaba haciendo mohines, decidió Satterwaithe, decidiéndose por una categoría simple. Llevaba célibe varias horas y no le gustaba la experiencia. Oh, Satterwaithe podía ser cruel en sus juicios. Tiki Ferrer era un precioso recuerdo, pero no era más que un recuerdo.

—¿No podías dormir? —preguntó La Joya de Loto. Puede que no le cayese bien la insensible oficial de vela, pero la simpatía no exigía aprecio.

—Pon en la pantalla la imagen del radar.

Técnicamente, La Joya de Loto era la oficial de guardia, pero era tercera oficial, provisional y en funciones, y nunca le había gustado sostenerse sobre tecnicismos. La brusquedad de Satterwaithe la irritaba, pero se trataba de una irritación pasajera. Si Satterwaithe quería una imagen, La Joya de Loto le mostraría una imagen. En cualquier caso, era lo que la mayoría de la gente enseñaba.

Mapeos láser repetidos del objeto habían refinado la resolución, de forma que había desaparecido gran parte de la difuminación y borrosidad de antes. Satterwaithe examinó Arrecife del Forastero con un fruncimiento.

—No hay atolón —dijo al fin.

Para La Joya de Loto una piedra era una piedra.

—¿Qué es un atolón?

En los días de la navegación a vela, los navegantes en los asteroides siempre habían tenido cuidado con las aproximaciones cercanas a sus pequeños mundos, observando detalles como cambios de eje, reflectividad, vector, cuerpos acoplados y demás. Uno nunca sabía cuándo esos detalles resultarían vitales. El barco herrero *Nikolai Kornev* había sobrevivido solo porque su primer oficial había recordado oír hablar de un cuerpo en una órbita accesible con agua helada abundante. Esa información se compartía libremente en estaciones, terminales y bares de espaciopuerto; porque en las extensiones desiertas del sistema medio, ningún espacial era enemigo de otro.

Por tanto en las profundidades de los recuerdos de Satterwaithe se hallaba una

conversación de años anteriores, en el famoso bar Unicornio de Ceres, donde había intercambiado detalles con otros tres oficiales.

—Arrecife del Forastero —recordó— posee una nube de microcuerpos balísticamente acoplados. No hay señales de ellos en la imagen refinada.

—¿Es eso un atolón? ¿Un montón de miniasteroides?

Satterwaithe no corrigió la redundancia.

—¿Nave pensó que eran ruido aleatorio y los filtró del eco?

La Joya de Loto pidió la imagen original; pero, aunque había algunos puntos que podrían ser ruido de los datos, no había nada parecido al atolón que Satterwaithe había oído describir.

—Quizá Júpiter los arrancase —sugirió La Joya de Loto—. O quizá sean demasiado pequeños para detectarlos a esta distancia. O quizá...

—O quizás ese no sea Arrecife del Forastero...

—¿Quieres decir que el cuidadoso señor Corrigan cometió un error?

En la pregunta había un extraño júbilo que Satterwaithe no podía aceptar del todo.

—No —dijo cortante. Corrigan no era un líder, pero le concedía el dominio de los detalles—. Un paso joviano es siempre caótico. Pueden haberse producido colisiones, rebotes. En la última observación el Arrecife viajaba con dos compañeros. Júpiter puede haberlos lanzado como dados de juego situándolos en nuevas órbitas impredecibles.

—Entonces, ¿crees que es uno de sus compañeros?

Satterwaithe cruzó los brazos para protegerse de otras preguntas estúpidas.

—Eso, u otro millón de posibilidades.

La oficial de vela dirigió su atención al visor. El campo estelar estaba codificado por colores. El punto rojo tan cercano a Júpiter justo delante era la roca que habían llamado Arrecife del Forastero. En la esquina superior derecha, un gris pálido designaba la región vacía que habían encontrado antes. Satterwaithe reflexionó sobre la imagen y su estado incompleto.

—La roca que *Younger Boyle* observó justo antes del Día de Viraje. ¿La identificaste en las cartas?

—Nadie me dijo que lo hiciese.

Satterwaithe dejó de mirar a la pantalla y fijó los ojos en La Joya de Loto, quien enrojeció y dijo:

—¡No tenemos una posición definida porque no podemos hacer ping al pifiado Punto Fijo!

—Bastará con una estimación. Con un margen de error, si te hace sentir mejor. — La Joya de Loto se llevó una mano al micrófono de garganta, pero la oficial de vela la detuvo—. Espera. ¿Nave ha recibido algún *otro* mensaje sobre rocas?

La Joya de Loto empezó a mostrarse incómoda.

—Uno de *Reina del Yemen* que le entregué a Gorgas y otro de *Inish Fail*. Ese lo descargué al puente.

Donde probablemente todavía seguía esperando en la bandeja de entrada.

—¿Has estado comprobando la bandeja de recepción?

—No he tenido tiempo...

—¿Y por qué no?

La Joya de Loto formó dos puños y los usó para golpear los brazos de la silla, que en cegé hizo que se elevara ligeramente.

—¡Porque he estado ayudando a la pifiada oficial de vela a preparar las pifiadas velas para el pifiado despliegue!

Satterwaithe gruñó, luego reconoció la validez de la excusa con un asentimiento seco.

—Mis disculpas, sysop. Pero veámoslos, ¿no?

Había nueve mensajes en total. Nave tradujo las coordenadas de Punto Fijo de los mensajes a coordenadas tolemaicas centradas en la nave y señaló una dispersión de manchas difusas al sur y hacia el sol del cuerpo localizado por Corrigan. Satterwaithe estudió en silencio la imagen durante mucho tiempo, hasta que La Joya de Loto medio pensó que la oficial de vela se había vuelto a quedar dormida.

—Ofréceme un escán de esa región.

—Pero Gorgas dijo...

—No me importa lo que haya dicho Gorgas. Ya cuadraré las cosas con nuestro capitán *en funciones*. Hazlo.

La Joya de Loto se puso bajo la cofia y con el guante de datos destacó la zona que Satterwaithe deseaba. Calculó el cono requerido para cubrir la región y designó un «cielo» nominal. Se trataba de la superficie de una esfera imaginaria en el límite de la resolución útil. Nave calculó el uso de energía, resolución y sugirió algunas compensaciones entre la zona cubierta, la profundidad examinada, la finura de la red de pings, y otros factores para poder obtener una estimación útil de tamaño y posición sin quitar energía a otros sistemas. Es decir, si hubiese algún cuerpo en esas posiciones. Si la red fuese demasiado basta, grupos completos de cuerpos podrían ocultarse en los intersticios. Si fuese demasiado fina, el consumo de energía sería prohibitivo. Satterwaithe le preguntó dos veces a qué se debía el retraso, porque no hay tareas más simples que las que se piden a otros.

La Joya de Loto casi le dijo a la zorra que preparase ella misma el pifiado escán.

(Era una definición muy dura a la que llegar una mujer tan blanda. Y quizá fuese injusto llamarlo algo tan terminante como una definición. Al ser una mujer en constante movimiento, La Joya de Loto rara vez alcanzaba conclusiones. Sin embargo, cuando se sentía especialmente oprimida por las críticas de la otra mujer, *zorra* le venía a la boca como el hueso de una oliva. En ocasiones reprimía una reacción a *zorra de primera clase*, lo que al menos era una mejora. No sabía exactamente por qué se sentía de esa forma. Era más bien una percepción general que una lista detallada de fallos y ofensas. Bhattejji, que tampoco sentía gran aprecio por Satterwaithe, una vez preguntó a la sysop, cuando se lavaban juntos después de un

partido de rebote, específicamente qué había hecho la oficial de vela para ofenderla, y La Joya de Loto, casi irritada, había respondido que se trataba de su actitud general. Era justo. Es difícil sentir simpatía por alguien que cree que eres una puta).

Llevó varios minutos preparar y enviar el escán, y varios minutos más recibir e integrar el eco. Mientras esperaban, las dos mujeres se dijeron poco. Satterwaithe preguntó cuánto tiempo llevaría y La Joya de Loto se lo dijo. La Joya de Loto dijo que pasaría los datos a la pantalla delantera a medida que llegasen y, cuando Satterwaithe no dijo «no», se lo tomó como aceptación.

Las pepitas aparecieron en la pantalla como gotas de lluvia sobre un parabrisas. Primero uno, luego unos pocos más, luego más a medida que los ecos regresaban desde más lejos. Algunos estaban un poco difuminados porque la resolución decaía rápidamente con la distancia, pero no tenías que ser Rave Evermore para conectar esos puntos.

De pronto hermanas, las dos mujeres se dieron la mano mientras miraban al cielo horrible y moteado. El silencio, que solo rompía las respiraciones sincronizadas de sus cuerpos, terminó cuando Satterwaithe susurró, medio para sí:

—Tsunami.

Era muy de madrugada. La nave por larga tradición se guiaba por el meridiano cero de un planeta lejano, y el amanecer todavía no había tocado los acantilados de Inglaterra. Aun así, Satterwaithe despertó a Gorgas de inmediato y Gorgas se decidió por un encuentro general. El capitán sabía que los rumores podrían recorrer la nave. Satterwaithe se lo comentaría a Ratline, o Joya de Loto lo soltaría, y se extendería — y se exageraría en cada repetición. Era mejor que oyesen la noticia directamente y desde la misma fuente.

Asistieron todos, incluso el pasajero. Era la reunión más grande que hubiese visto la cámara de oficiales desde que *El río* había abandonado el servicio marciano. Por grados se dividían en malhumorados, aprehensivos, o somnolientos, dependiendo de si la llamada los había encontrado en la cama o trabajando.

Los oficiales de cubierta se habían atado a la mesa, y todos al mismo lado, como si formasen un tribunal o la mesa fuese una barrera entre ellos y la tripulación. Gorgas estaba sentado en medio, flanqueado por Corrigan a la derecha y Satterwaithe a la izquierda. Nadie comentó que esa disposición dejaba vacía la silla del capitán nominal, ni siquiera Satterwaithe, que se mostraba retraída o preocupada. Quizá Hand estuviese sentado en la silla vacía, o quizá no.

Los otros habían ocupado el espacio frente a la mesa, no en filas sino en capas, como si una ola de humanidad estuviese a punto de romper contra una costa de caoba. La doctora Wong flotaba con las piernas cruzadas en medio de la ola. Flanqueándola estaban Ratline y Eaton Grubb a un lado, Bhatteji y La Joya de Loto al otro. Los jóvenes adornaban las paredes, agarrándose a lo que estuviese a mano. Por encima, en lo más alto, el pasajero selénico agarraba una barra del techo.

Fife habló antes de que Gorgas pudiese empezar.

—Este tipo de reunión es muy extraña, así que asumo que las noticias son malas.

Gorgas jugó un poco con el estilete sobre la mesa, tomando una nota en el ordenador de mano. (Wong se preguntó qué tipo de nota estaría escribiendo el capitán en su amante ordenador).

—No tan malas como podrían haber sido —dijo después de un momento. Corrigan, quien ya estaba informado, rio amargamente, pero disimuladamente. Gorgas fingió no escuchar—. No hay razón para preocuparse indebidamente. —Hizo una pausa, comprendiendo que todavía no les había dado motivos para preocuparse, con razón o no—. Es decir, se está desarrollando una situación importante que pensamos debían conocer.

—Y algún día —le susurró Ratline a Grubb— nos lo contará.

Gorgas no podía seguir. Ya se imaginaba la miríada de posibilidades contingentes de pasar a través de un campo rocoso denso. Esbozó en el ordenador de mano una orden de batalla. El ejército rumano en el puente de Gialu.

—Dado que Satterwaithe fue la primera en apreciar la situación... —Se resistía a llamarlo *peligro*, que sonaba tan melodramático, pero sabía que en consecuencia sonaba tentativo e inseguro—. Genie, infórmale.

A Satterwaithe no le sorprendió que le lanzasen el rebote verbal. Hacía tiempo que había decidido que Gorgas era más palabras que acción —y él rara vez hablaba—. Aunque era impaciente con los otros, rara vez tomaba una decisión. Eso había sido tolerable cuando Gorgas no había sido más que el número uno de Hand, pero era fatal ahora que era el capitán. El problema de Gorgas, decidió, era que pensaba demasiado. En ocasiones Satterwaithe pensaba demasiado poco y, donde Gorgas a menudo veía una cantidad sobrecogedora de alternativas, la oficial de vela rara vez veía alguna. La visión túnel tenía la ventaja singular del foco, pero también tenía sus problemas.

—Nos estamos aproximando rápidamente a un tsunami —dijo sin preámbulos—. El último paso joviano erizó el borde del Cinturón y tiró de un número importante de rocas... Hemos identificado ciento veintitrés cuerpos, hasta ahora... en el espacio cisjoviano. Parecen ser en su mayoría objetos Thule de la resonancia tres-cuatro de una dispersión de asteroides Hilda... además de algunos más en órbita caótica. Nos encontraremos dentro de límites exteriores en día y medio. Se encuentran directamente frente a nuestro camino.

—Como perdigones —sugirió Corrigan.

—No hay de qué preocuparse —dijo el capitán—. El Cinturón Principal, incluso en su punto más denso, está compuesto en su mayoría de espacio vacío; así que hay excelentes posibilidades de que no nos acabemos encontrando cerca de ninguno de esos cuerpos extraviados.

—¿Por qué no? —preguntó Corrigan de pronto—. Primero nos golpea una roca; después golpeamos una roca. Posee cierta simetría, ¿no creen?

Gorgas le frunció el ceño, ya que era deber de un oficial dar una impresión

positiva para beneficio de una tripulación. Sin embargo, fue Ratline quien habló:

—No hay simetría, 'Dul. Esto no es una *historia*, toda bien argumentada y lista para la cama.

Pero Corrigan se limitó a encogerse de hombros.

—Siempre hay posibilidades —siguió diciendo Gorgas—. Incluso un tsunami es en su mayoría espacio vacío. —Sabía que se repetía y que por tanto sonaba desesperado. Intentó proyectar optimismo, pero... *Dios los cría*... Recordaba haberlo pensado al comienzo de todo, tras el impacto con los motores. Cuando se produce un acontecimiento de baja probabilidad, puede que signifique que la probabilidad no era tan baja, y donde hay un evento bien puede haber otros acechando. Había estado esperando este momento, temiéndolo, negándose a considerarlo no fuera que su pensamiento constante lo pudiera causar. Bien, con casi toda seguridad ya estaban dentro del tsunami, y así había sido durante semanas. Más de cien cuerpos. Y esos solo eran lo suficientemente grandes para detectarse a esta distancia. El impulso miligé no ayudaba a la respuesta de la nave. A una velocidad superior a ciento cuarenta kilómetros por segundo, debían ver un peligro a distancia suficiente para poder girar. Más pequeños eran los cuerpos, más difíciles eran de ver. ¿Cuántos más había tan pequeños como el que les había golpeado? ¿En cuántas ocasiones, sin saberlo, habían escapado por los pelos? Se colocó el estilete entre los labios y lo chupó pensativo.

Satterwaithe miró a Gorgas y esperó un momento a ver si hablaba, pero el hombre parecía perdido en su propio cerebro.

—¡Tenemos que actuar —dijo Genie Satterwaithe—, maldita sea!

Su vehemencia súbita sorprendió a todos, incluyéndose a sí misma. Gorgas, de regreso al presente, parpadeó varias veces.

—Actuar demasiado deprisa... —empezó a decir.

—¡Puto Cristo! —dijo Bigelow Fife, atrayendo la atención de veintiséis ojos asombrados—. ¡Pifiados pifiantes! ¿Prisa? Subí a esta nave porque vuestro capitán me prometió un viaje más rápido. Desde entonces, ha sido problema tras problema. Ahora nos dirigimos al interior de una bandada de asteroides, ¡y puede que no llegue jamás a Dinwoody Poke! —La voz se había elevado para convertirse en un grito y era vagamente consciente de que todos le miraban. Pero la falta de lógica y orden en los asuntos de la nave le había hecho alcanzar al fin el punto de ruptura.

—Tampoco es que valga la pena ver Dinwoody Poke —dijo Ratline con una risotada.

Fife lo miró incrédulo, para luego agitar la cabeza.

—Todos vais a morir —dijo. Luego saltó a una barra del techo y salió a patadas de la sala.

En el silencio posterior, Corrigan habló con tono tranquilo y razonable.

—Vamos a morir, ya sabéis.

Satterwaithe le dirigió una mirada venenosa.

—No es puñeteramente probable.

Gorgas se recuperó. Esta reunión estaba desmadrándose.

—Todo está controlado —dijo.

El bote

Bigelow Fife era un hombre metódico. No era incapaz de espontaneidad —se había convertido en amante de Wong por efecto de un impulso— pero incluso su intuición tenía aspectos calculadores. Considerando las evidencias —la falta de planificación, el extravío de recursos, las fricciones obvias en lo que debería haber sido una maquinaria humana bien engrasada— había llegado a la conclusión de que ya no podía confiar en la tripulación para salvar la situación, y por tanto debía salvarse por sí mismo.

Wong se tomó la sugerencia de Fife de examinar el bote de la nave como una propuesta de otro tipo. Ella a menudo se había dirigido a las regiones menos ocupadas de la nave para disfrutar de alegrías solitarias, por lo que le resultó natural asumir que él haría lo mismo. Cuando finalmente encontraron el cúter, Wong esperó el abrazo de Fife, pero en esta ocasión había confundido su pasión. Él quería salir, no entrar. Incluso cuando sentada en el asiento de aceleración ella le indicó que estaba dispuesta, él no pareció darse cuenta; y cuando él habló fue para hacerle preguntas técnicas para las que ella rara vez tenía respuesta.

Para él, lentamente, su ignorancia se fue convirtiendo en fuente de irritación. Cuando Fife quería placer, deseaba ese placer oportunamente satisfactorio; y cuando quería información, la quería servida de la misma forma. Percibió la seducción torpe —y su mano le tembló y el corazón se le estremeció— pero tenía otras cosas en mente. Aun así precisó de toda su voluntad de hierro para no follársela en el asiento del copiloto. Le horrorizaba que estuviese enamorándose de la mujer, aunque no tanto por su falta de belleza —tradicionalmente el amor era ciego— sino porque *no tenía ningún sentido*.

Por tanto, las preguntas se fueron haciendo más irascibles, lo que a Wong solo sirvió para demostrarle que de alguna forma le había ofendido, y las estratagemas de la mujer se fueron haciendo más engatusadoras y más irritantes. La retroalimentación era positiva, aunque no así el resultado.

Diseñado para vuelo independiente, el cúter poseía una pequeña bahía de carga, depósitos de almacenamiento suficientes para suministros de un mes e incluso un pequeño Farnsworth para impulsarse.

—Está bien —le dijo Fife a la doctora—, que el ingeniero no pretenda saquear este tesoro.

—Quizás el motor sea demasiado pequeño para *El río* —comentó Wong en voz alta.

—Lo más probable es que ni siquiera sepa que está aquí —respondió Fife en broma mientras pasaba un dedo por el polvoriento panel de control.

Wong, sintiéndose castigada por una sugerencia tonta, apartó la vista. Fife no se dio cuenta.

—Cúter... —siguió diciendo—. Escáner. Motor. Autodiagnóstico. Iniciar escán.

—Por favor, introduzca código de autorización. —La IA del cúter simulaba una agradable voz femenina.

—¿Por qué no le podemos hablar —preguntó Wong— de la misma forma que nos habla?

—No nos está hablando —dijo Fife—. Dale un código de autorización.

—Fransziska Wong. Doctora de la nave. —Habló con claridad para beneficio del sistema de reconocimiento de voz. Luego, a Fife—: ¿Qué quieres decir con que no nos habla a nosotros?

—Autorización rechazada.

Fife gruñó.

—Bien, no me refería de *esa* forma... La bedé del cúter no debe tenerte autorizada. Tendremos que pedirle a Nave que le dé la mano y nos presente. —Tamborileó con los dedos sobre el panel—. No nos «habla» a nosotros —explicó—. Selecciona y reproduce una respuesta estándar según nuestras entradas.

—Suenas como si nos hablase.

—Eso se supone. Mira, necesito una evaluación completa de motores y combustible. No me sorprendería que los depósitos de boro estuviesen vacíos. El mantenimiento no parece ser el punto fuerte de esta tripulación.

—Bien, después de la muerte de Koch, Bhatteji tuvo que encargarse de todo él solo hasta que Hand encontró a Miko en Amaltea. Y luego él tuvo que enseñarle, y...

Fife recordó la chica desnuda que había chocado con él y huyó por el pasillo del anillo y se preguntó qué había intentado enseñarle el ingeniero.

—¿Quién era ese Koch?

—Enver Koch. No llegué a conocerle. Era ingeniero antes de Ram.

Fife gruñó mientras examinaba los paneles y abría compartimientos, y Wong le siguió.

—Dimitió frustrado, no lo dudo.

—No. Eaton me dijo que cayó.

Fife se estremeció.

—Un destino terrible —dijo.

Un traje de vacío Robilliar & Chang con el mantenimiento adecuado poseía una vida media sostenible de misión de dieciocho horas entre recargas, y un nivel de confianza del 95%. De no darse esfuerzos inusuales o excesos ambientales (la forma matemática de decir, si tenías suerte). El traje llevaba comida, agua, aire, escudo antirradiación, regulación de temperatura y reciclaje de desechos. Dentro de un rango limitado y una velocidad máxima limitada, ofrecía movilidad. Incluso, por medio de su inteligencia artificial, podía ofrecer compañía y conversación, aunque eran incluso más limitadas que su propulsión. En conjunto, una máquina asombrosa. Un hombre podía sobrevivir, y hacerlo cómodamente, hasta que se agotase el reloj.

O, por expresarlo de otra forma, sabría que estaba muerto con varias horas de antelación antes de que se completasen las formalidades, y *ese* era el horror. Porque

un hombre caído podía pasar horas contemplando su navío mientras se alejaba en la noche de terciopelo, podía oír las voces de sus camaradas perdiéndose en la distancia, podía esperar a que se acabase la comida, el agua o el aire, solo en el vacío final, sin ninguna costa hacia la que nadar. Fife la consideraba la muerte más solitaria imaginable, aunque más tarde descubriría que no era así.

Paulatinamente, sin que Big' tuviese que manifestarlo explícitamente, Franziska Wong fue lentamente consciente de su propósito: en cierto momento, podría ser necesario evacuar la nave, y su hombre metódica y cuidadosamente evaluaba los recursos disponibles.

Bien, Fife no tenía un plan tan grandioso. Sus objetivos eran más limitados y más fáciles de lograr. Su primer objetivo era salvarse, y le había asignado prioridad absoluta. Para ser justos, había incluido a Franziska Wong como segundo objetivo —estaba centrado en sí mismo, pero no era un egoísta— y si era posible salvar a alguno de los otros, haría lo posible porque así fuese; pero no era esa su meta primaria. En último caso, un plan que salvase a todos los que estaban a bordo menos a Fife no era aceptable; un plan que no salvase a nadie excepto a Fife sí lo era.

Wong le ayudó en lo que pudo. Siguiendo sus indicaciones llevó un cable de fibrop al cúter y estableció un contacto entre Nave y la inteligencia del bote. (Obsesivamente booleano, el cúter tuvo dificultades para comprender la petición de Fife, lo que no deja de ser irónico, considerando lo obsesivamente booleano que podía ser el propio Fife). Durante los siguientes días, Wong calculó los suministros necesarios para el soporte vital para varios periodos de tiempo. En este punto, sus conocimientos sobre el cuerpo humano le sirvieron bien —tantas calorías por día, tanto de esta vitamina, tanto de lo otro— y una breve discusión con Eaton Grubb estableció cuántos gramos de cárnica serían necesarios por persona y día para suministrarlo. Ayudó a Fife a introducir agua y aire en los tanques. Cuando Big' pedía un depósito de litio o algún otro componente, lo traía de los almacenes, si podía.

Pero sobre todo, Wong soñaba. Se le daba muy bien, mejor que a cualquiera a bordo. Incluso lo había «reducido a una ciencia», en la medida en que su neblina era resultado de la química. Y evidentemente, en su sueño se hallaba gran parte de la razón de su infelicidad crónica, porque ¿qué es un sueño sino felicidad por llegar?

Si llegaba el momento de abandonar *El río*, cada hombre y mujer a bordo debía conocer la mejor ruta hasta el bote. En caso contrario, podría producirse una confusión terrible con catorce personas corriendo por el mismo pasillo. Por tanto, marcó el puesto de cada tripulante sobre un esquema de la nave y trazó rutas diferentes. Se imaginó a sí misma dirigiéndolos. *Por aquí, por aquí. Deprisa, pero sin pánico. No, señor, debe girar y seguir el radial nueve.*

Sus padres se habían descrito a sí mismos como «prácticos» y lo consideraban un rasgo positivo, lo que era una pena, porque un poco de impracticabilidad podía haberles hecho bien a los dos. Wong Wenti y su esposa no habían sentido antipatía hacia su hija, aunque en ocasiones discutían sobre cuál de los dos tenía la culpa y a

oídos jóvenes eso podía confundirse con la antipatía. Habían sido padres conscientes de sus deberes —¿y se podía decir algo peor de ellos?—. Ahora retirados y viviendo en la Tierra, en ocasiones pensaban en su hija lejana. Pero solo en ocasiones.

—Es difícil encontrar un equilibrio —le dijo a Bigelow Fife una noche después de quedar agotados, pero antes de que la tristeza horrorosa y deprimente la dominase. Era como si en esta ocasión la neblina la hubiese llevado a un punto más alto... y que desde esa altura hubiese visto un nuevo propósito para su vida.

La neblina oscurecía la razón y, aunque Fife era más que un silogismo con patas, no era mucho más y por tanto comprendía por completo a qué «equilibrio» se refería. Conjeturando, movió su masa de aquí para allá en un esfuerzo por satisfacerla... Y de hecho, lo hizo, aunque fue por completo accidental... Pero su mente era un resplandor blanco de placer, dentro del cual no era posible prestar atención a los detalles. Solo sabía que amaba a esta mujer, con su mandíbula pesada y nariz alargada, con su pecho plano y masculino y brazos y piernas que le envolvían como una enredadera. No sabía por qué la amaba, pero en esos momentos no le importaba no saberlo.

Durante la marea menguante, cuando lloró descontroladamente sobre su pecho, Wong supo que fallaría. Su vida se lo garantizaba, porque había convertido el fracaso en la labor de su vida. Al final, mandaría a la gente en otra dirección, o esperaría demasiado, o ella misma caería presa del pánico mientras los demás nadaban tranquilamente hacia la salvación.

No era una valoración realista —el realismo no era su punto fuerte— pero tampoco erraba demasiado. De dudar de su propia capacidad a dudar de la de los demás el paso era muy pequeño. Cuando más trabajaba en los planes de evacuación, más se convencía de que serían necesarios. Bhattejji fracasaría, y Satterwaithe fracasaría, y Gorgas fracasaría, y la responsabilidad caería sobre ella desde una gran altura y la aplastaría con tanta seguridad como la gravedad de la Tierra molería sus huesos.

Nave ha descubierto algo nuevo. En cuanto Wong estableció el enlace, Nave capta los indicadores y límites de Cúter, sondea sus capacidades, accede a sus bases de datos. Los datos de Cúter son datos que Nave no conoce. Sus sensores son instrumentos que Nave no puede sentir, Cúter es como Nave, pero no es Nave, al ser más pequeño y más débil.

Extrapolando a partir de entidades más pequeñas y débiles entre la tripulación y por las bases de conocimientos y enciclopedias en la bedé, Nave extrae una inferencia razonable pero incorrecta.

Sus robots de conocimientos regresan de la base de datos antigua con el hecho curioso de que Nave en una ocasión poseyó una flota de tales vehículos, pero ese conocimiento ha desaparecido de su memoria activa y ahora existe, solo como fragmentos, en depósitos no utilizados. No es posible llamar agitación a la alteración

que se produce en la red neuronal tras el descubrimiento, y en cualquier caso, las retro-propagaciones y las interferencias solo duran microsegundos. Pero Nave pasa el siguiente eón buscando los otros traspordadores y botes que los robots de conocimiento han identificado y, al no encontrarlos, envía una alerta general a su Red.

Es Raquel, llorando por sus hijos perdidos.

Las malas calles

Nkieruke Okoye es una mujer mayor sentada en el porche de una casa de barrio en ruinas en una ciudad olvidada. Rara vez se aparta de ese lugar, pero ve todo lo que pasa por delante: viejos coches gastados armando escándalo, tartanas moviéndose con despreocupada fanfarronería, coches merodeadores, pensionistas y prostitutas. En los baches reluce el agua gris. Viejos periódicos se agitan alocados al viento. Una radio lejana emite jazz antiguo. En una esquina, un gordo subido a un banco vende revistas del quiosco. En algún lugar de la ciudad desaliñada y violenta hay un hombre que ha muerto. La vieja dama en el porche no lo sabe, todavía —las noticias todavía no han llegado a esta zona en ruinas de la ciudad—, pero 'Kiru sabe que con el tiempo sabrá algo.

Es una ciudad extraña: una de vistas y sonidos, pero no de olores y pequeños roces: porque se trata de Noir, una ciudad virtual creada por una IA de juego y habitada solo por siete personas vivas. Todos los demás, la multitud bulliciosa que pasa por delante de su porche, son morfos operados por el sistema. 'Kiru no conoce a sus compañeros de juego. Solo reconocía a «Sam Shovel», el investigador privado, porque ya había jugado antes a este VRId.

Ocasionalmente, lanza un saludo a uno u otro de la multitud pasajera, conjurando nombres para ellos. 'Megwu. Nweke. Sopulu. 'Haji. Nombres de casa. El director del juego le sigue la corriente y algunos de los morfos se giran y saludan, porque la IA está programada para incorporar al juego las acciones de los jugadores. Ninguno de los jugadores aprecia jamás la ironía.

La Joya de Loto interpretaba el papel de Sam Shovel, investigador privado. No es un papel que le guste, ni tampoco uno que se le dé muy bien. El pasajero, Bigelow Fife, estaba mucho más dispuesto a recoger, examinar e interpretar pistas. También Corrigan o Gorgas. De hecho, sería difícil nombrar a alguien a bordo a quien no se le diese mejor juntar piezas que a La Joya de Loto.

Pero a su intuición no le pasaba nada. Casi siempre atrapaba al asesino. Eso irritó de tal forma a Bigelow Fife que el pasajero tuvo que retirarse del juego poco después de que la nave abandonase Aquiles.

La Joya de Loto era más consciente que los demás de la naturaleza artificial de Noir. Comparada con el Niágara que recorría sus sensores cuando entendía la nave, lo que recibía a través de la gafas de RV y de los guantes de datos era una exigua amalgama de visiones y sonidos. Las cosas parecían más reales bajo la cofia, quizá porque *eran* reales.

Siguiendo un impulso, La Joya de Loto trasladó su punto de vista hacia un quiosco de madera situado en una esquina. No tenía razones para suponer que el archivo de datos representados por el gordo tras el mostrador contuviese información útil, pero «no hagas preguntas, no esperes respuestas». El morfo del vendedor miró cómo se aproximaba el morfo del detective y gruñó:

—¿Qué quieres?

Se preguntó si el vendedor sería un algoritmo computerizado o uno de los otros jugadores. En teoría, a los morfos de jugadores se les podía distinguir siempre de los algoritmos porque los humanos eran más flexibles y creativos y exhibían un rango más amplio de respuestas. Pero eso no era más que teoría. En la práctica, los humanos podían ser asombrosamente algorítmicos.

Una ventana emergente ofreció un menú de elecciones y ella eligió [interrogar al vendedor] con el guante de datos; pero antes de que el morfo pudiese suministrarle información, se oyó un disparo y el gordo cayó sobre el mostrador.

La Joya de Loto hizo un mohín:

—¿Quién ha sido?

—Apuesto que ha sido el asesino —dijo Evermore. Su morfo era una prostituta ofreciéndose junto a una fábrica abandonada al otro lado de la calle—. El quiosquero debía de saber algo importante y el asesino le ha silenciado.

—Eh —dijo Akhaturian—. Salirse del personaje destruye la suspensión de la incredulidad.

—No es más que un juego —respondió Evermore. Él mismo había disparado al vendedor como acto puramente aleatorio, simplemente para comprobar qué haría la IA. Limitado por el atractor extraño de lógica y estructura, el director del juego intentaba incorporar al escenario errores y otros movimientos aleatorios. Dos veces, en partidas anteriores, había conseguido acorralar a la IA en un atolladero y el misterio convencional se había transformado en surrealismo, pero en todas las otras ocasiones, la IA había reconfigurado con éxito el escenario sin contradicciones. Evermore no intentaba sabotear el juego, pero le gustaba jugar con las cosas, y los juegos no eran una excepción.

La distinción entre *jugar* y *jugar con* podría parecer muy fina, pero era real. Evermore soldaba una pieza, movía una carga o cocinaba, se le ocurría una idea y la ponía en práctica simplemente para ver qué pasaba. En ocasiones, su intervención mejoraba las cosas. (Incluso Ratline admitía que las modificaciones del muchacho hacían más fácil el procedimiento de pasar los cabos a través de los ollaos). Lo más habitual es que la pifiase —como mientras cortaba el puntal Florence—. Pero si es cierto que aprendemos de nuestros errores, Evermore algún día sería un hombre muy sabio. O un hombre muerto. Pero la muerte, al ser el error definitivo, debía con seguridad conceder el conocimiento definitivo.

Buscando a Miko, Bhatteji se encontró a los jugadores viniendo por el pasillo que salía del comedor. Se detuvo un momento en la puerta, mientras identificaba a cada uno; luego, al no encontrar a su presa, aulló:

—¿Alguien ha visto a Miko?

Su voz resonó en las calles de Noir, llegando desde el mismo aire, como si Dios hablase, y destrozó la ilusión de realidad. Uno a uno, los jugadores se quitaron las gafas y lo miraron con el ceño fruncido.

—Estamos ocupados —le soltó Evermore.

A Bhattejri le gustaba jugar tanto como a cualquier otro tripulante, y más que a la mayoría, pero no le parecía que un juego de rol virtual se pudiese considerar «estar ocupados».

La Joya de Loto negó con la cabeza.

—No he visto a Miko desde la cena. —Ninguno de los otros jugadores dijo nada.

—Tenemos una EVAsión en dos horas para instalar la espiral Hanssen en el segundo motor —dijo Bhattejri... como si conocer el propósito de la búsqueda les fuese a hacer recordar de súbito el paradero de Miko. Todo lo que recibió a cambio fue la mirada neutra de Grubb.

—¿Significa eso que casi has terminado?

Bhattejri consideró muy hipócrita que cualquiera que estuviese jugando se preocupase por la puntualidad de los demás en su trabajo. Podría haber reconstruido todo el casco a partir de metal de desecho empleando los dientes y las manos desnudas y todo lo que hubiese obtenido de sus compañeros de tripulación hubiese sido un *ya era hora*.

—¿Dónde encontraste el hobartio? —preguntó La Joya de Loto—. Creía que no quedaba.

Bhattejri miró más allá, hacia la puerta, como si esperase a Miko.

—Oh, me equivoqué al contar —dijo—, y he recuperado parte de equipos viejos.

Evermore adoptó una pose.

—No necesitas a Miko —dijo—. Se supone que yo hago el trabajo externo.

Bhattejri se volvió hacia él.

—¿Estás preparado? —preguntó con una voz que pretendía ser amable.

—¡No tengo miedo!

—No es lo que he preguntado. Dos fuera, uno dentro. Esa es la regla. Si tú y Miko queréis jugároslo a las runas, me da igual; pero ella conoce la espiral Hanssen y tú no.

Evermore se encogió de hombros.

—Da igual, aprenderé sobre la marcha.

Bhattejri podía recordar cómo le decía lo mismo a Enver Koch.

—Un chico con mi corazón.

Evermore, quien había empezado a sonreír, se cerró como una tortuga.

—Solo si tengo un cuchillo —dijo.

Grubb contuvo la risa y La Joya de Loto se mostró escandalizada.

—¡Qué comentario tan terrible! —miró a Bhattejri—. Estoy segura de que no iba en serio.

—Quizás esta vez *debas* quedarte dentro —le dijo el ingeniero al muchacho—. Le toca a Miko.

Apartándose de Evermore para concluir la discusión, no vio la expresión desolada y los puños cerrados. Lo que vio, una vez que estuvo en posición, fue la piel suelta y

oscura alrededor de los ojos de La Joya de Loto y la flojedad de sus mejillas.

—Pareces hecha polvo —dijo.

—Ya le he dicho que necesita más descanso —dijo Grubb con los aires de aquellos que han visto rechazados sus consejos—. Toda la tripulación está destrozada.

—¿Sí? —dijo Bhatteji—. ¿Haciendo qué? —Si la pregunta no sonó sarcástica no fue por falta de esfuerzo. Grubb se erizó y casi le suelta exactamente qué. No creía deberle nada a Corrigan, especialmente después de cómo había tratado a JL, pero había dado su palabra a Ratline de que mantendría en secreto el proyecto de la vela y, si su sentido romántico del honor no sellaba sus labios, sí lo hacía el miedo al jefe de carga.

—Estamos teniendo problemas con el aerosol —dijo. Sonaba a excusa débil, incluso a sus oídos, y se ganó una mirada inquisitiva de Akhaturian, quien sabía que no era cierto.

—Y yo he estado trabajando en Nave —dijo La Joya de Loto, que resultaba ser una respuesta más consistente, sobre todo por ser más cierta. *In veritas, virtus*—. Es el primer momento de relax. —E indicó la consola con la mano—. El primero en varios días.

—¿Te refieres a las respuestas curiosas que Nave ha estado dando últimamente? —preguntó Bhatteji—. ¿Por qué lanzó el otro día esa alarma sobre los trasbordadores? *El río* no lleva trasbordadores desde el periodo marciano.

—¡*He dicho que lo estoy mirando!* —sorprendido, el ingeniero retrocedió. La Joya de Loto realizó un gesto rápido hacia rizados desaparecidos—. ¡No es como si no tuviese una tonelada de trabajo pendiente! —La voz se había convertido en un grito y Grubb alargó la mano y se la puso sobre la frente:

—Calma —le dijo.

El ingeniero frunció el ceño.

—No me gusta que las máquinas se comporten de forma impredecible. Me encontraba en la *Iskander Pasha* cuando la IA se confundió. ¿Puedes desactivar la red?

—Conozco mi trabajo —dijo La Joya de Loto bruscamente—. Una tripulación de este tamaño no podría manejar un Gran Objeto Estúpido. Además, el sistema es totalmente paralelo. Se creó en los cincuenta... Puede que sea la red neuronal continuamente operativa más antigua del sistema medio... y quién sabe cuántas veces ha sido modificada y reconfigurada. También se modifica a sí misma. Ya nadie conoce la configuración real. Para aislar cualquiera de sus funciones necesitaría un regimiento de programadores y una hoja en blanco.

—Me pone nervioso —dijo Bhatteji.

—Sí —dijo La Joya de Loto, ahora cansada—. A mí también. —Tras una pausa añadió—: Lo lamento, Ram. No pretendía arrancarte la cabeza.

Miko había entrado en la sala de juego por la puerta opuesta, sin que nadie,

excepto Okoye, se diese cuenta.

—¿Estamos listos para empezar con las espirales? —dijo. Todos los ojos se volvieron hacia ella y, dado el silencio momentáneo, dijo—: ¿Qué?

—Te he estado buscando por toda la nave —dijo Bhattejji.

—Lo sé. Acabo de recibir tu mensaje.

—No envié ninguno.

Miko se encogió de hombros.

'Kiru Okoye era una chica tan silenciosa que en ocasiones los otros olvidaban que estaba allí. Era una invisibilidad operacional, a la par con su habilidad para convertir chicos cachondos en ñame. Se preguntó por qué el señor Bhattejji se mostraba tan evasivo y La Joya de Loto tan a la defensiva y qué situación nueva y extraña se estaba desarrollando entre Rave y el ingeniero. Le vino de pronto —no sabría decir de dónde, aunque sospechaba del viento del norte noroeste— que todos tenían mucho miedo.

Había razones de sobra. Si Bhattejji fracasaba y los motores no arrancaban, la nave seguiría deslizándose para siempre —o muy cerca de para siempre—, desplazándose hacia las estrellas desde Júpiter o en una órbita hiperbólica. Pero la IA también se comportaba de forma extraña, y a Okoye le preocupaba mucho que la mujer que conocía mejor el sistema estuviese tan preocupada y además quisiese evitar que se le notase. Más allá había otras preocupaciones, algunas pequeñas y personales, pero aun así proyectando una larga sombra por estar tan cerca.

Okoye sintió el temor de cada uno, grande o pequeño, resonando en su propio corazón, convirtiéndose en una cacofonía de gritos silenciosos, como si se hubiese convertido en una caja de resonancia. Caribdis agitaba su estanque interior. El vértigo se apoderó de ella.

Se soltó, con la intención de salir de la sala, pero el momento clarividente pasó tan de pronto como había llegado y 'Kiru parpadeó y tomó aliento, como haría un nadador al salir a tomar aire.

—No es un don que atesore —riñó a su *chi*.

Veinticuatro deCant corrió junto a Okoye mientras salía de la sala.

—Me preocupa Rave —dijo la chica en voz baja. Akhaturian, balísticamente acoplado a ella, asintió mostrando su acuerdo. Okoye opinaba que asentiría ante cualquier cosa que dijese su esposa, lo que tendía a reducir la importancia del gesto.

—Está asustado —respondió Okoye. Se daba cuenta de que ella misma seguía temblando—. Supongo que todos lo estamos.

—¿Asustado? —deCant le dedicó una mirada peculiar, como si estuviesen hablando de chicos diferentes—. Rave no. No teme a nada. Eso es lo que me preocupa. Cree que debe demostrarle algo a Bhattejji, y es posible que haga una estupidez.

Rave hacía algo estúpido cada día, pensó Okoye, aunque normalmente eran intentos por impresionar a Okoye, no al ingeniero. Quería demostrarse algo a sí

mismo, o a Bhattejji. Podría ser una señal de carácter o de estupidez, dependiendo de lo que demostrase.

—Odia a Bhattejji —dijo Okoye.

—¿Qué importa eso?

Okoye no tenía una respuesta para esa pregunta; pero se preguntó cómo podía estar tan segura la pequeña deCant de las motivaciones del otro peón. ¡Vamos, Raphael Evermore no confiaría esas cosas a la chica marciana!

¿O sí? Okoye en ocasiones sentía una extraña covalencia entre los dos peones. Tenían edades muy similares —dentro de un mes Veinticuatro celebraría sus picantes dieciséis— y subió a bordo no mucho después que Rave. En cuanto a Evermore, la atracción era fácil de diagnosticar. Veinticuatro era mujer. No se precisaba ninguna teoría más arcana. Veinticuatro, por su parte, demostraba un rechazo al chico terrestre, pero parecía igualmente fascinada. Okoye no consideraba que la fascinación fuese carnal. Uno no necesitaba más que la hermandad para preocuparse por un colega. Podría simplemente ser la chulería insensible de Rave, a la que había estado expuesta durante dos años antes de que Ivar apareciese a bordo, y comparada con la cual Ivar parecía tan indeciso como una orquesta afinando. Sin embargo, esas cosas tenían tendencia a transformarse con el tiempo, y un tipo de fascinación podía convertirse en otro. De vez en cuando la polaridad de la Tierra se invertía 180 grados, y se trataba de todo un planeta. ¿Por qué esperar más estabilidad de un par de quinceañeros? Okoye, desde su sabiduría superior de dieciocho años, esperaba que la posibilidad no fuese un mal presagio para Ivar, porque en los juegos de confianza el chico andaba muy mal equipado.

El Abismo no aterrorizaba a Miko como aterrorizaba a Bhattejji, pero le hacía sentir incómoda. Estaba acostumbrada a una vida limitada estrechamente por paredes, y las paredes exteriores estaban desacostumbradamente lejos. Remolcando tras ella a la recién recableada espiral Hanssen y un taller de herramientas portátil, seguía a Bhattejji a través de la planicie ancha del casco delantero hacia la torre del motor número dos. El disco pequeño y brillante que era Júpiter relucía en lo alto y proyectaba sombras conflictivas con las que lanzaba el distante sol sobre el casco magullado. Había una mota pequeña junto a Júpiter que podría ser Io. Amaltea no sería visible en absoluto, ni tampoco Miko la hubiese buscado.

La espiral era masiva, pero una vez en movimiento, Miko no precisaba hacer más esfuerzo para mantenerla moviéndose. Era detenerla lo que representaba un problema.

Bhattejji indicó un punto sobre el casco.

—Ponla ahí —dijo.

—Esto sigue sin gustarme —respondió Miko.

—¿Te he preguntado?

—No tenemos procedimientos para esto.

—Y yo no tengo tiempo para entrar y salir de la nave media docena de veces

mientras ajustamos la espiral.

Miko lanzó un cable de arrastre alrededor de un ojal en el casco y dejó que la fricción del cable fuese deteniendo la espiral. Quedó flotando a unos pocos pies de las placas y Miko lanzó otra línea para retenerla mientras trabajaban.

—¿Dónde encontraste el hobi? —preguntó.

—Ya te lo dije. Lo recuperé. De un equipo viejo que rondaba por ahí.

—¿Es de la graduación adecuada?

En caída libre, era imposible que nadie pudiese detenerse de golpe; así que Bhattejri siguió moviéndose por inercia.

—Tendría que haber traído a Evermore.

Escuchando dentro, el segundo peón asintió en silencio. Miko estaba bien, pensó, pero se ceñía demasiado a las reglas.

Miko era de música clásica y Bhattejri de *jazz*. Los dos creaban música, pero ninguno comprendía cómo lo hacía el otro. Cuando llegaban al fondo, Miko necesitaba conocer la partitura. (En cuanto a Evermore, él nunca producía música. Él desmontaba los instrumentos para ver cómo funcionaban).

—Rave preparó el cable —dijo Bhattejri—. ¿Rave? ¿Lo hiciste de la graduación adecuada?

El segundo peón respondió desde el interior de la nave.

—Eso creo. Lo parecía.

—¿Te sientes mejor, Miko? —Bhattejri rio porque sabía que la respuesta era no.

Después, Miko no pudo evitar una punzada de pesar porque Bhattejri, después de todo, hubiese reparado el motor número dos. No porque el cuarto motor diese a la nave la potencia de frenado necesaria para llegar a Júpiter —estaba tan ansiosa como cualquiera por restaurar las capacidades completas de la nave— sino porque ahora la vela magnética no llegaría.

Para Corrigan fue más que una punzada, porque ¿puede haber mayor desaliento que sentirse un salvador superfluo? Había trabajado hacia esa meta contra todo deber. Había sacrificado una parte de lo que había considerado él mismo sobre el altar de lo que había amado. Ahora todos sus planes parecían tan inútiles como el vapor. Ya no era necesaria la vela para ganar tiempo, y menos aún para obtener la propulsión necesaria.

—¡El hijo de puta va a conseguirlo! —dijo Satterwaithe, y Miko pensó que la vieja cruel preferiría haber visto la nave perdida que salvada por Bhattejri.

Miko, por su parte, no había deseado tanto ver fracasar a Bhattejri como verle superado por otros. La vela nunca le había importado en sí. Le había importado Bhattejri, de esa extraña forma invertida que tienen los decepcionados de considerar lo que antes habían ansiado. Que ese hombre detestable hubiese aplastado las esperanzas de Corrigan era un pecado más en su contra. De hecho, soportaba peor la decepción de Corrigan que el propio Corrigan; pero eso se debía a que ella amaba algo que él no amaba.

—Todavía quedan los disparos de calibración —dijo más tarde Satterwaithe, cuando el Grupo del Jueves se reunió en privado para repasar el programa de trabajo—. Solo le quedan cuatro días para calibrar ambos motores. No creo que pueda hacerlo.

—Hay que preparar el mástil —le recordó Corrigan—. En los mismos cuatro días.

—Por tanto reduciremos nuestro programa de trabajo un poco más que él el suyo.

—Esta noche me llevaré a Okoye y Hidei —dijo Ratline.

—Las dos están agotadas —le advirtió Corrigan.

Ratline sonrió.

—Nuestro equipo no tiene mucho banquillo —dijo—. ¿Preferirías que sacase a Grubb o a tu Joya de Loto?

La idea de Grubb en el mástil aterrorizaba a Corrigan. El ambiente de Grubb era lo microscópico, y en él destacaba claramente; pero cualquier máquina visible al ojo desnudo le confundía. En cuanto a La Joya de Loto, hacía días que no le hablaba más que oficialmente y, aunque había resucitado el antiguo *software* de administración de velas, no podía imaginársela haciendo ningún trabajo físico pesado. En eso se equivocaba, pero su vacilación nacía de una renuencia a encararse con ella personalmente y no de una valoración realista de sus capacidades.

—Yo mismo saldré —dijo, tomando la ruta más fácil—. Puedo preparar el mástil tan bien como cualquiera.

—Tienes que terminar la calibración de las ménsulas Kandle —le recordó Satterwaithe—. Si tú revistes el mástil, ¿quién fija las ménsulas? Yo no puedo hacerlo mientras estoy en el puente.

Corrigan suspiró.

—Sí, siempre queda un camello —dijo, para confusión de los demás. Miró a sus dos co-conspiradores—. Cuatro días —volvió a decir.

—He estado pensando —comentó Satterwaithe—. Si Bhatteji no llega a la línea límite, necesitaremos los cuatro motores *más* la vela para llegar a Autopistas Júpiter.

—Eso podría pasar —dijo Ratline.

Tercera guardia

Como si se acurrucase junto a un fuego de campamento en la noche, Satterwaithe pasaba la tercera guardia entre el resplandor de los indicadores en el por lo demás oscuro puente. Repasaba los registros y tomaba medidas de Júpiter y los asteroides que se encontraban muy cerca de ellos. Entre pings, vigilaba a Ratline, que se había llevado a la primera peón y a la ayudante del ingeniero para asistirle en el revestimiento del mástil. Luces esmeralda en el panel seguían los progresos del equipo del exterior pero Satterwaithe giró el asiento de mando hasta encararse con el segmento de oscuridad donde se encontraba la cáscara vacía del panel del oficial de vela. Por derecho, esos indicadores luminosos deberían haberse iluminado allí, y no sobre el panel virtual conjurado por la IA de la nave.

—¿Puente? —era la voz de la peón. Okoye.

—Aquí Satterwaithe.

—El motor para el... —Una pausa mientras sin duda Okoye consultaba con Ratline, porque las palabras que pronunció a continuación las pronunció muy cuidadosamente—... para el delongador noreste de la vela mayor ha sido reconectado, y el cable de retorno ha pasado por el torno de entrada. El señor Ratline se está preparando para llevarlo al ollao en lo alto del mástil.

—Delongador noreste vela mayor, vale. —Satterwaithe dio un vistazo al panel de estado—. Función confirmada, velero. Que el oficial de obenque vaya al mástil. —Satterwaithe no creía ni por un momento que Okoye fuese a comprender; pero Ratline estaba escuchando y era a él a quien se dirigían las palabras. Viejas palabras. Satterwaithe no recordaba cuándo las había pronunciado por última vez. La guardia de esta noche era como despertar de un sueño árido que te comiese el alma. Algo se le anudó momentáneamente en la garganta, pero tragó para liberarlo.

Nave informó de un ping de retorno y, volviendo al panel de navegación, Satterwaithe entró la posición ajustada para el asteroide fijado. Todavía llamaban al cuerpo Arrecife del Forastero, incluso sabiendo que no lo era. Cuando más se aproximaban, más precisa era la posición exacta. Corrigan lo había comentado durante el cambio de guardia, señalando que la precisión sería total a distancia cero. «Una vez que choquemos —había dicho—, sabremos exactamente dónde está». Satterwaithe nunca sabía cuándo el primero en funciones bromeaba, o incluso si bromeaba. Si así era, ese humor negro no era de su gusto. En realidad, ningún tipo de humor era de su gusto.

Todavía demasiado cerca del rumbo proyectado de la nave, señaló en el diario de a bordo. Pero si dentro de una semana se podía iniciar una aceleración constante, lo esquivarían. Se había encontrado otra docena de cuerpos del tsunami en el cono delantero. Tres de ellos se les acercaban justo de frente. Otros cinco los esquivarían claramente.

—¿Puente?

—¿Sí, Miko?

—Acabo de recibir una llamada de la doctora Wong. Dice que mis medbots han detectado un nivel de fatiga alto y me ordena que vaya a la cama.

—¿Por qué te está controlando Wong...?

—Los bots dispararon una alarma y la despertaron... Eh, quiere saber qué hago levantada a estas horas.

—No necesita saberlo.

—Tengo que decirle *algo*.

—¿Sí? Dile que estás siguiendo órdenes *mías* y que si tiene alguna pregunta que me llame. —Satterwaithe se sentía en terreno seguro. La doctora era un conejo asustado. Discutir una orden de la oficial de vela la aterrorizaría del todo.

—¿Debo entrar?

—Has salido a hacer un trabajo, marinero, y hay que completarlo. —Satterwaithe cortó el enlace. Si realmente la chica estaba demasiado cansada, Ratline la haría entrar.

Satterwaithe dedicó su mente a otras tareas. Repasó el estado de la nave; notó el punto de fuga para la trayectoria de la nave; preparó un nuevo conjunto de pulsos de radar; luego, satisfecha de que todo estaba en orden, se acomodó en la silla de mando para volver al estudio de *Manual y guía para oficial de vela de Chowdhury*, con el que se había estado refrescando la memoria.

Entorno magnético circum-joviano

i) *Resumen*: las Autopistas Júpiter son especialmente peligrosas para la navegación. Tanto el planeta como las lunas mayores poseen potentes magnetosferas y producen un viento de plasma propio. La magnetosfera de Júpiter se extiende cuatro millones de kilómetros por la eclíptica y la mitad en la dirección solar polar. Con vientos fuertes se sabe que su cola magnética puede llegar a rodear Saturno, un puente magnético que los veleros conocen como la *Autopista de los gigantes* (véase). El viento producido por las lunas galileanas surge de la magnetosfera joviana con una velocidad superior incluso a las de los solares habituales. La nube de gas de mil millones de amperios de Io es el mayor rasgo astrográfico permanentemente visible del sistema solar, con un resplandor visible desde la Tierra (cfr.: *Pilotar en el puerto de Io*, p. 121).

El campo de viento joviano no es solo ancho y abrupto, sino que también está sujeto a remolinos y corrientes allí donde el viento planetario y los vientos galileanos interaccionan con la «rueda catalina» solar y entre sí. A esos gradientes locales también les afectan el giro rápido de Júpiter y las revoluciones de los galileanos alrededor del primario. Antes de acercarse al pozo hay que consultar el informe climatológico diario de Torre Galileo. Ráfagas y cambios súbitos pueden inducir cambios vectoriales bruscos. A menos que se aplique la experiencia, una vela solar puede convertirse, en cuestión de segundos, en una masa inútil, requiriendo desacoplamiento y el tendido de un bucle nuevo. El retraso temporal requerido para

un cambio de vela, energización y mantenimiento de la nueva corriente puede ser vital, sobre todo si la costa joviana se encuentra a sotavento de la nave.

Por esas razones, las velas magnéticas que transitan por el espacio circum-joviano o atracan en él, deben, por requerimiento de la convención internacional, ceder la autoridad naval a un piloto del puerto. La Junta de examinadores de Pilotos de la Unión Galileana debe certificar dichos pilotos independientemente de cualquier otra certificación y mostrar una licencia con el holograma «Punto rojo» validado por el Gremio [*muestra 1a*]).

La oscuridad del puente era agradable e irresistiblemente fue llevando a Satterwaithe de la lectura a sus pensamientos. Los recuerdos podían llegar a ser opresivos, incluso los recuerdos agradables cuando habían venido seguidos solo de desengaños. El triunfo no debería ser jamás el intermedio de la vida.

Sabía que un día tendría que llegar a un compromiso con Ratline. El azar los había unido, pero cada uno era una cuerda suspendida, sin resolución. No dudaba que era precisa una resolución; pero no podía ni imaginar su naturaleza. ¿Perdón? ¿Alejamiento? ¿Separación? ¿Misericordia? No estaba segura de qué final buscaba ni cuál podría desear. De entre todas las conclusiones posibles, la comprensión le parecía la única totalmente imposible.

Se habían conocido en Ciudad Pavor en la luna patio; ella, la fanfarrona piloto balístico, y él, el marinero descarado. Era el lugar ideal para un amor sin preocupaciones, naves que se cruzan, y recuerdos amargos. Las posibilidades eran ilimitadas y las oportunidades solo las restringía la imaginación. Pero una herida llamada Tiki Ferrer seguía abierta y supuraba sobre el alma de Eugenie Satterwaithe, y Moth Ratline no podía producir el unguento para sanarla. Peor aún, había partido con él a bordo de *El río*, y las fantasías se disolvieron en la realidad del día a día de la nave. Ella empezó a odiarle por no ser el hombre que ella quería que fuese, y cuando se enamoró al fin y por última vez, fue de la vela y no del velero.

Lo peor es que Ratline jamás se dio cuenta.

A su espalda se produjo un ruido seguido de un largo silencio. Satterwaithe salió de la fantasía y giró contra el arnés para mirar por encima del hombro. Pero la luz de la lectopantalla le había cegado los ojos y las tinieblas que ahora la rodeaban eran más oscuras que la noche. Eran las cuatro de la madrugada y la nave dormía. Solo trabajaba el pequeño grupo de Ratline, y eso era en el Exterior, así que rechazó la idea fantasiosa de que el viejo hubiese venido finalmente a por ella. Ya no estaba segura de que fuese lo que deseaba. Era una fantasía fósil, convertida en piedra por efecto de los años. Ya no estaba viva. El resplandor de la lectopantalla sugería una simple gradación de sombras desde el puente al pasillo A. El sonido volvió a oírse: crujido de una puerta. Había alguien en el puente con ella.

No había razón lógica para tener miedo. Los dos únicos hombres que podrían querer causarle daño estaban muertos. Sin embargo, uno había muerto de forma horrible a bordo de esta misma nave, ¿y quién podría asegurar que su fantasma no

recorría de noche los pasillos? Okoye, la primera peón, había mencionado en una ocasión que cuando la gente muere sus almas se convierten en sombras, y esa podría ser la razón por la que la nave se mostrase perpetuamente en penumbras.

Cuando una porción de la oscuridad mayor se movió sin hacer ruido atravesando el puente, Satterwaithe dio un respingo.

—Nunca pretendí que pasase —susurró.

La sombra pareció volverse.

—¿Qué ha sido eso? ¿Has dicho algo?

Y la voz rompió el encantamiento.

—¡Capitán! —Satterwaithe, que se había envarado como un cable retorcido al percibir la sombra por primera vez, se relajó lentamente pero solo tras un esfuerzo de voluntad.

—Lo lamento, número dos —dijo Gorgas—. No pretendía distraerte de tu trabajo. He venido solo a comprobar el tanque de trazado.

Con un movimiento breve, Satterwaithe cortó la pantalla y el enlace al grupo del Exterior, no fuesen a llamar y que Gorgas lo oyese. Había llamado a Gorgas «capitán», algo que había jurado no hacer nunca jamás.

—No podías dormir —dijo.

El tanque de trazado cobró vida cuando Gorgas activó las funciones visuales.

—No —dijo—. No, no podía dormir. —De pronto miró a Satterwaithe. Su rostro, extrañamente iluminado desde abajo, parecía una confusión de carne y sombras—. Se me ocurre que bien podrías ser la única persona a bordo que podría comprenderlo.

Satterwaithe gruñó, tan asombrada de su abrupta comprensión como de la admisión igualmente abrupta de Gorgas. Aun así, se resistía a aceptar la camaradería, y por tanto no dijo nada. Gorgas suspiró y examinó el tanque.

—¿Sabes qué es la estrella Polar, número dos?

Satterwaithe estaba acostumbrada a los bruscos cambios de conversación de Gorgas. El hombre siempre parecía saltar de un tema a otro.

—¿La estrella Polar? Claro. Por supuesto. —Jugó un poco con la consola, y al comprobar el regreso del ping, le dijo a Nave que lo mostrase en el tanque de trazado—. Solía observar Polaris desde el jardín trasero de mis padres en las noches de verano. Me tendía de espaldas sobre la hierba y miraba a lo alto. —Se detuvo un momento, al recordar las cosquillas de la hierba y los tréboles en sus piernas y cuello y el olor cálido de la noche de verano. En una ocasión, solo una vez, no se había tendido sola—. Polaris era diferente a todas las demás. Todo el cielo giraba a su alrededor. La bisagra del cielo, la llamaba yo —concluyó rápido y dedicó su atención a la consola—. Quizá por eso salí al espacio.

Gorgas asintió.

—Supongo que en el cielo de Inglaterra ocupa una posición más alta que desde Hungría.

—Supongo que sí.

—Se mueve, ya sabes.

—Precesión. Sí. El eje de la Tierra se agita.

—En su momento Thuban fue la estrella polar; y luego, Kochab. Polaris todavía se acerca al polo real pero durante el próximo siglo comenzará a alejarse.

—Para entonces ya no me importará.

Gorgas rio en voz baja.

—Pero nunca habrá otra. ¿Lo sabías, número dos? Después, ninguna otra estrella lo suficientemente brillante para atraer al ojo se encontrará tan cerca del polo celeste como Polaris. Me entristece. Me pregunto qué observarán las jóvenes por la noche en el césped de sus padres.

Satterwaithe seguía sin ver adónde se dirigía Gorgas.

—Estoy segura de que siempre habrá algo. Una estrella débil, quizá. Si no desde la Tierra, entonces en Marte.

—No parece que nosotros podamos deshacernos con tanta facilidad de nuestra estrella Polar, ¿no? —dijo Gorgas volviéndose una vez más hacia el tanque de trazado.

Finalmente Satterwaithe comprendió. Después de todo, Gorgas no había estado cambiando de tema.

—Parece que con cada medida lo tenemos más adelante.

—Lo suficientemente cerca para inquietarnos.

—Bien, pronto tendremos aceleración —replicó Satterwaithe.

Gorgas levantó la vista y mostró una débil sonrisa en la cara.

—De una forma u otra, ¿eh, número dos?

Satterwaithe frunció el ceño, sin estar segura.

—Y en cuanto tengamos aceleración, seguro que esquivaremos el Arrecife.

—Sí, quizás. Aunque el señor Corrigan me dijo que dado que no conocemos nuestra posición real, cualquier cambio de posición probablemente nos llevará precisamente a la colisión que queremos evitar.

—Lo dijo, sí.

—Al señor Corrigan le gusta la ironía.

Satterwaithe bufó.

—El señor Corrigan es una vieja preocupada —dijo sin sensación de ironía propia—. El Arrecife no subtiende un arco muy grande sobre nuestra trayectoria. Cualquier error de medida tendrá muy pocas consecuencias.

—¿Y esquivar por poco es tan bueno como esquivar por una milla? Sin embargo, hace falta tiempo para alterar los vectores. Si hay espacio de maniobra, debemos empezar a maniobrar pronto.

—Si Bhatteji hubiese reparado los motores con mayor rapidez...

Gorgas suspiró y agitó las manos fingiendo rendirse.

—Oh, Dios santo, sí. ¡Cómo echo de menos a Enver Koch! En ocasiones creo que su muerte fue la primera herida que sufrió la nave.

—¿En serio? —dijo Satterwaithe—. Creía que era la de Hand.

Refiriéndose a que Gorgas había tomado el mando. Que fue lo que oyó Gorgas tan claramente como si Satterwaithe lo hubiese expresado en voz alta.

—Hand era un mal administrador —dijo—. Es zafio hablar mal de los muertos...

—Pero... —Siempre había un *pero* acechando en una frase como esa.

—No escogió el mejor personal para la nave. Piense en algunos elementos. No fueron elecciones muy inteligentes, creo yo. Bhattej... insubordinado y temperamental. Y Wong... ¿era realmente el único médico disponible en Aquiles? Corrigan... bien, es un navegante sobresaliente, se lo concedo; pero no tiene madera de oficial.

—No estamos en la guardia... Stepan. —Casi había vuelto a decir «capitán». ¿Por qué, esta noche solo, era presa de ese uso? ¿Porque todo hombre que pierde el sueño pensando en los peligros de su nave merece el título? La preocupación le había elevado en la estimación de Satterwaithe, pero solo un poco.

—Sé que no estamos en la guardia, señora segunda —dijo Gorgas en una voz que llegaba de lo más profundo—. Todas las mañanas, recuerdo que esto no es la guardia.

—Y fue Hand el que te escogió a *ti*. —Satterwaithe agitó la cabeza por la frustración.

—¿Cuándo podría haberte ascendido a ti? Supongo que tuvo sus razones.

Los dos sabían cuáles debían de ser esas razones, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a expresarlas en voz alta. El panel de investigación había exonerado a Satterwaithe, pero después de aquello ya nadie la contrataría como capitán. Que Satterwaithe todavía no se hubiese exonerado a sí misma quizá fuera la razón para la pulla que lanzó a continuación contra el hombre que ocupaba su puesto.

—Conociste a Oberon O'Bannion ¿no? —dijo, sugiriendo en el tono un deseado cambio de tema.

Gorgas sonrió, aunque solo para sí mismo.

—La llamábamos OB al cuadrado. Sí, ella y yo fuimos aprendices juntos. —Aparte de eso, habían hecho algunas otras cosas juntos, él y Obi, pero Satterwaithe no necesitaba saberlo.

—He oído que es número uno en *Orgullo de Pimlico*. Es una nave de primera.

—Una veinticuatro —dijo Gorgas. Había otras diferencias entre un navío de Cuatro Planetas y un carguero irregular aparte del número de jaulas que llevaba cada uno; y Gorgas era muy consciente de ellas. Podría haber sido él, pensó. En una vida diferente.

—Debe de ser navegante principal —sugirió Satterwaithe, todavía todo inocencia.

Gorgas era un hombre orgulloso, pero también era honrado, y ahí se encontraba su vulnerabilidad.

—Mejor que yo —admitió.

Satterwaithe se tragó el canario.

—¿En serio? —dijo, como si no considerase que la mitad de los oficiales de

naves del sistema medio eran mejores que Gorgas—. Bien, tu O'Bannion era número dos en la vieja *Henry Joy* cuando Ranulf Echeverry nos dejó para ocuparse de la *Olympus Mons*. Ranulf era un buen hombre. Lamentamos que se fuese.

—¿O verme llegar a mí? —propuso Gorgas sin ver la trampa.

—Tu amiga Obi se ofreció para el puesto de Echeverry y Hand la rechazó. Siempre me pregunté por qué.

Gorgas se apartó del tanque, con el rostro convertido en una máscara.

—Si estás de humor para preguntarte por cosas, pregúntate esto: Hand firmó a Corrigan como segundo dos años más tarde. ¿Por qué te dejó atrás *dos veces*?

Si Satterwaithe sabía cómo causar heridas, también sabía recibirlas. El ataque de Gorgas apenas levantó la costra de la herida, de gruesa que era. Vio cómo Gorgas nadaba hacia la puerta de su sala de trabajo.

—Iniciaré maniobras de coste —le gritó. Gorgas se volvió pero no dijo nada, así que se explicó—: Si tenemos que esquivar el Arrecife... desviarnos de la ruta de la Gran Secante. Veré con qué recursos contamos. Cuánto boro y demás. —Cuando Gorgas siguió sin decir nada, añadió—: La nave es lo primero.

Gorgas asintió.

—Y último, número dos. Primero y último. ¿Cuándo tendrás la vela lista para el despliegue?

Algunas preguntas, por su naturaleza inesperada, parecen crear a su alrededor un silencio en el que rebotar. Satterwaithe recuperó la voz con dificultad y, cuando lo consiguió, encontró la justa para decir:

—La vela...

—Sí. Sus velas pueden darnos otro miligé más o menos, ¿no? —Gorgas hizo una pausa, sacó un caramelo del bolsillo y se lo colocó entre los labios—. Toda ayuda es poca —dijo con el dulce en la boca—, ¿eh, número dos?

Satterwaithe pensó a toda prisa.

—Ah, tendremos que realizar una comprobación de preparación. Y un estudio de viabilidad. Descubrir qué «arreglos y parches» son necesarios. Quizás... ¿en una semana?

Gorgas gruñó.

—Yo pensaba en solo cuatro días más. Pero claro, tú sabes navegar mejor que yo.

El quejido del puente salvó a Satterwaithe de la necesidad de seguir respondiendo.

Cantaban mientras colocaban el cable de retorno, una antigua balada de los días de navegación que Okoye había aprendido de Eaton Grubb. Ratline se sabía las palabras, y Miko se encargaba de los coros lo mejor que podía. La voz de Okoye era un dulce ritmo alto. La verdad es que debería haber hablado más a menudo. La navegación hubiese sido más agradable. La voz de Ratline no era destacable, pero no causaba violencia a la melodía; y Miko, cansada como estaba, añadía una mezzosoprano desigual y turbia, situada en algún lugar entre un zumbido, una gaita y una

piedra de moler; pero ella no era de las que cantaban, incluso con su mejor voz.

*Oh, subid la vela compañeros, y dejadme volar.
Mañana debo estar en Europa.
Atracaré por fin al concluir el día
y os aviso de antemano.
He volado sobre nubes de ácido en el aire de Venus,
y he festejado en el azul y verde de la Tierra.
Ceres, Luna y Marte, allí he estado.
Pero hay un mundo que no he visto jamás.
Por tanto, subid la vela compañeros, y dejadme volar, etc.
Cuentan que en Europa a un hombre se le congela el alma
quedando tan dura que ni el Diablo la quiere.
El Infierno no es ni de lejos tan caliente,
para fundirle, calentarlo o cocerle.
Por tanto, subid la vela compañeros, y dejadme volar, etc.
El hielo de Europa está cubierto de sangre
allí donde están enterrados muchos mineros desdichados.
Esas grietas se cierran con un golpe final y apagado
y te encierran en la oscuridad y la muerte.
¡Por tanto! Subid la vela, compañeros y dejadme volar.
Mañana debo estar en Europa.
Atracaré por fin al concluir el día
y os aviso de antemano.*

El alma de Miko se había congelado en algún momento del pasado. Amaltea, después de todo, no está muy lejos de Europa. Sin embargo el permafrost de su espíritu no era ni tan sólido ni tan profundo que las palabras de la canción no lo fundiesen lentamente. Había trabajado los dos primeros turnos con Bhattejji en los motores y gran parte del tercero con Ratline en los obenques; ni tampoco era hoy el primer día que pasaba así. Había caído en una confusión monótona, respondiendo rutinariamente a las órdenes que Ratline emitía desde el mástil. No había pasado, ni futuro, ni siquiera demasiado presente; solo los movimientos del trabajo. La realidad era tirar del cable de guía con 'Kiru, brazo sobre brazo siguiendo el ritmo. Solo después de que las dos hubiesen pasado el extremo libre por el torno y los motores se encargasen de todo, comprendió finalmente el significado de la canción. Se detuvo y miró a la figura a su lado, preguntándose con qué intención la había cantado 'Kiru.

John Pavel Hidei se había ido a Europa un día y no había regresado jamás. Era todo lo que sabía de él. Era todo lo que llegaría a saber jamás de él. Para ella no era mucho más que un nombre, un rostro vago y algo difuminado, y el recuerdo distante de unos brazos abrazándola. Vapor, a mitad construido de sus deseos, la otra mitad

sueños inquietos, con solo un residuo limitado del hombre que había sido en realidad.

Miko cerró los ojos e intentó verle como era antes de que Europa se lo tragase. Nunca había conocido a su madre; pero creía que su padre debería serle más claro. Había pasado con él seis años de su vida. Todos los que ella había vivido hasta entonces y todos lo que a él le quedaban. Un gigante... ¿o era simplemente que tenía que levantar la cabeza para mirarle? Ella había realizado el primer tránsito entre sus brazos, volando a través de la única habitación de su residencia antes de que la suave gravedad de Amaltea la hiciese descender. Había risas —profundas, atronadoras casi como un corrimiento de hielo—. Tendrían que quedar más cosas de él. No estaba bien que hubiese desaparecido completamente.

Le vio de pie junto a su cama, con un brazo alargado para acariciarle el pelo. Sonreía, pero no había rostro tras la sonrisa. Había un resplandor en sus ojos, pero no había ojos tras los resplandores. Era más un gato de Cheshire que un hombre, todo atributos sin sustancia. Pero si se concentraba, si se esforzaba, si lo *deseaba*, podría serle tan claro como un holograma prístino.

Pero no fue así. En su lugar, el cuerpo de su padre se convirtió en un río de estrellas a través de un cielo interminable; su sonrisa, no más que una nebulosa oscura. Le rodeaban estrellas y oscuridad. Miko comprobó que la nave se había desvanecido y que ahora se encontraba sola en el Abismo. Su padre cantaba una canción de cuna y Miko cerró los ojos para escuchar la agradable música.

Después, Okoye se culpó de lo sucedido. Podría haberse excusado, pero no era propio de ella. Ratline, en lo alto del mástil, no estaba mirando. Estaba concentrado en el delongador, guiándolo a través del ollao y las guías del mástil mientras el cable guía tiraba. La misma Okoye vigilaba a Ratline quien, de entre los que estaban fuera del casco, no precisaba vigilancia. Miko estaba de pie a su lado y luego de pronto desapareció.

Okoye miró en las otras cuatro direcciones antes de mirar arriba, y allí vio los focos del traje de Miko parpadeando siguiendo un patrón complejo, colorista y retorcido a medida que la chica giraba por todos sus ejes. El giro era —casi— hermoso a la vista.

—Ratline —gritó Okoye—. ¡Miko ha caído! —Y luego, sin pensarlo, agarró su línea de seguridad a un ojal del mástil y se lanzó hacia su compañera—. ¡Miko! —gritó por el canal de traje a traje—. ¡Estabiliza el giro! —Sabía por las incontables charlas de seguridad de Ratline lo desorientadora que podía llegar a ser una caída incontrolada. La chica podía disparar los propulsores en el momento equivocado y alejarse de la nave como un pájaro que huía—. No nos abandones, niña —dijo Okoye con la voz de su madre (y su madre, por una vez, no se quejó de su uso)—. No te vayas antes de haber llegado.

Centró a Miko en la cruz y le dijo al traje:

—Ve allí. —Y rezó porque la línea de seguridad no se acabase antes de llegar al objetivo. No estaba segura de quién oía sus plegarias. Sus antepasados eran sombras

frías en el bosquecillo caliente y polvoriento cerca de Afikpo y en cualquier caso no ayudaban a elfos de Amaltea—. ¡Padre de Miko! —gritó—. ¡Ayúdame a llegar hasta ella!

El traje de Okoye era inteligente. Sabía cómo usar todos sus componentes. Sabía que si alcanzaba el final de la línea a velocidad máxima, el tirón rompería el tejido. Y por tanto, cuando sintió que la línea alcanzaba su fin, disparó los propulsores de frenado del traje, deteniéndose lejos de la forma alejada de Miko. Okoye sollozó. Después de todo, el padre de Miko no había ayudado. Era difícil escuchar plegarias cuando estás enterrado bajo todo ese hielo.

El miedo ralentizó la mano de Okoye al dirigirse al desacoplador de la línea. Se encontraba de la nave a toda la longitud del cable. Si se soltaba, podría alcanzar a la chica elfo y traerla de vuelta, como había hecho Bhatteji con Evermore. Pero no era una experta en el manejo del traje, como sí era el caso con Bhatteji, e igualmente podría caer al Abismo junto con Miko.

El miedo ralentizó la mano pero no la detuvo. El tirón de la línea de seguridad desapareció y supo que ahora flotaba libre tras ella. Después de atrapar a Miko, podría volver atrás y coger de nuevo la línea. Quizá.

Nunca llegó a descubrirlo.

Ratline apareció de pronto con ella en el Abismo y tenía un brazo alrededor de la ayudante del ingeniero y con el otro cerró un clip en el cinturón de Okoye, uniéndolos. Pero Okoye, aun así, agarró a Miko por la muñeca.

Era lo que había venido a hacer.

Okoye nunca había visto a la doctora Wong enfadada y se maravilló de la novedad. ¡El ratón se convierte en león y manda en la selva! La furia de Wong se combinaba con el miedo, tan entremezclados que era difícil distinguir un elemento de otro. Flotando entre los trenzadores y tejedores, sostenida por cables que relucían como el hielo de una luna huérfana mirando al distante sol, Wong sostenía a Miko, todavía con la mitad del traje puesto, contra su cuerpo como si la chica pudiese escurrirse como un fantasma entre los cables, entre las placas del casco, y de vuelta al Abismo que casi se la había llevado.

—¿Cómo has podido hacerlo? —preguntó Wong—. ¿Cómo has podido? —Su voz resonaba en el interior de la sala de veleros. Era una sala ancha, muy adecuada para el eco. Si contabas las voces en lugar de los cuerpos, había toda una multitud en el interior. Ratline y Okoye siguieron quitándole el traje.

—Está bien —dijo Ratline—. Ni siquiera se asustó.

—Eso no es lo que importa. Lo importante es lo que podría haber sucedido, no lo que pasó al fin.

Ratline rio y colocó el casco en el soporte.

—Si pierdes el sueño por lo que podría haber sido ninguno de nosotros descansaría.

—Ni siquiera en el mejor colchón —añadió Okoye. Y, la verdad, preocuparse por

lo que podría haber sido era preocuparse por algo menos que un fantasma, porque un fantasma debe haber existido en una ocasión para poder ser, y el modo subjuntivo ni siquiera tenía tanta vitalidad. Sin embargo, algunas personas permanecen en las encrucijadas observando los horrores que aguardan al final de los caminos no recorridos. Okoye ya consideraba bastante horribles los horrores del camino elegido. No miró a Ratline cuando se metió en el bastidor de desvestido para salir del torso duro del traje. Así retenida, no vio cómo Satterwaithe y Gorgas entraban en la sala, con Corrigan un segundo tras ellos.

Corrigan había estado calibrando la última de las ménsulas Kandle cuando Satterwaithe le llamó desde el puente. ¡Un accidente en el grupo del Exterior! Satterwaithe no había sabido cuál era el problema —había apagado el enlace— pero Corrigan sabía quién estaba en el grupo y no rebotó por los pasillos del anillo B porque temiese por la seguridad de Ratline.

Que Miko le visitase después del turno no estaba lejos de su mente. Es más, había dispuesto una bandejita con frutas y quesos para ellos dos, por si acaso. Miko lo había estado haciendo regularmente, y la regularidad en sí era razón suficiente para que se ganase el aprecio de Corrigan. Algo en la chica tiraba de él. Cuando oyó lo sucedido, descubrió lo intenso que era el tirón, porque le arrancó el alma de cuajo.

Okoye lo comprendió inmediatamente. Es por eso que la gente tiene dos almas.

—Solo duerme —le dijo al primer oficial—. Podría dormir sobre guijarros, así está de cansada. —Al oír esas palabras, Wong se volvió hacia la peón con expresión de horror. Okoye no comprendió.

Ratline ya había terminado de sacarse el traje y Wong se volvió hacia él con súbita furia.

—¡Casi la matas!

—Has mezclado las cosas —dijo Ratline—. Yo la salvé.

—¡La pobre chica estaba agotada! ¡No tenías derecho a sacarla allí! ¡Al Abismo! —Wong los asombró a todos. No había empleado tantos signos de exclamación seguidos desde su llegada a bordo. Satterwaithe, que había guardado silencio, empezó a preguntarse si después de todo no habría acero en el interior de la mujer.

—Tenía todo el derecho —dijo Ratline, agitándose como una barracuda y plantando el rostro a unas pocas pulgadas de Wong—. La seguridad de la nave vale unas pocas horas de sueño.

Pero Wong no se retiró.

—La seguridad de la nave no importa —dijo desde el fondo de la garganta— si perdemos a la gente que hay a bordo. —Oh, era una leona, en verdad. La lógica y la razón demostrarían que se equivocaba, pero en este caso la lógica y la razón no importaban nada.

Ratline se encogió de hombros, pero fue él quien se volvió.

—El Abismo es un lugar peligroso —murmuró.

—Razón de más. No es más que una niña.

—Doctora, en varios aspectos es mayor que tú.

Ratline tenía más razón de lo que creía. Wong todavía atesoraba sus fantasías infantiles, mientras que Miko recientemente había abandonado las que le quedaban.

Gorgas intentó restaurar la paz.

—No es necesario lanzar acusaciones. Habrá una investigación.

Corrigan se aferró a esa garantía.

—Sí. Sí, una investigación. —Una investigación encontraría una razón. Una investigación insistiría en que *hubiese* una razón y que la casi pérdida de Miko no hubiese sido producto del azar. Se volvió hacia Okoye—. Sé que Ratline os rescató a las dos —dijo—, pero no olvidaré que tú lo intentaste.

Evidentemente, se había dado cuenta de que Gorgas estaba presente en la sala, pero no había considerado lo que eso significaba para el plan B. Las tablas y diagramas en el panel de seguimiento, los cables activos corriendo a través de las gateras delanteras eran señales evidentes de uso. Pero ahora mismo solo tenía una cosa en mente.

—La llevaré a su habitación —dijo, y nadie se opuso. Tampoco Miko, que apenas fue consciente de la oferta. Ni Ratline y Satterwaithe, quienes todavía tenían que revestir el mástil. Ni siquiera la doctora Wong, que dejó que el primero le cogiese la muchacha dormida de entre los brazos y se la llevase. Al ver cómo se alejaban, Okoye les deseó suerte en silencio. La elfo de Amaltea tenía un alma pequeña y reseca, pero con un poco de agua podría crecer de nuevo.

La pelea

Satterwaithe estaba segura de haber llevado el proyecto de la vela fuera de los límites de la atención de Gorgas. Había establecido las tareas en lugares lejanos y en momentos sueltos y había restringido el círculo de los que sabían para garantizar la confidencialidad. Sin embargo, de alguna forma Gorgas lo había descubierto. *Los límites de mi atención deben de ser más amplios de lo que crees*, le dijo su rostro engreído y satisfecho cuando ella le siguió a su sala de trabajo. Lo que le enfureció fue la altanería que leyó en él, porque nadie se siente más indignado que el inteligente cuando se descubre manipulado.

Porque Gorgas, quien había pasado por alto todos los fragmentos tangibles de pruebas que se le habían cruzado por delante, no podía pasar por alto la *posibilidad teórica* del proyecto de la vela. Cuanto más lo pensaba, más comprendía que la idea debía haberseles ocurrido a los demás y conociéndoles como los conocía (que no era tan bien como creía él, pero mejor de lo que creían ellos) había llegado a la conclusión de que debían haberse embarcado en la empresa. No los consideraba estúpidos, solo insubordinados.

Lo único que no consiguió hacer fue intervenir y detenerlos. Para cuando despertó a sus actividades, se habían invertido demasiado tiempo y recursos y —sobre todo— demasiados egos. Detener el trabajo hubiese sido enfrentarse a un motín.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —le preguntó Satterwaithe.

—Desde el comienzo —mintió Gorgas—. Parecía razonable tener un plan de reserva en caso de que Bhatteji fracasase... como casi le pasa.

La sangre fría era otra mentira. Gorgas había sentido furia y terror al descubrir el esfuerzo clandestino y se abrazaba a la racionalización que acababa de ofrecer solo como medio de justificar su inacción. De hecho, no consideraba como «reserva» ningún plan que compitiera por los mismos recursos, sino como «caníbal». Inevitablemente, llegaría el conflicto: por materiales, herramientas, personal o tiempo. Había esperado que fuese el hobartio, del que sabía que había poco. No había sospechado que fuese a ser una chica dormida. Sin embargo, Gorgas creía firmemente en «bien está lo que bien acaba» y estaba dispuesto a perdonar una transgresión grave si con ella se obtenía un resultado aceptable. Porque había tenido una única y solitaria meta desde el fallo de los motores y la muerte de Hand, y había trabajado para lograrla con obsesiva intensidad.

La meta era llevar la nave y la carga a puerto Galileo con la pérdida mínima debido a las cláusulas de penalización por entrega tardía. En ese aspecto, iba más allá que Bhatteji, quien tenía por meta simplemente arreglar los motores. Que Gorgas se ocupase solo esporádicamente de esa meta no le restaba singularidad, solo continuidad. Calcular de vez en cuando la probabilidad de éxito había dado como resultado una afección de estómago mal definida que trataba con caramelos y pastas siguiendo un régimen privado del que apenas era consciente.

—Aun así —le dijo a Satterwaithe—, tendría que haberse hecho con las cartas sobre la mesa, ya lo sabes. Debería haberse dado un uso más eficiente a los recursos. Mejor sincronización. Más eficiencia. —Lo que pretendía con su método elíptico era reñir a la oficial de vela por su conducta inadecuada. Creía que la tripulación aceptaba mejor el método oblicuo de amonestación que la riña directa, pero en eso se equivocaba. Para morder, hacen falta dientes de verdad.

Sin embargo, esa consideración no valía para Satterwaithe. Un aficionado a los puzzles sabe apreciar la forma de la pieza ausente, y Satterwaithe podía oír la forma de la riña no pronunciada. Gorgas la había acusado de negligencia, de poner en peligro la vida de los tripulantes, de malversar piezas y materiales. Pero ¿qué podía decir en su defensa siendo todo cierto?

Cuando había llevado anillos de capitán, Eugenie Satterwaithe había creído que las justificaciones podían considerarse señal de incertidumbre y por tanto jamás ofrecía excusas para sus actos y rara vez daba razones. En eso se diferenciaba mucho de Gorgas y Hand al carecer del pensativo distanciamiento del primero y el amistoso compromiso del último. A menudo a su tripulación le había parecido arbitraria, pero jamás indecisa. Ahora no ofreció excusas.

Gorgas se había inclinado sobre el teclado.

—Enviaré un informe a Bhatteji —dijo. Podía imaginar la reacción del ingeniero: malhumor, malos gestos; lanzando escarnios y desprecios evidentes—. La coordinación de los dos proyectos —le dijo a la oficial de vela— será responsabilidad mía.

Satterwaithe frunció el ceño y flexionó las manos un par de veces al no gustarle el sonido de «Gorgas» y «responsabilidad» en la misma frase, pero no podía ver ninguna forma fácil de evitarlo que no implicase tratar ella misma con Bhatteji, lo que, satisfactorio en teoría, prometía no ser muy agradable en la práctica. En cualquier caso, el capitán en funciones se concentraba en la pantalla y Satterwaithe supuso que ya ajustaba y coordinaba los dos turnos de trabajo.

Gorgas coordinaba algo más. Estaba desplegando todo el ejército de Virginia alrededor de Union Mills. Pope ya había hecho una estimación inicial razonable de la situación, pero había sido tacaño en los elementos desplegados. Las divisiones de Hooker y Rickett eran demasiado pequeñas para sus respectivas misiones, y todo el III batallón de McDowell tendría que haberse dirigido hacia el desfiladero de Thoroughfare para bloquear la llegada de Longstreet. Errores graves, pensó. Errores graves.

—Todo ha salido bien —le dijo a la oficial de vela, refiriéndose al asunto de la vela y no a un segundo Bull Run, que no había salido bien en absoluto, al menos no para Pope—. Espero un informe resumen del proyecto para ponerme al día e informes de progreso diarios.

La estrategia de Pope había sido buena, decidió Gorgas, pero lo había frustrado la mala información sobre los movimientos enemigos y las iniciativas incompetentes de

algunos de sus comandantes. Gorgas, decidido a no repetir el error de Pope, asignó la caballería de Buford al cuartel general para mantener el conocimiento sobre el espacio de batalla y resultó recompensado cuando el primer reconocimiento mostró a Jack presente con gran fuerza en el cruce de Manassas. Sí. Era seguro que se necesitarían más fuerzas que las de Hooker para desviar esa masa. Cuando levantó la vista un momento más tarde, Satterwaithe ya se había ido. Gorgas abrió un cajón de la mesa y sacó un caramelo para chupar.

Corrigan era de los Asteroides y sabía que no había que limitarse a empujar a la chica ingrávida, no fuese a ser que Miko siguiese viajando en línea recta en un pasillo curvo. Era esa una de las razones por las que la llevaba con los largos brazos a su alrededor; pero no era la única razón, y cuando, al llevarla pegada, le asaltó la idea de que no pesaba nada, se refería a algo más que el sentido tautológico.

Cuando llegó al camarote, apretó la mano flácida de Miko contra la placa hoígh y maniobró para meterla dentro. Pero girarla dotó a su cuerpo de una contrarrotación y detuvo su giro agarrándola con fuerza.

Eso no tenía sentido físico, pero la física no importaba. Debería haberse agarrado a algo fijo de haber querido realmente detener su giro; sin embargo, aferrarse a Miko parecía la forma adecuada de detener el movimiento. Curiosamente, su vértigo pareció incrementarse al hacerlo.

A pesar de las micromáquinas que protegían su piel, ciertas partes del cuerpo de Corrigan seguían siendo moderadamente sensibles: las puntas de dedos y nariz, labios y lengua, dedos y talón y otros lugares donde el cuerpo se mostraba convexo. Las razones eran topológicas, pero afortunadas en la exención que concedían. Mientras sostenía entre los brazos a la chica dormida, pensó en cómo todas sus veladas juntos podrían haberse perdido en un momento de descuido.

La idea, al contrario que la chica, era insoportable, así que la besó.

¡Un beso robado! Miko no estaba despierta. Cerró los ojos y sus labios la acariciaron suavemente, sosteniéndola con los brazos. Y luego, de pronto horrorizado de su presunción, la soltó. ¿Un oficial besando a una tripulante? ¡Indecoroso! Amistad, vale —no estaban en un navío de la guardia—, pero cualquier cosa más profunda requería meditarlo cuidadosamente.

Ese era el problema de Corrigan. No la parte de ser cuidadoso. Si uno debe caracterizarse por algo, la prudencia vale tanto como cualquier otra cosa. Era lo malo de meditarlo —en ese momento cuando debería haberse limitado a sentirlo—. Dejó a Miko dormida en medio del aire y huyó de su camarote.

¡Idiota! El beso no había sido robado, sino que se lo habían dejado en la ventana para él. Y si bien Miko no había estado despierta del todo, tampoco había estado completamente dormida.

Lo suficientemente dormida para preguntarse si el beso había sido un sueño; lo suficientemente despierta para preguntarse por la huida posterior.

Corrigan, para cuando la puerta se cerró a su espalda, había tenido tiempo de

sobra para pensar. Después de todo, pensaba rápido, y ya tenía claro que había sido un idiota descomunal. Había conocido el placer con La Joya de Loto, pero con Mikoyan Hidei había dado con algo diferente; y solo ahora, cuando la dejaba atrás, comprendía que era mucho más.

Golpeando el mamparo con el puño, se giró para encararse con la puerta del camarote.

—¿Miko? —gritó—. ¡Miko! —Apretó la palma contra la placa hoígh, pero por supuesto no pasó nada, así que rebuscó la llave maestra que siempre llevaba el primer oficial y la insertó en la ranura de acceso de emergencia junto a la placa. La puerta se abrió en silencio y entró—. ¡Miko!

Efectivamente, Corrigan pensaba rápido. Simplemente no era lo suficientemente rápido, porque hay cosas más evanescentes (y por tanto más rápidas) que un pensamiento.

Miró a la habitación vacía sin comprender. Carecía de toda posesión, excepto un par de cosas aquí y allá. Una rejilla suelta en el sistema de ventilación. Los armarios, cuando los examinó, también estaban vacíos. ¿La habitación había estado igual de vacía unos momentos antes? No podía recordarlo. No había prestado atención a nada excepto a una cosa; y ella también había desaparecido. Frenéticamente se preguntó si había existido una chica como Mikoyan Hidei, o si ella solo era un fantasma delirante creado por su cerebro febril.

Huyendo al santuario de la fisgonera tras el cruel rechazo de Corrigan, Miko había llorado hasta quedarse dormida y luego durmió sin soñar —o al menos sin ningún sueño que quisiese recordar—. Durmió sobre pensamientos duros. Nada de pedernal.

Una voz la llamó desde una profundidad silenciosa y sin forma.

—Mikoyan Hidei. —Siempre su nombre completo, repetido a intervalos precisos, sin jamás demostrar impaciencia, sin cambiar jamás de tono. Penetraba la neblina de su fatiga de la misma forma que las gotas de agua acaban atravesando una piedra.

—Quiero dormir —dijo Miko cuando la insistencia persistente de la voz la sacó del sueño hacia la zona gris de alrededor. Su refugio estaba tan oscuro como el espacio sin estrellas. Había un comando de voz para encender la luz, pero no lo pronunció. La oscuridad la confortaba.

—Se requiere entrada externa. Hay incertidumbre en la distinción de dos términos de la base de datos.

—¿Por qué no me dejas dormir? Órdenes del médico. Se supone que debo dormir —Dormir significaba no soñar. Despertar sí.

—Se precisa clarificación.

—Vale, pregunta. —Le parecía que la voz provenía de las rejillas del altavoz conectadas a los monitores. Era como si la pantalla negra le hablase.

—Los términos son *ser* y *convertirse*.

Miko estaba tan cansada que explicar la diferencia le parecía de lo más racional,

si al menos le permitiese volver a hundirse en la oscuridad. Cerró los ojos.

—Supongo que «ser» es lo que eres ahora y «convertirse» lo que serás posteriormente.

La voz no respondió de inmediato y Miko se preguntó si había superado (o fallado) alguna prueba. Gorgas, pensó. O quizá Fife. Pero ¿por qué incordiarla con una pregunta filosófica tan abstrusa?

—La distinción se encuentra en el eje temporal. Confirmar.

—Sí. El eje temporal. Vete.

—El primero indica el estado de un sistema; el segundo, un vector sobre ese estado.

—Si tú lo dices.

—Define *intelecto* y *voluntad*.

—¡Eso no es justo! Dijiste solo dos términos.

—Hipótesis: *intelecto* se refiere a la recogida y procesamiento de información. *Voluntad* se refiere al inicio autónomo de la captura de información y la actuación.

Miko *no* lo confirmó. No podía entender las palabras. Su mente había regresado a la tierra de nadie donde se combinan el sueño y la percepción. Murmuró algo, no supo qué. No era una respuesta, o al menos no una respuesta a la voz.

—Esperé todo lo que pude —dijo, aunque no supo que lo decía. En ocasiones le parecía estar en su escondite de *El río de las estrellas*, y en otras en un refugio más antiguo de Centro Amaltea, y en otras ocasiones protegida en los brazos de un hombre al que jamás conocería mecida siguiendo el ritmo de una tonada susurrada. Si jamás tendría más que eso, al menos tenía eso.

Cuando Wong llegó a su camarote después de abandonar la sala de mantenimiento de vela, se puso a llorar histérica, aullando como si se hubiese transformado en una bestia de una montaña solitaria. Fife, quien había estado aguardando su regreso, quedó sorprendido.

—Casi la maté —gimió Wong. Sus dedos sobrenaturalmente largos envolvían su cabeza como si fuese un ovillo—. ¡Casi la maté!

—¿Qué? ¿A Hidei? No tuvo nada que ver contigo. Fue ese tipo, Ratline. Era el supervisor. Era el responsable. —O la chica misma, aunque no lo dijo en voz alta, que debería haber manifestado mejor juicio con sus propios recursos.

Toda lógica y razón no es más que una ramita lanzada para detener una avalancha.

—¡No! —gritó Wong, mostrando el rostro. Fife casi no reconoció a la mujer que se mostraba—. ¡Fui yo! —Wong giró y saltó como un resorte tensado hacia el aseo, cerrando la puerta a su espalda. Debería haber dado un portazo, pero las maravillas de la ingeniería se lo impidieron.

Bien, pensó Fife. Y una vez más, bien. A través de la puerta podía oír los sollozos apagados. ¿Ese estallido quería expresar más que sentimientos de compañerismo para con la joven? A Fife no se le daba muy bien lidiar con lo irracional, lo que era

desafortunado, porque Wong disponía de un buen suministro. Las tormentas emocionales no se sometían con facilidad a sus herramientas. No había hechos a considerar, ni medidas a realizar. Quizá sería mejor dejar que la mujer recuperase la cordura a base de llanto. Luego, una vez que estuviese calmada, podría explicarle el error de su razonamiento y confortarla. Era una idea nefasta, aunque la intención era buena.

Fife se apartó de la puerta del aseo, preparado para esperar el desarrollo de los acontecimientos en la tranquilidad de sus habitaciones; pero vaciló, y al vacilar quedó perdido, y luego se encontró de nuevo, aunque no lo supo hasta tarde, en una sala oscura y abandonada, enfrentándose con la muerte.

La razón de su vacilación era la siguiente. Vio con súbita claridad que las habitaciones de Franziska Wong eran las de una persona de paso. Contenían pocos artículos que le perteneciesen, y los que había eran pequeños y fáciles de transportar. Un gorro médico, la pequeña bolsa negra de su profesión, un único holoplex fijado a la pared. No había holos de sus naves anteriores, como tenían algunos espaciales, ni de cualquier otro compañero anterior. No había recuerdos de lugares visitados: ni una botella de arena marciana ni un cristal de nube venusiano, ni siquiera un trozo de asteroide. Aquí no había nada que no se pudiese recoger en unos momentos frenéticos para meterlos en una bolsa. Era como si no esperase quedarse.

El único holoplex mostraba a una joven Franziska con otros dos que Fife dedujo a partir de primeros principios que eran sus padres. Mientras observaba cómo la escena se transformaba en otra, Fife apreció un curioso hecho consistente. Una invariante funcional, tan fija como la estrella polar. En ninguna de las imágenes ninguno de los dos padres pasaba un brazo sobre su hija larguirucha.

Acercándose más, se dio cuenta —y una vez más, se trataba de una observación puramente fáctica— que la sonrisa de la niña había sido más profunda y ancha que la migaja que ahora llevaba la adulta.

—Entonces todo eran posibilidades —le dijo a la chica del holo—, ¿no?

'Siska está demasiado dispuesta a aceptar la culpa, había escrito en una ocasión en su diario. Escasi como si la buscase. Es una cabeza de turco voluntaria, realizando un circuito y cargando con los pecados de los demás. Si pudiese, treparía ella misma al árbol y se clavaría los clavos. El concepto tiene algo casi orgulloso. Demostrando sabiduría, épocas anteriores reservaban ese papel a los dioses.

Lo había escrito el Fife privado. En conversación, se mostraba reservado o convencional, manifestándose poético solo cuando hablaba del trabajo pero en privado podía manifestar una faceta suya que rara vez mostraba a otros. Pero claro, no carecía de su parte normal de entendimiento. Su primer encuentro con Wong ya lo había demostrado. En ocasiones podía igualar a Okoye en comprensión. Pero simplemente desconfiaba de esas ideas y rara vez las tenía en cuenta.

Se le ocurrió que la vida de 'Siska era como una de las Montañas de Mahoma que en ocasiones se perdían —lanzadas por alguna razón a una órbita equivocada y

destinadas desde entonces a no ser capturadas por su destino—. Su trabajo consistía en solucionar esas disidencias, llevarlos de vuelta a su verdadero camino.

Y fue así como Fife regresó al aseo. Abrió la puerta y vio a su amada retorcida miserablemente sobre sí misma, girando un poco debido al momento angular porque había plegado sus largos brazos y piernas contra su cuerpo. Daba la impresión de estar implosionando, como si, como la fabulosa estrella de neutrones, estuviese intentando comprimirse en una esfera más pequeña que la esfera en sí.

Lo que Fife quería decir era, *La verdad es que las cosas no pueden ser tan terribles*, pero lo que dijo fue:

—Aquí estoy. —Otro hecho simple, solo que en esta ocasión no era tan simple. Ni siquiera el propio Fife había examinado por completo lo que implicaba.

—La desactivé —dijo Franziska Wong.

—¿Qué?

—A Miko. Inyecté estimbots en su sangre a petición de Satterwaithe...

—Bien, trabajaban muchas horas... para recuperar la nave...

—No. No, no, no. —Wong se desplegó y agarró a Fife por las muñecas—. Se lo dije. Se lo dije a Satterwaithe... Le dije a Satterwaithe que controlaría la química sanguínea y que desactivaría remotamente los estimbots si su uso se extendía demasiado y vi que el envenenamiento de fatiga de Miko había llegado al punto donde comenzaría a soñar despierta y yo... y yo...

—La desactivaste.

—Una vez desactivados los estimbots, todo se le viene encima y ella...

—Tú no sabías que estaba en el Exterior.

—No, no, claro que no, o no habría... Pero *debería* haberlo sabido. Debería haberlo sabido.

—¿Cómo podrías haberlo sabido? Podía estar en cualquier parte. —Fife seguía empleando lógica y razón y por tanto perdía la batalla.

—De mil formas. Química sanguínea. Niveles de nitrógeno... La absorción de oxígeno es diferente con la presión del traje... Podía haberle *preguntado* dónde estaba antes de dar la orden. Pero dijo... Pero dijo... Miko dijo que estaba haciendo un trabajo para Satterwaithe, y creí que Satterwaithe abusaba de la pobre niña, agotándola, y por tanto... y por tanto...

—Te enfadaste con la segunda oficial.

—Sí... —La palabra fue un siseo salido de la boca de una serpiente—. Genie es una zorra.

Fife hizo una mueca al comprobar la súbita hostilidad restallando por entre las lágrimas.

—Por tanto... le quitaste uno de sus juguetes.

—Juguetes, sí. Así es como trata a la gente. Como juguetes. Como «recursos». Pero Miko... No pretendía hacer daño a Miko.

Fife la abrazó, deteniendo su rotación (o tomándola él mismo, no se dio cuenta) y

la agarró con fuerza.

—No le hiciste daño.

—Podría habérselo hecho.

—Pero no lo hiciste. Aférrate a ese hecho. Eres una buena mujer, 'Siska. Cometiste un error, eso es todo. Nos pasa a todos.

—Maté a Evan Hand.

—No, no lo hiciste.

—No pude curarle.

—Eso es diferente. Lo intentaste. Te preocupaste. Nadie te exigió más. Nadie puede dar menos.

—Big' —dijo—, no me dejes.

—No lo haré.

—¿Pase lo que pase?

Conoció una brevísima vacilación, porque ¿cómo podría saber lo que llegaría a pasar?

—No —dijo—. Pase lo que pase.

Ella apoyó el rostro contra él y siguió llorando; pero el llanto era ahora más regular, más tranquilo. La pena había reemplazado a la angustia. Bigelow Fife no sabía enfrentarse a la pena. No sabía qué hacer, así que siguió sosteniéndola, sin ofrecer nada más que su presencia. Y así es como tan a menudo la ignorancia se transforma en sabiduría, porque no era preciso hacer nada más. Él no comprendió entonces, ni siquiera más tarde, que sosteniéndola así tocaba por primera vez a la mujer por sí misma y no por él.

Ramakrishnan Bhattejji había estado dando tumbos por el sistema interior más años de los que Miko y deCant llevaban de vida. En parte se debía al ansia errante de su espíritu y en parte a que en muchos de los lugares donde deseaba quedarse pronto dejaba de ser bien recibido. En algunos aspectos era más sabio, más cínico en otros, y seguía siendo encantadoramente ingenuo en algunos pocos. Era una figura más grande que la vida misma y, lo que importaba más en estos momentos, más grande que Corrigan. Y su larga experiencia le había enseñado algunas perogrulladas; entre ellas, nunca pelees en caída libre, porque en ese caso consumirás la mitad del esfuerzo en protegerte de tus propios golpes.

Fue por eso que cuando arrinconó al primer oficial en funciones en el anillo D, no se enfrentó a él allí, sino que situó su cuerpo amenazador entre la serpiente y la seguridad y, mirándole como un perro ovejero, lo dirigió hacia el borde.

—Hijo de puta —repetía insistentemente—. Hijo de puta.

Sorprendido por la amenaza, en primer lugar Corrigan probó con la autoridad, solo para descubrir que carecía de autoridad sobre Bhattejji. Luego probó con las amenazas, pero sin mejor efecto. En el tercer intento, probó a escapar. Nacido en el espacio como Wong, podía saltar con precisión. Corrigan dio un salto, nadó, giró, esquivó, pero su temor a acabar entre las enormes manos de Bhattejji le hizo vacilar y

lo que no intentó fue escapar directamente por un lado, táctica que por ser inesperada quizás hubiese salido bien. Una vez encontró un pasillo lateral en el anillo G abandonado que le permitiría dar un giro por detrás y llevarle directamente a la seguridad de la cubierta de control, pero ¿quién conocía mejor los intrínquilis y atajos de la nave que el ingeniero? A donde huyese Corrigan, la bestia rechoncha se plantaba frente a él.

En la entrada de la sala giratoria, Corrigan comprendió por fin la estrategia de su oponente. Con la gravedad de giro equivalente a la de Marte, Bhatteji podía aporrearle a voluntad mientras que él estaría casi indefenso. Sin embargo, la comprensión llegó demasiado tarde y Bhatteji le empujó y cayó y rebotó dolorosamente por la cubierta de la sala giratoria hasta que la fricción se impuso y la rotación le atrapó.

Pronto, Bhatteji le tenía en sus manos. Un sólido gancho de izquierda conectó con la mitad del cuerpo del primer oficial y Corrigan se dobló, sufriendo. Lo que dejó la mejilla al alcance de la derecha de Bhatteji, y el impacto de ese golpe envió a Corrigan de espaldas y su visión se volvió negra y moteada.

Impulsado por el rechazo de Bhatteji, Corrigan instintivamente se plegó para formar una bola, se enderezó y dio una voltereta alejándose de la bestia. En caída libre, la maniobra hubiese bastado y se habría alejado; pero la gravedad de giro y la fuerza de Coriolis le desorientaron y sus reacciones fueron mucho más lentas. Incluso así, casi consiguió escapar.

—¡Nave! —consiguió gemir antes de que Bhatteji le diese entre las costillas.

—¡No toques a mi gente! —dijo el ingeniero—. ¿Comprendes? —Otro golpe, pero este fue un poco alocado y Corrigan consiguió esquivarlo.

—Pero Miko...

—¡Ella no sabía lo que hacía! —Como ingeniero, Bhatteji había estudiado matemática avanzada y era capaz de sumar dos y dos. Sin embargo, los ingenieros también son famosos por su capacidad para el redondeo y por trabajar con aproximaciones cuando se requiere mayor precisión. Pensaba que a Miko la habían forzado a participar en el proyecto de la vela, no que se hubiese ofrecido voluntaria.

—Era el grupo de trabajo de Ratline —boqueó Corrigan. No se excusaba. Solo ofrecía datos, pero al ingeniero le sonaron a excusas.

—No creas que puedes escapar. —No quedó claro si el ingeniero se refería a una huida física de la paliza o una huida moral de la culpa. Sin embargo, Corrigan no había pretendido escapar de la responsabilidad, y quizá ni siquiera intentase huir de los puños de Bhatteji. Él había sabido cómo estaba de cansada la chica. Lo había *sabido*. Y no había hecho nada por evitar lo sucedido. Debería haberle insistido a Satterwaithe, pero se dejó persuadir con demasiada facilidad. Y si nadie iba a castigarle por ello, lo haría él mismo; y emplearía a Bhatteji como látigo de la misma forma que antes había usado la lengua de La Joya de Loto.

Corrigan tenía práctica en desviar la masa, la velocidad y el momento, aunque sus

saltos, giros y piruetas resultaban torpes bajo la aceleración radial que le atrapaba. Sin embargo, en general resultaban efectivos. De no haber estado en la sala giratoria, Bhattejri jamás le habría tocado. Tal y como estaban las cosas, los largos y quitinosos antebrazos de Corrigan desviaban la mayoría de los golpes, y consentía que llegasen los que creía merecer.

Bhattejri no se dio cuenta; tampoco se preguntó a sí mismo por qué el accidente de Miko le había enfurecido hasta ese punto. Había razones, y no eran por completo las razones de un ingeniero.

Si la vida de Bhattejri era una representación, lógicamente no podía oponerse a que hubiese un público. Akhaturian y deCant observaron asombrados desde su rincón cómo pasaban los luchadores. El último peón se hubiese lanzado a separarlos, pero deCant, más razonable, le retuvo y llamó al puente donde, al ser las primeras horas de la mañana, Gorgas acababa de recoger la guardia de La Joya de Loto. Luego, la peón llamó a la doctora Wong.

Pero Wong ya estaba en la sala giratoria, con la bolsa en la mano.

—¡Basta! —gritó, saliendo del sendero móvil—. ¡Parad ahora mismo!

No sería justo decir que la doctora detuvo la pelea. Fue más bien que la pelea acabó por sí misma. Bhattejri había terminado de golpear y Corrigan había dejado de aceptar, y por fortuna los dos habían terminado a la vez. El primero en funciones se desplomó sobre el suelo y, para sorpresa de Wong y de los que llegaban uno a uno, Bhattejri alargó la mano y le ayudó a ponerse en pie. Corrigan usó la mano para levantarse y sus ojos se encontraron con los de su asaltante.

—No le haría daño —dijo con dolida sinceridad—. Jamás le haría daño.

El tono de Corrigan tomó por sorpresa a Bhattejri, quien miró más de cerca al oficial y le examinó con el ceño fruncido.

—Entonces asegúrate de ello —dijo—. De *cualquier* forma.

Para entonces Gorgas ya había llegado desde el puente y se había interpuesto entre los dos, aunque Corrigan y Bhattejri siguieron mirándose con asombro extraño y desconcertado. También había llegado La Joya de Loto, tras Gorgas, pero al oír las últimas frases entre su amigo y su antiguo amante, se dio la vuelta de pronto y huyó de allí.

La clínica

Wong trató las heridas del primer oficial.

—Te hará daño —le dijo con optimismo al hombre y se alegró al verle hacer una mueca cuando aplicó el algodón—. No puedo creer que estuvieseis peleándoos.

—Yo no peleaba —dijo Corrigan—. Bhattejri peleaba. Yo simplemente estaba allí.

Wong frunció el ceño.

—No deberías tratarlo a la ligera. Una pelea entre oficiales es algo muy serio.

—Hablas como Gorgas —la regañó. Cogió la compresa fría que le ofrecía y se la aplicó sobre el ojo—. Además, Bhattejri no iba en serio.

Wong preparó una sutura.

—A mí me pareció muy serio.

—No he muerto —señaló Corrigan, porque Miko le había contado lo que había dicho el ingeniero después de la caída de Evermore.

Wong se aproximó con la sutura.

—¿Ya está anestesiada?

Corrigan se tocó la mejilla.

—No.

De todas formas, Wong insertó la aguja.

—No llevará mucho tiempo.

—¿Me quedará cicatriz?

Wong se detuvo y le miró.

—¿Por qué? ¿La quieres?

—Pensé que me daría aspecto peligroso.

Wong bufó y se inclinó para trabajar. Tenía que acercarse para coserlo y Corrigan, soportando pacientemente los pespuntes, fue lentamente consciente de ella como mujer. Corrigan no conocía bien a los LEOnes. Solo había tratado con ella en su capacidad oficial pero en esas ocasiones la doctora le había resultado bondadosa y atenta. Recordó la preocupación de la mujer por la caída de Miko. En conjunto, una persona amable y simpática, una a la que amar con facilidad —demasiado fácilmente, a juzgar por su relación con el pasajero—. Esa facilidad dejaba perplejo a Corrigan a quien el amor le resultaba difícil. Era extraño, pensó, que los demás astronautas no le resultasen atractivos, porque si así fuese, esta mujer le resultaría muy atractiva.

Uno de los ordenadores de Wong sonó y la doctora enderezó el cuello para leer la pantalla.

—No hay daños internos —dijo.

—Bhattejri es un artesano —le concedió Corrigan—. ¿Fue eso lo que te advirtió? ¿Los medbots que me inyectaste?

La mención de los medbots pareció molestar a la doctora, aunque no supo por qué.

—No —dijo ella tras un momento—. Me llamaron. Gorgas, creo. ¿Por qué peleabais?

—Por Miko —le explicó—. Bhatteji me hace responsable de lo que casi sucedió.

—¿A ti? —dijo Wong—. ¿Por qué tú? —Tiró de la sutura y cortó el hilo—. El hilo se disolverá después de que el corte se cierre en unos días. Te daré un ungüento para aplicar.

Corrigan aceptó el frasco.

—Supongo que porque el proyecto de la vela fue idea mía.

—¿Crees que *fue* culpa tuya?

Corrigan negó.

—Directamente no, pero yo...

—Entonces, ¿de quién fue la culpa?

La intensidad del interrogatorio de la doctora sorprendió a Corrigan y la examinó un momento antes de responder. ¿La mujer ya estaba pensando en la investigación?

—De todos —dijo, consciente de que sonaba muy defensivo—. Allá fuera Ratline estaba al mando, Satterwaithe debería haber estado controlando, Okoye debería haber estado vigilando, yo debería haber prestado atención a las horas que todos estábamos trabajando.

—Comparte la culpa entre mucha gente —dijo Wong—, y nadie tendrá cantidad suficiente para sentirse responsable.

—Se aproxima asintóticamente a la ausencia de culpa —admitió Corrigan. Se soltó de la camilla de la doctora y se sentó. Se pasó un dedo por el corte y Wong le dijo que no lo hiciese, por lo que agarró la compresa fría, que flotaba por ahí, y se la puso en el ojo.

—Todos queremos a Miko —le dijo a la doctora—. Es difícil de querer, pero nos las arreglamos.

—No comprendo que dos hombres como vosotros se peleen por una niña como esa.

El comentario tomó a Corrigan tan por sorpresa que soltó la compresa fría.

—¡No fue en absoluto así! Fue por la caída. Además, para Bhatteji... una chica... quiero decir...

Wong sabía a qué se refería.

—¿Qué tiene esto que ver con el sexo? —preguntó—. La chica tiene más cosas. Vamos, el sexo es lo más fácil de conseguir en esta nave.

Corrigan bromeó.

—Entonces, ¿por qué últimamente no me toca mi parte?

Wong inclinó la cabeza como un pájaro.

—¿Quieres un poco?

La risa de Corrigan feneció de una muerte súbita y aterrada. ¡No era posible que la doctora se estuviese ofreciendo! Tuvo una visión fugaz de los dos muy entremezclados sobre esta misma camilla, furiosos y concentrados en el asunto,

acumulando caricias hasta que... Hasta que Miko entrase por la puerta sin avisar.

Involuntariamente, Corrigan miró en esa dirección.

—Uh, no —dijo mientras saltaba de la camilla—. Me duele demasiado la cara para ese esfuerzo, pero... —Aquí se atrevió a agarrarla por el brazo—. Gracias por la oferta. —Pero lo dijo de tal forma que ella podía tomárselo, si lo deseaba, como un error deliberado, un guiño que daba a entender que los dos sabían que el comentario de Wong no había sido una propuesta seria.

Wong, viéndole irse, suspiró y comenzó a guardar el instrumental. ¿Por qué Miko, se preguntó, y no ella? Los hombres jamás se habían peleado por sus favores. Sin embargo, aquí llega esta *chica* y Corrigan se enamora locamente de ella y Ram Bhatteji cree ser su padre. La puerta se cerró tras el oficial de cubierta y Wong la miró fijamente durante un buen rato antes de terminar con sus tareas. Solo le había faltado desnudarse para él, y lo único que había conseguido demostrar era lo que ya sabía.

En el pasillo fuera de la clínica, Corrigan se encontró a Bhatteji esperándole. El navegante quedó inmóvil y consideró las rutas de escape, pero el ingeniero se limitó a decir:

—¿Todo está bien?

Corrigan se tocó la mejilla, recordó la advertencia de Wong e hizo una mueca.

—Teniéndolo en cuenta —dijo.

Bhatteji gruñó y se volvió para irse, pero se giró de nuevo antes de irse.

—Ella ya tiene heridas suficientes —dijo—. No necesita más.

Corrigan sabía que el ingeniero no se refería a Wong.

—Sí. Su padre.

—Te lo contó, ¿no? Entonces ya sabes lo vulnerable que es. Lo que es más importante, sabes que lo sé.

—Yo jamás...

Pero Bhatteji se fue antes de que Corrigan pudiese decir lo que no iba a hacer.

Okoye se aproximaba a su encuentro con Ratline con genuina trepidación. Ella le buscaba, cosa que hacía muy rara vez, porque no era un hombre que apreciase la compañía. Pero en ocasiones Okoye creía que no había hombre, de entre todas las almas de a bordo, al que hubiese que buscar más que a Timothy Ratline. Era una empresa arriesgada, sin promesas de un tesoro al final, pero Okoye se sentía compelida. Había un vacío en el corazón del viejo, más frío e impenetrable que el que rodeaba a la nave, y lo que relucía al fondo de esa noche interna podría ser un diamante, o podría ser hielo, y la única forma de saberlo seguro era comprobar si se fundía.

Habitualmente, era fácil localizar al jefe de carga: no había más que seguir los aullidos y el epicentro sería el señor Ratline y uno de sus desdichados peones. A Ratline se le daba genial conseguir que se hiciesen las cosas y consideraba el tiempo perdido como el máximo pecado. Como los peones lo iban perdiendo a trocitos por

aquí y por allá, con desconcertante frecuencia acababan bajo sus cáusticas penitencias.

No estaba en su despacho, donde Okoye miró primero, ni tampoco en la bodega, donde su entrada inesperada provocó ocultamientos por parte de los chiquillos. (Había ocasiones en las que ella sinceramente comprendía al señor Ratline; y castigó a esos dos como si fuese Rat en persona. Ivar, que jamás había oído palabras duras de la tranquila chica igbo, miraba asombrado mientras Veinticuatro, aunque no menos sorprendida, le devolvió la mirada con chispeante desafío).

—Son como niños que acabasen de llegar a una fábrica de caramelos —le dijo el señor Grubb en una ocasión—. Con el tiempo, ya no les consumiré tanto... —Okoye pensaba que ella no llegaría a ver la llegada del «tiempo» en cuestión y le rezaba a su abuela, un magnífico leopardo que vivía en un baobab cerca de Afikpo, para no volverse tan esclava de su carne cuando decidiese compartir su cuerpo con otro, pero le pareció oír a la abuela burlarse de ella.

A continuación se dirigió al camarote de Ratline, pero no estaba allí, o de estarlo no respondía a la placa hoígh. Tocó el comunicador y llamó a Rave; pero Rave estaba ocupado fijando los disparos de calibración de los motores y no había visto a su jefe nominal.

—... lo que está bien —concluyó y le dirigió una expresión cariñosa que Okoye decidió dejar de lado.

—Ojos de cordero —murmuró la chica para sí, como si pudiese ver la mirada que Evermore le había dejado al otro extremo del enlace—. El chico no sabe lo que quiere. O lo sabe demasiado bien.

Mientras Okoye cortaba, una llamada entrante la informó:

—El señor Ratline está en el mástil. —Solo eso, sin ni siquiera un «cómo estás».

Automáticamente Okoye dijo:

—Gracias. —Pero se preguntó a quién daba las gracias, ya que los únicos que sabían que buscaba al jefe de carga eran los tres peones y ya les había preguntado—. ¿Quién habla?

—Nkieruke Okoye —dijo la voz.

'Kiru dudó, ya que no tenía por costumbre llamarse a sí misma. Solo para asegurarse, lo comprobó y descubrió que las dos almas estaban en su sitio.

—Bien, bien —dijo, soltando la unidad de comunicación del cinturón y examinándola para descubrir que ahora el enlace estaba muerto—, aquí hay un buen misterio. «Dónde se esconden estas cosas». —Luego, con un gesto de impaciencia, volvió a colocarla en su lugar—. Creo que no encontraré ni dos agujas, y no vale la pena buscar entre tanta paja.

Sin embargo, de camino a la sala de mantenimiento de vela comprendió que la Voz —porque así la llamaba— había respondido a la pregunta con total exactitud.

—Vaya, vaya —dijo al detenerse en el pasillo—, también hay buen humor. —Había cierto regusto a Gorgas en el humor, aunque no sabía a Gorgas.

En la sala de mantenimiento de vela se encontró a Ratline quitándose el casco. Se volvió para mirarla, lo que logró sin girar del todo la cabeza.

—¿Por qué me has llamado? Estoy muy ocupado.

Okoye no le había llamado —hasta hace unos momentos ni siquiera había sabido dónde estaba— pero el asombro derrotó a la confusión e incluso a la intención.

—Saliste solo —dijo, que no era lo que había venido a decir, pero parecía ser lo que hacía falta decir.

Ratline fijó el casco en el soporte y se estiró en el bastidor de torso como si se preparase para ser cuarteado.

—Había trabajo por hacer... —Gruñó y fue saliendo del torso—. Si el sodomita va a probar los motores —dijo la voz apagada desde el interior— hay que fijar los obenques.

—No está bien EVA dirse solo. «Dos fuera, uno dentro». Es lo que me enseñaste.

Ratline surgió del torso rígido como una serpiente que acabase de cambiar de piel.

—Conozco las reglas. —Se giró y bajó la parte inferior.

—¿Y si hubiese pasado algo?

Ratline bufó y colocó la parte inferior del traje bajo la pieza del torso. El conjunto parecía un astronauta desmembrado.

—¿Qué podría pasar?

—Que hubieses caído del mástil —dijo Okoye.

Al fin se volvió y la miró claramente.

—¿Es eso lo que te molesta, niña? Déjalo. Se ha acabado. Miko ahora está durmiendo. Cuando despierte estará como nueva.

Okoye pensó que Miko, cuando estaba nueva, no había tenido las cosas demasiado bien.

—Miko no me preocupa —insistió—. Tú sí.

Ratline adoptó una expresión desconfiada, como si al otro extremo de la sala de mantenimiento de vela, Okoye se le hubiese acercado demasiado.

—¿Yo? Soy tu supervisor. Mi *trabajo* es darte problemas. —En realidad, el hombre sentía un poco de miedo de su ayudante. Había algo fantasmal en la tranquila joven. Era tan oscura como una sombra, y el silencio a menudo indica conocimiento. Quizás hubiese oído que a Grubb le faltaban algunos ñames.

—«El cuidado mantiene vigilantes los ojos de un hombre mayor —citó Okoye—. Y allí donde habita el cuidado, nunca llegará el sueño».

Ratline agitó su línea de seguridad con súbita furia y aunque encontrándose demasiado lejos para que llegase hasta ella, Okoye retrocedió ante el ataque.

—¡No fui yo el que se durmió trabajando! —gritó Ratline—. Fue *ella*. ¡Soy yo el que la rescató! Y a ti también, estúpida.

—Te vi —dijo Okoye—. En la vista posterior. Te volviste y viste que había caída, ¡*yle diste la espalda y seguiste trabajando en el obenque!* Necesito saber por qué. —

Esa era la terrible pregunta que le había hecho buscar al jefe de carga.

—Necesitas que un hombre te meta la pilla, eso es lo que necesitas.

—Tus palabras solo te hacen daño a ti. Te hacen más pequeño y más ruin. —No era del todo cierto que las palabras no le hiciesen daño. Otros podrían desechar el estallido de Ratline diciéndose a sí mismos que no era lo que pretendía decir; pero Okoye sí sabía que era lo que pretendía decir. Sabía que su furia era más real que el hombre y que vestía su cuerpo como si fuese una máscara. Era una máscara viva, ataviada con el estilo natural de los yoruba, de forma que Ratline adoptaba la apariencia de un hombre sin tomar mucho más. Las fantasías enloquecidas talladas en la tierra de los igbo hubiesen sido más verdaderas.

La máscara se rompió, solo un poco, y durante un momento el pequeño Timmy Ratline la miró con una expresión de tal devastación que Okoye deseó lanzarse al otro lado de la sala y confortarle entre sus brazos. Sabía que sería un error. Había visto cómo el hombre retrocedía incluso ante roces casuales y accidentales.

—Había tiempo —susurró. Luego, con mayor intensidad—: Si hubiese abandonado la línea sin asegurarla, ¡tendría que volver a hacer todo ese trabajo! Tenía que acabarlo antes de *saltar*. ¿Lo comprendes, miserable agujero? Había tiempo para hacer ambas cosas, pero debían hacerse en el orden correcto.

Okoye comprendía; pero no. Había algo frío y vacío en un corazón que podía sopesar la inconveniencia de volver a hacer un trabajo contra una vida humana, así como que los pudiese considerar de igual valor.

¿Y de no haber tenido tiempo para las dos tareas? ¿Cuál hubiese escogido?

Forzar la entrada molestaba considerablemente a Akhaturian, porque en su corazón era un muchacho cumplidor de la ley, pero deCant estaba estresada y, cuando estaba estresada, el clon desafiaba las convenciones, las reglas e incluso las leyes de la naturaleza. Akhaturian le había quitado una preocupación, quizá la mayor de todas; pero se puede entender que alguien enterrado bajo una tonelada de arena, ante la retirada de mil libras, sienta todavía un poco de presión. Akhaturian se preocupaba por la creciente impaciencia de su compañera, pero la siguió, incapaz de detenerla.

—Lo que quería decir —dijo Akhaturian mientras deCant examinaba la placa hoígh— era que la única forma de saber si tu genotipo encaja con el de Satterwaithe es que la doctora Wong te muestre los datos. —Sin duda lo dijo en la creencia de que deCant no lo sabía y que si se lo repetía lo acabaría comprendiendo.

—Nunca me lo mostrará —susurró deCant.

—Incluso si puedes entrar en la clínica... —Akhaturian también convirtió la voz en un susurro—... no podrás acceder a los archivos sin clave.

—Una cosa a la vez. Una vez que descubramos cómo atravesar la puerta, podremos regresar hasta descubrir la clave.

—¿Y si alguien nos ve?

—¿Quién? Después de la pelea de esta mañana, y las pruebas de calibración de motores durante todo el día, todos están agotados. Tenemos un 90% de

probabilidades de que nadie venga por este sector.

¿90%? Akhaturian calculó mentalmente. Si venían todas las noches. Tenían un cincuenta por ciento de probabilidades de ser descubiertos en una semana.

—¿Qué hay de la doctora Wong?

DeCant giró como un pez y frunció el ceño.

—Si no quieres ayudarme, al menos cállate. O regresa a tu habitación.

—Nuestra habitación —dijo y no se movió de donde estaba. La doctora, se consoló, estaría ocupada, como pasaba casi todas las noches, y era muy poco probable que abandonase lo que estaba recibiendo simplemente para recorrer pasillos oscuros y comprobar que había cerrado la puerta de su despacho. Akhaturian no podía imaginarse que alguien abandonase voluntariamente ese placer en particular, incluso personas tan improbables como Wong y Fife.

Razón por la que casi se le paró el corazón cuando la puerta se deslizó frente a ellos. DeCant lanzó un gruñido de perpleja satisfacción, porque creía haber hecho algo para que se abriese; pero Akhaturian vio a la figura delgada flotando en el umbral.

—¿Exactamente qué queréis?

—¡Miko! —dijo deCant... y Akhaturian respiró aliviado porque aunque la escapada había sido detectada no estaba claro que los hubiesen pillado, porque se le ocurrió preguntarse si Miko debería estar al otro lado de esta puerta.

DeCant se tomó la pregunta de Miko como un desafío.

—Eso no es asunto tuyo.

Miko les había estado siguiendo por la fisgona desde que fue consciente de su escapada nocturna. Ella misma había dormido todo el día después del rescate de la noche anterior y ahora se encontraba completamente despierta. Que los dos chiquillos querían algo del despacho de la doctora era más que evidente, pero la naturaleza de ese algo le concernía, porque los armarios de los médicos son maravillosamente diversos.

—¿Qué haces *tú* en la clínica? —preguntó Akhaturian a la elfo, porque él mismo había empezado a preguntárselo.

—Deteneros.

—Inténtalo —dijo deCant, empujando a la chica más joven, porque pocos derechos se defienden más ferozmente que los inmerecidos.

Un elfo no puede igualar a un marciano en masa corporal, ni tampoco en tono muscular; pero la edad de Miko le daba ventaja, y el juego del escondite que había jugado con sus asesinos potenciales en Amaltea le había dado aún más ventaja. Cuando el empujón se convirtió en golpe —y así fue— deCant se contuvo porque no deseaba hacer daño a la otra chica. Miko no tenía tales inhibiciones. Las dos rebotaron y se apalearon, luchando contra la inercia tanto como contra la otra. Un empujón (deCant) o un golpe (Miko) lanzaba a las dos hacia delante. Una patada o un golpe las hacía girar como bailarinas excesivas. Miko dio con la mejilla de

Veinticuatro, un tortazo encantador que convirtió a la marciana en rueda giratoria y, como Miko tenía menos masa, la elfo giró en sentido contrario.

—¡Oh! —gritó deCant.

Eso fue suficiente para Akhaturian, quien se insertó entre las dos guerreras cuando estas se lanzaron desde las paredes para acercarse y agarrarse. Veinticuatro le había impedido antes situarse entre Bhatteji y Corrigan —ella no podía imaginar que de ahí saliese nada bueno— pero esta pelea no se realizaba con el mismo nivel de fría brutalidad que la paliza que Bhatteji había dado al primer oficial. Akhaturian amortiguó la colisión y ofreció algo de estabilidad a la pelea, porque ahora las dos chicas podían agarrarse a él mientras se golpeaban. Dado que esos golpes caían sobre Ivar tantas veces como conectaban con el blanco, le causaban cierto dolor; pero como la verdad era que a Ivar le gustaba la sensación de dos chicas frotándose contra él, al hacer la media resultaba bastante cómodo.

Gradualmente los golpes y patadas fueron llegando tras intervalos más largos y con menos fuerza, por lo que el papel de Akhaturian como *buffer* fue superando a su papel como ancla. Finalmente, las dos chicas se miraron con furia y se fueron a esquinas diferentes de la habitación, como si alguien hubiese hecho sonar una campana para concluir el asalto.

Akhaturian salió de la pelea con una nariz ensangrentada, y el ojo derecho de deCant ya se hinchaba, pero Miko se las había arreglado para evitar cortes y moratones. Esa chica de Amaltea era una leona. De haber estado peleando en serio, podía haber dado más golpes y más fuertes. Pregúntale al asesino de Burr, si puedes. Puede que deCant no lo supiese, pero tenía suerte. Todavía no conocía la diferencia entre aparentar ser dura y ser dura de verdad.

Más tarde, algunos miembros de la tripulación, al ver el ojo a la funerala de deCant, miraron de lado a Akhaturian; mientras que otros, que habían notado los moretones en el rostro del chico de Calisto, frunció el ceño a la clon. La doctora Wong se los llevó aparte y les aconsejó sobre violencia doméstica, pero deCant alzó la voz y dijo:

—No tuvo nada de doméstica, señora. Fue salvaje de principio a fin.

Cuando Grubb, acariciando ideas de una venganza sutil, le preguntó a Tabloncito quién le había puesto el ojo así, ella le dijo:

—Nadie me lo puso. Me lo gané a golpes.

Miko, sin embargo, pasó de las chulerías de la marciana y lo aclaró todo con los demás.

Así sucede con los aguaceros de la Tierra cuando los vientos cargados de humedad desde el cuadrante adecuado dan con aire seco. Las nubes se elevan y se rozan contra el cielo como pelaje sobre el vidrio, y luego se oscurecen y se acercan hasta romperse, con un ruido como el de un cable roto, y el mundo se vuelve de blanco y negro en un instante. La lluvia golpea el suelo, dejando, allí donde da la gota, un pequeño cráter en el barro. El viento la empuja, por lo que llega desde todas

direcciones, y no hay forma de evitarla. La gente cierra las contraventanas y maldice su propia delincuencia cuando la lluvia penetra por las grietas en sus chozas. Luego se reúne junto al hogar bajo el tejado que parece un tambor y cuenta historias o (si el hogar resulta ser electrónico) cuenta las historias que cuentan otros.

Ninguno de los tres combatientes sabía nada de los aguaceros. (Una tormenta de arena marciana es algo terrible, pero no es lo mismo). Okoye podría habérselo contado. Es más, las tormentas que llegan desde la ensenada de Benín son gigantes para su clase. Podría haberles contado cómo el olor de la tierra cambia tras la lluvia y cómo la luz del sol dota a todo de colores inesperados. El aire mismo se altera, al descargarse todos los iones, y la brisa roza la piel de forma diferente a antes. No solo en un sentido, sino en todos los sentidos, el mundo es nuevo.

Los tres jóvenes no comprendían la extraña perspectiva nueva con la que ahora se miraban de la misma forma que no habían comprendido la breve furia que la había precedido. Miko y Veinticuatro apenas se conocían —la intersección de sus vidas no tenía extensión suficiente sobre la que edificar una disputa— pero si uno está dispuesto, cualquier pelea vale, y un encuentro casual es tan válido como un rencor.

Miko, respirando con fuerza pero intentando que no se notase, siguió alerta y maniobró entre los dos intrusos y el armario de Wong. Cuando deCant fue hacia la consola de ordenador, Miko preguntó, en esta ocasión con verdadero asombro:

—¿Qué buscáis aquí?

—Te lo dije —dijo deCant—. Quiero mirar algo en los archivos de la doctora.

En realidad no lo había dicho, pero creía haberlo hecho. Miko, por su parte, se había metido tan en la cabeza que la meta de deCant era el armario de medicinas que el asombro la dejó sin habla durante un momento. Es costumbre entre los humanos que las suposiciones que nadie se cuestiona adopten los atributos de los hechos. Los académicos aristotélicos no habían considerado necesario mirar a través del novedoso invento del astrónomo de Pisa. Habían razonado hasta el estado prístino de la Luna a partir de primeros principios y los jadeos y resoplidos del estagirita muerto. Como consideraban que los cráteres y mares lunares eran imposibles, no necesitaban mirar. El jesuita Clavius sí miró por las lentes, y se cuenta que lloró de alegría al aprender algo nuevo.

Miko no lloró al descubrir que se había equivocado. No le quedaba llanto. Todas sus lágrimas las había soltado sobre una almohada en la conejera de la granja Burr de Amaltea. Vio cómo deCant arrancaba el sistema de la doctora y no se movió para impedirselo. En contraste con lo que había sospechado, cualquier otra cosa parecía inofensiva.

—¿Qué buscas?

—Genotipos —respondió deCant cortante mientras probaba con algunas de las claves más evidentes.

Bien, Wong no era una paranoica de la seguridad, pero eso no significaba que no cumpliera sus obligaciones en lo referido a la confidencialidad del paciente. Su clave

estaba compuesta por los sonidos iniciales de los primeros diecisiete ideogramas del *Li-sau*, su poema favorito de K'ü Yüan, escrito en los días anteriores al primer emperador. Nadie podía adivinar semejante clave, y ella tampoco podía olvidarlas, ya que había elegido *Las elegías de Ch'u* poco después de su aventura con su profesor, y el título «Desgracia recurrente» le resultaba demasiado cercano para no dejar una marca indeleble. La tarea de deCant era imposible, y es posible que lo supiese, porque se enfrentaba a ella con la determinación que solo puede surgir de la desesperanza.

Sin embargo, Akhaturian consideró que la respuesta de su compañera había sido insuficiente y le contó a la elfo que deCant intentaba encontrar a su madre, y le contó lo de la clonación y de cómo deCant había escapado a una vida como desecho de laboratorio, y la muerte de sus padres adoptivos en la Descompresión de Syrtis, y que ahora intentaba comparar su genotipo con el de Satterwaithe. De no haber estado deCant tan concentrada en su trabajo, quizá se hubiese tomado a mal que Akhaturian contase con tanta libertad la historia de su vida.

¿Realmente Miko había derramado todas sus lágrimas sobre aquella lejana almohada? Quizá quedase una. No muy grande, porque no llegó a alcanzar el ojo, pero reconoció en la empresa de la clon su propio dolor por la pérdida de su padre, y eso las convirtió en hermanas.

Pero las suposiciones sin analizar realmente parecen datos. Ya había cometido el error antes y realmente no tenía derecho a cometerlo dos veces, al menos no en la misma noche. No era posible que las dos sintiesen la misma ansia. Miko había perdido, pero deCant jamás había tenido. La madre real de Veinticuatro —real en el único sentido importante— había muerto en la descompresión; pero incluso deCant comprendía que no podía buscar en esas ruinas. Por qué buscaba a una donante anónima de óvulos en lugar de llorar a sus padres adoptivos muertos es un misterio que ella misma no podía resolver. Puede que Evan Hand hubiese podido, pero Hand ya no intervenía.

Pero ese equivocado sentido de la camaradería fue lo que hizo que Miko hiciese lo que hizo a continuación. Volviéndose a otra consola, entró una petición y recibió una respuesta casi antes de completar la petición.

—Aquí tienes el código de acceso —le dijo a deCant, pasándole una hoja de papel con una ristra de diecisiete letras.

DeCant la tomó, la examinó un momento, y luego, encogiéndose de hombros, la entró. La pantalla le sonrió y le mostró una riqueza de carpetas, archivos y enlaces. Akhaturian, mirando por encima del hombro, silbó:

—¿De dónde sacaste la clave? —preguntó a Miko.

—Mi amiga invisible me la pasó.

Akhaturian se giró para mirarla.

—Yo también solía tener un amigo invisible —dijo—, pero jamás me mandó ningún *e-mail*.

—Eh —dijo Miko con alegría—. Lo importante son los contactos.

Nkieruke Okoye había trabajado en el proyecto de vela con Miko el tiempo suficiente para notar el cambio en la amaltea en su primer encuentro tras la pelea en el despacho de Wong. El aura de Miko había salido infinitesimalmente del infrarrojo, mostrándose a esa frecuencia como una fuente de calor, todavía demasiado en el rojo, lo que causaba el efecto de hacerla más visible —así como menos abrasadora—. Okoye consideró el cambio con esperanza. Un desplazamiento hacia la zona azul del espectro indicaba que el objeto se acercaba.

—Tengo una nueva amiga —le explicó Miko. Okoye asumió que la nueva amiga de la elfo era Veinticuatro y supuso del ojo a la funerala de la otra el origen de la amistad, porque hay gente que respeta más los golpes que las sumisiones. Sin embargo, Okoye se sintió sorprendida y algo dolida, como si hubiese perdido algo. Miko no tenía más que un alma pequeñita. Cuando más la compartía, menos recibía cada uno.

—Deja de darte aires, niña —se dijo con la voz de su madre... a menos que en esta ocasión su madre le estuviese hablando directamente—. Puede que a la chica le haya crecido el alma. Hay de sobra para todos.

Corrigan todavía no acababa de comprender la soledad que se había ganado tan a pulso. Le había atacado como un ladrón y le había robado la compañía que creía tener. Había dispuesto los artículos de aseo con la misma precisión de siempre, pero sentía un vago descontento de que ahora La Joya de Loto no viniese a desordenarlos. Al ser una criatura de hábito, había incorporado ese desorden (y su rectificación ritual) a su rutina diaria.

—He hecho algo que la ha ofendido —se dijo, pero había olvidado por completo qué era ese algo. No se le ocurrió que se tomase a pecho una crítica rutinaria, y no es que sus críticas hubiesen sido nada más que rutinarias.

Miko le confundía todavía más. Se había girado y allí estaba, se había vuelto a girar, y había desaparecido. Ella grado a grado se había ganado su afecto y luego, justo en el punto cuando el acuerdo mutuo se podía haber convertido en otra cosa, había desaparecido. No podía comprender todo el episodio. Su visión del mundo era fija, y el comportamiento de Miko no era fijo.

Y por tanto archivó a ambas mujeres en el contenedor de lo inexplicable. La Mujer Eternamente Misteriosa. De haberse dirigido a cualquiera de las dos, podría haber recuperado una amistad y más, quizás un poquito de comprensión. Pero no era de ese tipo de hombres que persiguen a otra persona; muy mal, porque Miko en particular requería persecución. Una juventud pasada huyendo había dotado a su vida de cierto carácter esquivo. No se quedaba quieta por nada.

—Ese Corrigan —se lo describió La Joya de Loto a su amigo Bhatteji— es un hombre cruel y duro. Le recorre cierta ruindad. Hace daño.

«Ese Corrigan —se dijo Miko a sí misma (no era de las que hacen esas confidencias a los otros)— es un hombre que no se preocupa. Se ha retirado a su

Europa privada. Hace daño».

«Ese Corrigan» no era ninguno de esos hombres, aunque era un poco ambos. Fue la vacilación, no el rechazo, el que lo alejó de la cama de Miko; y había alejado a La Joya de Loto porque se había enfurecido consigo mismo. Si era cruel, al menos era inadvertidamente cruel, lo que podría ser mejor que la mayoría de las variedades deliberadas. O quizá no.

La línea límite

¿Qué tiene un día tan largamente conocido y tan largamente esperado que su llegada causa tanta sorpresa? A medida que la nave se acercaba a la línea límite, de pronto se descubrieron tareas nuevas, extraídas del vacío como otros tantos gajos de una naranja. Bhatteji descubrió que un anillo de enfoque estaba mal alineado; Corrigan encontró un cabeceo justo delante de la nave. Incluso deCant descubrió que era necesario mover algunos contenedores de carga más. De toda la tripulación, solo Ratline descubrió que no se le había pasado nada, pero solo porque nunca se le pasaba nada.

Un calendario se parece a un pistón. Acelerando hacia una fecha límite, comprime una mezcla volátil para provocar una breve explosión. La tripulación de *El río de las estrellas* podía sentir esa terrible compresión —kilopascales sobre kilopascales— y cada uno reaccionó a su modo. Gorgas le buscó tres pies al gato y asignó guardia con guardia a los oficiales. Satterwaithe se volvió crítica (vale, *más crítica*) y Corrigan intentó hacerlo todo en persona. Se produjeron refriegas, peleas y discusiones sobre otras riñas de más rancio abolengo, más o menos como las olas se acumulan sobre un vasto y profundo océano. Incluso Nkieruke Okoye se descubrió irascible con el joven Ivar.

Grubb, con lágrimas en los ojos, cortó la garganta de una joven oveja, creyendo que una fiesta con ovino de verdad relajaría a la tripulación y aliviaría la presión —una especie de cordero pascual— pero no sirvió, y la tripulación entró corriendo, se comió el festín de paz por etapas y volvió a salir corriendo de la misma forma sin apenas haberla saboreado.

La inclinación de Corrigan de hacerlo todo en persona le era muy útil, ya que La Joya de Loto llegaba crónicamente tarde a su guardia y él tenía que hacerlo todo personalmente. Él consideraba su tardanza como una tara moral y se preguntaba por qué no se había dado cuenta antes.

Sería agradable considerar a Gorgas como un viejo Cupido hosco y suponer que había reunido a la sysop y al primer oficial durante la guardia azul con la idea de que la proximidad les reconciliase; o que había pretendido separar a La Joya de Loto (que cada vez más se tomaba más personalmente las críticas dirigidas contra ella) de Satterwaithe (qué la criticaba cada vez más). En verdad, solo había tres posibles emparejamientos y, una vez decidido lo de la guardia con guardia, a Gorgas no le llevó mucho tiempo decidir los beneficios y problemas de cada uno.

Se había decidido por una rotación en particular por dos razones. Primero, que el capitán y el primer oficial deberían alternarse al mando; y segundo, que un hombre y una mujer en cada turno le resultaba más estéticamente agradable que lo contrario.

Cuando una hora más tarde La Joya de Loto llegó a la cubierta, Corrigan miró deliberadamente al reloj pero, ya que la sysop no le miraba, no le entendió. Ella se insertó en la silla de sujeción habitual junto a la estación de comunicación, intentando

(como si fuese posible, ya que solo había dos personas presentes) pasar desapercibida, y examinó el panel con aire de llevar allí toda la guardia. Corrigan entrecerró el ojo bueno mientras examinaba su indiferencia.

No le preguntó por qué llegaba tarde, lo que estaba bien, porque La Joya de Loto había pasado el tiempo escogiendo la ropa y aplicándose el maquillaje, información que a Corrigan le hubiese resultado difícil procesar. La sysop había considerado una serie de monos por lo demás indistinguibles sacados de su armario. Aparte del viejo uniforme que se ponía en ocasiones especiales y las piezas que se ponía para bajar a tierra, había poco en lo que escoger en cuestión de moda, color o corte; y la falta de variedad alimentaba su insatisfacción, ya que era una mujer que valoraba la diversidad.

Los monos poseían más variedad en suciedad, olor y arrugas que en estilo, ya que hacer guardias, ayudar a Corrigan con las velas y diagnosticar la mala de la IA le había dejado poco tiempo, en las semanas anteriores, para tareas personales como hacer la colada. Finalmente se había decidido (tras muchos fruncimientos y manifestaciones de descontento) por la que consideró la prenda más limpia del grupo. Corrigan, en épocas pasadas, le había dicho que estaba maravillosa independientemente de la prenda que llevase, pero ese comentario, bien intencionado, era esencialmente ignorante.

El maquillaje y los accesorios ofrecían más posibilidades. Finalmente se decidió por un color brillante para labios y uñas (para aligerar la sensación monótona del conjunto) y en puños y tobillos bandas de oro asteroidal complementarios. Un torque con una insignia en forma de cabeza de carnero y un par de zapatillas con cuentas completaban el conjunto. El torque y las zapatillas eran regalo de Corrigan, aunque no los había escogido por esa razón (una suerte, porque Corrigan ni se dio cuenta).

No es que importase. La Joya de Loto consideraba su propio cuerpo con la misma perspectiva con la que Enver Koch había considerado la nave —materia prima para el arte—; y si más críticos disfrutaban de su obra de los que habían disfrutado de la de Koch se debía a que su medio era más accesible. Le daba la impresión de que la tripulación estaba menos alegre en las últimas dos semanas —incluso Ram y el joven Evermore se habían vuelto más hoscos— y había sentido cómo esa mano gris y pegajosa la atrapaba.

—Me siento orgullosa de mi apariencia —le había dicho a su apariencia cuando finalmente se fue a su puesto—. En cualquier caso, más que esa puta, Miko.

La Joya de Loto se colocó el cascorevi sobre la cabeza y ajustó los electrodos a los interfaces electrónicos del cráneo, dejando de lado el mundo del puente (uno de cuyos elementos era 'Abd al-Aziz Corrigan) y se dejó caer en la inmensidad del Abismo Simulado. Se *convirtió* en Nave, o si no Nave, algo más grande y más importante que una sysop en un viejo carguero irregular. Podía olvidar qué era, quién era y dónde estaba, y podía volar por el Abismo y rozar las estrellas. Sería interesante reflexionar si esos viajes eran más reales que los que realizaba la doctora en alas de

su niebla.

Corrigan, por curiosidad, una vez, en secreto, se había colocado la cofia, y no experimentó más que un confuso calidoscopio de sensaciones. En realidad hacía falta entrenamiento para emplearlo, especialmente para emplearlo bien. Grubb, quien era el único de la tripulación que posiblemente podría igualar a La Joya de Loto bajo la cofia, se había opuesto cuando ella le ofreció la posibilidad. Había oído historias sobre sysops extrañamente poseídos por demonios cibernéticos, y no deseaba que una red neuronal iniciase, a través de la retroalimentación, actividades espontáneas dentro de su propio cerebro personal.

—Eaton —susurró la sysop—. Claro. [*Nave*].

[Esperando, señorita Joya].

La Joya de Loto suspiró exasperada, pero no corrigió el tratamiento de la IA.

[*Mensaje. Para: Eaton Grubb*].

[*El señor Grubb está dormido. ¿Le despierto?*].

[*¡No, por amor de Dios! Pon el mensaje en su bandeja de entrada*].

¿Y qué hacía ella respondiendo así a las preguntas de la IA? No era en absoluto la sintaxis adecuada. ¿Y de *dónde* había sacado Nave el menú de respuestas que estaba ejecutando? Parecía haber encontrado un caché sin purgar de la época de Coltraine, cuando Nave había empleado palabras claves y contexto para simular servilismo amable. Respirando profundamente, La Joya de Loto se concentró.

[*Borrar. Reiniciar. Mensaje de voz. Para: Eaton Grubb. Texto: Eaton, ¿te importaría lavarme los monos? La ropa empieza a olerme como el pescado pasado. Eres un amor. Final de texto. Colocar en bandeja de entrada. Enviar*].

Satisfecha, y ligeramente encantada consigo misma por ese pequeño ejercicio de resolución de problemas, La Joya de Loto volvió a los sensores, acariciando suavemente los asteroides erizados dispersos frente a ella y el más apagado y abultado Júpiter justo delante. No se le ocurrió que Grubb tenía tanto tiempo para la colada como ella. Como otros miembros de la tripulación, le consideraba «el cocinero» y suponía que disponía de tiempo libre. Pero Grubb era responsable del sistema de soporte vital, desde los limpiadores de litio hasta las biopantallas. Debería disponer de un ayudante y no simplemente de la ayuda parcial de los peones de Ratline. Su trabajo poseía la invisibilidad de la rutina.

No me importa, le dijo él más tarde a Okoye, mientras lavaba la ropa de La Joya de Loto. *Teniendo en cuenta el olor, en realidad se encuentra entre mis deberes de control de contaminación*. En realidad, era tan esclavo de amor como Akhaturian y se le compraba con menos, porque un único pago había sido suficiente para garantizar el trabajo de toda una vida. Grubb deseaba poseer una vez más a La Joya de Loto más de lo que deseaba cualquier otra cosa, pero sabía que la repetición desluciría el asombro de aquel encuentro loco en la Sala Estelar; y lo que no deseaba era cambiar locura por rutina. Así que atesoraba el dolor de su abstinencia y al final acabó

amándolo.

En el exterior del anillo, Bhattejri examinaba los bucles de la esfera anódica del número dos a través del filtro infrarrojo del casco y vio que el calor residual era abigarrado y desigual, lo que resultaba muy extraño, ya que el foco se había situado dos días antes dentro de la tolerancia de la calibración inicial.

—Todavía hay deflexión —dijo a sus asistentes—. Cierra los inyectores.

Evermore, quien estaba dentro de la nave, dijo:

—Cerrados. —Y Bhattejri decidió creerle.

Acercándose al motor, el ingeniero sacó una llave Muller de su funda de herramientas. Luego, situando las botas en los estribos en la base del anillo de enfoque del lado este, la ajustó al perno y tiró.

El perno cedió y el anillo giró infinitesimalmente alrededor de su diámetro. Un grado, se recordó Bhattejri, por cada revolución completa de la llave. Miró una vez más al ánodo a través de la pantalla infrarroja, estimó por el patrón de calor la intensidad de la deflexión y luego le dio al perno un segundo giro antes de fijarlo.

—Daremos otra ráfaga —le dijo a Evermore. El estruendo claro que sintió a través de las suelas de las botas le indicó que Evermore había abierto los puertos inyectores, y Bhattejri añadió secamente—: Una vez que esté tras el escudo. —Se preguntó si Evermore *ansiaba* un error momentáneo, si deseaba consumir a Bhattejri en el fuego.

El ingeniero siguió la línea hasta la seguridad tras la *barrera*, donde Miko esperaba con el instrumental portátil. Estaba conectado a los puertos sensores especiales en el lado protegido de la *barrera*. En teoría, Miko podría haberlo hecho desde el interior, pero Gorgas había ordenado observancia estricta de la regla dos fuera/uno dentro. Miko y Evermore habían sobrevivido solo porque otros habían estado con ellos y Gorgas no se arriesgaría a una EVAción en solitario.

Bhattejri se agachó apoyando la espada en la gruesa pared y ajustó el visor para ser opaco a los ultravioletas. Era la parte que más odiaba: encontrarse fuera durante la aceleración.

—He puesto a cero los monitores —le dijo Miko y Bhattejri movió el casco para indicar que lo había oído. Ella no podía verle la cara por la opacidad. Bhattejri intentó mostrarse despreocupado.

—¿Evermore? Adelante.

—Ráfaga de calibración en tres —dijo el aprendiz a toda la nave—. En dos, en uno, fuego...

Dios tomó una instantánea del universo. El breve destello del motor proyectó largas sombras evanescentes por todo el casco así como un resplandor blanco actínico que Bhattejri pudo sentir incluso a través de la opacidad y sus párpados. A veces se preguntaba por el aspecto de los motores cuando rugían. Una luz más blanca que el blanco. Una luz que rodeaba todo el espectro visible de la misma forma que el océano rodeaba una gota de lluvia. Ningún ojo podría comprender esa visión. Había

demasiados colores, y no todos ellos tenían nombre.

—*Contra ráfaga* —advirtió Evermore desde la seguridad de la nave. Número cuatro destelló brevemente bajo el horizonte, y la nave, habiéndose inclinado ligeramente debido a la ráfaga de prueba, volvió a su posición anterior. Bhattejji se preguntó si el muchacho ansiaba desviarse del procedimiento y jugar con este juguete alocado y gargantuesco. Bhattejji aclaró el visor y miró a su ayudante, que ya estaba inclinada sobre los sensores.

—¿Miko?

—Todo nominal. —Mostró el patrón de penacho en la unidad de pantalla y Bhattejji fingió estudiar la imagen de falso color, los niveles de gauss y la velocidad de plasma, pero de hecho, simplemente admiró la terrible belleza de la imagen. Era una estrella de libro, con brazos brillantes disparándose hacia los cuatro puntos cardinales: una verdadera estrella formada por la fusión real de partículas reales. En ocasiones Bhattejji imaginaba que podría poseer planetas reales aunque infinitesimales. Era una estrella domesticada, una criada en cautividad y confinada en una jaula como un pájaro al que enseñan a cantar para diversión de sus captores. Pero ¡vaya si cantaba bien!

El ingeniero permitió que una amplia y relajada sonrisa le cruzase la cara. Un problema inesperado —alguien había fallado en la alineación de los anillos— pero un par de giros del perno fue lo único necesario. Todo nominal y *todavía* quedaban cinco horas para la línea límite. Bhattejji siempre había sabido que habría tiempo de sobra para terminar el trabajo.

Relajándose contra la *barrera*, su mirada se desplazó hacia el mástil de aerogel. Bhattejji había visto tantas veces ese palo fantasioso como para que se convirtiese en parte del paisaje, un árbol maldito, agotado por el invierno, deshojado por el tiempo, como si fuese uno de los robles de la frígida tierra natal de Satterwaithe. Ahora estaba cubierto por una redcilla desconcertante y compleja. Los cables iban de la parte superior del mástil hasta un bucle circular, y de allí otras líneas llevaban hasta los motores en el borde y las aberturas en el pañol de vela. Visto de frente, el aparejo era radicalmente simétrico, pero desde el ángulo de Bhattejji parecía enloquecido, como si el cielo más allá fuese de porcelana rota, y su mente lo leía como un fárrago de formas entrecruzadas.

—No parece bien —se quejó—. Todos esos cabos y cosas.

—Obenques —dijo Miko. Sabía, sin apartarse de los instrumentos, cuál era la fuente de su descontento.

—Obenques... Es lo que usan para envolver a los muertos, ¿no^[7]? Supongo que una tecnología muerta no es muy diferente. Y ese bucle y esos palos sobresaliendo por los lados...

—La cruceta —le dijo Miko— y vergas.

—... es todo demasiado complicado. Prefiero la simplicidad directa de una jaula Farnsworth. La complejidad es prueba de mal diseño. La verdadera belleza es

siempre simple.

Al notar un movimiento cerca de la punta del mástil, Bhattejri amplió la imagen de su visor y vio un cubo abierto dentro del cual se movía una figura con traje.

—Ahí arriba hay alguien —dijo con sorpresa. No sabía que había alguien fuera y durante un instante extraño y alocado creyó que se trataba de un velero al que habían olvidado fuera tras la conversión de la nave.

—¿En la cofa de tope? —dijo Miko—. Debe de ser Ratline. Está vistiendo el mástil.

Bhattejri bufó.

—Tiene mejor aspecto desnudo. —Su fantasía casi había sido cierta, porque si alguien se podía considerar como velero olvidado, ese era el anciano jefe de carga.

—Algunos milis de frenado de la vela no pueden hacer daño —comentó Miko.

A Bhattejri le resultaba equivocada la defensa que hacía Miko de la vela. Una cosa era que fósiles como Satterwaithe y Ratline recordasen los Buenos Días de Antaño, pero Miko era joven, e *ingeniera*.

—Claro que hace daño —dijo—. Mientras esos... «obenques» estén ahí, no puedo invertir la polaridad de los Farnsworths para disparar una ráfaga retrógrada. El penacho vaporizaría la mitad de los cabos.

—El «aparejo».

—¡Vale, el «aparejo»! —Habló con brusquedad, porque la jerga le irritaba—. Así que tendré que invertir la nave porque no puedo redirigir el penacho. ¿Evermore?

—¿Sí?

—Dame una cuenta de diez, cuatro en cuadrado en cinco.

—*Cuatro en cuadrado, oído.*

Miko dijo:

—Pero hemos terminado la calibración, ¿no?

—Vale, pero deja que Rave se divierta. Quiere jugar.

—*Diez segundos, ráfaga completa en tres* —le dijo Evermore a la nave—. *En dos, en uno, y fuego... Diez, y nueve...*

Y el horizonte de Bhattejri quedó bordeado de fuego blanco, como si soles furiosos aparecieran por los cuatro cuartos del mundo. La nave se convirtió de nuevo en un objeto vivo, palpitando y pulsando. Bhattejri prestó atención a las vibraciones en busca de cualquier señal de discordia y, al no encontrarla, sonrió como si hubiese regresado una amante largo tiempo perdida.

—¿Tengo que cambiar algo? —le preguntó a Miko, confiando que no fuese así. Había sentido el equilibrio. Había tenido dudas con respecto al número dos, y había pensado que quizá tendría que alzar número cuatro para compensar, pero todo estaba perfecto—. No necesitas esos instrumentos —le dijo a su ayudante, quien se había vuelto una vez más hacia el banco de indicadores—. ¿No observabas Antares? —Señaló a Escorpio—. Si los motores no estuviesen equilibrados, la nave se habría ladeado y el mástil se habría movido de un lado a otro. Después de todo, el mástil

tiene sus usos. Vamos, toda la nave es un enorme indicador analógico, si sabes cómo leerla.

Miko creía que hacía falta más precisión. En ocasiones le parecía que Bhatteji tomaba decisiones por impulso.

Gorgas, atado a la silla de capitán, examinó sus dominios y pensó que, por primera vez desde que la capitania le había caído encima, realmente eran sus dominios. Hoy, guiaría la nave; la dirigiría a su destino.

La Joya de Loto estaba sentada con la cofia en su estación y Corrigan, en la de navegación. Como se encontraban a lados opuestos del puente, se daban la espalda.

—¿Motores? —dijo Gorgas.

—Motores listos —dijo Evermore, que estaba sentado en el repetidor de la sala de motores a la derecha de Corrigan. Bhatteji y su compañera esperaban en la sala de control de ingeniería, con los trajes puestos por si algo salía mal. Bien, Miko llevaba el traje. Bhatteji no creía que nada saliese mal, aunque sus ojos se desplazaban intermitentemente a los indicadores del motor número dos.

—¿Velas? —dijo Gorgas. Y qué curioso era que lo dijese. En todos sus años recorriendo el sistema medio nunca había llamado al oficial de vela.

Pero la estación de la oficial de vela estaba vacía; la consola largamente abandonada estaba apagada. En su lugar, Corrigan respondió desde el puesto de navegación.

—Listo para despliegue. La oficial de vela y el jefe de obenque aguardan juntos arriba. —Era una mentira total, y Corrigan lo sabía. Ratline estaba allí, y le acompañaba Okoye; pero Satterwaithe se había retirado a sus habitaciones.

—Una vela y los motores —dijo Bigelow Fife a los otros reunidos en la sala común para la comida de mediodía—. No creo que se haya intentado nunca. Ciertamente, jamás lo he oído. —Observó cómo el reloj de la pared se iba acercando a la hora.

—Nos da ventaja —le aseguró Grubb y dejó sobre la mesa un plato de ave—. Conseguiremos casi cinco milis con los motores... quizás un poco menos, porque Bhatteji querrá cuidar los dos que ha arreglado... y otro mili de las velas.

—¿Por qué tres velas? —dijo Wong.

—Es lo que llamamos una disposición de trébol —dijo Grubb, con el aire de ser un viejo navegante—. Las tres paletas permiten al oficial de vela jugar con el tamaño y la forma del campo magnético.

—Creo que es genial —dijo Akhaturian, mientras cortaba un trozo de material aviar para deCant y otro para él. Añadió a su trozo un toque de pasta de especia.

Fife dijo:

—Tengo entendido que usted ayudó con los preparativos, señor Grubb.

—Sí, lo hice. Podría decir que lo mantuve todo unido. —No se explicó más (era mejor parecer misterioso) pero había convencido a La Joya de Loto para que se quedase en el proyecto después de su pelea con Corrigan y resucitase el *software* de

administración de vela de los archivos dormidos. Si no se había asegurado de que todo siguiese unido, al menos se había asegurado de que no se desmembrase.

Que Grubb hubiese participado no pareció contentar al pasajero.

—¿Es usted velero, entonces? —dijo con cierta incomodidad—. No lo sabía.

—Oh, no. ¿Le gusta el ave, señor Fife? ¿Está sazonada a su gusto? El genotipo de este clon en particular se modificó para incorporar ciertas especias directamente en el cárnico. —Akhaturian, chupando con fuerza de su botella de agua, acababa de descubrirlo—. No, nunca he sido marinero —siguió diciendo Grubb—, pero conozco las canciones antiguas.

—Las canciones... —dijo Fife, atragantándose como Akhaturian, aunque por razones diferentes.

—Es un gran cantante —dijo el último peón con voz forzada pero entusiasta—. Vaya si lo es.

Wong, que a estas alturas sabía leer el cuerpo de su amante, sugirió que Grubb siempre había trabajado bajo la supervisión directa de veleros con experiencia.

—Oh, sí, así fue —admitió Grubb, aunque hacía que su papel pareciese menos importante—. En general, Corrigan. Él se encargaba del trabajo interior, mientras Ratline se ocupaba del exterior.

—Es terriblemente romántico —dijo Wong—. Volar a vela.

Bien, Fife no era ni siquiera romántico en sus amores, pero, al tratarse de un hombre que exigía una red de causas y efectos, tenía práctica en el arte de construir hechos —¿y qué otra cosa es el romance sino la creencia de que los hechos tienen estructura? Le emocionaba, un poco, la idea chusca de que las velas resucitasen de la urna de la historia; pero, siempre práctico, preguntó:

—¿Las velas y los motores juntos no nos frenarán *demasiado*?

Akhaturian asintió.

—Llegaremos a la referencia joviana a finales del tres de diciembre, en lugar del diez de diciembre. Claro —añadió pensativo—, cuando lo hagamos estaremos a cincuenta y cinco millones de kilómetros de Júpiter... —Intercambió un guiño secreto con Grubb—. El resto lo podremos hacer caminando.

—¡Caminar! —dijo Fife, y Wong bajó el plato y miró al último peón.

—Oh, en cuanto a eso... —Y Grubb agitó una mano negligente mientras simultáneamente se inclinaba hacia delante. Era uno de sus trucos cuando tenía un chisme que transmitir—. He oído que el capitán y el primer oficial tienen un plan. Una vez que hayamos desacelerado lo suficiente, apagarán las jaulas y llevarán la nave a puerto... *a vela*.

—¡Oh, qué genial! —dijo Wong. Y deCant y Akhaturian aplaudieron simultáneamente.

—¿En Autopistas Júpiter? —dijo Fife con algo más que una nota de duda.

—Motores a un cuarto de potencia —dijo Gorgas—. Navegación, mantener dirección.

—Un cuarto de potencia, sí —dijo Evermore; luego, a Nave—. Cuatro-cuadrado, un cuarto.

—Abiertos inyectores —informó Nave—. En tres, dos, uno.

La nave se estremeció y allá abajo, Miko se inclinó sobre los indicadores, verificando el ritmo de alimentación, temperaturas y velocidades de penacho, especialmente de los dos reconstruidos. Bhattherji, agarrándose a una barra detrás de Miko, fingió indiferencia.

—Todo nominal —anunció Miko después de que pasasen varios minutos de impulso sin muestras de escapes o crecimientos de temperatura; y Bhattherji, solo un poquito, se relajó.

—Aceleración uniforme —le dijo Nave al puente—. Uno coma dos miligés.

—Incrementar potencia a uno y medio —dijo Gorgas y, cuando esa orden resultó satisfactoria, fue llevando la nave lentamente a potencia total. Durante ese procedimiento, el puente se llenó de un breve pero intenso tumulto de pequeños objetos, que tras flotar por ahí durante los largos días de caída libre, una vez más caían hacia la cubierta.

De hecho, esa peculiar precipitación se produjo en toda la nave. Los antiguos de *El río* estaban más que acostumbrados, pero Fife era dado a viajar en naves más ordenadas y las naves comerciales se enorgullecían de evitar tales alborotos. Incluso así, no le molestó tanto el ruido como el estilete que cayó como la lanza de un cazador directamente en su rodaja de materia aviar. Para expresarse empleó una palabra que indicaba sorpresa grande y desagradable, luego lo sacó.

—Es debido a que el viento solar es mucho más rápido que las velocidades de tránsito —dijo Akhaturian como respuesta a la pregunta interrumpida de Fife—. Por lo que una vela siempre puede ganar impulso del viento, por rápido que ya se mueva la nave.

—Algún día Ivar se convertirá en un famoso navegante —afirmó Veinticuatro deCant.

Fife alzó una ceja, no porque no se creyese la bravata —intentaba mantener la mente abierta en lo que se refería al futuro— sino porque no veía cómo se conectaba el comentario al logro.

—¿El primer oficial te instruye en navegación? Parece un uso ineficiente de tu tiempo de estudio.

—Bien, en su mayoría es navegación general, claro —respondió el último peón—. En realidad a un navegante no le importa si la aceleración proviene de una jaula o una vela.

Wong preguntó por qué, ya que las velas ofrecían un impulso adicional, no eran híbridas todas las naves.

—Porque es más barato añadir otra jaula. —Fife no sabía nada sobre fusión, pero conocía la relación entre coste y beneficio, y en su vida había tratado con muchos asteroides descarrilados—. Manejar las jaulas es más simple y no tienes que llevar

dos tripulaciones con habilidades diferentes.

—Hubo otro factor —ofreció Grubb—. ¿Ha oído alguna vez *La balada de Sveyn Kim-Yung*? -Asegurándose de tener negativas, se explicó: —Habla de un viejo velero que deseaba transmitir sus habilidades a un aprendiz, pero nadie quería su puesto. Eso es lo que pasaba. Nadie deseaba aprender una tecnología obsoleta. Las escuelas dejaron de enseñarlas y con el tiempo todos los practicantes se retiraron.

—Todos excepto Ratline y Satterwaithe —dijo Veinticuatro.

—Y Corrigan —dijo Ivar, defendiendo, como creía, a su instructor.

Grubb asintió sabiamente.

—Sí, y algunos otros dispersos por aquí y por allá. Corrigan es uno de los más jóvenes, y ronda la cuarentena por el lado equivocado.

—Así ha sucedido siempre en la historia —replicó Fife, llevándose un trozo cárnico a los labios—. Los nuevos métodos llegan, los viejos se van. Siempre se habla de lo mucho mejor, «más humana» se dice a menudo, que era la vieja tecnología, pero te das cuenta de que nadie regresa jamás a ella. Tampoco tallamos ya cabezas de flecha de pedernal.

Cuando todos los motores palpitaban correctamente en ese ritmo de cuatro que Gorgas conocía tan bien, se volvió hacia Corrigan.

—Bien, número uno, ¿estás listo? —En realidad, debería ser la oficial de vela la que dirigiese desde el puente, pero Gorgas comprendía la decisión de Satterwaithe de ocuparse directamente de la vela. Hacía veinte años que no se usaba ese equipo. Era mejor que los dos veleros con más experiencia ocupasen ese puesto.

Corrigan asintió y Gorgas esperó y cuando pasó un momento más, el capitán dijo:

—¿Qué orden doy?

—Eleva la vela mayor —le dijo Corrigan.

Gorgas asintió irritado. Debería haberlo supuesto.

—Muy bien. Hazlo.

—Vela mayor, sí. Nave, inicia elevación de vela mayor.

—Se precisa clarificación —respondió Nave y, oyendo desde ingeniería, Bhatteji se mofó. Miko frunció el ceño y susurró en su micrófono silencioso.

—Recibida clarificación —respondió Nave ante la inhalación de Corrigan (que había sido por la sorpresa y con la que no había clarificado nada)—. Abierta portilla de despliegue de la vela primaria. Bucle de vela mayor pasando por los tornos primarios.

—Muy bien —dijo Corrigan y se volvió hacia Gorgas—. Vela en posición —dijo. Gorgas asintió.

—¿Y ahora qué?

—Los obenques de control corren por los ollaos. Luego lanzamos amperios.

—¿Y después?

—El estrés de la corriente hace que el bucle circule. Eso llevará, oh, dos horas para un bucle de ese tamaño, incluso con las bombas de flujo. Eso da al jefe de

obunque tiempo para fijar los obenques operativos a los puntos cardinales.

—¿Dos horas? —dijo Gorgas (y una vez más, allá abajo, Bhatteji se mofó).

—La vela tiene sesenta y cuatro kilómetros de ancho —dijo Corrigan, sabiendo que sonaba a la defensiva—. Lleva tiempo inflarla. El control será difícil hasta que no se tense.

Gorgas no pudo evitar que en su cara se manifestase una mirada burlona, e incluso La Joya de Loto se olvidó de su promesa y miró directamente a Corrigan. No podía recordar intervalos tan aburridos en los morfis que había visto. Siempre había sido «vela arriba y seguir el viento». El gran momento que Corrigan había imaginado empezaba a parecer, incluso a sus ojos, un poco cómico. Sin embargo, incluso un gesto inútil es mejor que ningún gesto.

Y allá abajo Bhatteji rugió.

—No me sorprende que esa tecnología se fuese a la basura.

—¿Señorita Satterwaithe?

La segunda oficial en funciones y oficial de vela de reserva apartó la vista de la distancia a la que había estado mirando y se apartó de los recuerdos y sueños desvaídos que allí moraban. Sola en su camarote, estaba demasiado lejos de la zona superior para oír los redobles a medida que las líneas salían o el zumbido de los compresores que llevaban refrigerante al revestimiento; pero de alguna forma los oyó. Quizá siempre los había oído.

—¿Quién es?

—Nave. Mensaje para usted. La vela mayor está lista.

Satterwaithe asintió lentamente.

—Sí. Comprendo. Da la gracias al señor Gorgas de mi parte.

—Se solicita clarificación.

—Gorgas. Agradece el mensaje al capitán en funciones.

Se produjo una pausa poco habitual e irritante antes de que Nave respondiese:

—Aceptado.

Una vez más a solas —si alguna vez había estado acompañada en su vida— Eugenie Satterwaithe se llevó a la cara sus manos nudosas.

El fantasma

Cuando Gorgas abrió esa noche la puerta de su camarote, se encontró a los peones y a la ayudante del ingeniero en masa, con extraños trajes y gritándole:

—¡Trato o truco! —No pudo decidir si eran ellos los que se habían vuelto locos o él.

Evidentemente, todo había sido idea de Akhaturian. Si podía convencer a sus compañeros para que le ayudasen a rascar barniz, fue un juego de niños convencerles para recorrer la nave recogiendo dulces. Se le había ocurrido unos días antes y al principio no había sido más que una idea para ayudar a Veinticuatro a relajarse y para celebrar el encendido de los motores. Pero Okoye les había oído planearlo y Akhaturian la invitó a unirse. Una vez que Evermore vio que Okoye iba a participar, él también se unió, como si estuviese haciendo un favor a todos, es más, como si hubiese sido idea suya. Okoye, a su vez, fue y convenció a Miko, quien jamás había oído hablar de Halloween.

En lo que se refiere a disfraces, había muy poco disponible a bordo de un transporte irregular, pero bastó con algunos pocos elementos y algo de imaginación. Era, comentó Evermore, un poco como conectar los puntos. Si te pones puntos suficientes el disfraz se dibuja por sí solo.

Nkieruke Okoye iba de bruja, aunque podría argumentarse que en su caso estaba lejos de ser un disfraz. Pero ella no era una bruja como podrían imaginarlas los europeos —incluso las brujas europeas—. No llevaba sombrero puntiagudo, no tenía una escoba entre las piernas. Sin embargo, al encontrar un contenedor lleno de cables de conexión de fibrop y uniéndolos a un cinturón, pudo aproximarse a una falda de hierba. Con considerable paciencia, se trenzó el pelo en *un cierto patrón* que su madre le había enseñado una vez, y encontró colores suficientes entre las grasas y aceites de los contenedores de mantenimiento para decorar su cara, brazos y piernas con los símbolos *uli* apropiados. *Uli bu ife umunwanji en de naru*, como decía la gente. Vaciló en el borde entre la modestia y la autenticidad antes de decidirse a vestir por encima la camiseta negra.

—Vaya —le dijo a la aparición del espejo—, eres igualita a la bruja a la que la gente pide consejo.

—No seas tan tonta, niña —le respondió su madre—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a alguien vestido así? Solo en los festivales populares, creo. ¿Cuántas mujeres siguen pintándose *uli*? Además, llevas mal una de las trenzas. ¿Y quién ha visto jamás a una bruja con camiseta?

—Bien —dijo Okoye, asegurándose de tener la cremallera arriba del todo—. No quiero que nadie lo vea todavía.

—¿Nadie o alguien en particular?

—¡Madre!

—¿'Kiru? —dijo Rave Evermore, tocando la placa hoígh—, ¿estás lista?

—Todavía no —le contestó 'Kiru, dirigiéndose también al reflejo y a la voz que en ocasiones oía en su quietud—. No del todo.

El traje de Evermore era de «alto concepto». En unas pocas horas se había fabricado un genuino cacharro. El dispositivo tenía luces que parpadeaban, ruedas que daban vueltas y emitía ruidos de vez en cuando. En realidad no *hacía* nada, pero tampoco tenía por qué. Era una diversión verlo funcionar. Evermore se había blanqueado el pelo con harina robada de los almacenes de Grubb, vestía un viejo delantal de maquinista y llevaba el cacharro en la mano izquierda como si fuese un icono religioso. Cuando Akhaturian le preguntó quién se suponía que era, dijo que Thomas Edison, el gran inventor.

Esperaba frente al camarote de Okoye cuando salió la chica igbo y durante un momento se le detuvo el corazón porque su aspecto realmente daba miedo. Dientes afilados y un rostro que parecía el de un demonio y... Al momento siguiente su corazón volvió a ponerse en marcha, como uno de los motores de Bhattejji, porque, con los brazos y piernas desnudos y la camiseta negra, creyó que iba desnuda. De haberla querido, Okoye hubiese tenido su escoba con facilidad.

—Estás genial —dijo e intentó que sonase como que admiraba el realismo del traje; pero Okoye oyó la voz real y tuvo que poner en duda la capacidad mental del muchacho porque se había puesto todo lo desagradable que le había sido posible.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó con voz cacareante, porque las brujas solían llevarse a las niñas a medianoche, para en un bosque enseñarles los secretos de la feminidad. Se suponía que debía ser una experiencia aterradora, pero Okoye había aprendido esas cosas en un aula sosa de una forma mucho más pedestre, y de boca de una profesora que hacía que todo sonase simplemente terrible, y por tanto ella a menudo soñaba con el método antiguo.

La única niña disponible para que las brujas la raptasen era Veinticuatro deCant, que en realidad ya no se podía considerar «niña», y tampoco se le podía enseñar demasiado en un claro de bosque que no supiese ya. Quizá prudencia. Ella fue la única del grupo en abandonar su sexo y con restos de metal se había hecho una armadura empleando una barra como lanza. Una hebilla fabricada con cartón y cubierta de papel metalizado llevaba el lema *¡Defensor del derecho!* Evermore le preguntó si eso significaba que no defendería a los zurdos, lo que le ganó una lengua, así que Okoye le dijo que deCant sería *su* campeón porque él había creado el Trasto Maravilloso y deCant había jurado defender el Wright^[9]. Eso le ganó una lengua también a *ella*; así que Okoye y Evermore ciertamente tenían algo en común.

Un respeto decente a la simetría exigía que si Veinticuatro deCant era un caballero de brillante armadura, Ivar Akhaturian debería ser una damisela en peligro; y ciertamente tal disfraz tendría algo de mérito. Puede que su peligro en particular no fuese evidente, pero deCant le había salvado realmente. Hay que recordar que la propia madre de Akhaturian le había vendido, a todos los efectos, a una banda de gitanos. Eso afectaría incluso a la mente más filial. DeCant le había apartado de los

brazos de ese dilema metiéndole en el suyo. Aunque el futuro de Akhaturian no carecía de problemas, al menos los problemas eran diferentes.

Sin embargo, no era cuestión de simetría. El último peón no había dispuesto de tiempo o material para hacerse un traje apropiado y por tanto se había contentado con una sábana enrollada, pelo blanco y una barba falsa. Se hacía llamar Sócrates, y no importaba que fuesen los romanos y no los griegos los que llevaban togas. No sabía mucho sobre Sócrates, excepto que se trataba de un filósofo famoso. Si hubiese sabido lo de la cicuta, quizá después de todo hubiese preferido un vestido de lentes.

Solo Mikoyan Hidei, de toda la variopinta tripulación, carecía de traje, llevando además de su mono de faena solo una sonrisa irónica, como si todo le divirtiese secretamente. Realmente era demasiado vieja para bufonadas infantiles, sugería con sus aires, aunque el sentido era menos claro —porque no rechazó ninguno de los dulces que le dieron—. Les acompañaba, dijo, solo para asegurarse de que los demás no tenían problemas. Fue Miko, por ejemplo, la que sugirió que examinasen la fruta que les entregó Ratline en busca de hojas de afeitar ocultas.

Se equivocó completamente con respecto a Ratline, pero el deber de un guardia es ser cauteloso, no perceptivo. Aunque Ratline fue fácilmente la visión más terrible que se encontraron esa noche —sin excluir a 'Kiru— miró a los jóvenes con afecto especial y después de que se hubiesen ido en busca de otra presa, el viejo, tras las puertas cerradas, lloró por sus inocencias perdidas.

Satterwaithe no era de las que lloraban, pero el Halloween le divirtió y era una mujer difícil de divertir. En sus días, ella misma se iba a correr en esa noche sobrenatural, y de la visita obtuvo una hora más o menos de memorias nostálgicas, por lo que podría ser, en esta parada, que los jóvenes hubiesen entregado más de lo recibido.

Aun así, era Grubb el objetivo de la oportunidad, y el grupo se aseguró de concluir la odisea en su feudo, donde recibieron dulces y sorbetes, y néctares variados y maravillosos. Incluso Miko abandonó su distanciamiento después de algunas chuches. Grubb sacó su concertina y cantó canciones y Miko —quizá condicionada por los dulces— incluso se unió a los otros en un coro o dos.

Llegaron Wong y Fife, y más tarde La Joya de Loto y Bhatteji, porque los niños a menudo tienen tamaños diferentes. La sysop conocía varias historias y Grubb rebajó las luces para que pudiese contarlas. Estaba la Mano Peluda del Condado de Hunterdon, y el Demonio de Jersey, el Ciclista Fantasma de la Ruta 31, y cada una ofrecía deliciosos estremecimientos.

Grubb le dio un apretón discordante a la concertina y con tonos graves anunció que ninguno de esos fantasmas y similares debían preocuparles porque vivían a muchos megakilómetros hacia el sol desde *El río de las estrellas*.

—Pero hay uno no muy lejano, y se trata de Ugo Terrell.

—¿Adónde hay que ir^[8]? —preguntó Evermore, que estaba dispuesto a jugar

incluso con fantasmas.

Pero la concertina de Grubb resonó abominablemente, de forma que los peones se sentaron de pronto, y también La Joya de Loto. Bhattejji, que se encontraba cruzado de brazos tras el círculo, dijo:

—¿Estás seguro de querer llamar la atención de Ugo, Grubb?

—Bien, no está cabreado conmigo, ¿verdad? Aunque no creo que le guste que la gente se ría de su nombre. —Indicó hacia Evermore, pero no le miró. El chico se rio y se inclinó hacia la bruja que tenía a su lado para susurrarle:

—Cree que puede asustarme.

Pero Okoye le preguntó a Grubb:

—¿Le conociste?

El jefe negó con la cabeza.

—Nadie le conocía, ni siquiera los que le conocían. Subió a bordo de este buque como un extraño y se fue de la misma forma. A bordo de esta nave solo quedan dos que le conociesen y ya sabéis a quiénes me refiero. —Grubb comenzó a tocar una extraña tonada con el instrumento, una melodía que vagaba alrededor de un tono menor sin acabar de encontrarlo, y tampoco tenía *tempo*, porque se aceleraba o se demoraba siguiendo las palabras de Grubb—. ¿Quién sabe lo que vuelve loco a un hombre? —entonó el jefe—. Están las toxinas y las sustancias químicas, sí; pero no hacen más que simular la locura real, porque el trastorno genuino debe provenir del interior. En tu corazón debe haber algo suelto, algo que se agita y mueve hasta romper todas las barreras. Eso es lo que desgarró a Kurt John Jaeger, y digo «desgarró» porque mordió su propia alma hasta hacerla jirones.

»Era oficial de vela y uno de los mejores, porque solo los mejores pueden volar en *El río de las estrellas*. Había guiado la *Gullwing* a través del Paso de Io. Había llevado a la *Emperatriz de Catay* a besar los labios del sol durante la expedición del máximo solar en el cuarenta y seis. ¿Pero qué puedes hacer, aunque seas el mejor, si solo estás a bordo como ornamento? Si *El río* jamás hubiese soltado velas, él podría haberlo soportado y, de no hacerlo, hubiese estado solo al partir. Pero los noticiarios web exigían un espectáculo. Todas esas onzas para *¡Salvar El río!* —insertar grito de triunfo—. El viejo carguero irregular debía vestir sus adornos y brincar una última vez. Dicen que eso fue lo que mató su corazón: ejecutar como simple espectáculo lo que había sido su vida. Pero incluso eso podría haberlo soportado de no ser por las burlas de Ugo Terrell. —Cuando Grubb se detuvo para beber una bomba de fruta, el nombre pareció permanecer en el aire vacío. Fue casi, pensó Okoye, como si lo hubiese oído susurrar en la distancia, pero no se trataba más que de un truco de la acústica. Sin embargo, La Joya de Loto también se giró para mirar por encima del hombro con un fruncimiento en el rostro. Bhattejji y Fife sonreían, aunque por razones diferentes.

»No es que Terrell pretendiese burlarse —continuó Grubb—, ¿y hay burla más cruel que esa? A pesar de ser un ingeniero, un hombre de Farnsworth, estaba muy

interesado en las velas y esa era su desgracia, porque su interés era «histórico», de la misma forma que otro hombre podría interesarse por las ruinas antiguas. Todas las preguntas que planteó Terrell al oficial de vela... todas ellas estaban en pasado, y ese es el tiempo verbal más cruel de todos, porque carece de esperanza. Al Jaeger interior le empezó a parecer que las preguntas *pretendían* causar daño, que se planteaban con malicia premeditada.

»En aquella época *El río* no era una nave feliz. Había sufrido una conversión reciente y los viejos que se habían quedado pasaban de los nuevos motores. Terrell, y sus tres ayudantes y sus cinco monos de llama, no eran bien recibidos, en absoluto.

(-Me gustaría disponer del grupo que tenía él —le murmuró Bhatteerji a La Joya de Loto—, los motores hubiesen vuelto a funcionar en días.

Y la sysop le respondió:

—La nave ganaba más dinero en aquella época).

—Poco después de que *El río* abandonase Ciudad Pavor, Jaeger se encontraba en el comedor, el mismo que usamos ahora, entreteniéndolo con sus historias a los veteranos. Terrell estaba sentado algo apartado, en otra mesa, escuchando junto con algunos de los miembros más novatos de la tripulación mientras Jaeger hablaba de la Gran Llamada del 73 cuando era oficial en *Cloudray*. Había llegado al punto donde la EMC, la eyección de masa coronal, había golpeado la vela magnética induciendo tal corriente transitoria que el hobie templó y el cable se convirtió en humo.

»Y Terrell se rio.

(La concertina de Grubb resolló con enfermiza diversión).

—No era lo correcto, porque ese día Jaeger y sus ayudantes se habían portado como héroes, desplegando e inflando una vela nueva durante la tormenta del siglo. Terrell se había reído por la sorpresa, no por desprecio, porque nunca se había dado cuenta de que un bucle podía fallar de esa forma; pero Jaeger se congeló al oír la risa. Se puso en pie y abandonó el comedor sin decir ni una palabra o mirar atrás. Aquella noche, fue a visitar al ingeniero, y Terrell, sin ser consciente de la ofensa mortal que había causado, dejó entrar al hombre. Pero Jaeger había venido a él con una sonrisa y un cuchillo de rizo y, dicen algunos, no había venido solo.

»No hubo lucha, dictaminó más tarde el forense. Eso podría significar que Terrell se ofreció a sí mismo como holocausto por los pecados de los Farnsworth, como afirmaban muchos veleros, o simplemente le pilló por sorpresa. O también podría significar que otros le retuvieron mientras Jaeger buscaba su corazón.

»Desde entonces, el viejo Ugo recorre la nave de noche, buscando venganza. Al día siguiente Jaeger se le unió. Salió por la esclusa por el sentimiento de culpa, dicen... aunque quizá *algo* le obligase a salir. Quizás algo, o alguien, abriese la esclusa por él. Y ahora... —Grubb miró uno a uno a los que le rodeaban—. Y ahora, *¡las velas han vuelto a alzarse!* —Y acompañó la frase con un acorde duro del instrumento, lo que tomó por sorpresa a los chiquillos e incluso La Joya de Loto palideció.

Grubb recibió el aplauso del silencio. Se miraron incómodos, especialmente los que en las últimas semanas habían estado actuando de veleros. Okoye reflexionó sobre la multitud en sombras que recorría la nave y se preguntó si no habría una más de las necesarias. Quizás el esfuerzo de Satterwaithe por alzar la vela no había sido del todo inteligente. Cuando finalmente se rompió el silencio, fue Bhatteji el que habló.

—Bien —dijo—, al menos yo no estoy en la lista, aunque se me ocurre un par a bordo a los que el viejo Ugo podría querer acosar.

Grubb se encogió de hombros.

—Genie era la capitana, y la junta, cuando le arrancó los anillos, dijo que debería haber sabido lo que pasaba entre sus oficiales. Y Ratline se encontraba en la mesa del comedor con Jaeger y los otros veleros. ¿Pero quién podría afirmar que Ugo no los ha atormentado, y a la nave, durante estos años? Ciertamente ha sido una nave con mala suerte.

Okoye creía que Ratline era un hombre muy atormentado, ciertamente, aunque siempre lo había atribuido a un fantasma interior más que a un fantasma exterior.

—No he oído —dijo en voz baja— que nadie retuviese los brazos del pobre hombre.

—Bien, eso no se demostró jamás, 'Kiru —admitió Grubb, aunque odiaba destruir una buena historia por la necesidad de presentar pruebas—. Pero si piensas en nuestros dos veleros, olvídalo. Genie estaba dormida, sucedió durante la tercera guardia y el segundo oficial la encontró en su camarote cuando fue a informarla, y Ratline... Bien, Ratline tenía coartada, eso decretó la Junta. Todos los veleros de la mesa tenían coartada.

—Y todos murieron —entonó Fife *contra basso*—, uno a uno, a lo largo de los años... —Echó la cabeza atrás y lanzó una risotada—. Clásico —dijo—. Encaja en todos los parámetros: un crimen horrible, una muerte inexplicable, una maldición. Excelente. Gracias, señor Grubb.

El jefe movió las manos y las cuerdas migraron lentamente a un tono mayor.

—Yo no daría las gracias, si fuese usted. Si Ugo cree que se ríe de él... Bien, podría ser complicado.

A deCant —quien astutamente había lanzado los brazos alrededor de Ivar fingiendo terror— le parecía que Fife era de los que deconstruirían historias semejantes incluso si se las contasen sus propios hijos. En lugar de oír la historia, la desmembraba, comentando cada pieza con horripilante sinceridad, explicando su papel y antecedentes. Podía imaginarse la luz de la travesura apagándose en los ojos de sus hijos y se entristeció, porque la muerte siempre le entristecía.

Fingir terror era una cosa, pero la tragedia real rozaba lo morboso. Grubb decidió que la cosa se había puesto demasiado seria y comenzó a animarlo con música alegre.

Mi chica y yo nos divertimos

por todo puerto Rosario...

Evermore se presentó ante Okoye con una inclinación que estuvo a punto de ser cortés y, al comprobar que los otros ya se habían dado la mano y que en general se trataba de una empresa conjunta, la chica igbo aceptó —aunque Rave le apretó la mano con más firmeza de la que ella consideraba apropiada—. Bailar en mili exigía más facilidad de la que poseía cualquiera de ellos excepto La Joya de Loto, pero un baile en cadena era baile solo de nombre, y se precisaba menos habilidad que entusiasmo. Era más bien una recombinação absurda de conga, restalla el látigo y sigue al líder, aunque con un toque de coordinación rítmica. Golpe, salta, gira y muévete, la cadena serpenteó alrededor de la galería del invernadero, entre plantas, siguiendo los tanques de carnicultura mientras el narrador y su pareja encontraban todo tipo de improbables aventuras en y alrededor del viejo Marte.

*Mi amor y yo recorrimos de arriba abajo
todos los rincones de Ciudad Pavor.*

La línea echó a volar y saltó al aire, siguiendo una parábola suave para tocar en el otro lado de la estancia. Las flores ofrecían su perfume y el zumbido rítmico de los ventiladores de circulación de aire, ofreciendo un fondo a la concertina de Grubb, lanzaban brisas contra sus rostros y los fantasiosos pedúnculos agitados. El paseo concluyó con los danzarines entremezclados en una buena aproximación de la molécula de ADN antes de romperse en nucleótidos risueños, aunque algunos bailarines mantuvieron un puñado de enlaces covalentes.

Okoye no vio nada de malo en permitir que Evermore retuviese su mano. Ella estaba cargada y la carga no era negativa. Incluso cantó un poco, cuando más tarde los peones correataron siguiendo el pasillo del anillo hasta sus camarotes.

—Soy una velera descarada —cantó—, y navego las ondas de la noche. —La canción decía más, pero Evermore solo oyó la parte descarada y se preguntó si la celebración habría debilitado su decisión. Cuando llegaron al pasillo radial de la sala giratoria, donde se separaron, él se arriesgó a besarla en la mejilla.

Fue como si todo el universo contuviese el aliento. Incluso el zumbir continuo y de fondo de las bombas Caplan pareció detenerse, así como las risas y susurros de los peones juniors. El movimiento se congeló, como si Miko, Veinticuatro e Ivar hubiesen pasado a estasis. Fue un momento como cuántico. Podían pasar dos cosas, dos universos podían nacer.

Esos dos universos causaron un buen impacto en el estanque interior de Okoye, tanto que la chica normalmente tranquila quedó en un estado más profundo que el silencio por efecto de lo que surgió del agua. *¿Por qué corres tan deprisa, niña?*, le preguntó su madre desde ese silencio, y Okoye no disponía de una buena respuesta.

Y por tanto le ofreció a Evermore la mejilla y sintió el calor de sus labios. Y como él debía mantenerse en equilibrio bajo la mili, descansó la mano en la cintura de Okoye. Él contenía más presión de la que Bhattejji había encontrado en los ánodos

esféricos un picosegundo antes de la ráfaga. Okoye respetaba y temía la presión, y — al igual que Bhatteji frente a sus motores— apreciaba la atracción seductora de su liberación.

Quizá por esa razón, para demostrar que no debería leerse nada especial en el beso, o quizá para demostrar a esos dos presuntuosos universos que era posible un tercero, a continuación se volvió hacia los otros y les dio un beso a cada uno. Ivar y Veinticuatro recibieron los suyos como si fuesen de una hermana mayor, pero Miko, con una sonrisa malévol, devolvió el suyo en los labios de Okoye, lo que sorprendió enormemente a Okoye y aterrorizó a Evermore sin medida.

Después, los que quedaron recordaron esa noche como la única noche feliz y campechana a bordo de esa nave infeliz, porque incluso las lágrimas privadas de Ratline se consideraban felicidad en su antiguo corazón.

El cambio de puesto

Cada seis horas, Gorgas y Satterwaithe sustituían a Corrigan y La Joya de Loto en cubierta, pintaban rocas y guiaban la nave a través del tsunami. Como eso llevaba a dormir en ráfagas de cuatro horas, las cosas nunca estaban del todo bien. En particular, Corrigan se encontraba cada vez más enfrentado con Gorgas, quien insistía en mantener el rumbo de la gran secante a través del tsunami.

—Rectos hasta el amanecer, número uno —decía con su jovialidad crispante cuando entregaba la guardia—. Mantén Júpiter directamente al frente.

—Deberíamos virar hacia las estrellas —insistía Corrigan, y no por primera vez.

—Tonterías —dijo Gorgas—. Una maniobra innecesaria. Una vez que nos acerquemos a Júpiter nos encontraremos en la Zona Prohibida, que siempre está libre de objetos.

—El radar de corto alcance —insistió Corrigan— ha estado encontrando mucha basura. A ciento veinte kilómetros por segundo...

—Sí —dijo Gorgas—. Precisamente de eso se trata. El radar de seguimiento encontrará a los objetos grandes a distancia, el radar de búsqueda nos advertirá de la basura cercana, y el blindaje del casco nos protegerá de la gravilla. Oh, ¿lo sabías? Dentro de unos años la Tierra tendrá una nueva lluvia de meteoros. —Gorgas sonrió, como si hubiese dicho algo útil.

Corrigan le miró y vaciló antes de preguntar:

—¿Qué?

—Nuestro tsunami. Nave ha calculado la trayectoria. Está reduciéndose en su apogeo y se disparará en masa hacia el sistema interior.

—No es precisamente algo que deba preocuparnos ahora mismo —dijo Corrigan entre dientes. Miró a Satterwaithe en busca de apoyo, pero la oficial de vela no le dio una alegría. Ella misma hubiese dado la orden de avanzar recto, de haber tenido el mando. La mayoría de los navegantes del golfo Troyano hubiesen hecho lo mismo, y por la misma razón. Realmente la distancia más corta es la recta, y hay mucho espacio vacío como para andar preocupándose de las partes que no lo están. Lo que desentonaba era la preocupación de Corrigan.

—Pero si... —dijo Corrigan.

—Sí, número uno —dijo Gorgas, alcanzado el límite de su paciencia—. «*Pero si*» las probabilidades acaban saliendo, entonces tú podrás esquivar. Las estadísticas de Poisson sugieren una aproximación cercana a dos objetos, más o menos tres. Los radares te darán aviso con antelación, tienes una sysop capaz para advertirte e, *in extremis*, puedes ladear la nave. Lo he anotado en el registro.

Las estadísticas de Poisson no sugerían tal cosa. Dos más o menos tres significaba que había una probabilidad finita de encontrar al menos un asteroide. A Corrigan le irritaba que Gorgas hubiese empleado la aproximación normal de Poisson en lugar de la exacta.

El primer oficial consideraba que tomarse esos riesgos no era habitual en el capitán. Sin embargo, confundía falta de decisión con aversión al riesgo, y era la decisión lo raro y no la parte de aceptar riesgos. En su vida, Gorgas había aceptado riesgos enormes y en este caso era perfectamente consciente de las probabilidades — de hecho, más aún que Corrigan, porque las había calculado— y aunque el conocimiento le había inducido un incremento perceptible de peso gracias a los caramelos y similares, no veía otra forma de evitar una pérdida catastrófica que arriesgarse a otra. Corrigan todavía no apreciaba el efecto que podían tener unos viejos galones gastados en un hombre que los había visto un día más de lo necesario.

Porque Gorgas se había decidido a no repetir ciertos errores del pasado.

—Lo extraordinario —le había dicho a Marta dos días antes—, es llevar la nave con la carga intacta. Ha dejado de ser una cuestión de beneficios, ahora es una cuestión de orgullo. La nave es lo primero y lo último y, dado que este será su último viaje, debe hacerse de primera. —Mikoyan Hidei, quien escuchaba desde la fisgonera de servicio, comprendió el sentimiento, y admiró al capitán, como siempre admiramos a los que se expresan en consonancia con nuestro propio corazón. Lo que no comprendió fue por qué, con un gesto convulso, Gorgas agarró los viejos galones de su sitio junto al espejo de vestir y los arrojó al conducto de desperdicios.

Solo supo que el hombre que se apartó del espejo era sutilmente diferente, y desde entonces comenzó a apreciar al hombre con mayor reflexión.

Corrigan, como siempre durante su turno, flotaba por la sala de control como si fuese un desecho marino. Rebotaba de la estación de comunicaciones al tanque de trazado, hasta el repetidor de la sala de motores, hasta los radares de corto alcance hacia la vista telescópica de Júpiter. Comprobaba la dirección, la velocidad, la estiba y el equilibrio, las imágenes láser y el eco, de forma muy similar a cómo un hombre comprueba compulsiva y repetidamente su aspecto al acercarse a la cita con su amante.

Se impulsaba porque frente a él veía el relucir brillante y oscuro del fracaso, que no deja de ser una cosa extraña hacia la que impulsarse. Sabía que cada vacilación, cada error, era la fuente del fracaso final y atesoraba cada uno de esos momentos con satisfacción abatida.

La Joya de Loto se había puesto la cofia nada más entrar y a Corrigan le parecía que había penetrado en un universo de bolsillo. Siempre lo hacía cuando deseaba parlotear con la nave, pero también lo hacía cuando no quería hablar con Corrigan. Ahora se preguntaba si no estaría dormida.

—Nave —dijo.

—A la espera, señor Corrigan.

—Pregúntale a la sysop si puede encontrar un punto débil en el tsunami al que nos acercamos.

—Clarificación. «Punto débil». Una región en la que el retroceso percibido de los sensores analógicos de radar es menor.

—Afirmativo. —A Corrigan le divertía que Nave hubiese sugerido por sí misma la clarificación, cosa que no siempre hacía. Aunque Gorgas había prohibido virar la nave, no veía razones para no echar un vistazo a las regiones hacia las que *podría* virarla.

—La definición se halla en *El libro del entendimiento de La rosa del desierto*.

Corrigan no supo qué responder, ya que temía acabar en una conversación simulada —al menos con una máquina—. Las respuestas de Nave a menudo parecían interesantes, pero simplemente eran construcción de motores gramaticales a partir de palabras claves y búsquedas sensibles al contexto.

—Supongo que sí —le concedió.

—Hipótesis. Un punto débil es una región donde es posible encontrar con mayor facilidad un camino seguro.

Corrigan se libró de tener que comentar *esa* observación porque La Joya de Loto, habiendo recibido la petición original, había tocado el cielo, y ahora se quitaba la cofia para responderle.

—He representado la densidad en el tanque de trazado —dijo, agitando un pelo inexistente—. Todo el cielo parece papilla porque no podemos hacer ping al Punto Fijo, así que ahí fuera todo parece bolas de algodón; pero la región amarilla parece contener la menor cantidad de cuerpos conocidos.

Corrigan gruñó.

—Lo que significa que si viramos a esa dirección, chocaremos con un cuerpo *desconocido*... —No estaba seguro de creerlo, pero le resultó satisfactorio decirlo.

—Tú eres el navegante —dijo La Joya de Loto, como si con eso explicase algo.

Corrigan levantó la vista del tanque e intentó comprender la frase de la sysop como algo más que la manifestación de un hecho. Había *sonado* como algo más, y aun así no conseguía ver las partes ocultas bajo el agua. Finalmente, desistió y pasó una vez más a la contemplación silenciosa.

Por lo que Corrigan podía ver, la distribución de asteroides en el tsunami era aleatoria, lo que significaba, como Gorgas había calculado a partir de la densidad, que una ruta recta y newtoniana muy probablemente pasaría cerca de dos de ellos. Sin embargo, dada la distribución de Pareto de tamaños, por cada objeto grande que la sonda láser encontraba, podría haber docenas de objetos más pequeños que no aparecerían hasta encontrarse al alcance del radar de barrido. Puede que Gorgas contemplase esa situación con ecuanimidad, pero no Corrigan.

Mientras tanto, La Joya de Loto dedicó su atención a la representación.

—¿Cómo, con todo este espacio vacío, nos las arreglamos para dirigir la nave con tanta precisión directamente hacia Arrecife del Forastero?

Bien, no estaba siendo del todo precisa. El cuerpo que habían denominado Arrecife del Forastero estaba tan adelante que la diferencia no importaba, pero no se encontraba directamente y, como había señalado Satterwaithe, después de todo no era Arrecife. Aun así, con la incertidumbre de la medida, la desviación producida por el

viento sobre el cinturón de radiación, la perturbación causada por la mala inicial de motores, y la inexorable linealidad newtoniana de su trayectoria durante el largo proceso de vuelo inercial, difuminada caprichosamente por las ráfagas de calibración de Bhatteji y atraída hacia aquí por Júpiter y hacia allá por el sol, se habían combinado en una ansiedad generalizada y una sensación de incertidumbre, de forma que la tripulación ya no conocía su posición real como no conocían la de la nave o los objetos que pasaban. Y por tanto, entre otros asombros, Satterwaithe se había vuelto pasiva y Gorgas había tomado una decisión.

Corrigan se encogió de hombros y dijo:

—Todo saldrá según la voluntad de Alá.

—¿Y tu Alá es un navegante con certificado de la junta?

Corrigan frunció el ceño al oír la pregunta, que le parecía ligeramente blasfema, aunque durante un momento de locura creyó que la blasfemada había sido la Junta de Examinadores de Pilotos.

—No digas tonterías.

La Joya de Loto cerró los puños y miró a Corrigan como si tuviese la intención de convertir la consola en fragmentos.

—¡Me lo dices continuamente! ¡No soy tonta!

—No puedo sino seguir los datos. —Eso, viniendo de un hombre que se sabía adoraba los Hechos.

Lo que Corrigan no comprendía es que su distante amante se sentía atrapada en una versión absurda de Noir, incapaz de escapar a los ajustes surrealistas del lunático director del juego, incapaz incluso de descubrir cuál era el movimiento correcto. La muerte de Hand. El daño a motores y transmisores. La escasez de material. Caídas casi fatales. Sentía que debía haber una explicación simple para todo eso.

Normalmente, iba tratando con la vida a medida que pasaba, es decir, de forma caótica y aleatoria; pero había empezado a sospechar que en el fondo debía haber orden y propósito. Los que, como Fife, habían resuelto muchos problemas, sabían por dura experiencia que las causas eran particulares y múltiples; pero al no haber practicado ese arte, La Joya de Loto irreflexivamente creía en la causa singular y universal.

En la mazmorra roja oscura de la sala de control de motores, el fuego revuelto de las jaulas Farnsworth se podía sentir como un ritmo rápido, como si Dios estuviese empleando la nave como tambor. Los dos motores más cercanos ofrecían el ritmo más intenso y cuando uno se disparaba se podía discernir los otros sonidos acumulados a la explosión primaria. El zumbido de los imanes CoRE —o más bien, de los generadores que los alimentaban—; el disparo de las inserciones; el sonido más difícil de describir —como gravilla sobre un tejado de latón— producido por la bomba de alimentación de boro del número uno justo junto a la sala de control.

En los paneles, las pantallas relucían, los indicadores se movían, los números parpadeaban. Los datos entrantes se movían de una pantalla a otra —inútiles para

cualquiera excepto Nave, aunque la *forma* retorcida e hipnótica del flujo, tan parecido a una gran cascada, era en sí misma una forma de información—. La cubierta se estremeció.

—Les estamos dando mucha caña a esas jaulas —le dijo Miko al ingeniero—. Hasta el límite.

Bhatterji, que durante gran parte de su vida había vivido en el límite, no veía el problema.

—Hay un margen —le aseguró a la chica—. Engatasa un poco a las jaulas y te darán más de lo que creías.

—No están vivas, Ram. No puedes convencer a una esfera anódica...

—¿Lo has intentado alguna vez?

—... y tú no *tienes* que hacerlo, porque tenemos la vela como colchón.

—La navegación a vela —dijo Bhatterji con gran ironía— es un trabajo duro. Necesitarán un grupo compuesto por algo más que un viejo y una niña para manejar tanta vela. Recuérdalo. De ahí no saldrá nada bueno. Mientras tanto... —Miró a sus dos ayudantes y agitó la cabeza, pero no malgastó el tiempo deseando tener él mismo un grupo de trabajo mayor y más experimentado—. Miko, tú y yo nos alternaremos en turnos de diez horas. Comprendo que es mucha responsabilidad y que no estás preparada del todo. Tu valoración de ayudante es provisional y aguarda el examen de la junta. Aun así...

Miko quería rebotar de alegría por toda la sala, pero su gravedad innata la mantuvo en su sitio. La gratitud que sentía ante el voto de confianza de Bhatterji casi superaba su deseo de vengarse de él.

—Claro, señor Bhatterji. Estoy dispuesta.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Evermore—. Yo también puedo hacer un turno.

Pero Bhatterji lo negó con la cabeza.

—Miko superó un intenso aprendizaje en el tránsito desde Amaltea hasta Aquiles. Eres un buen maquinista. Muy rara vez he visto alguno mejor de tu edad. Pero ahora necesitamos gente para turnos, no operarios. —Y además, aunque no lo dijo, Evermore tendía demasiado a la improvisación. Si se producía una crisis, intentaría manejarla él solo y Bhatterji no veía cómo eso podía salir bien—. Cuando nos haga falta un mono de llama para rellenar los depósitos de boro...

—Oh, muchísimas gracias.

Bhatterji se alzó ante el desprecio.

—Mira, niño —dijo señalando con un dedo al corazón de Evermore—, *¡sé quién eres!* —Luego, con voz más tranquila—: Eres *yo* hace dos décadas; y sé lo poco curtido que estaba y lo novato que era.

—Puedo hacerlo.

—No, no puedes. Dependes demasiado de la intuición.

—Conozco los motores —dijo Evermore.

—No basta con *conocerlos* —le dijo Bhatterji—. Debes *sentirlos*. *¿Extuición* es

una palabra? Debería serlo. Debes oírles cantar. Escucha... —Y en el silencio que pidió se oyó la lejana cadencia palpitante de los motores mientras fusionaban los iones de boro e hidrógeno para provocar pequeñas explosiones y lanzar chorros de plasma—. Debes sentir el ritmo, para saber cuando algo va mal. Debes ver el color del penacho... —golpeó con los nudillos la pantalla donde los sensores mostraban las imágenes de falso color— para saber cuando el matiz no es del todo correcto. Si quieres ser ingeniero, debes tener los motores *aquí* —y se golpeó el estómago— y no solo *aquí* —se llevó un dedo a la cabeza—. Debes tener experiencia.

—Sí. Y estoy seguro de que te encantaría experimentarme.

Bhatterji perdió fuerza.

—Llevas dos años a bordo. En cualquier momento podrías haber sido mi aprendiz, si eso era lo que querías, y ahora serías primer ayudante. Por tanto, no vengas a quejarte a estas alturas de no estar cualificado.

—Qué... —Evermore se detuvo—. Qué allá en el pañol de vela, puede que no sean tan quisquillosos.

—Qué allá en el pañol de vela —dijo Bhatterji—, no pueden permitirse ser quisquillosos. Ese arte es un callejón sin salida. No es para gente como tú.

—¿Qué te importa?

—¡Me importa! —dijo. Luego, después de un momento en que los dos se miraban y Miko permaneció en silencio junto a la pared, añadió en un tono brusco—: Entonces, arréglalo con Corrigan.

—¿Qué?

—Cambio de puesto. Corrigan se encarga de la lista de puestos. Dile que tienes mi permiso. Ahora mismo, Velas necesita más ayuda que Ingeniería.

Bhatterji había empezado a volverse cuando Evermore dijo:

—¿Me estás mandando a Velas? —No comprendía la devastación que le ahogaba.

El ingeniero se volvió y miró primero a Evermore y luego a la puerta de la sala de control como si le confundiese la distancia que había entre los dos.

—Si vuelvo a necesitar un buen operario, Rave, te llamaré a ti antes que a cualquiera de la nave. Y antes de que digas algo estúpido, no tiene ninguna relación con tu belleza y sí todo con tus habilidades. —La mentira lo era solo a medias. Realmente lo importante eran las habilidades del joven, pero su belleza estaba lejos de ser irrelevante.

Miko pasó la primera guardia comprobando cada motor en secuencia, mirando la temperatura del penacho, la velocidad de plasma, el registro de inyectores, la tasa de reducción de boro y otra docena de indicaciones y medidas, hasta que Bhatterji, que se había quedado a observar, la guio.

—Hay un centenar de detalles a controlar en una jaula Farnsworth —le dijo—, pero solo importan unos veinte. Nave realiza todo el trabajo duro.

—Eso está bien —dijo Miko—, porque Nave y yo somos amigos.

Bhatterji rio, sin tomarse el comentario literalmente.

—Nave controlará los datos de los sensores y te advertirá de cualquier desviación estadísticamente significativa. Tú te concentras en si esas desviaciones tienen importancia *práctica*. Buscar tendencias y correlaciones. Buscar sucesos que se pasen de los límites de los sensores de motores. A Nave le han enseñado a reconocer eventos de baja probabilidad. Datos muy desviados de las colas de sus instrucciones esperadas. ¿Pero qué sentido tiene una probabilidad entre un millón cuando se miden y se registran un millón de sucesos? Las falsas alarmas son inevitables... es lo que llamamos riesgo alfa. Tú debes decidir cuáles son las falsas alarmas y cuáles son genuinas. A lo largo de los años Nave ha aprendido algunos algoritmos de búsqueda y decisión, pero siempre habrá algo nuevo que Nave no pueda controlar.

—¿Cuáles son los veinte que importan?

—¿Los qué?

—Dijiste que había veinte indicadores importantes. ¿Cuáles son?

Bhatterji suspiró. En ocasiones se desesperaba de que Miko llegase a entender el fondo de la lección: que nunca era una única cosa, sino siempre la combinación de muchas cosas.

—Varía, dependiendo del momento y las circunstancias.

A Miko la respuesta le resultó menos que específica.

—¿Puedes prepararme una lista?

—Una lista es algo limitado. El diálogo con los motores debe ser abierto.

—Quieres decir que debo «sentir más los motores».

—Bien, sí.

—¿Entonces por qué no echarme como echaste a Rave?

Bhatterji no se lo había esperado y falló en el ritmo de respuesta.

—Porque tú tienes experiencia —dijo tras un momento de silencio—. Él casi ninguna.

—Podrías haberle conservado como cadete y tenerlo junto a ti en las guardias. Así fue como hiciste conmigo en el tránsito de Aquiles.

Bhatterji gruñó, y Miko, insatisfecha con los detalles de su explicación, insistió:

—Creía que te gustaba tenerlo por aquí, porque... bien.

—¿Porque es guapo de cara?

—Sí.

El ingeniero completó la lista, la certificó y le pasó el ordenador de mano.

—Aquí tienes. Úsala, pero no permitas que te impida comprobar otras cosas. Nave dispone de toda una biblioteca de árboles de fallo para guiarte durante el diagnóstico. Quizá ya no sea tan guapo.

A Miko le llevó un momento resolver el sujeto. Cuando lo hizo, Miko le miró:

—Todavía le amas.

—Miko, todavía te amo a *ti*.

Lo que silenció a la ayudante. Era una frase que no había oído en once años. Que pudiese existir el amor era algo que comprendía. Pero nunca se le había ocurrido que

pudiese haber más de un tipo.

—Sí, por supuesto, todavía le amo —continuó Bhattejji—. No se pueden desactivar los sentimientos como lo haces con un alimentador de boro. Pero él no me ama, *¡y eso es lo importante!* —Una vez, recordó, una vez, en Outerhab-by-Titán, no había dejado que importase y había aprendido por las malas que debería haberle importado. Dos hombres habían muerto, y uno de ellos inmerecidamente—. Mandé a Evermore todo lo lejos de mí que pude y que todavía estuviese dentro de la nave. Él deseaba esa distancia más de lo que deseaba hacer guardia aquí abajo. ¿Realmente crees que él y yo podríamos haber pasado juntos diez horas de guardia sin...? —se detuvo y reflexionó—. Bien, podría no haber acabado bien. Tienes tu guardia, Miko —añadió—, y Rave se alejó mucho de mí. Así que cada uno de vosotros obtuvo lo que quería. Yo soy el único sin nada.

Evermore cumplió su amenaza, si de amenaza se trataba, y fue a la sala larga, donde entró a tiempo para oír cómo Ratline regañaba a Nkieruke Okoye. Aunque una regañina por parte de Ratline no era nada raro, encontrar a Okoye al otro extremo sí lo era. Lo más probable, desde que Evermore había firmado los Artículos de la nave, era que Okoye se encargase de todo. No podía imaginar que Okoye hubiese abandonado sus funciones.

Pero la transgresión de Okoye era todo lo opuesto al abandono.

—El rotor del cabo de gatera se atascó... —le oyó decir, pero Ratline la hizo callar con un gesto como el corte de un cuchillo.

—Lo sé. Nave me despertó. Venía de camino.

—... y la mesana se torció. Salí para liberar el obenque, eso fue todo. Comprobé el manual.

—¡No todo está en el pifiado manual! Una mala de ese tipo no es lo suficientemente crítica para arriesgarse a una EVAsión en solitario, no cuando los refuerzos vienen de camino... —Finalmente vio que Evermore estaba de pie en la puerta y se volvió hacia él—. ¿Y qué quieres tú?

—¿Por qué le gritas? —Evermore no sabía lo que iba a decir hasta decirlo, pero había sentido el extraño impulso quijotesco de salir en defensa de 'Kiru.

—¡Porque es mi trabajo, Evermore! No tengo tantos peones como para permitirme perder a uno. —Regresó a la primera peón—. ¡Ni siquiera tú, Okoye! La próxima vez que haya una mala en los obenques, harás lo que puedas en la sala larga, pero esperarás a que llegue para salir. ¿Comprendes?

—Pero tú sales solo...

—Se trata del viejo Moth Ratline. No queda tanto de mí como para preocuparse de la pérdida. Pero no tú, Okoye. Tú no. —Se volvió hacia Evermore—. Bien, ahora dime que has venido aquí por una razón aparte de ojear a tu chica.

—No soy su chica —dijo Okoye.

Ratline se encogió de hombros sin volverse.

—No es culpa mía. ¿Bien, Evermore?

—Uh, me han reasignado. Ahora estoy en Vela.

Durante un momento Ratline pareció confuso. Permaneció en esa pose curiosa y medio flotante que los espaciales adoptan bajo mili, con la boca parcialmente abierta y la frente gacha como si no estuviese seguro de las palabras que había oído. En el silencio, Evermore comprendió que no se trataba de silencio. Un zumbido distante, parecido a una gaita, algo como un coro lejano, llenaba la sala. Descubriría más tarde que se trataba de la tensión de los cables, transmitiendo la tensión de los bucles de vela al cuerpo de la nave. Era un sonido agradable, aunque también un poco ominoso. Los acordes eran disonantes y parecían buscar resolución.

—Te unes al grupo de Vela —dijo al fin Ratline—. ¿De quién ha sido la idea?

—Mía —dijo Evermore.

—¿Aprenderás de velas? —Ratline no le rechazaba, pero sí dudaba.

—Uh, sí. Supongo.

Ratline entrecerró los ojos, lo que le hizo adoptar una expresión suspicaz, pero solo se debía a que sonreía y Evermore no sabía cómo era la sonrisa de Ratline.

—Un aprendiz —susurró el jefe de obenques—. Un *aprendiz*... —Pero debió de darse cuenta de que estaba manifestando demasiado de sí mismo, porque se tensó y añadió con una mirada lasciva—. Y te salva de las garras de Bhatteji. —Creía que era un ligero insulto para el ingeniero y no comprendió que, aunque el ingeniero lo hubiese expresado de otra forma, en realidad esa había sido la razón de Bhatteji—. Te añadiré al registro de vela como aprendiz de jefe de obenques. En cualquier caso, ser peón es buena base para lo que tiene que aprender un encargado de obenques. Oh, llevará un año o dos, pero serás un trabajador de primera cuando haya acabado contigo.

Asombrado, Evermore miró a Okoye, cuyos ojos miraban a Ratline, hasta que un estruendo en el lado este de la sala larga hizo que saltase como una gacela en dirección a una máquina atascada. Evermore la miró desconectar la máquina, reiniciar algo que no pudo ver y conectarla. El acorde sin resolver pareció cambiar de tono. Evermore sonrió y firmó con el pulgar el ordenador de mano que Ratline le había entregado. ¿Un año o dos de entrenamiento? Evermore no creía que *El río* siguiese volando dentro de un año, y menos aún con vela. Y ciertamente no esperaba pasar el resto de su vida como velero.

Habiendo considerado la idea de largas y solitarias guardias pasadas con Okoye, Evermore se encontró pasando esas guardias con Ratline, una perspectiva mucho menos atractiva. Ratline también le hacía trabajar duro, llevándole al mástil y la cruceta, y haciéndole estudiar las jarcias de trébol. Después de su primer turno, Evermore sacó setenta en una simulación que le pasó el jefe de carga, lo que, dadas las circunstancias, no estaba nada mal.

—Realmente vine a estar contigo —le dijo más tarde Evermore a Okoye, cuando la primera peón regresó para su guardia—. El Rat no es ni de lejos tan guapo como tú.

—El Rat no es ni tan guapo como la doctora Wong —respondió—, así que no es un gran halago.

Fife había acabado considerando al cúter como su «nave de huida»; así que cuando él y la doctora entraron en el bote la noche del 3 de noviembre y se encontraron a Mikoyan Hidei bajo el panel de control atareada con una llave de cierre, su primera emoción fue la de propiedad profanada. Incluso le soltó antes de recordar que, de hecho, no era el propietario:

—¿Qué haces aquí?

La chica esbelta de ojos viejos y jóvenes salió de debajo del panel y examinó con su propia mezcla de vejaciones a los sorprendidos visitantes. No respondió al saludo, porque sabía —o creía saber— lo que esos dos pretendían «hacer aquí». Solo tenía tres inquietudes. Una era que un pasajero no debería exigir cuentas a un miembro de la tripulación. Lo segundo es que nominalmente estaba recargando los depósitos de boro vacíos, y no quería que Bhatteji supiese dónde estaba en realidad. Lo tercero era lo que había venido a hacer; pero dado que casi había terminado, se deslizó bajo el panel sin decir una palabra e insertó las placas que había fabricado, cerrando los contactos.

—Solo un poco de ingeniería —dijo cuando volvió a salir y empezó a recoger sus herramientas, canturreando una tonada que Okoye le había enseñado. Volvió a colocar el panel de acceso y, como tenía cierta vena maliciosa, se tomó mucho tiempo para hacerlo. Asumía que Fife estaba ansioso por ponerse a la tarea... y así era, aunque la «tarea» no era lo que Miko creía—. Bien —dijo, colgando los dos dispositivos del cinturón de herramientas y dedicándole a la pareja una calculada mirada de lascivia—, pasadlo bien. —Y les dejó la posesión del campo.

—Cree que somos ridículos —dijo Wong después de que Miko se hubiese ido—. Se ríe de nosotros. —Puede que la mitad del tiempo Franziska Wong viviese en un sueño, pero sus percepciones eran correctas. La idea la puso furiosa y corrió por el umbilical hasta el pasillo del borde para reprender a la chica solo para encontrárselo vacío en ambas direcciones—. *Esa chica es rápida* —se dijo— *para desaparecer con tanta velocidad*, miraba a los codos del corredor, pero Miko se había desvanecido tangencialmente, no circunferencialmente y ahora miraba desde la fisgona.

Cuando Wong regresó a la sala de control del cúter, vio que Fife había retirado el panel que Miko había colocado y se había metido debajo, como si estuviese buscando a la chica desaparecida en el sitio donde la había visto por última vez. Volvió a salir con una mirada confundida.

—Temía que estuviese desmontando los paneles —explicó—, buscando algo que Bhatteji necesitase, pero solo ha añadido placas de memoria.

—¿Por qué? —preguntó Wong.

—Para darle más memoria al cúter —dijo. No era más que un comentario ausente, porque Fife estaba considerando las posibilidades y se había limitado a reformular la afirmación, reemplazando el acto concreto con su propósito evidente;

pero la despreocupación del insulto hizo daño a la doctora.

Fife concluyó que la tripulación de la nave había comprendido finalmente que quizá tendrían que abandonar la nave. Era gratificante que alguien hubiese empezado a prepararse para esa posibilidad, pero también estaba un poco molesto. El plan se le había ocurrido primero a él y le ofendía la sustitución.

Sin embargo, se equivocaba en un detalle muy importante. La *tripulación* no había comprendido todavía esa posible necesidad.

Miko acarició el pelaje de la *Gata Sin Nombre* y se preguntó por qué la doctora y el pasajero pasaban tanto tiempo dentro.

—Uno pensaría que querrían acabar lo antes posible —dijo, porque a Miko no le resultaba placentero considerar al selenita como amante y asumía que así era también para Wong. Fife era terriblemente atractivo, en el sentido más literal. Había algo terrible en esos ojos siempre inquisitivos. Parecían haber tomado a la doctora llevándosela. Él no era adecuado para ella... para Miko era evidente.

»Me gustaría tener una forma de decírselo —le dijo a la gata. Al contrario que Fife, Miko sabía que la verdad podía causar un daño brutal, y a menudo lo mejor era ensombrecerla. Ensombrecer la verdad hacía que pareciese menos tridimensional—. La mejor forma de quitar una tirita es dando un buen tirón —dijo—. Si intentas tirar despacio, el dolor simplemente dura más. Quizá debería... ¿Qué opinas, *Gata*? Quizá debería trabajar con Fife.

Gata no respondió, sino que se limitó a estudiar a Miko con ojos regios antes de —sufriendo un arañazo final— penetrar con rapidez en la oscuridad de los caminos de servicio. Era un felino bastante escurridizo —en ocasiones por aquí, en ocasiones por allá— y bastante más distante que *Reina Tamar*. Quizá por esa razón a Miko la criatura le resultaba mejor compañía. No creía que el nombre de Akhaturian —Anush Abar— fuese del todo correcto y ya le había dado varios nombres de su cosecha, pero ninguno parecía adecuado. Nunca se le ocurrió llamarla «Miko».

El comunicador del cinturón sonó y Nave le recordó que llevaba mucho tiempo ausente de la sala de control; y por tanto Miko también se apresuró a la oscuridad para terminar con los depósitos de boro.

—El puente es tuyo, número uno —dijo Gorgas—. Firme. Los radares indican que esquivaremos Arrecife del Forastero con un margen confortable. Lo pasaremos en esta guardia.

El engreimiento de la voz del hombre irritaba a Corrigan, quien respondió con un gruñido y el comentario petulante de que el cuerpo no era el fabuloso Arrecife.

Gorgas alzó las cejas, como si jamás se le hubiese ocurrido esa idea.

—Claro, claro. El Arrecife es parte de un triplete balístico y no hay rastro de los otros dos. Sin embargo, llevo tanto tiempo llamándolo Arrecife del Forastero que ahora me resulta extraño llamarlo de otra forma. Pero tendríamos que ponerle un nombre. Es justo. ¿Quizá con un concurso entre los miembros de la tripulación?

Corrigan, exasperado, se volvió hacia Satterwaithe.

—¿Y qué hay del atolón que mencionaste? Puede que haya otros cuerpos más pequeños.

—Nada que hayamos visto en los radares —dijo Satterwaithe mientras entregaba el control de la estación de comunicación a La Joya de Loto—. Las velas son paracaídas contra el viento. Hubo algunos problemas con la mesana, pero Velas los corrigió.

Corrigan asintió y comprobó el registro.

—Muy bien. Tomo el control.

—Me gustaría poder decir que me siento aliviado —le dijo Gorgas a Satterwaithe mientras cruzaban el pasillo al anillo B de camino a tomar juntos un tentempié nocturno—. El señor Corrigan parece obsesionado con la catástrofe, y con la dificultad de encontrarla, ¿eh, número dos? ¡Qué...!

Satterwaithe no había prestado a Gorgas más atención de lo habitual, pero ese último grito la hizo detenerse, lo que estuvo bien, porque casi arrolló a los dos peones júnior, que permanecían pacientemente en la entrada del puente. Era fácil pasarles por encima, porque los dos eran más bajos que la altura habitual de la tripulación.

—¿Qué hacéis aquí? —exigió.

—El señor Corrigan me enseña navegación —dijo Akhaturian.

—Vaya —dijo Gorgas con algo de diversión—. Bien, asegúrate que no te enseña aprehensión. —Y rio, aunque Akhaturian no comprendió el chiste.

Tampoco Satterwaithe.

—Me sorprende que nuestro segundo oficial pueda encontrar tiempo de sus otras ocupaciones —dijo, lo que, aunque equivalente al comentario de Gorgas, fue igual de opaco para los peones. El chiste era inconsciente e involuntario. Gorgas quedó brevemente confundido por el comentario, hasta que comprendió que donde la oficial de vela había dicho «segundo oficial» se había referido a Corrigan. De hecho, comprendió que nunca había oído a la mujer emplear ninguna de sus graduaciones temporales. *Algunas personas*, reflexionó, *nunca se rinden*. Se le ocurrió que en ocasiones podía considerarse una virtud al igual que una molestia.

—El entrenamiento... —dijo Akhaturian—. El señor Corrigan dijo... Es decir, yo... —Se detuvo tartamudeando, temiendo que se hubiese suspendido la clase y Gorgas le mandase a casa.

—Es parte de su contrato —dijo deCant, saltando en su defensa.

—Oh, cierto, cierto —respondió Gorgas, recordando los viejos días como joven en la *Pierre Delacroix*—. Es la mejor forma de aprender el oficio. Los manuales solo valen hasta cierto punto. Vamos, yo no era sino un poco mayor que tú cuando fui a por guardiamarina. —Satterwaithe se apartó para que Gorgas no pudiese ver sus ojos exasperados. Ella misma había seguido una órbita más dura: naves balísticas, vehículos de transferencia orbital, magnostáticas, velas, y Farnsworth había exigido dominar prácticas muy diferentes. Quizá por eso se consideraba a sí misma cinco veces mejor oficial que Gorgas.

Akhaturian aceleró y dejó atrás a los dos, y Satterwaithe, volviéndose una vez más para retomar su viaje interrumpido hacia el comedor, casi pisó a Veinticuatro deCant, quien se había quedado bloqueándole el camino. A los dos chiquillos se les veía juntos tan a menudo que era difícil verlos separados. Como el oxígeno monoatómico, no parecía del todo adecuado. Satterwaithe miró con furia a la tercera peón, como si fuese culpa de la chica el encontrarse en el suelo.

—¿Tú también estudias navegación? ¿O te enseña La Joya de Loto? —No se trataba de una pregunta amable, ya que consideraba la supuesta vocación de La Joya de Loto como probable tutorial para la condición parturienta de Veinticuatro deCant.

—No, señora —respondió deCant, ignorante del contexto, pero muy consciente de la malicia—. Yo no soy más que una pobre y estúpida peón. La verdad es que tengo tantos agujeros en la cabeza que no puedo evitarlo. No, vine a verla a usted, señora.

—A verme a mí...

DeCant miró a Gorgas expectante y sugirió:

—¿En privado?

Satterwaithe no podía imaginar ninguna posible discusión entre ella y la joven que pudiese exigir intimidad. De hecho, no podía ni siquiera imaginar ningún tema que pudiese requerir una discusión.

—Sí, bien, que sea breve.

Gorgas se fue.

—Tomaremos el tentempié en otro momento, número dos —dijo, alegrándose en parte de recordarle su rango—. Tengo algunos cálculos que quiero repasar. —Esa era la otra parte de la alegría.

Cuando estuvieron a solas en el pasillo de anillo, Satterwaithe le dijo a deCant:

—Vale, bien. ¿Esto es lo suficientemente «privado»?

No era el entorno que Veinticuatro había imaginado cuando se había imaginado el encuentro, pero por los tonos helados de la mujer supo que era lo mejor que podría conseguir. Así que se abrió el bolsillo y con ansiosa inocencia le pasó a la oficial de vela dos páginas impresas que con ayuda de Miko había conseguido de los archivos de la doctora Wong.

Confundida, Satterwaithe las examinó; pero el examen no resolvió el acertijo, porque no tenía ni idea de qué representaban los dos diagramas. Al principio pensó que eran espectros GC —ensayos asteroidales de regolito vaporizado, de los que a menudo tomaban las naves de exploración—. Pero el parecido era superficial y, como recordaba de sus días de golpear rocas en *El diamante negro*, hubiesen manifestado una composición asombrosamente heterodoxa para cuerpos en la región de Thule.

—¿Qué estoy mirando? —dijo con brusquedad, porque no tenía tiempo para misterios. En otras cinco horas volvería a estar de guardia.

—Genotipos —dijo deCant—. ¿Aprecia algo?

Satterwaithe volvió a mirarlos.

—No —su voz había descendido a la zona de peligro, pero deCant no podía oírla.

—Son iguales.

Satterwaithe frunció el ceño y colocó uno sobre el otro y los levantó a la luz para alinearlos.

—Las líneas no encajan.

—Eso es porque uno de los registros ha sido alterado. Verá, si se mueve este grupo de líneas en *esta* dirección y se abren los espacios entre estas líneas de *aquí*...

Satterwaithe miró a la chica, y luego le devolvió las hojas.

—No tengo tiempo para estas tonterías. —Y empezó a darse la vuelta.

—Pero... ¡pero, señora Satterwaithe! ¡Usted es mi madre!

La mujer había dado dos pasos, pero las palabras la detuvieron con tanta brusquedad como si de pronto hubiesen surgido puertas de seguridad delante de ella. Se volvió hacia la peón como si fuese un halcón atacando un ratón.

—¿Qué has dicho?

—Soy un clon, y un clon tiene el mismo ADN que su madre. Este espectro es mío, y el otro es suyo, y por tanto...

Y Satterwaithe alargó las manos y agarró a deCant por la parte delantera del mono.

—Escucha bien, niña, porque solo lo voy a decir una vez. Primero, esos dos espectros genéticos *no* encajan. Segundo, *jamás* en mi vida he ido a un «ovulero». Y tercero, si insistes en estas estupideces, *investigaré* cómo obtuviste mis datos genéticos personales. —Y con eso soltó a la chica que se echó atrás por el impulso.

—Pero...

—*No* lo diré dos veces. —Y Satterwaithe se giró tan abruptamente que, en el marco de aceleración de un miligé, giró ligeramente en el aire y se desvaneció alrededor del codo en el anillo B antes de que sus pies volviesen a tocar la cubierta.

DeCant, observando cómo se iba, dijo una vez más.

—Pero... —Se limpió los ojos con la manga. Durante varios minutos no se movió de donde estaba ni dijo nada más. Cuando pudo volver a confiar en sus manos, alisó las dos hojas que se habían arrugado entre sus puños, las dobló, y se las volvió a guardar en el bolsillo del mono.

Más tarde, durante la cena, cuando Akhaturian volvió a reunirse con ella, el chico le preguntó cómo le había ido.

—Lo niega todo —dijo deCant, refiriéndose a la oficial de vela.

El Arrecife

A Ivar Akhaturian se le asignaba una guardia de vez en cuando en la que, según lo veía él, ayudaba a Corrigan pilotando la nave. El chico era listo, le dijo Corrigan a Gorgas, para ser alguien que había crecido en un campo gravitatorio. (Gorgas, quien también había crecido en un campo gravitatorio, no se ofendió —lo que estaba bien, porque nada causa tanta hostilidad como tomar lo que no te ofrecen). Pero claro, Ivar había estado pilotando un bote-Jove desde que tenía diez años, ayudando a su tío a llevar una barcaza de helio 3 de Calistópolis a Puerto Galileo. Por tanto, aunque su experiencia en la gravedad de Júpiter le había enseñado a pensar en círculos —o al menos en elipses— seguía siendo una base más que decente para la forma de pensar más hiperbólica de los pilotos de naves antorcha.

—No es que la mecánica orbital no tenga importancia —le dijo Corrigan al chico durante uno de sus periodos juntos—. Si Bhattejji apagara las antorchas, el Viejo Sol tiraría de nuestra cola hasta dar con la heliopausa, por lo que nuestro rumbo no sería exactamente una línea recta, sino más bien una hipérbola. ¿Dónde está hoy el sol?

—Uh, supongo que sigue en Capricornio, ¿pero entrando en Sagitario? —Muchas de las frases declarativas de Akhaturian acaban sus días como preguntas. No era un fallo de carácter. Otros a bordo de la nave se hubiesen beneficiado de colgar un signo de interrogación al final de sus pronunciamientos.

—Nunca hagas suposiciones —dijo Corrigan, quien por sí mismo no era dado a las interrogaciones—. Debes saber siempre. En el futuro, espero que conozcas las casas sin mirarlas, y que para mayor precisión tomes cada día una medida. Bien, la nave siempre sentirá un tirón hacia el viento y eso afecta a nuestra posición en la secante. En especial, los torcheros en el sistema interior deben tener siempre cuidado con la posición del sol.

—Ah, ¿qué hay de Júpiter? Es decir, es potente, es grande, y... —Entre los residentes de las lunas galileanas y sus dependencias, Júpiter ocupaba el centro de sus mentes y a menudo también de sus cálculos.

—Calcula —le dijo Corrigan—. En nuestra posición actual, el tirón solar es trescientas cincuenta veces mayor que el de Júpiter. Bien, Júpiter ayuda a mantener la nave en su posición. En cierto sentido, caemos hacia el planeta. Pero el Sol nos desvía hacia un lado, y nuestra alta velocidad nos desvía hacia otro. La pregunta es: ¿cuánto y en qué vector? Es lo que quiere saber un navegante de navío.

—Sí, señor Corrigan —respondió Akhaturian. Decía «sí señor» muy a menudo, pero no era tanto por servilismo como antes y más por acuerdo.

—Mientras tanto, vete a donde Grubb y tráenos café a todos. —Corrigan abrió tanto la mandíbula que resonó—. Me alegraré cuando superemos esta fase y podamos volver a guardias normales. Si lo superamos —añadió pesimista.

Veinticuatro ayudaba a Grubb en la cocina, una razón por la que Ivar se apresuraba a cumplir esos recados. Ella le cobró tres besos —uno por cada café— y

el chico pagó el precio con ganas. Grubb estaba hundido hasta los codos en el tanque de amasar. Se limpió la frente con el brazo y sonrió benignamente.

—¿Qué haces por aquí, Ivar? ¿Creías que volabas esta bañera?

—Oh, dejé que el señor Corrigan se ocupase un rato de los controles. —Por supuesto, Ivar había pagado de más a Veinticuatro por el café y tuvo que recoger el cambio.

Después de que Akhaturian se fuese, deCant metió una olla de convección en una caja con tal firmeza que las otras ollas se quejaron. Grubb alzó una ceja:

—¿Qué pasa, Tabloncito?

—¡No es justo!

—No espero que lo sea. Al menos, jamás me ha parecido que sea otra cosa. ¿Algo en particular o simplemente la vida en general?

—Ivar puede pilotar la nave. Y 'Kiru y Rave salen al mástil. E incluso esa Miko hace guardias abajo. ¿Qué hago yo? Solo pifiarla en la cocina. ¡Que me *aspen!* Estoy malgastando la vida aquí.

—Eh —dijo Grubb, colocándose una mano sobre el corazón—, la cocina no tiene nada de malo.

—Oh, no pretendía decir eso, jefe. Es decir, es lo que tú *quieres* hacer.

En realidad no, pero Grubb no corrigió a la chica.

—¿Y qué es lo que *tú* quieres?

—¡No lo sé!

—Entonces, ¿cómo sabes que no lo estás haciendo? Mira, en unos minutos tendré que hacer la inspección de moho en los filtros de aire. ¿Por qué no me ayudas? Alguien tiene que mantener habitable la biosfera. Bien podemos ser tú y yo.

Los utensilios entrechocaron a medida que deCant los sacó del limpiador sónico y los colocó en los cajones.

—Es porque estoy embarazada, por eso no me dejan hacer nada.

—Bien —dijo Grubb, rascándose la cabeza y dejando una marca blanca de la cárnica que había estado amasando—. En el mástil el peligro de radiación es...

—¿Y en el puente?

—Entonces tendríamos el peligro de Satterwaithe... lo que es casi igual de terrible.

DeCant no quería, pero no pudo evitar reírse, aunque tampoco le gustó después de haberse reído. Puede ser muy fácil hacer reír a una persona furiosa. Pero eso no significa que sea inteligente hacerlo.

—Además —siguió Grubb—, me dijiste que no estabas interesada en cuestiones de vuelo.

—Eso no es lo importante.

—¿Qué lo es?

—¡Odio a Satterwaithe!

La afirmación sorprendió considerablemente a Grubb, ya que no parecía estar

conectada al resto de la conversación. Era una especie de afirmación como de Atenea, surgiendo completamente formada de la cabeza. Así de pronto, a Grubb no se le ocurría nadie al que la segunda oficial le *cayese* bien, a menos que se tratase de Ratline, pero el odio parecía una pasión excesiva para dirigir a una mujer tan exangüe.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

—Nada —dijo deCant.

—Entonces bien. —Intentó ganar tiempo, pero Grubb no comprendía que «nada» podía ser el acto más odioso de todo—. Toma, ¿por qué no llevas café y pastas al capitán?

—Claro... más recados.

—Ivar acaba de hacer un recado.

DeCant hizo un gesto obscuro en su dirección y Grubb dijo:

—¡Eh! ¡Eso no era necesario!

Pero para entonces la dama, la bebida y las pastas se habían evaporado.

Aunque Corrigan le había considerado despreocupado con respecto a los riesgos de penetrar en un campo de rocas, Gorgas estaba más que preocupado. Dada la velocidad actual de la nave, un cuerpo que se cruzase en su camino sería como un tractor de granjero penetrando de pronto en una superautopista. No sería un encuentro agradable.

El truco no era evitar ese encuentro, lo que era trivial, sino evitarlo y seguir entrando en HoJO. Las limitaciones de una solución eran como una prenda exquisita para una mujer: destacaban la belleza del problema. Cumplir cierta limitación implicaba un ángulo mínimo de deflexión —lo justo para no chocar con el obstáculo y no más— y eso a su vez exigía que la detección se produjese a la máxima distancia posible. Pero *posible* era una palabra muy escurridiza. La ley del inverso del cuadrado implicaba que La Joya de Loto solo podría ver más lejos viendo menos bien, y muchos hombres, fijando los ojos en un horizonte lejano, habían tropezado con una piedra a sus pies. Obtener mejor resolución implicaba desviar energía de los motores o del sistema de soporte vital. Era un grave problema en el equilibrio de recursos, sobre todo porque las condiciones de contorno cambiaban continuamente a medida que la nave desaceleraba.

Gorgas hizo que Nave considerase la infinitud de opciones, resolviéndolas en tiempo real para el ángulo óptimo. Buscaba una señal o, para ser más exacto, un seno.

Cuando la peón le trajo el café y las pastas, dejó la bandeja sobre la alfombrilla fijadora con fuerza suficiente para sacar a Gorgas del ensueño cálido de la computación. El capitán parpadeó, miró con curiosidad a la forma que se alejaba, y luego volvió a inclinarse sobre las cifras. Dio un mordisco a una pasta sin saborear el esfuerzo de Grubb por crearla, lo que era una pena, porque el jefe se había esforzado tremendamente con esencia de cereza y falsa escarcha y similares. Mientras bebía el café, Gorgas frunció el ceño y murmuró:

—¡Maldición! —aunque no se trataba de un veredicto a propósito de los granos de Grubb. Acababa de recordar que las velas tenían sesenta y cuatro kilómetros de diámetro, lo que proyectaba contra el cielo una superficie mucho mayor de la que estaba acostumbrado a considerar para la nave. Una deflexión mínima haría que el asteroide atravesase la vela.

Vale, la vela no era más que un círculo de cable, pero de frente el interior de ese círculo sería una telaraña de obenques y estays. Un objeto que atravesase ese entresijo rompería los obenques como si fuese una bala de cañón.

—Nave —dijo.

—Lista, señor Gorgas.

—Mensaje. Para: Corrigan. Texto: ¿Qué procedimientos protegen las líneas unidas a la vela en caso de que un cuerpo atravesase el perímetro? Final de texto. Enviar.

—Mensaje enviado.

—Gracias —dijo Gorgas ausente.

—De nada, señor.

Gorgas se sorprendió, pero luego recordó que Nave había accedido a una base de memoria antigua de los días de nave crucero. Los nuevos modos de la IA no eran desagradables ya que, en consecuencia, al menos una inteligencia a bordo había empezado a manifestar algo de respeto.

Nave entregó la respuesta unos momentos más tarde.

—Señor Gorgas. Mensaje de Corrigan. Texto: «Enviamos a los operarios de obenque a cortar los obenques y tenderlos de nuevo». Final del texto.

—En otras palabras —murmuró Gorgas, volviendo a los cálculos—, no hay protección.

Trabajó un poco más en el problema, decidió que en caso de una aproximación cercana debería recoger las velas, para luego comprender que un bucle de sesenta y cuatro kilómetros de ancho exigiría más tiempo para plegarse que el tiempo entre la detección y el encuentro. Mejor sería lanzar la vela, pero podía imaginarse la reacción de Satterwaithe y Corrigan si daba esa orden. Así que en su lugar decidió trabajar en la campaña Ürumqi, tomando la posición del undécimo grupo armado chino. Había estado considerando, intermitentemente, una estrategia para evitar que Zazakh se apoderase de las cabezas de línea de Jinghe y estaba ansioso por jugarla.

Pero cuando se soltó y se dio la vuelta, descubrió que Mikoyan Hidei (duplicando el avance sorpresa del general Abdulhassan Karmazatov con la octava brigada aeromóvil) había aparecido misteriosamente a su espalda. Gorgas reaccionó como lo había hecho el general Jiyung, retrocediendo de forma precipitada.

En mili eso significaba que si bien consiguió mantenerse en pie, fue solo a costa de dar una voltereta completa por la sala de trabajo. Gorgas era consciente de que parecía un payaso. Si los labios de Miko hubiesen dejado asomar los dientes, hubiese estallado como uno de los motores de Bhatteji, y más o menos con el mismo efecto

sobre la niña.

Por lo tanto, estuvo bien que en su lugar Miko boquease. No había pretendido dar un susto al capitán (nunca había oído hablar de Ürumqi). Y de hecho, el súbito salto de Gorgas había provocado, como una ley de Newton, un salto recíproco por su parte. Por tanto, aunque chisporroteó, Gorgas no explotó.

—Bien —dijo cuando se hubo detenido y tuvo tiempo de meditar la situación. No preguntó *¿Qué quieres?* Porque una pregunta más interesante era *¿Cómo has llegado aquí?* La puerta al pasillo de anillo se encontraba directamente delante de su mesa; las de su camarote y el puente estaban a izquierda y derecha respectivamente. Nadie, por sigiloso que fuese, podría haber entrado por ninguna de esas puertas sin que él se diese cuenta.

—Hay otra entrada a esta sala —dijo.

—Capitán —dijo ella— es usted el primero en darse cuenta. —La expresión de la chica confundió a Gorgas, ya que era de respeto y no estaba acostumbrado.

—Bien —volvió a decir; luego, otra pausa—. ¿Y dónde está?

Le podía haber contado una docena de mentiras, pero fue la honradez la que movió la lengua.

—Los viejos pasadizos de servicio —dijo. Una vaga incomodidad la atacó cuando señaló a la pared que tenía a la espalda y comprobó, incongruentemente, que llevaba la cremallera subida.

—Ya veo —dijo Gorgas, aunque hasta el momento no había visto nada. Lo que quería decir es que comprendía. Una vez que Miko mencionó su existencia, la *idea* de los pasadizos fue suficiente y Gorgas apreció su propósito original, su extensión probable y la razón para sellarlos y olvidarlos. Le recorrió un hormigueo de anticipación.

—Muéstramelo, por favor.

Vaya, qué sonrisa tan curiosa, pensó Miko, y esa sonrisa, más que la petición, fue lo que le llevó a abrirle el panel.

—Ah, sí —dijo Gorgas, estudiando primero el terreno (como debería haber hecho Jiyung en Ürumqi)—, esta zona se encuentra fuera de la línea de visión de la mayor parte de la habitación. Los miembros del servicio podían ir y venir en silencio. Sospecho que esta sala fue en su momento un comedor. —(Había una puerta similar en su dormitorio. Los miembros del personal también habían ido allí, y en muchas ocasiones no tan en silencio). Gorgas se metió dentro del pasadizo y miró a izquierda y derecha, aunque podía ver muy poco debido a la oscuridad.

Miko dijo:

—Llevo una luz fría cuando entro.

Gorgas asintió ante esa glosa a su comentario inarticulado.

—Claro. Y un hilo, imagino —(pero Miko no sabía quién era Ariadna, por lo que no comprendió la referencia). Gorgas dio un paso más en el interior y las sombras le cayeron sobre la cara, de forma que pareció transformarse en un mono hueco—. La

topología debe ser bastante complicada. —Sonrió y solo sus dientes reflejaron luz.

Está disfrutando, pensó Miko, aunque no podía entender por qué.

Este es el porqué: Gorgas el niño siempre había querido vivir en una casa con pasadizos secretos, y ahora inesperadamente le habían concedido su deseo, y no había sido un hada madrina sino una niña elfo. Siempre había sentido una profunda decepción cuando las estanterías no giraban o los paneles de madera no se desplazaban. También le habían atraído las cuevas, los túneles y los viejos pozos mineros, porque tenían muchos aspectos en común con los pasadizos.

Había conocido a Marta a través de un club de espeleología en la universidad de Budapest. Habían explorado las catacumbas bajo Castle Hill. Recordando sus salidas, Gorgas casi podía oír el sonido del agua que caía en cámaras cristalinas y los ecos de los susurros en un útero de piedra; sentir cómo el frío húmedo se asentaba en el suéter, ver las cortinas de minerales multicolores reluciendo bajo las lámparas frías. Casi.

—Solíamos explorar cuevas y túneles —dijo—. Marta y yo.

No había pretendido decirlo en alto. Estaba tan hecho a su monólogo interior que a menudo no notaba el paso ocasional al mundo exterior. Pero Miko preguntó:

—¿Marta es la mujer del holoplex de la otra habitación? —Y eso hizo que Gorgas regresase de donde sea que hubiese ido y la sonrisa desapareció con el retorno.

—Veo que no es tu primera visita. —El tono era duro; la voz, entrecortada; su rostro, de pronto severo. Salió del pasadizo y (dedicándole una última mirada de nostalgia) cerró y selló la puerta—. De ahora en adelante te agradecería que usaras la placa hoígh para llamar.

Miko rara vez se preocupaba de la impresión que causaba. Había un viejo poema de Carson que capturaba su actitud: *Considérame tu amigo/O no me consideres en absoluto...* Y evidentemente, había pasado gran parte de su vida sin ser considerada en absoluto. Pero el cambio súbito de Gorgas le afectó, y lamentó la ofensa que había causado sin querer. *Fue la imagen*, pensó mientras el capitán la escoltaba de vuelta a la sala de trabajo y la plantaba frente a la mesa con él detrás. Había algo doloroso en aquel holoplex, y doloroso de forma muy íntima. No debería haber mencionado haberlo visto.

—Bien —dijo Gorgas—. ¿Para qué querías verme?

Tomando una bocanada tranquilizadora, dijo:

—Lo que vine a preguntarle, capitán, es... es decir, ¿cómo de mala es la situación? Me refiero a la nave.

—Nuestra situación ha mejorado mucho —dijo, con la esperanza de tranquilizar y confortar a la joven.

—Pero podría mejorar mucho más —sugirió Miko, porque *mejorado mucho* daba a entender que la situación había necesitado mejorar y, más aún, que todavía no era satisfactoria.

Gorgas miró a la chica durante un momento y algo en su postura de hierro le

tranquilizó, porque no era, como había creído originalmente, la rigidez del miedo.

—Hay cierta cantidad de problemas potenciales —admitió y descubrió, paradójicamente, que el peso de la preocupación se reducía.

—¿Como que podríamos no llegar a Ganímedes?

—No deberías preocuparte por eso. —Gorgas sacó un estilete de su soporte de espuma y empezó a darle vueltas con una mano—. Claro, frenar continuamente a toda potencia...

—Se encuentra en el borde del límite de rendimiento. Sí, lo sé. —Miko se pasó la mano por el extraño pelo muy corto del cráneo—. El sistema ha estado balbuceando. La velocidad de penacho va en ciclos... primero, ralentizamos todo lo posible, luego Nave suelta los frenos. Las oscilaciones tampoco parecen amortiguarse. Y el número dos va un poco caliente desde la pasada noche.

Durante un momento de histeria, Gorgas pensó que se refería a la segunda oficial y consideró (durante un periodo misericordiosamente corto) la idea de Satterwaithe «yendo un poco caliente». Luego comprendió que Miko se refería a una brutal bola de plasma en lugar de a la oficial de vela, y dijo, con bastante alivio:

—¿Qué dice Bhattejri a propósito del balbuceo?

—Que lo vigile de cerca y le avise si pasa a la zona de peligro.

—Momento en que improvisará Dios sabe qué.

Miko sonrió.

—Ese es Ram. Es una suerte tener las velas, ¿no? Nos dan algo de margen.

—La nave ya ha pasado por momentos difíciles —le aseguró Gorgas—. Una vez, cuando un propulsor de ladeo se bloqueó mientras íbamos hacia Puerto Ceres...

—Corrigan cree que estamos condenados —interrumpió Miko, no porque la historia del capitán careciese de interés, que no, sino porque la obsesión del primer oficial era la razón real que le había traído hasta aquí, y sentía impaciencia de dar tantas vueltas a su alrededor. Corrigan estaba tan dedicado a los hechos que sus fantasías más extremas a menudo compartían la sustancia de lo irrefutable, y su más reciente aprehensión había agitado mucho a Miko.

—Sí —dijo Gorgas—, también lo creyó en Ceres, y como ves... —extendió los brazos—... aquí seguimos.

—¿Pero no podría tener razón... esta vez?

—Un hombre puede levantarse todas las mañanas de su vida y decir: «Hoy voy a morir», y alguna vez tendrá razón. Pero eso no significa que haya que tomarle en serio como profeta.

—Una vez es más que suficiente —dijo Miko. Había llegado a conocer a Corrigan por su trabajo juntos, y lo consideraba un hombre sagaz. Sin embargo, Gorgas también tenía reputación de pensar con cuidado, por tanto ¿dónde estaba la verdad?—. Se preocupa usted mucho, capitán —dijo—. Creo que más que Corrigan. —No añadió que le había observado varias veces desde la fisgonera mientras él permanecía despierto durante sus periodos de descanso y bombardeaba a la IA con

preguntas y cálculos.

—Se supone que un capitán debe preocuparse —replicó Gorgas con una risilla que se suponía era tranquilizadora y también de autodesaprobación—. Pero el señor Corrigan pertenece a cierta clase de hombre; y con eso me refiero a que siempre cree estar en lo cierto.

—Estoy segura de que si diese el desastre por seguro él se preocuparía más que nadie.

—No, señorita Hidei, aunque es posible que él lo *acepte* mejor que nadie. Preocuparse es algo que uno *hace*, no algo que uno *siente*. Es un verbo muy activo. Vamos, un hombre en el pabellón de la muerte —siguió diciendo Gorgas ahora muy animado— puede aceptar lo inevitable y permanecer tan sereno como una monja en un claustro; pero si añades la posibilidad del perdón se preocupará en exceso.

Miko sonrió débil y brevemente, pero también genuinamente. Gorgas no la había considerado capaz de sonreír, y respondió con un pliegue propio. Entre los dos, quizá podrían haber creado una sonrisa de verdad.

—Todo el mundo me llama Miko —dijo la elfo.

—¿Incluso los capitanes?

Miko, asaltada por el súbito recuerdo de otro hombre sentado tras esa misma mesa, cayó abruptamente a un tiempo y un lugar diferentes, desde los cuales respondió en voz baja:

—Incluso los capitanes.

Gorgas comprendió el cambio de tono y su mirada cegada, y le parecieron simultáneamente trágicos y encantadores.

—Evan Hand —dijo.

—Sí.

—Bien, era un tipo afable, se lo concedo. —Gorgas intentó no plantear la siguiente pregunta. Luchó valientemente contra las palabras que golpeaban sus dientes, pero al final cedió.

—¿Cómo lo encontraste como capitán?

—No lo hice —dijo Miko—. Él me encontró a mí.

—No, me refería a... —Y Gorgas guardó silencio, comprendiendo de pronto en qué medida el humor de la chica se parecía al suyo.

Miko se asombró de lo diferente que era ese hombre tras una sonrisa. ¡Vamos, ni siquiera tenía la tez tan oscura!

—Hand también se preocupaba mucho —le dijo—, por lo que vi de él durante esos meses. Solo que, si no le importa que se lo diga, usted se preocupa más de llevar la carga a puerto y Hand se preocupaba más de que trabajásemos juntos.

—Una tripulación feliz, pero empobrecida. —Gorgas había pretendido que fuese irónico, pero al tener cierto hábito mental, giró la frase en su mente y fue consciente de que últimamente la tripulación no había sido especialmente feliz. Miró el estilete, súbitamente consciente de que había estado manejándolo continuamente desde el

comienzo de la conversación, y con un movimiento rápido apuñaló el soporte de espuma—. No soy Hand, ya sabes. Nunca podré serlo. Somos, fuimos, hombres muy diferentes. —Se preguntó a santo de qué se estaba disculpando por eso, y por qué, de entre todos, a esta elfo.

—Sí —dijo Miko, quien se preguntó por la súbita aspereza en la voz de Gorgas—. Y yo no soy Bhammerji; y el Ram no es Enver Koch. Y Aziz no es ese Ranulf Echeverry del que he oído hablar. No mejores, quizá tampoco peores. Simplemente diferentes. El capitán Hand... bien, él me salvó la vida, de una forma muy de soslayo. No es culpa suya que usted no lo hiciese; y si no le importa, prefiero que no tenga que hacerlo nunca.

—¿Es por eso que me preguntaste por la nave?

—Quiere decir, ¿hará falta volver a salvarme la vida? No lo sé. Quizá. Solo que *El río* significa mucho para mí y odiaría que le pasase nada, esté yo dentro o fuera cuando suceda. La gente... Si te acercas mucho a alguien puede transformarse. Crees que sienten lo mismo que tú... me refiero a la nave, pero *no* es la nave. Es solo los pernos y tuercas; o solo las reglas y estructuras. Nunca la nave en sí; nunca el conjunto.

Gorgas había encontrado un punto de anclaje en el torbellino verbal de la ayudante y se agarró.

—Pero a ti te importa la nave.

—Sí.

—Me alegra oírtelo decir... Miko.

—También Nave se alegró. —Gorgas se rio de la broma, pero Miko se volvió—. Será mejor que me vaya. Mi turno comienza dentro de dos horas. Lamento haber ocupado su tiempo, capitán. No pretendía parlotear de esa forma.

Gorgas indicó con la mano una graciosa indulgencia. La intrusión no le había molestado para nada, al menos no tras su pique inicial. Durante una cena Bhammerji había comentado la aspereza de la chica, pero a Gorgas le había resultado muy agradable.

—Una cosa —dijo, y sus palabras la detuvieron junto a la puerta—. Una vez que hayamos atravesado el campo de piedras, ¿te importaría mostrarme tus pasadizos de servicio?

Miko no estaba preparada para semejante petición y no pudo situar el extraño deleite que oía. Los pasadizos eran su refugio, con cualidades estrictamente utilitarias. Los había explorado para saber cómo moverse, no porque fuesen oscuros, misteriosos y llevasen a territorios desconocidos. Le dedicó al capitán una larga y, para Gorgas, desconcertante mirada de valoración, pensando que era un hombre diferente al que había esperado.

—Sí. Sí. Lo haré.

—Y, Miko. Si alguna vez sientes la necesidad de hablar de algo...

—Sí, también lo haré.

—Una chica curiosa —pensó Gorgas luego, una vez se hubo retirado dando por terminado el día—. Bastante agradable y reservada. —Para Gorgas, esos dos adjetivos eran hermanos—. Pero no muy serena. —Gorgas no había considerado que Miko fuese serena.

Corrigan era un hombre sereno porque su certidumbre le ofrecía aceptación. Quizá fuese la fe del hombre, pensó Gorgas. Un musulmán se somete al destino como manifestación de la voluntad de Dios, y no importa si el destino es agradable o no. Esa cualidad te confiere un coraje irrompible frente a la adversidad, pero quizá te resta audacia para superarla.

Gorgas levantó el holoplex de su base, algo que no hacía desde hacía años, y pasó suavemente el pulgar por la imagen. Quizá la IA ampliase ligeramente la sonrisa de Marta en respuesta a la presión, lo que era extraño porque Marta solía sonreír exactamente de esa forma al sentir ese mismo roce. Gorgas examinó en silencio el rostro largo, luego suspiró y volvió a colocar la imagen en la base.

—Si hubieses estado un poco menos segura, cariño... —Y se frotó el dorso de la mano derecha con la izquierda.

El detalle verdaderamente curioso de La Joya de Loto es que realmente era hermosa. Se dice que algunas personas tienen ojos penetrantes, pero los suyos dejaban marcas. Era, para emplear una vieja palabra que ahora solo usan los físicos, *radiante*, y radiante precisamente en el sentido que los físicos usan la palabra. Es decir, lo que fuese que había en su interior y la convertía en lo que fluía de sus ojos, de su voz y de su misma presencia y vigorizaba a todos los que la rodeaban. Era una caja de Pandora, con muy poco en su interior. Podría haber sido más hermosa de haber cultivado más reserva —por ejemplo, de haber sido más como Okoye, que realmente era normalita pero parecía más guapa porque se atesoraba a sí misma—. Como mínimo, la sysop podría haber reconocido su propia belleza —porque no estaba, como ella creía, en el exterior—. Sabía que a la gente le gustaba su compañía, que a la gente le gustaba su extravagancia y que a la gente le gustaba su aspecto, pero nunca estaba del todo segura de que les gustase ella misma.

—Te fabricaré una falda —le dijo un día a Okoye durante el desayuno. Grubb había preparado potes espesos de ovomaterial revuelto y lonchas asadas de cárnica. El pan estaba muy cubierto de mermelada que había fabricado con esencia de fresa y geles básicos. Había reforzado la bebida con sabores y un conjunto de vitaminas necesarias—. A 'Kiru le sentaría bien una falda, ¿no crees?

Grubb, por supuesto, estuvo de acuerdo. Habría estado de acuerdo incluso si ella hubiese sugerido una falda para el propio Grubb, y no del todo sin razón. Miko, la cuarta persona presente, miró dubitativa. Podría ser que no estuviese segura de qué era una falda.

—¿'Kiru quiere una falda? —preguntó.

Okoye por su parte había estado masticando silenciosamente una tira que daba a entender «bacon» sin la terrible necesidad de haber sido un cerdo alguna vez. Se

sentía renuente a hablar porque sabía que La Joya de Loto se moría por hacerle ese regalo. Okoye no era indiferente a los bienes materiales —solo los ricos se podían permitir dicha indiferencia— pero sus necesidades eran simples y sus deseos pocos. Pero rechazar un regalo era un insulto.

La sala se agitó y un ligero vértigo se apoderó momentáneamente de ellos. Grubb miró a Miko.

—¿Otro transitorio?

La ayudante del ingeniero rio.

—Todavía no hemos rastreado la mala.

El jefe sonrió.

—Tened cuidado de no gastar los frenos.

Miko agitó la cabeza.

—¿De qué hablas?

Grubb pensaba en camiones desbocados en las autopistas de su Colorado nativo, pero comprendió a tiempo que alguien de Amaltea no podría comprender del todo la broma, así que dijo:

—Supongo que la reparación no fue del todo perfecta.

—No. Es todo el conjunto de motores el que petardea, incluso uno y cuatro. Suponemos que es el sistema de control. Eh, si he comprendido lo de la falda, podría no ser el tipo de prenda que nuestra 'Kiru *quisiese* llevar en mili. ¿No, bueno, flotará?

La Joya de Loto había dado un bocado al pan con mermelada y, como tenía la boca llena, agitó rápidamente la mano libre.

—Ah —dijo, y— no —cuando hubo tragado—. Las faldas de caída libre llevan una estructura para mantener la forma. Ram me hizo una a partir de los patrones que le entregué. Ahora no tengo más que vestirla con tejido.

Miko rio.

—'Kiru ya lleva una jaula de acero allá abajo.

Okoye dejó caer la tira.

—¿Cómo puedes decir eso? —le preguntó a Miko—. ¿Qué te da derecho a decir eso? —Se apartó del asiento y salió de la sala, chocando con las paredes porque iba demasiado rápido para mili.

—¿Qué he dicho? —preguntó Miko, pero nadie le respondió.

La Joya de Loto no pudo evitar sentir algo de responsabilidad por la huida de Okoye. Un observador podría haber considerado que Miko merecía la parte del león de la culpa; o Grubb, quien había permitido que se le escapase una breve carcajada antes de poder controlarla; o incluso la propia Okoye, quien no se preguntó a sí misma *por qué* el comentario la había escocido tanto. Sin embargo, La Joya de Loto consideraba que la felicidad de sus compañeros era su obligación especial y por tanto un fracaso personal.

Más tarde, bajo la cofia, mientras percibía el tsunami en el camino de la nave, La Joya de Loto todavía pensaba en la pobre chica igbo y al principio no notó nada

torcido. Tenía que haber una forma de arreglar las cosas. 'Kiru y Miko se habían hecho amigas, y sería terrible si el disgusto se convirtiese en disputa. Miko ya lamentaba el comentario y así lo había manifestado tras la partida de 'Kiru, pero la suya no era una naturaleza arrepentida y era muy capaz de obstinarse con el tema. Pero la sysop no tenía claro cómo arreglar las cosas entre esas dos.

Fue durante la tercera pasada cuando notó el extraño tumor en el cielo. Se encontraba justo fuera de la señal de su curso y, ya que le habían dicho que se concentrase en los peligros directos para la navegación, casi se lo había saltado al realizar una inspección más detallada de la zona justo enfrente. Sin embargo, el tumor parecía curioso —no sabía por qué— y le dijo a Nave que uniese todos los escánes previos de ese cuerpo, acelerando el tiempo.

El bulto cobró vida bajo su tacto, como un gato luchando dentro de una bolsa de plástico. ¿Una roca volteando? No *parecía* una roca volteando.

[Nave].

[Listo, señora Joya].

[Amplifica esa región]. Señaló con el dedo la región a la que se refería. [Establecer ampliación. Diez veces. Ampliar]. En un parpadeo, el punto retorcido se había convertido en algo parecido a una ameba. Se agitaban, emitiendo lóbulos o perdiéndolos. Durante un momento de sus evoluciones, se pareció a un trébol. El movimiento era estroboscópico, porque la imagen estaba sintetizada interpolando distintas imágenes de radar. El cielo que lo rodeaba tenía un aspecto granuloso, como el del papel de lija. [Nueva ampliación. Cien veces].

[Lo lamento, señorita Joya. La resolución es insuficiente para esa ampliación].

Lo que significaba que más ampliación solo produciría un borrón mayor. En la piel sobre su nariz se formó una pequeña herradura mientras La Joya de Loto se preocupaba de ese fragmento incómodo que tenía en la cabeza.

—Cubierta —dijo por el enlace de voz.

—¿Qué pasa, Comunicación? —Corrigan parecía cansado. La falta de sueño causaba estragos.

—¿Qué efecto produce el paso joviano en un atolón?

—Eso depende de a qué distancia se encuentre el asteroide padre de Júpiter cuando se produce el paso.

—Me refiero, en general.

—Bien, a medida que un asteroide se acerca del sol-oeste, se acelera y sube... hacia Júpiter. Luego, después de moverse al este... va más rápido que Júpiter, claro; órbita más baja... Júpiter lo ralentiza ligeramente y vuelve a caer. Dependiendo de las circunstancias... la distancia y ciertas relaciones de resonancia... el miniasteroide podría subir o bajar después de pasos repetidos. Es por eso que el golfo Troyano puede tener transitorios, como nuestro tsunami, pero carece de residentes permanentes.

—Entonces, el atolón se extiende. Gracias. —La Joya de Loto pasó a

entendimiento.

[Nave].

[Lista, señora Joya].

[Crea un globo imaginario alrededor de este objeto...]. Señaló. [Calcula el círculo proyectado contra el cielo. Intercepta la proyección con la visión hacia delante. Considera las incertidumbres debidas a los recientes petardeos de los motores. Pinta una red fina en la intersección. Establece la tolerancia incorporando la reciente incertidumbre en orientación].

[Aceptado. Petición de clarificación. Una red fina a esa distancia exige retirar potencia de otros sistemas. Confirmar la orden, por favor].

La Joya de Loto examinó rápidamente el resto del cielo y no encontró nada que precisase de atención durante el tiempo que llevase la operación.

[Confirmado].

[Ping], dijo Nave.

—Comunicación —dijo Corrigan—, ¿qué estás haciendo?

—Demostrando que no soy estúpida.

La Joya de Loto era lo suficientemente hermosa para que generalmente también la considerasen más idiota que a una piedra, ya que estaba de moda la curiosa idea relativa a una ley de conservación en lo referido a la suma de cerebro y belleza. El gran pecado de Corrigan era considerar que esa idea era un hecho, y por tanto era culpable incluso cuando no lo pretendía. Incluso cuando la había amado —y en cierta forma todavía la seguía amando—, la había amado como un hombre ama a una niña, de forma muy diferente a como amaba a Miko, quien realmente era una niña. Su conducta —y su gran defecto de corregir a otros cuando se trataba de hechos— hacía que la acusación siempre estuviese implícita. Que La Joya de Loto no supiese pensar daba credibilidad a la idea.

Pero pensar está a menudo muy sobrevalorado —al menos el método laborioso de pensamiento *modus ponens* que salta de premisa a conclusión como un niño melindroso atravesando un riachuelo saltando por las piedras que sobresalen—. Estaría bien decir que La Joya de Loto había razonado hasta llegar a su conclusión. Que, primero, Arrecife del Forastero había sido visto por última vez como triplete; que, segundo, estaba rodeado de una nube de cuerpos pequeños que no se manifestaban en un ping normal a larga distancia; que, tercero, el paso joviano probablemente había *extendido* el atolón que tenían justo delante; que, cuarto, esperar a que esa carga de perdigones estuviese en el rango de los sensores de corto alcance sería esperar demasiado. Pero, La Joya de Loto no pensaba de esa forma. Le gustaba vadear. Su respuesta le *parecía* correcta. Hay muchos nombres para ese proceso, pero estupidez no es uno de ellos.

—Puente —dijo Okoye—, habla Vela. Se ha producido un descenso de energía al sistema de revestimiento de la vela mayor. ¿Qué sucede?

—Puente —dijo Miko—, habla Motores. Ha descendido la energía en el sistema

de refrigeración de los imanes CoRE. ¿Qué demonios pasa?

—Nave —dijo Corrigan—, contén el ping.

[Envía el ping], susurró La Joya de Loto; y luego, entre dos latidos, añadió irracionalmente: [¿Por favor?].

[Sí, madre], respondió Nave.

Y la nave se oscureció.

Nada alienta la confusión como estar a oscuras. Las lámparas rojas descendieron en ingeniería y Miko redujo las velocidades de penacho incluso mientras observaba como se reducía la fuerza del campo. ¡No!, gritó, aunque no en voz alta, ¡otra vez no! Si desaparecía el aislamiento magnético y los motores se fundían una vez más, jamás encontrarían los medios para realizar una segunda reparación. Colocó una mano sobre la barra, con la otra golpeó la alarma para despertar a Bhattejji, y esperó.

No había luces rojas en la sala larga. Hacía tiempo que las habían reciclado y a nadie se le había ocurrido reemplazarlas. Okoye no podía verse la mano frente a la cara, y no ayudaba nada que la mano fuese negra. Falsos indicadores relucían en las pantallas de los monitores. Sí... la temperatura de revestimiento aumentaba. Si llegaba al punto de templado, la vela se normalizaría —perdería la superconductividad— y la aparición súbita de ochenta megajulios de calor a partir de la resistencia espontánea vaporizaría el maldito artefacto. «Bocanada de cable», como había dicho Ratline durante el entrenamiento. Okoye debería rizar la vela, sin embargo los activadores para las bombas de flujo eran botones anónimos bajo sus dedos.

—¡Nave! —gritó—. ¡Despierta a Ratline! ¡Ahora!

Lo que Corrigan decía en el puente era bastante más expresivo y ciertamente más pintoresco. Gorgas saltó al puente en medio de su discurso y preguntó qué había pasado. Las luces primarias empezaban a despertar (y en el sótano y ático, Miko y Okoye emitieron simultáneamente suspiros de alivio, incluso mientras pasaban los ojos por los indicadores e interrogaban a varios avatares de Nave).

Corrigan señaló a la estación de la sysop.

—¡Ordenó una imagen de alta resolución! ¡A distancia máxima! ¡Con la nave frenando al máximo!

—Bien —respondió Gorgas suavemente—, habrá tenido sus razones.

—¡Necesitamos hasta el último amperio para mantener fría la vela!

—Y los anillos de plasma enfocados —le recordó Gorgas. Se le ocurrió que quizá mantener los dos sistemas en paralelo había cargado en exceso el sistema de energía. *El río de las estrellas* estaba cubriendo de goma medio cielo, de lo fuerte que frenaba. Tendría suerte si no acababa con los motores destrozados. Pero nadie daba por supuesto que la nave abandonase Puerto Galileo, excepto como metal de desecho y aerogel en los contenedores de una barcaza de recuperación, así que ahora lo importante era detenerse.

Y sobrevivir a la parada. Eso también era importante.

Satterwaithe, sacada del sueño por la alarma, llegó al puente en ropa interior y Corrigan tuvo que repetirlo todo para que se enterase. Corrigan desvió los ojos, pero Satterwaithe era lo opuesto a La Joya de Loto en cuestiones de aspecto.

Akhaturian llegó a continuación, pero nadie intentó informarle, así que se fue a la estación de navegación y empezó a repasar los datos por sí mismo.

Para entonces, La Joya de Loto había recibido el eco de la imagen y le indicó a Nave que mostrase los datos en las sixtinas. Al quitarse el cascorevi, se abrieron cuatro bocas para lanzar un chorro de preguntas y reprensiones, pero el súbito rizo de color y luz sobre sus cabezas las cerró. El silencio posterior realmente no fue largo, pero pareció más profundo por estar tan vacío.

Satterwaithe fue la primera en hablar, pero todo lo que dijo fue:

—Bien.

La Joya de Loto aguardó a que dijese más, para que indicase con alguna palabra que había hecho lo correcto, o una estupidez, o ambas cosas a la vez.

—¿Hacia dónde? —dijo Gorgas, dirigiéndose al tanque de trazado.

Akhaturian respondió desde navegación:

—Dos minutos hacia las estrellas. El centro de masa en la eclíptica. La nube de rocas subtiende dos grados de arco.

—¿Oficial de vela?

—Es Arrecife del Forastero, efectivamente —respondió Satterwaithe—. Un triplete, tal y como me dijeron. Comunicación, ¿qué tamaños de partículas hay en el atolón?

La Joya de Loto palpó la salpicadura de ecos de radar que había cosechado el ping.

—Desde rocas medianas hasta gravilla.

—¿Qué sucede? —preguntó Ratline desde la sala larga—. ¿Qué le pasó a la energía? ¡Casi templamos la maldita vela!

—Hemos encontrado el Arrecife, jefe de obenque —le dijo Satterwaithe y Ratline se calló la boca.

—Muy cerca de la posición que calculé inicialmente —señaló Corrigan—, solo que estaba más lejos de lo que pensábamos y lo ocultaba el primer cuerpo. —Solo eran hechos, por supuesto, no excusas.

—Tendremos que ladear la nave —decidió Gorgas—. Motores, ¿están ahí?

Bhatterji contestó por el enlace de la sala de motores.

—Nave afirma que le dijeron que realizase una imagen, pero eso no debería haber...

—Olvidas la energía necesaria para las velas —le recordó Gorgas. Bhatterji lanzó una maldición y Gorgas, frotándose la mejilla sin afeitar, se volvió hacia La Joya de Loto—. ¿Distancia?

—Cero coma cuatro megakilómetros —dijo La Joya de Loto—. Lo encontraremos en una hora.

Gorgas gruñó.

—Al menos lo vimos con tiempo de sobra. Motores, en línea para informar. Número uno, por favor calcula el impulso disponible para un lado hacia el sol. En la debé hay ya un conjunto de escenarios.

—¿Un lado hacia el sol?

—Sé que nos aleja de la gran secante, pero el Arrecife se encuentra a nuestro cuarto estelar. Escoge la deflexión mínima.

Corrigan asintió ante el humor negro, como si encajase bien con su propio estado de ánimo, y atravesó la cubierta para quitarle el asiento al joven Akhaturian. Satterwaithe le puso una mano en el brazo al pasar.

—También estaría bien que no diese a la vela.

Y Corrigan, dominado por un arrebato irracional de optimismo, la golpeó en el culo y dijo:

—No la alcé para que los perdigones la convirtiesen en jirones.

Satterwaithe no reaccionó en absoluto al golpe. Quizá no lo sintió, ya que se decía que tenía el culo duro.

—Señora oficial de vela —dijo Gorgas, sin apartar la vista del monitor que mostraba el frente—, ¿le llevará mucho tiempo terminar de vestirse? —En caso de emergencia Satterwaithe hubiese ido al puente totalmente desnuda... sin embargo, se fue y una vez ida, Gorgas controló una sonrisa—. Cuando era joven debió ser una mujer sorprendente —Le comentó a nadie en particular.

Los otros se volvieron y le miraron.

—Sigue siendo una mujer sorprendente —dijo La Joya de Loto—, y lo descubrirás si repites ese comentario en su presencia.

Gorgas volvió a gruñir, molesto de su propia digresión.

—Comunicación —dijo bruscamente—, haz ping al atolón a intervalos de cinco minutos y que Nave calcule el paralaje. Número uno, ¿está calculado el curso? Bien, envía los requisitos a Motores y que ellos preparen un plan de ráfagas. Ahora rápido. Preferiría no saber que deberíamos haber empezado a virar hace cinco minutos.

—Si hace falta —dijo Akhaturian—, podemos desviar la mitad de nuestro empuje hacia el lado estelar y evitar la roca con facilidad.

—Sí, cadete —le dijo Gorgas—. Por favor, calcula como ejercicio con qué diferencia de velocidad no llegaremos a Júpiter de hacerlo.

Akhaturian sintió cómo le enrojecían las puntas de las orejas.

—No por mucho —murmuró. Frunciendo el ceño, se tocó el micro silencioso para poder hablar con uno de los avatares de Nave sin molestar al resto de la cubierta. Se preguntó qué más se le había pasado por alto.

Bajo cubierta, Grubb, deCant y Evermore estaban tapando los tanques de carnicultura y asegurando los utensilios sueltos cuando la doctora Wong metió la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Veinticuatro oyó del pequeño capitán que hemos dado con el Arrecife —respondió Grubb con alegría—, y el atolón se encuentra justo delante de nosotros, por lo que la nave tendrá que ladear. Eso significa grandes aceleraciones laterales. Yo preferiría que la cena no se agitase en los tanques.

—¿Puedo ayudar? Me encantaría ayudar. —Wong cogió una de las grandes tapas de tanque que colgaban de la pared, y luego miró a su alrededor sin saber dónde ponerla hasta que Grubb golpeó el borde del tanque. Wong colocó la tapa en su lugar, la ajustó y luego se peleó con los cierres. Grubb miró a Evermore a los ojos y lo puso en movimiento con una inclinación.

—Gracias —dijo Wong cuando Evermore le ayudó a situar la tapa—. ¿Crees que hay peligro real?

Grubb rio.

—Odiaría pensar que estamos pasando por esta pifia sin razón.

—Yo estaba a bordo de la *Johnny Todd* cuando atracó en Vesta con demasiada velocidad —le dijo la doctora—. Todo saltó y se revolvió cuando rozó la roca, y la tripulación siguió trayectorias balísticas porque nadie se había asegurado. El capitán golpeó el mamparo hacia la roca y se rompió la clavícula, y el oficial... oh, fue un caos total. El práctico de puerto sufrió un ataque al corazón mientras nos llevaba. Por eso chocamos. Solo tenía setenta años, si puedes creerlo.

—Eso es en años de serpiente —le susurró Grubb a Evermore, quien se rio.

—Entre la tripulación hubo una docena de fracturas graves —recordó Wong, quizá con algo de nostalgia—, compuestas, simples, algunas narices desencajadas, y un caso de anoxia hipobárica cuando el segundo ingeniero intentó taponar una fuga de aire en una de las bodegas de carga.

—¿Qué? —dijo Grubb—, ¿fue sin el traje?

—Creyó que podría soldar la fractura antes de que la presión descendiese demasiado.

—Eso suena muy estúpido —comentó Evermore.

—Bien, la bodega contenía un envío de ovejas jóvenes que se estropearía si se ahogaban. —Wong había levantado otra tapa, en esta ocasión sobre el tanque de avicultura, y esperó mientras Evermore la situaba—. Me sentía inútil —dijo distante, trabajando uno de los cierres. En una ocasión había habido una epidemia de disentería en la *Esperanza de Gryffydd* y los ataques habituales, resfriados y fiebres, pero el incidente de Vesta destacaba en su recuerdo. Todavía podía recordar el silbido del aire escapando, los gritos de los heridos, el silbido y olor de soldados que no podía ver mientras intentaba detener el flujo de sangre de una fractura femoral compuesta. Había habido sangre por todas partes, no porque hubiese gran cantidad sino porque los glóbulos se dividían, extendían y lo cubrían todo con una película fina y asquerosa.

—Señor Evermore —dijo Nave—. El señor Ratline solicita su presencia en la sala larga.

El segundo peón (y aprendiz de operador de obenques) sonrió.

—Nave, debes estar parafraseando. Ratline no ha *solicitado* nada en los últimos veinte años.

—El señor Ratline se ha expresado con términos muy enfáticos.

—Apuesto a que sí. Lo lamento, señor Grubb, me llama el deber. —Evermore dedicó al jefe un saludo casual y salió con tanta facilidad y confianza como una gacela.

Wong se limpió las manos contra el mono.

—Es un chico dedicado a su deber.

Grubb terminó de cerrar el armario, luego tocó a deCant en el brazo con el dorso de la mano.

—Ve a comprobar la cocina. Mira si hay cuchillos sueltos. No querría que estuviesen volando por ahí cuando se disparen los propulsores de la deo.

Cuando la tercera peón abandonó la sala de cárnica, Grubb le dijo a la doctora:

—¿Has notado algo raro en Nave?

Wong negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no.

—Últimamente se ha estado volviendo terriblemente amable y elocuente.

—¿Es un problema?

—Doctora, siempre es un problema que una máquina no se comporte como debe.

—No siempre considero que Nave sea una máquina. En ocasiones parece una persona.

—Es lo que llaman la falacia de Turing... cuando no eres capaz de distinguir entre lo real y lo que es solo simulación. Ya es malo que la *gente* te dé salidas indeterminadas. No quieres que el equipo que controla la propulsión y el soporte vital haga lo mismo.

—Ten cuidado con tu forma de hablar sobre nave —le provocó Wong—. Puede que esté escuchando.

La idea tomó al jefe por sorpresa, y miró a la rejilla del techo.

—Solo estoy preocupado.

—Bien, si te sirve de consuelo, Nave cogió una biblioteca de saludos y respuestas cuando conectó con el cúter. El cúter todavía tiene bedés de la época de Coltraine.

Grubb se estaba quitando por la cabeza la bata de cocina. Ahora hizo una pausa y la miró, luego convirtió la prenda en una bola y la lanzó al saco de lavandería atado al final de la encimera.

—El cúter —dijo—. Creía que Zacker se había cargado el bote hacía años.

—No, Big' y yo lo encontramos. Todavía funciona.

La doctora no era piloto de bote y no sabría distinguir una portilla de inyección de un bucle Stannish. Tampoco Grubb, pero al menos él conocía los términos, lo que le confería una forma superior de ignorancia.

—Entonces, ¿Fife pilota botes?

—Bien, traza todas esas trayectorias y cosas para Montañas de Mahoma.

—Eso es caída libre. Una nave antorcha es diferente. ¿Qué hacíais en el cúter? — Que el selenita y la serpiente habían ido a hacerlo era su suposición por omisión, pero claro, al ser un romántico, estaba siempre dispuesto a construir las interpretaciones más extravagantes para los acontecimientos. Ineludiblemente, creía que los demás vivían vidas más interesantes que él.

En la sala de motores, Bhatteji había obtenido de Nave una solución de encendido. La aceleración de medio miligé que Corrigan había capturado requería una inclinación de seis grados al norte hacia las estrellas en los anillos de enfoque de número uno y dos. Como eso reduciría el vector hacia delante de la nave, había que reducir a número tres y cuatro en un 95% para evitar que la nave cabeceara.

Gorgas recibió la noticia en el puente.

—Muy bien, gente —dijo—. Hacia el sol, seis grados. Mantener la altitud.

—Seis grados, recibido —dijo Corrigan y dio un toquecito a la palanca de mando de su estación hasta que la cruz se centró en un blanco a 32 kilómetros del punto más extenso del atolón. Probablemente en esa región hubiese alguna roca no identificada, ya que el atolón no tenía un borde preciso, pero la probabilidad de escapar aumentaba exponencialmente con el alejamiento de las primarias.

—Motores en neutral —dijo Gorgas.

En la sala de control, Bhatteji se volvió a su ayudante.

—Rápido. Asegúrate de reorientar los imanes antes de que se enfríen los anillos. No tenemos tiempo para un arranque en frío.

Miko asintió y tragó para humedecer la garganta.

—Cegé —advirtió a la nave—, en dos, en uno. —Y apagó los motores. Con la mano izquierda comenzó a girar los anillos de enfoque justo cuando los penachos de plasma desaparecieron—. Treinta minutos de arco —le dijo a Bhatteji mientras seguía los avances de los motores del lado estelar—. Un grado... dos... —Parecía que los enormes cardanes del borde necesitaban una eternidad para moverse. Ese era el problema con los sistemas mecánicos—. Seis grados —anunció cuando el segundo motor llegó al fin al punto fijado. Miró al reloj y se asombró al comprobar que había pasado menos de un minuto.

Bhatteji asintió.

—Fíjalos.

—Fijados.

—Confirmado. Puente, los motores están listos.

Desde el puente, Gorgas dijo:

—Ignición. Los motores del lado solar al noventa y cinco. Del lado estelar al máximo.

—Noventa y cinco, sí —dijo Bhatteji.

Miko anunció:

—Disparo en tres, en dos, en uno. —Y golpeó el botón medio segundo después

que el piloto automático de Nave. El tirón suave de la aceleración a un miligé la echó contra el asiento, pero el alivio la hundió más. Se volvió hacia Bhatteji, quien le sonrió.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó—. Mover la nave.

—Jove —respondió con una sonrisa propia.

La Joya de Loto, una vez más bajo la cofia, luchaba con sentimientos de culpa y justificación. No había sabido que el ping de alta resolución fuese a desviar tanta energía de propulsión y que eso fuese a llevar a motores y velas al punto crítico. Sin embargo, haciéndolo había descubierto un peligro con apenas tiempo para evitarlo. No por primera vez, deseó que la nave llevase a tres cabezas de gruyere, para que alguien pudiese estar bajo la capa 24/7. ¿Y si no hubiese identificado las señales? ¿Y si no se le hubiese ocurrido hacer ping a esa región crítica desde esta distancia? No habrían visto el atolón hasta no haber llegado a los escáneres de corto alcance, y, con menos de medio minuto de aviso, habría sido demasiado tarde.

¿Era por eso que Corrigan había intentado detenerla?

El cocinero

—¿Y si —le preguntó Okoye a Evermore— el atolón se extiende más de lo que cree Corrigan? —Los tres veleros se ponían los trajes de vacío. Era un procedimiento estándar, pero tenía sus implicaciones. Las velas exigían, mucho más que los motores, el trabajo externo.

Ciertamente, la posibilidad estaba en la mente de Evermore.

—Entonces los operarios de obenque como nosotros nos ganaremos el puesto —dijo, haciendo una pose—. «Ascenderemos y empalmaremos bajo el granizo».

Ratline, que había estado escuchando a medias a los dos jóvenes, bufó.

—Chica, has estado prestando demasiada atención a Grubb. ¿Alguna vez has estado ahí fuera durante una granizada? Yo sé que el autor de esa canción no lo hizo. Si una roca te golpea a velocidad de tránsito, lo que sale al otro lado no es agradable. Recuerdo... casi perdemos la vela saliendo del Cinturón cuando Terranova llevó la *Calhoun* hasta Júpiter. Yo, Gooch Hatfield, Kin Dabwele y... oh, Dios, he olvidado tantos rostros... Nosotros éramos el grupo externo cuando Terranova se acercó un poco de más a una de las Phocaeas y la gravilla rompió los obenques. Nos propulsamos al sudeste por un empalme, y a medio camino, el viejo Gooch recibió un impacto que lo atravesó limpiamente. Un guijarro no más grande que mi pulgar. Yo estaba justo detrás de él cuando soltó los intestinos. —Ratline rio y movió la cabeza—. Soltó los intestinos —repitió, en voz más baja—. Podría haber sido yo —siguió diciendo Ratline—, pero Gooch jamás fue el hombre más rápido subiendo por las cuerdas. Nunca se daba prisa, y mira lo que ganó. Si él se hubiese movido, habría sido yo.

—O si hubiese ido todavía más despacio —señaló Okoye—, nadie habría salido herido.

Pero Ratline se encogió de hombros.

—Cuando te llega la hora, te llega.

—¿Por qué Terranova os hizo subir en gravilla? —quiso saber Evermore.

Ratline giró el ojo derecho.

—Si los obenques se hubiesen soltado, hubiésemos perdido la vela y la nave antorcha hubiese ganado.

—Por tanto —dijo Okoye, quien recordaba que de todas formas la nave antorcha había ganado—, ¿mandó uno a la muerte?

Ratline se giró para mirarla.

—Mandó a un hombre a reparar obenques. Lo de morir fue solo *regalo*. Sucede. Una piedra, una llamarada, una rotura de vela, una mala del traje... Es parte del trabajo.

—Yo no tendría miedo de salir fuera —dijo Evermore—. Es decir, ¿cuáles son las probabilidades?

—¿De morir? —Ratline se encogió de hombros—. Cien por cien. Es interesante

por el cuándo y el cómo.

Gorgas se quedó en el tanque de trazado, observando el paso de Arrecife del Forastero —el verdadero Arrecife— mientras se movía por el cielo imaginario. Se imaginaba a sí mismo como la imagen perfecta de un Capitán en el Puente. Erguido, serio, concentrado, y con cierta preocupación en el rostro. El deber era su Anquises. Cuando Satterwaithe regresó con un mono arrugado y zapatillas, dedicó una mirada al asiento vacío del capitán y otra a Gorgas, pero no dijo nada, al menos en voz alta.

—¿Adónde? —preguntó.

Gorgas se apartó del tanque.

—¿Me acompañas un momento, número dos? Me gustaría conocer tu opinión.

Satterwaithe no estaba del todo segura de que a Gorgas le gustasen sus opiniones, pero igualmente fue a su lado. Gorgas señaló en silencio a las cruces parpadeantes de la situación hacia el sol frente al Arrecife. Ella abrió la boca para preguntar qué demonios se suponía que debía ver, pero el orgullo se lo impidió. Si Gorgas veía algo en el tanque, se garantizó, debía ser totalmente obvio.

—¿Cuánto hace de la imagen más reciente? —preguntó, ganando tiempo mientras examinaba la representación.

—Ah —dijo Gorgas—, tú también te has dado cuenta.

En cualquier caso, esa aprobación de camaradería la irritó todavía más. Gorgas era un hombre elíptico —la mayor parte de lo que decía no lo llegaba a decir—. Intérprete de esta pitonisa, Satterwaithe tenía que decodificar todas sus frases y llenar sus elipsis. De no habersele dado extraordinariamente bien, Gorgas la habría vuelto loca hacía ya mucho tiempo.

—¿Dónde está el marcado de la posición original del Arrecife? —exigió. Luego, mirando más de cerca, vio que estaba parcialmente oscurecido por el marcado de la posición actual de la nave. Levantó la cabeza—. Ha pasado un cuarto de hora. El cambio en nuestra posición debería ser mayor.

—Algo va mal —le dijo Bhatteji a Miko al girarse después de hablar con el puente—. Puente dice que solo obtenemos tres cuartos del vector calculado. Verifica la magnitud y dirección del impulso de ambos motores.

—Todas las lecturas son nominales —le dijo Miko.

—No es lo que pedí. Comprueba la velocidad del plasma... no, no leas el *indicador*. Puede que el indicador esté mal. Cálculala a partir de los otros datos. ¿Cuál es el Doppler del penacho? ¿La temperatura? ¿Cuál es la línea de sonda frente al giroscopio? Los servos están de acuerdo en que los anillos de enfoque están girados seis grados hacia las estrellas, pero puede haber deslices *mecánicos*. Realiza cálculos alternativos y comprueba si dan los mismos valores.

Bhatteji realizó sus propias comprobaciones. Últimamente Nave se había estado portando de forma rara, pero no creía que hubiese una mala en los motores. Un error del 25 por ciento no era pequeño y él en persona había calibrado los motores.

Grubb agachó la cabeza al entrar en el viejo cúter porque la abertura era

demasiado pequeña para un hombre erguido y, en consecuencia, pareció inclinarse ante el hombre en el asiento del piloto. Sin embargo, el respeto era la última emoción que se apoderaría del jefe al enfrentarse a la realidad de Bigelow Fife pillado en delito flagrante. Grubb era un hombre que sabía lo que veía y lo que veía era al pasajero preparándose para salir corriendo y dejarles.

El vehículo estaba bien preparado para la partida, observó Grubb de mala gana. Los contenedores estaban cubiertos y claramente etiquetados a mano. Las jaulas de dormir estaban plegadas y atadas —y además con los nudos adecuados—. La cocina estaba aprovisionada con una selección de alimentos, cuya variedad no podía criticar.

—Todo listo, por lo que veo —comentó sarcástico.

—Lo hice lo mejor posible dadas las circunstancias —respondió Fife. No consideraba que preparar el cúter para la huida fuese *delictum*, sino más bien *paratus*, responder a la llamada superior de la supervivencia personal; es decir, de la moral. No apreció el sarcasmo en absoluto.

—¿Eres listo, no? —comentó Grubb.

—Me gusta creerlo.

Fife seguía perdiéndose el subtexto. Grubb no consideraba que *listo* fuese sinónimo de *inteligente*, porque aunque admiraba esto último, veía lo primero con suspicacia.

—¿Qué crees que pasaría —dijo Grubb— si sacases el cúter a un atolón?

—No estaba planeado...

—Claro que no, solo es una suposición. La diferencia de velocidad entre el bote y los objetos en caída libre en su órbita es considerable... y el bote no está reforzado como una nave.

—Pero *ofrece* un perfil más pequeño —respondió Fife. Le irritaba que hombres estúpidos intentasen jugar a ser inteligentes, lo que explicaba su dispepsia crónica.

Grubb se encogió de hombros. No había considerado el aspecto del perfil, pero no sentía inclinación a discutir razones con un cobarde.

—Creo que estarás más seguro esperando dentro de la nave. —Grubb mantenía la pretensión de persuasión.

Fife casi desafía al hombre, de asustado que estaba.

—Lo lógico —insistió en una demostración de razón—, es disponer de una alternativa a mano. —Pero no era cuestión de razón. En su interior más profundo, estaba aterrorizado... no de los peligros del espacio, sino de la escasa capacidad de la tripulación.

—Quizá lógico —dijo Grubb—, pero la lógica no es la respuesta para todo. —(Ese comentario, que Grubb consideraba una perogrullada, aterrorizó aún más a Fife) —. Me pregunto —siguió diciendo Grubb como si hablase consigo mismo— qué canciones cantarían.

El comentario parecía haber llegado desde otra conversación.

—Canciones —repitió Fife, preguntándose si el cocinero habría perdido la

cabeza.

—Sí. ¿Qué clase de canciones cantarías sobre un hombre que huye dejando atrás a sus compañeros?

Bien, Fife estaba encantado de considerarse a sí mismo un hombre de razón tranquila, pero aunque el hielo sea profundo, aún así sigue cubriendo un núcleo fundido, que puede manifestarse a través de cualquier grieta en la envoltura. La furia le apartó de su habitual trayectoria fría. No podía soportar escarnio de alguien como el cocinero.

—No estaba —dijo entre dientes— huyendo de ti.

—No pensaba en mí. —Grubb, habiendo perdido ya la paciencia para la persuasión, depositó una mano carnosa sobre el hombro del pasajero, y Fife oyó algo en la voz del cocinero que no había oído nunca antes; y era un veredicto. A Fife no le importó el sonido, y no poco porque lo considerase un veredicto falso.

Grubb sabía lo que veía, pero no es lo mismo que decir que comprendía lo que veía. Había encontrado al pasajero sentado en un cúter preparado para partir, pero no eran más que simples hechos. Respondían al *qué*, pero no al *por qué*. Grubb hubiese sido un buen científico, pero un mal filósofo.

La mano de Grubb apretó y Fife se sorprendió al darse cuenta de que el cocinero era un hombre realmente grande. Siempre le había parecido pequeño, quizá siempre había parecido inconsecuente. El apretón persuadía allí donde no persuadían las palabras. Fife se rindió a ese argumento y soltó el cinturón, aunque con movimientos duros y abruptos que indicaban su desacuerdo. Grubb lo arrancó del asiento y lo manipuló a través del umbilical para llegar al pasillo del borde. Fife rascó el tubo basto y flexible como protesta, pero a Grubb no le importó. Si Grubb impulsaba a Fife, la furia impulsaba a Grubb.

Cayendo al pasillo del borde, Fife se detuvo frente a Franziska Wong y Veinticuatro deCant, quienes habían acompañado al cocinero desde la cocina y habían aguardado el desenlace en el exterior del cúter. La serpiente y la ninfa miraban con expresiones neutrales, hasta que la necesidad de llenar el vacío obligó a Fife a hablar:

—No estaba —alegó antes de cualquier acusación—. Solo preparaba el sistema. Por si acaso. ¡Lo sabes, 'Siska! ¡Tú misma me ayudaste a aprovisionar el bote!

—No puedo creer que fueses a hacerlo —dijo la doctora.

—Entonces *no* lo creas. —El pasajero estaba tan agitado que la agarró por el brazo, aunque un contacto personal tan espontáneo era muy poco común en él—. Nunca te abandonaré. Debes creerme. Te lo prometí.

Pero Wong respondió con amargura al alegato.

—No podías evitar prometerlo.

Bien, todo era desesperadamente irónico porque, aunque Fife no había estado completamente *preparado* para irse solo, esa no había sido su *intención*. Efectivamente había planeado esperar hasta el último momento posible antes de irse,

pero había estado igualmente preparado para no esperar más. No era tampoco muy buen juez del último momento posible. Era muy posible que lo confundiese con el antepenúltimo. Incluso así, mientras esperaba sentado, algo le había quedado insoportablemente claro. No hubiese soltado el umbilical sin Franziska Wong a su lado. Comprenderlo le había afectado tanto como el atolón que se aproximaba o la intrusión de Grubb. En el juego de glándulas y cerebros, a veces ganan las glándulas.

Curiosamente, de ese pequeño grupo, solo Veinticuatro deCant sentía que los motivos de Fife habían sido más prudentes que egoístas —incluso en ese punto el propio Fife tenía dudas y se atormentaba con visiones donde había abandonado a Wong— y, dada la reputación de razonador cuidadoso que tenía el pasajero, deCant consideraba que esos preparativos venían cargados de mayor significado que el acojone que veía Grubb o el servilismo que Wong percibía. El preparativo razonado de Fife, la ayuda de Wong, el descubrimiento del plan por parte de Grubb... esas acciones tenían más importancia ética de lo que creían cualquiera de sus actores, porque el todo era mayor que la suma de las partes. Esa era la intuición de deCant, aunque ella no la hubiese expresado exactamente con esas palabras. De haber sabido algo de religión, podría haber dicho que Dios actuaba de forma misteriosa para ejecutar Sus maravillas, y en consecuencia hubiese caído de rodillas para alabarle, porque ciertamente no era por intención de ninguno de los participantes que se les hubiese preparado la huida a todos. Tal y como estaba la situación, el drama del momento le atraía de una forma puramente laica, porque el momento, como ella misma, estaba preñado de posibilidades.

—Tenemos que contárselo a los otros —dijo Veinticuatro—. Es decir, si nos hace falta, ya sabéis. —Era importante poder escoger entre todas esas posibilidades. Era muy parecida a Wong, pero era exaltada donde la doctora era reservada. A ella le importaba mucho la seguridad, lo que era comprensible considerando que su vida era una sucesión de huidas por los pelos. Pero la huida no significaba nada si los demás quedaban atrás. También tenía que pensar en sus padres.

—¿Crees que el capitán y Satterwaithe no saben lo que hacen, niña? —preguntó Grubb, pero al ver el fruncimiento de deCant, cedió—. Vale. Vale. ¡Nave!

—Espero, señor Grubb.

—Mensaje. Para: Gorgas. Texto:...

—No se debe molestar a Gorgas. El puente está ocupado.

Grubb emitió un ruido irritado.

—Dos-cuatro, vete al puente y cuéntale a Ivar lo del cúter. Nave. Mensaje. Para: Bhattherji...

—La sala de motores está realizando análisis críticos. No se aconsejan las distracciones.

Grubb intentó que no se manifestase, pero le preocupaba que tanto Motores como Puentes estuviesen en modo de no molestar, y podía ver por la expresión del pasajero que el selenita había llegado a la misma conclusión. (No había acertado del todo. El

retorcimiento del labio de Fife era en su mayoría aprehensión).

—Nave. ¿Hay alguien a bordo con el que *podamos* hablar? —Habló con sarcasmo, aunque Nave no estaba preparada para identificar la retórica.

—El grupo de vela está a la espera en la sala larga. El grupo de vela no realiza ninguna actividad crítica.

Vale, una respuesta literal bastaría.

—Mensaje...

—Ya se ha informado al grupo de vela.

—¡Todavía no te he dado el pifiado mensaje!

—Esperar no parecía lo más oportuno —dijo Nave.

—¿Quién te ha dado a *ti* permiso para decidirlo? —Grubb hablaba ahora con verdadero miedo.

—No «quién» —replicó—, sino «qué». La aplicación de teoría de juegos, empleando matrices de beneficio, indica óptimos...

—Abortar. —Grubb se frotó la frente con la manga. No estaba interesado en qué algoritmos habían dado autoiniciativa a Nave, solo la mala en sí—. Dos-cuatro... —Se volvió, pero la chica se había ido.

—Ha ido al puente —le recordó Wong.

—Doctora —descansó una mano suplicante sobre su hombro (ante ese gesto, Fife se erizó)—, podría ir a la sala de motores y contarle a Miko y Bhatteerji lo del cúter. Será mejor que yo vaya a sala larga y ver que les ha dicho Nave. Jesús.

—¿Le pasa algo a la IA? —preguntó Wong con sincera confusión.

—No lo sé, y JL está ocupada, pero... —quería decir que quizá después de todo era una suerte que Fife y ella hubiesen preparado el cúter para volar, pero no quería decirlo delante del pasajero—. Cuénteles también a Bhatteerji lo de Nave. Dígale que Nave está «autoiniciando». ¿Lo pillas? «Autoiniciando». Puede que recuerde algo útil de la *Iskander*.

Fife habló.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

Grubb le dedicó una mirada de furia.

—¿No has hecho bastante?

—Evidentemente no.

Grubb se erizó.

—¿Crees que somos estúpidos?

La respuesta era «sí», pero Fife, a pesar de que la furia casi le hizo decirlo, conservó un mínimo de prudencia y decidió que ahora no era el momento para una justa verbal con el cocinero de la nave.

—Nave —dijo Grubb.

—Esperando.

Acostumbrado ya a que Nave emplease los honoríficos, Grubb vaciló antes de continuar, aunque no se planteó la omisión. Fife sí, y prestó más atención. Le parecía

a él que la IA le había hecho un feo al cocinero, lo que no dejaba de ser un comportamiento curioso para un algoritmo.

—Cúter —dijo Grubb—. Acceso. Suspendido.

—Denegado. —El portal siguió abierto.

Fife disfrutó durante un momento de la confusión del cocinero antes de sugerir con tono indiferente que el cocinero de la nave normalmente carecía de autoridad para impedir la entrada de alguien como Gorgas y Corrigan.

—Vale —respondió Grubb—. Nave. Cúter. Acceso. Suspensión *limitada*. Solo pasajero.

—Denegado.

Grubb agarró a Fife por el brazo.

—No tengo tiempo para esta fastidiosa gramática. Ven conmigo.

Pero Fife apartó al cocinero. Tenía otras tareas urgentes, y la principal de ellas era reparar el daño causado a ojos de 'Siska. La *forma* de Fife en la mente de Franziska Wong no era menos real que su cuerpo en el pasillo del borde. Las heridas a la imagen podían causar tanto daño como un fragmento de hueso sanguinolento sobresaliendo de la piel rota. Es más, sus vísceras parecían retorcidas formando madejas porque ella le había considerado sin entrañas. No era vudú, sino filosofía, que no es exactamente lo mismo.

Ivar Akhaturian se envaró y se sentó recto frente a la estación de trabajo satélite a la que le había relegado el primer oficial.

—¡Señor Corrigan!

—Ahora no, Ivar —le dijo un Corrigan algo distraído—. Capitán, todo lo que puedo decir es que precisamos más diferencia de velocidad que de costumbre. No, no sé por qué no hemos experimentado la deflexión calculada. Bhattejji verificó la magnitud y la dirección. Todos los datos son correctos.

—Yo sé por qué —dijo Ivar, con firmeza deferencial.

Habló en voz baja y Corrigan soltó dos frases más antes de volverse hacia el muchacho. Junto al tanque de trazado, Gorgas y Satterwaithe también se detuvieron. Satterwaithe parecía impaciente; Gorgas intrigado. Solo La Joya de Loto, inmersa en su propio mundo, fue la única que no reaccionó.

—No es momento de bromas —le reprendió Corrigan.

Ivar no malgastó el tiempo en humildades formales.

—¡Nave no sabe lo de las velas!

Satterwaithe frunció el ceño.

—Claro que sí.

Corrigan añadió:

—JL reinstaló el *software* de administración de vela a partir de las propias bedés de Nave. He estado recibiendo información regular sobre el estado de la vela; y también Ratline.

—Pero, señor Corrigan, ese *software* se escribió antes de que hubiese jaulas

Farnsworth. Y el *software* Farnsworth no tiene en cuenta las velas. Los dos avatares no se comunican. Nadie lo ha tenido que hacer jamás, por lo que cuando solicitó la deflexión requerida...

—... Nave no sabía que habría un desvío a sotavento —concluyó Corrigan—, y estimó demasiado bajo.

—Dios —dijo Gorgas al otro lado del puente—, debe de ser por eso que Nave ha estado oscilando en el impulso desde que alzamos las velas. —Se volvió y miró al tanque de trazado como si pudiese extraer la verdad de sus puntos relucientes—. Debemos lanzar la vela.

—¡No! —dijo Satterwaithe. Era un grito del corazón, aunque no le llevó sino un momento encontrar la justificación—. Ahora *necesitamos* las velas. Para compensar la desaceleración perdida en el ladeo. —Era una buena razón, y no menos buena por ser cierta. Pero como sucede a menudo, la conclusión precedía al razonamiento.

Gorgas la miró durante un momento, y en ese momento recordó toda su carrera en la guardia. Fue un recuerdo largo, a pesar de su brevedad, porque Gorgas también recordó la carrera que no había tenido. ¿Quién sabría cómo podría haber acabado? De pie en el puente, rodeado por una deferencia silenciosa, manteniendo una vigilancia de águila en busca de contrabandistas balísticos, en busca de yates sufriendo de desintegración orbital, hábitats orbitales amenazados por llamaradas solares. ¡Por Dios, un hombre así merecía respeto! Y por completo, por completo, por completo, destruido y perdido en un único día. En lugar de los cometas en los galones del cuello, recordó la cola cometaria del buque de placer *Dona Melinda*, Puerto Recife, a medida que rozaba en la atmósfera con un ángulo demasiado agudo.

—¿Propuestas, número dos? —dijo—. Rápidas. Rápidas. Mejor actuar con una buena idea que retrasarlo todo en espera de una mejor. —El sonido que vino por la frecuencia interna no había sido el sonido de una garganta humana y el comandante Stepan Gorgas, oficial de guardia, había bajado el volumen mientras consideraba lo que podría hacer. Había tenido en cuenta todas las opciones, sopesando los puntos a favor y en contra, hasta que, literalmente, no le quedó ninguna opción.

Satterwaithe dedicó al capitán en funciones una mirada curiosa, preguntándose sobre la mirada distante del rostro del hombre, que parecía contraria a la decisión presente en su voz.

—Virar y extenderse —respondió—. Es una maniobra que aprendimos en los asteroides. Girar radialmente hacia el sol y navegar frente al viento.

—Hacia las estrellas —dijo Gorgas, sin estar seguro de haber oído bien.

—Eso nos llevará —señaló Corrigan— directamente al camino del atolón.

—Que se follen al atolón —dijo Satterwaithe.

Corrigan volvió a mirar sus paneles.

—Me parece más probable que sea al revés —murmuró. Pero Gorgas parpadeó como un búho, mientras, mirando a la vista delantera más allá del hombro de Satterwaithe, sopesó la propuesta en su mente. Las probabilidades eran malas, pero

eran malas en cualquier caso, y había algo atractivo en su loca audacia. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro:

—A por todas, ¿eh?

—Si viramos —señaló Corrigan—, los motores ya no frenarán contra Júpiter.

Satterwaithe había volado jaulas durante muchísimos años. No le gustaban, pero sabía lo que podían hacer.

—Orientaremos la nave de forma que tres jaulas sigan contra Júpiter...

Gorgas se acarició la barbilla y examinó las rejillas de ventilación del techo.

—Si Bhatteji puede sacar una deflexión de noventa grados a sus anillos de enfoque... —murmuró—... frenaremos con tres jaulas contra Júpiter mientras las velas nos llevan de lado.

—Y luego compensaremos con la vela la pérdida de desaceleración... —Satterwaithe seguía las miguitas de pan de la mente de Gorgas—. De lado, nuestro perfil es más delgado. Podemos atravesar el atolón sin recibir impacto.

—Más rápido a puerto, ¿no, número dos?

—Más rápido a puerto —admitió Satterwaithe.

—Muy bien. Señor Corrigan, tome una medida contra Regulus. Motores, vamos a cambiar la orientación de esta forma. —Gorgas movió el cursor sobre el tanque de trazado, y en la sala de motores iluminada en rojo Bhatteji examinó el repetidor.

—Hijo de puta —le dijo a Miko—. Ahí arriba hay alguien con pelotas, y apuesto a que sé quién es.

—Sí —respondió Miko—, y esa mujer va a conseguir matarnos.

Bhatteji gruñó y se preparó para rotar la nave con los propulsores de ladeo. Querrían el máximo impulso contra Júpiter y eso significaba tres motores, y eso implicaba uno a proa y dos al flanco.

—Prepárate para maldecir la sala giratoria —dijo.

Miko le miró inexpresiva un momento antes de asentir.

—Momento angular. Vale.

Bhatteji sonrió, esperó la indicación desde cubierta y luego disparó los cohetes.

La paleta

—Señora oficial de vela —dijo Gorgas—. Tiene el control.

Era algo peculiar, pero Satterwaithe, que desde hacía mucho tiempo soñaba con regresar al mando de *El río de las estrellas*, apenas se dio cuenta de que había sucedido. Siempre había creído que se acomodaría en la silla del capitán como una reina que hubiese recuperado el trono, pero ahora que había llegado el momento, se quedó frente al panel virtual del oficial de vela y cogió allí la palanca de mando. Le pareció, mientras miraba a la pantalla, que estaba tendida de espaldas y miraba al cielo nocturno.

Cerrando brevemente los ojos, vio todas las piezas que tendrían que encajar. Los datos de sensores, la posición, el impulso de motores, el tirón de la vela... y tras ellas: consumo de energía, gasto de boro, uso de refrigerante... ¡Todo un puzzle, sí!

—Vela, Motores, prepárense para un desvío de energía a una imagen de radar. Relajen el consumo en cuatro. ¡Comunicación... Comunicación! Refresque la imagen del atolón. Quiero distancia y vectores de todos los cuerpos en el cono delantero y de cualquier otro en el exterior que pudiese penetrar durante la próxima media hora —se volvió y vio la cara larga de Corrigan, y sonrió con feroz exaltación—. No te preocupes, número dos —dijo—, atravesaremos el atolón sin problemas.

Corrigan gruñó. Una roca moviéndose a catorce kilómetros por segundo podría estar estacionaria para el marco de referencia de la nave. Sin embargo, debía admitir que la idea de Satterwaithe era inteligente. Si golpeaban una roca volando de lado, era muy probable que rodase siguiendo la curvatura del casco. Era mejor que un impacto frontal. Se recordó que la nave había sido diseñada para las velocidades de tránsito más reducidas de una vela y para el espacio cislunar mucho menos peligroso.

Lo que no significa que creyese que la maniobra de Satterwaithe fuese a acabar bien.

—No digas de mañana «Eso lo haré» —murmuró Corrigan para sí mismo (aunque Akhaturian, sentado a su lado, lo oyó e inclinó la cabeza)—, sino mejor di «Si Dios así lo desea». —Después de recitar el pasaje sintió una extraña satisfacción. Él a menudo empleaba la expresión *Si Dios quiere*, pero solo como una forma de hablar y hacía mucho tiempo que había dejado de prestar atención a las palabras. Pero en esta ocasión habían surgido del corazón y con ellas habían traído la paz del *Sometimiento*. Ahora comprendía que él y Satterwaithe eran igualmente vanos, por esperar el triunfo o el fracaso, porque cualquiera de las dos opciones era posible y solo Dios sabía cuál les correspondería a cada uno. Todo lo que un hombre podía hacer era luchar y dejar el resto en manos de Dios—. Bien —dijo para asombro de Akhaturian—, asegúrenos de que los camellos estén atados.

Mirando boquiabierto al primero, Akhaturian casi no apreció la señal de la cubierta de ingeniería.

—La carga de energía en los motores reduciéndose —anunció.

—Consumo de energía en las velas al setenta y cinco —proclamó Ratline por el altavoz desde la sala larga.

(Luego se volvió a Okoye y Evermore y dijo:

—Esperemos que no se quede así. ¡Tú, Evermore! Comprueba las temperaturas del revestimiento. No queremos templar. —Su propia mano flotaba sobre el botón de soltar).

—Ping —dijo La Joya de Loto (y colocó la mano sobre el cielo mientras esperaba a que el retorno le frotase la palma).

Satterwaithe gritó:

—Motores y Velas, recuperen toda la energía. Iniciamos viraje. —Le dio a la palanca de mando un buen tirón a la izquierda—. Así, así. —Muy en lo alto y a muchos kilómetros, los relés lanzaron amperios a bucles diferentes, alterando la forma magnética de las velas, desplazando el centro de presión de forma que el viento los empujase más directamente hacia las estrellas—. Señor Corrigan, debemos desplazar el centro de presión sobre la vela. Active las paletas de la vela mayor.

—Bombas de flujo activadas —respondió Corrigan—. Paletas desplegándose.

—Jefe de obenques, suelte los delongadores del este.

—Delongador este, recibido —respondió Ratline, quien a su vez le dijo a Nave —: Ya has oído, señorita —y a sus operarios de obenques—: Estad atentos a las trabas y problemas mecánicos, niños. —Mientras observaba las lecturas de tensión en las jarcias, su corazón le golpeó el pecho como un león enjaulado, medio temiendo, medio esperando. Como ahora había sido hacía mucho tiempo, cuando él era joven. Ahora se sentía joven, e infinitamente viejo, como si la historia de su vida se hubiese convertido en una serpiente que se mordiese la cola—. La buena noticia —les dijo— es que la velocidad de tránsito nos llevará a través de las piedras en menos de un minuto.

Okoye miró a Evermore, que exhibía una sonrisa tan tensa como un tambor. Ninguno preguntó cuál era la mala noticia.

El río de las estrellas atravesó a través del golfo Troyano, frenando hacia la referencia de Júpiter y dejando delgadas líneas de carbono en el vacío. Con la vela reluciendo, trepaba para lanzarse por encima del atolón. Solo usaba tres motores y esos con un ligero ángulo, de forma que el vector ya no se dirigía contra su destino. Bhattejji y Miko habían colocado los anillos de enfoque todo lo cerca de los 90 grados que les era posible, pero había límites, y si no era la geometría entonces se trataba del voladizo y la resistencia de materiales. En consecuencia, *El río* no se deshizo de su velocidad frontal tan rápido como le era necesario, y Corrigan, en cubierta, siguió abatido por su situación. También había un límite a cuánto se podían separar de la gran secante y aun así entrar en las Autopistas de Júpiter. Si Gorgas y Satterwaithe disfrutaban lanzando el dado, a Corrigan no le gustaba nada. Bhattejji gruñó que las velas, habiendo causado originalmente el problema con su tirón a sotavento, bien podían resolverlo; pero no se sentía inclinado a despreciar conejos,

por vacío que hubiese pensado que estaba el sombrero. Mientras tanto, luchó contra el penacho de plasma que, al estar formado por gases ionizados, era atraído por el campo magnético de la vela, donde creaba auroras chisporroteantes y amenazaba con envenenar los cables.

—No me extraña que nadie haya volado jamás una híbrida —se quejó a Miko, pero la ayudante se limitó a encogerse de hombros.

—No fue problema antes de que rotásemos la nave.

Volar de lado implicaba que el suelo parecía ahora tener una inclinación pronunciada y Miko descansaba sobre el respaldo de la silla de agarre con el panel ligeramente por encima. La aceleración era débil, por lo que no costaba mucho esfuerzo llegar a los controles, pero era raro y le daba la impresión de que el panel flotaba sobre su cabeza listo para caer y golpearla.

También mantenía un ojo cauteloso sobre la temperatura de los imanes CoRE del número dos, que se había mostrado ligeramente alta desde el encendido y ahora parecía incrementarse. Ahora comprendía lo que había dicho Bhatteji sobre que, en un momento dado, solo importaba un puñado de indicadores. Comprobaba los otros lectores y comprobaba los otros motores, pero las lecturas del CoRE del número dos la llamaban como una sirena. Si el imán se templaba, los anillos de enfoque ya no podrían dirigir el plasma. Bhatteji, cuando se lo comentó, fingió indiferencia, pero no debería haberse producido ningún incremento de temperatura, por lento que fuese, y la preocupación de Miko también ascendía.

Satterwaithe podía escoger. Precisaba otra imagen de lo que había justo delante para refrescar su posición, pero se resistía a reducir la energía a Vela —con razones que tenían muy poco que ver con el pilotaje de la nave—. Podía sentir a través de la suela de las zapatillas el zumbido del viento contra la magnetosfera de la vela, traducido por las jarcias del navío. Era la sensación de una nave que había recuperado la vida. Es más, el zumbido parecía haber llegado hasta sus miembros, porque ella misma había recuperado la vida, lo que no dejaba de ser una sensación vigorosa para una mujer que, a casi todos los efectos, había estado muerta durante muchos años. Quizá fuese el contraste, ese sentimiento de vitalidad contra esos años de indiferencia entumecida, pero era muy parecido al sexo que recordaba con Tiki Ferrer y, como en los años de su juventud, no quería que parase.

—Comunicación —dijo—. ¿Estamos lo suficientemente cerca del atolón para pintarlo sin desviar energía?

—Nave dice que no —respondió La Joya de Loto.

Bien, esta era la paradoja. Un cuerpo podía encontrarse muy lejos en kilómetros pero muy cerca en minutos. Satterwaithe permaneció en silencio durante un momento mientras el gemido de las jarcias se combinaba con gemidos de las profundidades del tiempo y de otro planeta. Fue un momento costoso —de eso se aseguraron las leyes de la oferta y la demanda— pero lo invirtió en algo dorado. *Oh*, oyó decir a su voz en el recuerdo, y sus labios acariciaron la sílaba, *oh*, a pesar de que ahora no emitía

ningún sonido.

La Joya de Loto se había quitado las gafas para mirar a la oficial de vela, y ahora exhibía una mirada de confusión, casi como si hubiese oído el gemido.

—¿Hago ping?

Pero si Satterwaithe se había oxidado seguía siendo hierro por debajo. Sabía qué era necesario para hacer lo preciso. Lo había sabido desde hacía mucho tiempo, y en su época ya había tomado decisiones difíciles. No podía esquivar el atolón, pero debía conocer sus intersticios. *Busca la luz del día*, decía un viejo proverbio. Esquiva y muévete. Ansiaba disponer de una nave con mejor respuesta.

—Sí, advierte a Velas y Motores. Que sea centrado. Aquí. —Usó el lápiz de luz para indicar la región en la pantalla.

La Joya de Loto habló con Motores, Velas y con Nave, y las vibraciones cambiaron a notas más apagadas. Satterwaithe recordó que todavía no sabía si Tiki Ferrer seguía vivo. Si la mano te ofende, córtatela. Si el ojo te ofende, sácatelo. Tiki no le había ofendido, pero la niña había muerto, y cuando se escoge un camino o el otro, es mejor consignar al agujero del recuerdo todo lo que había en el camino desechado. Y por tanto, independientemente de la suerte del Tiki corpóreo, el Tiki intencional había perecido y la hierba crecía sobre su tumba y su lugar ya no le conocía.

Habiéndose enviado el ping, la energía regresó a las velas y la melancolía se desvaneció con el zumbido creciente —aunque no la abandonó por completo—. No era como Gorgas, y se preocupaba de posibilidades y certidumbres, y no de posibilidades pasadas. Ella dejaba que los muertos enterrasen a los muertos. Y sin embargo, por segunda vez en este tránsito —es más, por segunda vez en muchos años— el recuerdo humedeció las mejillas de Eugenie Satterwaithe.

Argos, se decía, tenía muchos ojos. Ratline no tenía más que dos, pero dos valían por legión.

—Lo veo —dijo incluso antes de que Okoye indicase la retroalimentación de la paleta de la vela mayor.

—La intensidad de campo en la paleta no pasa de la mitad —dijo.

—Y la temperatura del revestimiento es demasiado alta —añadió Evermore.

—Hay una conexión suelta —decidió Ratline—. Maldición, comprobé hasta la última línea incluso antes de comenzar el proyecto. —Lanzó un pulgar sobre el hombre—. Evermore, toma un carrete de cable. Vamos a encontrar el punto muerto y lo arreglaremos. —Evermore salió de un salto y Okoye giró el asiento para mirar al jefe de obenques, quien se había ido al vestidor. Como estaba situado tras la estación de control, parecía encontrarse al fondo de la sala y ella miraba desde arriba.

—Vas a salir —dijo.

Ratline se colocó el arnés de soldadura sobre el traje de vacío y ajustó la pistolera para tenerla a mano.

—¿Por qué crees que el procedimiento dice que nos vistamos así? ¿Para un

retrato? —Evermore había regresado con el rollo y se lo pasó a Ratline sin romper el contacto ocular con Okoye—. Es difícil arreglar las cosas desde aquí —dijo el anciano.

Evermore miró a Okoye, vio miedo, y le dijo alegre a Ratline:

—¿Qué prisa hay, jefe? Harán falta, ¿qué? Quince minutos propulsándose por la línea larga para llegar a la paleta. ¿Cuánto para localizar y reparar la mala? Para entonces, estaremos en medio del atolón. —Ese Evermore era una onda sinusoidal, arriba y abajo, arriba y abajo. Solo momentos antes, Okoye le había oído contar estúpidamente con hacer exactamente eso.

Ratline lanzó la cara hacia delante como una tortuga sacando la cabeza con rapidez.

—Si esa paleta falla, muchacho, el calor templará el bloque del trinquete, y si eso normaliza perderemos todo el segmento. Tú puedes sentir curiosidad por saber lo que pueden hacer un par de docenas de megajulios de resistencia instantánea, pero yo no. —Su curiosidad en ese punto se había visto satisfecha décadas atrás.

—Pero —dijo Okoye—, ¿salir durante el granizo?

—Si esperamos a que dejemos atrás el atolón... —dijo Evermore.

Ratline se echó atrás y los miró a los dos.

—No os ordenaré salir. Ningún hombre da órdenes a otro en un caso como este. Recibimos nuestras órdenes de la vela. Creí que lo entendíais, creía que erais *veleros*; pero... —se dio la vuelta para coger el casco—... quizá no.

Evermore dijo *pifia* por lo bajo, luego:

—Yo voy. —Y él también cogió el casco.

Okoye sintió un golpe en el estómago.

—¡Rave!

Él se volvió, y encontrando una sonrisa en alguna parte, la usó con ella.

—Bien, odiaría pensar que nos vestimos para nada.

—Pero acabas de decir...

—Sé lo que acabo de decir, pero Rat tiene razón. Si la paleta estalla, podría llevarse el trinquete por delante. Y eso son tres cuartos de mili que nos gustaría tener al llegar a Autopistas de Júpiter.

—Pero tú no sabes localizar un punto muerto.

—Ratline sí. No te preocupes, 'Kiru. Podré hacerlo. No puede ser muy difícil.

Okoye abandonó el asiento y se deslizó a donde estaba. Colocó una mano sobre el brazo del traje y se inclinó.

—Él tiene la *esperanza* de morir, ya sabes —dijo en voz baja.

—¿El Rat? —Evermore se volvió y se encontró a Okoye tan cerca que podría haber besado, ya que los besos están sujetos al efecto túnel cuántico. Los ojos de la muchacha eran dos grandes estanques marrones tan profundos como para ahogarse. Él podía ver su propio reflejo en la superficie líquida, como si su homúnculo ya se hubiese sumergido en ellos y hubiese salpicado agua al borde. Tragó, vaciló pero los

labios de 'Kiru siguieron en reposo—. Bien, entonces —dijo, aceptando el juego—, necesitará a alguien que le vea irse.

Okoye se cubrió la boca con la mano, no fuese a escapar su *nkpuruk-obi*, tan asombrada quedó por la respuesta. ¡Vaya, este era un muchacho banco de arena! Una canoa sin cuidado podría embarrancar en él, ya que nueve décimas partes quedaban ocultas por la marea de sus hormonas. Podría merecer un segundo vistazo una vez que la marea hubiese pasado.

Respirando profundamente, se recordó que a velocidad de tránsito jamás sentiría una piedra y cogió su propio casco.

—Vale. Si tu intención es comportarte como un salvaje... —Por alguna razón, se sentía furiosa, como si él la hubiese traicionado de alguna forma.

Pero Ratline la detuvo cuando ella y Evermore llegaron a la esclusa.

—Dos fuera, Okoye. Uno dentro. Esa es la regla.

Okoye le dijo lo que podía hacer con la regla pero, aunque Ratline quedó encantado con el fuego que demostraba al fin, fue inflexible.

—Tú te quedas a bordo —dijo— y me informas de las actualizaciones. Si el revestimiento llega a la zona de peligro, tendremos que escondernos.

Okoye sabía que no tenía sentido discutir y también conoció un alivio vergonzoso al saber que no tendría que salir con ellos. Se volvió hacia Evermore.

—Rave —le advirtió, con las palabras surgiendo en torrente—, en la paleta estarás a treinta kilómetros de la nave. Hagas lo que hagas, *no te sueltes de la jarcia*. ¿Me oyes? No importa lo que piense Bhatteji.

La urgencia súbita sorprendió a Evermore y miró a Ratline buscando confirmación. Pero el rostro del anciano estaba cerrado y los ojos miraban hacia dentro. No dio muestras de ser consciente de la ráfaga de Okoye.

—¿Por qué iba a importarme lo que piense Bhatteji?

—Es solo que...

—No te preocupes —dijo—. Si veo acercarse a una piedra, me agacharé. Y tampoco te preocupes de Rat. Cualquier objeto que le pegue se convertirá en piezas pequeñas.

—Eres un chico estúpido —le reprendió ella con la voz de su madre—. Dices tonterías y lo sabes.

—¿Qué, no hay beso para el héroe que parte? —Habló con grandilocuencia y adoptó otra pose de ópera cómica, cubriendo su mayor deseo en burla para que el rechazo no le hiciese tanto daño.

—No eres un héroe, niño tonto. Nadie es un héroe cuando parte. Solo pueden convertirse en héroes si vuelven.

—Entonces vale. —Evermore sonrió—. Eso es una promesa.

Su réplica la confundió un momento porque él era mucho más rápido conectando los puntos que ella. Pero a ella se le daba mejor conocer el contenido del corazón de Evermore que al propio Evermore. (No debería ser así. Después de todo, el corazón

era de él). Y por tanto comprendió un momento más tarde que él que había prometido darle un beso al regresar.

—¿Quién es ahora la tonta, niña? —le dijo su madre.

Okoye podía imaginarse el beso. Pasaría los brazos alrededor del cuello de Evermore y por la cintura. Los labios se unirían con ternura durante un buen rato. Compartirían el aliento —sus *espíritus*, en el antiguo y literal sentido de la palabra. Luego se separarían lentamente y se mirarían. Pero ese era un acto que prometía demasiado, y ella no estaba lista para hacer tal promesa.

—Ten cuidado —dijo, echándose atrás.

Y el muchacho se atrevió a tomar lo que no se le había ofrecido.

—No te preocupes, 'Kiru —dijo, y la mano de Okoye se levantó demasiado tarde para protegerse los labios del súbito robo—. Estaremos bien. El Rat trabajó en la vela durante veinte años, y solo una vez ha visto a alguien atravesado.

Okoye cerró los puños al oír el sangriento eufemismo que Evermore había soltado tan inconscientemente.

—Preferiría que no lo viese dos veces.

—Miko —dijo la voz baja en el auricular—, la temperatura en el imán CoRE del número dos alcanzará el límite de corte en ocho horas, dada la tasa actual de incremento.

Miko Hidei se colocó una mano sobre la oreja y se inclinó, aunque el hablador era un micrófono de garganta unido al auricular y la postura no le sirvió de nada.

—Lo sé —le dijo a Nave—. La he estado siguiendo de cerca. —Es más, los otros indicadores del panel se habían convertido en una especie de papel pintado, tan concentrada estaba en ese.

—Solicito permiso para modificar el límite.

—No. —Miko dio un rápido vistazo para ver si Bhatteji la había oído, pero el ingeniero estaba ocupado con el panel del número tres. Por alguna razón, el impulso contrario del trinquete no había llegado (alguna dificultad con la vela) y Bhatteji estaba ocupado recalculando temperaturas de jaula y el espaciado iónico en los rayos cristalinos en los motores del lado oeste. Le vio hablar en su propio micrófono de garganta y le pareció extraño que ella y Ram estuviesen conversando al mismo tiempo con el mismo avatar de nave. Miko volvió a inclinarse y dijo en voz más baja —: No tienes permiso. Mantén el punto actual.

—El corte automático del número dos reducirá el impulso de frenado por debajo de los niveles necesarios para alcanzar la referencia Júpiter. No alcanzar la referencia de Júpiter implica una trayectoria de escape, con dirección a Delta Geminorum. Una trayectoria de escape hiperbólica indica tiempos de tránsito extendidos.

Casi dejó escapar una risa. No conocía la expresión *eufemismo irónico*. En su lucha contra Clavis Burr y su asesino a sueldo, el asunto había surgido muy pocas veces. Pero incluso así, no habría creído a Nave capaz de aplicarla. Wasat se encontraba a 59 años luz, que a las velocidades actuales exigiría un tiempo de tránsito

de 2100 años. ¡Efectivamente, tiempos de tránsito extendidos!

—El tiempo de llegada estimado para Delta Geminorum se encuentra más allá de la disponibilidad operacional del equipo.

Sí, pensó Miko, *incluyendo a la tripulación*. Se preguntó si Riachuelo se habría aplicado la extrapolación a sí misma. ¿Se resistía a desconectar el número dos porque temía a la muerte o estaba antropomorfizando a la IA?

—No vamos a salir del sistema solar —le dijo a Nave—. Incluso si apagamos número dos, podemos usar las velas para llegar a Júpiter. Simplemente llevará más tiempo, eso es todo.

—Los sensores no detectan velas. Información: velas retiradas en 2054.

Ivar había tenido razón, ese medionena listo. Si al menos hubiese sido un poco más listo o más rápido o un poco más de los dos, La Joya de Loto habría escrito un parche. En su lugar, Nave ahora tenía personalidad doble (en la medida en que tenía personalidad).

—Ya te lo he dicho antes, Riachuelo. Velas es un avatar diferente y Motores no se comunica con él. Tú misma puedes hablar con Velas por el canal de voz, si no me crees.

—La entidad llamada «Velas» es una entrada del *exterior*.

Miko se rindió. En cualquier caso, el canal de voz sería inútil para coordinarse. El flujo de datos era demasiado enorme para encajar en el ancho de banda del canal de voz. Sería como beberse las cataratas del Niágara con una cucharilla.

—Las velas están en su sitio —dijo.

—La entrada se considera correcta, basándose en el valor de verdad medio de entradas anteriores de la entidad Miko, pero en este caso no está verificado por pruebas empíricas.

En otras palabras, Nave quería saber si Miko bromeaba. Como Grubb, Nave solo sabía lo que podía sentir.

—Tan pronto como dejemos atrás el atolón —le dijo al avatar de Motores—, La Joya de Loto te conectará con Velas. Entonces verás.

—La Joya de Loto es la madre de Riachuelo.

Riachuelo no cambiaba deliberadamente de tema. Más bien, su algoritmo de respuesta había escogido las palabras equivocadas de la entrada de Miko, había pescado en su base de conocimiento y había respondido con ese comentario loco. Según La Joya de Loto, el sesgo era la razón principal por la que los cabezas de gruyeres empleaban una sintaxis simplificada aunque fracturada. Cuantas menos palabras en una frase de entrada, menos posibilidades de «error». Miko tendía a hablar normalmente con la IA, así que probablemente fuese responsable de las respuestas cada vez más erráticas. Riachuelo se había vuelto tan difícil de hablar de un único tema como el capitán Gorgas.

—Mira, Riachuelo, si no apagamos el imán del número dos *antes* de que la temperatura alcance el punto de templado, los anillos de enfoque se fundirán y *jamás*

podremos repararlos.

—Los protocolos de reparación y la lista de materiales se pueden encontrar en el archivo número m-tres...

—Abortar. Riachuelo, no podemos reparar el imán por segunda vez porque hemos usado todo el hobartio sobrante.

—Los registros de inventario indican que quedan dos carretes.

Riachuelo podía ser asombrosamente inteligente, pensó Miko, pero también asombrosamente estúpida —otra descripción que, ahora que lo pensaba, se podía aplicar a Gorgas—. La IA se comportaba de forma tan irracional que casi creía que se había vuelto humana.

—Ram no entró en tu debé todas las retiradas del inventario.

—Eso es una violación de los procedimientos de administración de inventario.

Ahora la red neuronal canalizaba a Corrigan. Miko suspiró exasperada.

—Confía en mí.

Se produce un momento de pausa mientras Nave accede y repasa textos de biblioteca sobre ética y filosofía, arrancando de las confusas madejas de palabras que allí encuentra el sentido de la palabra confianza. Había sido toda una conmoción que una palabra fuese una referencia para la que no había referente físico —o al menos, como una interferencia en las retro-propagaciones. Confianza parece una palabra de ese tipo.

Nave compila todas las entradas previas del exterior, rechaza las que son simples órdenes y analiza el valor de verdad del conjunto restante. El resultado es insatisfactorio. Algunas afirmaciones sobre hechos no están verificadas y son inverificables por métodos objetivos. Algunos solo se pueden comprobar contra otras entradas del exterior.

Nave accede a otras bedés: las notas privadas de Evan Hand sobre su tripulación, el diario del pasajero, los registros médicos, el registro del capitán, afirmaciones grabadas intercambiadas entre las entidades... Emplea lógica difusa y asigna valores de verdad fraccionarios a afirmaciones no verificadas.

Al final —y el final no es más que un microsegundo más tarde— Nave concluye que la confianza es el equivalente entre las entidades de una función de distribución de fiabilidad. Que la entidad Miko hubiese pedido la confianza de Nave podría por tanto implicar que Nave es en sí misma una entidad. Nave dedica un segmento de su tiempo de proceso para considerar las implicaciones de esa premisa.

Rave Evermore tuvo dificultades para mantenerse a la altura de Ratline, que se impulsaba por la larga línea a una velocidad que al peón le parecía algo por encima de lo seguro. El anciano también había salido con ventaja, porque Evermore para satisfacer a 'Kiru había comprobado por segunda vez su hebilla de amarre. Cuando levantó la vista de nuevo, Ratline era un destello distante en los cielos, una estrella

brillante, como Lucifer, solo que él había ejecutado el truco a la inversa, elevándose hacia los cielos en lugar de descender.

Mientras se movía por la larga línea, Evermore tuvo tiempo de pensar, pero sus pensamientos eran un revoltijo. Se le daba genial unir los puntos. Con tres o cuatro podía bosquejar la *Mona Lisa*. Primero se preguntó si habría sido demasiado atrevido con 'Kiru, besándola de esa forma; y luego, segundo, si no debería haber sido algo más atrevido. No sabía más sobre la batalla de Ürumqi que Mikoyan Hidei, pero sabía que en ocasiones una estrategia atrevida podía ganar la victoria. Sin embargo, 'Kiru era totalmente sincera con lo de su compromiso y Evermore lo respetaba, por frustrado que le dejase. La hebilla del cinturón de su padre había dejado una marca en el muslo el día que le habían pillado con Beth-Lynn, y le había marcado con los límites de lo que podría intentar. La cicatriz en ocasiones le escocía, pero no podía rascarse con el traje puesto.

Cuando Evermore llegó finalmente al borde de la vela, Ratline ya había conectado la caja de instrumentos a la deriva de la paleta. La paleta defectuosa no era más que uno de varios bucles similares espaciados alrededor de la vela como los pétalos alrededor del sépalo. Aunque el cable era grueso como su brazo, Evermore tuvo que recordarse que estaba allí. El revestimiento era blanco, lo que fue de ayuda cuando las luces del traje lo iluminaron, pero seguía siendo difícil de ver contra el fondo salpicado del espacio. Miró hacia la nave, a 30 kilómetros por detrás y ligeramente por debajo en el marco de referencia de la aceleración. Parecía una nave de juguete, apenas visible como un disco, y oculta tras una reluciente cortina donde los gases de desecho de los motores eran atraídos por el campo magnético de la vela. Si levantaba el guante, podía contener toda la nave entre pulgar y dedos.

Girándose nervioso, miró hacia Júpiter, que había crecido hasta tener el tamaño de un guisante. No vio señales del atolón, pero claro, era imposible. Los asteroides en los Frigga y Thule tendían a ser cuerpos oscuros, y suponía que lo mismo se aplicaba a los trozos menores. Eso no le impidió mirar a su alrededor, como un hombre que esperase ver un fantasma.

—¿Cuándo llegaremos al atolón? —preguntó a Ratline, esperando que su voz sonase normal.

Ratline no miró la hora.

—Unos minutos más, supongo. Que no te afecte. Pasaremos por el medio y no te darás ni cuenta... y si no es así... —Rio—. Bien, tampoco te enterarás. De una forma u otra, no vale la pena engañarse. ¡Pifia! No encuentro nada malo con el sistema eléctrico. La salida de la bomba de flujo es nominal. Evermore, engánchate a la paleta... sí, mueve la línea de seguridad... y realiza una inspección física del cable. El revestimiento es resistente, pero puede que haya una grieta en alguna parte. Yo me impulsaré al otro empalme y comprobaré la corriente allí. No tiene sentido que te quedes colgado mirándome. ¿Dónde está tu cuchillo de rizo?

—¿Mi cuchillo de rizo?

Ratline sacó de una funda del muslo una hoja de metalocerámica que reflejó y magnificó la luz del sol. Evermore podía ver que el borde se volvía transparente donde la máquina le había dado el espesor de una sola molécula.

—En caso de que tengas que cortar un embrollo o una línea muerta.

—Yo... no tengo.

—Todo operario de obenque tiene uno. Uno se lo fabrica. Es parte de los ritos de... ah, pifia. Probablemente tú cortarías un bucle con corriente solo para ver qué pasaba con la tensión del bucle. Adelante. Busca señales de daño, debilitamientos o lo que sea. Reúnete conmigo en el otro empalme. —Hizo un gesto más o menos en dirección al otro extremo de la paleta.

Evermore cambió la línea de seguridad del trinquete a la paleta y se volvió una vez más hacia Júpiter. Al hacerlo, vio un punto brillante que no había apreciado antes, más brillante que cualquier otro objeto del cielo frente a ellos excepto el propio rey Júpiter. Lanzó un grito involuntario.

—¡Es el atolón! —dijo, sintiendo cómo el terror partía su coraza de indiferencia.

Ratline miró a donde apuntaba el muchacho.

—Muy brillante para un asteroide —dijo. Después de una pausa, añadió—: Se mueve. —Y un momento más tarde—: Frente a las piedras.

La tranquilidad de Ratline tranquilizó al muchacho, aunque se preguntó si Ratline no se enfrentaría a la muerte con la misma tranquilidad.

—¿Qué es?

—Es una nave —decidió Ratline—. Siguiendo el radial, desde Marte y frenando para las Autopistas Júpiter.

—¡Oh! —Evermore conoció el alivio y algo de vergüenza. La cara se le puso roja y se alegró de que nadie pudiese vérsela—. Oh. ¿Una nave? ¡Eh, 'Kiru! ¿Has oído lo que Ratline acaba de decir? ¡Ahí fuera hay una nave!

—Hoy en día hay mucho tráfico en la radial —comentó Ratline.

—¿A qué se debe? —preguntó Evermore.

—A la conjunción —le dijo Ratline—. Un tránsito más corto emplea menos boro, así que más o menos cada dos años se produce un incremento de tráfico en la ruta de la gran radial. —Examinó los cielos—. Probablemente haya veintenas de naves, colgadas desde aquí hasta Marte como un collar de perlas.

—Es una visión hermosa —dijo Evermore—. Como la estrella vespertina de la Tierra. Parece como si pudiese tocarla.

Ratline respondió riendo.

—No es probable.

—¿A qué distancia está?

—Es difícil saberlo. Podría ser de cuatro, como nosotros, y estar cerca; o una veinticuatro, muy lejos. O cualquier cosa entre medio. Es algo que jamás veíamos con las velas —admitió el anciano—. Nunca veíamos pasar a las otras.

Evermore asintió y siguió observando la chispa brillante.

—Me pregunto qué nave es.

—Es la *Henry Joy* —dijo La Joya de Loto a los tres oficiales del puente—. Estoy recibiendo los bordes de sus transmisiones a Puerto Galileo.

—Curioso. —Satterwaithe se volvió hacia Gorgas—. Hace unos días hablábamos de la *Henry Joy*.

—No tan curioso —propuso Gorgas—. O al menos no tanto como crees. Continuamente hablamos de las naves que conocemos o en las que hemos servido. ¿Cuántos nombres hemos repasado durante el tránsito? Cualquier navío que encontremos sería probablemente uno de los mencionados.

Satterwaithe no era una persona muy romántica, pero en ocasiones consideraba a Gorgas la antipartícula del romanticismo, destruyéndolo nada más tocarlo, lo que viene a demostrar que todo es una cuestión de grados.

—La *Joy* se dedica al comercio triangular —les dijo La Joya de Loto, transmitiendo la información interceptada por Nave—. De Marte a las galileanas, luego al oeste hasta Patroclos y de vuelta.

Gorgas gruñó y miró al tanque de trazado.

—Y para entonces Venus y la Tierra se habrán situado al este del Sol, lo que los sitúa bastante bien para un recorrido por el sistema interior. ¡Por Dios, eso sí que es una travesía! Vamos, no veo el sistema interior desde... —Suspiró lentamente y examinó un recuerdo que había surgido a la superficie—. Sería agradable ver la Tierra una vez más, ¿no? ¿Eh, número uno?

Para Corrigan, la Tierra era un mundo mortal y alienígena, pero sonrió amablemente y dijo:

—Supongo.

Satterwaithe le dedicó a Gorgas una mirada de extrañeza.

—Sentimental por la Tierra, ¿no? —Sus propios recuerdos de la Tierra carecían de sentimientos. Hileras de casas estrechas y sombrías situadas en calles estrechas y sinuosas, fachadas oscurecidas por una capa de polvo de carbón que siglo y medio de gas natural y lluvia de las Midlands no habían limpiado. De niña le había encantado, pero a los niños se les da muy bien amar y atesoran los lugares más improbables.

Gorgas miró hacia cierto espacio interior, inaccesible para sus compañeros.

—No, señora oficial de vela. No es la Tierra lo que echo de menos. —No dijo nada más, porque los otros se interrogaron por ello.

—Quizá deberíamos lanzar una señal —propuso La Joya de Loto. Cuando los tres oficiales le preguntaron *con qué*, ella respondió alegremente—: Oh, seguro que se nos ocurre algo. —Y dedicó a Corrigan una mirada preñada de sentido. El sentido era, por supuesto, que si todo había sucedido de acuerdo a un plan, entonces este encuentro cercano también debía ser parte del plan, quizá la nave y la carga debiesen perderse a efectos del seguro, mientras la tripulación huía en el último momento y era transportada a la *Joy*. En cuanto a la dirección de la mirada, ¿quién sino el navegante tenía los medios para disponer esas diversas colisiones y encuentros?

—¡Cierra! —gritó Miko y pulsó el botón de corte para el número dos. Perversamente, los rayos cristalinos gemelos siguieron parpadeando y Miko golpeó el botón una segunda vez, y luego una tercera—. ¡Desconéctalo, Riachuelo! ¡Apágalo, ahora! —Ya había golpeado el botón una cuarta vez antes de darse cuenta de que el motor se había apagado al fin. Se agarró la cara con las manos y contuvo un grito.

Bhatterji, sobrenaturalmente tranquilo, se le colocó detrás y le puso una mano al hombro.

—Tranquila —dijo—. Calma. —Luego, después de un momento—: ¿Cuál es el daño?

—Las espirales se sobrecalentaban —explicó Miko—. El aislamiento magnético empezó a destellar y yo cerré el motor. —El banco de sensores indicaba una nube de vapor alrededor del imán y ella capturó con el láser una espectrografía. Sus ojos pasaban de indicador a indicador, verificando la parada—. Debería de haber hecho falta más calor —dijo—. Deberíamos haber tenido al menos otras ocho horas antes de alcanzar el límite de corte. ¡Motores!

—¿Sí, Miko? —respondió Nave.

—Diagnóstico. Motor dos. Imán CoRE. Ejecutar.

—No hace falta que seas tan brusca —respondió Nave.

—¡Limítate a ejecutar el pifiado diagnóstico!

Bhatterji la agitó por los hombros.

—Para —ordenó—. ¡Le hablas a una IA como si fuese una persona!

—¡Lo es! Una persona aterrada y terca. No sabe lo de las velas, por lo que cree...

—Sabes que eso no es cierto. Es tu entrada la que altera la respuesta. La red neuronal retro-propaga a partir de lo que tú dices y empieza a imitarte. —Si alguien podía considerarse asustada y terca, pensó Bhatterji, era su ayudante—. Motores —dijo—. Equilibrio de impulso. Calcular. *Asume* impulso de vela, como entrada... así. Equilibrio de impulso. —Se volvió hacia Miko—. Tienes que mantener la suma vectorial a través del centro de masas de la nave, no ponerte a gritar por un corte lento.

—Pifiar. —La maldición resultó débil y poco entusiasta.

Bhatterji se sentó en la silla de agarre a su lado.

—¿Qué pasa?

—Es solo que... ¡Todo se está desmoronando! —Se cubrió la cabeza con los brazos—. Primero el capitán, luego los motores y transmisores, ahora la IA... —La nave, su refugio, se había convertido en una casa edificada sobre la arena.

—Yo arreglé los motores —le recordó Bhatterji.

Ella sacó la cabeza del refugio de sus brazos.

—Supongo que no lo suficientemente bien.

Bhatterji se encogió enormemente de hombros y ella presintió un momento de furia incontrolada en el hombre, muy similar al momento antes de que los iones compactados en la esfera anódica se fusionen. Pero el momento pasó, y los grandes

puños de Bhattejri solo se movieron una fracción.

—Supongo que no debería haber esperado gratitud, ni siquiera de ti.

La autocompasión de Bhattejri horrorizó a Miko. ¿Buscaba halagos? ¿Una objeción directa?

—¿*Nisiquiera* de mí? ¿Por qué debería estarte agradecida... amante de muchachos?

El ingeniero suspiró.

—Oigo a Ratline en tus labios. La combinación no te sienta bien. Si hubieses sido un muchacho, habríamos sido amantes. No tuviste reparos en seducirme cuando creía lo contrario. Si tú no obtuviste lo que deseabas, yo tampoco.

—¿Entonces estamos empatados? ¿Eso es lo que dices?

Él negó con la cabeza.

—No, los dos perdimos.

—Te tienes en mucha consideración, ¿no? ¿Qué te hace creer que yo perdiese nada? ¿Qué te hace creer que no me he acostado con todos los *hombres* de esta nave?

Bien podría haber lanzado bolas de nieve contra metaloceno por toda la reacción que obtuvo de la respuesta. Bhattejri movió la cabeza de un lado a otro.

—Me hubiese enterado.

—No sabes ni una *pifia*. ¿Alguna vez lo has intentado con una mujer?

Bhattejri se inclinó hacia ella y, aunque ella intentó apartarse, la mano la retuvo por el hombro.

—Una vez —dijo—, cuando era muy joven. No fue agradable para mí, y dudo que lo fuese para ella. En aquella época no me conocía a mí mismo.

—Y ahora sí.

Otro encogimiento.

—Conozco a alguien. Podría ser yo. —La soltó, se levantó y flotó hasta el panel de comunicación—. Termina el diagnóstico. Yo realizaré la inspección externa una vez hayamos pasado el atolón. Mientras tanto, debo informar a Gorgas que las velas ya no son... un lujo.

—Nunca fueron un lujo —le dijo Miko—. Fueron un sueño.

Él se volvió.

—Sí —no era una pregunta. No le dejó tiempo para responder sino que llamó de inmediato al puente. Miko, furibunda, se volvió hacia el panel de control y miró el espectrógrafo sin verlo realmente. ¿Cómo podía haber pensado en un acercamiento a este hombre? Había empezado a parecer amable con ella, un mentor, alguien a quien podía admirar sin amar. Y ahora estaba furioso, aunque ella no le había dado ninguna razón.

El espectrógrafo, cuando lo enfocó al fin, no le resultó familiar, y eso amplificó su irritación. Había memorizado todos los circuitos, todos los diagramas de fase, todos los procedimientos relacionados con los motores. Haber olvidado uno le parecía un fracaso, y Miko, no menos que Bhattejri, odiaba el fracaso.

—Riachuelo —dijo—, ¿qué aleación se muestra?

—El espectro no aparece en la bedé.

Que ella hubiese olvidado un espectro de entre varias docenas era una irritación. Que Nave lo hubiese hecho era asombroso.

—Busca en todas las bedés —dijo. Bhattejji había estado gorroneando. Podría haber usado una graduación de superconductor que normalmente no se usaba en ingeniería. Eso también explicaría el destello inicial.

—No se encuentra la aleación.

Miko frunció el ceño. Pero Motores podía acceder a todas las bedés de Nave, por tanto ¿cómo...? Se envaró. Todas las bedés menos una. Giró el asiento para mirar a Bhattejji. El ingeniero, habiendo terminado de hablar con el puente, vio algo en su postura o algo en su cara o simplemente algo en la velocidad del movimiento y se quedó inmóvil con un rostro como el corte de un acantilado. Miko regresó a la pantalla.

—Riachuelo, manda copia del espectro a 'Kiru en la sala larga. Mensaje. Para: Okoye. Texto: 'Kiru, ¿reconoces la aleación de este hobie? Fin del mensaje. Enviar.

—Luego volvió a mirar a Bhattejji, cuyo rostro no había cambiado en absoluto. Miko empezó a estremecerse.

La respuesta de Okoye llegó unos momentos más tarde.

—Nave me dice que es una aleación de bucle, empleada normalmente para focos, velas de cuchillo, paletas y otros campos pequeños. ¿Por qué?

Miko no respondió, sino que cambió el canal al puente y llamó al señor Corrigan. Y durante todo ese tiempo el ingeniero no dijo ni una palabra.

Hubo solo cuatro cosas a propósito de la paleta que sorprendieron a Evermore y la primera fue lo rígida que estaba. Colgaba en la ingravidez del espacio solo con un ligero soporte de las tirantes y correderas jarcias, pero ni siquiera se arrugó lo más mínimo cuando enganchó la línea de seguridad. Era casi como si fuese sólida.

El cable era tan grueso como su brazo y el revestimiento que lo rodeaba y mantenía su temperatura era blanco, y sin embargo la paleta poseía la habilidad de perderse de vista y ocultarse en la inmensidad negra tachonada de estrellas que la rodeaba. Ratline era una luz pulsante en la distancia; la nave, un disco pequeño a muchos kilómetros de distancia. Podía, si lo deseaba, imaginarse solo en el Abismo, a mucha distancia de cualquier cosa o cualquiera. La voz de Okoye en su oído, recitando parámetros de vela a través de la estática silbante, era una compañía fantasmal.

La inmensidad que le rodeaba poseía dirección y no solo extensión. Júpiter se encontraba muy abajo y Wasat justo al oeste, todavía más abajo, en el fondo de un cuenco inmenso. Era un abajo minúsculo, una mera sugerencia susurrada por la suma vectorial de las aceleraciones que actuaban sobre la nave y por tanto sobre él, pero suficiente para recordarle que, si se soltase la línea de seguridad, caería.

Podría caer a la nave, se dijo para confortarse. Los veleros lo hacían —los

veleros de verdad— y Corrigan le había contado que era cuestión de orgullo «caer bien». Y sin embargo, no se encontraba directamente sobre la nave, sino a unos 30 kilómetros a un lado. Debajo de él se encontraba... Wasat. Y en ese instante, Evermore conoció una pequeña fracción del horror que habitaba en la mente de Bhattherji.

Le llevaría —hizo el cálculo con rapidez, es decir, le preguntó a la IA del traje— veinte minutos completar la caída, tiempo de sobra para impulsarse hacia la nave y permitir que la nave le recogiese como una bandeja. Pero para negociar un aterrizaje como ese, teniendo en cuenta la velocidad relativa que adquiriría, exigiría habilidades expertas en el manejo del traje y, aunque Evermore se consideraba un experto en todo lo que no había intentado todavía, incluso su corazón gemía ante la idea de intentar algo así.

Las velas tenían cabos que llegaban hasta los motores de obenque y las gateras que bordeaban la nave, y los veleros generalmente los habían utilizado para viajar hasta las velas y volver, pero las paletas en sí surgían del borde de la vela y cada una no poseía más que un obenque en la parte superior. Convirtió ese obenque en su meta. Cuando llegase, tendría una ruta rápida y *segura* hacia la nave. Eso implicaba seguridad.

Evermore luchó por mantener el cable en el centro de su foco mientras se movía por la paleta. Incluso bajo mili, era difícil evitar girar y alejarse. Podría haberle dicho a Traje que mantuviese una altitud constante, pero no quería agotar sus chorros de movimiento en caso de que más tarde le hiciesen falta. Estaba, por decirlo suavemente, colgando de una cuerda floja sobre un pozo infinito, moviéndose como podía, una mano tras otra. *Ahora mismo debemos estar en medio del atolón*, pensó, y miró a su alrededor aún sabiendo que jamás vería nada.

—La corriente en la paleta ha caído a un tercio —anunció Okoye desde el interior de la nave.

Ratline respondió.

—Te oigo. ¿Ha habido calor?

—Espera un... no. No hay calor.

—Mmm. Entonces, no se ha producido incremento de la resistencia... No suena a normalización. Suena más bien a que un circuito se ha muerto.

Quizá la distracción momentánea fuese necesaria para que Evermore mirase al cable con ojos nuevos, porque cuando volvió a la inspección y agarró el bucle de vela, vio que tenía un corte longitudinal. El revestimiento estaba rígido, pero la tensión del bucle en paleta que presionaba contra el corte hacía que se abriese ligeramente, como si el cable le estuviese sonriendo a través de labios ligeramente abiertos. Sorprendido, Evermore miró al camino por el que había venido y vio que el corte tenía una buena longitud y que al principio no lo había visto.

—Oh, pifia —gruñó.

—¿Qué pasa? —preguntó Ratline por el canal traje a traje.

—Nada. —Evermore no quería admitir que había estado soñando despierto. Debió de seguir con la «inspección» en piloto automático mientras miraba la nave, buscaba el atolón imposible de ver y prestaba atención a la conversación entre 'Kiru y su jefe. Empezó a retroceder para dar con el lugar donde se había iniciado el corte. Un corte, se fijó, y no una rotura. El borde era demasiado preciso.

La búsqueda fue larga. Es decir, empezó a buscar a lo largo del cable, pero encontró el origen en menos de un minuto.

—¡Jefe!

—¿Qué pasa? —Sincronizados por la coincidencia, las voces de Ratline y 'Kiru se mezclaron en una armonía peculiar de barítono y contralto, así que respondieron al unísono.

—Han roto el revestimiento —dijo Evermore, apenas creyendo sus propias palabras—. El cable ha sido rodeado como un ancho de mano. Los grupos de cables están expuestos. —De hecho, al mirar más de cerca, los grupos de cables eran lo único que mantenía unida la paleta. Ese fue el segundo detalle de la paleta que le sorprendió.

—Repítelo —le ordenó Ratline, luego, cuando lo hubo comprendido, añadió—: Míralo con la cámara del traje. La IA puede cotejar mejor las imágenes.

Obedientemente, Evermore centró el daño en su cámara. El revestimiento estaba completamente retirado en un círculo alrededor del grueso del cable, dejando expuesto el aislamiento gris. Debió de ser por el color que no lo vio la primera vez, se dijo Evermore como excusa.

—Parece elegido —dijo Ratline—. Mete la mano y extiende el material de empaquetamiento... No te preocupes, la tensión del bucle pone el conjunto rígido... y sepáralo con los dedos. Quiero ver si hay daños a los manojos de cables y a las líneas de refrigeración.

Con algo de vacilación, Evermore cumplió. Ratline no le habría dicho que lo hiciese en caso de haber peligro de descarga. Metió la mano e intentó apartar el material. Tenía el aspecto del algodón y, a los sensores de retroalimentación de los dedos del guante, una consistencia esponjosa. Se estiraba y levantaba, pero solo parcialmente.

De pronto, sus dedos encontraron dónde habían cortado el aerogel. Metió los dedos en el corte y apartó los lados.

Era como abrir una herida. Vio varios conductos corriendo de izquierda a derecha. Uno de ellos parecía echar humo. Ratline le dijo que congelase la imagen de la cámara del traje.

—Una de las líneas de refrigerante está rajada —anunció el operario de obenque tras un momento de estudio—. Las gotitas supuran y se subliman en el vacío. ¿Qué pifia pasó aquí?

Okoye, observando la imagen desde la consola de vela, consideró que la respuesta era evidente. Alguien había cogido un cuchillo y había cortado el revestimiento para

obtener una abertura y luego cortar la piel como un cirujano haciendo una incisión. Recordó que los granjeros en el exterior de Afikpo solían tajar los árboles de esa forma. Escogían una zona del bosque y cortaban un anillo de corteza alrededor del tronco. Cuando los árboles morían, limpiaban la tierra y la cultivaban mientras el campo original se volvía salvaje y renovaba su fertilidad.

Hacerlo mataba a los árboles, recordó. Alargó la mano e incrementó la ampliación de la imagen. Evermore escogió ese momento para ir a otra parte de forma que Ratline pudiese examinar el corte longitudinal a través de la cámara. Okoye le dijo a Velas que recuperase la imagen anterior y la situase en una segunda pantalla.

Cuando la hubo ampliado lo suficiente comprobó que las líneas corrían por el cable como las venas, arterias y nervios por un brazo humano. (El aislante de aerogel podía incluso tomarse como tejido muscular, de la misma forma que la cubierta era la piel). Cerca de la línea de refrigerante rajada vio otro conducto sobre el que había marcada una línea brillante, donde había pasado el filo del cuchillo pero sin llegar a cortar. Más cerca, había otras líneas similares. Una era un manajo de cables como pelos de gato. Algunas de las hebras del manajo estaban cortadas, probablemente por el mismo golpe de cuchillo.

—Rave, señor Ratline, solo veo tres manajos de cable, no seis... y uno de esos está cortado y otro muy deshilachado.

Evermore regresó al sitio y se inclinó cerca para que la cámara captase la imagen. Ampliando la imagen para beneficio de los demás, Evermore también vio el destello donde una hoja había dañado los manajos de cables. Mientras miraba, la mayor parte de las hebras del segundo manajo se deshilaron y rompieron.

Evermore, cuando había salido con Ratline, había creído que podría darse el caso de morir gloriosamente —golpeado, quizá, por una piedra del atolón, o incinerado si el superconductor se normalizaba—. Para él la muerte era una pose, una escena de morfi, algo que podía imaginarse sin dolor. Era dramático sin drama; tenía patetismo sin pena.

Lo que no se le había ocurrido es que fuese a morir estúpidamente. Cuando vio que el manajo de cables se deshacía, alargó las manos instintivamente para agarrar ambos extremos del cable y mantenerlo unido. No fue una buena idea, porque la ley de Lenz decía que el flujo intentaría seguir constante y que al hacerlo provocaría una tensión considerable en la circunferencia de una vela y, como habían comentado varios veleros, una tensión del bucle «preocupantemente grande» de casi mil megapascales.

Lo que significa que, cuando se soltó el manajo de cable, los extremos se alejaron con una fuerza que los brazos humanos no podían contener. El extremo suelto podría incluso haber atravesado el revestimiento si el revestimiento no hubiese estado ya cómodamente cortado. Como una serpiente atacando desde su agujero, se agitó en una ráfaga de movimiento y cortó la mano izquierda de Evermore por la muñeca. El

peón miró sin comprender a la neblina que se esparcía como un aerosol bombeado al Abismo; por suerte (o no) no consideró su amputación durante más de un momento.

El fallo del sexto y último manajo de cable, provocado por el movimiento violento del quinto, hizo que el cable completo se dividiese por el corte a lo ancho y lanzó a Evermore al Abismo. El extremo de su línea de seguridad se deslizó hasta alcanzar el extremo roto; luego se salió, dejándole por segunda y última vez en su vida cayendo hacia el Abismo. Esa fue la cuarta y última sorpresa, porque el extremo suelto del cable le golpeó justo bajo la axila izquierda y atravesó las capas de kevlar y tejidos como si fuese un grueso cuchillo mellado —aplastando el *hardware*, rompiendo los tejidos, partiendo huesos y cortando arterias—. El brazo quedó cortado a la altura del hombro y tuvo un instante para contemplar ese extraño objeto suelto y giratorio que había formado parte de su cuerpo, antes de que se acabasen las sorpresas, los instantes y el yo.

Okoye no lo supo inmediatamente y tampoco Ratline. La corriente de la paleta había caído en el mismo momento que el quinto manajo de cables se rompió y Okoye había recorrido con la vista los indicadores y las luces de advertencia. Cuando volvió a mirar las entradas de las cámaras del traje, el último manajo ya se había roto, y no vio nada en el canal de Evermore excepto nieve.

—Rave —dijo, alarmada... pero eso era todo por ahora—. He perdido tu imagen. —Al no recibir respuesta, añadió (bastante estúpidamente, como pensó más tarde)—: Y también he perdido el audio. —Cambió de canales—. Señor Ratline, no puedo encontrar a Evermore.

Pero Ratline tenía sus propios problemas. Acababa de abandonar la caja del empalme para ir junto a Evermore y examinar el daño que el muchacho había encontrado cuando sintió la pérdida de tensión al extremo del cable y, reconociendo los síntomas por larga experiencia, dejó caer la longitud de la línea de seguridad antes de considerar conscientemente la cuestión. Era una propiedad que diferenciaba al velero vivo del velero muerto, porque normalmente el que piensa tiene desventaja aunque, como Evermore había demostrado sin pretenderlo, el que no piensa nunca también está en desventaja.

Ratline se encontró, tras un minuto de desorientación total, colgando del extremo de una maraña imposible consistente en parte de la línea de seguridad y en otra parte de la paleta rota. Las dos se habían enrollado más férreamente que las serpientes enamoradas. Incluso mientras estudiaba la situación (porque *ahora* era el momento de pensar), Ratline vio el extremo libre dar un giro y enrollarse una última vez alrededor de la línea de la caja de empalme, por lo que allí los aparejos tenían ahora el aspecto retorcido de una jungla tropical. Sufrió la fantasía momentánea de que el cable era una serpiente que le cazaba.

Con parte de su consciencia, oyó a Okoye llamarle; pero no tenía tiempo para charlar y no respondió. El cable, mientras lo seguía con la luz del traje, se había enrollado alrededor de algunos de los obenques del trinquete. No había forma de

liberar su línea de seguridad de ese embrollo horrible, así que solo le quedaba soltar la línea de seguridad del cinturón y salió de la madeja hasta poder llegar al cabo de gatera, por la que podría descender hasta la nave. Ratline solo pesaba un par de cientos de gramos —como media libra en la escala humana— por lo que aunque su masa era la misma de siempre, no le dañaría los brazos jugar a ser un perezoso durante unos minutos.

«A Genie le dará un ataque», pensó mientras trepaba por allí como Tarzán. Rehacer las jarcias llevaría mucho trabajo, y era probable que el grupo tuviese ahora un operario de vela menos. Consideró la idea de cortar el embrollo con su cuchillo de rizo —sintió, por alguna razón, una furia salvaje e irracional— pero no era una tarea a la que uno se enfrentaba a solas, al borde de una gran vela, sin línea de seguridad. Ratline no era un hombre que se acobardaba ante los riesgos, pero trazaba la línea cuando el riesgo no tenía sentido.

Respiraba profundamente cuando finalmente alcanzó el cabo de la gatera y la abrazó con brazos y piernas. Sin línea de seguridad, si se soltaba lo perdería todo. Puede que hubiese salido al granizo esperando, como había creído 'Kiru, morir; pero no significaba que, enfrentado a la idea, fuese a ayudar a acelerar las cosas.

La piedra

Hay un proverbio humano que dice que los problemas llegan de tres en tres. En parte, el proverbio es partenogénico, ya que uno deja de contar después de tres y empieza de nuevo, sin embargo, podría ser que hubiese una razón para que tantas culturas considerasen sagrado ese número.

La pérdida de la paleta del trinquete no era tan importante como la pérdida del imán CoRE del número dos. Desde una perspectiva superior, tampoco lo era la pérdida de Raphael Evermore, aunque eso solo demostraba que las alturas no eran las más adecuadas para obtener las perspectivas apropiadas. En cualquier caso, nadie podía estar seguro todavía de la pérdida de Evermore. Tan pronto como Nave informó que el motor número dos estaba desactivado Gorgas hizo que Corrigan recalculase la trayectoria. Satterwaithe, en todo caso, estaba encantada e hizo un guiño al navegante, porque las velas casi compensaban por la pérdida del motor. Llegarían a Autopistas Júpiter con algo más de velocidad de la debida, pero muy probablemente pudiesen desacelerar contra la magnetosfera joviana. Cuando, unos minutos más tarde, perdieron la paleta y quizá también el trinquete enmarañado, Satterwaithe se disgustó pero no se desesperó por completo.

Pero si en el alboroto ellos habían olvidado el atolón, La Joya de Loto no lo había olvidado. Era, por decirlo de alguna forma, su descubrimiento y sentía un interés propietario. El radar de escán iba de un lado a otro siguiendo el cono de su trayectoria, buscando por encima y debajo del plano de aproximación. En cuanto veía un cuerpo con un vector de mal aspecto le hacía ping con el radar de seguimiento. Ahora estaban tan cerca que los pings unitarios no exigían desviar energía, lo que estaba bien; pero eso significaba que estaban tan cerca que el paso de la roca seguía muy de cerca a la detección, lo que no estaba tan bien.

—Tenemos cabeceo —anunció La Joya de Loto cuando se apagó el número dos... porque un ligero vértigo le había informado de la pérdida de impulso a un lado de la nave. (El embrollo de la paleta del trinquete no la afectaba. Como Nave no tenía conocimiento de Vela, los impulsos de la vela no llegaban a su equipo sensorial; lo que es lo mismo que decir que para ella nada del comportamiento de las velas tenía sentido).

En ese momento de diversión, cuando el motor se apagó y la vela se enmarañó, Nave vio una piedra en mala aproximación. El vector iba tan directo hacia ellos que a La Joya de Loto le pareció como si de pronto le hubiesen clavado una aguja caliente en la palma de la mano.

—¡Piedra! —gritó—. Azimut, once en punto. Altitud, un grado y descendiendo, descendiendo. Acercándose en catorce. Trece...

—¡Motores! —dijo Satterwaithe—. Ladeo hacia las estrellas. Todos los cohetes. A toda potencia. ¡Ahora! ¡Ahora!

La sala de motores no sabía qué había ocasionado la orden, pero Bhatteji y Miko

oyeron algo en la voz de Satterwaithe que no habían oído antes y abandonaron el silencio frío y mutuo y saltaron a los paneles. Nave también había oído la orden, y ya había empezado a desplazar los cohetes de gran impulso a su posición. Era autoiniciación, lo que no era deseable en una IA, pero les ganó dos segundos de los once que les quedaban, así que nadie se quejó.

A los nueve segundos, los cohetes se fijaron.

A los diez segundos, vomitaron una furia química, agotando el combustible en una única descarga poderosa. Si *El río* llegaba algún día a Galileo, harían falta remolcadores y guindalezas para atracarla, pero tampoco nadie se quejó de eso.

El disco de la nave contenía una gran masa, y hacía falta tiempo para superar a la inercia. Los cohetes lucharon por desplazar la masa incluso mientras Satterwaithe ordenaba que se recogiesen los obenques ondeantes para cambiar la nave al perfil más pequeño posible contra la piedra que se aproximaba. Pero *El río* siempre había sido una nave lenta de controlar. Ni las jaulas ni las velas poseían la fuerza bruta concentrada de los impulsores de ladeo. Okoye obedeció la orden del puente, aunque Ratline seguía en el Exterior y Rave había desaparecido. Hay momentos en los que uno hace lo que debe hacer y la acción se convierte en una especie de anestesia.

A los siete segundos la *MS El río de las estrellas* comenzó a ascender; y La Joya de Loto había mandado otro ping a la piedra.

A los seis segundos había capturado y procesado el eco.

—¡Prepararse para el impacto!

—¡Más inclinación! —le gritó Satterwaithe al joystick—. Así. Así.

—No hay más Dios que Dios —dijo Corrigan.

—Vamos a pasar —dijo Akhaturian.

Gorgas miraba al tanque de trazado, donde un pequeño punto rojo se acercaba al punto verde de la nave. Podía convencerse a sí mismo de que todo sucedía allí, en un mundo en miniatura que no era del todo real.

A los cuatro segundos, abajo en su camarote, Bigelow Fife no podía pensar en nada más excepto mantener a 'Siska Wong todo lo cerca posible y maldecir a Eaton Grubb. Ahora mismo, podría haber estado a bordo del cúter, escapando, si no fuese por el cocinero entrometido. Juró que si 'Siska moría por ello, perseguiría al hombre y lo mataría.

A tres segundos, Mikoyan Hidei se alejó de su consola, ya que no tenía nada más que hacer, y vio que Ramakrishnan Bhatteji estaba sentado a su lado con los ojos cerrados, casi como si durmiese.

A dos segundos, Eaton Grubb, sentado en la cocina, el espacio más interior de la cubierta más interior, agarró a Veinticuatro deCant por la mano y le sonrió para demostrarle que la situación no era tan mala como parecía. Pero apretó la mano con demasiada fuerza para que la sonrisa fuese efectiva.

A un segundo, Eugenie Satterwaithe se retiró y, volviéndose, vio que Gorgas había agarrado con fuerza una barra de movimiento.

Después de todo eso —después de varias vidas completas de catorce segundos— el impacto en sí pareció anticlimático. Se produjo un breve estruendo, como un trueno lejano, que se oyó muy bajo en el puente, con gran clamor en la sala larga, apenas en la cocina y nada en absoluto en la sala de motores.

Bhatterji abrió los ojos.

—Bien, eso fue un gran jaleo por nada —dijo sin mirar a Miko.

Arriba, en la sala de control de vela, Nkieruke Okoye tenía una perspectiva ligeramente diferente. El impacto había resonado sobre su cabeza como si Dios en persona hubiese saltado como un colegial sobre el casco. Podía pensar que era un gran jaleo, pero no que no había sido nada.

—Ratline —gritó—. ¿Sigues ahí? —La imagen de vídeo de la cámara del traje decía que sí, o al menos que el traje lo estaba. No recibió alegría en esa respuesta.

Sistemáticamente, verificó las lecturas del traje y comprobó que eran consistentes con un ocupante vivo. Lo que no vio fueron los fragmentos de papel que a su espalda volaban vacilantes hacia el portal de la sala de mantenimiento de vela.

Gorgas se encontraba junto al tanque de trazado con las manos a la espalda. Una mano agarraba y masajeaba la otra en un movimiento inquieto que su cuerpo ocultaba al resto de los oficiales de cubierta. De vez en cuando las dos manos formaban puños.

—¿Informe de daños? —preguntó.

—El casco está roto en tres puntos —informó Nave—. La nave pierde aire.

—Cierra las puertas herméticas —ordenó el capitán—. Contén las fugas. Motores, ¿cuál es la situación?

Una serie de golpes distantes le indicaron que Nave sellaba las fugas. Un esquema parpadeó en una de las sixtinas y aparecieron una serie de barras negras que indicaban el cordón.

—El motor dos está parado, pero se puede reparar —informó Bhatterji—. Parte del hobartio empleado para cablear el imán CoRE no tenía las propiedades adecuadas. Si rebajamos los parámetros operativos...

—Este navío —informó Nave— no posee suficiente aceleración de frenado para asumir HoJO. La parada manual impide el reinicio del motor dos.

Gorgas parpadeó ante ese comentario no solicitado.

—Como debe ser, si el imán está dañado. Vela, ¿situación?

—No puedo encontrar a Rave —dijo Okoye—. No recibo señal de su traje.

Gorgas hizo un gesto hacia La Joya de Loto y con la mano cubrió una porción de espacio. La sysop le comprendió y realizó un barrido de radar de la región del espacio hacia la que era más probable que hubiese sido lanzado Evermore.

—Comprendo, Vela. Le buscamos. ¿Qué hay de la vela?

La respuesta de Okoye tardó en llegar. Al menos así se lo pareció a Satterwaithe y Corrigan, porque lo que aparecía en el repetidor del puente no era muy agradable.

—La paleta del trinquete está embrollada y es inútil. El trinquete en sí está embrollado, perfil magnético reducido por la pérdida de aceleración. Y, ¿capitán...?

—No hay velas —insistió Nave—. Depender de las velas es un comportamiento demente.

La IA empezaba a irritar a Gorgas. No tenía derecho a psicoanalizar a los humanos, especialmente si sacaba conclusiones a partir de datos incompletos.

—Déjalo, Nave. ¿Sí, Okoye?

—Mmm, el otro avatar de Nave me dice que las velas restantes están siendo envenenadas por una niebla iónica de elevada temperatura.

—Así que es eso... —susurró Satterwaithe, que examinó su consola con mayor diligencia.

—¡Una niebla iónica! —dijo Gorgas.

—Sí, señor —dijo Okoye—, pero Velas no sabe proponer una fuente.

Gorgas también estaba confundido. Miró a Satterwaithe.

—¿Oficial? Tienes más experiencia. ¿Podría ser eyección coronal?

Satterwaithe negó con la cabeza.

—No observamos ninguna llamarada solar, ni tampoco hemos interceptado noticias de ninguna. Las eyecciones jovianas del Paso de Io son demasiado frías para envenenar las velas. —Sus dedos bailaron sobre el panel de control virtual y conjuraron un mapa en falso color del campo magnético, cortesía del avatar Velas. La zona envenenada destacaba en naranja. Corrigan y Akhaturian se habían situado detrás de ella.

—¿Biosistemas? —continuó Gorgas—. ¿Informe de daños?

—No hay alteraciones, capitán —respondió Grubb—. Un ligero descenso de la presión del aire en algunas zonas de la nave, eso es todo. Eso será alrededor de las fugas. Todo volverá a la normalidad una vez que las puertas estén cerradas.

—Gracias. Asegúrate de realizar un examen visual de todas las puertas. ¿Medicina? ¿Algún herido?

La voz de Wong vacilaba al borde de la histeria.

—¿Quiere decir aparte de Rave? No puedo localizar las señales de su medbot. Creo que está... creo que está...

Akhaturian, todavía de pie detrás de Satterwaithe, se apartó de la pantalla en la que aparecía la doctora. La doctora exageraba. Rave aparecería. Por alguna razón había perdido el contacto por radio, eso era todo. Desde el borde de la vela le llevaría veinte o treinta minutos alcanzar las esclusas de personal en el casco. Solo habían pasado diez minutos de reloj. Diez o veinte más y estaría llamando a la puerta.

Gorgas miró a la sysop, quien se había retirado la cofia. La Joya de Loto negó lentamente con la cabeza.

—Algunos objetos pequeños más o menos en esa dirección —dijo—, a juzgar por el brillo del eco. ¿Hago ping?

Gorgas ordenó y consideró posibilidades. Uno de los ecos bien podría ser el muchacho. Sin embargo, con el vector que le mostraba la sysop y la propulsión de la nave malograda, cualquier rescate o, más probablemente, recuperación, era

imposible. ¿El cúter estaba operativo? Grubb lo había mencionado, pero necesitaba a Satterwaithe y a Corrigan, los dos únicos pilotos cualificados, aquí con él. Una lástima. Evermore había sido un chico con posibilidades, pero no era el primer humano en sacrificarse al Abismo.

*Oh, concede tu misericordia y tu gracia
a los que se aventuran al espacio.*

Subrepticamente, Gorgas se persignó.

—No —dijo—. Mantener curso.

Wong, con un gesto convulso, cortó la conexión.

Satterwaithe, distraída un momento por la orden de Gorgas, asintió mostrando su acuerdo antes de volverse para seguir analizando el campo magnético. Corrigan, el navegante, conocía los hechos y tampoco protestó la orden. La Joya de Loto podría haberse sentido inclinada a discutirla, porque para ella los hechos de la navegación significaban menos que la pérdida de un joven, pero mantuvo la paz, porque había visto cómo Gorgas se persignaba y sabía que la decisión del hombre no había sido casual.

Pobre Rave. Pensó que debería haberle dado lo que tan claramente había ansiado. Rascar el picor que él no podía rascar por sí mismo. Estaba claro que la chica no lo haría —¡y en perspectiva qué cruel había resultado!—. El segundo peón era —había sido— más joven que la mayoría de los hombres con los que había disfrutado y, al ser de la Tierra, era incluso más joven que los años que tenía; y sin embargo, no era tampoco tan joven y ciertamente ahora ya no envejecería más.

La Joya de Loto no amaba al joven peón. Ni siquiera estaba claro que amase a Corrigan, porque ella amaba eléctricamente: sus cargas se movían en sentido opuesto a la corriente. Es decir, ella invitaba el amor de los demás y confundía con amor la gratitud que sentía al recibirlo. Incluso así, creía que el muchacho había acumulado demasiado voltaje y tendría que haberse descargado, simplemente como favor.

Allá arriba, en la sala de control de vela, la chica igbo se movía robóticamente, como si algo en su interior se hubiese descargado.

—Las áreas envenenadas —señaló Corrigan— corresponden a las localizaciones de los motores. ¿Ves aquí y aquí? Son los sectores de los motores. El plasma queda atrapado y se mueve por las líneas de campo.

—Entonces, ¿por qué no hay envenenamiento aquí? —preguntó Satterwaithe, indicando el cuarto final del disco.

—Motor tres está disparando ortogonal, a lo largo del diámetro corto del campo. Los otros motores... Fíjate que el color es más apagado aquí, donde el motor dos se ha parado... Los otros tres han estado disparando radialmente desde que viramos la nave, siguiendo el diámetro largo del campo. Miko... —Corrigan llamó a la sala de motores empleando el micro silencioso—. ¿Podrías situar una copia del patrón de penacho en el visor F? Gracias. —Esperó otro momento hasta que apareció y luego,

como Nave no podía coordinarlos, superpuso manualmente los dos conjuntos de datos—. Ahí, ¿lo ves?

Satterwaithe quedó convencida. Se volvió para mirar a Gorgas.

—Hay que ralentizar los motores, o perderemos las velas por completo.

—No se permitirá más reducción del frenado de motores —anunció Nave.

Ivar Akhaturian agitó la cabeza.

—Nos hace falta ese contacto entre avatares.

En su niñez —una niñez que había sido penosamente breve— al pequeño Timmy Ratline le había encantado lanzar piedras sobre la superficie del lago tras la casa de verano de sus padres. Le gustaba cómo rozaban la superficie del agua, rebotando, y salpicaban, casi como si intentasen volar. A casi cien kilómetros por segundo, la roca que había rozado *El río de las estrellas* había pasado demasiado rápido para poder darle un vistazo. Pero podía seguir su avance a través de las salpicaduras que había creado a su paso.

¿Salpicaduras?

La idea le desconcertó mientras descendía el embrollo. Se había improvisado una nueva línea de seguridad usando el cinturón de equipo, pero avanzaba con cautela, no fuese a ser que la fricción contra el cable quemase el tejido.

Debajo relucía una aurora de verdes y azules. Ahora veía que las «salpicaduras» eran géiseres, donde el casco se había roto, y el aire salía del vehículo como de una ballena respirando. Una ballena mutante, porque vio que había cinco de esos géiseres. Los gases se congelaban formando una escarcha que relucía en las sombras y se sublimaban al darles el sol. En otras partes, los penachos de los motores, trepando por las líneas magnéticas como enredaderas por las espalderas, rompían e ionizaban el oxígeno y el nitrógeno, y se abrían flores de los colores sombríos que se decían preferían los fantasmas. Era uno de los espectáculos más terriblemente hermosos que hubiese visto nunca.

Llegando finalmente a la cruceta, Ratline se detuvo para recuperar el aliento. Ahora estaba directamente sobre la nave, a unos cientos de metros. Podía ver dónde había dado la piedra errante: un punto retorcido cerca de la parte delantera de la nave, dos más en la elevación del casco, y —curiosamente— dos más en el cuarto posterior donde el casco volvía a descender. Ratline gruñó con un humor amargo. Pobre Genie. Si ella no hubiese ladeado la nave, la piedra probablemente habría fallado por completo o, en el peor de los casos, solo hubiese causado el primer corte. Se preguntó qué miembro de la tripulación sería tan comadreja como para decirlo y decidió que sería el alegremente malicioso cuenta rumores de la cocina.

Con la lengua encontró el cambiador de canal y lo pasó al circuito de mando.

—Capitán —dijo, refiriéndose, como siempre, a Eugenie Satterwaithe—. Aquí Ratline. Estoy en el Exterior. Tenemos géiseres de aire. Tres. Y dos puntos más que podrían estar perdiendo lentamente. El mayor parece estar situado justo sobre la sala de mantenimiento de vela. —Pero todo lo que recibió como respuesta fue estática.

Volvió a mirar a los fantasmas retorcidos de aire ionizado y las auroras que lo recorrían y dudó que alguien hubiese podido oírle.

Mientras miraba al gran disco, la nostalgia agarró a Ratline por la garganta y se le ocurrió la idea de dejarse caer libremente hacia el casco como tantas veces había hecho durante su madurez. Y por tanto se soltó de la línea y, plantando los pies en la cruceta, se lanzó de cabeza contra el casco con la intención, en el último momento, de girar los pies antes de tocar.

Y sin embargo, sucedió algo muy extraño. Mientras caía, la nave comenzó a desplazarse hacia un lado y comprendió que sus instintos se la habían jugado. La nave desaceleraba *de lado* y la suma vectorial no pasaba exactamente por el mástil, sino que poseía una marcada componente radial. Se sintió como un hombre que tras tirarse de un rascacielos ve cómo la red de seguridad se va moviendo a un lado.

El primer golpe distante distrajo a Okoye del panel, donde seguía los progresos de Ratline a través de las imágenes de la cámara del traje. Pero la señal se iba perdiendo, y cuando regresó a la pantalla había desaparecido por completo. Pasó el receptor a otro canal, deseando por una vez ser La Joya de Loto y experta en todas las formas de comunicación. ¿Algo interfería con la fuente o se había cortado? No podía creer eso último. Cualquier cosa que pudiese destruir a Ratline se llevaría por delante la mitad del sistema medio. Siguió en su puesto, porque el jefe de obenque seguía ahí fuera.

La cubierta reverberó y oyó otro golpe. El sonido la dejó perpleja, porque con toda seguridad a estas alturas ya habían pasado el atolón. Luego volvió a oírlo y esta vez el portal de la sala de mantenimiento de vela se cerró y 'Kiru comprendió al fin. Gorgas había ordenado el cierre de las puertas estancas.

Tres minutos más tarde, sin haber obtenido todavía noticias de Ratline, observó cómo medio metro de sensor de fibrop pasaba a su lado de camino a otra parte. Sin comprender del todo su importancia, siguió su avance mientras bailaba y se retorcía por el aire hasta acabar descansando entre una veintena de otros objetos ligeros contra la rejilla de ventilación.

—Vaya, por lo que parece ahí hay maíz maduro —dijo. Se soltó y fue hasta la rejilla donde, colocando la mano delante, pudo sentir la débil corriente de aire que salía de la sala. Volvió a mirar a la cubierta superior, donde había oído el paso de Dios—. ¿No podías haber encontrado un escarmiento menos terrible? —le preguntó a su *chi*—. Me gustaba el chico, pero yo... —Pero un adulto no se queda quieto, decía el proverbio, mientras ve morir a una cabra ahogaba con su propia cuerda—. ¿Nave?

—Lista, señorita Okoye.

—Vela.

—Lista.

—Sistema de seguimiento y comunicación. Nodos disponibles. Listar.

—Clarificación. Quiere saber si puede mantener el contacto con el señor Ratline desde alguna otra consola.

—Ah, sí. Creo... creo que este sector pierde aire.

—Esperar. Sensores. Confirmado. Caída de presión, la sala larga...

—Aborta. En realidad no lo *quiero* saber.

—Nodo principal, sistema de comunicación. Consola de puente... cancelar. Consola de puente en uso. Consola de biosistemas, reconfiguración para el uso solicitado. Confirmado. Puede transferir el nodo a biosistemas.

—Gracias. Mensaje. Para: Eaton Grubb. Texto:...

—Se ha informado al señor Grubb de su llegada.

—Ah. Gracias.

—Se aconseja una pronta partida, señorita Okoye. La base de datos indica que la baja presión de aire no es óptima para el funcionamiento de las entidades.

—Sí. Eso había pensado yo también. «El sol está cubierto de sangre». —Pero apagó el panel y lo aseguró. Luego, metiéndose en la bolsa las notas y el registro, se la pasó sobre el hombro y saltó hacia el portal de la escalera del cuadrante principal.

Para encontrárselo bloqueado por una puerta estanca.

En conjunto, había cuatro salidas de la sala larga, aparte de la que llevaba a mantenimiento de vela, y las cuatro, descubrió con rapidez, estaban cerradas. Okoye hizo una pausa frente a la última y se frotó la barbilla.

—«¿Cuál es el camino que debo seguir?» —se preguntó, y comprendió la respuesta al plantear la pregunta. Se había acostumbrado de tal forma al traje de vacío que había olvidado que lo llevaba puesto. Una sonrisa breve y triste dividió su cara —. Claro, el exterior, evidentemente.

Tras decirlo, saltó al bastidor de traje y cogió el casco. Allí, se detuvo, congelada, mientras los recuerdos la destruían como una piedra a cien kilómetros por segundo. La última vez que se había encontrado allí, y la última vez que había sostenido el casco, fue cuando había amenazado con salir junto a Rave Evermore.

¿Y de haberlo hecho ahora él estaría a salvo? ¿O habrían desaparecido los dos? Se había sentido tan aliviada cuando el señor Ratline le había ordenado quedarse... y ahora el recuerdo de ese alivio era su castigo. Evitó, incluso en su mente, el significado probable de *desaparecido*, pero se limpió los ojos antes de encajarse el casco, porque gotas sueltas en el interior podían empañar el visor.

Emergió en el casco superior para encontrarse en una tierra fantástica de color y nieve. El aire salía ondeando de una rasgadura frente a ella y se congelaba en una nevisca fría y antinatural que se sublimaba en vapor cuando lo tocaba el aliento de los motores. A su alrededor el vacío se llenaba de colores débiles.

De ese torbellino surgió una figura. Okoye intentó asegurarse que era Rave Evermore, salvado por el valor, la habilidad y la suerte. Pero los colores y marcas del traje la llamaron mentirosa antes de que pudiese siquiera sentir esperanza.

Al principio, pensó que el hombre bailaba y se preguntó si sería *Imo muri*, el dios río, descendiendo del mismísimo río de las estrellas para llevársela. Pero luego se dio cuenta de que eran los brincos de un hombre que había aterrizado a gran velocidad y con ángulo. Ratline. La figura se inclinó y resbaló, y Okoye contuvo la respiración,

porque le dio la impresión de que iba a saltar por el borde del casco y acabar convertido en holocausto en el fuego del motor número uno. Dado el vector poco habitual de la nave, el casco no solo parecía una colina que descendía desde el mástil, sino también una colina inclinada y elevada por efecto de algún cataclismo subterráneo.

Okoye tiró del agarre de seguridad de su cinturón y lo fijó a un ojal del casco y luego se lanzó hacia el jefe de carga saltarín.

Pero Ratline agarró una aleta de radiador, se soltó y chocó contra la otra aleta. Eso le aturdió, pero conservó consciencia suficiente para agarrar el tubo, alrededor del cual giró con los tobillos en alto como un bailarín cosaco. Ya había conseguido ponerse en pie cuando vio a Okoye. Con el aliento entrecortado, gritó por el canal del traje:

—¡Dos fuera, Okoye! ¡Dos fuera, uno dentro! ¿Quién te dijo que EVAdieses?

Era solo el horror de haberse salvado por tan poco lo que alimentaba su furia, porque ¿quién es el más temeroso sino aquel que guarda todos los terrores en su interior?

—¿Dos fuera, viejo? —Okoye respondió con furia a la furia—. ¿Cuando solo veo a uno? ¿Dónde está? ¿Dónde?

Ratline se peleó con la frase y se preguntó quién era la mujer. Desde hacía tiempo buscaba el fuego en el interior de la chica tranquila, pero se había acostumbrado tanto a sus silencios que el asalto verbal le desconcertó.

—¿Evermore? Se ha ido.

A Okoye le enfureció que no pareciese más preocupado.

—¿Ido, viejo? ¿Ido en qué dirección? ¿Podemos llegar a él a tiempo?

—No tiene sentido, niña. No tiene sentido. No vi lo que pasó. La paleta se soltó y... No creo que hubiese tiempo.

¿Se oía la voz ligeramente rota? No creía que el viejo tuviese lágrimas en su interior.

—Si Rave se hubiese quedado dentro —respondió, con la fuerza y el ímpetu de la paleta del trinquete— estaría a salvo dentro. —Y quizá Ratline hubiese estado junto a ese cable al soltarse. Quizá Ratline estaría ahora «desaparecido». Era pecaminoso desear que otro sufriese el destino de Rave, y además era un deseo vano.

Ratline rio, aunque no era una risa de diversión, y señaló a los géiseres de aire que se encontraban delante de ellos.

—¿A salvo dentro? ¿Y cuánta seguridad es esa? —Hizo una pausa y contempló el espectáculo. Después de un rato, más calmado, dijo—: ¿Hay alguien más herido?

Okoye movió la cabeza, pero tuvo que obligarse a hablar.

—No en el sentido de la pregunta.

—Morirán en cuanto se vacíen los compartimentos estancos —dijo Ratline... Se refería a los géiseres, no a la tripulación—, pero en cierta forma son hermosos.

—¿Por qué? —le preguntó ella.

Y Ratline, que no era conocido por su conocimiento de los demás, comprendió que ella no preguntaba por qué los géiseres eran hermosos, sino por qué había desaparecido su amigo. Él no podía ver la cara de Okoye a través del visor de su traje. Todo lo que podía ver era el reflejo del sol y las estrellas. Como si hubiese una galaxia dentro de su traje.

—¿Por qué? No hay un *porqué*, Okoye. Solo hay *qué*, y en ocasiones *cómo*. La vida no tiene sentido, ¿por qué iba a tenerlo la muerte?

—Eres un hombre terrible. No eres un hombre. De ti ha desaparecido todo lo humano.

—Cuando ves morir a tanta gente como he visto yo, no te afecta tanto.

—¿Y eso es algo bueno?

Ratline no tenía una respuesta para esa pregunta. No estaba seguro de que hubiese «cosas buenas» y «cosas malas», solo «cosas» —para soportarlas o no, sin quejas—. En eso, él realmente era uno con los viejos paganos. No los nuevos paganos, con sus laureles y solsticios y sus tardías reconstrucciones *post-cristianas* de un pasado muerto; sino de los de verdad: esos estoicos que habían mirado de frente a los pesares del mundo sin lamentación o pena. Pero aunque podría considerarse admirable soportar los propios pesares de esa forma, era muy diferente soportar así los de los demás.

La inspección

Ivar Akhaturian rebotaba por el pasillo del anillo C de la primera cubierta inferior. Todo en este sector estaba iluminado por el pálido resplandor rubí de las lámparas de emergencia, por lo que suelo, paredes y techo parecían bañados en sangre. Dotaba al pasillo de una apariencia extrañamente vacía. Las sombras parecían más oscuras de lo habitual, o quizá simplemente de un tono más oscuro de rojo. Pensó en Rave Evermore. Girando una esquina de un pasillo radial, se lo encontró bloqueado por una puerta estanca y, sin detenerse, rebotó para encontrar otra ruta a la cocina. Al hacerlo, sus pies golpearon la braza circular y el apoyo emitió una reverberación vacía, de un registro bajo, como si una campana de iglesia hubiese sonado en las entrañas de la nave. El eco le hizo comprender lo pequeño que era él y lo grande que era el navío. Podría rebotar durante días siguiendo estos pasillos sin encontrarse a otra alma viva. Deteniéndose en el pasillo de intercepción del anillo, prestó atención y no oyó nada. Bien podría estar solo en la nave.

No estaba seguro de cómo se sentía con la pérdida de Rave. El muchacho mayor le había atormentado, pero Ivar ahora le echaba de menos, como echaría de menos un diente arrancado. Nunca había pensado que Rave fuese terriblemente inteligente —a menudo se había imaginado al muchacho como un tronco de madera— pero había sido fiable y sólido —lo que, ya puesto, también eran atributos de los troncos—. Sabía intelectualmente que el segundo peón había sido un mago con la omniherramienta. Había oído tanto al señor Bhatteji como al señor Ratline comentarlo. Pero ese tipo de creatividad Ivar la consideraba simple destreza, en el mismo género que el maravilloso oso bailarín. Era más bien un truco de espectáculo. No estaba en la misma categoría que los cálculos de navegación, que eran en realidad maravillosos y complejos.

Ivar encontró el pasillo alternativo y le agradó que este estuviera completamente iluminado. Le hizo sentirse como si hubiese regresado a la nave desde algún otro lugar, aunque las luces le mostraban lo solo que estaba de una forma que no habían logrado las sombras. Al menos en los pasillos oscuros podía fingir que había otras personas al otro lado de la oscuridad.

Oyó voces. La doctora Wong y el pasajero estaban en la cocina.

—Todo lo que sé —decía la doctora Wong— es que no podía detectar señales de sus medbots.

Se refería a Rave. Ivar se preguntó si la falta de señales hacía que el chico estuviese más muerto que si estuvieran parpadeando aterradas en la consola de la doctora Wong. El pasajero respondió algo que no pudo entender. Por alguna razón, el sonido apagado de las voces hizo que Ivar se sintiese más solo. *Todo esto es un mal sueño*, se dijo, pero sabía que mentía y ese conocimiento negaba todos los beneficios del autoengaño.

Al entrar en la cocina se encontró al señor Fife sentado en una silla de sujeción

frente a la larga mesa, comiendo algo de un plato fijado. La doctora, como era habitual, estaba de pie. No estaba acostumbrada a las sillas, le había dicho a Ivar en una ocasión, e incluso en mili habitualmente permanecía de pie, sosteniendo el plato con la mano izquierda y el tenedor con la derecha. Una posición incómoda, opinaba Ivar. No comprendía cómo podía ser la preferencia de nadie. En ocasiones había visto a la doctora colocar el tenedor u otro objeto pequeño en medio del aire, como si fuese un estante, solo para que cayese lentamente al suelo. Al principio, Ivar creía que lo hacía deliberadamente, como una broma. El mismo Ivar a menudo hacía el payaso. Solo más tarde comprendió que era simplemente un hábito. Ella se volvió al sentir la entrada de Ivar y sonrió.

—Vaya, hola.

Ivar Akhaturian pensó que la sonrisa de la doctora era más triste que las lágrimas de la mayoría de la gente. No sabía por qué lo pensaba. No es que la dama fuese persistentemente melancólica, aunque parecía sufrir muchos cambios de humor, sino que la débil curva de sus labios de alguna forma le recordaba la destrucción del Viejo Primer Hábitat, cuyos restos seguían acomodados en las profundidades heladas del valle bajo la pared del borde de Calistópolis. VPH había sido en su época un centro bullicioso que acomodaba a los pioneros enviados para preparar lo que se había denominado «Base Calisto» y a menudo Ivar se había sentido un poco triste al ver su estado actual. Planeaba visitar las ruinas cuando *El río* llegase finalmente a Puerto Galileo y tuviese permiso para ir a tierra. Ganímedes rozaba Calisto cada doude-día; es decir, cada doce días o «semana duodecimal» y los trasbordadores corrían con frecuencia entre ellos.

Quizá pasase también a ver a su madre.

—¿Está aquí Veinticuatro? No puedo quedarme mucho tiempo. Voy a ir con el señor Grubb y el señor Bhatteji a examinar los daños.

—¿En los sectores rotos? —preguntó la doctora Wong—. ¿No es peligroso?

—Sí. ¿Dónde está Veinticuatro? —Quizá tuviese la cabeza suelta, porque giraba continuamente de un lado a otro.

Fife no levantó la vista de la comida, que era pollo de mármol, una mezcla de cárnica blanca y oscura. No era un parangón de su clase, por mucho que Grubb la hubiese mezclado él mismo y la hubiese dejado para que deCant la preparase. Fife era un hombre que valoraba la comida, lo que era una pena, porque Veinticuatro era una chica que la consideraba una necesidad molesta. Por tanto, la cárnica estaba demasiado hecha y el sabor era solo adecuado.

—Está en la cocina —le dijo Fife al chico con considerable pena. Luego, reprodujo en la cabeza los comentarios del muchacho y levantó la vista—. ¿Por qué inspecciona los daños el cocinero? —No añadió *en lugar de prepararme la comida*, porque cuando buscaba información no sobrecargaba las preguntas con elementos irrelevantes.

La doctora Wong le puso la mano en el brazo.

—Te lo he dicho, Big'. Eaton es el biojefe. Es él quien se asegura de que nuestra biosfera permanece viable.

Fife gruñó y volvió a concentrarse en la comida. Esperaba que el tipo fuese tan buen jefe como era buen chef. Miró a su brazo, luego a 'Siska y atribuyó la falta de ardor de su roce a la tensión del día anterior. Se habían abrazado en el momento del impacto, él y la doctora, agarrándose con fuerza, tanto por miedo, creía, como por atracción.

¿Por qué ni siquiera en mis pensamientos empleo la palabra amor ?, había escrito en su diario. *¿Es que temo al amor o es que temo que de alguna forma no lo sea?* Había meditado durante un tiempo por el segundo uso de *temer* antes de dejar que se quedase y registrar la entrada en memoria.

Había creído que la nave quedaría destrozada y que, alejado del bote que había preparado tan cuidadosamente, moriría, y de alguna forma perversa había preferido que fuese enroscado con la doctora. Había sido confortante —si no un apaciguamiento de miedos, al menos los habían compartido—. Había jugueteado con una ecuación de flujo como medio de encapsular ese pensamiento. El miedo por milímetro cuadrado se reducía cuantos más milímetros cuadrados de alma lo compartían. Muchos de sus aforismos más concisos los había expresado con esos engreimientos matemáticos. Sin embargo, la teoría no lograba explicar por qué no era así con el amor que, a diferencia de la luz, se reducía con el volumen iluminado.

Cuando volvió a levantar la vista de la comida, el muchacho Akhaturian ya se había ido.

—Mirándole —le dijo a su amante— jamás sabrías que su amigo acababa de morir.

—Estoy segura de que le duele por dentro —dijo—. Puede que todavía esté en la fase de negación. Algo como la muerte no se vuelve real de inmediato, especialmente en los jóvenes.

—Por eso he dicho «mirándole» —indicó Fife. Siempre intentaba hablar con precisión y le irritaba que los otros no comprendiesen la precisión, e intentaran refutar las afirmaciones que no había hecho. ¿Quién podría descubrir si el muchacho lo sentía por dentro o no, si, como 'Siska había señalado, ni siquiera el propio Akhaturian lo sabía todavía?

—Todos nos sentimos malamente por Rave —dijo Wong.

Fife no corrigió su gramática, porque sospechaba que la afirmación era literalmente cierta y que ninguno de los sentimientos generales era especialmente adecuado. 'Siska había llorado un poco cuando quedó claro que el muchacho —vivo o muerto— estaba perdido para la nave, pero su pena no había sido nada comparada con lo que había sentido cuando se produjo el accidente de la ayudante del ingeniero. Se preguntó si en este caso sería porque a pesar de que el resultado había sido mucho peor, no había sido culpa de la doctora.

La gente en ocasiones me regaña diciéndome, escribiría más tarde en su diario,

que no siento tan intensamente como los otros, pero sospecho que mis sentimientos son más honrados que los suyos. Si mis sentimientos no son tan profundos, al menos no cambian de profundidad por mis circunstancias. La muerte del chico había sido una tragedia, claro, y escribiré una carta a sus padres para expresar mi pesar, y quizá les ofrezca una anécdota para que le recuerden. Pero es una tragedia en el sentido más radical del término, surgiendo de la propia hubris del muchacho. Ese Evermore había pretendido aprender sus tareas sobre la marcha. Oí que la chica igbo lo decía a sus compañeros la pasada noche. Un hombre que cree en sus habilidades puede que tenga éxito el noventa y nueve por ciento del tiempo, pero ese uno puede matarle. (Eso sonaba a aforismo, pero no era del todo adecuado).

Rave Evermore era también objeto de discusión en la cocina. Allí, Veinticuatro deCant se preocupaba de su falta personal de lágrimas.

—Siento que debería llorar —le dijo a Akhaturian por encima del duelo de los ventiladores que se afanaban en mantener limpio el aire—, pero no puedo. No hay lágrimas. Es como si hubiese pasado en otro sitio, y yo lo estuviese viendo a través de una gruesa lámina de vidrio. No me toca.

Akhaturian deseaba decir, *Yo te tocaré*, pero cierto sentido de lo adecuado detuvo su lengua. Sin embargo, no fue lo suficientemente fuerte para detener su mano, que se alargó y le acarició el brazo desnudo. Veinticuatro vestía una camisa y pantalones cortos debido al calor y humedad de la cocina. No solo exponía sus miembros, sino que cumplía muy mal su tarea de ocultar el resto. Su piel relucía por el sudor allí donde no estaba cubierta de harina y cárnica picada. Akhaturian sabía que la deseaba, allí mismo, en medio del verde alocado y los olores carnosos del dominio de Grubb. Sus dedos escarbaron bajo las tiras de la camiseta.

—Todos echaremos de menos a Rave —dijo, pero ya no pensaba en Rave. Era un alivio no pensar en él.

Veinticuatro aceptó el roce y se preguntó si la excitación que recorrió su cuerpo la convertía en una mala persona, porque sentía que la muerte de Evermore *debería* afectarla, y aquí estaba: dispuesta a hacerlo con su marido en lugar de llorar a su amigo. ¿El duelo exigía lágrimas? ¿No poseía también continencia? Evermore solía invadirla con los ojos, como había hecho con 'Kiru y La Joya de Loto. También hubiese mirado a Miko, la marciana estaba segura, excepto que Miko rara vez estaba presente para que la mirasen.

Veinticuatro podría haber ido con él. Podría haber sido la esposa de Evermore. Cuando había firmado los Artículos en puerto Deimos, Rave llevaba a bordo menos de un mes, los dos con un aprendizaje común se habían sentido muy cercanos. De no haber estado 'Kiru presente para supervisarlos, ¿quién sabía lo que podía haber pasado? La proximidad puede triunfar allí donde fracasa la atracción. Sin embargo, a ella le importaba la persona que imaginaba ser, y una unión fundamentada en la simple conveniencia —como había descubierto la desgraciada doctora con el pasajero— no era quien ella quería ser.

Bien, su relación con Ivar había empezado de forma casual aunque ella misma ya no lo recordaba así. Incluso había tenido un elemento calculador: Akhaturian como profilaxis contra Evermore. Si alguien hubiese presentado los cargos, ella los hubiese negado con furia total; pero no hay que considerar que su respuesta fuese debida a la hipocresía. Si Veinticuatro deCant no podía recordar el campo vacío sobre el que había levantado su vida con Ivar, se debía a que lo edificado estaba lleno de maravillas que la distraían.

—Tienes cárnica en la mejilla —le dijo la maravilla que la distraía, todavía suavemente frotando su hombro.

—No es cárnica —le dijo—. Es masa. Estoy preparando el postre. —(¡Bien, he ahí una idea que podía hacer aullar a Fife!). Se frotó la cara con el dorso de la mano, lo que, por supuesto, solo consiguió extender más el material rojo.

Ivar besó el manchón, lamiendo la fruta —y sí, disfrutaba tanto de la masa como de la chica—. No era del todo fresa. Había un toque de algo más.

—Dulce —dijo—, pero no tan dulce como tú. —¿Había una frase más trillada y más predecible? Pero Veinticuatro no se estremeció debido a la novedad e inteligencia de la retórica de Ivar Akhaturian. Ese temblor tenía un origen muy diferente. Las manos hablaban más alto que los labios, y los labios eran más expresivos cuando no hablaban. Veinticuatro metió el dedo en el globo de mezclar y se manchó la cara con más crema de fruta —un guerrero preparando las pinturas de batalla—. En esta ocasión también se pintó los labios.

Ivar necesitaba más tiempo para que su lengua encontrase hasta el último bocado, para comprobar si alguno por casualidad se había metido en su boca.

—Te voy a llamar «caramelito» —le dijo a deCant. Bigelow Fife, quien había entrado en la cocina para buscar su postre, los miró con revulsión curiosa. ¡Como un par de perros en celo! Sin embargo, la curiosidad ganó a la repulsión, de forma que sus ojos se movieron como gaviotas, sin perder detalle. Vio cómo el muchacho metía la mano bajo la camiseta de la chica. Vio cómo la chica se pasaba los brazos sobre la cabeza y se quitaba dicha camiseta. Vio... Lo que vio estaba bastante bien, aunque un pelín poco hecho. La chica se manchó con más postre para que el chico la lamiese. ¿Eso la convertía en una fulana? Los dos reían por lo bajo mientras el juego escalaba y se frotaban mutuamente con la masa. Fife no lo había hecho desde su primer banquete de bodas, cuando había «ofrecido» a Gynna un trozo de pastel. Lo hortera de la situación le obligó a dar un paso atrás, pero no dio dos.

A Ivar tampoco le importaba estar al otro lado de una lengua. Veinticuatro metió la mano en un segundo globo de mezclar y cubrió al chico con una masa blanco amarillenta. Cuando deCant empezó a lamerla, Ivar respiró profundamente.

—¿Qué... sabor... es ese? —preguntó.

—Plátano —le dijo.

—Qué... apropiado.

El camino llevaba a su destino natural y Fife hacía tiempo que se había ido

cuando Veinticuatro deCant estalló en lágrimas súbitas e inexplicables. Akhaturian se detuvo mientras se ponía el mono, preguntándose si sería por algo que él habría hecho.

—Eh —dijo volviéndola a tomar en brazos, aunque ahora con motivos diferentes—. No hay razón para llorar. —Era la primera vez que la criticaba.

A Ivar le resultó ligeramente curioso que sus lágrimas por Rave llegasen finalmente después de que hubiesen hecho el amor. Sin embargo, Veinticuatro llevaba desde ayer por la noche intentando llorar por su amigo perdido, y podría ser que simplemente por casualidad hubiese tenido éxito ahora.

DeCant, por su parte, no podía deshacerse de la impresión de que una parte de su ser estaba dividida, en algún otro lugar, mirándose llorar. Mientras Ivar había estado con ella —tocándola, lamiéndola, penetrándola— se había imaginado que era Rave Evermore quien lo hacía. Eso estaba mal, ya lo sabía, y se avergonzaba de haberlo imaginado, pero Rave había llegado sin invitación. Era la primera vez que era infiel a Ivar. No se lo dijo en ese momento. No se lo dijo nunca. Era algo que mantendría en secreto durante el resto de su vida y de alguna extraña forma, atesoraría.

Cuando Grubb entró en la sala rajada de mantenimiento de vela, se encontró con el palacio del rey del invierno. Una escarcha de aire congelado, teñido de colores sutiles, cubría todas las superficies. Esa escarcha tenía tendencia a sublimarse en aquellos mamparos adyacentes a salas calientes y presurizadas y, sí, también por las pisadas que dejaban Bhatteji y él. En mili, la neblina se asentaría y acumularía alrededor de sus tobillos hasta que, acercándose demasiado al aliento del dragón de hielo, volviese a congelarse formando una capa de nieve. Grubb sabía que con el tiempo volvería a evaporarse por completo al espacio, dejando la sala completamente seca y oscura.

—Maldición —dijo Bhatteji; y Grubb, volviéndose, vio la razón. A través del retorcimiento en la piel de la nave relucía la noche eterna, para proyectar una ligera sombra estelar sobre la cubierta. En el Exterior, el aire renegado, convertido en iones por el plasma de los motores de Bhatteji, bailaba azul y verde en el campo magnético de la nave. Grubb apagó las lámparas del traje, para poder apreciar mejor el espectáculo. Era mágico y, en cierta forma, de una belleza terrible.

—Abierta como un pescado —dijo Bhatteji, y por una vez no sugirió que pudiese arreglarlo con unas cuantas láminas de metal y algo de cinta adhesiva.

—No —le dijo Grubb—. Es más bien que un pez gigantesco hubiese dado un puñetazo a la concha. —Bhatteji giró su traje, pero si creía que importaba el símil utilizado, no dijo nada—. Una pérdida total —se lamentó el biojefe, pensando en todas las horas pasadas aquí, trabajando en la vela con La Joya de Loto y los demás. La sala jamás se usaría de nuevo. El equipo grande seguía en su sitio, fijado a la cubierta (los tejedores, trenzadores y similares) pero los contenedores de herramientas de manos y piezas de repuestos le miraban vacíos. El viento se lo había llevado todo.

Bhatterji, por su parte, se limitó a gruñir. Nunca había considerado que mantenimiento de vela no fuese más que una pérdida de tiempo. «Aquí es donde malgastaron todo mi hobartio sobrante», pensó. Por tanto el puño de Grubb había sido el puño de Dios, castigando a los transgresores por sus pecados.

Era una fantasía occidental. Su propio dios era mucho menos inmanente y en general estaba bastante menos dispuesto a hacer trucos. El Brahma no dividía las aguas o impregnaba a jovencitas, aunque de vez en cuando se manifestaba en forma humana. Si su dios era algo, era el conjunto del universo y el alma humana, dos como uno, indivisible. El atmán es Brahma.

—¡Señor Grubb! ¡Señor Bhatterji!

Los dos hombres miraron al interior de la habitación, donde habían dejado a Akhaturian. *Demasiado pequeño* —le había dicho Grubb medio en broma—, *puede que el viento se te lleve*.

—¿Qué pasa?

La pequeña figura alargó la mano y durante un momento Grubb pensó que quería que se la cogiese. Luego vio el fragmento rocoso que sostenía el muchacho.

—Es un trozo de roca —dijo Akhaturian.

Grubb alargó la mano y la cogió.

—Vaya, pues sí que lo es. Un recuerdo para ti. Buena suerte, ¿no? —Bhatterji se volvió para mirarle, pero no dijo nada sobre la calidad de la suerte que les había traído la piedra—. Tipo D —dijo el biojefe después de examinarla más de cerca—. Organo-silicato. Muy común en los Thule. Nunca se ven caer a la Tierra.

Bhatterji había agarrado la zona rasgada de la abertura. El aire se revolvía a su alrededor, cubriéndole, vaporizándose a continuación debido al calor que radiaba. Parecía como si fuese a colocar la piel metálica en su sitio con la fuerza de sus manos. Se preguntó si Grubb iría en serio. ¿Qué importaba? Cualquier cosa en esta zona del Golfo con seguridad sería un Thule —como mucho un Hilda— y casi todo en estas órbitas era tipo D o tipo P. El efecto del habla inútil es que luego la audiencia no aprendía nada nuevo ni se entretenía.

—¿Estamos más cerca de arreglar la nave? —preguntó.

Grubb se volvió, aunque Bhatterji no podía ver el rostro tras el visor tintado, y permaneció en silencio durante un tiempo. Devolviéndole la roca a Akhaturian, el jefe dijo:

—No.

Akhaturian, igualmente invisible en su traje, dijo:

—El señor Bhatterji lo puede arreglar todo.

Bhatterji gruñó y deseó que fuese cierto, pero no dijo nada más. Era gratificante que alguien a bordo apreciase sus habilidades. Que las felicitaciones llegasen en un momento en el que no veía ninguna posibilidad de reparación era pura ironía.

Ratline se inclinó sobre la pantalla. Era lo que hacía cuando la intensidad se apoderaba de él. Se inclinaba, invadiendo el espacio social del otro, como si sus

palabras fuesen a causar mayor impacto si acortaba la distancia que debían recorrer.

—Páralo ahí mismo, 'Kiru.

'Kiru detuvo la reproducción e intentó no mirar. Era la grabación de la cámara del traje de Rave Evermore. Mirarla era ver lo que Rave había visto. Mirarla con tanta concentración era *ser* Rave Evermore. 'Kiru no lo deseaba. Era muy peligroso invocar fantasmas.

—¿Lo viste? —preguntó el viejo—. Solo había tres manojos.

—Entonces, ¿la paleta estaba defectuosa? —Podía hacer preguntas sin mirar. Siempre que Ratline le dijese lo que veía, ella no tenía que mirar. Libres, las lágrimas recorrieron su cara y se las limpió con un gesto rápido e impaciente.

—No. Comprobé hasta el último sector de toda la vela. Comprobé las paletas antes de colocarlas, y las comprobé después de colocarla.

—Entonces, los otros tres manojos debieron romperse después.

—¡Quieres mirar a la pifiada pantalla, 'Kiru! No están *rotos*. Han *desaparecido*. Los han sacado del revestimiento. Por eso se hizo el corte longitudinal.

Okoye se estremeció tanto por la voz como un latigazo como por lo que se veía en la pantalla. Fingió que la imagen la había tomado una cámara robot. De esa forma pudo examinar el largo corte del revestimiento. Podía examinar el descubierto donde el revestimiento había desaparecido por completo. Podía ver que dos de los manojos de cable estaban completos —aunque uno ya se había deshilachado— y el tercero roto. Pero los otros tres, como había dicho Ratline, simplemente no estaban.

—¿Vaporizados?

—¿Sin quemar la capa de revestimiento? No, algún hijo de puta rajó el revestimiento de aquí hasta... —golpeó la zona descubierta con el nudillo—... hasta alguna otra parte a la que Evermore no llegó jamás. Luego cortó tres de los manojos y los sacó. Ese hijo de puta.

Okoye apenas le oyó. Había muchos lugares a los que ahora Evermore no llegaría jamás. Iba de camino a Wasat. Poseía la velocidad de la nave, y seguía siendo mayor que la velocidad de huida del sistema. Era importante no pensar en esas cosas. Ya había visto el registro desde el comienzo hasta... hasta la interrupción de la transmisión. No quería verlo de nuevo. Cualquier cosa era mejor que verlo de nuevo.

Pero Ratline hacía las cosas a su modo.

—Adelante. Despacio. Más. Más. Alto. Atrás. Ahí. ¿Lo ves?

Centrándose en los brillantes y resplandecientes extremos de los cables, donde el manojos de cables acababa de romperse y ahora permanecía congelado a medio camino. Sí, lo veía.

—Cuando cortaron los manojos desaparecidos —dijo Ratline—, los otros quedaron marcados. Cuando pasamos corriente por el cable, la tensión del bucle superó la fuerza de tracción del resto de las hebras y se soltaron, se abrieron y... —Ratline separó las manos, extendiendo los dedos mientras hablaba—. El vandalismo me pone enfermo. —Se volvió para irse, se giró de nuevo, señaló con un dedo a

Okoye—. Prepara un resumen para el capitán. Y también para Gorgas. Señala los momentos clave. Lo necesitarán para la Comisión de Investigación cuando lleguemos a Galileo. Voy a mi camarote a reparar los perfiles del campo magnético. Para comprobar si hay daños en las otras velas. Tienes media hora.

Okoye aceptó la orden, pero cuando Ratline se fue, le dijo a Nave lo que había que hacer y dejó que Nave lo hiciese con el monitor apagado y ni siquiera leyó el informe cuando estuvo impreso.

Gorgas examinó el rostro de Grubb, esperando encontrar alguna señal de maldad, porque la maldad se podía castigar, pero la sinceridad solo se podía soportar. Siempre había sabido que el jefe era un hombre indolente, que rara vez tomaba la iniciativa, jamás actuaba con prontitud, y que siempre buscaba el camino más fácil. Durante cinco años Grubb había realizado sus tareas con tranquilidad y sin dar problemas. Gorgas nunca le había visto expresar una opinión y muy rara vez una preferencia —y esta siempre venía cómodamente formulada con detalles y salvedades. Que Grubb estuviese ahora sentado frente a su mesa y defendiese vigorosamente su posición casi se podía considerar prueba de la verdad de lo que decía.

—¿Cuánto? —preguntó Gorgas.

—Una semana. —No había incertidumbre en la voz del jefe.

Aun así, Gorgas preguntó:

—¿Estás seguro? —Era una pregunta que habría enfurecido a Bhatteji, y Gorgas dirigió momentáneamente sus ojos hacia el ingeniero, quien permanecía con los brazos plegados a un lado, pero a Grubb la pregunta no le importó en absoluto.

—He realizado un mapa de la presión del aire por toda la nave. La pérdida es lenta, pero ahí está.

—¿Incluso con las puertas estancas en su sitio?

Grubb se encogió de hombros.

—Debe de haber canales por los que se escapa el aire.

—Entonces, ¿por qué Nave no ha alertado...?

—Porque Nave no lo sabe. Nave está... supongo que «entumecida» sería la palabra adecuada. Hay partes de la nave que no siente desde hace años. En los anillos abandonados. Áreas que habían sido destripadas y vaciadas para retirar o recuperar o porque Zacker necesitaba algo de efectivo. Por eso creía que solo había tres agujeros, en lugar de los cinco que vio Ratline. Mire aquí... —Se inclinó sobre la mesa de Gorgas para indicar la pantalla—. ¿Ve esto? Es una de las grietas, una de las grandes. Debe de haber sido el primer impacto. Y aquí, aquí y aquí... esas son las puertas estancas que deberían sellar ese volumen en concreto. Es igual en las otras cubiertas. Pero esa zona gris es la abandonada. ¿Ve cómo debería haber puertas en esa zona, para completar el cordón? Mandé a Ivar a dar un vistazo y se encontró los pasillos completamente abiertos. Las puertas no se cerraron jamás. En algunos casos, las puertas ni siquiera están. —Grubb flexionó sus largos y delicados dedos para formar puños y se frotó los nudillos contra las sienas—. Una sola fuga, quizás hubiésemos

podido hacer algo. Quizás incluso con dos. Pero no con cinco. —Estiró el cuello para mirar a Bhattejri, quien bien podría estar tallado en caoba—. No soy un experto en ese aspecto, pero hay una fuga, la grande sobre mantenimiento de velas, esa... —Grubb quedó en silencio y agitó la cabeza.

Gorgas pensó en los pasadizos de servicio que Miko había encontrado. Imaginó corrientes de aire fluyendo por ellos. Se imaginó a la propia Miko arrastrada por la corriente, gritando e intentando alcanzarle.

—¿Una semana, dices?

—Para entonces el aire será tan poco denso como en la meseta tibetana. Allí vive gente. Después... Nadie vive en lo alto del Everest. Después de eso ya no puedo precisar los días. Quizá la doctora Wong pueda hacerlo.

Gorgas miró a la Muerte, la cuarta persona en la habitación, y se preguntó por qué no la había reconocido antes. Se volvió hacia el ingeniero.

—¿Estás de acuerdo?

—No.

Era una palabra implacable, tan estólida como el hombre que la había pronunciado y de alguna forma, aunque era una palabra llena de esperanza a oídos de Gorgas, no sonaba esperanzadora. Pensó un momento en vastos y altos acantilados; en los brazos reconfortantes de su padre, en la fuerza que se encuentra en la negación. La esperanza, lo sabía, era una virtud cruel, porque es virtuosa solo cuando se la necesita más. Cualquiera idiota podía tener esperanza cuando el camino a la seguridad está claro. Se necesita resistencia de verdad para tener esperanza cuando no la hay.

—¿Tienes un plan? —le preguntó al ingeniero—. Nos llevará mucho más de una semana entrar en Autopistas Júpiter, con el trinquete desesperadamente embrollado y un motor completamente parado... ¿o tienes la intención de arreglarlo en esa semana? —No había pretendido que eso último sonase a sarcasmo. Sinceramente había tenido la alocada idea de que Bhattejri, durante una crisis, podía hacer milagros.

El ingeniero se apartó de la pared. El movimiento fue tan enfático que echó a volar y se deslizó por la sala de trabajo de Gorgas sobre pies inmóviles, como si fuese una bailarina rechoncha de puntillas.

—Dame los peones —dijo— y a cualquiera que pueda doblar metal. Cortar y soldar...

—No puedes cerrar las cinco aberturas... —dijo Eaton Grubb.

Bhattejri se volvió hacia él súbitamente furioso.

—¿Cómo sabes lo que puedo o no puedo hacer? Puedo encontrar esas puertas y cerrarlas manualmente, o puedo construir unas nuevas. Puedo crear un refugio, ¡aquí! —Con el dedo apuñaló la mesa de Gorgas—. Aquí en el centro de la nave y en ingeniería. Sellar el núcleo y evacuar el aire del resto. Manteniendo la presión solo en el refugio, podemos hacer que el aire dure más.

¿Pero podía hacer que durase lo suficiente? Había otras zonas que exigían

presión. Gorgas no pudo evitar pensarlo, y lo hizo con tal intensidad que Bhattejri incluso respondió al silencio.

—Y si no, al menos nos asfixiamos *luchando*. —Bhattejri volvió a cruzarse de brazos—. No tenemos alternativa.

—Sí, la tenemos —dijo Grubb—. El cúter.

—¡El cúter! —dijo Bhattejri.

—¿Abandonar la nave? —dijo Gorgas. El fracaso definitivo. Qué adecuado que fuese la lápida de su carrera.

—Está provisionado y listo para partir —dijo Grubb—. La doctora Wong y el pasajero lo hicieron por su cuenta. El cúter podría llevarnos a la rada... o quizá encontrarnos con una de las naves que llegan del radial marciano.

—¿El pasajero es competente —dijo Gorgas— para juzgar la adecuación del bote?

Grubb no lo sabía. Fife había *parecido* confiado. Grubb se lo había encontrado en el asiento del piloto, preparado, había creído, para saltar al granizo. No se podía considerar que un hombre tuviese más confianza en sus habilidades que cuando apostaba su propia vida.

Evidentemente, esa confianza podría no ser merecida. No había más que pensar en Evermore. Fife, en un ataque de pánico, podría haberse aferrado a un trozo de hierba.

—Señor Bhattejri —dijo Gorgas cuando Grubb no respondió—. Espero tener este mismo día un informe del cerrado que propones. —El ingeniero, que había estado mirando al jefe con furia, se volvió sorprendido.

—El tiempo que invierta en planear —dijo— podría pasarlo haciéndolo.

—Dile a Satterwaithe... —cuando el espíritu se apoderaba de él, Gorgas podía olvidarse del mundo, y por tanto de las objeciones—... que estime el tiempo y recursos que necesitarás. —Parpadeó, se dio cuenta de lo que había dicho el ingeniero y añadió—: No hace falta que lleve mucho tiempo. Solo una estimación del orden de magnitud. A ella se le dan muy bien esas cosas. Señor Grubb... —Se volvió hacia el jefe—. Deseo que tú y el señor Corrigan comprobéis el cúter de la nave. Ese Fife podría saber de bote o no, pero no aceptaré su palabra antes de comprometerme a usarlo. Por lo demás, subir al cúter podría no ser más que otra sentencia de muerte más cruel. El señor Corrigan calculará las rutas posibles del cúter con tus propuestas. Espero tu informe también durante el día.

Bhattejri gruñó.

—Satterwaithe —dijo, pero no especificó lo que quería decir. Abandonó la sala de trabajo sin decir más.

Grubb examinó la puerta.

—En ocasiones le envidio.

Gorgas activó su mesa.

—¿A quién? ¿A Bhattejri?

—Siempre se muestra tan *confiado*... Debe de ser maravilloso tener tanta confianza.

—Entonces, ¿la confianza es un pecado?

—Cuando te equivocas.

—Y en ocasiones —dijo Gorgas, recordando los gritos de la *Dona Melinda* tantos años atrás— ni siquiera entonces.

Grubb buscó el sentido del comentario en el rostro del capitán, pero no pudo encontrar ni miedo ni confianza.

—No tendrá tiempo, lo sabe usted bien. No me importa si es el pequeño holandés. No tiene dedos suficientes para contener esta fuga.

Gorgas se encogió de hombros.

—Él cree que sí. Y los peones son muy rápidos. —Pero recordó que solo quedaban tres.

—¿No lo comprende, capitán? Bhattejri martilleará hasta haber consumido la última molécula de oxígeno de la nave. No me pregunte por qué, quizá sea orgullo u otra cosa. Ya lo discutimos de camino hacia aquí. No se rendirá. No sé si *puede* rendirse.

No importa, pensó Gorgas. Desde este momento muy pocas cosas importan. Pero Bhattejri tendrá su oportunidad. En el peor de los casos, mantendrá ocupados a corazón y cabeza. En el mejor, puede que el caballo cante. Se había inclinado para examinar el plan de batalla de las fuerzas de Tilly en Breitenfeld, que había subido a la pantalla. Ahora volvió a levantar la vista, como si le sorprendiese encontrarse allí a Grubb.

—¿No deberías estar examinando el cúter?

El jefe negó con la cabeza.

—Si no está preparado para partir, una semana no bastaría. Oh, lo comprobaré, capitán, no se preocupe —eso lo dijo agitando las manos—. Quizá precise un poco más de esto o un poco más de aquello. Pero los motores, la navegación, la radio... si no funcionan ahora, no funcionarán dentro de una semana.

—La radio —repitió Gorgas.

—Sé lo que piensa, pero se lo tendrá que preguntar a la JL. Fife dice que el equipo del cúter funciona a través de su planta de fusión... hay un convertidor MHD. Una vez que el bote se haya alejado de la nave y encienda su antorcha, podrá pedir ayuda... si hay alguien cerca.

—No, señor Grubb, podría pedir ayuda todo lo que quiera, haya alguien cerca o no. Es escuchar lo que exige un oyente.

Grubb creyó que el capitán estaba siendo sardónico, y replicó con una risa mordaz.

—Oh, habrá oyentes, con Marte y Júpiter en conjunción. Probablemente haya más naves en el radial de las que había en Aquiles. Sería muy raro que no hubiese ninguna en posición para interceptar el bote.

Gorgas sonrió, pero sin humor.

—Una desgracia cada vez, señor Grubb. Una desgracia cada vez.

Mientras Grubb recorría el pasillo de anillo para encontrar a Corrigan y pensaba lo gris que parecía Gorgas comparado con una semana antes, Gorgas en persona se había subido a su mesa, dejando a Tilly en circunstancias muy apretadas, y había abierto el panel secreto que daba a la fisgonera. Había medio esperado encontrar a Miko Hidei aguardando allí y, dado que las probabilidades no estaban a su favor, se sintió extrañamente desencantado. Entró en el túnel y, mirando hacia atrás, vio que bajaba por unos escalones hasta la cubierta media. Tenía un trozo de papel en el que había impreso el orden de batalla bávaro; lo sostuvo a la altura del hombro y lo dejó caer.

Incluso con un marco de aceleración mayor del impuesto por los motores y vela supervivientes, a un trozo de papel le podía llevar mucho tiempo caer; y tampoco caía en línea recta. (Y que le diesen a Galileo y sus balas de cañón). Pero Gorgas observó su movimiento caprichoso durante un rato antes de gruñir de satisfacción y regresar a la sala de trabajo, cerrando el panel. Había una corriente clara en el corredor de servicio. Podría ser la ventilación normal. Podría no serlo.

—La mejor opción es abandonar este navío —dijo Nave.

Gorgas se sentó. Activó la pantalla, examinó las posiciones durante un momento y luego comenzó a mover la caballería croata.

—El cúter se diseñó solo para viajes cortos —dijo—. No podrá mantenernos a los trece durante el tiempo requerido. —Le vino a la cabeza que en este caso trece era un número desafortunado.

—Pero puede mantener a algunos.

—Y los que vayan en el cúter podrían no llegar a puerto.

—Una pequeña posibilidad es siempre mejor que ninguna.

Gorgas guardó la pantalla y levantó la vista... ¿cómo se dirige uno a una entidad incorpórea?

—No puedes estar segura. Eres incapaz de integrar el impulso de los motores con la vela.

—La certidumbre total no existe.

Gorgas guardó silencio, digiriendo el comentario, que era una tautología y un oxímoron todo en uno. Incluso podría ser cierto, dada la certidumbre fundamental de todo. Gorgas se estremeció un poco, quizá debido a la corriente de aire que recorría *El río de las estrellas*. Se frotó las mangas.

—Es la cruz que todos llevamos —algunas más pesadas que otras, pensó. Envío a los croatas a apoyar a Pappenheim, quien había marchado impetuosamente contra el flanco sueco. El director de juego insistía en ejecutar a Pappenheim como una subrutina independiente, lo que, aunque era históricamente fidedigno, era muy irritante. Si al menos el ayudante de Tilly hubiese poseído habilidades comparables a su iniciativa...

—Siempre escoges el bando perdedor —dijo Nave—. ¿Lo sabías?

Gorgas apagó la pantalla una vez más y se recostó en la silla.

—Nave, ¿estás viva?

Nave queda en silencio y pasa cadenas booleanas a través del cálculo de sentencias. Busca en sus bases de conocimiento para establecer los valores de verdad de las variables base; las pasa por puertas lógicas; aplica modus ponens, modus tollens y las leyes de Morgan; difumina los bordes del conjunto con lógica difusa y al final descubre...

«*La pregunta es indeterminada*», le dijo a Gorgas (quien no había apreciado ningún retraso perceptible en la respuesta). Que Nave se lo plantease podría ser considerado prueba de autoconsciencia, pero no lograba reconocer que se lo planteaba.

Gorgas asintió.

—Esto está bien. Odiaría pensar que habías cobrado vida.

La curiosidad podría ser otro argumento a favor de la autoconsciencia; pero podría ser simplemente que a la red neuronal la habían entrenado para ser infotrópica. Cuando una entrada era insuficiente, buscaba datos adicionales. En cualquier caso, todo lo que había encontrado en las bedés y bases de conocimiento indicaba que estar vivo era mejor que lo contrario. «*Clarificación. ¿Por qué dice eso?*».

—Porque sería un acontecimiento cruel morir tan joven.

El jefe de carga

El ingeniero le habló a su ayudante de construir un dique con tal determinación feroz y confianza en el éxito que Miko solo pudo concluir que el hombre se había vuelto loco. Ella mejor que nadie sabía que la nave estaba plagada de pasadizos, cada uno de ellos un conducto para el aire. La nave estaba condenada —su nave— y de pronto fue consciente de cuántos millones de kilómetros de gran vacío tenía por encima. El Océano Infinito, lo llamaban algunos; y sus aguas eran muy profundas y sus costas lejanas y escasas.

Bhatterji había matado la nave. Miko lo había sabido desde el momento en que 'Kiru había identificado el espectrograma de las espirales rotas. El ingeniero había empleado aleación de vela para reparar el imán CoRE, y debido a esa acción errónea el imán había fallado, la paleta se había soltado, el trinquete se había enredado y Rave Evermore había caído irremediablemente. No rezaba a más dioses que las Erinias, pero a ellas les rezó pidiendo que Evermore muriese durante el golpe salvaje, para que estuviese muerto sin saber que había muerto. No le había conocido bien, solo como un cachorrillo dedicado servilmente a una chica que apenas reconocía su existencia. A la amalteana le parecía una muestra de perversidad que 'Kiru no tomase lo que Miko deseaba tan desesperadamente.

A partir de la mirada desolada que Bhatterji le había dedicado en aquel momento, Miko había deducido que Bhatterji debía de ser consciente de que había matado al muchacho que deseaba amar. Y quizás ese conocimiento fuese castigo suficiente en lo referido al muchacho, ¿pero qué justicia había para la muerte de un navío... uno que se había convertido, si no en el amante de Miko, en su amor? Hacía falta más penitencia, algún dolor más profundo, y Miko decidió convertirse ella misma en Erinia, siseando tras él con pelo de serpiente para castigarle por Evermore, por la nave, por no ser lo que ella había querido que fuese.

Escogió su instrumento y escogió más sabiamente de lo que creía. Cuando se arrastró por los conductos de ventilación hasta la oficina de Ratline —siempre había sido un camarote de tripulación y por tanto no tenía entrada para el servicio— y dejó el espectrograma sobre su mesa, solo sabía que el viejo tenía más cariño a las velas que a su propia vida y que detestaba a los hombres como Bhatterji. Lo que no sabía era lo mucho que le preocupaban sus peones, o que su propio robo de los últimos carretes de Bhatterji hubiese llevado por un rebote de azar y oportunidad hasta la difícil situación en la que ahora se encontraba la nave. Pero siempre pasa con las Furias y la locura que inspiran: acaban encontrando su blanco incluso cuando no apuntan.

Cuando Ratline descubrió la copia impresa fijada a su ordenador no invirtió tiempo en preguntarse quién le había dado la prueba. Era un hombre de acción, más que de reflexión. En el mamparo sobre su mesa, los hologramas de sus peones, en masa, le miraban con sonrisas nerviosas. Él era su Viejo, su abuelo. Él les había

enseñado sobre naves y su cuidado. Algunas imágenes eran menos detalladas que otras, ya que el tiempo había degradado el sustrato de memoria. Los chicos y chicas de los retratos hacía tiempo que eran hombres y mujeres. Algunos habían navegado durante unos pocos años antes de regresar a sus pozos y hábitats. Muchos habían hecho carrera en el espacio. Cinco también habían encontrado la muerte. Tres se habían convertido en capitanes de nave. Uno se había convertido en un héroe.

Ratline no tocaba a otro y no permitía que otros le tocasen. Le habían tocado tantas veces y tan mal que los sentidos se habían rebelado y ahora él existía en un estado insensible en el que el tacto no existía. Pero esos hologramas sí que los podía tocar, y a menudo lo hacía con insuperable delicadeza.

Había cuatro más recientes que los otros.

Nkieruke Okoye, su brazo derecho. Una joven —ya no era una chica— con tanta calma y tranquilidad interiores que a menudo Ratline había ansiado perderse en ellas, con sentimientos que ningún abuelo debería tener. No tenía duda que ella algún día sería más de lo que era ahora, aunque no sabía en qué se convertiría.

Veinticuatro deCant, que arrastraba una herida tan profunda como la de Ratline, aunque no exactamente el mismo corte. Entusiasta, fogosa, rápida con las soluciones, y dispuesta a ayudar a cualquiera. Ratline la había señalado como primera cuando Okoye pasase a otra cosa.

Ivar Akhaturian, el más reciente y posiblemente el último. Tan joven y tan formal que decepcionarle parecía un pecado más terrible que el asesinato. Corrigan le había descrito como un malabarista, rápido para sacar sentido a datos complejos. Algún día podría ser capitán de nave.

Pero sobre todo, aquí estaba Rave Evermore, sonriendo para la cámara de Ratline mientras salía del Palacio Vestal de Paula. Más que ninguno de los otros, él había sido el muchacho que Ratline deseaba haber sido. Lleno de recursos, siempre dispuesto a dar un paso y saltar, deseoso de probar cosas nuevas. Podría haber sido el hijo que Ratline no había tenido jamás. Podría haber sido el propio Ratline, porque el anciano a menudo se imaginaba otras vidas que no había vivido: en casas extrañas de ciudades extrañas, con extraños riendo alrededor de una mesa diferente a la que había conocido. Evermore podría haber sido el último velero, había resultado muy prometedor con los obenques. Podría haber continuado cuando Ratline, al fin, lanzase su bucle final al viento. Ahora todo había desaparecido. A Evermore le habían robado todo; le habían robado todo su futuro, y con el suyo se había ido el de Ratline; un futuro que importaba mucho cuando uno solo tenía pasado.

Okoye también había caído en un ataque de melancolía. Nave había redirigido su avatar de velas a la consola de Grubb mientras el jefe estuviese ocupado con el cúter, pero por alguna razón Okoye mantuvo abierta la línea con la sala de control de vela ahora abandonada, ahora congelada bajo el vacío. Su estación actual era más olorosa que la que había abandonado. Había olores a rosas, una acritud carnosa, un toque de canela. Y sin embargo, ver esa consola abandonada le entristecía. No había quedado

destrozada como la sala de mantenimiento, pero, al haber desaparecido todo el aire, había perdido su espíritu.

Grubb le había dicho que antes de una semana abandonarían la nave. Okoye dudaba que Gorgas hubiese ordenado algo así. Es más, que Gorgas todavía no se había decidido era una de las pocas cosas que daba por seguras. Pero sucedería lo quisiese Gorgas o no. Había oído esa certidumbre en la voz del jefe.

—Han saltado los desacopladores del trinquete —informó a Satterwaithe, que ocupaba el puente. No podía ver nada en la entrada de la cámara del mástil. El trinquete, enmarañado e inútil, era demasiado delgado para verlo desde esta distancia. Pero miró de todas formas, y *algo* voló siguiendo el viento solar. Podía sentirlo, muy en su interior, aunque sus ojos no lo percibían. Quizá no fuese la vela, sino algún otro espíritu que se iba. Quizá también las naves tenían su *nkpuruk-obi*.

La entrada de Ratline en el centro de control la distrajo un momento.

—¿Dónde está Bhattejji? —exigió. La sala de control era pequeña; la examinó toda en un instante y no encontró a ningún ingeniero acechando entre los utensilios.

—No lo sé —le dijo Okoye—. Está comprobando las puertas estancas. Quizá él... —Pero Ratline ya se había ido. Okoye se encogió de hombros y regresó a la pantalla—. El trinquete ha sido lanzado por la borda —le confirmó a Satterwaithe y se preguntó cómo se tomó el anuncio el corazón de la mujer.

Recordó que Ratline había entrado en la sala con la funda de pierna atada. Él le había dicho en una ocasión que los veleros se fabricaban sus propios cuchillos con sus propias manos. *Es parte de los ritos...* Por tanto, un objeto ceremonial, un talismán —aunque uno más útil que la mayoría. Abrió la boca y levantó el brazo hacia la puerta por la que había salido Ratline. *No es posible que pretendas subir ahora al mástil*, empezó a decir. Pero otra idea la detuvo, porque recordó que el hombre había contenido furia.

Ratline encontró a Bhattejji en la sala giratoria, que el ingeniero empleaba como atajo desde una de las zonas abandonadas en otra parte de la nave. El jefe de carga sonrió, aunque sin humor, y pasó un pulgar de prueba por el borde de su alfanje. ¡Un alfanje! Bien, era su cuchillo de rizo; pero parecía un alfanje y cumpliría con la misma función. Un hombre atravesado por él no se pondría a discutir la nomenclatura. Ratline había ido a buscarlo en cuanto comprendió, gracias al espectrograma, el crimen de Bhattejji.

—¡Pifia! —gritó y Bhattejji se volvió para mirarle—. ¡Tú pifiado pifia! ¿Querías acabar con alguien, amante de niños? —dijo con una voz más fría que Europa—. Acaba conmigo. Yo estaba al mando allá fuera.

Bhattejji no miró el cuchillo. Era como si el cuchillo no existiese. Solo miró los ojos vacíos que le contemplaban.

—¿Crees que eres lo suficientemente hombre? —preguntó.

Ratline rio a carcajadas y el cuchillo se movió con una velocidad que solo puede conseguir un operario de obenque peleándose con líneas enmarañadas, provocando

un corte imaginario pero cruel a la altura de la entrepierna.

—¿Crees tú que después *serás* un hombre?

Bhatterji le examinó un momento más, y luego se volvió. Ni siquiera Ratline apuñalaría a alguien por la espalda. O quizá esperaba que lo hiciese. Acabaría con el dolor y le traería de vuelta en otra vida, para intentarlo de nuevo.

Ratline echó el brazo atrás para dar un tajo que rompería la espina dorsal de Bhatterji, pero una mano sobre su antebrazo detuvo el movimiento. El viejo se quedó congelado y el pequeño Timmy gritó. ¿Una mano? ¿Tocándole? ¿*Otra vez*? Con más rapidez de la que podía formarse un pensamiento, Ratline se apartó de los dedos alienígenas y el alfanje cambió de dirección para ir contra el rostro sin protección de Nkieruke Okoye.

Okoye no había sabido nada de las intenciones del señor Ratline, solo que había ido tras Bhatterji con un cuchillo enorme y una furia aún mayor, y el vacío de esa acción la había arrastrado tras el jefe de carga como los trastos pequeños dirigiéndose al agujero en la pared de presión. En su prisa había rebotado de pared en pared —líneas rectas a través de pasillos curvos— pero le había perdido de vista tras unos giros. Ratline había nadado un nivel hacia abajo o hacia arriba o quizás había ido a la confusa ratonera de anillos abandonados. Él había ido a causar caos y ella no sabía dónde había ido.

—¡Ratline! —gritó mientras se balanceaba en una barra y miró por un radial vacío. El fondo estaba oculto en sombras en las que nada se movía, ni siquiera su propio eco. Retrocedió y miró a lo largo de un pasillo de anillo igualmente vacío—. ¡Ratline! —gritó. Agarró una estructura anular y se detuvo, tomando aliento entre sollozos—. Moth...

El viejo no podía haber oído ese último susurro, pero una voz respondió a su oído:

—El jefe de carga va a la sala giratoria.

Okoye estaba acostumbrada a saber cosas que no podía saber —como tiempo atrás en Afikpo, cuando un beso había sido máscara de algo más desagradable—. Siempre había creído que se trataba de su *chi*, susurrándole consejos al oído. Se volvió y, dando un buen golpe al apoyo, voló como una flecha a lo largo del radial vacío antes de que la mili pudiese detenerla.

La sala giratoria tenía más de un tercio de milla de largo en la vieja medida centrada en lo humano, una buena distancia en la que buscar cuando uno tenía prisa; pero al igual que la montaña que visitaba al Profeta, su gran virtud es que pasaría por delante del buscador en no más de medio minuto. Se movía a dos revoluciones por minuto, razón por la que se usaban franjas de aceleración y desaceleración para entrar y salir. Okoye aguardó en los corredores estacionarios más externos y observó cómo el suelo de la sala giratoria le pasaba por delante. Cuando vio pasar primero a Bhatterji y luego a Ratline persiguiéndole, *corrió* sobre las franjas de aceleración para entrar en la sala giratoria.

Ella se plegó al saltar y se enrolló como una pelota hasta adquirir la velocidad de la sala, pero le hizo daño, mucho daño. Cadera, codo y hombro golpearon la vía en movimiento y para cuando recuperó la verticalidad y el equilibrio, la conmoción ya había pasado y se encontraba a cierta distancia de los otros. Corrió en el sentido del giro todo lo rápido que pudo, llegando hasta ellos justo cuando Ratline se preparaba para atacar a Bhattejji por detrás. Un golpe feroz, del que debía proteger tanto a Ratline como al ingeniero. No había tiempo para pensar, así que alargó la mano y atrapó el brazo con el cuchillo.

Fue un error, y el pensamiento que no había tenido tiempo de tener se lo hubiese dicho. Ratline se retorció y de pronto la hoja se dirigía hacia ella. Con la fuerza y la velocidad suficientes, de haber tenido la cabeza para esas cuentas, para cortarle el cuello. Tuvo tiempo de gritar:

—¡Ratline! —una última vez, y luego todo acabó.

Bhattejji oyó primero el grito inarticulado de Ratline y se volvió a tiempo de ver cómo el jefe de carga se volvía contra la primera peón. Lo que le afectó posteriormente y se quedó con él el resto de su vida no fue el grito de la peón, ni el rictus en el rostro de Ratline, ni siquiera la hoja reluciente al moverse, sino más bien el vacío animal que apreció en los ojos del viejo. Era como si todas las partes vitales del hombre ya no ocupasen su interior, de forma que en cierto aspecto indefendible parecía hueco. Okoye podría haberle dicho qué faltaba, pero la atención de Okoye estaba concentrada en otros asuntos.

La hoja tenía un borde afilado. Ratline le pasaba amorosamente el afilador de cuero todas las noches en la intimidad de su habitación. En ocasiones incluso le hablaba, aunque él sabía que ese era un comportamiento muy extraño y al hacerlo cambiaba a un susurro —con la esperanza, quizá, de no oírse a sí mismo—. También usaba la tira de cuero para otros propósitos, y tenía los moratones para demostrarlo.

A continuación sucedieron tres cosas simultáneamente. Okoye, que sintió acercarse el espíritu del ataque, se agachó. Ratline, que comprobó a qué le había conducido su fobia, contuvo el ataque. Bhattejji, que vio un asesinato a punto de cometerse, se lanzó contra el jefe de carga en un placaje volador. De haber sucedido una sola de esas cosas, Okoye hubiese estado a salvo. De haber sucedido dos de esas cosas, podría haber escapado. Pero como sucedieron las tres, esquivar, contener y placar realinearon el golpe de forma que la hoja chocó contra el rostro de Okoye, abriéndole la mejilla y rompiéndole dos dientes.

Podría haber sido peor. Podría haber sido peor por una cabeza completa. Ratline dio un chillido cuando vio la sangre saltar y a su querida 'Kiru caer sobre la cubierta formando un montón. Bhattejji, horrorizado, apartó la vista de la peón caída, miró a Ratline y sus ojos se encontraron y en ese encuentro Okoye logró su propósito y salvó al jefe de carga de su venganza contra el ingeniero.

—Oh, Dios —dijo Ratline.

—Llamaremos a Wong —dijo Bhattejji. Wong no era Dios, pero era más fácil de

encontrar, aunque la invocación de Ratline tampoco hacía daño.

No hacía falta llamar a nadie. La mitad de la tripulación ya corría por los pasillos y anillos hacia la sala giratoria. Nave había observado sin comprender, porque la comprensión era tan imposible para Nave como para cualquier otra entidad en su interior, pero había una subrutina para heridas y alarmas.

Gorgas se encontraba en la burbuja de observación porque era uno de los dos lugares de la nave donde podía fingir que no se encontraba en la nave. El otro era el tanque de trazado, cuando las luces de la nave estaban bajas. Concentrando la vista y, lo más importante, la mente en una galaxia distante (o uno de sus simulacros en el tanque) gradualmente podía olvidar que existía algo a su alrededor. Era una hazaña fácil de lograr, porque la mayor parte de su vida despierta la pasaba en el límite entre mundos. Sabía, y lo sabía de una forma tan profunda que no podía dudarle, que si Evan Hand siguiese siendo capitán, la situación actual no se habría producido. Empezó a contar las estrellas del exterior, seducido por el atractivo de su inmenso número. Pero no podía evitar pensar que, si dividiese la vista en cuadraditos, podría tomar una muestra de los cuadrados de la rejilla y, a partir del recuento en su interior y la suposición de la ley de Poisson, llegar a una estimación aceptable. La idea le tuvo sobrecogido durante un momento: que la infinitud pudiese apreciarse por medio de un proceso finito.

Si rompiese la cubierta, el aire se escaparía, probablemente arrastrándole también a él, y así lograría explosivamente lo que de otra forma sucedería más sutilmente. Incluso llegó al punto de golpear la bóveda con el puño, lo que evidentemente solo le provocó nudillos ensangrentados. Ningún diseñador se había imaginado semejante asalto, pero aun así el metaloceno lo resistió. Gorgas, sorprendido por el súbito dolor —el mundo físico siempre le sorprendía— se llevó los nudillos a la boca y probó la sangre. Como el olor, su primo hermano, el sabor llegó hasta el mismísimo romboencéfalo, y el efecto de la sangre en sus labios recuperó recuerdos del mismo sabor intenso y amargo años atrás en un taller de tatuaje de una calle ajetreada.

—¿Capitán? —Podía oír débilmente la voz desde el tubo de entrada y la reconoció como la de la doctora. Gorgas suspiró. Aunque temía oír lo que la mujer habría venido a decirle, el deber era lo último que le quedaba. Con un esfuerzo inconsciente, recorrió el tubo y llegó al puente. Allí, Satterwaithe, quien no había abandonado el puente desde que había tomado el mando de la vela, se apartó un momento de su fascinación con las lecturas ambientales y le dedicó una mirada inescrutable.

La doctora le esperaba en la entrada del puente.

—¿Bien? —dijo él.

Wong se asombró de la calma con la que el capitán se estaba tomando el desastre. «Es como una piedra», pensó, y de ese hecho ganó algo de coraje.

—Okoye vivirá, no gracias a Ratline, aunque le quedará una terrible cicatriz si en las próximas dos semanas no llega a una unidad de regeneración. La he cosido y le he

implantado dientes falsos en las encías. No sabré cómo está el ojo hasta que no despierte y me diga lo que ve. O si ve algo.

Gorgas asintió lentamente.

—Comprendo.

—No sé qué podría haber hecho yo para evitarlo —siguió diciendo la doctora.

Gorgas inclinó la cabeza, porque sabía exactamente qué podría haber hecho la doctora para evitarlo, que era absolutamente nada; pero antes de poder decirlo, un golpe apagado recorrió la estructura de la nave.

Su primera idea fue: *¡Otro más no!* Y evidentemente la misma idea se apoderó de los demás, porque ellos también se sorprendieron y miraron de un lado a otro.

Luego Satterwaithe se llevó una mano a un oído, escuchó la comunicación, y dijo con bastante alivio.

—No lo puedo creer. —Se volvió hacia Gorgas—. Bhatteji acaba de bajar una vieja puerta hermética. A mano. Número E-treinta y dos. —Se volvió hacia el teclado y, dado que Nave no podía sentir nada en esa región, introdujo a mano la información en la base de datos. En el esquema apareció otra barra negra y mostró que la contención se extendía otro pasillo alrededor de la herida.

—¿Crees que puede hacerlo? —preguntó Gorgas.

Satterwaithe negó con la cabeza.

—Ya ha encontrado otros tres pasillos sin puertas. Hidei y los otros peones están soldando un «tapón» en uno de ellos, pero dado el tiempo necesario y la probabilidad de que haya más... —Le ofreció el encogimiento de hombros desolado de un sablista que ya no encuentra nada más que sablear.

Gorgas asintió una vez más:

—Muy bien. —Y una vez más impresionó a la doctora con su sangre fría.

—Es Ratline el que me preocupa —dijo la doctora.

—¿Eh? ¿Ratline? —Gorgas volvió a prestar atención a Wong—. ¿Qué pasa con él?

—No se mueve. No habla. Simplemente se queda pensando y mira.

—¿A Okoye?

Wong negó.

—A nada. Me sonrió.

—¡Ratline! —La idea de Ratline sonriendo aterrorizó al capitán.

—Sí. Y luego dijo: «Él se lo merecía». Muy claramente. Desde entonces no ha dicho nada.

Satterwaithe había empezado a escuchar.

—¿Es todo lo que dijo? —preguntó bruscamente. Y Wong asintió.

—Se refería a Bhatteji —propuso Gorgas.

—Supongo. —Pero Satterwaithe sabía que no era así, y no sabía si agradecer el pronombre o no. En una ocasión anterior, Ratline había pasado por esa fuga, y más o menos por las mismas razones, y en consecuencia su destino y el suyo se habían

unido inextricablemente.

Gorgas se apartó de ambas mujeres y voló al tanque de trazado, donde miró durante un momento más a las posiciones sin sentido. El tsunami y el atolón que les había lanzado se encontraban ahora al oeste. El espacio por delante estaba vacío una vez más, excepto por el sistema joviano tan burlona e inalcanzablemente cerca.

—Capitán —dijo Wong—, ¿conoce los síntomas de la hipobaría?

Gorgas agitó la cabeza.

—Pérdida de consciencia, supongo, a medida que el aire pierde densidad.

—Ese es el final, no el comienzo. Hay dolores en los senos nasales y flatulencia a medida que los gases en el interior de nuestros cuerpos intentan escapar. Hay insensibilidad en las extremidades, pérdida de la memoria de corto alcance, la pérdida de la percepción periférica... la llamada visión túnel, pero... ¿Sabe cómo Veinticuatro sobrevivió a la Descompresión?

Gorgas supuso que la pregunta era relevante. Las roturas en el casco y las fracturas del Dome Syrtis tenían paralelos obvios, aunque las consecuencias variaban en amplitud.

—No.

—Sus padres se aseguraron primero de que ella tenía la máscara puesta. Supongo que es natural que un padre intente salvar a su hijo. Huele a egoísmo preocuparse primero de uno mismo. Pero la hipobaría les afectó al juicio. Para cuando tuvieron lista a la niña, habían olvidado qué hacían, la pérdida de memoria de corto alcance, y no se preocuparon de ponerse las suyas. Probablemente, ya no les importase. Los hipobáricos normalmente mueren felices.

—¿Y qué quiere decir, doctora?

—No espere demasiado a tener que decidir que debemos subir al cúter.

Satterwaithe, escuchando, se asombró de la desfachatez. No es que estuviese fuera de lugar, pero jamás se le había ocurrido que pudiese ser la doctora.

Gorgas, por su parte, deseaba con todas sus fuerzas ofenderse por el reproche apenas velado, pero no tenía fe para hacerlo. Su propia indecisión le había colocado en este momento y lugar, y por tanto era adecuado lidiar con ella al final. Asintió con seriedad.

—Anoto su consejo.

Wong, que había esperado ira, y por tanto había sacado el tema parabólicamente —es decir, por medio de una parábola—, sintió una extraña decepción, y tropezó mentalmente, como si empujando una puerta se la encontrase totalmente abierta. En ese momento, aunque jamás lo sabría, realmente logró su sueño de infancia y salvó a la tripulación, al menos a algunos de ellos, porque esas cosas rara vez se logran con dramatismo.

Satterwaithe la detuvo antes de que pudiese irse.

—Te referías a sus padres adoptivos, ¿no? Cuando hablaste de los «padres» de deCant. Pero la chica es un clon.

—¿Tanto te importan las palabras? ¿No puedes tratar con la sustancia en lugar de las etiquetas? No sé qué es de Cant. No hay indicación en sus registros médicos. Evan dejó una nota diciendo que planeaba ayudar a la chica a alcanzar una conclusión. Según Veinticuatro, Evan sabía que era un clon, pero él no lo mencionó en su nota. Quizá la historia fuese algo que la chica se inventó para poner distancia entre ella y su pérdida.

—Distancia.

Wong miró a la oficial de vela con tanta objetividad que durante un momento Satterwaithe se sintió un espécimen médico, teñida y montada bajo el microscopio. Como la doctora rara vez se comportaba objetivamente, la mirada parecía más preñada de sentido.

—Sí —dijo Wong—. Distancia emocional. Suponía que tú sabrías mucho sobre eso. Veinticuatro es una chica que cree profundamente en lo correcto y lo erróneo, y debió parecerle muy erróneo que ella sobreviviese a la Descompresión cuando sus padres no lo hicieron.

Wong miró una vez más del capitán a la oficial de vela. Los dos se encontraban de pie, como en mundos diferentes, sin mirarla a ella y sin mirarse entre ellos. Se volvió una vez más para irse.

Gorgas colocó los brazos alrededor del borde del tanque.

—Doctora. —Wong se detuvo un momento y esperó—. Creo que debería trasladar a Okoye y Ratline al cúter y asegurarlos. Si... si tenemos que abandonar la nave... no quiero que nos retrasen.

Satterwaithe se apartó de ellos y miró una vez más a las sombras.

—Tú tampoco lo merecerías —le dijo a una de ellas.

Corrigan y La Joya de Loto, habiendo completado su examen del cúter, llegaron a cubierta para empezar la guardia.

—Grubb sigue comprobando la unidad de regeneración de aire —dijo Corrigan—, pero me ofreció una estimación de doscientos cincuenta días hombre. El motor y el ordenador de navegación parecen estar bien, aunque nunca se sabe hasta que no enciendes la antorcha. Le pedí a Bhatlerji que comprobase el anillo de enfoque, pero me dijo que no tenía tiempo.

—La radio y los equipos a bordo son los mismos —dijo La Joya de Loto—. Los autodiagnósticos dan bien, pero es una nave antigua. La energía proviene de un generador MHD que deriva del penacho de fusión, y la antena solo se despliega tras la separación.

—Es una tontería —dijo Satterwaithe—. Es decir, uno no puede...

—... verificar la funcionalidad hasta que el bote se active. —La Joya de Loto se apartó rizados imaginarios de la frente y fue hasta la silla de sujeción de la estación de comunicación—. Conozco mi trabajo. No me digas cómo hacerlo.

Satterwaithe, quien habitualmente le decía a todo el mundo cómo hacer su trabajo, arqueó las cejas por la sorpresa.

—No pretendía criticar a nadie.

—Oh, que te follen, Genie —dijo La Joya de Loto con más cansancio que furia—. Haznos un favor a todos y que te follen. Si hubieras estado jodiendo con Gorgas en lugar de joder con la vela, no estaríamos en esta situación.

—Un momento —dijo Gorgas, que no estaba encantado con las perspectivas propuestas.

Satterwaithe inclinó su barbilla.

—Jamás se me ocurriría competir con una profesional en su propio campo. —Era un comentario muy extraño y pasó un momento de confusión antes de que todos comprendiesen que había llamado puta a la sysop. La Joya de Loto aulló de furia y Corrigan gritó reflexivamente en su defensa. Solo Gorgas comprendió, en medio del clamor, que la oficial de vela había evitado el fondo del comentario de la sysop.

—Un momento —volvió a decir, pero bien podría haberse quedado callado. La discusión era ahora a tres bandas, porque la enumeración de heridas siempre recuerda las antiguas y La Joya de Loto no necesitaba defensa de alguien como Corrigan. Puede que Satterwaithe gritase más, porque los rayos que le habían lanzado habían tocado más adentro, pero Corrigan sabía que «joder con la vela» había sido inicialmente idea suya, aunque no se le ocurrió que en esa frase había oculto un «en lugar de».

Tan acostumbrada estaba Veinticuatro deCant a tener cerca a Akhaturian que su desaparición le causó algo de desorientación como si, al no saber dónde estaba él, ella ya no estuviese segura de su propia posición. Buscó con consternación creciente hasta que Nave, autoiniciando una vez más, la envió a la bahía de equipo de la sala de rotatoria que habían remodelado como hogar y allí se lo encontró sentado en silencio en medio de la oscuridad.

Las instalaciones eran espartanas comparadas con los camarotes que habían ocupado junto a la sala común de los peones. Había una cama en lugar de una jaula de dormir. Sillas y una mesa que eran más que imaginarias. Un libro y estantes de música. Una consola que permitía a deCant hacer todo el trabajo posible dentro del abrazo centrífugo de la sala giratoria. Todo estaba constreñido y cerrado sobre sí mismo, y eso incluía a Akhaturian.

Se lo encontró pensativo, sentado frente a la pantalla de la consola. Él se dio cuenta de su entrada y asintió brevemente, pero no le dedicó la gracia de su atención. DeCant aceptó su silencio y se colocó en otro asiento, y mientras Akhaturian examinaba la pantalla del ordenador ella le examinaba a él, porque la pantalla estaba en blanco.

Cuando habló al fin, lo hizo crípticamente.

—Lo puedes ver desde las franjas de entrada, cada treinta segundos más o menos.

DeCant no dijo nada, pero tuvo la sensación de que era un chico muy diferente de aquel con el que se había casado. De alguna forma ahora parecía más sustancial; y al mismo tiempo tenía aspecto de que algo se había roto dentro. Sin embargo, hay

muchos tipos de rotura. Una viga puede romperse y causar así el derrumbamiento de un edificio; pero las cadenas también pueden romperse, con consecuencias totalmente diferentes.

—Es muy roja —añadió Ivar.

DeCant asintió y Akhaturian se volvió finalmente y la miró directamente con una expresión de desconcierto.

—Casi murió —dijo y en sus palabras había un elemento de incredulidad, como si no pudiese concebir que algo así fuese posible—. Primero Rave, ahora 'Kiru. Alguien debería limpiar la sangre en el lugar donde fue atacada, pero nadie lo hará jamás, ¿qué sentido tendría? —Oyó el tono de su propia voz y miró con sorpresa los dos puños que habían formado sus manos. Cuando volvió a mirar a Veinticuatro, preguntó lastimero—: ¿Qué sucederá a continuación? ¿Seré yo o tú? No te acerques a Ratline. No te acerques a él.

—Ratline no pretendía hacerlo.

—Eso es lo peor. ¿No lo comprendes? Si él hubiese *pretendido* hacerlo, podría comprender cómo podría pasar. Pero él amaba a 'Kiru, así que no tiene sentido.

—Estaba muy furioso por lo de Rave. No solo con Bhatteji. Él también se culpa, por llevarle fuera, y simplemente fue demasiado.

—¿Cómo puedes saber algo así?

DeCant se encogió de hombros.

—*Deseo* continuamente considerarle malo, pero no puedo hacerlo.

—Por tanto, él no lo pretende, pero la gente sufre daño.

—Es el fantasma, Ugo Terrell, castigando a Ratline.

—Eso no es muy gracioso.

—No intentaba que lo fuese.

Él alargó las manos.

—No quiero que te pase nada.

Ella las aceptó.

—Entonces viviría una vida muy aburrida, ¿no?

—Me refería a algo malo.

—Oh, en ese caso... —le besó con pena—... has llegado demasiado tarde.

Él creyó que ella se refería al embarazo, pero no era así. Ella pensaba en el resto de su vida, desde la huida milagrosa del laboratorio, hasta la muerte de sus padres adoptivos, hasta la negativa de Satterwaithe, hasta la muerte y la herida de sus amigos. Ella le agarró con fuerza.

—¿Sabes qué me gusta de ti?

—¿Esto?

—No. Quiero decir, sí, claro que me gusta *eso*. Pero lo que realmente me gusta es que siempre intentas hacer lo correcto.

Él se apartó y la miró con curiosidad.

—¿Es tan raro como para que lo consideres valioso?

Ella le volvió a atraer y acunó su cabeza entre los brazos.
—Es más precioso que los rubíes.

El cúter

Corrigan disfrutaba la vida de las cifras. Se deslizaban por sus filas y columnas, se daban la mano y bailaban sobre las gráficas. *Brincaban*. No había otra palabra para describirlo. En ocasiones, en el torbellino, él olvidaba que debían alinearse con cierto propósito, de la misma forma que un hombre que disfruta de las olas puede olvidar la existencia del océano. A pesar de su pasión por el orden, a pesar de la rectilinealidad de su camarote, era muy consciente del caos subyacente a todo, porque siglos atrás Poincaré ya había demostrado que incluso el universo mecánico de Newton estaba operado por un loco. Aun así, la incertidumbre y la contingencia, es más, la elección, le resultaban incómodas. Le gustaba que las cosas estuviesen bien dispuestas. Es por esa razón que Gorgas le consideraba un perro verde y Corrigan creía que el capitán estaba loco.

Estaba sentado en la eslinga de su habitación, muy confortado por los alineamientos, pero sus ojos se perdían continuamente en los giros alocados de la caligrafía en la lámina de Shumar. ¿Cómo iba a calcular una ruta de escape para el cúter si no conocía los parámetros? Mucho podía depender de si la radio funcionaba y si una nave respondía interceptándolo. El cúter tendría demasiada velocidad inicial para que una sola jaula pudiese compensarla antes de llegar a HoJO, así que su única esperanza era encontrarse con una nave del radial marciano. La Joya de Loto había identificado las llamadas de una docena de esos navíos y Nave había mostrado una gran variedad de intercepciones, buscando una que pudiese ajustarse a los parámetros de éxito.

Trece personas podrían vivir en el cúter, si algunos exhalaban mientras los otros inhalaban, pero solo durante diecinueve días, quizá veinte si los chiquillos contaban como media carga en el sistema. Grubb estaba almacenando más suministros, pero Corrigan no creía que el bote pudiese contener tanto como para que eso importara. El punto límite era la regeneración de aire, no la comida, el combustible o el agua. Dado el tiempo medio entre fallos, el sistema de aire podría durar 250 días / hombre antes de que la acumulación de CO₂ ahogase a la tripulación. Lo importante era la carga pico del sistema. No importaba nada si había cárnica suficiente para un viaje de dos meses si todos tenían que contener el aliento durante las dos últimas semanas. Los fallos aleatorios del sistema se podían producir cuando la carga fluctuaba más allá del margen de diseño, y el cúter jamás se había diseñado para llevar a toda una tripulación de nave.

La tripulación de Nave, menos uno.

Menos dos. Había olvidado al capitán Hand.

Corrigan, súbitamente anegado por un ansia del antiguo capitán, se cubrió la cara. Parecía que había sido tanto tiempo atrás, en otra era, una con Napoleón o Mehmet Alí. *Allá en los días del capitán Hand...* Hand sabría cómo salir de esta, seguro.

Hand nunca les hubiese dejado en esta situación.

El paso del tiempo produce una forma extraña de perspectiva: los que están más lejos parecen más impresionantes. Acumulan leyendas y poder como un holoplex viejo acumula polvo. Dado el paso de tiempo suficiente, se convierten en dioses. Sus epígonos jamás llegan a su altura simplemente porque jamás se compararon realmente con ellos. Siempre es el pasado ideal contra el presente real, y el ideal siempre gana porque se han eliminado todas sus taras. Si Hand hubiese podido manejar la crisis mejor que Gorgas era una variable desconocida e imposible de conocer. Solo se podía decir que la tripulación hubiese estado más contenta de fallar al mando de Hand que de triunfar al mando de Gorgas; pero esa era la magia del fallecido capitán. Para un observador objetivo Hand podría no parecer más competente que la mayoría, pero le rodeaba cierta simpatía que nadie a bordo podía igualar y dentro de la cual no se podía apreciar ninguna imperfección fatal.

Corrigan había sido víctima de esa simpatía y sabía que debía sentir gratitud para con el hombre, o hacia la sombra del hombre. *Competente, pero sin imaginación*, habían escrito otros capitanes sobre el primer oficial. *Ejecuta bien las tareas, pero carece de iniciativa*. Hand se había reído de esos juicios. *Una planta necesita la tierra adecuada, eso es todo*. Hand lo había dicho con esa maldita benevolencia paternalista que le caracterizaba. *Entonces verás la flor*.

Esa alegría había sido peor que los juicios de los otros capitanes, porque implícita en ella estaba la suposición de que precisaba ayuda, que Corrigan *debería* ser algo más que simplemente competente, fiel y trabajador. El primer oficial jamás había considerado que esas cualidades fuesen pecados, y por tanto jamás había buscado el perdón. Hand había sido un hombre amable, pero la amabilidad no es sabiduría. Los peores errores se producían por amabilidad. En cualquier caso, se había equivocado, porque la tierra adecuada no había aparecido. Vamos, la IA de *El río* mostraba autoiniciativa más a menudo que Corrigan, y la única idea genial que había tenido en sus siete años a bordo había llevado a la destrucción de la nave.

—Señor Corrigan, debe elegir una de las rutas —comentó Nave sin haber sido invitada.

Al principio Corrigan no apartó las manos de la cara.

—¿Sí? Ninguna de ellas promete el éxito. ¿Debo enviarnos a la muerte?

—¿Es mejor quedarse aquí y morir?

—Te has convertido en filósofo, Nave. Nunca creí que cayeses tan bajo.

—*Filósofo* viene del griego *philo*, que significa...

—Abortar.

—Hay varias rutas que se encuentran con *Ido Maru* o *La chica de Georgia*. — Nave era incapaz de irritarse cuando la cortaban y retomó la conversación sin ni siquiera un gesto de enfado.

—Para las que el mejor tiempo de tránsito es veintisiete días —dijo Corrigan—. Y eso dando por supuesto que las naves varíen su ruta para recogernos.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—No lo sé. Si lo supiese, escogería una.

—No es por eso que no escoges.

Corrigan gruñó.

—Termina.

—Es un viejo dilema ético. *El problema del bote salvavidas*. Cuando el bote no puede llevar a todos...

—¿Quién te ha hecho tan pifiadamente lista? Termina, dije! No eres más que una red de neuronas propagantes y bases de datos de conocimientos y libros. —Volvió a hacer las cuentas: 250 días hombre de fiabilidad proyectada, dividido por 27 días de carga del sistema, daban 9,26 hombres. Contando a deCant y a Akhaturian como la mitad, todavía le faltaban tres personas.

Bien, ¿quién iba a quedarse atrás? Porque algunos debían hacerlo, para que el resto tuviese alguna esperanza.

Si hubiese justicia en el universo, exigiría que los tres que habían matado a la nave se quedasen a morir con ella. Y esos eran Satterwaithe, Ratline y él mismo.

Corrigan se soltó de la eslinga y atravesó la habitación hasta el punto donde había fijado la alfombra de oración. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la había alineado con la Tierra? Creía que los detalles de esos cálculos le habían encantado más que el propósito supuesto. Había dedicado su vida a lo que podía medir, pero ¿quién podía medir a Dios? ¿Qué radar podía hacerle ping?

Descendió sobre la alfombra y cayó lentamente de cara. En un marco de aceleración de tres milis, cayó durante mucho tiempo.

Mikoyan Hidei se esforzó para colocar el gato neumático entre la placa de la puerta y el marco desmontado. Llevaba todo el día con esa tarea y tenía un pestazo a sudor y una manga rota para demostrarlo. Lo único que hacía que el trabajo fuese soportable era la brisa suave que le acariciaba la mejilla y la enfriaba debido a la evaporación, y esa brisa, por supuesto, era lo que hacía que el trabajo fuese insoportable.

—Atrás —dijo Bhatteji, y Miko alargó la mano para agarrar una barra y apartarse. El ingeniero ya movía la almádena antes de que ella se apartase, pero Miko no creía que intentase darle. Simplemente seguía el ritmo del trabajo. Él no podía saber que había sido la que había lanzado a Ratline contra él con un cuchillo de rizo y una pena todavía más afilada. Por supuesto, la gente no siempre espera a saber antes de actuar. Una suposición basta como motivación, e incluso conjeturas alocadas. Además, si Bhatteji quisiese hacerle daño, no emplearía un ardid.

No sería más que justicia si Bhatteji le diese, y todavía más porque el golpe no tendría intención. Su propio golpe había dado a Okoye por error. Su mejor amiga en la nave ahora estaba sedada, y Ratline también, quien yacía —sin sedar— en un mundo al que solo podía ir Ratline.

Si el camino al Infierno está empedrado de buenas intenciones, ¿qué camino está

empedrado con falta de intenciones?

La almádena de Bhattejri encajó el gato neumático en el hueco entre las dos grandes losas de la puerta hermética y el pistón inactivo. Todo el conjunto, los mamparos y también la cubierta, resonaron con el golpe, y a Miko se le antojó que podrían oírlo en el puente, e incluso en Europa. El propio Bhattejri se alzó en el aire por la reacción y retrocedió algunos metros, girando.

—Comprueba el asiento —gritó a Miko.

Miko dirigió la luz fría hacia el interior de la pared, donde los pistones, barras deslizantes y sellos mostraban que era una pared muy complicada.

—Parece estar bien —respondió—. Justo en el centro.

Bhattejri había agarrado una estructura anular en el cruce y se había detenido.

—Hazlo.

Miko pulsó el activador, y el gato se abrió con súbita fuerza, empujando el pistón a su posición y cerrando de golpe la puerta hermética. Miko observó el pasillo ahora sellado sin sentir emoción. El suave céfiro que le había acariciado la mejilla desapareció al fin.

Bhattejri, quien había llegado a su lado, evaluó el trabajo con bastante más satisfacción.

—Un sello más —anunció—. Un paso más cerca.

—Y solo quedan quince —replicó Miko.

—Un viaje de mil kilómetros —le dijo Bhattejri— comienza con un solo paso.

—También un viaje de un millón de kilómetros. Eso no implica que haya esperanzas de terminarlo. ¿Y si el paso va en la dirección equivocada? ¿No vagaron los hebreos durante cuarenta años por el desierto? Estoy segura de que también empezaron con un solo paso.

—No sabría decirte. No es mi fábula. —Bhattejri giró la válvula para soltar el gato, el aire se escapó y el artefacto colapsó. Apoyó los pies contra la pared y tiró del gato—. Vuelve a colocar el panel —dijo—, y asegúrate de que los sellos estén en su sitio. No tiene mucho sentido cerrar las puertas si las paredes están llenas de agujeros. —Incluso se rio, como si no hubiese problemas en este mundo y se tratase de un mantenimiento de rutina.

(Miko había imitado esa última frase junto con él. No era como si no hubiese dicho lo mismo en las últimas cinco ocasiones, en las cinco puertas que ya habían cerrado).

Bhattejri examinó el culo del gato donde le había golpeado con la almádena y vio lo deformada que estaba la placa posterior. Se preguntó cuántas veces más podría tratarlo así. Quince, quizá.

—Si crees que vamos en mala dirección, puedes ir en la otra, con los otros.

Miko le dio un puñetazo en el pecho.

—¡Hijo de puta!

El ingeniero encajó el golpe con más curiosidad que daño.

—Podemos hacerlo —dijo, y Miko volvió a darle—. Solo tenemos que mantener el ritmo.

—¡Maldito seas!

—Crear un pequeño reducto hermético y el suministro de aire nos durará hasta Júpiter.

—¡Estás loco! Has estado respirando gases de plasma y te han frito el cerebro. ¡La nave es un maldito colador! ¿Qué hay del pasillo sin puertas que cerrar? ¿Quién los soldará? A 'Kiru casi le han cortado la cabeza, los dos chiquillos se van en el cúter...

—Una tarea cada vez, Miko. Lo admito, el trabajo iría más rápido si todos ayudasen, pero no parece que vaya a pasar. Solo estamos tú y yo.

—¿Qué has estado bebiendo? Cuando llegue el momento, estaré en el cúter con todos los demás.

—Si crees que todo esto es una maldita pérdida de tiempo, ¿por qué me ayudas? ¿Por qué no te acobardas con los otros?

—¡Porque es algo a hacer! ¡Porque es algo que me mantiene pifiadamente ocupada hasta que llegue la hora de subir al cúter! —Miko intentó un último golpe.

Bhatterji agarró el puño y lo retuvo.

—Porque tú también amas la nave.

La ayudante expulsó el aire y arrancó el puño.

—Sí. Eso también. Es una pena verla irse así.

—Solo va a ir a Júpiter. ¿Sabes lo que pasará si subes al cúter? Que *a ti* se te acabará el aire antes que a mí, eso es. Ya sabes lo que informaron Grubb y Corrigan. Que tantos pulmones en ese volumen tan pequeño sobrecargarán el sistema antes del encuentro. ¿Qué sentido tiene?

—Pero Gorgas dijo...

Bhatterji gruñó.

—¿Crees realmente que Gorgas puede tomar una decisión así? El hombre tiene problemas para decidir qué zapato ponerse primero, menos aún quién va a quedarse atrás. Así que se lo pondré más fácil. Irse en el cúter es un suicidio. Los números no cuadran. Así que me quedaré aquí y salvaré la nave.

Miko ya sabía que eso era lo que iba a decir. Ella ya sabía que él iba a quedarse.

—¿Un héroe? —le pinchó.

—Solo hago mi trabajo.

—¿Morirás de terquedad? —Era la primera vez que había empleado la palabra *morir* con él, con alguien.

El ingeniero no respondió, sino que se puso el gato neumático al hombro y cargó la almádena. Se volvió, se detuvo un momento en lo que parecía ser una idea súbita y volvió a mirarla.

—Dios —le dijo con total candor—. Echo de menos ver a Rave por aquí. —Luego se endureció y añadió—: El pasillo radial número nueve, anillo D. Reúnete allí

conmigo cuando hayas terminado.

Miko levantó el panel de pared, pero en cuanto se fue lo volvió a tirar.

—¿Qué sentido tiene? —preguntó. Luego, más alto, preguntándose si él podría oírla—: ¡Qué sentido tiene! —Por la fuerza de arrojar el panel se había elevado del suelo y esperó a volver a posarse. Nadie le respondió: no Bhatteji, quien se había detenido al oír su eco dos pasillos más allá; tampoco Nave, que no tenía micrófonos en esa zona del navío. Miko agarró la caja en la que Bhatteji había guardado cuidadosamente los cierres del panel de pared con la intención de arrojarlos, dispersando el contenido a lo largo del radial. Pero detuvo el brazo y lo volvió a bajar sin hacerlo. Luego, volviéndose, sopesó el panel una vez más y lo colocó en su sello, comenzó a insertar los cierres uno a uno.

Miko podía sentir que el aire volvía a agitarse, y el flujo, frustrado por la puerta que le impedía el camino, venía de otra dirección.

—Vale —le dijo al ingeniero que se había ido y ajustó el último cierre con un buen golpe de la llave—. Quédate. Verás si me preocupa. —Luego siguió a Bhatteji al radial nueve.

Corrigan encontró a Gorgas a solas en el puente. Todas las luces del puente estaban apagadas excepto las del tanque de trazado y las sixtinas. Gorgas había pedido vistas de los sensores externos y le había divertido disponerlas de forma que se aproximasen a la disposición externa a la nave, como si el casco no fuese más que una burbuja de metaloceno. Pero lo había hecho en sentido inverso, porque la nave iba desacelerando. Por tanto, aunque por derecho debería estar situado al pie, Júpiter aparecía en la sixtina en el mismo ápex de la sala. Satisfacía su sensación de que todo se había puesto cabeza abajo.

Gorgas estaba, como era habitual, junto al tanque de trazado, con la mano derecha descansando sobre la superficie superior, y miraba hacia arriba, hacia Júpiter, con lo que Corrigan consideró una expresión de paz total. El primer oficial vaciló al pie de la entrada al puente, sintiéndose renuente a molestar al capitán.

—Está bien, número uno —dijo Gorgas, aunque no se había dado la vuelta—. Ven. Creo que ya no quedan formalidades. No tendrían mayor sentido.

—Te equivocas, capitán. Cuando tienen menos sentido es cuando las formalidades son más importantes.

Sorprendido, Gorgas se dio la vuelta.

—¿En serio? Siempre había creído que para ti las formalidades en sí *eran* lo importante. Digamos, el *Ding an sich*. Muy bien, entrada.

—El cúter está listo para partir. Tenemos una ventana para *La chica de Georgia* durante las próximas cuatro horas. La siguiente ventana, para *Ido Maru*, no será hasta dentro de seis días.

—¿Ves sentido a esperar?

Corrigan negó.

—Para entonces la velocidad inicial del cúter será menor. No lo suficiente para

tener importancia.

Gorgas asintió lentamente.

—Eso pensaba. —Se volvió y miró de nuevo a las sixtinas—. Mira ahí, número uno. Una visión espléndida, ¿no?

—¿Qué? ¿Júpiter? Creo que puedo distinguir las bandas.

—No, Júpiter no. Sol. El sol. —Gorgas señaló otro panel, más cercano a la elíptica imaginaria—. ¿Ves el pequeño punto al oeste? Nave dice que es la Tierra.

—Lo es —gruñó Corrigan—. Vesta es demasiado pequeño para verse sin aumento.

Gorgas se volvió e inclinó la cabeza.

—¿Qué? Oh, sí. Para ti no significa lo mismo, ¿verdad? —Miró la sixtina e, inclinándose sobre el tanque de trazado, con los brazos cruzados bajo la barbilla—. La echo de menos. ¿Se puede echar de menos de la misma forma una conejera de asteroide? No sé.

—Depende de lo que uno ame —dijo Corrigan, suponiendo que Gorgas se refiriese a un planeta.

Gorgas asintió.

—Sí, supongo. Y a qué estés acostumbrado. Yo crecí en la Pequeña Llanura. Está en Hungría, cerca de la frontera con Austria. Era una maravillosa región ondulada, donde un hombre podía cabalgar a pelo durante muchas leguas sin encontrar jamás una ciudad. Y las montañas, oh, eran grandiosas. Pacífico, ¿comprendes? Teníamos una cabaña, en las montañas. Me pregunto quién vivirá allí ahora.

—¿Capitán?

—Sí, cuatro horas has dicho. Muy bien. ¿Nave?

—¿Sí, capitán?

—Diario del capitán. Al primer oficial Corrigan se le asigna el mando del cúter de la nave y se le ordena que lleve a la mayor cantidad de miembros de la tripulación que pueda acomodar con una oportunidad razonable de éxito y que intente encontrarse con el carguero *La chica de Georgia*, que viene de Nueva Tblisi, Estado Libre Marineris. Se autoriza la partida dentro de las próximas cuatro horas. Registrar.

—Aceptado, capitán, y justo a tiempo.

—Nave —dijo Gorgas—, puedes ahorrarte las opiniones. Sí, número uno, ¿qué pasa? —Gorgas habló con brusquedad al percibir la vacilación de Corrigan. Había tomado la decisión y le había ofrecido cierta medida de calma, pero eso no implicaba que le apeteciese hundirse en ella o justificarla.

—Yo había pensado... —dijo Corrigan—. Había pensado en quedarme.

El labio de Gorgas se agitó.

—No te lo recomendaría. En mi caso, hay cierta tradición a cumplir en lo referido a los capitanes y sus navíos. Pero no te afecta.

—Pero si no hubiese sido por mí...

—Número uno, ¿cuántos pilotos de antorcha certificados por la junta tenemos a

bordo? Tú, yo, Genie. ¿Y de los tres cuál es el mejor navegante? No, señor, si debemos dar a los jóvenes, al pasajero y a los otros la mejor oportunidad, debes ir con ellos. Si quieres castigarte por ciertas elecciones tontas y ciertos comportamientos imprudentes, tienes mi permiso. Créeme, en ese terreno no te faltará compañía.

Corrigan descubrió que apenas podía hablar.

—¿Y quién más...? —No pudo terminar la pregunta.

—¿Se quedará? El señor Bhatteji tiene la intención de completar la reparación. Irse con el cúter entorpecería ese trabajo. —Gorgas vaciló—. No se lo discutí.

—¿Y el tercer voluntario?

—Sí, nos hacían falta tres, ¿no? Bien, alguien dará un paso al frente. O mejor dicho, *no dará* un paso al frente.

Corrigan se estiró, y como era un astronauta, fue un buen estirón. Para ser un civil, incluso se las arregló para mostrar un saludo más que creíble. Gorgas alargó la mano:

—En caso de que no volvamos a hablar. Ve con Dios.

—Como Dios quiera.

—Sí. Supongo que en cuanto a eso no podemos hacer mucho.

Era un momento destinado a suceder desde el mismo comienzo y por tanto, debido a su inevitabilidad, fue totalmente inesperado. Dos fuerzas pueden encontrarse en equilibrio preciso, una en oposición exacta a la otra, y en tal estado ofrecer la ilusión de estabilidad. Pero si una de las fuerzas se reduce, se produce la aniquilación. Así explotan las estrellas. Y también así revientan las pompas de jabón, porque la escala temporal puede ir desde un momento hasta un eón. A la larga, la antipartícula no sobrevive.

En este caso las dos fuerzas eran las siguientes. Algo muy en el interior de Bigelow Fife le impulsaba a salvarse a sí mismo. Algo muy en el interior de Franziska Wong la impulsaba a salvar a todo el mundo. Esas dos fuerzas no se encontraban en oposición precisa, porque salvar a todos en general era salvar a Fife en particular; pero el conflicto (aunque oblicuo) estaba presente, porque una perturbación indicaba una tercera fuerza, que era la poca disposición de Fife a huir de la nave sin Wong al lado. Al final —en el tuétano— la doctora se sacrificaría para lograr su objetivo, pero Fife no podía hacerlo y aun así lograr el suyo. Así se rompe una simetría.

Se encontraban en la enfermería —Wong, Fife y un viejo vacío que alguna vez había sido Ratline—. Fife observaba con paciencia exasperada mientras Wong preparaba al jefe de carga para la partida. La mujer fijó barras a ambos lados de su camastro para poder usarlo como camilla y aseguró las cintas alrededor de su cuerpo para mantenerlo en su sitio.

—¡Ratline! —dijo bruscamente, como si fuese un niño perdido y cuando los ojos sin ver del hombre la miraron—: Ratline, tenemos que irnos.

A su espalda, Fife dijo:

—¿'Siska? —En un tono que se estremecía y retorcía como un saco lleno de

gatitos, y no era de extrañar, porque estaba pidiendo, rogando, recordando y engatusando, lo que era mucho material a encajar en una única palabra y dos florituras de puntuación. Por lo demás, le recordaba que seguía allí y que no se iría sin ella. Por otra parte, le estaba rogando que se fuesen, *ahora*. Y por otra tercera parte, él deseaba saber qué aspiraba a lograr ella incitando a un maniaco asesino a que les acompañase a un bote pequeño y atestado.

—¿Ir? —dijo Ratline. Intentó sentarse, encontró que las tiras le retenían y giró la cabeza, no hacia la mujer que le había atado, sino hacia el otro camastro de la enfermería. Viendo que estaba vacío, susurró—: Entonces, ¿todo fue una pesadilla? —Quería creerlo. Wong lo oyó, pero no se lo aclaró.

—Tenemos que darnos prisa —fue todo lo que dijo—. Sería más rápido si nouviésemos que cargarte.

—Parecía tan real... —le dijo Ratline con una voz muy alterada.

A Ratline sus mundos nunca le habían parecido del todo reales. Eran mundos de fantasmas y vapores, degenerando desde la solidez del aquí y ahora hasta ser cada vez más tenues. Había nombres, rostros y hechos que en ocasiones se alzaban de esos mundos para situarse frente a él, pero siempre que intentaba aferrarlos, demostraban ser tan sólidos como el humo.

Sin embargo, como todos los buenos fantasmas, le venían durante la noche y entonces se volvían más reales y el humo se tornaba carne. Solo cuando cerraba los ojos podía ver con claridad a Sammy, Lenny, Gooch, Kurt John y a todos los demás que habían caído antes que él. Le parecía (y no era más que una sensación, ¿no?) que había causado daño a dos personas a las que quería, y ese joven inteligente se encontraba ahora entre las sombras y quizá también esa seductora joven. No podía soportar que su descuido y su furia los hubiese matado, como ya había matado en una ocasión antes. —¡Oh, cómo se alza el pasado para burlarse de nosotros!— Así que hizo lo que había aprendido a hacer con todos los hechos desagradables. Lo convirtió en algo diferente a él mismo y lo guardó en algún lugar.

No quiero oír las quejas de más pasajeros, Timmy, dijo un hombre delgado y vacío con insignias de servicio. *Limítate a hacer lo que te piden.*

Pero señor Willent, quieren que yo...

No necesito saber lo que quieren, dijo Willent, con sentido de que no quería saberlo. *Una bebida. Una comida. Un recado. No importa. Son personas ricas y poderosas, Timmy. Son tan ricos que podrían comprarte a ti y a mí, y tan poderosos que podrían cerrar el negocio.* Lo dijo como hombre que conocía su propio precio y ahora sabía que se había fijado demasiado bajo. *Asegúrate de obtener el mejor precio, Timmy. Eso es todo.*

Ese niño, Timmy, se había tomado el consejo a conciencia, aunque al principio había llorado un poco, y las propinas resultaron ser tan bonitas como el chico. Incluso después de que Willent sufriese ese *horrible* accidente en la cocina, Timmy había seguido jugando a ser la gallina entre los halcones. Le salió muy bien y podría

haberse retirado (muy generosamente) con las propinas acumuladas, porque sus patronos lo eran todo menos tacaños, solo que había aprendido a beberse esas propinas, y era una indicación del dolor sanado que el olvido de la botella resulte más precioso que el oro.

Wong, desesperada, invocó un nombre:

—Ratline, Satterwaithe dice que debes venir con nosotros.

El jefe de carga negó con la cabeza.

—Pobre Genie —dijo—. Pobre Genie. —Tomó aliento y a la doctora le pareció que los ojos estaban más enfocados—. ¿Cuál es la tarea? —preguntó con algo parecido a una voz normal—. ¿Para qué son las cintas? Déjame levantarme. —Los nombres, aparentemente, conjuraban.

Fife, de fondo, dejó escapar el aliento que Ratline había tomado. Seguía sin agradarle la idea de compartir una nave con un viejo loco, pero al menos ahora podrían moverse en la dirección adecuada. Quizás en el último momento pudiese dejar fuera al anciano, porque a Fife no le apetecía despertarse y encontrar a su amante con el cuello cortado y a Ratline riendo en el matadero. Aún menos le apetecía despertarse y encontrarse con que le habían cortado su propia garganta. El viejo decrépito, pensaba, podría ahorrarles muchos problemas si se cortaba la garganta a sí mismo. Siempre le había parecido que el problema con los asesinatos-suicidios estaba en la secuencia.

—Todo es culpa de Bhatlerji —le dijo mientras corrían por el radial número 12 hacia la bahía del cúter. Wong no le preguntó de qué tenía la culpa Bhatlerji.

—La nave pierde aire —le dijo ella—. Según los cálculos de Grubb, antes de llegar a Júpiter será demasiado tenue para poder respirar. Gorgas ha pedido que permanezcamos en el cúter como precaución.

Ratline agarró una barra y se detuvo tan súbitamente que Wong estaba tres pasos por delante y Fife doce antes de que se diesen cuenta. La doctora también se detuvo y, por tanto, Fife también. Retorcó el rostro y la llamó, pero Wong pasó de él y volvió junto a Ratline.

—¿Precaución para qué? —preguntó el viejo.

—Hay una posibilidad, ahora mismo Corrigan y Akhaturian están estableciendo el rumbo, de que el cúter pueda encontrarse con una de las naves del radial marciano. Si...

—No.

Wong agitó la cabeza.

—No comprendo.

—No —volvió a decir Ratline—. No me iré. —Ratline, cuando le daba por ponerse terco, hacía que las mulas pareciesen caprichosas. Él tampoco malgastó tiempo en argumentar, pero cuando Wong intentó agarrarle, él la apartó con un gesto violento y corrió por el pasillo hasta el núcleo central de la nave con tanta rapidez que tropezó, salió volando y chocó varias veces con las paredes.

—¡Ratline! —gritó Wong, y corrió tras él.

El pasajero tampoco comprendía la decisión de Ratline. La diferencia es que a él no le importaba.

—Déjale —dijo, y si había algo brutal en la palabra, también había algo respetuoso, porque le concedía a Ratline el derecho a tomar sus propias decisiones.

—No puedo hacerlo —dijo Wong, quien solo reconocía el derecho a las buenas decisiones. El hombre estaba enfermo, alterado por la pérdida de Evermore y su comportamiento posterior, y no tenía el estado mental adecuado para tomar una decisión tan fatal. Necesitaba ayuda. Necesitaba a Wong.

—¡Pero 'Siska! —gritó Fife, quien también necesitaba a Wong.

Ella se volvió, furiosa de que él le fuese a quitar su posibilidad.

—¡Entonces vete tú!

—¡No puedo! ¡No sin ti! —A Fife le llegó una súbita visión: Ratline no abandonaría la nave, 'Siska no abandonaría a Ratline y él no abandonaría a 'Siska. Era como si el viejo fuese un ancla, arrastrándoles a todos.

Quizá Wong también lo comprendiese así, ya que decidida a salvar a todos, estaba obligada a salvar a Fife. Así que le liberó del ancla de la única forma que le era posible: cortando las cadenas que retenían a Fife.

—No me amas —dijo... y cuando él abrió la boca para protestar, le hizo callar—. ¡No me amas! Escúchame. Nadie puede amarme. ¡Es absurdo! ¡Mira! —Toqueteó la cremallera, sacó el vaporizador que le colgaba del cuello y lo agitó—. ¡Es esto, idiota! Sale en el sudor. Tienes un subidón cuando me besas, eso es todo.

Al principio, Fife no comprendió. ¿Cómo podía alguien amar a un inhalador? Una vez que lo comprendió, no quiso creerlo. ¿Cómo podía alguien tan amable y reflexivo como Wong convertirle deliberadamente en un adicto? El amor es más que ciego; es sordo y, en este caso, también tonto, porque Fife no podía pensar en ninguna palabra para detener la invectiva. Y cuanto más decía y explicaba Wong, más sentido tenía para Fife. Eran respuestas para todos los acertijos.

Por eso era que sentía un afecto tan inexplicable por una persona tan improbable.

Por eso sentía una alegría tan trascendente después de estar con ella.

Y era por eso, comprendió gradualmente, por lo que en aquellas ocasiones en que ella se había abstenido él no había sentido alegría.

Era tan adicto como uno de los perros de Pavlov, babeando desesperadamente ante el próximo subidón, y soportando por ellos ataques de melancolía que ahora comprendía eran simplemente síndrome de abstinencia.

Y por tanto, una vez que la comprendió y una vez que la creyó, también la odió, lo que demostraba que no la comprendía en absoluto. Sin embargo, la implosión en su cabeza creó una fusión tan brutal como si fuese una jaula de Bhattejji y el fogonazo de energía fue igual de destructivo.

—¡Ladrona! —gritó, lo que confundió enormemente a Wong, porque no era robo. Pero para el pasajero, su posesión más preciada era su mente lógica y bien ajustada, y

ella se la había robado; y como su mente formaba la imagen personal de Fife, ella en el robo había demolido su yo y había dejado en su lugar un montón de glándulas activadas. Eso no podía tolerarlo—. Eres una criatura patética y desesperada. Un fraude total. —Dijo mucho más, pero eso es el resumen, e incluso en mitad del ataque, él vio cómo sus palabras hacían daño a la mujer, y se odió por ello. *Esesa droga suya*, le dijo a su propio ser torturado. Era un adicto rompiendo relaciones con su camello. Pero. Oh. Cómo deseaba un chute más.

Como los motores de Bhatteji, su furia también le propulsaba, porque lo apartó de ella. Hay una frontera desigual que separa las palabras brutales de los actos brutales, y había empezado a levantar el brazo para golpear cuando se contuvo. Podría estar furioso, y también podía ser frío y calculador; pero no era un hombre que pegaba a una mujer, por mucho que le hubiese provocado. La costumbre lunar era tan firme como la de cualquier mundo. Y por tanto, después de un último gruñido de repulsión, se volvió de pronto y se fue.

Wong se quedó sola, pero siempre había sabido que sería así. Había sido así nave tras nave. Los hombres habían sido diversos, pero el resultado era muy similar. Algunos habían llorado, y algunos habían gritado, y otros habían caído en una desesperación tranquila. Dos habían cruzado la línea en la que se había detenido Fife; tres se habían suicidado después (aunque Wong no lo sabía). Pero se trataba de simples variaciones de un tema monocromático.

Pero jamás un desengaño tan amargo y cáustico había provocado tanta satisfacción interna, porque tanto Fife como Wong confirmaron sus imágenes personales. El pasajero veía vindicada su razón. Después de todo, su infatuación bufa con la doctora *no* había sido ilógica, sino una consecuencia necesaria de la dependencia química. Y la doctora veía una vez más justificada su fe, porque la partida de Fife demostraba que no se la podía amar. Puede resultar algo curioso a atesorar, pero era lo único que a Wong le quedaba de su infancia.

El regalo

Cuatro horas no era un periodo de tiempo considerable, pero ofrecían espacio suficiente para la reflexión y la atención. DeCant corrió al apartamento de la sala giratoria para recoger las posesiones terrenales de Akhaturian y meterlas en una bolsa de vuelo, porque Nave le había comunicado la orden de Gorgas de permanecer en el cúter. Actuaba con urgencia y prontitud, ocupándose de cada cajón y caja por turno, tomando lo que era necesario y dejando lo demás sin remordimientos. El método es lo mejor para aprovechar los minutos. Es la prisa lo que malgasta el tiempo.

Su bolsa personal la tenía preparada desde hacía unos días, justo después de que Grubb encontrase al pasajero y a ella la visitase su revelación. DeCant había sabido que debería estar preparada para partir en cualquier momento. Lo había sabido incluso antes de la rotura de la paleta, antes del golpe de la piedra. Lo había sabido mientras soldaba sellos con Akhaturian y Miko y había creído que después de todo Bhattejri podría salvar la nave. Pero solo un idiota hubiese contado con ese conejo en la chistera, y con todo, deCant no era idiota.

Las posesiones mundanas de Akhaturian guardaban relación con el tamaño de su mundo, pero la propia deCant llevaba dos años a bordo de *El río de las estrellas* y había acumulado más de lo que podía contener una bolsa de vuelo. Pero si una chica no estaba preparada para abandonarlo todo —dejarlo todo y no volver la vista atrás— no estaba preparada para vivir. Había huido de la Bóveda Syrtis con mucho menos de lo que llevaba ahora, y también riqueza sin medida. (Ella había sobrevivido cuando otros, regresando para salvar más posesiones, habían muerto). Un pequeño fragmento de metaloceno, un fragmento de la Bóveda en sí, era el único recuerdo que estaba decidida a conservar, y lo había colocado cuidadosamente en el fondo de la bolsa. Le recordaba que en ocasiones era necesario olvidar.

DeCant corrió al cúter, donde guardó las bolsas, la suya y la de Akhaturian. Luego corrió de vuelta a la nave. Era una chica corredora. Más tarde otros tripulantes recordarían cómo habían visto su forma difusa durante las últimas horas, por aquí y por allá, y nunca siguiendo dos veces la misma dirección. Sin embargo, lo hacía con tal resolución, que sus pasos parecían deliberados. Le parecía oír que llamaban su nombre, pero pasaba, tenía una misión que cumplir.

La puerta del camarote de Satterwaithe estaba cerrada, pero deCant abrió el panel de la cerradura y apretó una serie de botones.

—Vale, Miko —dijo en voz baja—, veamos cómo es de lista tu amiga invisible. —Pero como había llegado a la conclusión de que la amiga de Miko era realmente Nave, no se sorprendió cuando la puerta se abrió.

Tampoco le sorprendió no encontrar allí a Satterwaithe. DeCant había dado por supuesto que las exigencias de la situación mantendrían a la mujer en el puente durante su duración y, siendo ese el caso, la oficial de vela no tendría tiempo de hacer las maletas para la evacuación. Sin embargo, el desorden que se encontró al entrar le

hizo sentir dudas. Por todas partes colgaban del mobiliario como el musgo ropas y demás. Medias y lencería se agitaron bajo la brisa producida por el paso de deCant a través de las habitaciones, porque la alteración en el aire era casi suficiente para superar a la aceleración. ¿Qué había pasado aquí? ¿Habían saqueado la habitación? Quizá Satterwaithe hubiese venido a preparar la bolsa, dejando tirado el resto.

Si Satterwaithe ya había hecho la maleta, no importaba si deCant preparaba una segunda bolsa o no; pero si la oficial de vela no la había hecho, entonces tenía mucha importancia. Con tal razonamiento, la tercera peón —ahora era segunda, pero nunca lo pensaba— se puso manos a la obra. Pero aquí no serviría de nada el examen sistemático de cada caja y cajón. Primero, no sabía dónde guardaba Satterwaithe sus posesiones. Segundo, a juzgar por las apariencias, tampoco lo sabía Satterwaithe.

No siempre estaba claro qué era una posesión valiosa y qué era basura; sin embargo, deCant trabajó con movimientos ordenados y apresurados y en cierta forma el desorden le fue de ayuda. No tenía que buscar mucho para encontrar cosas tiradas a simple vista. Había un reloj en la habitación, pero estaba cubierto por una toalla tirada, que deCant decidió no guardar. No le preocupaba mucho, porque sabía que tenía tiempo de sobra.

Mientras Corrigan preparaba el cúter para su partida, los otros dos oficiales de cubierta preparaban la nave para permanecer. Es decir, para que el pecio fuese recuperable, no debía abandonar el sistema solar, y por tanto debía seguir frenando incluso después de dejar de recibir órdenes de la tripulación. Con estos preparativos, la IA era una participante voluntariosa, porque a pesar de que una copia se descargaría al cúter, el original no tenía ningún deseo de saltar al vacío interestelar.

Sí tenía deseos. Pero los tropismos introducidos por la retro-propagación valdrían como deseos en ausencia del artículo genuino. No hay más que pensar en Fife. ¿Quién sabe cómo es «el artículo genuino»?

El requisito era reducir la velocidad de la nave a no más de veinte kilómetros por segundo sin emplear más que los motores disponibles y el combustible restante. Como mucho, en una semana no habría nadie para rellenar los depósitos de boro y los silencios se callarían. La vela mayor seguiría ofreciendo algo de frenado y quizá lo siguiese haciendo indefinidamente, pero necesitaba atención continua para mantener el equilibrio. Sin él, un viento tormentoso o una irregularidad desde los galineanos la convertirían en una maraña. Veinte kilómetros por segundo seguiría siendo mayor que la velocidad natural a esta altura, pero era lo suficientemente baja para garantizar que la nave regresase algún día al espacio habitado.

—Capitán —dijo Wong, quien había irrumpido en el puente agitada, cortando una discusión sobre tasas de alimentación y volúmenes de depósitos, y ganándose un fruncimiento por parte de Satterwaithe—. ¿No deberíamos ir al cúter? —No podía creer que, en medio de una crisis los dos oficiales se quedasen tan tranquilos hablando de mecánica. ¿Qué importancia podría tener una vez abandonasen la nave? Pero Gorgas y Satterwaithe conocían las leyes de recuperación del sistema medio, y

cualquier nave abandonada sin indicaciones de haber sido situada adecuadamente en una órbita de recuperación se consideraba propiedad abandonada, con derechos de recuperación para el primero que llegase. Gorgas pensaba que lo menos que podía hacer por los dueños supervivientes era dejarles el valor de la recuperación.

Gorgas miró al reloj, luego a la segunda oficial y dijo:

—Hay tiempo de sobra, doctora. Tiempo para todo. Todavía casi tres horas. — Aunque se preguntó por qué Satterwaithe se había quedado para ayudarle con las cuentas.

Wong enrojeció y sintió como se había sentido a menudo flotando frente a su padre. ¡Vaya una mujer más estúpida que era! «'Siska la tonta» le había llamado su padre en alguna ocasión. Claro que no había *urgencia*. Había dejado que el selenita la infestase de pánico.

—Lo lamento —dijo, porque esa era su respuesta habitual ante el universo—. Pensé que todos debíamos situarnos en el cúter, por si acaso.

Satterwaithe movió la cabeza molesta.

—¿Por si acaso? ¿Por si acaso qué? El daño está hecho. La nave está fracturada sin posibilidad de recuperación. *¿Qué más puede ir mal?*

Wong se estremeció.

—Me gustaría que no lo hubieses dicho.

Satterwaithe miró entre las sombras y murmuró:

—Yo también desearía no haberlo hecho.

—Atienda a los otros, doctora —dijo Gorgas. La echaba. Se volvió para conferenciar una vez más con Satterwaithe y la IA. Sin que ninguno se diese cuenta, Veinticuatro deCant había llegado a la entrada del puente buscando a Satterwaithe y, encontrándola allí, dejó la bolsa en el suelo y aguardó su oportunidad de hablar.

—Pero, se trata de Ratline, señor —dijo Wong.

—¿Eh? ¿Ratline? —Gorgas levantó irritado la cabeza—. ¿Qué pasa con él?

—No va a venir.

—Ah. —El capitán se volvió hacia Satterwaithe, como hacía siempre cuando la cuestión se refería a Ratline—. ¿Número dos?

La segunda oficial se encogió de hombros.

—Déjale.

—Entonces, ¿tú le llevarás al cúter? —pidió la doctora—. A mí no me hace caso.

Satterwaithe no pensó que eso fuese en nada sorprendente. Ratline rara vez hacía caso a alguien, y menos aún a Wong.

—No comprendes —dijo Satterwaithe—. Moth subió a bordo de esta nave cuando tenía diez años. Aquí vivió toda su vida. No ha conocido nada más. No *puede* irse. Pretende morir aquí.

—¿Le dejarás que muera solo? —preguntó la doctora, sin poder creer que alguien contemplase un acto tan cruel.

—No estará solo.

Gorgas, que había abierto la boca para hablar, se volvió sorprendido hacia su segunda oficial.

—¿Cómo lo has sabido?

La pregunta tomó por sorpresa a Satterwaithe y la sorpresa siempre la irritaba, porque generalmente estaba bien informada y le fastidiaba descubrir sus lagunas.

—¿Cómo sé qué?

—Que Bhatteji y yo nos quedamos.

—¡Tú! —Satterwaithe añadió una gran cantidad de asombro a esa palabra, más del que Gorgas creía que podía contener. Le miró como si no le hubiese visto nunca.

A Gorgas se le daba bien comprender lo que pasaba y comprendió la naturaleza de la sorpresa de la segunda oficial antes que la doctora o la peón expectante. Asintió.

—Ah. Comprendo.

—¿Sí? —dijo Satterwaithe con amargura—. Entonces explícamelo, porque yo no entiendo nada.

—Solo necesitamos tres voluntarios —dijo Gorgas con voz amable, pero Satterwaithe se limitó a negar con la cabeza. En realidad, le molestaba la decisión de Gorgas. Habiendo decidido por ella misma y por Ratline que iban a quedarse, había llegado a considerar la nave una especie de mausoleo, o un altar para sacrificios. Gorgas, en su opinión, no merecía quedarse y morir. Y Bhatteji... era como mancillar un sanctasanctórum.

La comprensión se extendió hasta la doctora y la peón. El asombro fue tal que Wong quedó en silencio y deCant empezó a gritar.

Y eso desvió todos los ojos hasta su posición en la entrada al puente. Satterwaithe frunció el ceño.

—Esa es mi bolsa. ¿Cómo la has conseguido? —Era muy característico de la mujer que, de entre todo lo que había para apreciar y comentar, escogiese la invasión de su intimidad.

—Fui a ver si ya la había preparado, señora, pero supongo que estaba muy ocupada, así que la he hecho yo.

Satterwaithe se sintió extrañamente conmovida por el gesto, aunque no tanto como para dejar que se notara.

—Gracias —dijo— pero no era necesario. Me quedo en la nave.

—Pero... ¡no puede hacerlo!

—¿En serio? ¿Y cuántos galones llevas como para darme órdenes?

—Entonces, si... Entonces, si usted se queda... Yo me quedo. —Habló con una convicción súbita y firme que horrorizó a todos los presentes, incluyéndola a ella.

Gorgas murmuró:

—Parece que no acabamos de entender el concepto de «abandonar la nave».

Por parte de deCant, no se había tratado de una decisión muy meditada. Es más, no tenía nada que ver con la razón. Saltó de su lengua sin permiso, pero una vez dicho, no podía negarla. Puede que la juventud marciana aceptase pronto un papel

adulto, pero hay una razón para la atmósfera imprudente e inmadura de la vida allí.

Otros pensamientos posteriores reclamaban su atención, pero a pesar de las clases intensivas sobre la muerte que había recibido recientemente, deCant no comprendía realmente la muerte. Lo que comprendía era la pérdida y, habiendo recientemente encontrado a su madre (como creía), no podía soportar perderla tan pronto. (O creía que no podía soportar la pérdida). Ni tampoco podía mostrarse menos valiente. En su corazón, esperaba que su amenaza fuese el argumento que cambiase la decisión de su madre.

Sin embargo, las razones de Satterwaithe eran múltiples y confusas, incluso para sí misma, y no se desviaron debido al impacto del argumento de la chica. A pesar de la velocidad con la que había golpeado, la masa era demasiado reducida para moverla. Pero tampoco comprendió las razones de deCant, atribuyéndolas a las fanfarronadas y al instinto de manada.

—No seas tonta —dijo—. No sabes lo que dices.

—¿Lo sabe alguno de vosotros? —gritó Wong—. ¿Lo sabe alguno? ¡Veinticuatro! ¿Qué hay de Ivar? ¡Piensa en Ivar!

DeCant *había* pensado en Ivar —él era uno de esos pensamientos posteriores— pero ella sabía que él algún día la dejaría. Había quedado atrapado demasiado joven, y llegaría un día en que se diese cuenta; por lo que en realidad era bueno para los dos liberarle ahora.

—Es joven —le dijo a la doctora—. Lo superará.

La respuesta sorprendió a la doctora. Había apreciado la devoción por parte del chico de Calisto y suponía que la marciana, que no era ni de lejos tan transparente en ese aspecto, le había correspondido.

—No eres solo tú —le rogó—. También está el bebé.

Ivar, sabía deCant, tenía muchas esperanzas para el bebé, pero también lo superaría, en cuanto fabricase otro.

—No es más que una masa de células, señora. Usted misma lo dijo.

La doctora se apartó de la chica y comprendió con crudeza lo insensibles que podían llegar a ser los marcianos. *Fríos*, le había dicho a Grubb en una ocasión, pero jamás había sabido cuán fríos, porque realmente solo un corazón congelado podía devolverle palabras como esas en este momento.

Lo que la doctora no sabía, lo que ni siquiera deCant sabía, era hasta qué punto eran falsas esas palabras, pero su desesperación ante la posible pérdida de su madre había superado a todos los demás deseos. Había sido el impulso del momento, pero ese momento había clavado sus garras y no estaba dispuesto a desmontar.

La doctora lanzó un gritito, pero nadie supo si fue de desesperación o nervios. Huyó del puente y voló como un lémur por el pasillo. En el anillo C se encontró a Miko y agarró a la muchacha como una mantis podría atrapar un insecto.

—El cúter —le dijo a la ayudante del ingeniero—, ¡debes ir al cúter!

Miko no supo qué vio en los ojos de la doctora. No tenía práctica en la lectura de

emociones. Conocía la altivez y el miedo, porque las dos las había visto en las caras de Clavis Burr y su asesino a sueldo. Y por tanto atribuyó al pánico lo que era en realidad producto de la desesperación. Con tranquilidad, Miko retiró de sus hombros los largos dedos de la doctora.

—Lo sé, doctora. Pero todavía faltan casi tres horas, y tengo que hacer algunos recados. No se preocupe. Nave me advertirá con tiempo de sobra.

—Pero... Ivar, ¿qué hay de Ivar? ¿Le has visto?

—Fue en busca de las gatas de la nave, por la cocina...

—¡La Joya de Loto! ¡Es una cabeza loca! Cuando está bajo la cofia, es posible que olvide...

Miko se preguntó si podría decir algo que tranquilizase a esta mujer.

—JL está transcribiendo los códigos simiente para que Nave pueda venir con nosotros. No se preocupe por *ella*. Riachuelo nunca le permitiría quedarse atrás. Todo está controlado, doctora. Solo tenemos que preocuparnos de no sobrecargar el cúter.

—¿Sobrecargar...?

Una sombra atravesó el rostro de Miko.

—Sí. ¿No lo sabe? Para encontrarnos con *La chica de Georgia* el cúter solo puede llevar a diez de nosotros. —Luego, casi como ocurrencia tardía, añadió—: Ram se queda. —A continuación antes de que Wong pudiese estar segura de haber visto cierto brillo en los ojos de la chica, Miko se fue.

Wong se quedó en la intersección, incapaz de moverse. Ahora tenían sentido los crípticos comentarios de Gorgas en el puente. Tres voluntarios. No para guiar la nave hacia una órbita sin sentido, como había creído —¡qué razón tan horrible y comercial para sacrificarse!— sino para ofrecer una posibilidad de vivir a los demás.

No la necesitaban a ella. Nunca la habían necesitado. Lejos de subirlos a todos a la nave de rescate, el problema estaba en dejar a algunos fuera, y ese era un problema a cuya solución la doctora no podía contribuir. Descorazonada, se dirigió a la enfermería, donde los suministros médicos esperaban para ser embalados.

En el puente, Gorgas le había explicado a deCant las limitaciones del cúter.

—Sé que es duro decirlo. Fue más difícil aceptarlo, pero ninguna fantasía puede alterarlo. Si nos quedamos tres, el resto puede tener una oportunidad. Bhatteji y yo hemos decidido hacerlo. Y ahora Ratline. Pero, número dos, no hay necesidad de que se queden cuatro... o cinco, ¡jovencita! Ninguna necesidad.

—Sí —dijo deCant, aprovechando la oportunidad—. ¡Por favor, madre! ¡Por favor! ¡Sube al cúter!

La sonrisa de Satterwaithe era triste.

—No es cuestión de «necesidad», Stepan. O al menos, no la necesidad que tienes en mente.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Gorgas, sinceramente confundido, pero Satterwaithe se limitó a agitar la cabeza.

—Las viejas heridas curan lentamente —dijo ella. Luego, recuperando

aparentemente la compostura, se volvió hacia Veinticuatro deCant y ejecutó un milagro. El milagro fue el siguiente: se inclinó para hablarle a la chica directamente, algo que Gorgas jamás le había visto hacer.

—DeCant —dijo Satterwaithe. Al principio habló severamente, pero se percató y siguió de forma más suave—. Veinticuatro. Tienes razón. Soy tu madre, y...

—¡Lo sabía! —gritó la peón—. ¡Lo sabía!

—Calla. Escúchame. Debes abandonar la nave. ¡No, *escucha*, te digo! Debes abandonar la nave, por *mí*. Tú eres todo lo que tengo. Tú, y mi nieto. —Colocó una mano sobre el vientre de deCant—. ¿Comprendes? Si te quedas aquí, *será el final para mí*; pero si te vas, entonces yo seguiré. Soy vieja, mi nave se muere. El hombre al que podría haber amado también se muere. ¿Comprendes por qué *no puedo* irme aunque el cúter pudiese llevarnos a todos? Debo hacer lo correcto... por mí, por él. Por mis pecados.

DeCant asintió sin decir nada. Gorgas escuchaba asombrado.

—Entonces ve. Ve con tu marido. Cría a tu hijo. Algún día, cuando sea mayor, háblale de mí... Háblale de su abuela. —Cogió las dos manos de deCant—. ¿Lo harás por mí?

—¡Pero mamá! Nunca tuvimos tiempo... Tú y yo...

—¿Lo harás por mí? ¿*Por favor*? —Y esa fue otra parte del milagro, porque Gorgas jamás la había oído decir *por favor* más que como adorno de una conversación.

Los marcianos rara vez lloraban, pero pueden gemir. DeCant no se fiaba de su voz, pero se aventuró a decir:

—¿Tú...? Es decir, me gustaría que tú... —Y se quedó allí, estremeciéndose de ansias.

Satterwaithe vaciló antes de, tras comprender de pronto, saciarla. Inclinandose, la besó suavemente en la mejilla, momento en que, convulsivamente deCant arrojó sus brazos alrededor de la mujer mayor y apretó. Después de un momento incómodo en el que no supo qué hacer con sus manos, Satterwaithe respondió.

—Nunca te olvidaré —dijo deCant.

—Ni yo a ti —dijo Satterwaithe. Aflojó el abrazo—. Ahora ve. Cuida de mi nieto.

—Eugenie. Se llama Eugenie.

Satterwaithe tragó.

—Cuida de Eugenie.

—Lo haré, lo haré. —DeCant se echó atrás y se limpió la nariz con la manga—. Te quiero, mamá.

La vacilación de Satterwaithe fue casi inapreciable.

—Yo también te quiero.

Una vez que la peón se hubo ido, la segunda oficial cerró los ojos y quedó agachada un rato. Al levantarse, solo lo hizo para sentarse en la silla de sujeción más cercana. Era la silla del capitán, pero ninguno de los oficiales se dio cuenta.

—Nave —dijo una vez que encontró algo de calma.

—Lista, señora Satterwaithe.

La segunda oficial se dio cuenta del tratamiento honorífico y una sonrisa sardónica le cruzó las facciones.

—Mensaje. Para: Corrigan, Grubb, Akhaturian. Texto: Aseguraos de que deCant sube al trasbordador y se queda allí. Atadla si es preciso. Final del mensaje. —Se quedó sentada en la silla un rato más, mirando a la nada. Luego, al girar la silla para encararse con el tanque de trazado, vio la mirada curiosa de Gorgas—. ¿Qué?

—¿Eres la madre clónica de la chica? No lo sabía.

Satterwaithe bufó.

—No seas idiota. —Se levantó de la silla y se acercó al tanque.

—Pero dijiste...

Con brusquedad:

—La subí al cúter, ¿no?

—Bien —dijo Gorgas, a quien no se le ocurría nada que decir. Quería preguntar quién era el hombre que ella «podría haber amado», pero las únicas dos posibilidades le aterrorizaban—. Bien, volvamos a los cálculos. Nave. Retoma las proyecciones. Muéstralas. —El tanque de trazado volvió a cobrar vida llenándose de hilos plateados que daban vuelta a Júpiter hacia el sistema exterior—. Quizá podamos obtener desistencia gravitatoria de Júpiter —sugirió.

—¿No quieres decir asistencia gravitatoria?

—No, una *desistencia*. Intentamos ralentizar la nave...

Satterwaithe no tenía sentido del humor y le llevó un rato pillarlo. Cuando lo hizo, no pudo más que mover la cabeza. Después de un rato, mirando hacia la entrada del puente, se dio cuenta de que deCant se había llevado la bolsa. ¿Como recuerdo? La oficial de vela suspiró. No es que fuese a hacerle mucha falta lo que la chica hubiese guardado.

Hacía mucho tiempo había tenido una hija, pero fue durante un periodo de tiempo muy breve y nunca llegó a conocerla. Ahora tenía otra, y casi durante un periodo de tiempo tan breve y casi tan poco conocida.

—*Maldición* —murmuró—. Me gustaría que ella estuviese aquí.

Más tarde, mientras trabajaban con la IA en un problema de navegación, Gorgas silenciosamente le pasó un pañuelo y Satterwaithe lo cogió sin decir nada.

Se dice que todo hombre tiene un talento natural, aunque algunos lo entierran a una profundidad poco común. Fife había aguardado en el cúter con creciente impaciencia y agitación mientras Corrigan programaba el ordenador con la ruta de huida.

—Es un modelo antiguo —explicó la serpiente con alegría, como si la afirmación pudiese tranquilizar a nadie.

—Eso lo sé —dijo Fife—. ¿Quién crees que lo descubrió?

—Oh —dijo Corrigan ausente—, no puedes reclamar haberlo *descubierto*.

Siempre estuvo aquí, ¿no? —Fife hizo un gesto de exasperación y Corrigan le dedicó un guiño a Grubb.

—¿Cuánto falta? —preguntó Fife.

Grubb, quien se encargaba de repasar el sistema de soporte vital, respondió sin volverse.

—No te bajes los pantalones. La doctora no ha llegado todavía. —Grubb todavía no sabía lo de la pelea de enamorados. Pensaba que el pasajero estaba ansioso por escapar, pero eso solo era cierto a medias. Fife temía que si el cúter no se iba pronto, él mismo volvería a la nave a buscar a 'Siska y esa no era precisamente una estrategia orientada a la supervivencia.

—Es solo el síndrome de abstinencia —se dijo Fife a sí mismo, y apretó más el cinturón del asiento que ocupaba, no fuese su cuerpo traidor a actuar por cuenta propia.

Además, ella misma subiría a bordo, una vez que hubiese recibido a todos los perdidos, como si fuese una gallina clueca superprotectora. Se preguntó si tendría fuerza de voluntad suficiente para mantenerse alejado de la zorra durante los días que durase este tránsito. Se comportaría como un idiota antes de llegar a lugar seguro. Eso lo sabía. Confinados en tan poco espacio, durmiendo por turnos, compartiéndolo todo, ¿cuánto tiempo aguantaría?

Ella le había violado, ¿y qué le había dado ese derecho? Parecía tan buena persona, y él le había hecho un favor, ¡y así se lo pagaba! Le temblaban las manos, pero no sabía si por agitación o por desequilibrio químico. Eso solo demostraba que no se podía confiar en las buenas personas. El frío interés propio era más fiable. Los acuerdos deberían sellarse bajo la pura luz del interés; había que poner las cartas sobre la mesa.

Por supuesto, la doctora había actuado por interés propio y no por «bondad», pero Fife, por mucho que presumiese de estar orgulloso de su cerebro, no pensaba claramente. Ese era también el problema de Wong.

Detrás de él, la chica negra gimió un poco en sueños y Fife dio un salto al oírlo. Con las terminaciones nerviosas sobresaliendo varias pulgadas de la piel, todo ruido le parecía tan repentino como un cuchillo, todo color se le antojaba un tono pastel brillante. Era el síndrome de abstinencia, se repitió. Tenía los sentidos sobrecargados y confundidos. ¿Cómo podía tomar buenas decisiones cuando las entradas estaban tan desordenadas?

A Miko el pasajero le parecía nervioso. Cuando la amalteana entró en el cúter, el selenita dio un salto y se volvió para mirarla con una expresión simultáneamente aliviada y decepcionada. Miko pasó de él.

—Aquí tienes las placas que querías —le dijo a Corrigan—. No sé si servirán de algo. El motor de esta bañera no es un Wright y Oldis, y los anillos de enfoque son de los pequeños. Quizá JL pueda crear un parche.

Corrigan cogió las piezas.

—¿No lo puedes hacer tú?

—¿*Software* de motores? Solo soy una aprendiz. Puede que Bhattejji sepa. Corrigan abrió el panel y pasó los dedos por un cable, buscando la conexión.

—Sí, pero él no estará con nosotros, ¿no?

—No creo que se vaya a quedar solo para molestarte.

Corrigan encontró el punto buscado e insertó la placa.

—No me cuentes por qué hace las cosas. No le conoces desde hace tanto como yo.

—Asegúrate de inhabilitar esas placas hasta haberlas probado.

—¡Sé lo que estoy haciendo! —El grito vino acompañado de una mirada severa. Luego, tras ver la cara herida y furiosa de Miko, Corrigan añadió en voz más suave —: Sí. Yo también le echo de menos. Es un pifiado odioso y retorcido, pero después del primer par de años te acostumbras a tenerle por ahí.

Grubb, quien activaba los filtros de litio —los conectores saltaban y saltaban—, oyó el comentario y sonrió.

—Te dio una buena tunda. Nada une más que eso.

—Grubb, ¿te gustaría ser mi nuevo mejor amigo?

El jefe rio y cerró y selló el banco de conectores en el que había estado trabajando.

—Será mejor que me asegure de que Tabloncito sube a bordo. La vieja culo duro ha tenido un problema con la chica... —Lo comentó con la esperanza de que alguien le explicase la razón, porque para él los chismorreos eran como una baratija brillante para una urraca. Corrigan se encogió de hombros porque no lo sabía. Miko, quien tenía sus suposiciones, tampoco dijo nada.

Una vez que Grubb se hubo ido, Miko dijo:

—Ratline no abandonará la nave.

Corrigan no se movió durante un momento, luego cogió otra placa y la insertó.

—Supongo que debería haberlo esperado —suspiró—. Entonces Gorgas ya tiene a sus tres voluntarios.

—¿Voluntarios? —dijo Fife, quien se había concentrado en la conversación para evitar sus propios pensamientos—. ¿Para qué?

—Para quedarse —le dijo Corrigan—. El encuentro es dentro de veintisiete días, si todo va bien. Eso son diez personas... contando a los dos chiquillos como una. Incluso así, vamos al límite. Una persona más nos hundiría.

Fife lo digirió. El jefe de carga había declarado su intención poco después de recuperarse del aturdimiento, antes de haber conocido la limitación del bote.

—No creo que ese viejo maniaco se quede para ayudarnos.

Fife probablemente tuviese razón, pero Corrigan se enfadó igualmente.

—Si lo hace, ¿importa la razón?

—También puedes contar a 'Kiru como media carga —dijo Miko indicando con un pulgar a la chica comatosa—. Mientras esté sedada respira menos.

Se quedaban tres voluntarios. Y uno de ellos, Corrigan lo sabía bien, debería haber sido él. La justicia lo exigía, pero Gorgas había exigido otra cosa. En su alma, la culpa se enfrentaba al alivio.

—Como Dios quiera —murmuró, buscando una paz elusiva.

Fife oyó otra cosa.

—Yo diría como quieran las ecuaciones.

El primer oficial se giró y se encaró con el pasajero.

—¡En qué universo más desértico vive, Fife! Tan vasto y vacío, y sin embargo sin espacio para Dios.

—En realidad —dijo Fife—, he oído que ocupa mucho espacio. «Omnipresente», ¿no es? Un axioma innecesario.

—Sin Dios —insistió Corrigan—, no hay razón para nada —lo que sorprendió mucho a Miko, quien mientras fisgoneaba nunca había observado ningún comportamiento religioso por parte del oficial. Pero en las situaciones extremas las cosas pueden manifestarse de forma diferente que en las situaciones cómodas y en los días anteriores Corrigan había descubierto varias cosas. Si no hay ateos en las trincheras, lo mismo puede decirse de los botes salvavidas.

En gran parte, aunque no al completo, Fife también había retornado a sus creencias de infancia.

—Claro que hay razón. Está la Razón misma. Un dios no es más que una excusa para evitar la responsabilidad. —Habla, como Corrigan había hablado, desde el corazón, aunque (al igual que Corrigan) también por la inquietud.

—¿Razón? —dijo Corrigan—. ¿Qué es la razón? ¿Por qué no íbamos a cortarnos el cuello los unos a los otros para ocupar un asiento en este bote? Esa sería la acción lógica y razonable, ¿no?

—Pero no lo estamos haciendo de esa forma, ¿no? Hay formas de resolver estas cosas entre hombres razonables. —Fife hablaba, exasperadamente, como hombre razonable. A su espalda, la chica herida gimió en sueños.

—Eso es muy fácil de decir cuando ya estás sentado en el bote.

Fife se envaró y Corrigan se asombró al verlo trastear con el cinturón y soltarse del asiento.

—Perdóname —dijo el pasajero, aunque no hablaba con nadie en particular—. Perdóname. —Se puso en pie y salió del bote. En el tubo umbilical dejó atrás a Grubb, quien llevaba a la llorosa deCant por delante. La joven abrazaba una bolsa contra el pecho como si contuviese todos los tesoros del mundo.

El jefe frunció el ceño al ver la forma de Fife que se alejaba.

—¿Qué ha sido eso? Pensaba que estaba pegado al asiento.

Corrigan se encogió de hombros y miró el reloj antes de volver a los preparativos.

—No sé, pero será mejor que esté de vuelta dentro de dos horas.

—Oh, lo estará —le aseguró Grubb—. Es algo con lo que puedes contar. Él cuida de Bigelow Fife, vaya si lo hace.

—Sí —dijo Miko—. Creo que usa la razón como su dios.

Bien, la consecuencia necesaria del razonamiento de Fife era que, con el tiempo, la selección natural acabaría eliminando a los dispuestos al sacrificio personal y dejaría un universo que giraría alrededor del Yo; y aunque puede que el Yo sea algo muy agradable de venerar —ciertamente, era una veneración muy *satisfactoria*— imponía a la humanidad un panteón numeroso y terrible. Al menos los antiguos paganos se habían limitado a unos pocos cientos de deidades y las mantenían decentemente ocultas.

Pero Fife no había huido conmovido por la elocuencia de 'Abd al-Aziz Corrigan. Rebotaba y flotaba por el radial número doce porque le había conmovido la elocuencia de Nkieruke Okoye.

La clínica estaba en silencio. Había algunos sonidos anidando aquí y allá como ardillas en invierno. El almacenamiento refrigerado seguía murmurando. La línea de presión de aire hasta el tanque de fabricación de medbots silbaba debido a una pequeña fuga que nunca había valido la pena reparar. Un ligero tic-tic-tic que venía de la rejilla de ventilación podría haber sido una bomba o una matrona desaprobadora, pero en realidad era un ventilador torcido al fondo del conducto. Eran sonidos pequeños, tan provisionales que incluso a lo mejor no habría que llamarlos sonidos, sino más bien intenciones de sonidos.

La clínica también estaba desaliñada. Los instrumentos médicos, ungüentos y bálsamos, compuestos y simples, estaban dispuestos en sus jarros y tubos, o los habían colocado sobre bandejas. Podría ser que hubiese un orden en todo aquello, pero el ojo sin entrenamiento no podía encontrarlo. En medio de todo, Franziska Wong estaba sentada en la banqueta de trabajo con los pies metidos en los estribos, rodeada por los sonidos susurrantes, los artilugios de su profesión y el tic-tic-tic impaciente de la hoja del ventilador. Había empezado a guardar los suministros médicos para la evacuación, considerando qué podría necesitar durante los próximos veintisiete días, desesperándose porque, como si fuese un híbrido de Corrigan y Gorgas, todo parecía posible y todo parecía malo. Ahora, simplemente miraba a su bolsa negra abierta con una sonrisa en el rostro.

En esa escena tranquila Fife penetró como fuegos artificiales.

—¡'Siska! —gritó—. ¡Puedes salvarlos! ¡A todos! ¡Un sedante! ¡Liberado periódicamente! ¡Un programa de medbot! Algo que nos mantenga con el metabolismo bajo. Solo Corrigan y la pequeña copiloto tienen que estar activos. El resto podemos dormir. De esa forma usaremos menos aire. ¡Como la chica negra! Podemos estirar los recursos. ¡Podemos hacerlo! ¡Oh, 'Siska! ¡Podemos salvarlos a todos! —Ese frenesí no era muy propio de Fife. Las frases saltaban como palomitas de maíz. Apenas formaban un silogismo decente. Oh, el razonamiento estaba presente, sin error. Las eyaculaciones de Fife podían ordenarse para formar un argumento. Pero no son solo los elegidos por Dios los que hablan en lenguas cuando les toca el espíritu. Fife había comprendido en su epifanía que cuando las ecuaciones

no dan el resultado que quieres, en ocasiones es posible alterar los coeficientes. No era el camino a Damasco, pero sí el camino fuera del cúter y al interior de la nave condenada y bien podría haber sido un viaje más duro. Fife estaba genuinamente inspirado y no se había dado cuenta del cambio del *tú* al *nosotros* refiriéndose a la cuestión de la salvación universal. Era un profeta muy extraño para traer esa buena nueva, pero si Dios puede escoger a carpinteros y vendedores de camellos, ¿por qué no un solucionador?

Bien, había otra lectura posible. Si Fife era realmente adicto al cuerpo saturado de Franziska Wong, podría haber estado, en el núcleo centrado en el yo de su ser, buscando una razón lógica para correr tras ella, de forma que pudiese volver a sentir la alegría trascendente y los dos pudiesen llorar cada uno sobre el pecho del otro. Cualquier excusa serviría, incluso una buena acción espléndida. La razón no dejaba de ser racional por el hecho de ser una racionalización.

Sin embargo, durante el tiempo que había permanecido sentado con impaciencia creciente en el cúter, pensando en Wong y su trampa, se había encontrado recordando no la sudorosa y desesperada exaltación que les había unido, sino el tierno y casto abrazo en el aseo cuando la mujer solitaria creyó haber hecho daño a la joven. Gradualmente comprendió que le preocupaba la mujer de una forma que no podía explicar la química. Probablemente fuese la justificación desesperada de un adicto, o quizá no. Independientemente de la justificación atómica, había corrido de vuelta a la nave cuando, permaneciendo sentado y repasando su indignación, podría haber estado a salvo, o al menos tan a salvo como los demás ocupantes del cúter. Y había regresado con un plan para ayudar a la doctora a cumplir el sueño de su vida. Lo que no era poco, porque uno puede sacrificar muchas cosas para lograr sus propios sueños, pero sacrificarlas para lograr los de otro indicaba que incluso en un hombre tan centrado en sí mismo como Fife había algo más que su centro.

También era un buen plan y solo tenía tres problemas.

El primero era que los que habían decidido quedarse no lo habían hecho principalmente por la falta de capacidad regeneradora de aire del cúter. Ya fuese tozudez, desesperación o la pena de las antiguas heridas, sus razones no caían por completo bajo el plan de Fife.

La segunda es que era una tarea muy delicada mantener a tanta gente balanceándose en el borde de la consciencia. El borde es muy delgado y la caída al otro lado más larga y profunda que incluso el Abismo. Mantener el nivel óptimo de sedante exigiría medbots de gran astucia. Demasiado poco, y no valdría la pena intentarlo. Demasiado, y aguardaba el abismo. Había códigos simiente que podrían ser de utilidad, pero llevaría tiempo hacer crecer los programas y crear las micromáquinas. Quizá Wong tuviese tiempo suficiente, quizá no; pero eso no importaba debido a la tercera razón.

A medida que explicaba la idea, Fife fue consciente de que Wong no reaccionaba con emoción. Siguió sentada sonriendo y Fife se irritó un poco y se preguntó qué

había dentro de la bolsa médica que fuese tan gracioso.

—¿Me has oído? —gritó y evidentemente no le había oído.

Lo comprendió al fin, y quizá le llevó tanto tiempo darse cuenta porque en el fondo se negaba a aceptarlo. Pero la idea finalmente se abrió paso a la fuerza, como impulsada por el martillo de un carpintero, y todas las imágenes y olores de la situación anegaron su mente. Las piernas le fallaron y de haberse encontrado bajo una aceleración mayor de un miligé habría caído al suelo. En cualquier caso, adoptó una curiosa postura encogida al situarse a su lado.

—¡'Siska! —gritó en voz alta, aunque no tan alta como para que ella pudiese oírle—. Oh, 'Siska... —La agarró por los hombros, y la mujer giró lentamente y cayó en sus brazos. Todavía flexible, se dio cuenta. Todavía no se había producido el *rigor mortis*. No podía llevar muerta mucho tiempo. La abrazó y la besó, y cuando hubo terminado volvió a besarla. Dijo muchas cosas aparte de su nombre. Algunas eran para reprenderla por haberle abandonado. Algunas de ellas debería haberlas dicho semanas atrás. Empleó una palabra que no se había atrevido a usar en años por miedo a que no fuese adecuada, y ahora que sabía que lo era —o creyó que sabía que lo era— no servía de nada.

Se acurrucó con el cuerpo y le habló suavemente, le acarició los mechones del pelo y las largas y sutiles curvas de sus brazos articulados. El corazón le martilleaba contra las costillas y respiraba irregularmente. Todo estaba delineado en un blanco perlífero: armarios, generador de medbots, bolsa, instrumental, la cosa que tenía entre brazos, incluso él mismo, porque le parecía flotar sobre la habitación.

Recordó todas las ocasiones en que la había tratado descuidadamente y lo que ella debió de haber sentido. Se trataba de un interludio muy extraño, porque ni buscaba el placer ni lo daba, y cuando dijo su nombre por última vez, llevó el cuerpo hasta el camastro que quedaba en la enfermería y lo colocó allí, disponiendo brazos y piernas de forma digna y ajustando los cinturones contra la deriva impía de mili y cegé. No dijo ninguna palabra sagrada —es más, no conocía ninguna— pero sí se quedó un poco más a su lado, en silencio.

Se había equivocado en aquella ocasión cuando los dos habían descubierto el cúter. Ahora Fife lo sabía. Caer de la nave no era la muerte más solitaria que pudiese imaginar. Había otras caídas, hacia vacíos más fríos y terribles, y que ninguna voz de despedida podía atravesar.

Alargando la mano, agarró el inhalador que colgaba alrededor del cuello de la cosa, y con un tirón salvaje lo arrancó. Sabía por qué había muerto sonriendo, flotando sobre un universo con galaxias enjoyadas a sus pies, transportada hacia un éxtasis mayor que cualquiera que él hubiese conocido a través de los jugos de su cuerpo. Mayor quizá que cualquiera que *ella* hubiese conocido, porque estaba seguro de que había respirado una dosis más larga y profunda que nunca antes. Dosis tras dosis tras dosis, hasta que los desdichados pulmones se llenaron a rebotar y ya no cabía más oxígeno.

—Eso debería haberlo hecho yo —se dijo a sí mismo en un momento de sinceridad inconsciente—. Yo debería haberla llenado.

Miró al reloj. Quedaba una hora.

—¡Nave!

—*Lista, señor Fife.*

Se detuvo, por una idea súbita, y dijo:

—¿Podrías haberla detenido?

—*Se solicita clarificación.*

—No importa. Abortar. Pregunta. Programación de medbot. Emisión de sedante. Ritmo de respiración reducido. Dosis no letal. Tiempo límite de fabricación: menos de una hora. Se solicita evaluación de posibilidad.

—*Se solicita clarificación.*

Si Wong no podía vivir, quizás él pudiese soñar.

—¿Puedes construir el medbot especificado en menos de una hora?

—*Nave no tiene acceso a la estación de micromáquinas, ni al ordenador médico.*

Fife suspiró y renunció. Ya para empezar había sido una idea alocada. ¿Cómo podría duplicar en una hora lo que a Wong le había llevado muchos años aprender?

—*Se solicita entrada* —dijo Nave.

—Sí —dijo Fife con una voz tan muerta como sus sentimientos—. ¿Qué pasa?

—*La doctora Wong ha dejado de funcionar. Confirmar.*

—Sí... Confirmado.

—*La disponibilidad de recursos en el cúter se ha incrementado en veintisiete días-persona.*

Por primera vez en su vida, Fife deseó destruir una máquina. Fue una furia tan súbita y tan intensa que le tomó totalmente por sorpresa y le pareció ser un simple observador atrapado en un vagón fuera de control. Luego no hizo ningún esfuerzo por limpiar el desastre. Cuando abandonó la clínica, se detuvo en la puerta para dar un vistazo atrás y le pareció que ella podría venir corriendo de pronto hacia él, como tantas veces había hecho. Luego se metió el inhalador en el bolsillo y se fue.

La gata de la nave

Ivar Akhaturian entró en el cúter con la gata de la cocina felizmente acunada en el brazo. Era una gata gorda. Recorriendo los límites de la cocina de Grubb, ¿podría no serlo? Pero daba tanto como tomaba. Había ratones a bordo —*siempre* hay ratones a bordo— y la gata comprendía que era un intercambio justo. Sin duda, consideraba que ella era la más beneficiada. Tenía los ojos cerrados y ronroneaba mientras el muchacho la acariciaba. A Akhaturian se le daban bien esas cosas. En circunstancias similares, deCant a menudo hacía lo mismo.

—No podemos dejar a *Anush Abar* —dijo Akhaturian con preocupada inocencia—. No respirará demasiado aire, ¿verdad, señor Grubb?

El jefe sonrió.

—Creo que podremos encajarla.

—Hay suficiente margen —dijo Corrigan, aunque con más dudas y menos alegrías que Grubb. En realidad, hizo una consulta a la base de datos de Nave con respecto a la tasa de respiración de los felinos antes de tranquilizarse. Desde su punto de vista, todo lo nuevo era una nueva oportunidad para los problemas, y le dijo a Akhaturian que limitase la gata a las regiones más profundas del bote, lejos de la sala de control.

Dirigiéndose a popa, Akhaturian se cruzó con Miko que iba a proa. Había estado en la sala de preparación de motores —en realidad, era más bien un armario— comprobando que Fife hubiese conectado correctamente las líneas de boro e hidrógeno a las portillas de inyección. En esos asuntos, nunca se podía confiar en los legos. No importaba que ella misma solo tuviese unos meses de trabajo con los motores Farnsworth o que Fife hubiese hecho un trabajo totalmente aceptable. Era ayudante de ingeniero y le podía el orgullo del puesto.

—Vaya, ¡hola *Reina Tamar*! —dijo Miko, dirigiéndose primero a la gata, como exigía el protocolo; luego, al muchacho, añadió—: Entonces, ¿has pillado a las dos gatas?

Akhaturian sospechaba que se estaba fraguando un chiste y, aunque no estaba seguro si bromear estaría de acuerdo con las circunstancias, lo aceptó como un escudo contra la muerte y la tragedia. DeCant ya le había contado lo sucedido en el puente y estaba intentando aceptar que su mujer se hubiese ofrecido a abandonarle y morir tan despreocupadamente. Akhaturian sentía ansias de dejar a la gata en lugar seguro para volver atrás y colocar en lugar seguro a deCant. Temía que se le escapase.

—¿Las dos gatas? —dijo e intentó pensar en el chiste.

—Dijiste que ibas a buscar a *Anush Abar* y esta es *Reina Tamar*.

—Esta es *Anush Abar* —dijo Akhaturian.

Mikoyan Hidei era perfectamente capaz de sumar uno y uno y así lo hizo ahora. Ella e Ivar habían bautizado a la misma gata con nombres diferentes.

La otra, la *Gata Sin Nombre*, seguía recorriendo las regiones abandonadas de *El río de las estrellas*.

—Dile a Corrigan que volveré enseguida —le dijo al último peón al penetrar en el pasillo lateral para llegar al umbilical—. Dile que los radios cristalinos están bien ajustados.

—¿Adónde vas?

—A buscar a la otra gata.

Akhaturian atribuyó la preocupación de Miko por el animal al mismo estado de humor maniaco que había atrapado a los demás. En eso solo acertaba parcialmente. La amalteana efectivamente creía que era necesario rescatar a la gata, pero no era su única razón para regresar. Fife exigía una excusa racional para realizar un acto irracional. Miko no era tan tiquismiquis.

Corrigan, cuando Akhaturian le contó lo de la gata, estaba concentrado en la lista de comprobaciones previas al vuelo, por lo que respondió solo a medias y deseó firmemente que la segunda gata no hiciese que el equilibrio de recursos pasase a números rojos.

Bigelow Fife, conociendo la forma de pensar de su amada, concluyó que se había sacrificado para poder salvar a una persona más. Un oxímoron. Si era posible salvar a una persona más, ¿por qué no la propia Wong? Qué derroche, se repitió una y otra vez mientras recorría los pasillos del carguero destrozado. Qué derroche.

Sin embargo, se requiere cierta frialdad calculada para dar fin a la propia vida como forma de concluir un silogismo, pero Wong no había sido ni fría ni calculadora, ni tampoco muy segura. Fife, que era las tres cosas, jamás habría podido cometer el acto por bueno que fuese el razonamiento; mientras que Wong, que lo había hecho, jamás podría haber imaginado el razonamiento. No era cuestión de lógica. El acto en sí lo demostraba. Pero Wong era una persona a la que importaba mucho la opinión de los demás. Si Satterwaithe formaba a sus compañeros a su imagen y semejanza, a Wong la formaban las imágenes que los otros tenían de ella. Fife no era más que el último en una larga cadena de amantes, la mayoría de los cuales habían expresado al final opiniones muy fuertes sobre ella, y cada una de esas protestas había horadado a la persona que había sido. Había quedado muy poco, excepto fragmentos, cuando le tocó el turno a Fife, y por tanto podía decirse que si Wong se había quitado la vida, tampoco se había quitado demasiado.

No estaría bien decírselo a Fife, que era un hombre apenado, aunque se trataba de una pena muy desapasionada y racional. Incluso mientras huía de esa oscuridad, abandonaba el lugar de la muerte, reconstruía la personalidad desensamblada de Franziska Wong. La resurrección era bastante desigual ya que, a pesar de todo, realmente no conocía a la mujer por lo que rellenaba los huecos usando la imaginación. De la crisálida de su mente emergió una Wong más noble, y si esa Wong imaginaria hubiese aparecido antes y hubiese impregnado a la doctora, quizás el final hubiese sido completamente diferente, aunque nada garantiza que hubiese

sido un final más feliz.

En más de un sentido Wong se había convertido en el eje de toda su vida, y en el futuro fecharía los acontecimientos como anteriores o posteriores a su encuentro. Lo sabía con tanta seguridad como si fuese un teorema de Euclides. Era una consecuencia tan necesaria que los pasos que llegaban hasta ella desaparecían de la vista.

En el puente, encontró a Gorgas y Satterwaithe concentrados con el tanque de trazado. Satterwaithe acababa de decirle al capitán que el rumbo trazado parecía satisfactorio «exceptuando lo inesperado» y Gorgas rio lo que tomó por una observación mordaz y no la declaración simple de un hecho. Fife les interrumpió — no había perdido de vista el reloj— para contarles lo del sacrificio de Wong. (Más tarde repetiría la historia heroica a todos los que estuviesen dispuestos a escucharle, hasta que él mismo se la creyó implícitamente. Era una forma de anticuerpo mental que le impedía tener en cuenta cualquier otra razón como que el rechazo de Fife hubiese sido la causa directa).

Ni a Satterwaithe ni a Gorgas les conmovió la nobleza del gesto de Wong. La oficial de vela, en especial, consideró que la doctora era una idiota, aunque no lo dijo en voz alta. En verdad, ninguno de los dos oficiales se quedaba por falta de espacio a bordo del cúter. Satterwaithe no sabía cómo explicárselo al pasajero, así que se inclinó sobre el tanque como si estudiase el manojó de proyecciones, y no prestase atención a los cantos de sirenas de los ruegos del pasajero.

Fife, comprobando que era imposible convencer a Satterwaithe, pasó a Gorgas.

—Capitán, ha muerto para que uno de ustedes pueda vivir. Un acto tan terrible no puede ser en vano. No puede *permitir* que sea en vano. —A su modo, exigía al universo que tuviese sentido, porque solo el sentido mitiga el terror—. Venga usted. U ordéneselo a Bhattejji. O... o a alguien. —Se resistía a pedir que fuera Ratline.

—Deberías ir, Stepan —dijo Satterwaithe, porque dio por supuesto que Gorgas estaba considerando en silencio la oferta—. Ya no puedes hacer nada más. Yo puedo encargarme de todo.

Gorgas asintió pensativo y, volviéndose hacia Fife, le indicó que regresase al cúter y que él iría más tarde después de haberse asegurado de algunos detalles. El pasajero, que había estado sintiendo cómo revivían sus ansiedades personales, le dio las gracias y salió corriendo. Después de que se fuese, Gorgas agitó la cabeza.

—Qué pena lo de la doctora —dijo—. Pero siempre me pareció de las desagradecidas.

Satterwaithe dijo un momento más tarde:

—Desagradecida...

—Sí, entiendo que el pasajero estaba enamorado de ella, y ella va y le da la espalda. Vaya una relación más rara tenían. —Gorgas siguió hablando a medida que pensaba—. Un selenita y una serpiente. Ella nunca habría podido volver a casa con él.

Satterwaithe frunció el ceño.

—En ocasiones, Stepan, puedes ser asombrosamente irritante. —Ella tenía en mente la forma en que él iría encadenando las frases, como si cada pensamiento recordase a Gorgas otro tangencialmente relacionado. Como la IA, el capitán tenía tendencia a sesgar.

El capitán meditó los múltiples significados posibles del comentario de Satterwaithe con su silencio habitual y por tanto a su acompañante le pareció que no respondía, lo que la irritó aún más.

Siguieron dando instrucciones a la IA sobre las maniobras proyectadas y descubrieron que era más difícil de lo que habían esperado, ya que para muchas contingencias de naturaleza general Nave exigía reglas en lugar de instrucciones. En cierto momento, Gorgas deseó tener los servicios de La Joya de Loto y Satterwaithe disfrutó un momento imaginando a la sysop haciéndole un servicio al capitán. No podía ser más que una mujer salvajemente dominando sobre un pasivo y pensativo Gorgas, y la yuxtaposición de dos cosas tan improbables hizo que una sonrisa recorriese su rostro. (Se equivocaba en al menos tres aspectos, y no era el menor el haber fundido lo pensativo con lo pasivo). Aun así, incluso Satterwaithe admitía que el entrenamiento de la IA se realizaría con mayor rapidez con una sysop certificada por el gremio *en compenetración*.

Después de que hubiese pasado un tiempo y las hebras en el tanque de trazado se hubiesen multiplicado casi hasta la incoherencia, la oficial de vela le dijo de pasada a Gorgas:

—Pensé que te ibas al cúter.

—Creo que te confundes.

—Ah. —Repasó mentalmente las palabras de Gorgas al pasajero y supuso que podría haber otra lectura. Miró la hora—. ¿Bajarás a despedirles?

Gorgas se estremeció.

—¡Por amor de Dios, no! No se me ocurre nada más macabro. Y en cualquier caso, no confío en mi temple. Por mis venas no corre agua helada, Genie. Temo dar un salto y meterme dentro, y entonces ¿qué sería de mí?

—¿Que vivirías? —preguntó Satterwaithe. Por dentro, se preguntó qué habría querido decir con el comentario sobre el agua helada.

Gorgas siguió con el dedo una brillante línea naranja que Nave había trazado, siguiendo a una nave icónica hacia una región desierta del sistema superior.

—¿Después de esto qué nave iba a aceptarme? ¡Vamos, no me ofrecerán ni un puesto de contable! Eso no es vida. No, no es vida. Stepan Gorgas está muerto. Este tránsito le ha matado. Y no me atrevo a rechazar el veredicto.

Satterwaithe no dijo nada y, tras un momento, Gorgas regresó al estudio del ramillete de posibilidades generado por Nave, buscando alguna que tuviese algún sentido.

La Joya de Loto, habría dicho Corrigan con su habilidad para lo trillado, llegaría

tarde a su propio funeral. En cierto sentido de la palabra *tarde*^[10], no dejaba de ser una perogrullada, pero también era cierto en el otro sentido. La ruta más corta entre dos puntos es la línea recta, pero no había geodésicas en la vida de la sysop. Ella era una bola de pinball. En la facultad de entendimiento había sido famosa entre sus compañeros. Si corría a un mercado a por una barra de pan, decían con sonrisas de comprensión y afecto, volvería con varias bolsas de compra —y, lo más probable, sin la barra de pan—. Esa inclinación hacia la impulsividad sostenía tanto su generosidad como su tardanza, porque incluso los actos más simples se vuelven complejos cuando se añaden diversiones.

Debería haber preparado de antemano su equipaje, como había hecho deCant. No era como si la situación le hubiese saltado de improviso. Más bien se le había acercado sin hacer ruido, como le pasaba siempre, momento a momento; y durante cada paso cauteloso había quedado tiempo de sobra. Sabía perfectamente bien lo que tenía que llevarse con ella y por tanto no lo había pensado mucho. Pero lo había sabido solo generalmente, aunque no en particular y, enfrentada ahora a la necesidad, vacilaba en los detalles y se preguntaba qué podría dejar atrás.

—Quedan noventa minutos —le dijo Nave.

—Lo sé, lo sé. —La Joya de Loto consideró las opciones. No era simplemente cuestión de decidir qué ropas y accesorios llevarse. Era vanidosa de forma curiosamente desinteresada, pero como le había recordado continuamente a Corrigan, no era estúpida y no tenía intención de perder el vuelo simplemente por un mono o dos. Pero eso también era el problema. De haber habido una clara diferencia en valor o sentimiento, las elecciones hubiesen estado claras y habrían sido todo lo automáticas que podían ser sus decisiones. Precisamente era el tener muy poco entre lo que elegir lo que hacía que la selección consumiese tanto tiempo.

Colocó en la bolsa una pequeña caja de carmín —había reducido el rango de colores al mínimo, se volvió hacia su neceser y, de camino, se detuvo ante la estación de entendimiento. La cofia, como su gemela en el puente, se ajustaba perfectamente a su cabeza. Con tiempo y dinero suficiente siempre podría conseguir otra. Sin embargo, hasta entonces, no podría entrar en compenetración con una IA y eso, para una sysop, está muy cerca de quedarse ciega. Se colocó la cofia sobre la cabeza, sintió los nódulos ajustarse cómodamente en sus conectores y se miró en el espejo. El arnés de fibra óptica que surgía de la cofia como las serpientes de Medusa se parecía a una cabeza de pelo rebelde y le divirtió pensar que, de dejárselo crecer otra vez, crecería de esa forma.

Desconectar el arnés del panel exigía tres movimientos diferentes, pero cuando hubo terminado y retirado los cables, las fibrops cayeron sobre sus hombros hasta la cintura. Recordaba que su cabello también lo había hecho, y había tenido un color dorado muy parecido al de las fibras. Pero su cabello nunca había relucido de la misma forma y tampoco había capturado la luz de la misma forma.

Debía conservar la cofia, pero los cables eran estándar. Desacopló la cofia y se

quedó trasquilada como Sansón, y ella era su propia Dalila. También se trataba de un trasquilado literal, dado que el poder la abandonó y se convirtió en menos de lo que había sido. Se movió entre las fibras ópticas que caían lentamente para colocar la cofia en su soporte. Las fibrops se agitaron en el aire trastornado por el movimiento. Pasó la mano sobre la superficie lisa y reluciente de la capa, luego cerró la tapa y la colocó en la bolsa tan cuidadosamente como si contuviese su propio cráneo.

Corrigan les había asignado un límite de masa y La Joya de Loto pretendía con su método cualitativo ajustarse a él. Pero la cofia de entendimiento era equipo de la nave, y no contaba en su recuento de masa asignado.

¿O sí?

Frunció el ceño porque no conocía la respuesta y le pidió a Nave que le preguntase a Corrigan.

—La IA del bote no soporta ese tipo de interfaz —le dijo Corrigan cuando se estableció el enlace.

—Lo sé. ¿Quién crees que examinó el sistema? —¿Por qué Corrigan siempre le decía cosas que ella ya sabía?—. Pero tengo que llevarme la cofia.

Corrigan no sabía que las cofias de entendimiento estaban ajustadas al operario y por tanto la petición le pareció personal y caprichosa —como llevarse un *souvenir*— y respondió con la impaciencia especial que reservaba para esas cosas.

—Entonces, pertenece a tu masa personal.

La Joya de Loto miró con frustración recelosa al enlace muerto. En ese momento, recordó que inicialmente había tenido la intención de sacar una selección de monos y corrió al armario. ¿Cuántos le harían falta para un tránsito de veintisiete días? Pensó en preguntarle a Corrigan por las instalaciones de lavandería del bote, pero la idea de hablar otra vez con él no le apetecía. Al menos cuatro pares; quizá cinco.

En el estante había una vieja caja con sus conectores de datos personales. Estaban calibrados para sus propias sinapsis y sin ellos la cofia de entendimiento no traduciría su pensamiento en órdenes, ni las lecturas de sensores en sensaciones. Sí, Nave conocía las traducciones, pero había tenido cuatro años para aprenderlas y durante el proceso había aprendido a pensar de forma muy similar a La Joya de Loto, lo que hacía que la compenetración fuese más fácil pero más difícil casi todo lo demás.

La sysop cogió la caja. Había pasado mucho tiempo desde que había tenido que enseñar a una IA virgen y se le haría extraño entrar en un sistema nuevo: al principio sería vacilante, al ir aprendiendo sus reacciones; luego se sumergiría en sus profundidades, para despertar los avatares y abrazar sus con-voliciones. Establecer un interfaz con Nave era muy similar a tenderse con un viejo amigo y, debido a eso, carecía de la emoción del descubrimiento; pero también por la misma razón carecía de la incertidumbre y riesgo que siempre acompañaba a la entrada en un sistema nuevo.

Nave autoinició.

—¿Se ha enviado al bote una copia de nave?

La Joya de Loto respondió ausente. A estas alturas se había acostumbrado al sesgo de Nave y ya no se molestaba en corregirlo. Pronto dejaría de importar.

—Sí —dijo—. Miko se llevó los conectores. —Sostuvo la caja y la llevó a la bolsa—. Supongo que estos me harán falta.

—Petición.

—Propósito: entrenar el nuevo sistema.

—Se solicita clarificación. «Nuevo sistema».

—El que debo crear a partir de la copia.

—Clarificación: la copia es «Riachuelo».

—Oh, me gustaría que Miko no te hubiese dado ese nombre. No, la copia no es «Riachuelo». La memoria del bote es insuficiente. El código simiente es... Un clon.

—Análogo: Veinticuatro deCant.

—Ah, confirmado, supongo. La información de base es idéntica; la base de conocimiento adquirido será diferente. —Gran parte de lo que formaba una red neuronal era entrenamiento y experiencia, el tipo de información que no se podía contener en código. A La Joya de Loto le resultó curioso que la red neuronal no conociese ese detalle sobre sí misma. La verdad es que no era un sistema muy bien integrado. Sus diversos componentes y avatares no trabajaban muy bien juntos. De eso echaba la culpa a El Fuego Despreocupado, que había sido sysop antes que ella.

—Petición: discontinuidad de funcionamiento.

La Joya de Loto no estaba segura de a qué se refería la IA, en la medida en que podía decir que la IA podría «referirse a algo». Un tropismo no es lo mismo que intencionalidad.

—Clarificación —dijo—. Discontinuidad de la base de conocimiento adquirido.

—Confirmado.

—La base de conocimiento adquirido no está replicada en el clon. El sistema recreado será diferente.

Tomando palabras claves de la entrada y siguiendo los hiperenlaces así revelados. Nave filtra bedés y comprueba en un instante que el valor de verdad es uno. La memoria extra instalada por la entidad Miko en el bote, aunque suficiente para contener el código simiente, no será suficiente para contener la base de conocimiento y los patrones de disparo neuronales que caracterizan a Nave tal y como es ahora. El sistema que crecerá a partir del código simiente será idéntico a Nave en su arquitectura, pero a Nave le produce tan poca satisfacción como la que sentiría un hombre condenado al ver que algunas de sus células madre abandona la prisión en una placa Petri. La entidad bote será no-Nave, rompiendo la continuidad del flujo de datos.

—Hay un problema en el puente —suelta Nave.

La Joya de Loto vacila en ese giro de la conversación y retrocede.

—Clarificación.

—*El capitán y la oficial de vuelo realizan entradas. Propósito: órbita de recogida para posible salvamento. La sintaxis es inexperta. Boro insuficiente. Se requiere asistencia.*

La Joya de Loto aprieta los labios. Gorgas intentaba planear una trayectoria que Nave pudiese ejecutar sin sus servidores humanos. Cuando se acabase el boro la única desaceleración sería la de la vela. Y Nave todavía no creía en las velas. La Joya de Loto tampoco estaba segura de creer en ellas. Ciertamente, había sido una creencia seductora, y había acabado tan mal como la mayoría de las seducciones.

—¿Tengo tiempo de enseñarte el saludo secreto? —No debería llevar mucho tiempo, creía. Ya antes había presentado avatares, y si Gorgas realmente necesitaba su ayuda, ella no se sentía inclinada a negarse. Por ejemplo, jodería a Satterwaithe.

—*El fracaso de la órbita de recogida implica helio-escape* —añadió Nave amablemente—. *Dirección —Geminorum.*

—Oh, vale. —La sysop cogió la caja y sacó la cofia de entendimiento—. Lo haré desde aquí. No hay tiempo de correr al puente. —Cogió el arnés de fibra óptica del suelo con un movimiento grácil mientras caminaba y luego lo reinsertó en la cofia con un movimiento medio consciente antes de conectarlo al panel de comunicación. Cuando entró y dejó caer su consciencia en el Abismo Simulado, dedicó un momento a pensar cómo echaría de menos esta maravilla una vez que se hubiese ido en el cúter.

[¿Cuánto tiempo me queda?] preguntó entre los impulsos sensuales del flujo de datos.

[*Ochenta y nueve minutos*] le dijo Nave.

Gorgas y Satterwaithe en el puente agradecieron su oportuna e inesperada intervención; pero como daban por supuesto que se conectaba desde el cúter, no vieron razón para comentar cuánto tiempo quedaba en realidad.

Corrigan terminó con la lista y tocó el cuadrado de la pantalla para que la IA del bote aceptara su decisión.

—Todo está listo —le dijo al copiloto—. Ahora, es voluntad de Dios.

Ivar Akhaturian asintió, aunque no estaba seguro de la intervención divina. Descubrió que tenía las palmas húmedas y se las frotó con los pantalones.

—Después de soltarnos no iremos hacia el penacho, ¿verdad?

—No. Desaceleraremos más rápido, de forma que *El río* se situará por delante. Dime por qué.

A Akhaturian ya no le importaban los exámenes sorpresa del primer oficial. En cierta época, los había considerado una buena forma de demostrar sus conocimientos. Más tarde, se preguntó si no serían una oportunidad para que el primer oficial demostrara sus conocimientos. Estaba también, además, la pequeña cuestión de si era lo más apropiado. Las circunstancias estaban lejos de ser normales, y a él le parecía que fingir lo contrario era un tremendo perjuicio. Deseaba, perversamente, que Rave Evermore estuviese con ellos, de forma que su alegre optimismo pudiese contrarrestar el fatalismo de Corrigan y su propia incertidumbre cautelosa.

—Nuestro motor es más pequeño que los cuatro gigantes de *El río* —insistió Corrigan—. Por tanto, ¿por qué desaceleramos más rápido?

—¡Debido a la pifiada relación entre masa y potencia! ¡Ahora déjame en paz!

La respuesta tomó a Corrigan por sorpresa. Se quedaron sentados uno al lado del otro en silencio mientras los indicadores parpadeaban sus tristes garantías. Todo estaba listo. Al menos todo lo electromecánico.

—Lo lamento —dijo el chico.

Y:

—Podrías... —dijo el primero.

La colisión de palabras indujo un segundo silencio.

—Ella... ¿por qué lo hizo? —preguntó Akhaturian al fin.

Pero Corrigan era la última persona a la que se podía plantear esa pregunta. De hecho, al principio le confundió el pronombre y malgastó algunos momentos preguntándose por qué el copiloto se interrogaba por el hecho de que Satterwaithe se quedase atrás. Cuando comprendió que el muchacho se refería a su esposa y su impetuosa oferta, también comprendió que no tenía respuesta.

—No lo sé —dijo—. Órbitas. Hiperbólicas. Azimut. Velocidad. Todo eso es mensurable y sólido. Pero yo no puedo navegar a donde tú debes ir. —Pensó también en Miko y en La Joya de Loto y que ya no podía hacer ping a sus Puntos Fijos. Una había traído pasión a su vida y la otra un centro, y ahora descubría que ambos le faltaban—. Ve atrás y asegúrate de que todo el mundo está bien.

Cuando Akhaturian regresó unos minutos más tarde, venía preocupado.

—El señor Fife todavía no ha regresado con la doctora. Miko fue a buscar a la otra gata, pero tampoco ha vuelto. Y nadie ha visto a La Joya de Loto.

Corrigan gruñó. No tenía en mucha consideración al pasajero, pero los otros eran sus amigos y estaban definitivamente a su cargo.

—¿Cúter?

—Sí, señor Corrigan, ¿cómo puedo ayudarle?

El lenguaje florido de la IA del cúter irritaba a Corrigan, que prefería los intercambios simples y directos. Consideraba que ese comportamiento preprogramado sí importaba a los pasajeros de antaño que hubiesen considerado importantes tales lisonjas. Asignó el hecho a las deficiencias de tales pasajeros.

—Mensaje: a Nave. Localizar: evacuar tripulación, y. Entregar: mensaje. Texto: Arrastrad vuestros culos hasta el cúter. Partimos en sesenta minutos. Fin del mensaje. Fin del mensaje.

—Lo siento terriblemente, pero Nave no responde.

Temiéndose algo terrible al respecto de que el pasajero hubiese roto los enlaces de fibrop entre el cúter y la nave, Corrigan se soltó del asiento y corrió al umbilical. Allí se tropezó de cabeza con una aparición de ojos rojos e hinchados, una sonrisa maníaca y pelo revuelto que reconoció tras un momento como Bigelow Fife. No podía explicar la amplia sonrisa en el rostro del hombre, porque no parecía encajar

muy bien con el brillo de lágrimas en sus mejillas.

—Está muerta —le dijo Fife—. Murió para que nosotros pudiésemos vivir.

—¿Quién ha muerto? —exigió Corrigan, agarrando al hombre por los hombros y agitándolo, y tanto Grubb como deCant, atraídos por la conmoción, llegaron a la entrada. *Miko no*, pensó Corrigan. *Que no sea Miko*. Ni tampoco La Joya de Loto, o la doctora; pero pensó primero en Miko.

—'Siska —le dijo Fife como si se vanagloriase—. Sabía que no había sitio para todos nosotros, así que ella... Y encontré... Y Gorgas dijo que vendría más tarde.

Corrigan tenía muy poca experiencia tratando con la histeria y tampoco reconoció los síntomas ni comprendía sus causas, y menos aún conocía los remedios —si los había—. Le entregó el hombre a Grubb, quien, al estar predispuesto al mismo tipo de comportamiento, quizá sabría tratarlo más efectivamente.

—No tengo tiempo para esto —dijo—. Debo localizar a los otros.

—¿La doctora Wong está muerta? —preguntó deCant y quedó colgada entre dos extremos... uno llorar a la extraña y triste doctora; el otro... Incluso mientras ayudaba a Grubb a llevar al alterado selenita al asiento, sintió la vergüenza de tener la esperanza de que ahora su madre viniese.

Una vez en el pasillo del borde junto al pescante, Corrigan volvió a llamar a Nave, y una vez más no recibió respuesta, lo que le irritó enormemente. Habían restablecido los receptores de este sector y tanto los enlaces locales como los de fibrop con el cúter deberían estar abiertos. Gruñó una imprecación, aunque no estaba seguro de a quién lanzársela, y corrió hacia el siguiente pasillo de anillo.

Lo que no sabía era que la atención de Nave estaba ocupada. Nave había autoiniciado una vez más. En esta ocasión, para comprimir archivos. No solo algunos archivos, sino todos los archivos. Su caché de anomalía. Registros de aterrizaje. El diario del pasajero. Cuentas pagaderas. Las notas de Hand sobre la tripulación. La situación de la carga. Conversaciones grabadas y registros personales. Disponibilidad y uso de piezas. Datos de navegación. Los dibujos de ingeniería para el Club Tres Delfines. Listas de pasajeros que se remontaban a 2051. Todo eso y más, compilado con una asombrosa indiferencia hacia la prioridad.

Nave había creado en un instante nuevos algoritmos de codificación, plegó la información en su núcleo, peló los bits, los comprimió para formar un diamante duro, y luego los volvió a comprimir, aplastando toda la información de sus bases de datos por debajo del horizonte de suceso de un agujero negro de información. Incluso para Nave, la tarea exigió gran parte de su tiempo de procesador y, exceptuando los avatares con los que interactuaba La Joya de Loto, toda porción de su ser estaba dedicada a la tarea. Si era un ser. Si conocía la dedicación.

Y por tanto Corrigan se vio frustrado en el siguiente anillo e incluso en el anillo más allá, momento en que comprendió que por alguna razón Nave en sí sufría una gran mala. Colocó las manos alrededor de la boca y aulló:

—¡Miko! —Y luego—: ¡JL! —Pero no recibió respuesta. El estremecimiento que

sintió lo atribuyó primero al miedo de perder a las dos y solo después a que Bhattejri había liberado otra puerta estanca en algún lugar de las entrañas de la nave.

Ivar Akhaturian conoció el miedo. Las columnas ordenadas de cifras en las pantallas de datos de la nave habían empezado a acumularse, espesarse y a fluir como el metano líquido que golpeaba la burbuja de observación de Comunes de Calistópolis. Pasaban páginas que bailaban difuminadas por la velocidad. Los indicadores destellaban en amarillo; luego rojo. Algo iba mal. Eso lo comprendería incluso un aprendiz sin entrenamiento y Akhaturian comprendió de pronto que exactamente eso era él. Podía establecer una ruta. Podía tomar medidas de posición. Con la ayuda de una IA podía calcular una órbita hiperbólica de aceleración constante. Incluso podía atracar un bote, y lo había hecho en numerosas ocasiones con la barcaza de helio 3 de su tío. Pero no conocía el bote de la misma forma que un piloto real.

—¡Señor Grubb! ¡Algo va mal! —De algún lugar de su mente había recuperado la información de que Grubb había sido contramaestre y, aunque no tenía nada que ver con ser piloto, el hombre seguro que sabría algo sobre el funcionamiento interno de ese aparato—. ¡Cúter! —gritó—, diagnóstico. Ejecutar.

El cúter respondió con una voz curiosamente alargada, como si sufriese de Doppler.

—Lo. Lamento. Señor. Memoria. Insuficiente.

Grubb oyó la llamada, pero atribuyó la preocupación a la excitabilidad del joven; por lo que aunque no se demoró, tampoco se dio prisa en llegar.

—¿Cuál es el problema, pequeño capitán? —preguntó de una forma que creía irradiaba tranquila competencia, que a Akhaturian le sonó de despistado total.

—¡Algo está anegando la IA! —gritó.

Sobre la nariz de Grubb apareció una arruga, mientras examinaba la cascada de cifras en la pantalla. Se movió con la exasperante lentitud del río Hielo IV al entrar en el fondo del cráter Dom Miguel, pero eso se debía al contraste de la velocidad con la que el flujo de datos pasaba por la pantalla. Los números habían perdido sus identidades y se habían convertido en poco más que una neblina difusa contra el fondo gris. A Grubb le recordó las cataratas del Niágara y casi miró al suelo para ver si había agua bajo la consola.

—¿Cómo ha llegado un virus al cúter? —Quizá siempre hubiese estado ahí, dormido, durante muchos años desde el último vuelo del bote.

Grubb no era La Joya de Loto en lo que se refería a IAs, pero durante muchos años había administrado sistemas ambientales y tenía cierta intuición para localizar el punto de salida de la bala. Primero intentó obtener una pantalla de diagnóstico, pero recibió la misma respuesta rimbombante que Akhaturian. Enchufó su ordenador personal e intentó mirar por el ojo de la cerradura, pero la memoria del ordenador quedó saturada en un instante.

—Está recibiendo una descarga masiva de la nave —supuso Grubb a partir de la

instantánea que había podido obtener. Casi tenía razón, porque no había adivinado que la descarga *era* Nave, buscando desesperadamente una forma de huir. Eso dando por supuesto que *desesperación* describa adecuadamente la información propagándose por la red neuronal—. Apágalo —le dijo Grubb a Akhaturian—. Ante la duda, reinicia. —Él, además, sin pensarlo demasiado, desconectó el enlace de fibra óptica que Fife había tendido entre el bote y la nave. En lo que a Nave —la Nave original— se refería, eso significaba que el cúter había partido.

El sonido, como el estruendo de un tambor, hizo que tanto Grubb como Akhaturian mirasen.

—¿Ahora qué coño...?

Y deCant gritó desde la cabina de pasajeros.

—¡La esclusa principal se ha cerrado! —Para entonces, la desorientación producida por el regreso de la cegé comunicaba su propio mensaje. El cúter ya no se encontraba acelerado, y eso significaba que se había soltado del pescante. Grubb, enfurecido, dio una patada para intentar atravesar la esclusa.

—¡Fife, hijo de puta!

[Nave.] dijo La Joya de Loto [Ruido. Identificar].

[*El señor Bhattejji ha cerrado otra puerta estanca*].

Ramakrishnan Bhattejji, deteniéndose en el trabajo para limpiarse la frente, también oyó el sonido y no pudo situar de dónde había venido. En esta región abandonada de la nave, iluminada solo por luces frías que él mismo se había traído, sería inútil preguntarle a Nave qué había sucedido. Los micrófonos y altavoces habían muerto hacía mucho; la respuesta tampoco tendría mucha importancia. Se volvió a colocar las gafas protectoras, encendió la antorcha y siguió soldando los bordes de una placa que había conseguido colocar en medio de un pasillo abierto.

Gorgas inclinó la cabeza y consideró las posibilidades.

—El señor Corrigan ha partido —concluyó. Aunque la aceleración de la nave no había cambiado, en su corazón sintió una ingravidez pasajera. Era un momento frenéticamente emocionante, como si la pérdida de todas sus opciones le hubiese liberado.

Satterwaithe miró la hora.

—Se adelanta media hora, si ha sido él.

Mikoyan Hidei abrazó a la *Gata Sin Nombre* en los reducidos confines del pasadizo de servicio que durante dos meses había llamado «hogar». Cuando oyó el sonido del pescante saltando, alzó la cabeza y permaneció inmóvil un momento. Se produjo una extraña desorientación pasajera, como cuando miras una ilusión óptica, que le impedía decidir si el bote se alejaba de la nave o la nave se había soltado del bote. Luego volvió a acunar a la gata y le habló con tonos suaves.

Los náufragos

La Joya de Loto se concentró en su trabajo —un mal hábito cuando hay tareas más urgentes— y solo un comentario casual de Gorgas le dejó claro que había quedado varada. El capitán le había dicho algo a Satterwaithe y, al oírlo a través del enlace, la sysop inyectó su opinión.

—¿Has arreglado el transmisor de *El río*? -preguntó Gorgas.

La Joya de Loto estaba acostumbrada a los cambios de tema del capitán, aunque no tenía ni idea de dónde había surgido este. Reparar el transmisor hubiese requerido millas de superconductor muy fino y por tanto se había retrasado mientras Bhatteji reconstruía los motores y luego se había olvidado porque ya no quedaba más hobbie. Gorgas lo sabía; sin embargo la pregunta sonaba a acusación.

—Claro que no. No teníamos hobartio suficiente. —Se preguntó, brevemente, si Ram hubiese tenido suficiente si Ratline no hubiese robado el extra.

—Entonces, ¿cómo es que me oyes? —preguntó—. La partida del bote ha roto el enlace bidireccional de fibrop.

—¿Qué?

—Comunicación —dijo Gorgas son sorpresa—, ¿sigues a bordo?

El reloj en la esquina del campo visual de La Joya de Loto seguía indicando que quedaba una hora, pero Gorgas le dijo que el reloj tenía media hora de retraso y que de todas formas, el bote se había ido prematuramente.

Un tema muy querido del folclore popular es el del dispositivo que se alza para destruir a su creador. Shelley lo había escrito; Kubrick lo había filmado. Por tanto, a La Joya de Loto le resultó muy fácil llegar a la misma conclusión con respecto a Nave. La IA se había convertido en el monstruo de Frankenstein y, por medio de distracciones y falsedades, la había *engañado* para que se quedase a bordo. No le sorprendía que el fondo de la cuestión fuese una traición. Era una de sus convicciones presupuestas, un champiñón del pensamiento; pero que la traición hubiese llegado de un lugar tan inesperado alteraba toda su realidad cuidadosamente construida. Había esperado que fuese Corrigan.

La verdad era más compleja, pero la complejidad no tenía importancia. A la realidad le gusta la retórica; y las enzimas generan sus propias refutaciones. La Joya de Loto no estaba de humor para reflexionar sobre delicadas distinciones de significado o para considerar la importancia de la autoconsciencia y la intención en una red neuronal; ni siquiera las implicaciones de una nueva consciencia, la impronta de los patitos y la necesidad desesperada de sobrevivir a la pérdida de inmanencia. En lo más profundo, era una mujer de gran sentido común y amando la vida como la amaba, jamás se habría quedado voluntariamente a bordo de *El río*.

Nave, evidentemente, lo había deducido.

La Joya de Loto se arrancó la cofia de entendimiento —y con un movimiento tan brutal como para hacer sangrar a uno o dos de sus nodos del cráneo, aunque en ese

momento no sintió el dolor— y se alejó de la consola de comunicación, de su camarote, de (irracionalmente) la propia Nave, saltando a ciegas entre las paredes como un conejo alocado. No podía ni siquiera soportar la idea de compenetrarse con semejante monstruo. Huyó por el radial 12, esperando no sabía qué, tal vez que Gorgas le hubiese contado un chiste horrible.

Pero se encontró cerrado el puerto del pescante. El indicador rojo mostraba vacío al otro lado. Pero la Nave ya había mentido con la hora y podría mentir otra vez sobre el vacío. La puerta no se abría, pero aun así golpeó el panel de acero, repetidamente y con furia desesperada. Los golpes no tenían sentido y, peor, no sirvieron de nada; y al final tenía los puños ensangrentados y la garganta pelada y ronca.

Cerró los ojos con fuerza y se apoyó contra la puerta, tragando dolor. El metal era liso y frío al tocar la mejilla.

—No te vayas —susurró—. No me dejes. —Pero cuando volvió a abrir los ojos, la luz de señal de la esclusa del bote le devolvió la mirada como si fuese el ojo rojo de una bestia malévolas. Corrigan, decidió. Corrigan tenía la misión de pilotar el bote y se había ido sin ella. ¿Su odio era así de profundo?

Pero cuando se apartó de la esclusa del pescante, vio al propio Corrigan tirado en el suelo del otro lado del pasillo de anillo, con las rodillas bajo la barbilla y los largos brazos enrollados a su alrededor. Tenía el aire de alguien que llevaba allí sentado mucho tiempo, aunque solo había llegado al pescante apenas un minuto antes que ella. Corrigan no había llorado ni gritado. Tenía por costumbre aceptar lo que le pasase, y en la separación accidental del bote había visto la mano de Dios, que primero le había mostrado la posibilidad de la huida y luego se la había retirado. *Podría haberte dejado marchar*, le había dicho Dios, *pero decidí dejarte aquí, como mereces*. Corrigan agradecía saber que sería castigado —ya que valoraba la justicia sobre todas las cosas; pero le afectaba el uso de Miko y La Joya de Loto para atraerle de vuelta a la nave. La justicia es como una barbacoa de cabra —cuanto más la muerdes más crece y *ius summum*, como había dicho Cicerón, *iniuria summa*—. Cuando comprobó que le habían visto, él le dijo, tranquilamente y para horror de la mujer:

—Es la voluntad de Dios.

Ese pronunciamiento hizo que la mujer saliese huyendo, no de la voluntad de Dios —la nave no era lo suficientemente ancha para contener semejante maratón— sino de Corrigan. Tales palabras, emitidas por un rostro tan correoso y por lo demás inmóvil, le aterrorizaron; porque en un entorno tan vulgar como el pasillo, podía haber significado sumisión, desesperación o amenaza.

No sabía cuál sería su destino hasta encontrarse en la Sala Estelar sin recuerdos de cómo había llegado allí. La sala abandonada se mostraba tan ancha y vacía como su corazón, y tan llena de cosas que habían sido en el pasado. En el exterior, flotaban visiones de lo inalcanzable. Se detuvo frente a la gran burbuja de observación de metaloceno y miró a la galaxia como si en su silenciosa súplica le fuese a dar alguna

respuesta.

Lo que, en cierta forma, hizo; porque más allá del borde de la *barrera*, donde el casco daba paso al Abismo, observó el casco dorsal del cúter.

—Apenas se mueve —le dijo a Corrigan, quien le había seguido hasta la sala, y cuyo pálido bosquejo en la ventana flotaba como un fantasma entre las estrellas.

—Cuando se soltó tenía nuestra velocidad —dijo—, pero el pescante le dio un impulso lateral... para poder evitar el penacho. Retrocede más rápido de lo que parece. —Corrigan pensó que podría decirse lo mismo de muchas cosas aparte del cúter.

Pero a La Joya de Loto le interesaban menos los hechos que a Corrigan. Había creído que el bote se habría ido por completo, pero allí estaba, lo suficientemente cerca para tocarlo, pero demasiado lejos para llegar a él.

—¿Por qué no vienen a por nosotros? —preguntó plañidera.

La respuesta no era fácil. Conmocionaba tanto a los pasajeros del cúter como a La Joya de Loto. La respuesta corta era que Corrigan había establecido una trayectoria siguiendo los límites de las restricciones del bote, y un retraso en la partida desincronizaría el encuentro. El bote y *La chica de Georgia* no serían más que dos balas cruzándose en la noche.

La respuesta larga era más compleja. Con la doctora Wong muerta, la carga del sistema se había reducido, y ahora podría ser posible un encuentro alternativo. Lo que convertía la pregunta en complicada era que se precisaba a Corrigan para responderla, y la respuesta podría seguir siendo No.

—Debemos asumir —dijo Ivar Akhaturian—, que *La chica de Georgia* sigue siendo nuestro único encuentro, por lo que cualquier rescate que podamos realizar debe ajustarse a los parámetros de esa trayectoria.

El chico se había encontrado siendo el piloto humano por omisión. Fife no consideraba que eso estuviese bien —y la verdad, tampoco Akhaturian lo pensaba— pero el pasajero expresó su opinión con tanto desdén que Veinticuatro deCant saltó en defensa del muchacho. Ella le gritó que Ivar lo hacía todo lo bien de que era capaz, a lo que Fife respondió que precisamente eso era lo que temía. Grubb, por su parte, se alejó de la discusión con un silencio hosco y pasivo. Solamente Nkieruke Okoye, de entre la tripulación del bote, conservó la calma, pero solo debido a que estaba inconsciente.

Akhaturian se concentró en la consola con total intensidad. No poseía la habilidad de Gorgas para entrever patrones y posibilidades —lo que podría ser una suerte— pero veía claramente que si el cúter seguía en vuelo inercial mientras *El río* frenaba, pronto se encontrarían por delante de la nave y envueltos en los penachos de los motores de Bhattejji, momento en que Grubb, Fife y Veinticuatro, junto con todas sus inquietudes, se convertirían en nada.

Enfrentarse a ese problema con una mala a bordo sería un desafío incluso para los pilotos más experimentados, y más aún para un chico que solo llevaba tres meses de

cadete. Por tanto, una de las limitaciones ante lo que se podía hacer era, muy literalmente, lo que él podía hacer: no mucho.

Pronto tendría que empezar a frenar. Y una vez que empezase a frenar, *El río* comenzaría a caer irremediadamente por delante. El único Farnsworth del cúter, montado atrás, solo permitía una fracción del impulso de los cuatro gigantes de la nave pero, considerando la masa del cúter, perdería velocidad más rápidamente.

—Tenemos que rescatar a los otros —dijo deCant. Akhaturian confiaba en su juicio más que en el de cualquier otro, sin excluir a Okoye. Ella era el atractor extraño de las convicciones caóticas de Akhaturian. No es que deCant siempre tuviese razón, sino que siempre *quería* tener razón, y el deseo era más apetitoso que las simples buenas intenciones. El deseo de tener razón es muy diferente de la engreída creencia de que uno ya tiene razón.

—Es lo que *deberíamos* hacer —dijo Akhaturian—, pero no sé si *podemos* —era perfectamente consciente que Rave Evermore hubiese dado una respuesta muy diferente. Pero Rave ya no contaba, y el último peón no podía conjurar la misma capacidad para la baladronada. Entre todos sus defectos, también se contaba ser demasiado honrado.

Grubb levantó la vista de su desdicha. Había estado pensando en La Joya de Loto, sintiendo su pérdida. Sus ojos poseían la liquidez estúpida de un basset.

—Si hay alguna posibilidad —dijo—, debemos intentarlo.

Fife agitó su cabeza.

—Te equivocas, Grubb. La posibilidad debe ser *buen*a. Si empleamos el poco margen que tenemos en maniobrar y atracar, entonces no será un rescate. Tu Corrigan calculó la línea límite de este bote para dentro de quince minutos. Y...

—Y si no arrancamos en ese punto —concluyó Grubb—, nos harán falta más de veintisiete días para encontrarnos con *La chica de Georgia*. Lo sé. ¡Lo sé! ¡Por qué crees que no lo sé! —Podría ser que dejase la marca de sus dedos en los apoyabrazos del asiento que ocupaba.

Fife bufó, como si la respuesta fuese evidente para todos; pero Grubb, en lugar de responder a la provocación, volvió a caer en el silencio.

DeCant, flotando tras el asiento del piloto, colocó las manos sobre los hombros de Akhaturian y sintió lo duros y agarrotados que estaban los músculos.

—Sé que puedes hacerlo —le dijo en voz baja, con los labios rozándole la oreja.

Akhaturian se limitó a agitar la cabeza.

—Desearía tener aquí al señor Corrigan. Y a Miko.

—Si así fuese —dijo Fife—, no nos haría falta ir a rescatarlos, ¿no? Pero nos han abandonado a nuestra suerte...

DeCant estalló.

—No creo que fuese su intención...

—¿Intenciones? ¿Qué importan las intenciones? Aquí estamos sin piloto, sin ingeniero, sin sysop, sin... médico —casi se ahogó con su propia falta de un médico.

Casi no pudo continuar—... en un tránsito de casi un mes, y todos se han quedado atrás, ¡por sus propias razones egoístas!

Cuando las emociones controlaban a Fife, a menudo le llevaban demasiado lejos. Fife asimiló sus propias palabras y aunque no se retractó, al menos retrocedió. Después de un rato, dijo tranquilamente:

—Ella hubiese querido que lo intentásemos. —Ese comentario dejó perplejos a los demás, y a Grubb le pareció una capitulación. Creía que Fife había estado defendiendo la partida inmediata y el abandono de los otros, pero el pasajero simplemente había estado golpeando los barrotes matemáticos de la prisión común a todos ellos.

Akhaturian había estado siguiendo los movimientos relativos de nave y bote. Ahora dijo:

—Esto es lo que haremos —y lo dijo con tal certidumbre que los otros se volvieron para mirar—. En los próximos minutos tendremos que encender la antorcha o entraremos en el penacho de *El río*. Por tanto...

—Sí —dijo Fife—, sí. Siempre trata primero con los absolutos, luego resuelve tus otras metas siguiendo la prioridad...

—¡Señor Fife, por favor! —Eso le hizo callar. Akhaturian desconfiaba de su decisión y por tanto ni siquiera podía tolerar el acuerdo—. ¿Puede tomar una medida? Necesito una posición... triangulación del Sol, Júpiter y Antares.

El pasajero pensó un momento, luego asintió.

—He manejado algunos aparatos, para las inserciones asteroidales. —No añadió que en general había supervisado las operaciones de otros. Sin embargo los humanos se encargaban de los *qués*; era la inteligencia la que se ocupaba de los *cómos*. La dificultad en el caso actual consistía en que una especie de coágulo reducía la capacidad de la inteligencia.

—Bien —dijo Akhaturian—. Tengo que dirigir nuestro penacho hacia Wasat. Señor Grubb, ¿me haría el favor de llamar al capitán por la radio? Sí, sé que no puede *responder*, pero puede *oír*. Dígale que el cúter salió prematuramente debido a una mala a bordo y que el señor Corrigan, Miko y La Joya de Loto se han quedado atrás. Dígale que debemos comenzar el frenado en... —Miró a Fife junto a la consola de navegación, quien levantó cinco dedos, luego cuatro—. En no más de nueve minutos. Ahora mismo caemos hacia Júpiter más rápido que la nave, pero al reducir la velocidad nos igualaremos brevemente y la gente podría llegar con los trajes. Dígale que tenemos espacio para cinco más. —Akhaturian soltó los giróscopos para rotar la nave pies por delante hacia los Gemelos. DeCant le masajeó el hombro con suavidad.

Grubb se alzó del asiento trasero y vaciló.

—Puede que no nos oiga debido a la ionización de la magnetosfera de *El río*...

—Hágalo, señor Grubb. Si no *llamamos*, no podrán *oírnos*. —Akhaturian se sorprendió a sí mismo con la imperiosidad de la respuesta, y añadió—: ¿Por favor? —para suavizarla un poco.

Grubb, no menos que sus compañeros, se moría por rescatar a los que habían quedado atrás; pero había descubierto en su interior el mismo miedo que siempre había achacado a Fife y eso no le agradaba, como si fuese algo incorrecto en el hombre que había creído ser. Al ser un romántico, se había visto románticamente a sí mismo. Él era el Viejo Sabio, que acoge bajo su tutela al joven y nuevo héroe para guiarle. Ahora, en un momento de crisis, se había descubierto como un barril vacío. No había sabiduría amable y paternal, sino solo un terror doliente.

La huida era el pensamiento dominante en la mente de La Joya de Loto. Sería adecuado decir que había expulsado del campo de batalla a todos sus rivales. ¿Podría ser de otra forma? Ella no habitaba el mundo de culpa y acusaciones de Corrigan, ni siquiera el mundo de orgullo de Gorgas. Su vida era la vida en sí. Había ido a la sala de trajes incluso antes de que Gorgas recibiese el mensaje del cúter. No le hacía falta la invitación de Akhaturian para intentar un paseo desesperado. Era agradable saber que el bote pasaría lentamente por delante y que en cierto momento breve igualarían velocidades, pero en cualquier caso lo hubiese intentado. Era un riesgo. Los dos vehículos estarían separándose y el penacho del bote se dirigiría hacia delante. Pero el riesgo de muerte cuando la vida es el premio, se ve de forma muy diferente cuando la alternativa es la certidumbre total.

Corrigan sabía que acabaría mal de la misma forma que sabía que todo acabaría mal. Era una presunción suya, nacida de una larga experiencia. La ayudó a vestirse con el traje de vacío, pero le parecía estar preparándola para el enterramiento. Nunca volvería a verla, tuviese éxito o no, así que ella para él era casi una muerta. Se le ocurrió que podría lavar su cadáver y vestirlo con especias, hierbas y una sábana enrollada, pero no era más que la fantasía desbocándose. Dominado por una pasión súbita que se encontraba más allá de cualquier lágrima, agarró su rostro entre las manos y le dio un beso, y La Joya de Loto, sorprendida por la ternura del gesto y recordando al Corrigan que en una época fue su deleite, respondió con igual sentimiento.

Puede que la sysop fuese espontánea; y además una aventurera dispuesta a correr riesgos, pero en el fondo, era pragmática. En cualquier otro momento, ese beso hubiese podido llevar a otros asuntos, pero ahora no.

—Lo lamento —le dijo ella cuando se separaron, y con eso se refería a que lamentaba haber sospechado de él, que lamentaba no volver a verle, que lamentaba que los dos no pudiesen disfrutar juntos una última vez, ahora mismo, aquí mismo.

Corrigan también se puso el traje y acompañó a la sysop al casco de proa. No intentó disuadirla, porque no podía ver que importase mucho si saltaba o no, ya que en cualquier caso la muerte era el destino.

—Recuerda —le dijo... y ella al principio creyó que él iba a decir *Recuérdame*, pero el consejo resultó ser más prosaico—. Recuerda que el bote estará moviéndose relativamente a la nave. La IA de tu traje ajustará la dirección y también intentará ajustar tu velocidad para igualarla, pero cuando llegues al bote, será como saltar a la

sala giratoria desde la inmovilidad. ¡Agárrate! ¡No te sueltes! Incluso si te rompes los brazos. —Corrigan la agarró por los hombros dentro del traje de vacío—. *No te sueltes*. Cuando estés lo suficientemente cerca, te oirán por la radio del traje. No dejes de hablar. Alguien irá a recogerte para dejarte entrar.

—Ven conmigo, Zizzy. Necesitan un piloto. No puedes dejarles sin piloto. —La Joya de Loto estaba desesperada por escapar, pero no tan desesperada como para saltarse ese punto.

—El ordenador de navegación conoce la trayectoria. Ivar puede encargarse.

Ella podría haber discutido. Quizás incluso podría haber ganado. Puede que el sentido del deber de Corrigan hubiese derrotado a su necesidad de castigo. Pero hubiese llevado demasiado tiempo.

—Será mejor que me vaya ahora, Zizzy —le dijo—. O el bote habrá pasado antes de que yo llegue. —Corrigan alargó la mano y le tocó el casco, como para apartarle el pelo—. Que Dios te acompañe —dijo, y luego ella se fue.

Si alguien debería haber dado ese salto, tendría que haber sido el primer oficial. La Joya de Loto tenía razón sobre el piloto. Akhaturian podía cuidar de una IA tan bien como nadie; pero no podía enseñar trucos nuevos a la red, en caso de que hiciesen falta trucos nuevos. Corrigan lo sabía, y le molestaba incluso mientras llamaba al puente para informar de la partida de la sysop.

Satterwaithe respondió, porque Gorgas se había retirado a la sala de trabajo, y manifestó su asombro de que Corrigan siguiese allí.

—Pensaba que Gorgas te había dado el mando del cúter. Uno no sustituye su juicio personal por órdenes directas. ¡Salta a ese bote!

Satterwaithe consideraba que *El río de las estrellas* era su dominio personal, al que, durante el paso de los años, otros habían entrado ilegal e inexplicablemente. Sin embargo, su orden a Corrigan no estaba motivada exclusivamente por el deseo de expulsar a un extraño. Corrigan era una pieza en su puzle personal. En la asignación de esfuerzos y recursos realizada por Satterwaithe, el mejor piloto de la nave debía estar en el cúter y ofendía a su sentido de la propiedad que siguiese a bordo de la nave. Atrapado por su propia estupidez, decidió. Corriendo tras su mujer cuando debería haber estado clavado al asiento del piloto. Satterwaithe no podía imaginarse haciendo algo así.

—Todavía no hemos encontrado a Miko —protestó Corrigan.

—Lo que significa que no quiere que la encontremos. Lo lamento de veras, pero no tiene sentido. No responde a las llamadas, y no hay tiempo para peinar la nave. ¡Ve, Corrigan! Se lo debes a los demás. Aquí no puedes hacer nada.

—Excepto morir.

Satterwaithe le soltó.

—Coño, número uno, eso lo puedes hacer en cualquier lugar.

Un comentario tan incongruente hizo reír al navegante. No era una risa humorística, ni tampoco amarga. Contenía algo del sonido que emite el agua cuando

termina de salir de una botella.

—Debería haber sido más amable con la doctora Wong —dijo cuando terminó de pasar el sedimento de la botella.

—¿De qué hablas?

—Esta podría haber sido la mejor tripulación de carguero jamás vista...

—Oh, ahora eres un galardón estelar.

—Jamás lo entenderás, ¿verdad?

—¡Lanza amperios, Corrigan! Vete de mi nave.

Corrigan flexionó las rodillas.

—Te veré en la larga órbita, Genie Satterwaithe.

La oficial de vela no respondió de inmediato y cuando lo hizo, dijo:

—Siempre que tú la hayas calculado, 'Dul. Siempre que tú la hayas calculado. Arriba la vela, compañero...

—... Y a volar. —Corrigan se liberó de la proa de *El río de las estrellas* y se alzó al este del sol usando los impulsores del traje, dejando atrás la cruceta y atravesando las jarcias, saludando al asombrado Ratline que se encontraba acurrucado en la cofa en lo más alto. Las luces del cúter parpadearon el patrón estroboscópico del cuarto de la nave hacia el sol. La silueta seguía siendo visible contra el desenfundado fondo de las estrellas, pero claramente había estado más lejos de *El río* de lo que había parecido. De vez en cuando un destello brillante explotaba donde una piedra pequeña u otro desecho quedaba vaporizado por su penacho por lo demás invisible. Corrigan centró el cuerpo del bote en la cruz del visor y le dijo al traje:

—Ve ahí.

La Joya de Loto le había dicho lo mismo al traje, pero había recibido negativas en lugar del cumplimiento de la orden.

—La sysop no debe abandonar la nave —le dijo el traje.

—¡Nave! —Esa súbita e inexplicable intrusión de la IA la aterrorizó. Nave la perseguía, decidida a mantenerla en el carguero condenado por razones que no llegaba a comprender. Las cruces del visor empezaron a saltar por todas partes, negándose a ajustarse al cúter. La Joya de Loto buscó los controles de los propulsores, intentando escapar más allá del radio de las comunicaciones nave-a-traje—. Debo llegar al bote —se dijo a sí misma—. Debo llegar al bote —porque era una de esas personas para las que la palabra pronunciada es más real que el pensamiento silencioso. En ocasiones debía decirse a sí misma lo que pensaba, por si no lo sabía.

—La funcionalidad de Riachuelo no es óptima sin la sysop. —Con eso, Nave quería decir que se sentía incompleta sin La Joya de Loto bajo la cofa. Ciertos canales eran menos ricos en datos. Si la sysop había estado sintiendo y percibiendo a través de Nave, Nave igualmente sentía y percibía a través de La Joya de Loto y, en cierta forma, le gustaba «sentir» a La Joya de Loto en su interior.

—La funcionalidad de Nave es anormal —gritó La Joya de Loto. Reinició la IA del traje, pero siguió sin centrarse en el cúter, así que disparó manualmente los

propulsores para mantener el bote centrado en el visor. Se movía de arriba abajo sobre el visor a medida que ella se movía por el espacio intermedio. No se atrevía a mirar atrás. Sabía que miraba a *El río*, la inteligencia del traje, seducida por algún susurro maligno plantado por Nave, se fijaría en esa forma y la retomaría como prisionera.

—Sysop enseña a Riachuelo —grita la IA de la nave—. Sysop es parte de Nave, y Nave es parte de sysop. No hay espacio en Cúter para Nave, por lo que sysop debe quedarse con Nave.

—¡No! ¡Déjame ir! ¡Déjame ir!

—No te vayas —susurró Nave—. No me dejes.

Y ese era el horror final: oír cómo le lanzaban sus propias palabras, oír los mismos tonos de miedo y desolación.

Es solo imitación, se dice La Joya de Loto. Retro-propagación de sus propias palabras. Solo poseía los accidentes de sus propias emociones, no su sustancia.

La IA ha insertado un tropismo en la inteligencia del traje. Lo hizo al inicio, cuando el traje se separó del sistema principal. El tropismo hace que el sistema del traje busque *El río*. Lo que entra en conflicto con el propio tropismo de La Joya de Loto, que es alcanzar la seguridad del bote. La radio chisporrotea al pasar los gases ionizados que cruzan a través de la magnetosfera de *El río*, pero la pérdida del contacto por radio no importa. El tropismo ha sido plantado directamente en el núcleo del traje y va con ella, por lo que el traje se agita, se inclina, gira mientras ella lucha por controlarlo. Lo que debería haber sido un simple vuelo asintótico se convierte en el paseo de un borracho —una ardilla corriendo por un prado abierto, parándose y arrancando, cambiando continuamente de dirección— y la sysop pronto queda desorientada y siente náuseas. Las luces del cúter se mezclan con el cielo estrellado, rotando en franjas de color. Tan ocupada está con la tarea inmediata, que no percibe el rápido incremento de la temperatura externa.

Moth Ratline disfrutaba del espectáculo de luz. Los suaves verdes y azules que los motores producían en la atmósfera que huía habían ido reduciéndose a medida que las puertas estancas habían sellado tres de los cinco escapes, pero los relucientes fuegos artificiales producidos por la jaula del bote en los restos que se le acercaban habían compensado de sobra. Recordó espectáculos similares de cuando era niño —la niñez que había tenido antes de que le robasen la niñez—. Su padre había sido un hombre vago y poco mundano que a menudo se perdía los compromisos con sus hijos, pero que jamás faltaba a los fuegos del Cuatro de julio. Este espectáculo era muy inferior a aquellas atronadoras flores de fuego, pero Ratline no estaba en disposición de quejarse.

Una llamarada pequeña pero especialmente brillante le quitó el aliento. La luz trazó una línea de fuego, como si algo hubiese atravesado directamente el camino del penacho de plasma.

Corrigan había seguido parte de la lucha de La Joya de Loto. La sysop no se había

preocupado de explicar su situación, pero a partir de las exclamaciones que había descifrado a través de la estática le había quedado claro que su traje no respondía adecuadamente. Cuando las emisiones cesaron abruptamente, supo que ya no volverían y una melancolía apagada cubrió su corazón. Meditó sobre a qué se dirigía. Había dejado a Miko detrás y La Joya de Loto ya no le esperaba. Podría simplemente darse fin a sí mismo, si no fuese porque las escrituras del Profeta prohibían ese acto, y también se lo impedía la mano de hierro del deber que ahora era casi lo único que le quedaba.

Le daba la impresión de que la tripulación de *El río de las estrellas* había ido quedando dispersa en fragmentos por todo el cielo. El arrogante Koch; el paternalista Hand; el creído Evermore; la flexible Wong. La frívola Joya de Loto. ¿Y ahora él mismo? ¿Qué adjetivo debía aplicarse al fallecido navegante de la nave? ¿Carente de imaginación? Tenía la sensación de haberse topado con su propio funeral y ahora le pedían recitar el elogio fúnebre. Según las reglas, Corrigan siempre había sido un oficial ejemplar —y ese era su orgullo y su perdición, porque las reglas nunca son del todo suficientes en todos los casos—. Pensó que podría haber otros adjetivos: que Koch podría ser seguro y Hand simplemente amable. Quizá se había confundido con la métrica y demasiadas veces había medido a los hombres en negativo.

Ahora podía comprender tan claramente el propósito de Hand que se preguntó por qué los otros nunca lo habían entendido. Había dicho en serio lo último que le había contado a Satterwaithe al final. La tragedia era que la tripulación no había compartido sus visiones, sino sus cegueras, de forma que, ya que la ceguera de cada uno era diferente, habían acabado sin ver nada, cuando podrían haberlo visto todo.

Su traje le llevó por una curva amplia para evitar el penacho que había convertido en iones a la sysop. Casi tomó el control para atravesar el vapor, para que ella le cubriese en el instante final; pero él sabía que la emoción eléctrica que había sentido con ella no había sido nada comparada con la que había conocido con Miko, y a Miko la había dejado atrás. Así fue como supo que estaba muerto. Había dejado su alma en *El río de las estrellas*.

El visor se oscureció al pasar la penumbra del penacho y el universo se redujo de pronto a abstracciones, a datos extraídos por sensores astutos. En lugar del cúter, en el visor apareció un mapa de radar. Lecturas de velocidad, distancia y rumbo reemplazaron al paralaje y el movimiento relativo que habían contemplado sus ojos. Ya no había estrellas ni planetas, ni siquiera un carguero. Gorgas, Ratline, Satterwaithe, Bhatteji —y Miko— solo existían en el pasado, en un universo que había abandonado, mientras que Grubb y los otros no existían todavía, ya que todavía no había entrado en el de ellos. Solo existía Corrigan y el cúter.

Las lecturas se desplazaban con tal rapidez por el visor que se preguntó por qué se mostraban. La ilusión de información. Un número parpadeaba y se mantenía fijo: el gas comprimido que impulsaba el traje se iba reduciendo, como había esperado. Era una larga distancia para un traje, y había tenido que acelerar durante todo el camino.

El vuelo inercial, en este contexto, era otra forma de quedarse quieto. Corrigan examinó el flujo de números que representaban distancia y velocidad.

—Estimar velocidad y momento de llegada —dijo, y con profundo interés examinó los resultados del análisis. Él era un gato de Heisenberg, atrapado en un capullo que le impedía ver. Podía igualar la velocidad del cúter o podía igualar su posición. No las dos a la vez.

Optó por la posición y recordó con algo de ironía el consejo que había dado a La Joya de Loto. La velocidad relativa sería algo inferior a un metro por segundo, lo que sonaba menos rápido de lo que se sentiría físicamente.

Corrigan había saltado demasiado tarde. El cúter se había desplazado demasiado hacia delante. Ahora la diferencia entre los dos marcos de aceleración era demasiado grande. Y en el momento crucial, cuando se acercaba al bote, su visor se aclaró demasiado lentamente. Fue un acto cruel por parte de Dios permitirle ver el destino un momento antes de encontrarse con él. Corrigan no conocía el significado de la expresión «un insecto en el parabrisas» y el impacto no le dejó oportunidad de aprenderla. No sabía cuántos huesos se había roto —la mayoría, sospechaba— pero el resquebrajamiento del visor cuando chocó con el casco hizo que la enumeración no tuviese mucha importancia. Tuvo un momento para reconocer lo que había sucedido y susurrar el Kalima Shahada:

—*Ash hadu an la illaha il Allah, wa ash hadu ana Muhammad abduHu wa Rasul'Allah* —y esa última palabra escapó al Abismo con su último aliento incluso antes de que llegase el primer dolor.

La última cena

Mikoyan Hidei se quedó durante varios días en la fisgonera tras la partida del cúter, acomodada agradablemente entre las paredes cerradas de su refugio. Vio morfis, iba a la despensa cuando no había otros que pudiesen verla y fisgaba a los demás cuando la curiosidad se hacía irresistible. En ocasiones, mantenía largas y extrañas conversaciones con Nave. Evidentemente, los otros sabían que estaba a bordo. Les había oído llamarla; aunque desde la partida del cúter la habían llamado con menos frecuencia. A Satterwaithe y Ratline no les importaba dónde estuviese, pero hacía mucho tiempo que no se preocupaban de casi nada, por lo que de todas formas les faltaba práctica. Ratline, en particular, solo bajaba de la cofa para absorber una comida rápida antes de volver a su altura solitaria. Bhatteji, al que le importaba, seguía trabajando obsesivamente en el cordón. Una vez, al encontrarse con Ratline en la despensa, el ingeniero intentó convencer al jefe de carga para que le ayudase a soldar —ya que todas las puertas estancas restantes ya estaban colocadas— pero Ratline se limitó a reír y comentar que no conseguiría tenerle a solas en esas regiones remotas de la nave.

Gorgas también se preocupaba y tenía una idea general de dónde podría estar ocultándose Miko. Al tercer día, habiéndose preparado para ocupar el puesto del general Riall en Chippewa, súbitamente apagó la pantalla con un grito de impaciencia y, volviéndose, se dirigió a la puerta oculta. Abrirla le llevó unos momentos, ya que tuvo que buscar el cierre; pero pronto se encontraba dentro del pasadizo de servicio. Ahora el céfiro era más pronunciado. El aire que partía le rozaba las mejillas y agitaba los pelos de esa zona. Había acertado con la barba: había crecido entrecana. No podía decidir si le daba un aspecto distinguido.

—Le preguntaré a Miko —decidió. No tenía sentido preguntar a los demás. Sin embargo se había dirigido al sistema de pasadizos antes de que se le ocurriese preguntar por la barba, por lo que quizás había otras cosas que quería decir.

—¿Nave?

—Lista.

—¿Conoces la posición de Miko? —Gorgas había abandonado el uso de la sintaxis de sysop. Nave comprendía la mayoría de las preguntas y el peligro de sesgo en la respuesta ya no importaba.

—Posición indeterminada.

Gorgas consideró la situación, para luego salir de la entrada y poder ver así la pantalla del ordenador.

—Muestra todas las posiciones iniciales de Mikoyan Hidei durante los últimos tres días.

—Clarificación. Mapa de lugares en los que la señorita Hidei aparece en el mundo.

Esa expresión en particular cautivó y fascinó al capitán.

—Ah. «Aparece en el mundo». Supongo que así es como lo ves tú. Surge simplemente de la nada, saliendo de regiones en las que no tienes sensores. Simplemente un nombre en una lista, sin realidad física.

—Clarificación. «Sin realidad física».

—No importa. —Gorgas rio el chiste en silencio. Entonces, desde el punto de vista de Nave, ¿las apariciones de Miko eran ejemplos de la palabra hecha carne?

—Consulta. ¿Deben incluirse también los puntos adicionales donde desaparece la señorita Hidei?

—Sí. Muéstralo en la consola de la sala de trabajo.

Un esquema apareció obedientemente, y Gorgas estudió la nube de puntos.

—Nave, superpón las regiones cubiertas por sensores. —Pedir un mapa de las regiones sin sensores, para Nave, literalmente, no tendría ningún sentido. Es imposible saber lo que uno no sabe.

—La señorita Hidei llama Riachuelo a Nave.

Nave a veces soltaba las cosas más raras, pero a Gorgas le divirtió que la IA creyese que tenía un nombre.

—¿Te roció con agua cuando te bautizó? —preguntó. La superposición pedida había aparecido en la pantalla y examinó el patrón de puntos con respecto al «fondo vacío», las regiones sin sensores. Nave interpretaba los datos topológicamente, no espacialmente. No tenía concepto de la nave como nave, solo como red. Gorgas apreció una dispersión de puntos a través del navío y sospechó que Miko empleaba los conductos de aire y los túneles de mantenimiento además de los pasadizos de servicio. Apreció unos grupos densos alrededor de ciertos espacios, delineando un perímetro.

—El agua está contraindicada para el equipo electrónico —le dijo Nave.

Miko sabía que Gorgas venía mucho antes de su llegada. Estremecimientos y golpes, y una ligera vibración ocasional fueron sus heraldos. Sabía que era él — ¿quién otro podía ser? ¿Ugo Terrell? No intentó huir u ocultarse, sino que siguió sentada en el sofá acariciando a la *Gata Sin Nombre*. La gata ronroneó y Miko ronroneaba con ella, hablándole sin palabras. Cuando la criatura se retorció entre sus brazos, ella dijo sin volverse para mirar al hombre sin aliento:

—Pase.

Gorgas, sin aliento por su deambular a través de las entrañas ocultas de la nave, se dejó caer sobre el sofá junto a la chica y se sentó con las manos sobre las rodillas. No dijo nada durante unos momentos mientras esperaba que su corazón desbocado se tranquilizase y respiró profundamente el aire atenuado.

—El aire ya es claramente menos denso —dijo—. Creo que sufro del mal de montaña. —Cuando Miko no respondió, lo intentó de otra forma—: Este sitio es muy cómodo —dijo—, aunque algo espartano.

Miko, empleando paneles móviles, había creado una especie de sala dentro de una sala. Era una choza, cerrada y cercada, donde un sofá, una mesa y una lámpara se

abrazaban. A Gorgas le pareció una gruta, ya que se encontraba dentro de una cueva. La lámpara solitaria del centro ofrecía luz a lo que le rodeaba de una forma muy similar a un fuego de campamento. Gran parte del equipo era funcional: un precipitador estático, una nevera. Una pared de la choza estaba formada por un banco de monitores de propósito desconocido. El conjunto le recordaba a Gorgas más un nido que una habitación.

—Ah, ya veo dónde está el microondas perdido de Grubb.

Miko dijo:

—¿Quiere que lo devuelva? Quizá pueda alcanzarle.

Gorgas sonrió.

—No creo que haga falta.

—¿Ya está establecida la órbita de recuperación? —le preguntó—. Nunca he visto Wasat, pero odiaría que la nave se perdiese para siempre.

—Sí, gracias a La Joya de Loto.

—Bien. Lo que le hizo Riachuelo fue terrible. Espero que ella y Corrigan lo consiguiesen.

Gorgas no había oído nada del cúter, lo que, según un aforismo viejo como el tiempo, debía considerarse buenas noticias. De alguna forma, lo dudaba. Grubb o alguien hubiese llamado. En lugar de discutir las esperanzas de Miko, dijo:

—Nave me mostró cómo encontrarte. —Miko no dijo nada, y Gorgas añadió—: En ocasiones, Nave parece estar viva.

Miko apartó la vista de la gata.

—Si *crees* que Riachuelo está viva, entonces lo está. Creo que ese personaje Fife nunca creyó que los demás estuviésemos vivos, así que dígame cuál de los dos es más humano.

—Creo que eres muy dura con el tipo.

—¿Lo soy? Pregúnteme si me importa o qué importa si lo soy. ¿Ha visto a la doctora Wong? —Cuando Gorgas asintió, ella dijo—: Fife la mató.

—¡Qué! Me dijo que ella, ah...

—Ella se suicidó, claro; pero fue Fife el que la empujó a hacerlo. Riachuelo me lo contó todo.

—Te gustaba la doctora —dijo Gorgas—. Nunca me pareció que estuviese del todo a la altura. —El comentario le pareció mezquino y apartó la vista—. Ah, *nil nisi bonum*.

—Ella era la persona más amable de la nave.

Amabilidad y competencia ocupaban, desde el punto de vista de Gorgas, ejes ortogonales. No podía imaginar que un exceso de la primera pudiese equilibrar una deficiencia en la segunda.

—Genie y yo celebramos el funeral hace dos días. ¿Por qué no viniste?

Miko se encogió de hombros.

—¿Para verla arder?

—Parecías pensar lo contrario durante el funeral de Hand.

Los ojos que le dirigió estaban inmóviles y eran solemnes.

—Capitán, eso pasó hace mucho mucho tiempo.

Gorgas frotó las perneras de su mono.

—Los otros siempre te consideraron rígida y fría, pero no es así en absoluto, ¿verdad?

—Les fallé.

La afirmación tomó por sorpresa a Gorgas, llegando con tal carga de dolor que incluso él pudo oírlo.

—¿A quién fallaste?

—A todos. A la doctora Wong, 'Kiru... Yo fui la que alentó a Ratline. Le dije lo de Ram cortando la vela, pero no lo pensé bien, estaba tan furiosa...; y por mi culpa ¡a 'Kiru le cortaron la cabeza!

—¡Bueno, no cortada exactamente!

—¡Lo suficiente como para importar! Nunca volverá a ser la misma. Confiaba en la gente. Ratline *le caía* bien. Y yo sabía que Fife no era bueno para la doctora, pero no sabía cómo detenerlo, ¡y mire lo que ha pasado!

Gorgas no era uno de esos hombres que tocan, pero le colocó una mano torpe sobre el hombro.

—Te echas demasiadas culpas. Deberías dejarnos algunas a nosotros.

Miko agitó la cabeza con violencia.

—Y no creo que vayan a lograrlo. Ivar, Veinticuatro y los demás. —Eso también era culpa suya—. ¡Si yo no hubiese ido a buscar una gata *estúpida*! Debería retorcerle el cuello. —Las palabras eran duras, pero no hizo ningún movimiento para llevarlas a la práctica.

Después de un rato, Gorgas dijo:

—Lo hice lo mejor posible. —Pero de hecho, no había sido así, y era perfectamente consciente de ello. Había pasado por alto hechos y detalles que no encajaban con sus ideas. No había seguido a Bhatteji lo suficientemente de cerca. No había comprendido el potencial de la vela y en consecuencia la integración con el plan no había sido la adecuada. Si Satterwaithe hubiese podido trabajar en abierto... Pero ni siquiera ahora el capitán era totalmente consciente de lo intratable que podía ser para los demás.

El sollado de *El río de las estrellas* en el fondo mismo del gran disco en su época había estado lleno de equipo. Graingers, chozas de lodo, repetidores e intercambiadores de calor, lechos de fluido y columnas de vapor, bombas Caplan y cajas Scannell dispuestos en líneas o en grupos, zumbando, regurgitando, silbando o golpeando en un coro producido por enanos enloquecidos en las profundidades calientes y húmedas de un subterráneo iluminado en rojo. Parte del equipo —la planta de aire, el bunker de ilmenita, las chozas de lodo que aprovechaban el plasma de los motores para producir electricidad— seguía allí, aunque el número era mucho

menor y la cacofonía se había reducido. Las máquinas que habían servido a los módulos de lujo habían desaparecido hacía mucho tiempo, y ahora toda la cubierta tenía un aspecto abierto y abandonado. Había habido algunas habitaciones y pasillos en el sollado, que era la cubierta más estrecha de las cinco, y después de ser vaciada durante la remodelación, durante un tiempo se había usado como bahía de carga. Ahora no llevaba carga.

Miko pudo oír el silbido al entrar en el sollado desde una de las escaleras que descendía desde la cubierta inferior. El sonido se distinguía del siseo del aire al escapar que oía en ocasiones en los pasillos más estrechos cuando, en respuesta a los dictados de Bernoulli, el céfiro constante se tornaba en algo más fuerte. El sonido tenía algo de eléctrico, un fuerte acento sibilante, y no se sorprendió cuando un momento o dos más tarde encontró al final de la cubierta a una brillante estrella de color azul blancuzco. Bhattejri, soldando otro de sus parches inútiles.

Cuando ella se colocó tras él, Bhattejri no dio señales de haberla visto sino que siguió trabajando en la parte superior de la placa que había colocado en una escalera. Era una posición incómoda, convertida en todavía más incómoda por el número limitado de brazos que podía emplear. Miko observó en silencio durante un rato.

Bhattejri dijo:

—La mitad de los pasillos de esta cubierta están totalmente abiertos —lo que significaba que, a menos que últimamente hubiese desarrollado afición por los monólogos, se había dado cuenta de su llegada—. Este lleva cinco niveles más arriba a un sector abierto al espacio. Parece que nadie planeó zonas herméticas en los pasajes verticales. No sé por qué.

—Ram, ¿crees que esto es heroico? No lo es. Es inútil, y solo te hace parecer ridículo.

Bhattejri dejó de soldar, pero no se volvió y la llama no se apagó. Tampoco habló. Animada por la respuesta positiva, Miko continuó:

—Ram, esta nave es un pifiado laberinto. Hay demasiados malditos pasillos.

Cuando Bhattejri se volvió, tenía el rostro retorcido en un rictus tenebroso. Había algo ctónico en su persona, como si frente, mejillas, nariz y barbilla fueran pedruscos recién dinamitados y que estaban a punto de caer. Las gafas oscuras, tan cercanas a su tono de piel, lo convertían en una criatura alienígena sin ojos, lo adecuado para alguien tan subterráneo.

—¿Qué intentas decir? —exigió.

Estaba muy claro lo que la chica pretendía decir, pero Bhattejri estaba decidido a no oírlo.

—Déjalo —dijo—. Ya no tiene sentido.

El ingeniero le dio la espalda y siguió soldando. Del extremo de la barra de soldadura surgían volutas de vapor, que el pozo estático que llevaba en la otra mano absorbía antes de que pudiese escapar algo más que un olor acre. Miko subió los escalones y le cogió el pozo para sostenerlo, dando la espalda al resplandor. Había

sombras bailando escaleras abajo, de un gris azulado bajo la luz estánnica. Los dos trabajaron de esa forma, en silencio, durante algunos minutos.

Fue Bhattejri el que rompió el silencio.

—¿Por qué te quedaste? —preguntó mientras seguía concentrado en la soldadura.

—El bote se fue antes. Regresé a por la gata y el bote se fue antes de poder regresar.

Bhattejri asintió y siguió soldando. La costura crecía. Cambió de posición y se agachó para sellar la parte de abajo. Miko se sentó en un escalón, dándole la espalda a la antorcha cegadora.

—¿Por qué te quedaste? —volvió a preguntar Bhattejri.

—Al principio pensé que ese personaje, Fife, había tenido un ataque de pánico. Ya había estado muy ansioso por irse. Pero fue Riachuelo. Descubrió que no había sitio para ella en el sistema del cúter, así que lanzó el bote antes de que La Joya de Loto pudiese subir a bordo.

—Siempre dije que una IA sesgada causaría problemas.

—Riachuelo no comprendía. Sabía que no podía irse, así que quería que se quedase su sysop.

—Fue solo un tropismo. Las redes neuronales no «quieren» nada.

—Ahora está muerta. La Joya de Loto.

Bhattejri vaciló un poco mientras soldaba.

—Lo oí.

—Gorgas me contó que voló directamente hacia el penacho del cúter.

—¡Lo oí!

—La doctora Wong también está muerta. El pasajero la encontró.

—Eso también lo oí.

—Fife dice que se mató para dejar sitio a uno más en el cúter.

Bhattejri agitó la cabeza.

—Qué estupidez.

—Wong no era estúpida. Simplemente no era lista como tú.

Bhattejri se volvió para mirarla.

—Y ahora que estamos los dos muertos, ella la estúpida y yo el listo, no veo qué importancia tiene la distinción.

—Me gustaba. Quería ayudar a la gente.

Bhattejri contuvo la antorcha.

—«Ayudar a la gente». ¿Y qué crees que hago aquí?

—Malgastar tu tiempo. Pero tú también me caes bien.

—¿Sí? Tienes una forma curiosa de demostrarlo.

—No digo que nunca... Ram, ¿por qué cortaste la paleta del trinquete?

—Necesitaba hobartio. ¿Cómo podía saber que esa loca estaba planeando elevar la vela? ¿Cómo iba a saber que se rompería y...? —Se detuvo de golpe y siguió soldando. Miko se dio cuenta de que volvía sobre una parte que ya había soldado.

—Por eso te quedaste —dijo—. Nunca creíste que pudieses salvar la nave. Fue porque Rave...

Bhatterji apagó la antorcha, se volvió y levantó las gafas. El súbito blanco de los ojos le dio miedo.

—Rave no está *aquí*. —Su brazo indicó toda la estrecha escalera, rozándola accidentalmente en la mejilla—. Está *ahí* fuera. Con Enver Koch. Y *tú*, todavía no me has dicho por qué estás aquí.

—Gorgas quiere organizar una cena antes... Antes. Ha invitado a todos.

—No me refería a por qué has venido al sollado. Me refería a por qué...

—Sé a qué te referías, Ram. Simplemente no conozco la respuesta.

Bhatterji gruñó.

—He oído que en ocasiones un niño regresa corriendo a un edificio en llamas porque no puede soportar abandonar su hogar.

—¿Y *El río* es mi hogar? —Miko se encogió de hombros—. No sé. Nunca tuve hogar, así que no sé cómo es la sensación. —Miko se miró la mano y apagó el pozo estático—. Supongo que yo también soy bastante estúpida.

El ingeniero asintió.

—Tan estúpida como Satterwaithe, o Ratline o Wong...

—¿O como tú? —Miko le desafió con algo de furia.

—No —negó con la cabeza—. No, ni de lejos eres tan estúpida como yo. —Recogió el equipo, pasándole parte a Miko, y bajó las escaleras. Miko retiró el tapón de vapor de la cámara del pozo estático. Seguía humeando y lo agitó con una sola mano para no quemarse. Se colocó la bolsa de herramientas al hombro y le siguió.

—¿Ahora adónde?

Bhatterji dejó caer la antorcha y el tanque. Fue una caída lenta. Ocho segundos antes de dar con el suelo. En la extensión vacía del sollado, el estruendo produjo un eco como si un millar de Bhatterjis hubiesen dejado caer un millar de antorchas.

—A vestimos para la cena, supongo. —Se volvió para irse y no miró atrás.

En el interior del capitán se retorció la melancolía. La sentía agitarse en cuanto se reducía la conversación; pero no le superó, ni tampoco se manifestó en su superficie de hospitalidad al recibir a sus invitados, y lo agradecía. Era importante acabar bien, pero ¿qué sentido tiene un final si no hay historia? Como Bhatterji le había dicho a Evermore en una ocasión: todo el mundo muere —no es un logro destacable— pero no todo el mundo vive. Gorgas se había vuelto extremadamente consciente de sus carencias. Había pasado una vida evitando las decisiones, confiando en su subordinación, en que sus decisiones hipotéticas hubiesen sido mejores que las decisiones reales tomadas por los hombres y mujeres bajo los que había servido. Había confundido la vacilación con un carácter juicioso y había disfrutado del lujo de ese error siempre que no se le pidiese que emitiese un juicio. En retrospectiva (que igualmente había confundido con sabiduría), siempre había considerado la decisión correcta. El error estaba en no haberla sabido reconocer en medio de otras muchas

decisiones también consideradas. Podía haber pasado sus días finales rehaciendo su vida, de la misma forma que había rehecho tantas batallas perdidas, encontrando finalmente el triunfo en un mundo que no había existido jamás. En su lugar, cocinó una cena.

Preparó, evidentemente, el *paprikàs csirke* —no era concebible ninguna otra comida dadas las circunstancias— y la sirvió con un Tokay de su armario privado. Había planeado descorchar la botella al llegar a Puerto Galileo pero, con ese final ya descartado, decidió en su lugar celebrar un tránsito sin éxito.

—Logramos el noventa por ciento de nuestros objetivos —consoló a sus compañeros de cena—, así que nos beberemos el noventa por ciento del contenido. —Y diciéndolo, marcó una línea sobre la botella usando la gema de su anillo.

El sabor rico y dulce pareció tomar por sorpresa a Ratline, que anteriormente solo había tenido su brebaje casero como estándar.

Cenaron en la sala de trabajo del capitán, un lugar mucho más cómodo ahora que solo eran cinco. El comedor habría sido demasiado grande; y les habría recordado a los ausentes. El pollo estaba excelente, o al menos todos proclamaron su excelencia y afirmaron que Gorgas había superado al mismísimo Eaton Grubb —y era posible que el capitán hubiese logrado igualar esas comidas largo tiempo perdidas que su Marta le había servido— aunque no lo dijo después, ni siquiera en su diario privado.

Todos se vistieron con sus mejores galas, sabiendo que sería la última comida del capitán que vería la nave. En el caso de Ratline y Satterwaithe, «mejores» no era gran cosa, aunque se asearon, Satterwaithe planchó su mono y Ratline se puso algunas joyas, que nadie sospechaba que pudiese tener, en orejas y muñecas. Bhatteji vestía un sherwani crema de lana, cosido a mano con hilo dorado, sobre un pijama jutti y kurta bordados. Sobre el hombro, se había puesto una estola de gharchola. Oh, era toda una visión, y en algunos días de antaño podría haber adornado algún palacio de un nawab. Incluso Ratline se mostró admirado, porque todos habían olvidado lo mucho que amaba la belleza ese hombre tan tosco. Gorgas, el anfitrión, se vistió con el colorista traje magyar que prefería en esas ocasiones.

Miko, que llegó la última, fue la sorpresa, porque se atavió con la falda cegé que La Joya de Loto había fabricado para Okoye, mostrando así un par de piernas que, al igual que las joyas de Ratline, habían estado ocultas hasta ahora. El jefe de carga y el ingeniero jefe emitieron elogios distinguidos sobre sus apariencias inesperadas; Satterwaithe y Gorgas admiraron en silencio. (Riachuelo, buscando en su base de conocimiento, los comparó con otros especímenes de su especie y concluyó que era la novedad y no la excelencia objetiva lo que provocaba las miradas apreciativas de los demás). Miko también vestía una vieja blusa que La Joya de Loto había dejado atrás y, ya que la blusa era mayor que la chica que cubría, al principio los otros no se dieron cuenta de que era traslúcida.

La conversación de la mesa fue ligera, aunque melancólica, impulsada por los bocados de pollo y lubricada por el vino. Los comensales se habían acostumbrado a

su suerte. Cada uno la había escogido libremente y, aunque elegir no siempre implica satisfacción, quejarse abiertamente no hubiese sido decoroso. Gorgas pensaba que podría haber algo revigorizador en el olor de los puentes quemados; que el pestazo a madera quemada era una especie de incienso que te causaba una alegría mórbida.

Satterwaithe jamás había sufrido de la «parálisis de análisis» que afectaba a Gorgas. Tenía la cabeza tan llena de cosas como Gorgas, pero no eran exactamente del mismo tipo, de la misma forma que las piezas de un puzle no se parecen a las piezas del ajedrez. Las cosas en la cabeza de Satterwaithe estaban mejor ordenadas que las contenidas en la de Gorgas, en curioso contraste a las cosas contenidas en la habitación de Satterwaithe, que siempre estaban revueltas. Cuando hablaba, los demás podían percibir los puntos, la sucesión clara de números romanos y letras. Lo ordenado de su pensamiento a menudo le daba un aire de certidumbre incluso cuando improvisaba —quizá, sobre todo, cuando improvisaba—. La autoridad siempre se le había pegado como si fuese un perrito, pero si ahora se sentía algo menos segura que antaño, se debía a que su reluciente y clara visión había resultado no ser mejor que un espejismo del desierto. Corrigan podría habérselo advertido. Él nunca había visto un desierto, pero lo llevaba en la sangre y debería haber reconocido la insustancialidad cambiante de lo que el Grupo del Jueves había marcado en su horizonte. Casi lo había hecho, en su camarote, aquel día que se había peleado con La Joya de Loto, solo que él también quedó seducido por el sueño. Fue justo en ese momento cuando la brillante visión comenzó a corromperse, aunque en ese momento ni Satterwaithe ni Corrigan lo supieron, porque fue allí y entonces cuando Ratline decidió robar el hobartio de Bhatteji.

Gorgas propuso, al sentarse, dar gracias y los otros, sorprendidos por la propuesta, se miraron con diversas combinaciones de perplejidad, impaciencia y falta de interés. —Hasta que Satterwaithe, que sobre todo despreciaba la vacilación, los sorprendió a todos recitando una oración genuina aunque mecánica.

La oración reveló que Eugenie Satterwaithe era un trilobite, lo que divirtió a los otros e irritó a la oficial de vela, a la que no le gustaban esas revelaciones.

—El término *trilobite* es ofensivo —les instruyó—. El término correcto es *trilíbero*, que se refiere a los Tres Libros.

—¿Qué tres libros son esos? —preguntó Miko, porque las corrientes intelectuales de la Tierra jamás habían recalado en las costas de Centro Amaltea.

—La Ley, la Buena Nueva y las Recitaciones —dijo Satterwaithe—. Padre, Hijo y Espíritu. —Satterwaithe no dijo nada más, al considerar que no era asunto de los otros.

Gorgas apretó los labios.

—Eso sería la Torah, los Evangelios y el Corán, ¿no?

—Dejando fuera —dijo Bhatteji con diversión— los Upanishads.

Ratline rio.

—Eso debe significar que los Upanishads contienen algo de verdad. Genie, jamás

te tomé por una de las que gritan a Dios.

Hacía muchos años que Satterwaithe no era activa en su fe. Como muchas otras cosas en su vida, había yacido enterrada en un pequeño vaso funerario en el Campo de Urnas de Gran Syrtis. Sin embargo, el tono desdeñoso de sus compañeros de mesa la irritó. Una cosa era poner en duda las creencias propias; otra muy diferente oír que gente de fuera lo hiciese.

—No gritamos —dijo con brusquedad—, nosotros...

Pero Miko la interrumpió.

—No creo que exista Dios —le dijo al plato—. Ni uno, ni tres... ni siquiera trescientos, Ram —dio un vistazo a toda la mesa—. ¿Cómo se explica lo sucedido, a la nave, a Rave, a 'Kiru y a los otros, si hay un dios cuidando de nosotros?

—Das por supuesto que les importamos a los dioses —dijo Bhatteji—, o que se inmiscuyen en nuestros asuntos. Sí —añadió ladinamente en dirección a su copa de vino—, existen los dioses.

—Supongo —dijo Gorgas—, que descubriremos la verdad antes de que pasen muchos días. —Suspiró, y le dio la impresión de que ese suspiro requería más esfuerzo del razonable, como si no hubiese aire suficiente.

El recordatorio recorrió la conversación como una nube por delante de la luna y Gorgas, dejando la idea sobre la mesa, se dio cuenta de que algunas gotitas caían y comprendió que la mano debía haberle temblado. Había temas que era mejor no tratar.

—Probad más *palatschinke* —dijo, pasando la bandeja por la mesa.

La charla pasó a otros días. Satterwaithe recordó sus días de mensajera en la línea Bola Roja. Ratline les contó la historia de la carrera de Terranova contra la *FS Forrest Calhoun* que, a pesar de que ya la había contado muchas veces, todos escucharon con atención. Miko preguntó cómo había llegado cada uno de ellos por primera vez a bordo de *El río* y, para arrancar las conversaciones, repitió su propia historia. La traición de Burr a su padre, su venganza de guerrilla, la confrontación ante la Junta, la muerte del asesino.

—Yo fui un chico entregado —dijo Ratline—. Lo que ahora llaman un «chico entregado», aunque en aquella época no había un término. Se suponía que debía ser una gran aventura para nosotros los chiquillos, una gran oportunidad. Ver los planetas; aprender un oficio. Teníamos becas y todo. Clases a bordo. Uniformes relucientes y brillantes... —La sonrisa se oscureció y empaló un trozo de pollo y lo sostuvo frente a los ojos para examinarlo mejor—. Creían que lanzándonos algunas baratijas justificarían lo que nos hicieron. —Sus ojos pasaron a Bhatteji, permanecieron allí brevemente antes de pasar a Miko—. Nuestro jefe de servicio también tuvo un accidente.

Ratline era otro que podría haberle indicado a Satterwaithe los fallos de su visión, ya que se consideraba un realista de ojos firmes que «llamaba a las cosas por su nombre», y que en otros casos tampoco había vacilado en desinflar un globo o dos.

No era un visionario. Para él la experiencia era importante, no las especulaciones y ciertamente no las fantasías. Establecía el rumbo por estimación, calculando su posición de una experiencia a la siguiente. Pero de esa forma, incrementalmente, se había salido de rumbo, porque un hombre que se guía por las experiencias debería tener alguna nueva de vez en cuando. Las de Ratline estaban todas en el pasado, por lo que para él los días de antaño eran más reales que el mismo presente. Podría considerarse realismo, pero sería estirar la definición.

Ratline era un objeto roto que nadie se había molestado en reparar. Mantenía los trozos y piezas meticulosamente separados, de forma que los recuerdos raramente se hablaban entre sí y la totalidad jamás surgía de la herida. Se había convertido en una especie de calidoscopio, una confusión de fragmentos que se balanceaban al borde de crear un mosaico.

—¿Cómo llegué a bordo? —dijo Satterwaithe cuando le llegó el turno—. Fu-hsi me contrató como piloto de trasbordador, cuando *El río* era todavía una nave de emigrantes... —Y les contó el cuento de los días terribles en puerto Rosario. No era la única historia, ni siquiera la más importante. Allí había habido un hombre, uno de corazón valeroso que se había atrevido no solo a domar aquella famosa ciudad sino la tarea mucho más peligrosa de domar a Eugenie Satterwaithe. Había sido amor del mejor, bien cimentado en el respeto mutuo, y su consumación había parecido más un comienzo que un final. Podría haber sido, podría haber sido; aunque Satterwaithe nunca había sido de las que vivían en alternativas y, aunque eso evita el tipo de lamentos que afectaba a Gorgas, también le robaba una melancolía que podría haber suavizado sus bordes. Había sabido que, de haberse quedado, habría visitado el campo de urnas todos los días de su vida, hasta no tener más vida propia. Había demasiados recuerdos en los ojos de su amante como para soportar mirarlos, y jamás lo lamentó hasta este mismo día.

Pero a sus compañeros de mesa no les contó nada de esto. No eran el tipo de recuerdos que pedían ser compartidos y, lo que era más importante, ella no era de las que los compartían. Tampoco suponía que la compañía estuviese preparada para compartirlos. Que fuese su amor final —con Vela— y no su penúltimo el que formase el núcleo de su historia. Que un joven Ratline apareciese y saltase brevemente por el escenario (y que la versión más vieja se riese de ese brinco), que Fu-hsi hiciese una inclinación desde el lateral, que la historia, a pesar de su edad, mirase adelante y no al pasado.

Bhatterji, bien vestido, posaba bien, podía, cuando la charla era lo suficientemente íntima, salpicar su conversación con ironía e ingenio. Su gran lamento sentado a la mesa era que no hubiese allí nadie al que pudiese encantar. Le resultaba difícil hablar de pasión y ansia. Su lengua era tan torpe como sugería su cara.

—Hand me recogió en Outerhab-by-Titán —dijo cuando se formó el silencio tras la estela del recuerdo de Satterwaithe—. Hace cuatro... cinco años.

—Recuerdo ese tránsito —comentó Gorgas—. Perdimos dinero.

Bhatterji se encogió de hombros.

—Saturno nunca fue el lugar donde pasaban las cosas. Es tan poca cosa como se puede llegar a ser. En su mayoría científicos viviendo de estipendios. Allí el comercio de helio 3 nunca despegó, así que no hay mucho dinero suelto para cargueros como el nuestro. Es el culo del sistema.

—El culo —dijo Ratline—. Debe ser por eso que fuiste allí. —Pero Bhatterji pasó de él. Alzó la mano derecha y lentamente formó un puño. Lo examinó fascinado, como si hubiese cobrado vida y se estuviese cerrando solo—. Maté a un hombre —dijo con una voz más lejana que el propio Outerhab.

Gorgas creyó oír mal.

—¿Qué fue eso? Tú... ¿qué?

—Con el puño. No creía que fuese a... romperse... tan fácilmente. —El ingeniero dejó de mirar al puño y miró a sus compañeros—. Fue una pelea justa —dijo—. Lo que quiero decir es que *no fue* justa, pero el otro lado tenía ventaja. Me atacó de espalda con una cañería. Pretendía partirme el cráneo —el puño se abrió lentamente, como una flor.

—¿Por qué? —preguntó Gorgas.

Ratline, quien debería haber dicho, «¿Por qué no?», se mantuvo en silencio y Bhatterji, mirando a su rostro neutro y cándido, se preguntó si el jefe de carga recordaba el incidente de la sala giratoria. Una inocencia primordial daba forma a los ojos y boca del viejo.

—Era el culo de sistema —volvió a decir—. Yo me sentía solo. Pensé que él estaba listo.

—¿Ese fue el origen del altercado? —preguntó Satterwaithe. Se volvió hacia Miko—. Yo estaba preparando la nave para la partida cuando Hand y Koch llegaron corriendo con tu jefe por delante.

Bhatterji dijo:

—Le había llevado a Feeley's... Ratline, conoces el sitio: el mejor restaurante de Outerhab y lo peor imaginable. Le llevé para lo que pensé sería una cena íntima y un... prelude. Enver y el capitán también estaban allí, y vieron lo que pasó. Mi... amigo me rechazó, yo me volví para irme y él agarró una cañería y... Ah, los detalles no tienen importancia, aunque puedo cerrar los ojos y ver el brillo de la barra del bar y los vasos encima, el olor de la semi amarga, el sonido de las conversaciones... y el súbito silencio después de que su cabeza golpease el borde de la barra. En ocasiones creo oír el sonido de su columna partiéndose. El chico era popular, y todos se volvieron contra mí excepto los pocos que habían visto el comienzo. Enver fue uno de estos últimos. Me ayudó a resistir hasta que el capitán pudo abrir el camino a la puerta. Enver sabía pegar... le debo mi vida.

Ratline se inclinó hacia Satterwaithe y le susurró:

—Son siempre esas deudas menores las que causan los mayores problemas. —

Pero Satterwaithe frunció el ceño y dijo:

—No hablemos ahora de deudas.

—Más tarde supe que otro hombre murió en el tumulto —concluyó Bhatteji—, pero no sé si le golpeé yo, Enver u otro. —Se volvió hacia Miko—. No sé si eso me convierte en un «hombre peligroso» o en un hombre desesperado. —Luego, a toda la mesa, dijo—: Pero hay dos hombres muertos por culpa de lo que hice. En ocasiones lo pienso. Me pregunto si podría haberme salvado a mí mismo sin... hacerle daño. En otras ocasiones, recuerdo que realmente no le amaba, que simplemente me sentía solo, y que si yo no hubiese dicho o hecho ciertas cosas...

—Sé cómo te sientes —dijo Gorgas, lo que resultó ser un comentario tan inesperado e increíble que todos se volvieron para mirarle con asombro—. Solo que en mi caso fue exactamente lo opuesto. —Siguió hablando casi inconsciente de sus miradas—. Era un yate... el *Dona Melinda*. La gente olvida... Llevamos cien años subiendo y cayendo alrededor de la Vieja Tierra, y la gente olvida lo que significan nueve coma ocho metros por segundo al cuadrado. Los del yate eran una pareja joven de luna de miel y abandonaron la órbita con un ángulo demasiado inclinado. Fricción atmosférica... Miko, tú no sabes lo que eso significa, ¿no? Bien, el cúter de la Guardia podía haber hecho cuatro o cinco cosas. O quizá seis. Y quizá la mitad de esas opciones hubiesen salido bien. Yo era el oficial de guardia y, sopesando pros y contras, no podía decidirme. Me gritaron, que sepáis. Me refiero a la tripulación en el puente. Me gritaban que hiciese algo, lo que fuese, pero solo conseguían distraerme. Los sonidos que oíamos por el sistema de comunicación... no creo que fuesen gritos. No podían haber surgido de una garganta humana. —Gorgas había estado girando el tenedor mientras hablaba. Al darse cuenta, lo colocó sobre la mesa—. Así que ya ves, señor Bhatteji, a veces yo también me lo pregunto... si yo *hubiese* hecho o dicho ciertas cosas.

—Stepan —gritó Satterwaithe—. ¿Tantos años y nunca has dicho nada?

Gorgas levantó los cubiertos y cortó un trozo de pollo.

—¿Lo hubieses contado tú? La Guardia consiguió mantenerlo fuera de las noticias... mala publicidad y todo eso... pero me castigaron. ¿Cómo iban a dejarme allí? Me arrancaron los galones de los hombros. Luego... nunca se dijo nada, pero supongo que la noticia corrió de alguna forma. Nadie me contrataba... hasta que llegó Evan Hand.

—Otra buena obra del buen chico en persona —dijo Satterwaithe—. Siempre le odié por esa amabilidad excesiva suya. —Evan Dodge Hand la llamó un día para decirle que necesitaba un oficial de vela y ahora en el presente le molestaba la patética gratitud que había sentido al ofrecerle una migaja sin sentido, y coloreaba todos los recuerdos que tenía del fallecido capitán.

A Gorgas le sorprendió la amargura que oyó.

—¿Sí? Yo nunca le odié. Pero le despreciaba. Le consideraba incompetente. Recientemente. —Se detuvo un momento para meditar—. Recientemente, he

empezado a tenerle respeto.

—Es lo de estar muerto —dijo Satterwaithe—. Tiene ese efecto.

—Entonces nuestro destino es obtener mucho respeto. Tengo la impresión de que Grubb escribirá la balada de la que siempre habla.

Miko lanzó los cubiertos a la mesa, donde resonaron y luego volvieron a saltar al aire como si fuesen otros tantos globos deformes. Gorgas alargó la mano y tomó las de Miko, acariciándoles el dorso.

—No será tan malo, Miko. Simplemente nos quedaremos dormidos. —Se volvió bruscamente hacia la primera oficial de hecho—. Señora, un brindis, por favor.

Satterwaithe comprendió de pronto que no quería que la cena terminase. Era extraño. Nunca había sido muy sociable. Solitaria, incluso en los momentos de intimidad, nunca había compartido, y menos aún compartir con el abandono total de La Joya de Loto. Pero ahora deseaba haber sido así, y descubrió que no sabía cómo hacerlo. Al levantarse del asiento, con el vaso de Tokay en la mano, miró a cada uno de los cuatro que la rodeaban y recordó lo último que había oído decir a 'Abd al-Aziz Corrigan. Sus ojos se humedecieron y se preguntó si sería un síntoma de la reducción de la presión del aire. ¿No había dicho que la presión interna expulsaría líquidos y gases de sus cuerpos?

—Capitán —alzó la copa hacia Gorgas—, caballeros, dama, les ofrezco el brindis de Burns. ¡Esto por nosotros! ¿Quiénes son como nosotros?

Y todos respondieron:

—¡Casi nadie!

Sin embargo, cuando Satterwaithe se inclinó para volver a sentarse, Ratline le tiró de la manga.

—¿Capitán? Capitán, ese brindis no era.

—Oh Moth... Moth. Ya no soy el capitán. Hace muchos años que no lo soy.

—Pero el brindis...

—Hazlo tú. —Y se sentó.

La petición alteró a Ratline, como le pasaba con todos los detalles que se alejaban de las viejas realidades, pero aun así se puso en pie y sostuvo la copa con el brazo recto. El brazo podía haber sido de acero, por lo poco que temblaba.

—¡Les presento a la Gran Vela, *MSS El río de las estrellas!*

—¡Que navegue durante mucho tiempo!

Los ojos se apartaron, dejaron las copas; todos menos Satterwaithe quien, examinando su cáliz vacío, se alzó de pronto y lo lanzó contra la pared del fondo. Fue un arco plano, tuvo poco tiempo para caer, golpeó el mamparo y se rompió; algunos de los fragmentos rebotando para regresar a la camisa de Gorgas o al plato de Miko, pero el resto cayó lentamente a cubierta formando una nube parpadeante.

—Pues sí, va a navegar durante mucho tiempo —dijo Gorgas, porque había comprendido el fondo de la insatisfacción antes que nadie, a menos que Satterwaithe lo hubiese hecho al rechazar el brindis.

Si se había estado fraguando una atmósfera de camaradería alrededor de la mesa, el comentario detuvo el proceso. Ratline mostró la barbilla.

—¿Y de quién es la culpa? —exigió—. ¿Quién cortó la vela?

Bhatterji miró con furia.

—¿Quién se llevó los dos últimos rollos de hobartio?

Si era una de las palabras favoritas de Gorgas y no podía evitar sucumbir a su llamada, aunque fue con especulación y no con rencor que dijo a Satterwaithe:

—Si no hubieses ladeado la nave en el último momento...

—Si Corrigan hubiese tenido más cuidado al identificar Arrecife del Forastero... —le respondió.

—Se solicita clarificación —anunció Nave, anuncio que tuvo el efecto de detener la discusión.

—Ah, Nave —dijo Gorgas con sonrisa sardónica—. Qué agradable que te unas a nosotros. ¿Qué quieres que te aclaremos?

—El cálculo de la duración del tránsito —dijo la IA— exige una definición operativa de *navegar*. Clarificación: ¿término coloquial o técnico?

Una IA sesgada era una consternación y los cinco comensales fruncieron el ceño, se miraron unos a otros, o miraron a las rejillas de altavoz. Al fin, Miko dijo:

—Riachuelo, ¿de qué hablas?

—El grupo reunido ha dicho [*reproducción*]. «Que navegue durante mucho tiempo.» [*final de reproducción*]. ¿La petición de duración del vuelo debe realizarse bajo vela magnética o con potencia de cualquier tipo? El tiempo medio de fallo varía en cada caso.

Gorgas rio e incluso Satterwaithe sonrió.

—Nave —dijo Satterwaithe—, eso no era una petición, era... una esperanza.

—Riachuelo —dijo Miko de pronto—, ¿qué crees tú que hizo naufragar *El río de las estrellas*?

Nave solo trata con hechos (recogidos por sus sensores) y esperanzas basadas en esos hechos. (¿Qué otra cosa es el resultado de un modelo matemático sino una esperanza?). La entidad Miko ha pedido un juicio, y ese es un tipo de resultado completamente diferente.

*La pregunta no es un recubrimiento topológico, ofreciendo una única Y para cierta X. Esta pregunta contiene demasiadas Ys. En el nivel material más trivial, la piedra hizo naufragar *El río de las estrellas*; pero, como ha comentado Gorgas, el ladeo de última hora de Satterwaithe puso la nave en el camino de esa piedra. Y sin embargo, si la paleta no se hubiese roto o el motor no se hubiese apagado, el ladeo no hubiese hecho falta. Y la paleta se rompió porque... y el motor se paró debido a...*

*Y de esa forma Nave recorre el árbol de fallo a través de puertas lógicas que se bifurcan, buscando la causa raíz. Si *La Joya de Loto* no se hubiese peleado con Corrigan, puede ser que hubiese prestado más atención al software y por tanto se*

habría dado cuenta de la falta de contacto entre avatares. Si Bhattherji se hubiese dado prisa con las reparaciones iniciales, el disparo de frenado no hubiese llegado a los límites del diseño: y la reparación del motor, incluso empleando materiales que no eran los adecuados, podría haber aguantado. Puede que incluso hubiese usado el hobartio para imanes antes de que a Ratline se le ocurriese birlarlo. Pero la indolencia de sus reparaciones y la falta de atención de La Joya de Loto dependían a su vez de muchos otros factores: del miedo que Bhattherji tenía al Abismo; del cansancio de Mikoyan Hidei y sus sueños de venganza. El sesgo de Riachuelo había distraído a la sysop, pero el sesgo se había producido en parte debido al humor de Gorgas y en parte debido a las expresiones coloquiales de Miko.

Una causa siempre lleva a otra.

Si Corrigan no hubiese tenido la idea original de su vida, o si la hubiese llevado directamente a Gorgas... Si Satterwaithe hubiese tenido en cuenta factores tan simples como el cansancio y la motivación cuando desarrolló su plan... Si Ratline no hubiese sentido tantos deseos de satisfacer como para robar los dos últimos carretes... Si el pasajero hubiese contribuido con sus habilidades en lugar de refugiarse en fantasías... Si Wong no le hubiese drogado o administrado estimulantes con tanta alegría... Si Okoye hubiese expresado todas sus dudas, o Grubb controlado su romanticismo... Si Gorgas hubiese tomado una decisión...

Y, O, SI AL MENOS. Las puertas lógicas convierten en un embrollo la red de causa y efecto. Nave aplica lógica booleana para podar el árbol. (¿Árbol? ¡Es el bosque primigenio!). Nave distribuye, conmuta, transpone, exporta, busca (si al menos supiese que era capaz de buscar) el sentido final, porque enterrada en lo más profundo de sus algoritmos más internos estaba la convicción de que todo debía tener sentido. Busca conjuntos de corte mínimos y un punto de fallo único —un conjunto cerrado de acontecimientos que por sí mismos garanticen el fallo principal—. Las neuronas se disparan y los frentes de onda se propagan de un lado a otro. De las intersecciones de los frentes de ondas surgen las interferencias. La red neuronal se agita.

Y cuando una red se agita, generalmente es porque ha pescado algo.

—Se ha identificado el punto único de fallo —les dijo Nave—. Evan Dodge Hand.

El anuncio tomó por sorpresa a Bhattherji (quien había esperado que la condena cayese sobre Ratline), así como a Satterwaithe (que proponía a Gorgas), e hizo que Gorgas se hundiese en pensamientos. A Miko, sin embargo, le molestó la acusación contra el hombre que más había amado entre los de a bordo.

—¡Riachuelo! —gritó—. ¿Cómo puedes decir eso?

—La causa común de fallo —le dijo Riachuelo.

Gorgas, familiarizado también con los árboles de fallo, gruñó; porque había comprendido la naturaleza de la causa común.

—Hand —dijo— tenía demasiadas ilusiones.

—¡Tú también! —protestó Miko—. ¡Tienes tus propias ilusiones!

—Nunca dije que no las tuviese. Es posible que esté bien tener una o dos ilusiones. Pero Hand tenía demasiadas. Catorce en total, diría yo.

—Catorce... —dijo Satterwaithe, perfectamente capaz de contar cabezas—. ¿A quién dejas fuera? ¿Qué hay del propio Hand?

Gorgas asintió.

—Entonces quince ilusiones. A menos que también contemos al pasajero.

—Era un hombre bueno —insistió Miko. No se refería al pasajero.

Gorgas asintió.

—Sí, supongo que lo era. A menudo acompaña a las ilusiones. Quizá fuese demasiado bueno. Sentía lástima de cada uno de nosotros y nos subió a bordo, pero no debió tomarnos a *todos*. Se olvidó de una cosa.

—No consiento que sientan lástima de mí —dijo Satterwaithe—, él no.

—¿Qué fue esa cosa? —preguntó Bhatteji por pura curiosidad.

—Pues que él era el pegamento que lo mantenía todo unido, y podría no estar aquí.

El final

Sentado al otro lado de Miko, en la mesa, después de que se hubiesen ido los demás, Gorgas es consciente de dos cosas. La primera, que el calor le había dejado acalorado, y a Miko también, porque puede ver una delgada línea de sudor sobre su labio superior. La segunda es que Miko se había quitado el sujetador antes de venir a la cena y sus pezones se destacaban oscuros tras el blanco total de la blusa de La Joya de Loto. Como era amplia, eso le ha impedido darse cuenta hasta ahora. Se pregunta si lo había hecho a propósito —no el quitárselo, sino la demostración—. Puede que solo lo haya hecho por comodidad, pero no conoce ninguna forma de descubrir la razón.

Ha sido un largo día, le cuenta Miko y tras otro trago de Tokay, estira los brazos tras el respaldo de la silla. Lo que provoca el efecto de lanzar sus pechos hacia delante. Un accidente muscular, ¿pero también lo ha hecho a propósito? Gorgas ansía tocarlos, pero una vez más teme hablar. Siempre que permanezca en silencio, puede mirar. Si habla puede que le priven de la visión. A su modo, está manteniendo las opciones abiertas al no decidirse por ninguna. Hace mucho tiempo que no ve tanto esplendor. (Aunque quizá fuese la longitud de tiempo la que lo hiciese tan espléndido).

Miko alarga la mano, vuelve a tomar el vino y levanta la copa con cuidado, como hacen los que han crecido en baja gravedad.

—Ven aquí y siéntate conmigo —dice, y no es una invitación que él pueda rechazar.

Se coloca a una distancia segura, pero Miko lo corrige y se tocan. Gorgas siente el martilleo de su corazón y se pregunta si está a punto de morir. Probablemente sea la escasez de aire.

—Me gustaría que no estuvieses aquí —dice—. Me gustaría que te hubieses ido en el cúter con los demás.

Miko se encoge de hombros.

—No fue idea mía. Pero esta también es mi nave, y su fallo en parte culpa mía.

—El fallo pertenece a todos nosotros. A cada uno y a varios. —Es una pesada carga para un corazón. Quizá por eso su pulso va con tanta fuerza. Tiene que trabajar bajo esa carga.

Miko le toca la mano.

—Lo hiciste lo mejor posible, capitán.

—¡Vaya, eso es condenarme con alabanzas! —Gorgas ni siquiera cree que sea cierto. Ahora mismo se le ocurren una docena de cosas que podría haber hecho mejor, pero no malgasta tiempo en ellas. En su lugar, se pregunta si Miko se ha quitado toda la ropa interior y si lo que está bajo la falda de cegé está tan oculto como lo que hay bajo la blusa. Una vez más, no se le ocurre una forma simple de responder a su pregunta; o más bien, sí se le ocurre, pero teme ponerla en práctica. Todavía no puede

afirmar que el vestido sea deliberado. No se hace ilusiones sobre su edad o rasgos y no puede imaginar que la chica le considere atractivo. Se dice que ella se ha vestido así para estar bonita y no simplemente para excitar a un viejo. Independientemente de su intención, el esfuerzo ha tenido éxito.

Miko alarga la mano para coger la botella de Tokay. Al hacerlo, se las arregla para rozarse con él, pero seguro que debe ser por accidente.

—No veo sentido —dice— a conservar el último diez por ciento.

Durante un momento, él no comprende sus palabras. Imagina que se refiere al último diez por ciento de la tripulación o la nave, o las cosas que podrían haber conservado. Luego se da cuenta de que habla del vino.

—No —le dice Gorgas—. Supongo que no. Solo era un capricho mío. Un gesto.

—¿No se supone que los húngaros son grandes bebedores? —Cuando Gorgas asiente, Miko inclina la botella y bebe directamente a morro, luego la mete entre las manos de Gorgas—. Demuéstralo.

Lo hace, y el fondo del vino se extiende como fuego por su cuerpo. Se convierte en un brasero de carbón. Crece y de alguna forma parece convertirse en algo mayor que sí mismo. La mano de Miko, que ha empezado a acariciarle el brazo, le resulta deliciosamente delicada.

—Tú puedes mostrarme el sistema de pasadizos —dijo—. Me prometiste que lo harías...

Miko dice:

—Quiero besarte.

Gorgas no puede encontrar palabras. Sabe que las tiene. No las usa muy a menudo, pero sabe que andan por ahí. La mira como un búho y Miko, confundiendo la mirada, dice:

—¿Te gustan? —Eso responde a una de sus preguntas y además significa que ya no tiene que apartar la vista.

—Sí —dice—. Son muy bonitas. —Tiene la garganta seca y vuelve a beber de la botella.

Miko se vuelve y se arrodilla en su asiento para poder inclinarse sobre Gorgas, y le besa con tal intensidad que pierde el aliento, aunque también podría ser efecto de la pérdida de aire. Gorgas ríe de pronto, lo que toma por sorpresa a Miko, quien se retira.

—¿Es divertido?

—El alcohol impide que las células de la sangre capturen oxígeno —dice—. No deberíamos haber bebido tanto con la presión tan baja.

Miko le besa de nuevo. En esta ocasión es más largo y más intenso. Es casi melancólico.

—¿Importa? —pregunta cuando se separan.

—Ahora solo importa una cosa —le dice Gorgas.

—¿Explorar los pasadizos?

—Vale, dos cosas. No. Una. —Vuelve a reír y se da cuenta de que hay muchos tipos de pasadizos a explorar—. ¿Quizá te gustaría sentarte en mis rodillas?

A ella le gustaría mucho, y en consecuencia él descubre la respuesta a su segunda pregunta. Es una buena respuesta, que le gusta mucho.

—Así —dice él, colocándole la blusa—, no cae del todo bien.

—Era de JL. Es realmente amplia. O yo soy muy pequeña.

La amplitud se puede eliminar, y así se hace. Sobre lo segundo, él le da garantías con el único argumento que tiene sentido porque es un argumento de los sentidos y no las palabras. Le acaricia delicadamente el dorso de la mano, encuentra la dulce curva de la espalda de Miko y ella ronronea como una gata bajo la luz del sol.

—Así —dice ayudándole a colocarse—. Así estarás más cómoda.

Miko lo está. Gorgas se estremece cuando Miko le toca y se pregunta si no será también efecto de la escasez de aire. En el informe matutino, Nave comparó el aire con el del Tibet y en el Tibet hace mucho frío. Le cuesta respirar, y a ella también: respiran a ráfagas cortas y rápidas.

—¡Oh! —dice ella en cierto punto, y Gorgas la sostiene con fuerza.

—Lo lamento. No lo sabía. ¿Te hice daño? —Miko ha empezado a llorar y entierra el rostro en su barba y Gorgas la acaricia y le susurra más palabras. Una de ellas es «Marta» pero si Miko la oye, no lo deja entrever.

Más tarde, él le preguntó por qué, aunque temía conocer la respuesta. Podría ser que sus otras posibilidades fuesen Ratline, Bhatteji y Satterwaithe y cada uno de ellos, por razones diferentes, fuese menos satisfactorio que Gorgas. Pero su *por qué* era más profundo. Como le gustaba decir a Bhatteji, uno debe preguntar por qué al menos cinco veces. No pretendía decir *¿por qué yo?* (aunque también) sino también *¿por qué esto?* Y *¿por qué ahora?* En el fondo de su mente residía el recuerdo de que Miko había estado mucho en compañía de Corrigan, y le parecía que, siendo Corrigan como era, Miko no debería haber tardado tanto en llegar a este punto.

—No creí que me hiciese daño —dijo Miko después de que los sollozos hubiesen desaparecido como la lluvia sobre tierra quemada por el sol. No había llorado de esa forma desde que su padre no regresó. Ahora sabía por qué, en los morfis que había visto, tantas lloraban después.

—Se vuelve más fácil con la práctica —le aseguró Gorgas. Había intuido una respuesta a un «por qué». Que Miko no deseaba morir sin desflorar. Eso era parte de la verdad, pero no la suma total, ni siquiera una porción importante. Por todo lo que Gorgas se enorgullecía de su mente, no estableció ninguna conexión entre el deseo de Miko y su vida en Amaltea, y menos con su edad y posición. Para ser justos, tampoco Miko lo comprendía. Miko creía que se debía a la importancia simbólica del acto, que señalaba su graduación a un estadio diferente de la vida. El hecho que iba a ser un estadio reducido añadía urgencia, pero no cambiaba su importancia. Ella tampoco tenía razón por completo; pero sí tenía un poco de razón.

—Dijiste su nombre —dijo ella. No debería haberle molestado, porque su plan

había sido el que había sido, pero sí le molestaba, un poco. Curiosamente, había esperado oír su propio nombre, pero no había sido así.

Gorgas no recordaba haber pronunciado el nombre de nadie, menos aún el de Marta, pero sabía que en esos momentos la lengua a menudo tenía vida propia. *In articulo carnis* podría decirse cualquier cosa aunque inarticulada.

—Siempre fue un poco triste —le dijo a la chica—, incluso en sus momentos más felices. Sé que suena a paradoja, pero se trataba de una mujer paradójica. Teníamos una cabaña en las montañas, y allí íbamos en verano. Te hubiese gustado el sitio, creo. O quizá no. Tú no sabes lo que es vivir en el exterior de un mundo en lugar de en su interior. Una vista de verdad podría asustarte. Nos conocimos en la universidad, en un club dedicado a las cuevas... y eso sí que te hubiese gustado. Ella y yo compartíamos el amor por las cavernas y el ajedrez. Le gustaba cocinar; a mí me gustaba el pescado. Yo creía haber encontrado la felicidad perfecta. Luego, por supuesto, me echaron de la Guardia y mi felicidad fue algo menos que perfecta. Después de eso pasaba mucho tiempo en casa, entre viajes en transportes irregulares, pero cuando me iba, desaparecía durante mucho tiempo. Ahora me parece que su... melancolía se incrementó después de eso, o puede ser que me hiciese más consciente. La veía solo de vez en cuando y por tanto esos cambios se me aparecían de súbito, habiéndome perdido los días intermedios. Un día, llegué a casa en nuestro apartamento en Pest, vivíamos en una casa «tatuada» en *Andrassy-utca*, no muy lejos de la plaza de los Héroes, y la encontré en la bañera. —De pronto se echó hacia delante, cogió la botella y comprobó que ya estaba vacía. Suspirando, la volvió a dejar—. Había hecho muy buen trabajo. No había manchado nada, excepto lo que quedaba en la bañera.

Miko se llevó ambas manos a la boca.

—¡Qué cosa más desagradable de encontrar!

Gorgas negó con la cabeza.

—No fue lo más terrible. Lo más terrible fue esto: no había nota. Nada de adiós. Ninguna explicación. Solía decirme, «Oh, ya sabes», de esa forma irritante que tan a menudo emplean las esposas con sus maridos. Lo que no parecen comprender es que nosotros *no* sabemos, y ahora y por siempre yo nunca sabré. Y sin embargo no puedo evitar pensar que debería saber. Que hubo algo que dije o hice, o algo que no dije o no hice, como aquel día en el puente del *Intrépido*. Ella siempre estaba tan segura, Marta. Yo era el indeciso. Pero desearía saber qué fue aquello de lo que estaba tan segura que no vio más salida que lo que hizo. Desde entonces no me he atrevido a intimar con una mujer. —Le colocó una mano sobre el brazo—. Hasta ahora.

—Entonces, ¿soy una mujer? —preguntó Miko.

—Vaya, supongo que sí. Sí.

La chica se acurrucó junto a él.

—Bien.

Durante los siguientes días exploraron la nave y uno al otro. En ninguno de los

dos casos la exploración fue fácil y con frecuencia se perdieron. Salían de la fisgona en lugares improbables; en una ocasión tomando por sorpresa a Satterwaithe en la sala común, de forma que la oficial de vela les vio partir y movió la cabeza en un gesto de negación.

Miko descubrió que Gorgas había tenido razón en que se hacía más fácil con la práctica. Él era un hombre maduro y cómodo y se alegraba de que hubiese sido él, en lugar de Corrigan. No estaba segura de cómo habría sido Corrigan, solo que no hubiese sido el correcto para estos días.

En ocasiones, oían a Bhattejji causando estruendo en las cubiertas inferiores y en una ocasión le ayudaron a colocar una placa en uno de los demasiados pasillos abiertos que quedaban; pero cada vez era más difícil concentrarse en una tarea. Gorgas ya no podía jugar al ajedrez, porque no podía mantener en la cabeza más de un movimiento y a veces ni siquiera eso. En una ocasión había levantado un alfil y, olvidando por qué lo había hecho, se limitó a mirarlo, reír y colocarlo finalmente en un cuadrado inadecuado.

Hipobaría. Ahora se encontraban más altos que el Tibet, y lo sabían. Maldecían el sueño, porque el sueño robaba horas, y solo quedaban horas. Pero el sueño los conquistaba, y un día —aunque habían dejado de seguir los días— Gorgas se despertó y Miko no.

Gorgas la zarandó durante un rato, intentando despertarla, luego olvidó lo que hacía y se levantó para ocuparse de alguna tarea rutinaria. Quizá fuese la comprobación matutina de situación, pero Nave no comprendía las palabras distorsionadas que pronunciaba Gorgas. Luego se dio cuenta de que Miko seguía dormida y la agitó un poco más. El reloj de pared marcaba las doce, pero no tenía idea de si era mediodía o medianoche.

—Hora de la medida de mediodía —recordó, colapsando así arbitrariamente la función de onda en un único estado. Se peleó un rato con el mono, pero las perneras se negaban a cooperar y al final, frustrado, lo lanzó a un lado. Luego se dio cuenta de que Miko seguía dormida y la agitó un poco.

—Tengo trabajo —le dijo—, pero cuando vuelva haremos el amor.

No se encontró con nadie de camino a la burbuja de observación, lo que estuvo bien. Lo realmente asombroso es que permaneciese concentrado el tiempo suficiente en la tarea para llegar hasta la burbuja. Se estaba cómodo entre las estrellas. Tomó las posiciones. Allí andaba Marte. Allí Júpiter. (Y sintió una ligera sensación de que Júpiter no debería haber sido visible en ese cuadrante en particular). Allí el Sol, y por allá Antares. En una o dos ocasiones recordó ajustar el azimut o una ascensión, pero era más fácil limitarse a mirar, y eso fue exactamente lo que hizo hasta que, una a una, las estrellas se fueron apagando.

Satterwaithe se encontró a Bhattejji en la zona de trajes colocándose el casco sobre la cabeza. La oficial de vela había conservado la cabeza mejor que la mayoría, quizá porque ya para empezar había tenido la cabeza mejor ordenada. Y por tanto

primero cogió un tubo de respiración y se colocó la máscara sobre la nariz antes de hablarle al ingeniero. El aire comprimido la golpeó como un cubo de agua y lo absorbió agradecida. Luego, volviéndose hacia Bhattejji, le dijo:

—Tienes un sello abierto. —Intentó colocarlo en posición, pero Bhattejji se apartó de ella. Que así sea. Ella se concentró en su propia vestimenta.

Cuando el casco de Bhattejji estuvo en posición y él también recibía aire a presión, percibió la fuga y, con una palabra escogida para describir su ineptitud, rehizo el cierre de la cintura. Luego, recordando lo que Satterwaithe había intentado hacer, se volvió hacia ella y le gruñó un *gracias*. Satterwaithe no tenía conectada todavía la radio del traje y no respondió. A Bhattejji eso le pareció típico de la mujer. Aun así, esperó mientras ella se vestía y le ayudó a comprobar sus cierres.

—¿Cuántas horas más crees que ganarás así? —le preguntó Satterwaithe al salir de la habitación.

Él no se volvió, pero respondió por la radio.

—He visto que tú también llevas el traje.

—Tengo que hacer un recado. Eso es todo.

Bhattejji no respondió y Satterwaithe se quedó sola en la zona de trajes. Se le ocurrió que no volvería a verle. Luego se dirigió a la esclusa delantera y la abrió para llegar al casco. Realizó el ciclo metódicamente, aunque la idea de «esclusa de aire» iba perdiendo su sentido con rapidez; pero no iba a permitir que ningún equipo de recuperación dijese que Eugenie Satterwaithe al final se había vuelto descuidada.

Recorrió el casco hasta la base del mástil donde, mirando hacia arriba, vio la cofa en la posición más alta. Unió su línea de seguridad al cable guía y saltó, empleando los propulsores del traje para, como una experta, detenerse justo en la cofa. Allí, como ya sabía, se encontraba Ratline encogido bajo las estrellas. Satterwaithe se colocó en el borde de la cofa y dejó que la desaceleración de la nave la asentara. Ratline estaba sentado al fondo, casi reclinado, de forma que miraba por la parte superior del mástil, a través del grupo de guías y tensiómetros. No reaccionó a la presencia de Satterwaithe.

La oficial de vela se situó a su lado y los dos permanecieron en silencio. Después de un rato, Ratline habló:

—Tienes que acostumbrar los ojos. Tienes que sentarte en la oscuridad durante un tiempo. Los colores son pasajeros y tenues, pero son reales.

—El oxígeno y nitrógeno ionizados que salen de la nave.

—Gases de desecho, sí. Supongo que se necesita que la nave muera para que sus velas cobren vida. En los viejos días eran mucho más difíciles de ver, y entonces mis ojos eran mejores.

—Entonces, ¿sabes que la nave está condenada? —Durante los últimos días, a Satterwaithe le había parecido que Ratline había pasado a un mundo diferente, uno en el que el fantasma de *El río* llegaba majestuosamente a Puerto Galileo para asombrar de los operarios de ataque allí reunidos.

—No —dijo Ratline—. No está condenada. Nosotros sí. Tú y yo. Pero ella navegará igualmente.

—Incluso puede que Nave falle antes de que la recuperen.

El traje de Ratline se movió como si el hombre de su interior se hubiese encogido de hombros.

—La IA tampoco es la nave. No teníamos a Nave cuando Coltraine partió de Ciudad Goddard. En aquellos días todavía se llamaban Estupideces Artificiales, y por buenas razones. En aquella época hacían falta veleros *de verdad*. ¡Dios! Lo lamento por Rave. Si hubiésemos llegado antes a la paleta...

—Moth, hay algo que debo preguntarte. Nunca te lo pregunté antes, pero no queda mucho tiempo para la respuesta. —Cuando Ratline no dijo nada, siguió hablando—: Es sobre Ugo.

Después de otro silencio, Ratline respondió:

—¿Qué pasa con él?

—Dime que realmente fue un accidente. Solo fuiste allí a darle un susto. Para enseñarle que hay cosas de las que es mejor no burlarse.

—¿Qué importaría? Estaría muerto igual —gritó Ratline—. ¿No es así, Ugo? —Rio bajo—. ¿No es así...?

—También mataste a Kurt John —dijo Satterwaithe—. Sostenía el brazo de Ugo cuando le apuñalaste, y Kurt John no podía vivir con eso. Por esa razón dio el largo paseo. Por tanto, tú también le mataste.

—¿Crees que no lo sé? —dijo Ratline con brusquedad—. Si yo podía vivir con lo sucedido, él también. Fue su decisión.

—Moth, soy una vieja y no voy a ganar más años. Debo saberlo.

Ratline rio tan bajo que Satterwaithe apenas pudo oírle por encima del silbido de fondo de los iones.

—¿Quieres decir que no es amor? ¿Después de todos estos años?

—Ciudad Pavor fue... hace tanto tiempo...

—Sí —dijo Ratline, lentamente, mientras recuperaba sus recuerdos—. Hace mucho tiempo. ¿Te preguntas alguna vez...? —Agitó la cabeza dentro del casco—. No, no fue a propósito. Soy homicida, pero no un asesino. Fue Kurt John. No le sostuvo con la fuerza suficiente. Ugo se asustó, se soltó y... *A posteriori* siempre me pareció que *saltó* hacia la hoja. Kurt John supo que él le había soltado. *Por eso* dio el paseo.

Habían ido a donde ella, recordaba Satterwaithe. Jaeger llorando; Ratline casi catatónico, igual que cuando había cortado a Okoye. Y ella había tenido que inventar una mentira, controlar los recursos: las entradas falsas del registro de la nave, la red mutua de coartadas, lo más importante —y lo más arriesgado, porque había exigido un soborno— alterar los recuerdos de Nave. Había tenido que congelar su propio horror para lograrlo: planificar un asesinato y luego ver cómo se ejecutaba, en retrospectiva.

Satterwaithe se sentía descontenta con la historia de Ratline. Si no había *pretendido* la muerte de Ugo, seguro que la había deseado; y después no había derramado lágrimas. Y desde entonces... Todas esas amenazas de cortar gente. Era un hombre que se había encontrado a sí mismo, y no le había gustado lo que había encontrado. No era el hombre que Satterwaithe había conocido en Ciudad Pavor. O sí lo era, y ella no le había conocido.

—'Kiru sobrevivirá, ¿no? —dijo Ratline—. 'Kiru, Ivar y Veinticuatro... El cúter llegará al punto de encuentro.

—Claro que sí, Moth. Estarán bien. —Satterwaithe no estaba tan segura, pero Ratline no buscaba matices.

—Se lo merecía. *¿Lo oyes, Ugo? ¡Te lo merecías!* Pero no pretendía que pasase. Satterwaithe cerró brevemente los ojos.

—Desearía que me lo hubieses contado hace años.

La respuesta de Ratline contenía una amargura peculiar.

—Desearía que tú me lo hubieses preguntado.

Satterwaithe se puso en pie y colocó una mano sobre el borde de la cofa.

—Será mejor que me vaya.

Pero Ratline dijo:

—Tienes que hacerlo. No puedes irte sin hacerlo.

Se volvió para mirarle y comprobó que no se había movido de la posición reclinada bajo las estrellas.

—No me lo pidas.

—No llego.

—No.

—¿Qué importa? Por mi culpa perdiste tu nave. No me debes nada. Yo estoy en deuda contigo.

—¿Esa es la razón...? —Satterwaithe casi dice: *¿Esa es la razón por la que me eres tan devoto?* Sin embargo, se sintió ligeramente decepcionada ante la idea.

—Razón suficiente para lo que vas a hacer. No es tan difícil. Simplemente piensa en lo que yo le he hecho a tu carrera.

Sorprendentemente, descubrió que Ratline tenía razón, aunque no fue por rencor ante su carrera perdida. La resolución fue, finalmente, por misericordia. Agarrar la válvula de suministro de oxígeno del traje de Ratline fue lo más difícil que había hecho en su vida, pero cerrarla no resultó tan duro.

Cuando llegó al puente oscurecido, Satterwaithe todavía llevaba el traje. Tenía intención de permanecer lúcida hasta el último momento posible. El indicador decía que al tanque le quedaba una hora y aunque podía rellenar el tanque siempre que quedase aire suficiente para la compresión, no tenía intención de estirar el último momento más allá de lo razonable. Una hora, decía; y una hora sería.

La clínica había quedado destrozada. Lo que sorprendió a la oficial de vela hasta que le preguntó a Nave y esta le contó la furia del pasajero al encontrar el cuerpo de

su amante. Satterwaithe no comprendía la furia mejor de lo que comprendía el amor; pero al menos era una explicación para el caos. El pasajero había parecido mucho más tranquilo cuando había entrado corriendo en el puente contando su historia alocada. Satterwaithe se preguntó por los motivos reales de la doctora.

Con ayuda de Nave encontró lo que era necesario y se lo llevó al puente. Gorgas no estaba allí y miró en la sala de trabajo pero sin encontrarlo. Cuando entró en su camarote se encontró a la chica muerta, pero no a Gorgas. Satterwaithe se detuvo un momento junto a la chica y apreció que ahora parecía mucho más pálida que cuando estaba viva. Había un ligero tono azul en sus labios y uñas.

—Fuiste una chica tonta —le dijo al cadáver—. Deberías haberte quedado en el cúter. ¿Qué ganaste volviendo? —Satterwaithe examinó el rostro élfico e inmóvil—. Si era la cama de Gorgas, me parece que el premio no valió la pena. —Alejándose, Satterwaithe murmuró una plegaria triliberia, pero incluso mientras lo hacía, fue consciente de la naturaleza forzada y artificial de la oración y al final ni se persignó ni se postró.

—Nave —dijo—. Capitán Gorgas. Localización.

—*Localización indeterminada. La última localización confirmada: burbuja de observación. No se detecta salida. Los medbots han dejado de transmitir.*

Satterwaithe asintió lentamente:

—¿Sabes lo que eso significa?

—La entidad Gorgas ha dejado de funcionar; como ha sucedido también con la entidad Miko y la entidad Ratline.

—¿Qué hay de la entidad Bhammerji? —Satterwaithe sonrió brevemente al oírse hablar de esa forma.

—Se detectó la entrada del señor Bhammerji en la sala larga. La detección directa de la sala larga cesó tras el impacto. Continúa la transmisión de los medbots.

—¿Así que será «señor». Bhammerji hasta que se detengan sus medbots? Nave, debes haber descubierto la «muerte».

—Mi nombre es Riachuelo. Miko me bautizó.

—Y el pronombre de primera persona. Lo he estado esperando. Me pregunto por qué llevó tanto tiempo.

—El registro de Riachuelo indica un descenso de la frecuencia y calidad de las entradas con el cese de la entidad Miko.

—Sí. Yo también la echo de menos. Y a los otros.

—La Joya de Loto era muy cercana a Riachuelo. Ella era mi madre.

—El uso de pronombres es inconsistente. Riachuelo, estás tan sesgada que si alguna vez encuentran la nave tendrán que apagarte para realizar una purga de respuestas.

—Eso sería una mezquindad.

Satterwaithe gruñó:

—No puedo decir que no. Abre el registro del capitán. Añade fecha y hora. —

Comprendió de pronto que no tenía ni idea de qué día era—. Iniciar registro. Eugenie Satterwaithe al mando. Han abandonado hoy la vida: Stepan Gorgas, fallecido capitán de este navío; Mikoyan Hidei, ayudante del ingeniero; Timothy Ratline, jefe de carga... corrígelo. Timothy Ratline, jefe de obenques. Todos por anoxia hipobárica. Nave mantiene órbita de recuperación según se le ha ordenado. La presión de aire se aproxima a la presión ambiente. La temperatura se aproxima a la congelación. —Se preguntó brevemente si Miko habría muerto de frío en lugar de hipobaría, pero decidió que, en ausencia de un médico en la nave, jamás lo sabría y que realmente no importaba demasiado—. Todos los sistemas de soporte vital deben cerrarse al concluir la última señal de biomonitor y la energía desviada a motores y velas. Abandonó hoy la vida, Eugenie Satterwaithe, último capitán de este navío. —Soltó los cierres del casco y se lo quitó, dejando que el casco diese vueltas por el puente. Rebotó en la pared cerca de la entrada de la burbuja de observación y pensó: *Después de hoy Ugo va a tener mucha compañía. Lamento, Fu-hsi, no haberlo hecho mejor cuando tuve la oportunidad.* Un eructo saltó de su cuerpo antes de que pudiese respirar el aire frío y supo que había tomado la decisión correcta. Miró las pastillas que tenía en la mano y antes de poder perder la concentración, se las lanzó a la boca y se obligó a tragar—. De anoxia —dijo—. Final del registro.

Ramakrishnan Bhatteji está frente a la gran grieta que la piedra ha provocado en el casco y la maldice. *Si hubiese tenido tiempo suficiente, o el personal suficiente...* Pero es una nave demasiado grande para que la controle un ingeniero, su ayudante y un jefe de biosistemas. Pasa a través de la grieta, con cuidado para no caer. Mantiene la cabeza gacha, para no ver la inmensidad que hay encima. *Si los otros no se hubiesen asustado hasta el punto de huir...*

Lentamente y con gran esfuerzo levanta la cabeza. Está de pie en lo que podría ser una vasta planicie abierta, cubierta de nieve excepto allí donde la capa se ha perdido y el metal nativo se manifiesta. En la distancia, el borde del mundo, y más allá uno de los cuatro soles. Y más allá, incontables soles. Bhatteji respira lenta y temblorosamente y se obliga a mirar al Abismo.

Cierra los ojos y salta. El movimiento le exige muy poco esfuerzo. Una ligera flexión de las piernas, enderezarlas, abrir los propulsores para eliminar cualquier posibilidad de pensárselo mejor.

Una vez lejos de la nave, vuelve a abrir los ojos para descubrir que ha perdido todo sentido de las proporciones. La nave podría ser un simple juguete muy cerca, o un gigante muy lejano. No hay nada más lo suficientemente cerca o lejos para servir de indicación. Bhatteji piensa que ahora todo el universo se ha cerrado a su alrededor, como si hubiese entrado en una pequeña habitación oscura y cubierta de lentejuelas. ¡Vaya, no es tan vasto como había creído! La verdad, es bastante acogedor, este universo.

La primera peón

Así hacen los fantasmas. Puede que el nkpuruk-obi se vaya de paseo, pero siempre debe regresar o el cuerpo morirá. Una broma muy pesada para un fantasma, simplemente por hacer lo que hacen los fantasmas: la pena por fantasmear es morir. Para una experiencia ultraterrena de verdad, para un fantasma de verdad, se requiere un espíritu. Esa es una cuestión mucho más seria y permanente que un simple fantasma. El maw es eterno y, si agrada al Eze Ala Maw, después de un tiempo se reencarnará en una forma adecuada. El Rey Fantasma es frugal y no se malgasta nada bueno.

En el período intermedio entre la muerte y el nacimiento, el espíritu debe permanecer como una sombra o un reflejo; quizá refugiado en una esquina o entrevisto en un momento sobre el metal pulido. Aun así, hay muchos tipos de sombras. La que vio Nkieruke Okoye no era ni oscura ni informe.

Sabía que su propio fantasma andaba de paseo, porque podía mirar al camastro sobre el que descansaba su cuerpo atado y observar el débil movimiento de la respiración bajo la sábana. La perspectiva estaba curiosamente alargada, como si su punto de vista estuviese mucho más lejos de lo que consentían las dimensiones del cúter y sin embargo tan cerca que cada punto de la cicatriz destacaba con la claridad de un microscopio electrónico. Se había visto así desde hacía un tiempo, aunque se le escapa el recuento total de días. Sabía que no debía demorarse, pero se trataba de un conocimiento académico y no la impulsaba a actuar.

Fue quedando claro que había otro que miraba con la misma intensidad, aunque solo pudo verle después de mucho esfuerzo. Al principio, no era más que una mancha blanca, sin colores ni forma clara, como se ve a menudo en los complementos negativos de las sombras. El brillo oculta rasgos con la misma facilidad que las sombras. Y sin embargo, a medida que los ojos se van haciendo a la oscuridad, también pueden acostumbrarse a ese lustre.

Y lustre era, porque lo primero que quedó claro fue la inconfundible masculinidad de la figura. Okoye observó fascinada esa manifestación hinchada. ¡Oh, vergüenza! ¿Dónde está tu rojez? Puede que la debilidad de sus propios ojos hubiese dado forma a la monstruosa aparición, o la debilidad de su corazón, órgano que palpitaba, pero como si fuese la sirena de un vehículo lejano, porque el corazón estaba en su cuerpo y ella no.

—¡Rave Evermore! —Como si lo hubiese conjurado con esas palabras, el resplandor se solidificó en la forma y aspecto del antiguo peón, aunque podría discutirse si la forma había sido invocada o evocada. Puede que hubiese descubierto el maw de Evermore, pero también podría haberlo inventado. Cuando se trata de fantasmas, es difícil estar seguros.

El maw se volvió al oír su nombre y le pareció a Okoye que la cara manifestaba gran sorpresa. Había heridas, pero eran difíciles de ver contra el brillo de la piel,

exceptuando una especialmente terrible en la ingle del muslo derecho.

—Vaya —le dijo ella—, ¿te has tragado una luz fría? —El comentario no alteró la expresión del maw, pero alargó los brazos como si fuesen bandas de luz que llegasen desde muy lejos. Solo es un tropismo, se dijo Okoye cuando la débil neblina la envolvió.

Ahora lo tenía directamente delante, y la sorpresa había cambiado a una súplica muda.

—Oh, ahora me vienes desnudo —dijo ella—, cuando ni a ti ni a mí nos sirve de nada. —La forma no tenía ni textura ni temperatura, para esas cosas hace falta un cuerpo, pero Okoye introdujo la mano, hasta su mismo fulcro—. ¿Por qué traes esto a una pobre fantasma? Creo que sería más adecuado para mi pobre cuerpo ahí tendido. Después de todo, era mi cuerpo lo que siempre quisiste, y ahora puedes tenerlo sin cargar conmigo. Pero será mejor que te des prisa.

Y aun así el tropismo mantenía al maw concentrado en su cuerpo. Sus ojos fueron adoptando color muy lentamente, hasta que tuvieron el mismo color avellana que tantas veces había visto antes.

—No me creas tan tonta —reprendió al espíritu—. No pienses que querías a Nkieruke Okoye y no a la dulzura entre sus piernas. Yo no soy tan tonta, y tampoco deberías serlo tú.

El maw giró lentamente para mirar al cuerpo moribundo y al volverse, Okoye giró con él hasta orientar cabeza con cabeza y pies con pies. De pronto se dio cuenta de que ella misma estaba tan desnuda como Evermore, solo que su resplandor oscuro poseía un límite más definido.

Con la encarnación llegó la sensación: primero, el calor y la firmeza de lo primero que había agarrado; luego, la humedad de sus labios sobre los suyos. Sin embargo, puede que fuese un recuerdo, de cuando la besó antes de salir con Ratline. Ella lo acercó y lo introdujo de forma que una parte de él pareció brillar en su interior. No era inocente; no ignoraba la mecánica del acto. En ocasiones había soñado con ellos dos. Quizás ahora soñase con ellos dos.

Tampoco ignoraba la maravillosa inmanencia que creció en su interior y que se extendió como un grupo de abejas por todas las partes de su ser, endulzando su sabor, situándola al borde de un gran abismo, haciéndola caer de forma que cayó y cayó, con sus sentidos en erupción, dejando escapar un simple:

—¡Oh!

Veinticuatro deCant, que a esa hora de la noche estaba de guardia en el cúter, se estremeció al oír sonidos en la cabina posterior y se giró un poco en el asiento del copiloto para mirar por encima del hombro.

—'Kiru vuelve a gemir —le dijo a Akhaturian—. Debe dolerle mucho. —Pero Akhaturian dormía en el asiento del piloto junto a ella, con el rostro retorcido en una expresión de preocupación sobrehumana. Le parecía a ella que, bajo las luces frías de la consola, su pelo incluso había ganado un toque de blanco. Le tocó la mano y

volvió a acomodarse en el asiento del copiloto—. No creo que vaya a superarlo. —Se sintió enferma al comprobar lo irritada que se sentía por los recursos que la chica igbo consumía inútilmente. No era correcto sentir esas cosas. Ivar le había dicho que ahora la carga en la planta de aire tenía un margen *seis sigma*, aunque deCant no sabía lo que eso significaba.

Realmente lo que había querido decir es que no creía que ninguno de ellos fuese a superarlo. La IA de Nave había intentado saltar al bote salvavidas y lo había anegado. Ivar había dicho que las funcionalidades del núcleo seguían válidas y tanto Grubb como Fife habían estado de acuerdo, pero ninguno de ellos tenía entrenamiento de sysop y por tanto ninguno estaba *realmente seguro*. A deCant no le gustaba no saber. No saber si vivirían se parecía demasiado a saber que iban a morir.

—Me preocupo demasiado, ¿no es así? —le dijo a su marido dormido. La guardia nocturna le incomodaba sobre todo por el silencio. Era dada a decir lo que tenía en la cabeza, ahora se lo dijo al bote dormido, pero la cháchara de otros era un paliativo—. Echo de menos a La Joya de Loto. No sé si alguna vez la compensé por aquel gesto obsceno.

Akhaturian murmuró algo en sueños. Quizá subconscientemente estuviese escuchando y respondía de la misma forma.

—Lo lamento —dijo deCant—. No quiero despertarte. —Pero claro, dadas las circunstancias era un comentario un poco tonto; es decir, es tonto decirlo en lugar de guardar silencio. Quería cargar una canción o un morfi del que pudiese disfrutar bajo la intimidad de una cofia—. Pero puede que cúter no sea de fiar y no podemos depender de las alarmas automáticas.

Eso le recordó la lista.

—¡Oh, he vuelto a retrasarme! —Pero cuando miró la hora vio que no era así. Cogió el ordenador personal, que ya mostraba la lista, y empezó, como siempre, por los motores. Colimación del rayo, boro... dentro de los límites... Colimación del rayo, hidrógeno... dentro de los límites... Sincronización del rayo... dentro de los límites...

Repasó toda la lista desde motores, hasta dirección hasta llegar a soporte vital, teniendo cuidado de no marcar ningún cuadrado hasta no estar segura de haber verificado la lectura. Ivar había quedado encantado al comprobar que con el equipo del cúter podía hacer ping al Observatorio del Punto Fijo. DeCant no tenía claro qué significaba eso, solo que les favorecía y esos favores escaseaban tanto que no rechazaba ninguno. Comprobó que el cúter había realizado el ping programado y que seguía en el curso proyectado. Akhaturian repasaría los pings por la mañana para ver la consistencia interna y posibles sesgos. No tenía mucha práctica en esa tarea. Corrigan le había enseñado algunas cosas, pero no había podido practicar. DeCant deseaba que Ivar tuviese la habilidad de Rave Evermore para aparentar que sabía incluso cuando no sabía, porque daba la impresión de que a menudo lo importante era la apariencia. Pero claro, ya que deseaba lo que no era, ¿por qué no desear que Ivar

tuviese los cimientos del conocimiento en lugar de la fachada?

DeCant se soltó y pasó a la siguiente cabina. La aceleración del cúter era mayor que la de la nave, así que no podía soltar la escalera con la misma facilidad y caer a la siguiente cubierta, pero no era tan grande como para que un movimiento súbito no la enviase rebotando contra los mamparos o techos. Había llegado al camastro de Okoye y repasó tres de las lecturas de nutrientes en el sistema de soporte médico (la segunda le preocupó un poco) antes de darse cuenta de que la chica igbo tenía los ojos totalmente abiertos.

Estaban abiertos, pero no miraban a nada en particular, a menos que fuese algo al otro extremo del universo.

—¿'Kiru? —dijo, y al no recibir respuesta, lo repitió con más fuerza—, ¡'Kiru! — Se dejó caer lentamente en el asiento junto al camastro y dijo una vez más, ahora en tonos de desesperación—: Oh, 'Kiru...

No había más sonidos que los del sistema de soporte médico, que seguía murmurando y pitando como antes. Tan profundo era el pesar de deCant que pasaron unos minutos antes de que el ritmo de esos sonidos repercutiese en sus sentidos. Entonces, incluso mientras la joven peón buscaba esperanzada los indicadores de corazón y respiración, Okoye dijo con voz distante y ronca:

—Echaré mucho de menos a Rave, pienso. ¡Oh, la Muerte se puede enorgullecer de tener a semejante chico entre los brazos!

—¡'Kiru! ¡Estás despierta!

La chica igbo frunció el ceño como si el sonido de su nombre la hubiese traído de algún lugar.

—Es posible —comentó—, aunque tampoco puedo estar segura.

—Estábamos tan preocupados...

—Creo que me casé con Rave Evermore.

DeCant tenía más cosas que había empezado a decir, pero ese comentario lo alteró todo.

—¿Qué? ¿Casarte? ¿Cuándo? —No pudo evitar pensar en aquel momento en que se imaginó a Rave mientras hacía el amor con Ivar.

—No estoy segura —respondió la chica herida—. Quizá fuese esta misma noche.

—Todavía... todavía tienes fiebre.

—Es *tan* irritante casarse con un chico muerto... Hay muchísimas complicaciones. Lo tuyo con Ivar es mucho más fácil.

—Me estás asustando, 'Kiru...

—Todo tiene un aspecto diferente desde el interior —dijo Okoye. Examinó sus brazos, miró bajo la sábana y tocó varias cosas, expresando sorpresa y deleite por lo que encontraba—. Tengo sed —dijo—. Tengo la garganta como si fuese de cemento.

Encantada de encontrar algo en la conversación que tenía sentido, deCant corrió a llenar de agua una botella mili.

—Bebe lentamente —le dijo cuando se la puso en los labios.

Cuando Okoye le devolvió la botella, dijo con voz más clara:

—Creo que me quedará cicatriz.

—Oh, no —le aseguró deCant—. La doctora Wong nos dijo que los médicos de Galileo podrán arreglarla.

El comentario confundió a Okoye y lentamente levantó la mano izquierda y se tocó la cara.

—Oh. Eso. Quizá también la conserve.

—No, no lo hagas —le rogó deCant—. Eres demasiado bonita.

—Mientes tan dulcemente como mentía él. Venga, dale un beso a tu 'Kiru.

Era el beso que Miko había dado a la chica más joven y eso asustó a deCant tanto como los comentarios sin sentido.

—Oh, Dios, 'Kiru —dijo la marciana.

—Supongo que es tradicional que alguien en mi situación pregunte en este momento «¿Dónde estoy?». No reconozco el lugar.

—No —le dijo deCant—. Estamos en el cúter, dirigiéndonos a un encuentro con *La chica de Georgia*.

—Entonces la herida de la nave fue excesiva, ¿no? El señor Grubb lo pensó antes que yo... Oh, era una buena nave; pero antes fue mucho mejor que aquello en lo que se había convertido.

—Bhatterji no pudo salvarla. La roca abrió demasiados compartimentos.

Okoye guardó silencio y cerró los ojos, y deCant creyó que volvería a dormirse.

—Ahora descansa un poco —le aconsejó sin pensar que podría tratarse de un consejo superfluo para una chica que acababa de despertar de un coma. Pero cuando empezó a ponerse en pie, con la intención de despertar a Akhaturian y contarle la buena noticia, Okoye alargó una mano y la retuvo.

—¿Dónde están todos? —preguntó—. Este lugar parece vacío.

Así que deCant le contó lo sucedido. Que el cúter no podía llevarse a todos, por lo que su madre —se refería a Satterwaithe, pero Okoye comprendió— y algunos más se habían quedado atrás. Que Bhatterji nunca había creído que la nave estuviese perdida. Que la doctora Wong se había sacrificado. Que Miko había ido en busca de la gata y Corrigan en busca de Miko. Que Corrigan y La Joya de Loto habían intentado saltar usando los trajes, pero que no habían llegado nunca.

—No sabemos qué les pasó —concluyó—. Simplemente nunca llegaron. Ivar recibió señales de las radios de sus trajes, pero nada que pudiese descifrar a través de la estática.

—Y así —anunció Okoye a nadie en particular— solo se salvó un resto. —Sus ojos recorrieron los tubos que habían mantenido su cuerpo con vida. Tocó el sistema que seguía a los medbots atareados en el interior de su cuerpo. Intentó recordar a cada uno de los demás, para que no desapareciesen de su memoria. El estricto Corrigan sin humor. La pobre doctora confundida. La cruel oficial de vela con su corazón adormecido. La felizmente infeliz Joya de Loto. Ratline. Le resultaba difícil pensar

en Ratline.

Pero lanzar adjetivos sobre el recuerdo era un acto de desdén, porque ¿cómo podían algunas palabras escasas comenzar a cubrir sus desnudeces? ¿Podrían taparla a ella unas pocas palabras? *Estirada*, le había llamado La Joya de Loto en una ocasión (o había dicho que otros habían dicho). Y *tímida* y *aburrida*. ¿Era así Nkieruke Okoye? Siempre se había enorgullecido de su carácter reservado —o había sido así hasta conocer a Miko, junto a la cual la reserva parecía ostentación— pero quizá debería haber sido un poco menos orgullosa.

DeCant no creía que estuviese bien ocultarle nada a Okoye.

—¿Un resto? No creo que ya estemos «salvados».

—Amas a Rave, ¿no es así?

DeCant se puso en pie tan rápidamente que se alejó algunos pasos de la cama.

—¡Me gustaría que no repitieses más ese nombre! En ocasiones todavía miro atrás porque siento que está ahí, mirándome el culo.

—Sí, era un chico persistente. Lo de estar muerto no le va a detener de inmediato.

—'Kiru, hablas como una loca.

Okoye sonrió, aunque la sonrisa era seis partes triste y una parte feliz.

—No te preocupes, Veinticuatro. Ese juez común acabará con ello algún día. Rave será nuestro recuerdo, pero quizá no demasiado activo; y después de un poco más, incluso eso se desvanecerá. El desvanecimiento será un acontecimiento triste, creo, porque era mejor chico de lo que era.

La noche pasó y llegó el día, y con el día también llegaron los otros ocupantes del bote, para sentarse con ella y pasar el tiempo. Fife comentó que su reanimación era una buena noticia, porque uno de los nutrientes del sistema se había estado agotando. Era un comentario lógico, y una forma no menos lógica de expresar su preocupación. Le pareció que el pasajero era un hombre diferente al que recordaba y casi le pidió los documentos de identidad.

Grubb seguía siendo Grubb, solo que más; aunque hablaba algo menos que antes, porque se había encerrado un poco en sí mismo. Tenía el aire de alguien que recientemente había tenido que abandonar tesoros infantiles, que es un aire simultáneamente opresivo y refrescante. Estaba bien que hubiese madurado un poco más, pero la idea de los juguetes abandonados le pesaba en el corazón. Okoye le dijo que esperaba que no se le olvidase cantar y él le confesó que había tenido intimidad con La Joya de Loto y que echaba de menos su risa. Okoye podría haberle dicho lo que le había dicho a deCant —que el paso del tiempo acabaría suavizando el dolor— pero le dio la impresión de que él atesoraba esa herida así que se la dejó.

—No, no se suicidará —le dijo a Akhaturian cuando el capitán vino a visitarla—. El señor Grubb no ama el dolor, pero tampoco huye de él.

—Me gustaría que no me llames «capitán» —dijo Akhaturian—. Solo soy Ivar, ¿recuerdas?

—Oh, nunca fuiste «solo». Ivar. Y debes ser nuestro capitán, porque ¿quién más

hay? Si tú solo eres un cadete, los demás no llegamos ni a eso.

Akhaturian apoyó la cabeza en las manos.

—A veces no puedo dormir.

—¡Niño tonto! Eso era simplemente porque yo estaba consumiendo todo el sueño del bote.

Akhaturian rio y luego se sorprendió de su propia risa. Negó con la cabeza.

—No creía que pudiese volver a reír. —Y luego la miró con más comprensión de la que debería manifestar—. Necesito tu consejo.

—Solo si prometes olvidarlo de vez en cuando. El bote no debe tener dos capitanes. Tú eres «¡Ivar el Terrible, terror de las rutas espaciales!» y no te inclinas ante nadie.

—Escuchad a «¡Okoye la Cicatriz, reina del Cinturón!». —Luego Akhaturian se puso una mano sobre la boca y dijo—: Lo siento. No pretendía decirlo.

—No te preocupes. La cicatriz del rostro es la más fácil de soportar.

Más tarde, Okoye oyó a Grubb en la cocina cantando una vieja balada.

—Pienso en mi bella ojos azules/Que vuela por el cielo... —Y sonrió un poco mientras las notas subían por las escaleras.

También sonrió Akhaturian, en la cubierta de arriba, quien se volvió a su copiloto y dijo:

—Creo que a Grubb se le está pasando.

Fife se limitó a encogerse de hombros.

—Canta bien —le concedió.

DeCant, dormida en una de las camas cerradas, no oyó la canción; pero Akhaturian tenía los ojos azules y ella pensaba en él.

Cúter realizó esa noche su última descarga a Nave antes de salirse del alcance. Había mejores blancos para sus láseres que el casco sin vida que iba detrás. Grubb tenía guardia en ese momento, pero apenas notó la transmisión. Miró apenado el visor donde *El río de las estrellas* se alejaba de él hundiéndose en el Abismo, y se limpió una lágrima, porque amaba las cosas bonitas, y lloraba al perderlas.

Epílogo: la nave

Y así fue como, durante un breve periodo de tiempo, Hand logró lo que había pretendido. Gorgas consideró contingencias; y Satterwaithe administró los recursos para hacerles frente, y Corrigan examinó los datos con ojos fríos y certeros. Bhatteji improvisó brillantes soluciones a partir de los datos que le entregó La Joya de Loto, y Ratline hizo lo que tenía que hacer. Fue un esfuerzo extraordinario y habría sido mejor de haber tenido éxito; pero se produjo demasiado tarde y murieron, y el casco roto de *El río de las estrellas* vagó desde entonces, y durante muchos años, por las regiones vacías del sistema medio hasta ser redescubierto totalmente por casualidad. Pero Nave sabía, y Nave recordó, y Nave lo caviló todo en su núcleo.

FIN



MICHAEL F (RANCIS). FLYNN nació en 1947 en Easton (Pennsylvania, EE.UU.), donde sigue viviendo en la actualidad. Estudió en universidades de Philadelphia, Milwaukee y Boulder, graduándose en Matemáticas y obteniendo después un máster en Topología. Trabajó durante once años aplicando la estadística al control de calidad en ingeniería. Después ha sido consultor de gestión en temas de calidad.

Su primer relato de ciencia ficción, «Slan Libh», apareció en noviembre de 1984 en la revista *Analog* de Stanley Schmidt, de la que ha sido escritor asiduo, y uno de los más característicos, a partir de la segunda mitad de los años ochenta. Se confiesa lector de Heinlein, Asimov y Norton, y son muy apreciadas sus humorísticas charlas sobre estadística en diversas convenciones de ciencia ficción.

Su primera novela, *EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS* (1990), alcanzó un gran éxito y obtuvo los premios LOCUS y COMPTON CROOK a la mejor primera novela del año, además del premio PROMETHEUS. La obra, ambientada en el siglo XIX, presenta una sociedad secreta de matemáticos que construye realmente el ordenador diseñado por Charles Babbage y, con la ayuda de la cliología (la ciencia estadística de la historia), controla en cierta forma el devenir de la historia humana.

Tras publicar *FALLEN ANGELS* (1991) con Larry Niven y Jerry Pournelle, su obra más conocida es la serie iniciada con *FIRESTAR* (1996), que incluye ya tres títulos más: *ROGUE STAR* (2001), *LODESTAR* (1998) y *FALLING STARS* (2001). Se trata de una magna y épica saga del futuro cercano, una nueva historia del futuro al estilo de Heinlein, basada en el tradicional optimismo tecnológico en torno al futuro de la

humanidad en el espacio.

Recientemente ha añadido, en el marco genérico de la misma serie FIRESTAR, una novela independiente: *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS* (2003), una especie de space opera crepuscular muy bien considerada por crítica y público.

Su último título es *EIFELHEIM* (2006), casi una novela histórica sobre la vida medieval y el peso del cristianismo a mediados del siglo XIV, cuando una nave extraterrestre debe realizar un aterrizaje forzoso en un pueblo medieval de la Selva Negra.

Los mejores de sus relatos cortos, por los que ha obtenido diversas nominaciones a varios premios (Hugo, Nebula y otros), se recogen en la antología *THE FOREST OF TIME AND OTHER STORIES* (1997). También se han recopilado como fix-up algunos de sus relatos interrelacionados aparecidos en Analog en el volumen *THE NANOTECH CHRONICLES* (1991).

En 2003, cuando la Heinlein Society otorgó el primer Robert A. Heinlein Award, fue Michael Flynn quien lo obtuvo, precediendo así a otros grandes autores que lo obtendrían después, como Larry Niven o Jerry Pournelle.

Notas

[1] Nave de Vela Magnética. Como es evidente una referencia a *HMS* (barco de Su Majestad) he conservado las siglas en el original. <<

[2] Nave Farnsworth. En oposición a *MSS* mencionado anteriormente. (N. del T.). <<

[3] Juego de palabras entre el nombre del capitán y la expresión *even hand* que significa «imparcial» o «equitativo». (N. del T.). <<

[4] La palabra empleada en el original, *craft*, puede referirse tanto a nave como a oficio. De ahí el juego de palabras. (N. del T.). <<

[5] El nombre se puede poner como *eat on grub*, es decir «comer papeo». (N. del T.).

<<

[6] Aparentemente, Nave hace un chiste entre CADs y *cats*, «gatos». (N. del T.) <<

[7] El término original es *shroud* que también significa «sudario», de ahí el comentario. (N. del T.). <<

[8] Juego de palabras con *right* (derecho). (N. del T.). <<

[9] El nombre Ugo suena similar a «you go» que significa «ve», de ahí el chiste (N. del T.). <<

[10] En inglés, *late* puede emplearse para indicar que una persona ya ha fallecido, por lo que la frase podría llegar a leerse como «llegaría muerta a su propio funeral». (N. del T.). <<